

**Salvá y Hormaechea, Melchor**

**El salario y el impuesto / por Melchor Salva**

Madrid : Agustín Jubera, 1881

Signatura: 137603

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

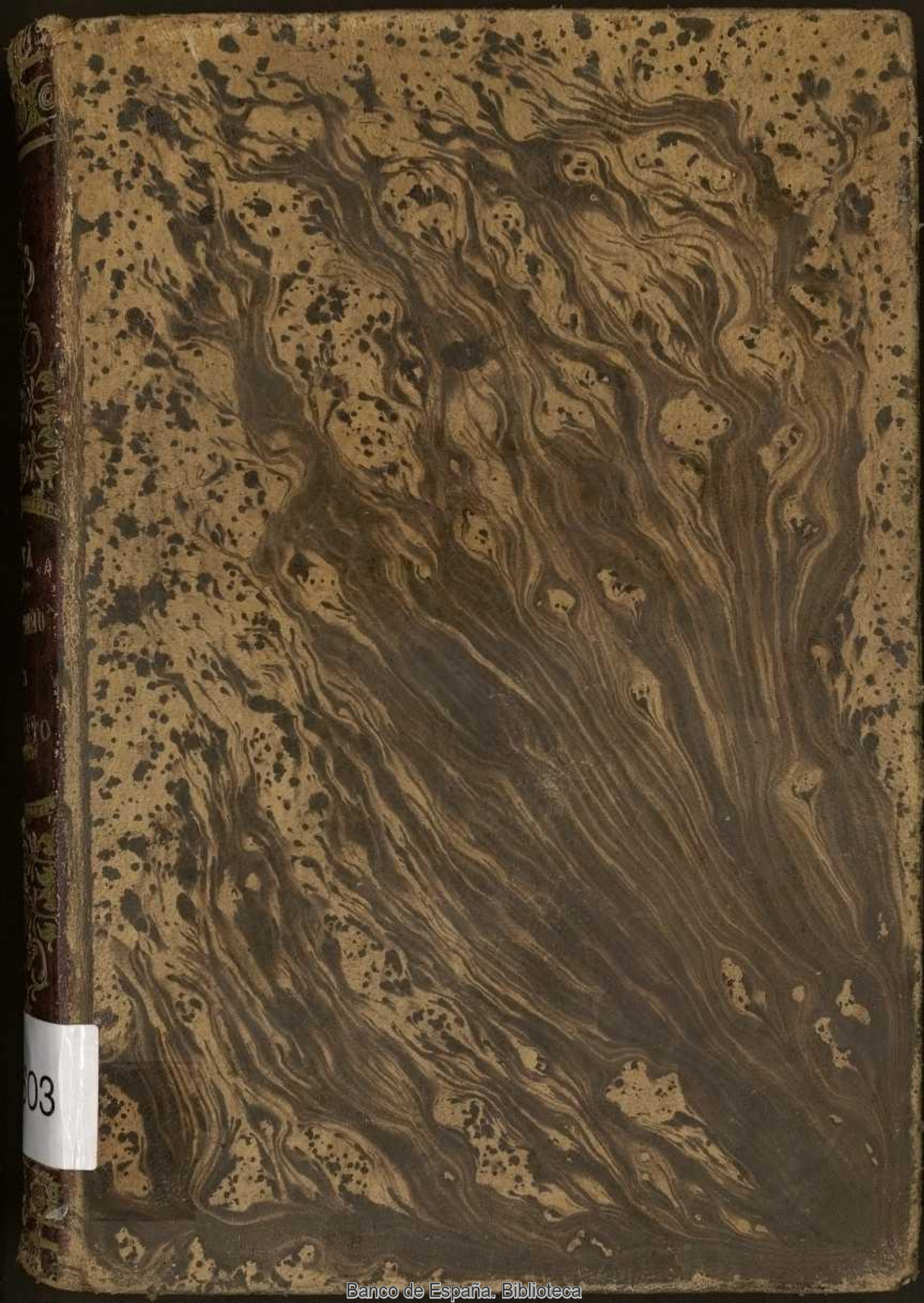
<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

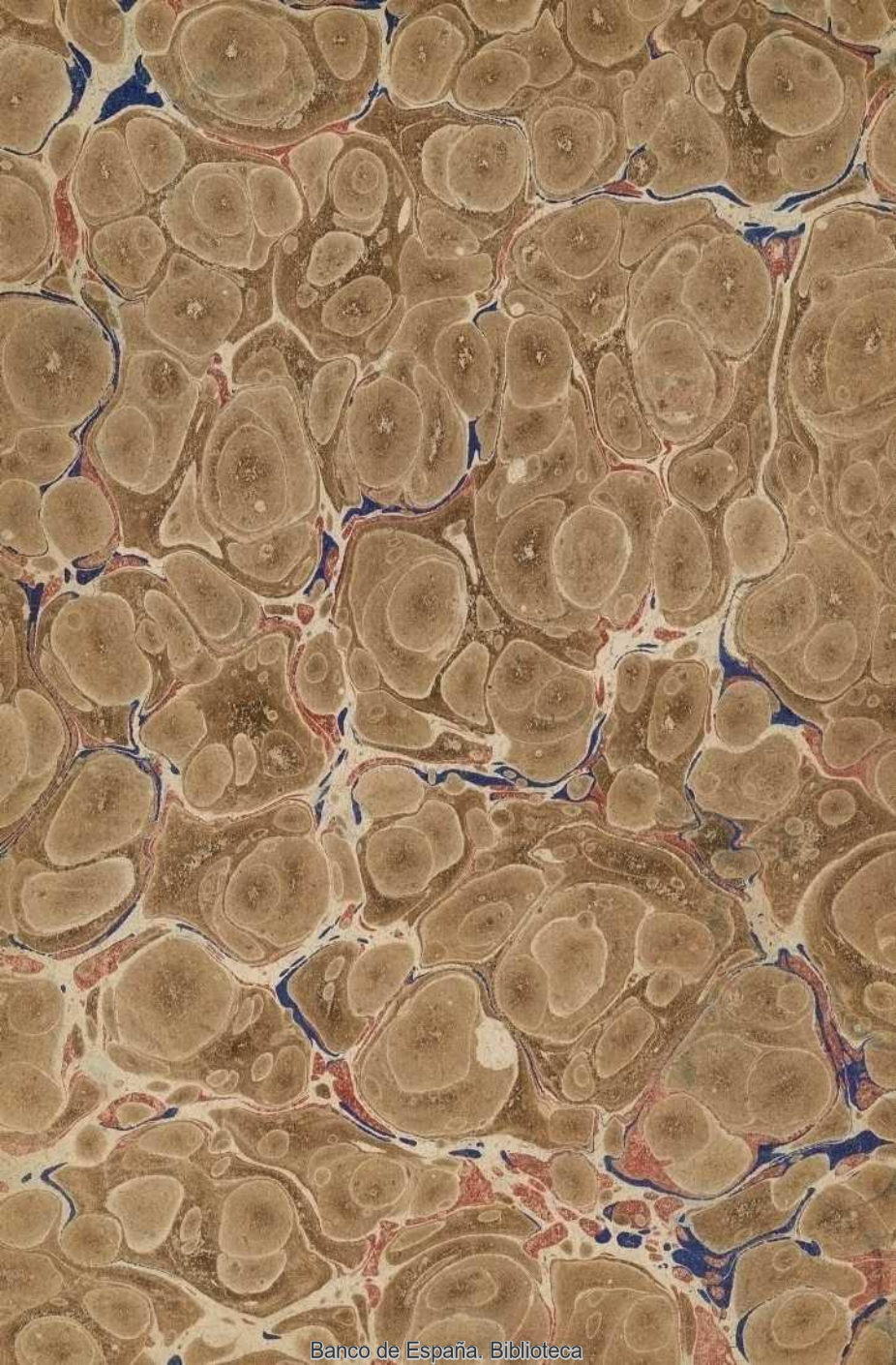
*Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente*













2 000002 661764

~~BQ 5324~~

137603



El

7002

EL SALARIO Y EL IMPUESTO

EL SALARIO

EL IMPUESTO

DON MELCHOR SALVA

ESTADÍSTICA DE LOS RECURSOS NATURALES DE ESPAÑA  
DE LOS RECURSOS NATURALES DE ESPAÑA  
DE LOS RECURSOS NATURALES DE ESPAÑA



15

94

# EL SALARIO Y EL IMPUESTO

POR

DON MELCHOR SALVÁ

CATEDRÁTICO DE ECONOMÍA POLÍTICA Y ESTADÍSTICA DE LA UNIVERSIDAD  
DE MADRID, É INDIVIDUO DE NÚMERO  
DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS



MADRID  
AGUSTIN JUBERA  
*calle de la Bola, núm. 3*  
—  
1881







# EL SALARIO Y EL IMPUESTO.

---

## LIBRO PRIMERO.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

SUMARIO. — *Etimología de la palabra salario. — Extrema importancia de este linaje de retribucion. — Su origen y naturaleza. — Si es la parte de la renta que corresponde á los obreros segun la economía política abstracta ó racional. — Definicion del salario. — Divisiones del último.*

La voz *salario* derivase de la latina *salarium*, que significa sueldo, recompensa del trabajo. El autor inglés Arbuthnot afirma que *salarium* se forma de *sal* ó *sale*, porque representa el sustento cotidiano. Es de presumir que semejante acepcion proviene de la república romana; y en este supuesto, menester será confesar que el vocablo á que hacemos referencia designa con grande exactitud el hecho ó la materia á que concierne.

La ciencia económica acepta la palabra *salario* para señalar ó expresar la retribucion ó recompensa de la mano de obra, de los obreros. Estos son los que contribuyen ó cooperan á producir la riqueza, más con sus fuerzas físicas que con las intelectuales y morales, sin que pretendamos que las postreras dejen de tomar parte en sus labores y afanes; provechoso será que advirtamos que han de ser libres, pues que de otra suerte y manera formarán un elemento del capital, objeto de compra y venta; trabajando en el tiempo, lugar y con las formas y métodos que estimare y determinare su dueño, su condicion debe regularse por leyes muy diversas que las que rigen y dan su faz propia y característica al salario. La porcion de la renta que se destina á remunerar el trabajo de las clases obreras es muy importante, es digna de sumo interés, y merece que en

ella paremos mientes y le consagremos la mayor atencion y el más detenido estudio. Baste aducir el dato que tomamos de la Estadística: que los obreros forman el 75 por 100 de la poblacion; baste que el lector se persuada de que en el período en que hemos nacido surgen graves conflictos entre proletarios y capitalistas, gobernados y gobernantes; las capas inferiores, apasionadas y violentas, de los pueblos modernos, y las capas superiores, cultas y de suaves costumbres, pero quizá en alguna manera y grado escépticas é indiferentes; de que, como dice Boccardo, es la causa y motivo de que nuestros plebeyos se retiren al Monte Aventino, el alza ó la baja del precio de sus trabajos, y baste que digamos, en suma, que en las tendencias, en las combinaciones y en los cambios de ese hecho económico se abrazan y comprenden crueles sufrimientos para los proletarios, y la esperanza de mejores días, la probable trasformacion de su modo de ser en otro ménos duro y ménos sombrío. Nunca pudiera ser indiferente para hombres reflexivos el destino de una parte considerable de las rentas que se distribuyen entre los co-productores, y sabido es que en los tratados de Estadística se dice: en los Estados Unidos 72 unidades de 100 corresponden al obrero, 25 al capitalista, y 2 al gobierno; en Inglaterra percibe el trabajador 56, 21 el capitalista y el gobierno 23, y, por último, en Francia la mano de obra 47, el capital 36, y 17 el impuesto. Como se vé, pues, ora atendamos á la suma de riquezas que forman el salario, ora á las grandes y peligrosas crisis de nuestro siglo, ora se abran nuestros ojos complacidos para ver más dilatados y más alegres horizontes, la materia que estudiamos debe ser tenida como muy importante.

¿Cuál fué el origen del salario? Rossi cree que un hecho ha venido á sobreponerse al curso natural de las cosas y á trasformar el contrato de sociedad en un contrato de venta, que sustituye á una division por partes la empresa y sus peligros; que hay trabajos que no es dable regular de otro modo que por un pago que se calcula previamente y se da de antemano; que así sucede con la domesticidad, la que contribuye á nuestros trabajos, los hace más largos y más fáciles; pero nos ofrece el caso de una sociedad cuya liquidacion es muy difícil; es menester estipular un tanto, una cuota general; y que este hecho de la domesticidad se ha extendido, ha llegado á alcanzar grandes progresos, y se aplica, por último, á todo el trabajo



social; tenemos servidores, no sólo para nuestra casa, sino tambien para nuestras tierras y para nuestras manufacturas, y les damos salarios fijos, como damos forzosamente á los criados <sup>1</sup>. Stuart Mill piensa que el estado de cosas actual no es hijo de la necesidad, que existe donde forman dos clases separadas los capitalistas y los jornaleros <sup>2</sup>, y Thünen se inclina á pensar que la retribucion del trabajo nace y se forma de elementos históricos y de la violencia <sup>3</sup>. No es posible seguir el dictámen de Rossi; la historia nos enseña que el salario es más antiguo: en el Egipto habia trabajadores libres, que elogia Diodoro de Sicilia, porque no se distraian de sus peculiares oficios y tareas por la discusion y voto de los negocios públicos, ó por pasar de unas á otras labores: Solon impuso una pena á los atenienses que no trabajasen para vivir; Aristófanes se burla del guarnicionero Creonte en *Los Caballeros*, y Tito Livio, Horacio y Juvenal, como las leyes del Digesto, nos muestran que en Roma hubo obreros que no eran esclavos; todos ellos fueron retribuidos con un jornal. En la Edad Media es de presumir que en el floreciente seno de las repúblicas italianas hubiese maestros y trabajadores, y que diesen un jornal los primeros á los segundos mucho ántes que el contrato de los criados pudiera extenderse á todo linaje de industrias. Por estas razones, es para nosotros cosa averiguada que el salario es un género de paga ó recompensa que se remonta á las primeras sociedades civilizadas. En su determinacion, en su tipo y mayor suma intervenia la autoridad; la ley prestaba forma y condiciones legítimas á ésta como á otras muchas relaciones de los hombres, al paso que hoy es de todo punto libre; esta es la diferencia, que no basta para que juzguemos que el precio del trabajo es nuevo. No somos de distinto parecer que Stuart Mill y Thünen en los puntos á que se refieren.

¿Cuál es la naturaleza del salario? No constituye á éste una parte mayor ó menor de los productos de la empresa ó del valor de los mismos; es una merced anticipada, es una estimacion del trabajo, un término de su valor variable en el mercado de un dia, el pago de una serie de esfuerzos durante cierto tiempo: el obrero

<sup>1</sup> *Curso de econ. política*, III vol., leccion III, páginas 44-46.

<sup>2</sup> *Princ. de econ. política*, lib. II, cap. XV, pár. 5.

<sup>3</sup> *El salario natural*, párrafos 1 y 2, pág. 7 de la trad. de Wolkoff.

renuncia á las ventajas y beneficios que quizá resulten de la empresa; en cambio no sufre las pérdidas que tal vez sea preciso soportar: celebra un convenio con el empresario, que en períodos fijos le entrega en numerario la retribucion del sacrificio de sus fuerzas, de su reposo y de los mejores años de su vida. Hay en las retribuciones en general una parte que se debe al éxito, á los precios que proporcionan ganancias, al cálculo hábil de las circunstancias del mercado, al conocimiento de los hechos que próximamente deben ocurrir, y otra fija, y no eventual como la primera, nacida del consentimiento y segun el cómputo que se hiciere del beneficio que alguno de los productores se promete. La una, la en primer término señalada, es incierta y condicional; quizá no exista: la otra es cierta y segura, y existe siempre, á ménos que el empresario se niegue á pagar la suma convenida. El salario pertenece á la postrera de las porciones de la renta que hemos descrito: abraza y comprende los gastos de la produccion del trabajo, á saber: la amortizacion é intereses del capital que el obrero ha empleado en su aprendizaje y durante el tiempo en que sus primeros ensayos no han sido retribuidos, y la remuneracion de sus esfuerzos, de su fatiga, de la pérdida parcial y continúa en una série de actos productivos de su aptitud y de sus facultades: no siempre, pero sí en el supuesto de que la balanza se incline á favor de las clases proletarias, se comprende y abraza un beneficio, es decir, una fraccion del salario que excede, que vá más allá que la suma ó número de monedas que se requieren para cubrir el coste ó gastos del trabajo. De aquel se descuentan ó descuentan dos fracciones, que no se entregan al obrero y que son tambien remuneraciones, una porque hay un anticipo que hace el empresario, puesto que ántes del término de la empresa, en períodos fijos, entrega y da á los trabajadores la cuota es tipulada, y otra, que se deriva del seguro, de que el jornalero nada teme, no sufre zozobra ni inquietud alguna por el suceso que tuviere la empresa: en suma, disminuyen, encantan y aminoran el salario dos primas, del anticipo y del seguro.

Todavía es forzoso descomponer en este análisis el primer elemento del salario, el coste de produccion del trabajo: el obrero no vive sólo, ni sólo requiere pan, hogar y vestidos: tiene una familia, á la que debe sustentar: su esposa y sus hijos á veces trabajan tam-



bien, le auxilian en los gastos que demanda la economía doméstica. Trataremos de este punto más adelante: bastará por ahora decir que en tal caso, se contenta el jornalero con una retribucion menor: de todos modos, existe un título justo para que la última sea suficiente para mantener la familia obrera, título que es puramente económico; el operario ve cómo decaen sus fuerzas, cómo desmaya y á la postre no se siente con el vigor que sus rudos afanes exigen, y muere; es, por tanto, necesario renovarlo para que la produccion no se paralice en un término breve; la generacion que crece ha de heredar las ideas, enseñanzas y trabajos de la que soporta hoy en sus robustos hombros el peso de nuestra industria. En suma, que en los gastos de produccion del trabajo es provechoso distinguir los que llamaremos de renovacion. Dadas estas explicaciones, es dable ofrecer á nuestros lectores la fórmula del salario:

$$S.=GM.+GR.+B.-P.-P'.$$

Es decir, salario igual á los gastos de manutencion del obrero, más los gastos de renovacion, los que requiere el sustento de su familia, más una parte de beneficio, B; ménos las dos restas, los dos descuentos, el del adelanto del jornal del anticipo, P, prima de ese anticipo, y el del seguro P', prima del seguro <sup>1</sup>.

El salario, como todas las recompensas de los productores, se toma de la renta nacional, es una fraccion de ese conjunto de resultados de la actividad económica: de esa gran suma de productos ha de pasar á manos de los obreros; pero como hay un adelanto, y, como segun ciertas condiciones, estos renuncian, ó por mejor decir, prescinden y desconocen las ganancias que puedan resultar, las que á los mismos hubieran de pertenecer si hubiese asociacion, la retribucion del trabajo nace y se deriva del capital, en virtud de las causas expuestas, bien que el empresario se reserve resarcirse de las impensas que hace, al vender los productos, con su precio; y si la venta no se verificára ó diere menor resultado que el coste de produccion, se mermará su propia fortuna, se encentará la riqueza

<sup>1</sup> *Diccion. de econ. polit.* de Guillaumin: art. *Salario*, II vol.

que tuviere acumulada. No parece cuestionable, por tanto, que el salario se satisface á expensas y merced al capital.

Y aquí surge una grave cuestion, que de no ser bien comprendida y acertadamente resuelta, llegaría á oscurecer la parte de la Economía política que trata de la distribucion de las riquezas. El salario, ¿es una fraccion de la renta nacional, y debe estimarse como una indemnización de los esfuerzos del obrero, que á nadie cuestan sacrificio alguno, puesto que es un valor que crean las mismas clases obreras, ó en el supuesto de que haya beneficio, éste se origina del mayor valor que las cosas producidas tienen sobre el coste ó precio del trabajo? En otros términos, ¿no será justo computar la retribucion del trabajador como una simple porcion de los valores ó bienes creados por la actividad económica, que no se desprenden de la fortuna ó haber del empresario, ni forman parte del capital en último extremo, sino que son riqueza que, como las aguas brotan de las fuentes, surge de los tres elementos de la produccion, agentes naturales, trabajo y capital? Rossi juzga que no es dable estimar el salario más que como un tanto que toca á los operarios de las utilidades que todos los productores logran incorporar á los instrumentos que poseen: que considerar el salario como derivacion del capital es confundir el trabajador, el hombre, con las máquinas, con las fuerzas ininteligentes, y llevar las cosas hasta el cabo de que estudiemos un hecho dos veces; una al tratar de la renta del trabajo, puesto que de la suma producida por los comunes esfuerzos no es dable negar una parte al obrero, y otra al examinar el origen y las causas del interés del capital, puesto que para calcular éste es preciso saber qué cantidades se emplean productivamente, y fuera monstruoso que el capitalista recogiese para sí ó negára á los jornaleros la cuota proporcional á su intervencion y sus esfuerzos <sup>1</sup>. Nosotros pensamos que el salario se toma del capital; que más tarde el dueño de éste se resarcirá ó no de sus adelantos, de suerte y manera que se expone á este riesgo y azar: á lo que conviene añadir que por razon de los anticipos que hace el operario percibe menos valores de los que llegarían á sus manos si hubiese otro sistema de producir la riqueza, y, por último, que la retribucion del trabajo

<sup>1</sup> *Curso de econ. polít.*, leccion III, tercer vol., pág. 42 y siguientes.



en sus relaciones y aumento no depende de los productos obtenidos, sino de la masa de capitales, porque un pueblo que cree anualmente muchas riquezas, no aumentará el precio del trabajo si consume velozmente esas riquezas, y no ahorra y emplea sus ahorros en la industria.

Hay escritores que creen es la forma actual, la que todos conocemos, la que se deriva y nace de la ciencia abstracta, de la economía racional; de opuesto parecer son Rau, Rossi y Stuart Mill <sup>1</sup>. Por un momento vamos á estudiar este punto en el dominio de la abstraccion, prescindiendo de los hechos reales, de la marcha y desarrollo de los sucesos históricos. Imaginemos un estado naciente: necesita ocupar el desierto, descepar los bosques, hacer desmontes, construir sus hogares, sus talleres, sus caminos; para llevar á cabo estas empresas, se requiere que haya propietarios del suelo, capitalistas y obreros. ¿Qué pacto formarán estas dos clases últimas? Su título á obtener una parte de la renta será su intervencion en los actos que la preceden y la crean, formarán el cómputo de su valor, y se dividirán á prorata los bienes producidos: del total 100, guarismos con los que puede representarse la renta, convendrán en que 70 se deben al trabajo y 30 al capital, por ejemplo, ó, en otros términos, que 7 décimos son recompensa del trabajo y 3 décimos del capitalista, y en consecuencia de este pacto se llevará á cabo el reparto de los bienes. ¿Y si los bienes que creáran los comunes esfuerzos no se venden? ¿Si los inmuebles no se alquilan ó arriendan? ¿Si los precios no llegan á cubrir el coste de produccion? ¿Si fuere preciso esperar algunos meses, un año, desde el momento en que inician los trabajos y el punto en que se terminan? Y, por último, si puestos en circulacion los productos expuestos á la vista de los demandantes, sólo tras largo período se truecan por numerario, ¿qué suerte cabrá en todos estos casos á los obreros? Será menester que sufran las pérdidas y quebrantos del mal éxito, que se priven de todo auxilio que pudiera prestarles la empresa á la que cooperan, hasta que llegue el fin de su trabajo, ó hasta que el cambio de que hablamos en último lugar se verifique; quien hasta el límite de su derecho se atribuye sus ventajas, hasta el límite de la

<sup>1</sup> *Trat. de econ. nacional*, párrafos 188 y 200.—*Curso de econ. polít.*, tercer vol., páginas 42 y 43.—*Principios de econom. polít.*, lib. I, cap. IV; lib. II, cap. XV, 5.

necesidad tiene que tolerar se le adjudiquen los menoscabos de la sociedad que ha constituido. Y no parece dudoso que sin capitales, sin economías no baladíes ni de poca monta, el operario no sopor-taria daños, ni reveses de la industria, ni diera tregua á la incerti-dumbre de la enajenacion de los productos ó á la laboriosa série de operaciones de que nacen, sino con una condicion, que era la de morir-se de hambre en el intervalo. Por lo demás, tenemos por cosa averiguada que en el dominio de la ciencia pura el precio de la mano de obra debe corresponder exactamente á la parte que por ella surja y aparezca, en el total y las fracciones del resultado de la actividad económica de un pueblo, y que tras el análisis de esa porcion ó tanto por ciento, la forma peculiar de aquella retribucion se deter-mine por un convenio, por una asociacion, ya que se trata de pro-ductores libres. Difícil es comprender que en toda una region, en las várias clases de trabajadores, en medio de las vicisitudes de la con-currencia, en pos de las crisis que nos desalientan y merman nues-tra fortuna, los obreros sin excepcion hayan reunido los ahorros precisos para acometer sin desmayo, tras los rotos eslabones de una empresa desgraciada, otra nueva sin la seguridad de mejor fortuna. Hé aquí por qué no se halla en la historia el salario de que habla-mos, por qué para sábios autores no hay en rigor más que el ac-tual, el contemporáneo, y todo lo demás son quimeras, si no sueños socialistas. Sin embargo, de lo porvenir no se puede augurar cosa alguna; en larga sucesion de siglos, y despues que nuestra razon se ofusca, y como que se desvanece si quiere vislumbrear lo venidero por la medida de los sucesos pasados, ¿quién osará decir lo que es posible? La ciencia se ha dicho que era una augusta profetisa, y en su fuero, en verdad glorioso, de prescindir de las circunstancias y hechos actuales, goza de la potestad de descubrir las ideas que tie-nen por cuna la razon y por abolengo las teorías fundamentales. Si no, ¿para qué servirían los libros?

El estudio que del origen y naturaleza del salario hemos hecho, nos permite definirlo, y por cierto que disentimos del parecer de los autores. Lo que constituye la recompensa natural ó el salario del trabajo, es el producto de ese trabajo, ha escrito Adam Smith <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Riq. de las naciones.*, lib. 1, c. viii.



Para J. B. Say, se llama salario el pago de una industria en que tomamos parte <sup>1</sup>. Rau define aquél: «la recompensa que el obrero recibe como tal, prescindiendo de los otros agentes de la producción, únicamente por su trabajo <sup>2</sup>;» y Roscher, por último, afirma que la renta pública, considerada en su conjunto, se divide en tres elementos principales, que corresponden á los tres factores de la producción económica, á saber: la renta de la tierra, el salario y el interés del capital <sup>3</sup>. En todas esas fórmulas se distingue bien la remuneración que nos ocupa de las demás. Smith no vé más que una retribucion natural; en la última palabra está toda la importancia de su pensamiento; Say no separa las voces *trabajo é industria*; Rau señala muy bien el salario bajo el aspecto subjetivo, de los productores, no más: Roscher teme el rigorismo de una descripción concreta, y analiza: en su sentir, la renta contiene un elemento que corresponde al factor de la producción trabajo, y es el salario. Sin duda que en su sentido más lato y general, el postrero debe estimarse como la recompensa ó el precio del trabajo, pero entendemos que no basta esa indicación para mostrar claramente sus caracteres, y preferimos el aspecto objetivo, de todo punto de acuerdo con los principios que tenemos por verdaderos. Nuestra definición es esta: la suma del capital circulante que se destina á remunerar el trabajo manual.

El salario se divide en nominal y real, corriente y natural ó necesario. Los autores alemanes prescinden de los primeros: Ricardo, en sus profundas investigaciones sobre la materia, supone fijo el valor del numerario; los escritores franceses examinan esa división, deducida lógicamente de los ingleses. Salario nominal es la cantidad de dinero que el trabajador obtiene del que le paga su retribución; se entiende por real la cantidad de cosas útiles, de objetos que tienen utilidad, que aquél percibe por el mismo título ó en cambio de las monedas que le dió el empresario. Sería suponer que el numerario no tiene valor propio ó intrínseco admitir la clasificación á que nos referimos, puesto que títulos, valores nominales, no significan

<sup>1</sup> *Trat. de econ. polít.*, lib. I, c. VII.

<sup>2</sup> *Trat. de econ. nac.*, párr. 139.

<sup>3</sup> *Princ. de econ. polít.*, párr. 148.

otra cosa que no pueden cambiarse por otros reales y efectivos, si no fuese que los tratadistas de la ciencia económica estudian este punto para poner de manifiesto el influjo que en la condicion y suerte de los obreros tiene la alteracion de los valores monetarios, su alza y su baja, y los cambios que experimentan los precios de los productos ó mercancías con relacion al dinero, ora éste permanezca invariable, ora varíe en mayor ó menor grado que aquéllos. La idea es plausible, pero la nomenclatura es incorrecta. No basta que sepamos el salario nominal: nos dicen que un jornalero gana tres pesetas, y nos preguntan si es mucho ó es poco: nos guardaremos muy bien de responder por ese sólo dato: nos falta indagar en qué relacion se hallan las tres pesetas con los víveres, lienzos y ropas que usa ese mismo operario: nos dicen que en tiempo de Cárlos IV su abuelo logró ser retribuido con la misma suma; ¿pensaremos que era igual la vida de esos dos hombres? De ningun modo; el numerario ha perdido en su valor desde 1808; el precio de muchos artículos ha subido; era más afortunado el abuelo que el nieto. En dos países distintos, en Canton y en Lóndres, v. gr., el mismo salario nominal coincide en los modestos carpinteros y los simples peones de la segunda, puestos en parangon con los más hábiles trabajadores de la primera: su modo de ser es muy diverso, sin embargo; los unos viven pobre y humildemente; los otros prosperan. Afirman los autores que importa más á nuestros ojos el salario real que el nominal: para las clases proletarias, como para la economía nacional, conviene y ofrece sumo interés que los trabajadores tengan en abundancia el pan y los vestidos; la suma de numerario que recogen sus manos encallecidas puede acrecer ó aminorarse sin que mejore su condicion; basta para ello imaginar que los precios de los artículos que para la vida se requieren, ya ascienden ó ya bajan en la escala de sus perpétuas variaciones.

El segundo término de la division del salario hemos dicho que era el de corriente, necesario ó natural. Los economistas ingleses entienden que el trabajo, como las demás mercaderías, tiene su precio: corriente será aquel que recibe realmente el obrero segun las relaciones de la oferta y la demanda, siendo el trabajo caro cuando los brazos escasean, y barato cuando abundan; y natural el que proporciona á los trabajadores en general los medios de subsistir y



de perpetuar su especie ó clase <sup>1</sup>, sin aumento ni disminucion. Los tratadistas de otros países opinan que el primero es la porcion de riquezas que se dá á los operarios en pago de sus servicios en una época determinada, ó bien los que establece un contrato; y el segundo equivale á los gastos de produccion del trabajador. No puede aplaudirse que se compare el trabajo á una mercancía: el jornalero es libre, y no se venden su destreza, ni el empleo de la misma durante cierto número de horas en el mercado; ni siquiera juzgamos que esa comparacion puede ser sustituida por la que propone Rossi <sup>2</sup> con las máquinas, dando por motivos de su propuesta que aquél es un instrumento de produccion y no un producto; que es un ser libre é inteligente que posee sus propias facultades, y su inteligencia, en cierto sentido, le sirve para dirigir sus propios órganos, que es dable poner en parangon con una máquina; nos fundamos para pensar así en que las leyes que rigen la poblacion y la parte del capital, que se compone de máquinas y herramientas de todas clases, son muy diferentes. No dejan de expresarse mejor los que nos hablan de un cambio de servicios, que en esta materia nos parece aplicable. Los que escriben acerca de la Economía política, creen que el salario corriente tiende á coincidir ó correr parejas con el necesario no definido más arriba en primer lugar, sino en segundo; porque es justo compensar y devolver el coste de produccion del trabajo, y porque es inútil idear un linaje de retribucion que no llegára á prestar condiciones de vida, los bienes que se requieren para que vivan las clases obreras. Más abajo de este término postrero, los obreros, debilitados por las privaciones y las enfermedades, perecerian ó se resolverian á abandonar en breve sus ingratos oficios; por esta causa se denomina *salario necesario*. Bajo el régimen de la libertad y la concurrencia, habrá lucha entre empresarios y obreros; de aquéllos para dar lo ménos posible, y de éstos para obtener lo más posible; y de aquí que llegue á ser y determinarse el salario corriente poco más ó ménos como el natural. Veremos más adelante que esta máxima no es exacta más que en dos casos; si la poblacion crece más aprisa que el capital y los medios de existencia, ó si en el progreso de

<sup>1</sup> Ricardo: *Princ. de econ. polít.*, cap. v.—Senior: *Tres lecciones sobre los sal.*

<sup>2</sup> *Curs. de econ. polít.*, III vol. Déc. leccion.

estos hay algun obstáculo, hay causas bastante poderosas para que no pueda seguir su curso.

Thünen se separa del principio y regla generalmente seguidos en lo que concierne al salario natural; en su sentir depende del producto del trabajo y de una porcion del interés que, rebajada de éste, elevaria la remuneracion de aquél; por cuatro métodos diversos el eminente economista aleman ha creido que el salario natural es igual á  $\sqrt{ap}$ , entendiendo por  $a$  los medios de existencia necesarios al obrero para conservar sus fuerzas <sup>1</sup>, y  $p$  producto anual de su trabajo: le sirven de bases para esta deduccion los dos asertos siguientes: 1.º, el salario natural no es el resultado de la oferta y la demanda, y no se regula por la necesidad ó estrechez de los obreros, sino que se determina libremente por los mismos, por serles el más provechoso: y 2.º, se hallará la retribucion á que hacemos referencia multiplicando las necesidades absolutas ó imprescindibles del obrero, evaluadas en granos ó en moneda, por el producto de su trabajo expresado en la misma unidad de medida, sacando de las consecuencias ó efectos la raiz cuadrada <sup>2</sup>.

Ocasion se nos ha de ofrecer más adelante de justificar las investigaciones de Thünen, pero no su método, harto difícil y penoso.

<sup>1</sup> El salario natural y su relacion á la cuota del interés, trad. de Wolkoff: párr. 4, 15, 21 y 22; páginas 97, 177 y 228.

<sup>2</sup> La misma obra; párr. 15, páginas 181 y 182.

## CAPÍTULO II.

SUMARIO.—*Estudio del salario nominal y real.—Exámen de las aplicaciones del corriente y necesario.—Cuota media.—Maximum y minimum entre los cuales oscila.—Ley reguladora del salario.—La oferta y la demanda.—La relacion entre la poblacion y el capital.—El capital y los medios de existencia.*

En nuestros días, el hecho general, en lo que se refiere al salario, es que constituya esta retribucion cierta cantidad de moneda que los obreros se ven precisados á cambiar por los artículos que consumen. Si el dinero adquiere más valor por su escasez, por grandes y frecuentes exportaciones, ó porque se aumente el coste del laboreo de las minas de oro y plata, importa mucho á los obreros el acrecentamiento del salario nominal; les sería indiferente si fuese más bajo el valor de la moneda, ó, lo que es lo mismo, subiese el precio de las demás mercaderías, siempre y cuando esta alza fuese mayor que aquel descenso. El aumento del numerario que por su trabajo se da á los operarios, interesa á los mismos y mejora su suerte, salvo el caso de que acabamos de hablar, puesto que el acrecer de los precios puede ser compensado ó sobrepujado por el que tenga el salario nominal. Este hecho acontece, aunque con lentitud, siempre que el descubrimiento de nuevas minas y el desarrollo de la produccion son causas de que se estime ménos cada unidad ó cada pieza de moneda. Así leemos en la tabla de los precios que se halla en el suplemento de la obra de Eden, *El estado de los pobres*, que en 1270 ó 72, el salario equivalia á 1 penique y medio; en 1466, á 4 ó 6 peniques; en 1590, á 8, y en 1601, á 10. Segun Child, el jornal de los operarios y de los criados ingleses subió en una tercera parte respecto á lo que habia sido veinte años ántes <sup>1</sup>. Macaulay afir-

<sup>1</sup> *Discurso sobre el comercio*, pág. 43 de la trad. franc.



ma que el salario del obrero en moneda, en tiempo de Cárlos II, no llegaba á la mitad de su valor actual, y las mercancías eran más caras á proporcion <sup>1</sup>. Si el trigo encarece, se cede más numerario á los jornaleros, pero quizá no mejore su condicion, porque les será preciso pagar más para comprar ciertos artículos, en cuya composicion hallamos determinada materia primera, como el queso, la manteca, el lienzo, el calzado y el traje. Los salarios en alza suelen significar aumento de la riqueza y de los capitales; á fin de que circulen los productos en mayor número, se requiere asimismo que abunde la moneda, y por lo tanto importar los metales preciosos de que se fabrica, y en tal supuesto, su valor experimentará un alza; mas es llano que no es dable admitir precios elevados para el numerario y las demás mercancías, porque éstas se miden y comparan con aquella, de suerte y manera que, en suma, será el dinero el que sufra descenso, en relacion de las cosas que se intenten comprar con él; siendo ésta, nueva demostracion de que el número de piezas ó unidades de moneda que obtengan los obreros no les puede ser indiferente. Malthus demuestra, contra Ricardo, que las clases obreras no deben mostrarse negligentes respecto á un alza de su retribucion cuando no varía el precio de los demás productos, ó si baja, no teniendo modificacion el salario nominal que hasta este punto perciben <sup>2</sup>. No creemos que el salario real se estime en tal grado más importante que el nominal, como supondríamos leyendo algunos autores. En primer lugar, quien dice salarios altos, ya con esta palabra da á entender que los obreros adquieren, por lo ménos, importantes objetos de consumo, y que su condicion no será muy inferior á la de sus hermanos cuya retribucion es corta ó leve. En segundo lugar, la suma de numerario de un país corre parejas, entre otras causas que no examinaremos, con la extension y número de las transacciones; por lo que, donde haya florecientes industrias y comercio activo, el salario nominal será la inversa de los lugares en que la vida industrial y mercantil se arrastran lánguidas y perezosas. Á vueltas de este parecer nuestro, confesamos

<sup>1</sup> *Historia de Inglaterra*, cap. III.

<sup>2</sup> Malthus: *Princ. de econ. polít.*, lib. I, seccion VIII.—Ricardo: *Princ. de econ. polít. y del impuesto*, cap. VII.

que en épocas de transición, ó si hubiere obstáculos que se opusieran á esa proporcion á que nos referimos, de la moneda y los objetos por que se trueca y permuta, al salario real tornáramos los ojos para saber cuál era la suerte reservada á los obreros.

Fíjase el salario corriente por el concurso y consentimiento de los que tienen necesidad de emplear trabajo y aquellos que lo ofrecen; puede juzgarse como el tanto por ciento de esta particular retribucion, sujeta á mil vários accidentes y á diversas combinaciones de los tiempos y lugares; es llano que aparece distinta y mudable, segun los oficios y las industrias, lo que no quiere decir, como más tarde veremos, que no se rija por ciertas leyes y que no tenga tendencia á la igualdad. El salario natural ó necesario se constituye por el número de productos que se requieren para que un obrero y su familia puedan subsistir. Si la remuneracion del primero no le sustentase, su existencia sería breve, ó se negára á rudos y crueles afanes, que sólo sufren los esclavos y los penados: el hombre no vive aislado; tiene una familia, á la que es preciso mantener, puesto que si así no fuera, tras no muy largo período la herencia del trabajo quedaria desierta: mas sabemos que no emplea sus fuerzas en la industria solamente el varon, sino tambien su mujer y sus hijos: desde el punto en que la familia obrera penetra en los talleres, es dable rebajar del salario las fracciones de dinero que para formar la unidad de aquél obtienen las esposas y los niños de las clases proletarias: la retribucion individual puede ser menor. Cantillon piensa que para mantener dos hijos un jornalero tiene necesidad de la misma suma que es necesaria para su propio sustento, y que de ordinario le bastará el trabajo de su mujer<sup>1</sup>. Segun Rau, se calcula en Alemania que la esposa de un obrero sólo gana un tercio ó la mitad de lo que gana su marido; el hallarse en cinta á veces, y los cuidados que se ve obligada á prestar á sus hijos, le impiden trabajar; de suerte que el jornal del hombre casado debe bastar para satisfacer los dos tercios ó los tres cuartos de las necesidades de una familia en la que sean de poca edad los hijos, si la mujer trabaja. En el Brandeburgo, una familia obrera cuesta 175 florines, de los que ha de obtener el padre 123 y una fraccion; en la Alemania del

<sup>1</sup> *Naturaleza del comercio*, pág. 42.



Sur se evalúa el consumo anual de una familia en 150 ó 160 florines <sup>1</sup>. En Francia, si seguimos á De Morogues <sup>2</sup>, tendremos por cierto que el varón es menester que perciba un franco 25 céntimos, en las labores del campo, la mujer 75 céntimos y tres niños, 0,38 de franco. Senior estima para Inglaterra el precio de los trabajos de este linaje en 27 libras esterlinas, 17 chelines para el adulto, 13 y 19 para la mujer y cuatro niños <sup>3</sup>. Todas estas sumas se computan hoy en una tercera parte más. Las mujeres de las clases trabajadoras no tienen condiciones para participar en determinadas industrias de los afanes de sus padres y sus maridos: así acontece en los que exigen mucha destreza ó grandes fuerzas; como en los de joyero y en los de tejer tapices y la lona de las velas.

Esta participacion de la mujer y de los niños en las tareas propias del taller ha causado célebre controversia sobre sus consecuencias morales, políticas y económicas. Se ha pretendido que se quebrantaban los vínculos de familia, que perdian su virtud las mujeres, que las generaciones, debilitadas por prolongados dias de trabajos superiores á sus fuerzas infantiles, caian bajo el peso de enfermedades sin nombre, y que esos infelices operarios de diez años no llegarían á ser soldados fuertes y vigorosos á los veinte, y ajenos á toda instruccion, á todo desarrollo moral de sus facultades, no nos debíamos prometer en tales jóvenes ciudadanos honrados y útiles; ¿qué tiempos se anunciaban con tan viciosa constitucion industrial?—No negaremos la exactitud de estas quejas y de estas temerosas profecías. La mejor division del trabajo es aquella que hace de la mujer el tesoro de la casa, como dice Roscher, y fuera preferible que los niños no trabajasen hasta cierta edad, y desde ésta hasta su completo desarrollo, pocas horas, y sin que dejáran de concurrir á la escuela: aplaudimos, por tanto, las leyes dictadas con este propósito en Inglaterra, con el nombre de *Factory bills*, en 1802, 1825, 1833 y 1844, en Francia en 1841 y 1872, y en Alemania los reglamentos de 1837 y 1853 y la ley de 1869; pero es menester confesar que donde los salarios sean poco remuneradores, no es

<sup>1</sup> *Trat. de econ. nac.*, párr. 190.

<sup>2</sup> *De la miseria de los obreros.*

<sup>3</sup> *Prefacio á las com. del extranjero, relativas al sustento de los pobres*, por Senior, página 88.



la dureza y la codicia de los padres los móviles que llevan á las fábricas las mujeres y sus tiernos hijos, sino la necesidad; tambien se ha dicho, con razon, que emplear las primeras en las manufacturas ha sido una de las más bellas conquistas de nuestro tiempo, puesto que de esta suerte no se condena la mitad de la poblacion á un estado de idiotismo y de ignorancia en que la tenía un sistema que la separaba de los trabajos industriales, y que hacer que penetren por las puertas de los talleres los segundos, sobre constituir un aumento de salario para los obreros, es limitar los vicios que nacen del ocio y la vagancia en los primeros años de la vida.

No se imagine que el salario necesario representa una cantidad fija de bienes ó productos: se refiere á las necesidades habituales de la vida, y éstas dependen del clima, de los usos y costumbres y educacion del pueblo, y de la situacion de las diversas clases de los obreros, puesto que algunas de éstas tienen necesidades particulares: en los países cálidos son menester ménos alimentos, abrigo y calefaccion que en las regiones donde el invierno es riguroso: todavía es más sensible la diferencia cuando los primeros poseen sustancias alimenticias cuyo precio es módico, como el arroz, el maíz, el banano, etc.; los pueblos adquieren asimismo hábitos de que no quieren, ó les cuesta mucho trabajo desprenderse, como las pieles para los rusos, ciertas ropas ó trajes para los escoceses, y en muchos países de Europa el tabaco, el té, el café, etc. Los operarios de algunos oficios, joyeros, ebanistas, mecánicos, no se confundirán ciertamente con los obreros vulgares en los consumos que verifican. Say, Rossi, y despues muchos escritores, han dado pruebas de las indicaciones que hacemos: un irlandés, dicen, camina todo el año con los piés desnudos, duerme en una choza en la que no quisiéramos alojar nuestro perro, y come patatas, creyéndose dichoso cuando las puede sazonar con un poco de sal ó agregarles una taza de leche: su traje se compone de harapos: si fuesen sometidos á semejante linaje de vida los ingleses, ántes de un año habrian muerto las tres cuartas partes. Carey asegura de los últimos que la cerveza, el azúcar, el aguardiente, el jabon, los periódicos, etc., son artículos usados principalmente por las clases trabajadoras. Tenemos por dicha y por fortuna que así sea; la cultura se dilata á las clases inferiores, su condicion se mejora, y por este camino sería

dable hallar solución á temerosos problemas, bien que, siendo ingenuos y sinceros, nos creemos obligados á confesar que nos parece muy difícil la extensión absoluta y total de estas ventajas.

Comprende y abraza también el salario necesario los gastos ó coste de producción del trabajo. Con cuyas palabras queremos significar que en su peculiar retribución, el obrero debe ser indemnizado de las impensas hechas, de las sumas invertidas en el período de su adolescencia, en que sus fuerzas débiles, su no terminado aprendizaje, no le permiten ser útil á la sociedad; de las primeras materias y de las herramientas inutilizadas durante el tiempo á que nos referimos, pues que de otra suerte un capital considerable, si tratamos de todos los operarios, se perdería, quedaría sin devolver, como sucede cuando el adolescente muere sin pagar la deuda que contrae con la sociedad, por decirlo así; pero no por pensar de este modo seguimos las huellas de algunos autores, como Canard, J. B. Say, Mac-Culloch y Rossi <sup>1</sup>, que han considerado al hombre y su poder industrial como una especie de capitales; que han dicho que todo adulto podía estimarse como una máquina que ha costado veinte años de atención constante y una suma considerable para su construcción. Bien es cierto que no es dable imaginar que lleven hasta el cabo su pensamiento, que al fin éste deje de ser una comparación; el hombre no representa más que el trabajo en la ciencia: si lo confundiésemos con el capital, sería menester inventar una palabra y una teoría para los productos acumulados que se destinan á la reproducción; además, todos juzgamos lícito deshacer los instrumentos ú objetos inútiles; no cabe sacrificar á los obreros inútiles; seres inteligentes, tienen derecho de vivir. Por último, forma parte del linaje de salario que estudiamos ahora aquella recompensa en bienes materiales, aquel incentivo capaces de decidir á las clases trabajadoras á soportar las molestias, los sacrificios, la lenta y gradual disminución de sus fuerzas, de sus facultades físicas por las rudas labores del campo y los ásperos afanes del taller; en justicia y razón, el salario necesario habrá de extenderse, en el curso de la vida del obrero, á la acumulación de algunos valores que equival-

<sup>1</sup> Canard: *Princ. de econ. polít.* — Say: *Curs. comp. de econ. polít.*, 1 vol., pág. 285. — Mac-Culloch: *Princ. de econ. polít.*, lib. II, cap. II. — Rossi: *Curs.*, etc.



gan al perpétuo consumo de los medios personales que posee aquél: y no puede dudarse que el coste de produccion del trabajo será mayor ó menor, segun juzguemos el valor del trabajo; el maestro ó patrono lo estima segun la habilidad, el celo de los trabajadores y la naturaleza de las ocupaciones á que puede aplicarlos <sup>1</sup>, puesto que partimos de la base que no emplean los obreros más que en cosas productivas y para realizar los mayores beneficios posibles; de suerte y manera que se pagará más á los jornaleros allí donde se logren ganancias más cuantiosas despues de descontados los gastos de la produccion.

En suma y para presentar á nuestros lectores en breves palabras este análisis un tanto prolijo de los elementos que constituyen el salario necesario, diremos que son: 1.º, el número de productos que se requieren para que subsistan el obrero y su familia: 2.º, el coste de produccion del trabajo, que se descompone: en devolucion ó recompensa de las sumas invertidas en el tiempo que aquél no ha podido prestar servicios á la sociedad y de las impensas hechas durante el aprendizaje; en bienes que sean motivo bastante poderoso para que se sobreponga á las molestias y sacrificios inherentes al trabajo y acumule ahorros para la vejez, y, por último, la apreciacion de la destreza, celo é índole de las tareas y labores en que pueden emplearse los operarios.

El salario necesario representa un límite: más abajo existen el desaliento, la desesperacion y la muerte causada por las enfermedades y los dolores de las clases proletarias; más abajo se trabaja todavía; el hombre prefiere morir á plazo, á morir en el momento; más abajo hallaremos por breves dias los jornaleros y las familias que retrata Leon Faucher en Bethnal-Green de Lóndres <sup>2</sup>, ó los niños enflaquecidos y amarillentos de los barrios extramuros de Colonia que ha descrito Du Puynode <sup>3</sup>: más arriba, por cima de ese límite, nos complaceremos en los progresos, en el bienestar, en la vida más tranquila y más llena de esperanzas de las clases proletarias; más arriba, las familias de los trabajadores, apartando algun tanto su vista de lo presente y poniéndola en lo porvenir, llegarán á hacer ahorros y

<sup>1</sup> Rau : *Trat. de econ. nacional*, párr. 180.

<sup>2</sup> *Estudios sobre Inglaterra.*, segunda edicion, primer tomo, pág. 17.

<sup>3</sup> *De las leyes del trab. y de la pobl.*, lib. II, cap. IV, primer volúmen, pág. 263.

se ofrecerán en menor grado á las tentativas y esfuerzos demoledores del socialismo. Séanos lícito comparar ese nivel del salario necesario al que se extiende sobre las tranquilas aguas de un estanque; en el fondo nuestras miradas descubren cieno, reptiles de formas monstruosas, plantas de sombríos colores; sobre la superficie, hojas verdes, bellas flores, aire puro, un cielo límpido y sereno.

Importa en sumo grado conocer las leyes que rigen y determinan la cuota media del salario; mas ántes de que procuremos indagarlas, conviene á nuestro propósito indicar á nuestros lectores lo que son la cuota corriente y la dicha cuota media. Entrambos términos son ideales; en el dominio de la industria observaremos diversos salarios nominales; en los talleres, en las manufacturas y fábricas, un obrero gana diariamente cinco, otro tres, un tercero dos pésetas; las retribuciones aparecen á nuestros ojos como muy várias; no obstante, en los empleos del trabajo que no exigen circunstancias extraordinarias de honradez, destreza, vigor, etc., en un tiempo determinado, habrá una remuneración que en general será aplicable á todos ellos, v. gr., herreros, carpinteros, etc., y será hija del concurso y convenio de patronos y operarios; tal será la cuota corriente: la cuota media es el término numérico que resulta de sumar cierto número de salarios nominales, y la suma que obtengamos se divide por el número de obreros á que extendamos nuestra investigación, ó bien entre los lugares de que hemos recogido los datos. Oscilan ambas cuotas entre un *maximum* y un *minimum* que no todos los autores han comprendido de la misma manera. Lotz y Rau <sup>1</sup> entienden por el primero, salarios tan elevados que absorbieran las ganancias del empresario ó que disminuyesen el interés del capital ó la renta de la tierra, lo que no podría ser más que excepcional, porque la producción cesaria en lo porvenir: y por el segundo, el de un oficio que no demanda esfuerzo para hacer su aprendizaje, ni habilidad particular. Segun Storch y Roscher determinan el *maximum* á que nos referimos el valor en cambio que tiene el trabajo y los medios que poseen los que lo demandan, y el *minimum* las subsistencias que se juzgan ó creen indispensables <sup>2</sup>. Roscher afirma que es dable imagi-

<sup>1</sup> *Man. de econ. polít.*, 1, 469.—*Trat. de econ. nacion.*, párr. 188.

<sup>2</sup> *Man. de econ. polít.*, 1 vol., pág. 205.—*Princ. de econ. pol.*, párr. 165.



nar circunstancias en las que, creciendo la remuneracion del trabajo, llegase á tomar para sí la renta de la tierra, pero que siempre debería reservarse una parte de la renta general para el interés de los capitales. El Sr. Colmeiro escribe que el *maximum* del salario se deriva de la utilidad del trabajo, pues la recompensa debe guardar proporcion con el servicio; que si hay una suma de valores producidos para repartir entre varios coproductores, la cuota parte de cada uno no puede traspasar el límite que le ponen las ganancias regulares y ordinarias de los otros, de modo que el *maximum* del salario es el *minimum* de los demás partícipes, y el *maximum* de estos el *minimum* de aquél <sup>1</sup>. Por lo que á mí hace, me inclino al parecer de Lotz y de Rau que en primer lugar queda transcrito.

Ahora ya sabemos que el jornal sufre cambios entre esos dos términos ó puntos extremos que hemos definido. ¿Qué ley reguladora señalaremos que explique la cuota corriente y coincida con la cuota média del salario? Gran número de autores indican la relacion entre la oferta y la demanda; entre ellos se cuentan algunos muy notables que han dado recientemente sus obras á la estampa, como los señores Madrazo y Boccardo: hemos de añadir que la oferta no se toma en este caso en su sentido general; significa no más que los obreros, las personas que quieren y tienen capacidad para trabajar, y la demanda aparece determinada por los ricos, los capitalistas, los que pueden pagar el trabajo que aquéllos se prestan á hacer. De aquí se deduce que si la oferta fuera mayor que la demanda, el salario bajaría, y si la demanda excediese á la oferta, el salario crecerá. Se ha observado, en nuestro sentir con razon, que esta fórmula es demasiado verdadera para enseñarnos cosa alguna <sup>2</sup>. ¿De qué depende la demanda? Como supone cada una de éstas una oferta, y lo que más importa conocer es la última, es decir, lo que se quiere dar á los obreros por su trabajo, preguntamos: ¿por qué medio conoceremos su proporcion? ¿Cuál es el hecho general de que depende la oferta? Pongamos un ejemplo: hé aquí diez trabajadores: les pedimos diez horas de trabajo por dia, y les ofrecemos diez pesetas de jornal. ¿Qué motivo tenemos para no retribuirles más que con esa cantidad?

<sup>1</sup> *Princ. de econ. polít.*, 4.<sup>a</sup> ed., pág. 372.

<sup>2</sup> Rossi: *Curso de econ. polít.*, III vol., lección XI, pág. 197.

¿Por qué no les cedemos quince pesetas, ó, por el contrario, por qué no descendemos á ocho ó á cinco? En suma: no hacemos otra cosa que traducir un hecho en un lenguaje científico. Y sin embargo, estamos muy léjos de negar que el pensamiento que se encierra en la relacion que nos ocupa deje de tener filosofía; mas para que aparezca, para que pueda producir efectos, sería menester un análisis prolijo de los dos términos expuestos: habría que hacer al primero, la oferta de trabajo, aplicaciones de la difícil teoría de la poblacion, y procurar saber las tendencias que suelen manifestarse en la de los obreros; áun concediendo que no juzgamos ésta como la principal dificultad, porque á la postre en ella tropezaremos siempre, queda la más embarazosa y grave, á saber, el estudio analítico del segundo término, la demanda de trabajo, los bienes ó valores que á trueque de sus servicios se reparten entre las clases trabajadoras; y no hay para qué decir que la fórmula de la oferta y de la demanda nada de esto nos enseña ó indica.

En nuestro sentir, se halla más precision en la doctrina que se expresa así: el salario se regula por la relacion que existe entre la poblacion y el capital. Para ser bien comprendidos, advertiremos que no queremos decir toda la poblacion ni todo el capital, sino tan sólo aquella parte de la primera que constituyen y forman los obreros, ó lo que es lo mismo, aquellos habitantes de un país que están dispuestos á trabajar, y del segundo, la suma de capital circulante que se destina á remunerar el trabajo. Mac-Culloch y Stuart Mill, que son los principales patrocinadores de la ley que atrae nuestra atencion en este momento, se han propuesto darle todo el rigor y toda la eticacia imaginables. «Supongamos, dice Mac-Culloch, que el capital empleado por una nacion en pagar salarios ascienda á treinta millones de libras esterlinas. Si el país encierra dos millones de obreros, es evidente que la retribucion de cada uno, dando á todos la misma cuota, sería quince libras, y no es ménos evidente que esta cuota no podria aumentarse, sino en el supuesto de que el número de los obreros se disminuyese en una proporcion mayor que la suma de capital. Siempre que éste y la poblacion caminen á la par, que se aumenten ó se disminuyan en idéntica proporcion, la cuota de los salarios permanecerá la misma. Sólo cuando cambia la relacion de la poblacion al capital, el precio del trabajo sufre



un aumento ó una reduccion correspondiente. El bienestar y la comodidad de las clases trabajadoras dependen directamente, como se ve, de la relacion que guarda su aumento con el de las acumulaciones que sirven para ocuparlas y alimentarlas: si se multiplican con más rapidez que el fondo de los salarios, el precio del trabajo se reducirá; se elevará, al contrario, si su acrecentamiento es menor que el de la riqueza que subviene á sus gastos <sup>1</sup>.

Para Stuart Mill son opiniones populares pero erróneas, las de que el salario asciende cuando el comercio florece, de que sucede lo mismo cuando hay alza en los precios, y de que aquél varía á compás y al tenor del precio de las subsistencias. El primer hecho no contradice más que en la apariencia la ley: el capital que su dueño no emplea en comprar trabajo y guarda ocioso en sus manos, para los operarios como si no existiese; y por efecto de las variaciones del comercio todo capital permanece temporalmente en ese estado, puede ocurrir que en todas las profesiones haya momentos en que se inviertan los capitales con afán. Respecto al segundo hecho, hay que convenir en que los precios altos no elevan los salarios, sino porque los mercaderes, ganando más, hacen más economías y aumentan su demanda de trabajo. En cuanto al tercero y último hecho, hace notar el famoso economista inglés que la carestía ó la baratura de las subsistencias, como consecuencia de la abundancia ó de la escasez de las cosechas, no influyen en los salarios, á no ser que la caridad ó la costumbre los armonicen artificialmente con el precio de los medios de existencia: si por ventura ejerciese éste alguna influencia, sería en sentido contrario de la que se supone, porque en los tiempos de carestía los obreros trabajan más, y por su propia voluntad, con detrimento suyo, disminuyen los precios del trabajo. En todos los casos dichos, para que el salario crezca es menester que la poblacion se aminore, no sufriendo cambio alguno el capital; ó que, siendo aquélla la misma, éste se acreciente, y si los dos términos experimentan algun cambio, que el capital tome mayor incremento que la poblacion ó su disminucion sea menor: por el contrario, para que el salario baje se requiere que la poblacion se aumente, no habiendo modificacion por lo que concierne al capital, ó que

<sup>1</sup> *Princ. de econ. polít.*, cap. De los sal.

sin cambiar aquélla, éste se reduzca á menor suma, ó que si ambos varían, que el capital sufra mayores pérdidas que la poblacion, ó que la postrera se desarrolle más aprisa que aquel elemento de la produccion <sup>1</sup>. En este estudio tan minucioso y profundo, Stuart Mill no deja de escrutar las tendencias de la poblacion, y, en su juicio, la remuneracion del trabajo no puede elevarse en general, mientras no se contenga el desarrollo de aquélla, y aunque no sea plausible la marcha que sigue la opinion en este punto, hay algunos motivos para esperar un progreso <sup>2</sup>.

Nosotros disentimos del modo de pensar de estos autores ilustres: creemos que los obreros multiplicarán sus matrimonios segun lo permitan el salario y el precio de las subsistencias; el abstenerse de contraer enlaces se deriva de la necesidad; el sentimiento que impele uno de los sexos al otro, las alegrías del hogar, una ley de pureza moral para el mayor número de hombres, han de ser siempre causas bastante poderosas para que se casen. Donde quiera que una familia puede vivir con desahogo, allí se celebra un matrimonio, ha dicho Montesquieu; Roscher entiende que el afecto que inspira un sexo al otro y el amor de los hijos, son móviles tan generales y enérgicos, que de ordinario el aumento de los medios de existencia trae en pos de sí un acrecentamiento de la poblacion <sup>3</sup>; y Baudrillart afirma que Malthus tiene constantemente un abismo abierto ante nuestros ojos: nos repite que es preciso una alta virtud para no caer en él, una virtud particularmente difícil á las clases pobres, tan difícil que no espera se practique, áun despues de sus consejos y sus amenazas <sup>4</sup>. Estas reflexiones son las que nos parecen atinadas y prudentes; pero creer que para vivir con cierta holgura, para que pueda elevarse el nivel de las necesidades, los obreros llegarán á preferir el celibato á las nupcias, entendemos que es una quimera; baste que exijan al salario les dé la suma de bienes necesaria, para que pueda subsistir una familia. Del número de obreros no depende, pues, la cuota del salario; si hay capital suficiente para emplear sus

<sup>1</sup> *Princ. de econ. polít.*, lib. II, cap. XI, párr. 1 y 2.

<sup>2</sup> *Princ. de econ. polít.*, lib. II, cap. XI, párr. 3; cap. XII, párr. 1 y 2.

<sup>3</sup> *Princ. de econ. polít.*, párr. 240.

<sup>4</sup> *Man. de econ. polít.*, cuarta parte, cap. VI, II.



brazos, no temamos que estos falten, y, por tanto, sólo despues de una grande y extraordinaria pérdida de capitales, ó que estos huyesen de la producción, se concibe que hubiese deficiencia de trabajadores, por la emigracion y la muerte, inseparables compañeras de la disminucion de los jornales. La suma de capital circulante que exista en un país, ¿será por tanto la ley reguladora de los salarios?

Hay que añadir el precio de las subsistencias ó medios de existencia. Si el trabajo no proporciona los elementos de la vida, ¿á qué trabajar? El salario de nuestros tiempos consiste en una suma de dinero; hay que ver su relacion con el precio de los productos que consumen los trabajadores; llegará á obtener cada operario más ó ménos, segun fuere esa proporcion mayor ó menor. Dilátase hasta el salario una ley universal de la Economía política, á saber: los límites de la cantidad y de las facultades productivas de la tierra constituyen los límites reales de la producción. En cada época, en cada período histórico, segun el desenvolvimiento de la ciencia y del arte agrícola, consigue el hombre someter á su imperio los elementos productivos de la tierra: sin duda se puede ir más allá; pero en aquél punto y ocasion es dable afirmar que hemos llegado á tocar una barrera temporal, no infranqueable, mas para nosotros cierta y definitiva: en ella hemos de ver hasta dónde llegan nuestros recursos para sustentar los habitantes de un país, y el conjunto de primeras materias que la industria modifica y trasforma, de suerte y manera, que al tenor y en correspondencia con la suma total y las fracciones de esos elementos, será dable al obrero contentarse con más ó ménos bienes y valores, y la relacion á que aludimos entre los productos de la tierra y el hombre se expresa y manifiesta por el precio de los primeros. Siempre que tuviéremos capital y materias que suministre la tierra, los hombres no faltarán: en otros términos, la remuneracion del elemento productivo trabajo se subordina á la extension y modo de ser de los otros dos elementos, el capital y los agentes naturales.

No todos los autores se muestran partidarios de la doctrina sustentada por Mac-Culloch y Stuart Mill. El profundo Adam Smith dice que la demanda de aquellos que viven de salarios no puede aumentar sino á proporcion del acrecentamiento de los fondos destinados á pagar á los obreros; que las rentas y capitales de cada país

son causas de que se empleen los brazos de los trabajadores, y al tratar de la recompensa del trabajo en la Gran Bretaña, y como prueba de que en su tiempo era superior ó más alto de lo que fuera menester para sustentar una familia, aduce el dato de que no seguian las fluctuaciones del precio de las mercancías; por lo que se deduce que para el ilustre escocés el salario se regula por las rentas y capitales de una nacion y por el precio de los víveres que consumen las clases trabajadoras <sup>1</sup>. Rossi afirma que en definitiva la fórmula más satisfactoria es la siguiente: los salarios se regulan por la cantidad de trabajo pedida, el número de los trabajadores y el precio de los artículos y géneros que usan <sup>2</sup>. Rau, que hace depender aquella retribucion en parte de los gastos de conservacion del obrero, estima que estos reconocen como causa el precio de los principales productos necesarios al sustento de los trabajadores. Cuando esta precio se eleva y se sostiene, los salarios ascienden en la misma proporcion, porque sin esto la situacion de los obreros llegaria á ser crítica: la extensión del bienestar público y el aumento de la poblacion, que producen el encarecimiento de las materias primeras, originan un alza en las retribuciones del trabajo, sin que mejore la condicion de los obreros, puesto que el mayor salario tan sólo dá un valor de sus rentas en proporcion á sus gastos <sup>3</sup>, y Roscher, por último, asegura que una baja en el precio de las mercancías es seguida de un descenso en la cuota del salario, si el círculo de las necesidades de la clase obrera no se ensancha de un modo proporcionado; y asimismo, que el encarecimiento de los víveres debe hacer necesariamente que se acreciente la remuneracion de la mano de obra, cuando la cuota de esta última basta apénas para satisfacer las exigencias más apremiantes de la vida <sup>4</sup>. Es, pues, llano que no nos faltan argumentos poderosos para negar, como negamos, que en un período largo, no en breves instantes, no por circunstancias pasajeras—salvedad que hacen los alemanes Rau y Roscher—deje de influir el precio de las subsistencias en la cuota corriente del salario. En resolucíon: á juicio del autor de este libro, la ley reguladora de la postrera descúbrese en la suma de capí-

<sup>1</sup> *Riqueza de las nac.*, lib. 1, cap. VIII.

<sup>2</sup> *Curs. de econ. polít.*, III vol., lec. 12.

<sup>3</sup> *Trat. de econ. nac.*, párr. 191 y 192.

<sup>4</sup> *Princ. de econ. polít.*, párr. 164.



tal circulante que se destina á remunerar el trabajo, y en el precio de los productos que consumen las clases trabajadoras.

De los afamados escritores de materias económicas, en el estudio de este mismo hecho importante, hay quien acepta una fórmula sintética, Rau, que hace depender el salario, como el precio de todos los bienes, del valor del trabajo, de sus gastos de produccion y de la concurrencia; hay quien, como Skarbek, al enseñar que aquél se determina por los capitales y por las rentas que asignan para pagarlo, en consecuencia de la demanda de trabajo ó de sus productos, establece lo mismo que nosotros juzgamos verdadero, puesto que añade que la cuota del salario, determinada por la demanda, es siempre relativa á lo que constituye los medios de subsistencia del obrero; y hay quien escribe que el valor del obrero, colocado en último lugar, es tambien su salario; y Thünen—el autor que se expresa como acabamos de apuntar—observa que el valor del trabajo, en el sentido que da en su obra á esta expresion, no aparece constante, ni independiente de las demás potencias; depende de la productividad del objeto á que el trabajo se aplica. ¿Cuál es el grado de productividad del objeto sobre el cual se dirigen los esfuerzos? Esto se deriva de la oferta mayor ó menor de brazos. El límite, por fin, á que pueden descender el valor y el salario del trabajo, por consecuencia de la oferta creciente de los obreros, se representa por la suma de los medios indispensables á la existencia del hombre. Hay, pues, un enlace íntimo entre el valor del trabajo, la oferta de brazos y los medios de conservacion del obrero <sup>1</sup>.

Estas doctrinas tienen puntos de contacto, analogía con la expuesta por nosotros en este capítulo.

<sup>1</sup> Rau: *Trat. de econ. nacion.*, párr. 187.—Skarbek: *Teoría de las riquezas sociales*, primer vol., pág. 212.—Thünen: *El salario natural*, párr. 19.





### CAPÍTULO III.

SUMARIO.—*Relaciones del capital y el salario.—Su necesidad, su extension y sus limites.—Ventajas del salario en su forma actual.—Tendencia á la igualdad de remuneracion en los varios empleos del trabajo.—Objeciones.—Causas que influyen en la diversidad de las cuotas respectivas del salario y que confirman la tendencia expresada.*

Vana empresa fuera negar la necesidad del trabajo y del capital para que haya produccion de la riqueza, cultura y hasta sociedad civil. La ciencia económica, proclamando que no hay verdadera teoría que explique el nacimiento de los bienes y valores sino aquella que señala tres elementos productivos, que son los agentes naturales, el trabajo y el capital, así lo demuestra; que tanto valdria sostener la proposicion en el comienzo consignada, como ir palmaria-mente en contra de las líneas primeras y fundamentales de la economía política. El trabajo y el capital se hallan, por tanto, en necesarias y frecuentes relaciones, bien que, poseidas esas fuerzas por personas diversas, no parece imposible, como no es dable demostrar que sea fatal, su antagonismo. Del segundo se recogen y arrojan sobre la cabeza de los obreros primeras materias y máquinas, abrigo, vestidos y medios de existencia, todo lo que es menester para que la industria se desarrolle: las energías y potencias dormidas en las removidas entrañas de la naturaleza, la materia rica en cualidades várias y singulares, espantáran y atormentarian al hombre sin la direccion que imprime ó los esfuerzos que tienen por término ese mundo exterior en que nace y muere. El capital es el tesoro del que reciben los trabajadores su renta, su propia y peculiar retribucion. Algunos hombres reunen y acumulan valores: para que sean sus acumulaciones productivas, necesitan los fuertes brazos de los

obreros: los productos, las ansiadas riquezas, no son hijas legítimas de los capitales: sobre éstos, por su naturaleza inertes unas veces, y otras activos con azares y peligros para la especie humana, es preciso que caiga el sudor de las fatigadas frentes de los operarios, si ha de cumplirse aquella condicion de la vida. Existen en el mundo industrial causas y efectos que ejercen sucesivamente accion é influencias unas sobre los otros. Al paso y á medida que hay acumulaciones anuales, más espíritu de empresa, más ancho círculo, resultarán de iniciadas y felices tentativas de sujetar el mundo material á las aspiraciones y deseos de la sociedad moderna: será menester ocupar el tiempo de mayor número de trabajadores, ó del mismo, procurando que sea su accion más eficaz en virtud de las aplicaciones de la ciencia ó de los poderosos medios que constituyen las múltiples y maravillosas formas del capital; del aumento del trabajo ó de su mayor energía, poder ó intensidad, se originan más copiosas riquezas, y con estas nuevos recursos y nuevos afanes de emplear la mano de obra. El límite de la facultad conque demos vida y movimiento á todo linaje de industrias se halla precisamente en las acumulaciones de un pueblo; éstas preceden á aquellas; las fuerzas humanas sin herramientas, sin máquinas, ¿qué pueden hacer colocadas frente á frente del mundo exterior? El capital es su universal y salvadora palanca, y por la misma razon, con sus propios pedazos ó sus equivalentes, retribuimos la parte que corresponde á la mano de obra por su intervencion, por lo que á ella se debe en particular. Si, como hemos probado en el primer capítulo de esta obra, el salario forma una ó muchas fracciones del capital circulante, es evidente que en armonía con el postrero aparecerá en su totalidad, y en sus alzas y bajas, la remuneracion de los obreros. Así cabe comprender y darse cuenta de la supremacía ó predominio que en todas las grandes cuestiones y problemas de la economía política ha concedido á la segunda de aquellas fuerzas productivas, Alfonso Foy en su reciente y notable obra *Ensayo sobre los principios de la economía política*.

Resulta de las precedentes reflexiones, que hay relaciones necesarias entre el capital y el salario, puesto que dejaria de existir el segundo si el primero no le diera la causa y orígenes que son los títulos para que sea lícito demandarlo; es decir, los medios y el objeto



que requiere, y en fracciones de su sér y sustancia, no le ofreciese recompensa y equivalentes de su estimacion y utilidad; que las mismas, por lo que atañe á su extension, se subordinan á la riqueza acumulada, sin que pueda darse al olvido el coste de produccion del trabajo, siendo la primera indefinida como la acumulacion, y más grande y en perpétuo desarrollo si la riqueza y la industria de un pueblo toman rápido vuelo y realizan sucesivos progresos. De notar es tambien que en este punto la tendencia de nuestros días se descubre y manifiesta en colosales y nuevos ahorros, y en ocupar en ascendente progresion numerosos obreros, y en acrecentar sus jornales. Y, por último, respecto á los límites de esas relaciones, pudieran cambiar algun tanto en su carácter de extenderse la suma de ahorros de las mismas clases trabajadoras. Esperarian más, y exigirian un salario mayor por no tener tan extrema necesidad de su adelanto ó anticipacion: los límites abarcarán más extension de capitales: de los poseidos por las clases trabajadoras no surgiria salario alguno; serian su propiedad, bien que nacida merced á la retribucion de trabajos anteriores; pero no se llevarán más lejos esos últimos términos á que nos referimos porque se aumenten la riqueza ó las rentas: se requiere un paso más, el destino de las acumulaciones á la produccion: por el contrario, todo nuevo triunfo del ingenio y de la ciencia, si es dable aplicarlos, y se aplican al mundo material, despiertan tan vivo deseo de gozar sus efectos, que producen mayor número de salarios y proporcionan los medios de satisfacerlos. Una barrera movable, pero innegable, se encuentra en el valor y beneficio de las empresas llevadas á cabo y de los esfuerzos materiales que cuestan: si los primeros faltan, hay restricción de aquéllas: y por lo que hace á los últimos, se miden por el efecto y constituyen la base de ulteriores producciones: este es el límite postrero, que no hay en el universo capitalista alguno dispuesto á retribuir trabajos que no crea y estime que son provechosos, y que ha de lograr el cambio de los productos que dieren de sí por otros equivalentes ó superiores.

Á decir verdad, no se niegan ó desconocen los nexos y puntos de contacto entre el capital y el salario; lo que se afirma es que ni son justos, ni merecen el asentimiento de la razon. Alegan que la mayor parte del producto que se debe á la accion mancomunada de capitalistas y obreros, pertenece á los que dictan las leyes de la industria,

á los ricos, porque los segundos tienen que bajar sus cabezas ante la voluntad de sus patronos, no les es dable resistir, puesto que carecen de pan y lo demandan sus mujeres y sus hijos. El más fuerte procura conseguir las mayores ventajas, y su propósito es fácil; no halla en los talleres más que hombres indefensos: apénas les concede un auxilio *propter vitam*, y se reserva la porcion que corresponde al valor del trabajo. El salario es enemigo del capital: cuanto más demos al uno, ménos quedará para el otro, y vice versa.

Á estos tristes argumentos de las escuelas enemigas de la Economía política, los adeptos de la ciencia han respondido lo siguiente: Derogados los privilegios, abrogadas las leyes opresoras de la policía gremial, del trabajo mirado como un derecho del Rey, del Señor, no hay opresores ni oprimidos, débiles y fuertes, quien dicte su voluntad y quien, en aras de una determinacion arbitraria, se vea obligado á ceder los bienes creados por sus propias manos. Los pactos son libres; la concurrencia, la libertad, constituyen una justicia distributiva: en su virtud, existen leyes naturales que asignan á cada uno la parte de renta que es justo atribuirle por la parte que ha tomado en la produccion. Si los operarios son muchos, en un período no muy largo, restringiendo el movimiento de la poblacion, conseguirán un alza del salario; su número y la excesiva oferta de sus brazos son causas de que aquél descienda: tienen interés en que el capital abunde, puesto que así será mayor su retribucion; y de todas suertes, no pueden quejarse, supuesto que todos, patronos y operarios, rigen sus determinaciones por la ley de la oferta y la demanda. La baja de los salarios es la consecuencia de la escasez de aquella fuerza productiva; hay para ello dos razones decisivas: la primera, que donde el espíritu de empresa se fomenta ménos, hay pocos caminos abiertos á la actividad del hombre, y, por lo tanto, mayor número de ociosos voluntarios ó forzados; la segunda, que se obtienen ménos productos con la misma cantidad de trabajos. Allí donde el trabajo es menor, ó si con los mismos esfuerzos su resultado tiene escaso valor, ¿no es inevitable y necesario que la parte de cada uno sea asimismo menor? Decimos que descinde el nivel de los salarios, y por precision sucede de esta manera porque se reduce y aminora tambien la suma de la riqueza general, el consumo, al mismo tiempo que la produccion. Si partimos del supuesto exacto



que tratándose de un producto determinado y dividiéndose entre dos clases de productores, cuanto más toque á los unos ménos percibirán los otros, nada es dable aducir en contra de esa afirmacion: imaginemos una riqueza igual á 10 y divisible entre patronos y obreros: es evidente que, á excepcion del caso de una distribucion igual, cinco á unos y cinco á otros, siempre que ésta se hiciese en fracciones desiguales, obreros ó patronos tendrán una porcion más grande; pero no se trata de saber si en un precio dado lo que damos al capitalista no puede darse al jornalero; se trata de saber si hay entre ellos, como se pretende, opuestos intereses. Es fácil aducir pruebas de lo contrario. De un precio igual á 10, admitamos como hipótesis que el capital tome 6 y el trabajo 4; se asegura que se perjudica al segundo, por ser mayor la parte del primero: cambiemos la division; aceptemos una hipótesis á la inversa. Imaginemos un precio total equivalente á cinco; demos tres á los obreros, y dos á los capitalistas: si creemos á los que hablan de antagonismos, aquéllos se habrán enriquecido con menoscabo de sus patronos, y, sin embargo, nada ménos cierto; relativamente habrán percibido más, pero absolutamente ménos: y cuenta que este postrero ejemplo es la imágen de una sociedad en la que hubiese poco capital, y en la que, como forzosa consecuencia, fuera menester reducir á las proporciones del mismo el precio total divisible entre los productores. Despues de 1789, bajo la influencia de la libertad industrial y de un régimen social superior al del antiguo gobierno, se ha mejorado la condicion de las clases trabajadoras, como demuestran sus costumbres, el esmero con que cuidan sus personas, el gusto de los placeres intelectuales que entre ellas ha empezado á ser frecuente. Basta que sea posible que crezcan al mismo tiempo y de un modo proporcional las dos retribuciones, de los que producen con fuerzas materiales, y de los que lo verifican con riquezas acumuladas, para que quede sin justificar la tesis de que sus intereses no se concilian, ni armonizan. Aún hay más: á medida que los capitales se aumentan, la parte relativa del capitalista disminuye; al contrario, los trabajadores ven aumentar su parte en los dos sentidos, absoluto y relativo: la demostracion es llana; al tenor y á compás que los capitales se acrecientan, baja el interés, puesto que, siendo grande la oferta, el precio del uso y cesion temporal de los capitales es menor: la porcion



de los obreros es mayor, siendo mayor tambien la suma de bienes que se crea y entre ellos se distribuye, y la relativa sigue semejante progresion, toda vez que el empleo del capital ahorra esfuerzos y hace concurrir fuerzas gratuitas, que por la baja de los precios dejan en las encallecidas manos de los trabajadores más medios de satisfacer sus necesidades <sup>1</sup>.

No se muestran satisfechos con esta argumentacion lógica y vigorosa los *Katheder-socialisten*. Estos sabios autores juzgan que la ciencia moderna no debe considerar al hombre como medio de produccion; que su punto de partida ha de ser el hombre y no la riqueza, y que se desmiente la sociedad y la humanidad buscando en una pura fuerza de trabajo el aumento de los bienes materiales. Para dichos escritores no es dable admitir la teoría que estima el trabajo como una mercancía cualquiera, puesto que el primero es una parte del hombre mismo, y hay un lazo orgánico entre los productores; la segunda es material, inerte y sujeta á las leyes de la propiedad: la concurrencia ilimitada es el dominio del fuerte sobre el débil, del capitalista sobre el operario, de la grande industria y de las grandes fábricas sobre la pequeña industria: por ella existe la opresion, la agonía, la desaparicion de los maestros, de los pequeños talleres, y la pérdida total de la independendencia de los obreros. Si paramos mientes en la libertad económica internacional, veremos que no son menos perjudiciales las consecuencias, porque ella amenaza la existencia del operario, haciendo bajar su retribucion al *minimum*, al que algunos llaman el salario del hambre: el productor nacional, que es preciso luche con la concurrencia extranjera, y, por lo tanto, disminuye el precio de sus productos, hace repercutir más fácilmente esa aminoracion sobre el jornal de los obreros que sobre las máquinas y sobre las primeras materias, toda vez que el operario puede ahorrar en los alimentos, en la habitacion, en las diversiones, en el descanso, mientras que la máquina exigirá siempre carbon de piedra en la misma medida, y además, no olvidando nunca la necesidad

<sup>1</sup> Véanse: Baudrillart: *Man. de econ. polít.*, páginas 123 y 131. — *De la libertad del trabajo*, páginas 18 y 21. — Coquelin: art. *Capital*; i vol. del *Dicc. de econ. polít.* — Rossi: *Curso de econ. polít.*, iii vol., leccion ix, pág. 158 y siguientes. — Bastiat: *Arm. econ.*, capítulos vii y xiv.

de vencer la competencia extranjera, el empresario empleará en su fábrica niños y mujeres, que se contentan con un salario menor. La nueva escuela alemana niega que existan leyes naturales económicas que regulen el precio del trabajo; en su juicio, son una quimera; en la sociedad, organismo lleno de vida y movimiento, en el que ejercen influjo los hechos, en el que hay desenvolvimiento con tendencias y dirección que no son siempre las mismas, muestra la historia el singular imperio de las varias formas y sistemas en que se manifiesta la libertad y aparecen los ideales y las luchas del espíritu humano. No creen imposible los *Katheder-socialisten* que se eleve el salario; con este fin, en el orden exterior proponen derechos protectores para los productos que cuestan poco, y tratados internacionales sobre las manufacturas, y afirman que á la época de los tratados internacionales de comercio ha sucedido la de los tratados acerca del trabajo; y en el orden interior no hay absoluta conformidad de opiniones: unos ven en las huelgas una prueba palmaria de que se llega á un alza en las remuneraciones de los trabajadores; otros, ya prefieren la intervencion del Estado, ya aminorar los beneficios de los capitalistas y empresarios, ya, en un alza de los precios, lograr aquel propósito á expensas de los consumidores<sup>1</sup>. La tendencia que parece predominar hoy, se inclina más bien á la ingerencia de los poderes públicos y á una reaccion contra la baratura de los precios, que nos llevan como por la mano á una remuneracion deficiente de los operarios.

Árdua es la cuestion que se controvierte; mas nosotros creemos que de no cerrar los ojos á la luz, de no encogernos de hombros ante los hechos que ocurren, no cabe dejarse llevar por la mansa corriente de las fáciles y consoladoras doctrinas que todo lo fian á la libertad y á la concurrencia, y segun las cuales el remedio de los daños y malestar que nos aquejan deben dejarse al curso, libre de privilegios, de trabas y de obstáculos, de la produccion y del cambio. Tras largo período de prueba, nadie se inclinará á juzgar que sin males y desórdenes transcurre la vida de nuestros obreros; pre-

<sup>1</sup> Contzen: *Hist. de la lit. de la econ. polít.*, pág. 79.—Brentano: *El precio del trab.*—Sybel: *Princ. del social. y comunismo*, pág. 48-50.—Schaffle: *Sistema de econ. política*, lib. III, cap. II.—Vito Cusumano: *Las esc. econom.*, páginas 109, 176, 182 y 184.



ciso se hace, huyendo de ir hasta el extremo, inquirir si en nuevos sistemas profundamente concebidos, basados en la historia y en concurso y maridaje con la filosofía del derecho y con la ética, encontramos los remedios que vivamente apeteecemos; y sin desconocer las dificultades de la aplicacion de sus doctrinas, aplaudimos, por lo que á nosotros hace, los propósitos y proyectos de los *Katheder-socialisten*.

De todas suertes, es innegable que el salario, en su modo de ser de nuestros días, esto es, como anticipo y seguro contra las pérdidas eventuales de la empresa, como retribucion pactada en numerario, reúne numerosas ventajas. Si no existiese el salariato, tendria que ser suplido por la asociacion de capitalistas y obreros: aquéllos aportarían herramientas, máquinas, primeras materias, el cobertizo ó los talleres, las casas, vestidos y víveres para éstos; los operarios su adquirida destreza y su trabajo. Dada la última mano á los productos de la empresa, se venden, y se divide el precio entre unos y otros, por partes iguales: no será dable que siempre, en hipótesis, admitamos semejante adjudicacion: para ello fuera preciso que no hubiera desigualdad en la intervencion de los co-productores en la empresa, y vemos que al capital habria que concederle mucho: habria que concederle un fondo para reconstituir las sumas invertidas en las máquinas y herramientas y en la adquisicion de las materias primas; habria que devolverle el precio del arriendo de los cobertizos ó talleres, de los hogares, de los trajes y artículos de sustento de los operarios: sabemos lo que tendrian derecho á percibir los postreros, por lo que hemos dicho en el primer capítulo de este libro. No dudemos, pues, que, aún ántes de repartirse las ganancias, los derechos del capitalista serian en mayor número y más extensos que los propios ó peculiares de los obreros; pero hay más todavía: de no emplear la fuerza, de no sujetar el primero á una ley de expropiacion forzosa en nombre de las últimas capas sociales, sería necesario otorgarle una fraccion de las ventajas ó beneficios de la industria en que tomaba parte, bastante para que perseverase en su existencia azarosa de dirigir y tomar para sí el peso abrumador de una proporcion, la mayor probablemente, de las pérdidas que el mal éxito de la empresa habria de acarrearle: sí; sería forzoso presentar ante su inquieto pensamiento el incentivo de una mejora en



su estado, de tal linaje, que tentára su ambicion y le inspirase esperanzas halagüeñas.

Para liquidar las ganancias ó los menoscabos que resulten, habria que esperar el término de las operaciones productivas, y entre tanto el operario ¿se someterá á la condicion justa de satisfacer con sus ahorros los valores que para su subsistencia le ha cedido el patrono? ¿Tendrá las acumulaciones que se necesitan para verificar ese reembolso? ¿Será provechoso y posible que sufra y soporte el tanto por ciento, la parte alícuota del valor de las pérdidas, si el precio corriente resulta inferior al coste de produccion? Provechoso no debe estimarse, una vez que, disminuidas primero, y disipadas más tarde sus economías, si no apareciesen beneficios en una y otra ocasion en las que empleára su tiempo y sus brazos en trabajos industriales, su suerte y su vida llegarían á empeorarse; posible no habria de ser hoy para el mayor número; carecen los más de ahorros, y los que poseen alguno, es de harto escasa cuantía para permitirles formar y constituir una asociacion con los patronos. De modo que la forma contemporánea del salario salva al obrero de los azares y peligros de la concurrencia, de las difíciles combinaciones de un contrato que no siempre comprenderia con exactitud; y le permite, si tiene habilidad y destreza, reunir y capitalizar ahorros que correrían el grave riesgo de ser encentados y perdidos en opuestos sistemas.

La seguridad es un gran bien: los hombres, á excepcion de algunos cuya alma es inquieta y atrevida, aman y prefieren la estabilidad, lo porvenir sin sacudidas violentas, sin cambios en cuyas consecuencias su mirada no puede penetrar, porque son remotas: así se explica que el salario haya sido un progreso con relacion á las primitivas asociaciones de los cazadores y pescadores, del clan, de la tribu pastoril y agrícola. La incertidumbre, el temor de lo desconocido, el mañana cubierto de sombras y que entristece si fijamos en él nuestro pensamiento, han desaparecido para los trabajadores; ellos se dan por satisfechos en renunciar á las ganancias aleatorias de las empresas, á las contingencias de inesperados beneficios si existe un aumento en la demanda ó una súbita alza de los precios, á trueque de lograr una remuneracion establecida de antemano, pagada en períodos regulares y próximos á aquellos en que se prestan los ser-

vicios, cierta y libre de las alternativas y término nunca seguro de las obras y afanes en que nacen y se forman las riquezas. Mas nos será lícito observar que, á vuelta de estas excelencias y favorables condiciones del salario, la suma de dinero que se percibe como retribucion del trabajo manual será menor que la de productos que hubiera ido á parar á manos del obrero en el caso de asociacion; que es justo y conforme á las leyes por que se distribuye la riqueza que el patrono haga y guarde para sí dos descuentos, se reserve dos premios, dos indemnizaciones, á saber: del anticipo y del seguro, como hemos explicado en otro lugar.

Cada uno de los diversos empleos del trabajo en el mismo país debe ofrecer un balance de ventajas y desventajas que constituya ó tienda constantemente á constituir una perfecta igualdad entre todos ellos: si existiese alguno más ó menos beneficioso que los demás, tantas personas vendrian á concurrir con su oferta de servicios en el primer caso, ó se retraerian en el segundo, que las condiciones de los diversos talleres se pondrian al mismo nivel. Por lo ménos, hay que convenir en que tal hecho debe acontecer en toda sociedad en que las cosas siguen su curso natural, en donde existe plena libertad de la industria, y en donde, por tanto, cada individuo es dueño de elegir y profesar el linaje de oficios y ocupaciones que juzgue más convenientes, y tenga el derecho de trocar unos por otras, si se lo aconsejára la necesidad ó su peculiar carácter y deseos. En semejantes circunstancias, el interés personal nos llevará como por la mano á inquirir y consagrarnos á los empleos ventajosos y al abandono de los ménos útiles, ó de los que surjan daños y perjuicios. Ocurre al salario lo que á los precios corrientes: en sus diversas manifestaciones se observa la tendencia á proporcionarse á los gastos de produccion de cada especie de trabajo, porque las profesiones ménos retribuidas se abrazan por menor número de personas de aquellas que han de elegir una carrera. En el mismo dominio económico, los hombres, parando mientes en sus intereses, su fortuna y su porvenir, procurarán adquirir conocimientos acerca de los oficios y ramas diversas de la actividad humana en los que su suerte puede ser me-

<sup>1</sup> Baudrillart: *Man. de econ. polit.*, cuarta parte, cap. II, 1.—Rossi: *Curso de econ. política*, III vol., leccion tercera.—Bastiat: *Arm. econ.*, cap. XIV.



jor. Si no admitimos este principio, suponemos que en un período de cultura, que no habiendo obstáculos legales, que dependiendo del individuo su vida y los afanes de esa penosa vida, no examinará cuál debe ser su temerosa eleccion, y cuán grande es su responsabilidad. Para nosotros semejante suposicion es absurda. Mas entiéndase bien que nosotros no hablamos de una ley absoluta; expresamos una simple tendencia, una direccion de los hechos en punto á las retribuciones del trabajo. Tampoco nos referimos á una igualdad absoluta y matemática; por las explicaciones que hemos creído conveniente dar en las páginas que preceden, no es difícil comprender que sería moralmente imposible, y aduciremos como razon que entran á formar el salario cantidades desiguales, que habrán de producir salarios nominales desiguales; en la esencia, la disparidad no existe, pues hay causas que nos proporcionan la clave de las divergencias y satisfacen nuestro espíritu, que á méritos distintos deben corresponder remuneraciones distintas tambien. No olvidemos asimismo que los economistas contemporáneos suelen contentarse con exponer las cuotas diferentes de la retribucion del trabajo y con añadir la enumeracion de los principios que las justifican: no es tan extensa, ni resuelta la afirmacion de nuestros tratadistas como lo fué la de Smith, Say y Florez Estrada.

La doctrina de la tendencia á la igualdad de los salarios ha dado márgen á numerosas é importantes objeciones. La libre concurrencia, se ha dicho, no es tan perfecta como algunos presumen; los hombres gustan poco y hasta temen cambiar de hogares, de oficio, de relaciones; algunos viajan en busca de recompensas elevadas; las grandes masas prefieren vivir con poco á trasladarse á nuevos lugares y talleres; se carece en general de los conocimientos económicos que iluminarán oportunamente la razon de los que quieren elegir una carrera: el azar ó la preocupacion son sus móviles; hay monopolios naturales, y otros que no lo son, y que en algunos países subsisten todavía; por último, ejerce grande imperio la costumbre en esta materia. Es fácil aducir pruebas. Rossi nos habla de los ginebrinos, que juzgaban era rebajarse eligiendo otro oficio que el de sastre; y no vemos los hijos de muchas familias que, por una singular aficion aristocrática, emprenden alguna de las carreras liberales para la que no tienen aptitud, en la que no hacen los ásperos



estudios que su naturaleza exige, y careciendo de las probabilidades de obtener el éxito apetecido? Cliffe Leslie ha recogido un gran número de guarismos de las industrias de Inglaterra y del continente, que prueban no existe, en su sentir, la igualdad de los salarios, y que, por el contrario, la diferencia en un mismo ramo de aquéllas, de una localidad á otra, era mayor hoy que en otras épocas; opinion que ha corroborado respecto á los trabajos agrícolas de Ipres y de Lieja, Emilio de Laveleye.

No nos proponemos negar la certeza y el alcance de la argumentacion expuesta, que no tendria réplica si se tratára de una igualdad absoluta, y no de una tendencia que los principios generales de la teoría económica indican y señalan: en la realidad existen causas perturbadoras, compensaciones del orden moral, esfuerzos ligados con hechos anteriores, que bastan para que nos demos cabal cuenta de las divergencias y opuesto modo de pensar de los autores y de los datos en que los últimos se apoyan, los últimos que se inclinan á los *Katheder-socialisten*. Así lo prueba la historia: cuando un gobierno fuerte y respetado ha emprendido una marcha determinada, y ha requerido auxiliares en la poblacion, nunca han dejado de surgir éstos, y de empeñarse en las vías que la potente mano del Estado les señalaba. No faltaron hábiles obreros del arte de la lana á Florencia, ni maestros y artífices que respondieran al llamamiento de Colbert para fabricar paños en Sedan y Abbeville, encajes y blondas de Reims y de Chateau Thierry, y tapices de Beauvais y de los gobelinos, y soldados y marinos de fiero estoicismo y grandes virtudes militares mostráronse prontos á militar debajo de las banderas de Napoleon I. En resolucion, diremos que la tendencia existe, que lucha á las veces con elementos opuestos, y puede llegar á ser vencida temporalmente; pero aún así, persiste y acaba por convertirse en hecho real y positivo.

Adam Smith ha enumerado las causas de que provienen las diferencias de las remuneraciones del trabajo; circunstancias adherentes á los mismos empleos, las cuales, sea en realidad, sea, por lo ménos, á los ojos de la imaginacion, suplen lo módico de las ganancias pecuniarias, ó contrabalancean la superioridad en algunos casos, y son las siguientes: primera, lo agradable ó desagradable é incómodo de la tarea ó del oficio; segunda, la facilidad y baratura del apren-

dizaje, ó la dificultad y gastos que el oficio exige; tercera, la ocupacion constante que procuran ó las interrupciones á que están expuestas; cuarta, el mayor ó menor grado de confianza que fuere menester otorgar á los que los ejercen; y quinta, la mayor ó menor probabilidad del éxito que puede prometerse el obrero <sup>1</sup>. Algunos tratadistas entienden que es dable hacer una clasificacion más filosófica y más breve: Rau escribe que existen circunstancias que influyen sobre la oferta de modo que mantienen el salario superior ó inferior á la cuota que la concurrencia y los gastos de produccion parecen prescribir, y enuncia tres de aquellas: primera, una destreza particular de los obreros, que produce un alza de las retribuciones porque limita la concurrencia; segunda, los peligros y las fatigas de ciertos trabajos, y tercera, ventajas que tienen algunos oficios como mayor seguridad para los medios futuros de existencia, la estimacion que merecen, un carácter público, etc. <sup>2</sup>. Roscher dice que pueden reducirse á tres grandes categorías las causas que elevan el salario en determinadas ramas de industria más que en las demás, á saber: primera, una rara capacidad personal; segunda, el riesgo económico á que el trabajo está expuesto, y tercera, ciertas molestias personales de la ocupacion, que deben ser más que compensadas por un salario de más valor: en los miembros de dicha clasificacion comprende el ilustre tratadista alemán las circunstancias de que habla Adam Smith <sup>3</sup>. Nosotros seguiremos la enumeracion de este célebre economista, recordando que Stuart Mill juzga que el capítulo de la obra clásica de aquél en que se contiene, es la mejor exposicion escrita hasta hoy de esta parte de la economía política; y que si no es tan completa como se ha pretendido, el análisis es bastante feliz; á lo que conviene añadir que no se engaña Rossi al dar por cierto y seguro que con distinto método no se dirian cosas diversas, porque las circunstancias que indica Smith son de tal linaje, que siempre á ellas tendríamos que referirnos.

Comencemos, pues, este interesante estudio.

La primera causa es lo agradable ó desagradable, el honor y la estimacion ó el descrédito y disfavor que son inherentes á la ocupa-

<sup>1</sup> *Riqueza de las naciones*, lib. 1, cap. x.

<sup>2</sup> *Tratado de economía nacional*, párr. 197.

<sup>3</sup> *Princ. de econ. polít.*, párr. 167, 168 y 169.



cion y al oficio. En el caso de que se habla hay una compensacion: los afanes rudos y penosos, los que mira con ceño la opinion pública habrán de ofrecer más elevada recompensa para que haya igualdad con los que atraen nuestro ánimo ó son favorecidos: el carnicero y el verdugo, v. gr. Sabido es lo que acerca del primero ha dicho Lamartine en *Las Confidencias*, y no todos enaltecen al segundo, como De Maistre en *Las veladas de San Petersburgo*. El peligro de la vida ó de la salud sería el origen de otra compensacion análoga si el hombre les diese más valor que aquel que les concede: inspira interés y seduce á muchos hombres el azar y el riesgo que los separa de una existencia monotoná, y además tienen confianza en su suerte; hé aquí por qué no es muy grande el prest del soldado, y el salario del cazador. Se ha notado que los afinadores de acero de Sheffield, por extraña indolencia, vieron con disgusto las invenciones destinadas á preservarlos de que aspirasen los átomos imperceptibles de la piedra y del hierro. Stuart Mill y Molinari piensan que los trabajos que agotan las fuerzas y que son molestos, en lugar de remuneraciones elevadas, sólo perciben las ínfimas, porque de grado en grado los obreros inhábiles y rudos, rechazados de otros oficios, con los postreros del mundo industrial tendrán que contentarse. Esta opinion se ha generalizado. Si hay tareas gratas y que producen emociones que incitan y dan alimento á nuestro ánimo, como refiere Teócrito en su idilio xxi de *Los Pescadores*, también hay ásperos y peligrosos ejercicios que tienen escasa recompensa, y sin embargo la oferta de brazos no disminuye, ni llega á exigir un alza en el salario. Así sucede con los pescadores de las costas marítimas: son muy pobres, su vida es dura, llena de peligros, y en Francia ganan 700 francos anuales: depende este hecho de la seducción del oficio; aman el mar por sus terribles cóleras, por sus tempestades; apenas brilla un rayo de sol, no se sienten capaces de resistir al deseo de surcar otra vez sus olas, que se calman lentamente. Ocurre algo análogo con los mineros; sus trabajos requieren experiencia, cierta fuerza física, y exponen los operarios á molestias y grandes riesgos, y aunque descienda su retribucion, los hijos no abandonan la profesion y la casa de sus padres <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Rossi: *Curs. de econ. polít.*, iii vol., lección 23, pág. 425.



La segunda causa de las que dan razon satisfactoria de las desigualdades, más aparentes que verdaderas, de las retribuciones de las artes y oficios, aparece en la facilidad ó dificultad, y los gastos más ó ménos cuantiosos que exige el aprendizaje. Notemos, en primer término, que si, lo que es justo, el salario fuese mayor en las tareas y afanes en que el adquirir la destreza necesaria es árduo y costoso, sólo á primera vista sería lícito afirmar que la diferencia con más sencillas y fáciles ocupaciones, era remuneracion de trabajo manual; constituiría la reintegracion y pago de los intereses del capital invertido durante el tiempo que no fué más que aprendiz el que hoy es obrero. Y en segundo término, que no desconocemos muestran los autores con este motivo que existe profunda diferencia entre las profesiones liberales y las artes manuales, por lo que concierne á los varios años, los prolijos estudios y las sumas que es forzoso invertir para obtener un título de las primeras, y añaden que las máximas que la política y el derecho enseñan para abrir ó no las puertas del acceso de las mismas á gran número de jóvenes, debian ser materia del estudio de várias ciencias, y no sólo del de la Economía política. Nosotros somos de parecer que esa clase de nobilísimos esfuerzos no crean riqueza, ni deben ser comprendidos en las investigaciones económicas; sólo aquella parte de su remuneracion, que consiste en bienes materiales, cae debajo de la jurisdiccion de la ciencia económica, sin que sus leyes por ésta se abracen y expliquen, ni rija esta materia la libre competencia, ni quizá sea dable aconsejemos á los públicos poderes que dejen de fomentar y conceder premios con mano liberal á los sabios y á los artistas. Al comienzo de este libro hemos expuesto la naturaleza del salario, de tal suerte y manera, que lo hemos distinguido de lo que llaman los tratados de Economía política la *renta del sabio*. Como quiera que sea, los gastos de la educacion necesaria para adquirir la habilidad que demandan ciertas especies de trabajos no pueden valuarse con exactitud rigurosa, porque su cuota difiere al tenor de ciertas circunstancias, y porque la incertidumbre de la duracion de la vida no permite saber qué parte de ese coste del aprendizaje debería devolverse en cada dia y en cada año. No sólo el salario es más elevado por las impensas que preceden al punto y época en que el obrero comienza á ganar su jornal; existe un monopolio natural de los

trabajadores hábiles é industriosos, en detrimento de los incapaces de correr parejas con ellos, y es motivo éste, bastante para que la diferencia de remuneracion exceda con mucho á la que nace simplemente de los adelantos del período en que se aprende el oficio. Hay ocupaciones en que es difícil obtener el número de operarios que demandan las obras delicadas, á cualquier precio: hé aquí lo que sucede con algunos oficiales de relojería y con algunos fabricantes de instrumentos de astronomía y de óptica <sup>1</sup>.

La tercera causa es la constancia ó inconstancia de la ocupacion, las huelgas forzosas á que la naturaleza del arte ó del oficio nos exponen. La razon de esta diferencia se descubre en que es preciso que el obrero viva del producto de sus dias precedentes de trabajo, que esté dispuesto á acudir para desempeñar su cometido cuando se le llame, y que se le indemnice de la inquietud y abatimiento en que le colocan y sumen las alternativas á que está sujeto. El albañil y el pizarrero habrán de ganar bastante en la época en que el tiempo no impide sus trabajos, para subsistir durante el rigor é inclemencia del otoño y del invierno. Así descubrimos la causa y motivo de que en los países de bellos paisajes y en que la naturaleza muestra su variedad pintoresca y ofrece al viajero cuadros, ora gratos, ora sublimes, exijan remuneraciones más elevadas que de ordinario las empresas de carruajes, fondas y barcas para navegar por los rios y los lagos, los intérpretes, guías, etc. Merece tambien nuestra atencion el número de dias festivos; en ellos hay huelga, y del jornal de la semana se hace menester comprar el pan de semejantes horas de reposo. En las Indias, país de castas, casi la mitad del año se pasa en fiestas, al paso que la China, indiferente, apenas tiene dia festivo semanal y muy pocas fiestas generales. Se han comparado los Estados protestantes y los católicos, y se ha dicho que en éstos, ántes de Clemente XIV, llegaban á 90 las festividades religiosas: hoy nuestra España no cuenta más que 64. Es llano que si nuestro espíritu se fija en la dificultad de vivir que tienen las clases trabajadoras y en las pérdidas que representa la huelga de las máquinas y de algunos millones de hombres, miraremos con ceño y con disgusto que se consagre mucho tiempo al reposo: mas no hay que llevar las cosas

<sup>1</sup> Stuart Mill: *Princ. de econ. polít.*, lib. II, cap. XIV, párr. 2.



hasta el cabo: el hombre ha de elevar su alma á Dios y satisfacer necesidades morales; su débil organismo se postra y decae si le exigimos una continua y forzada actividad. Los cultivadores del condado de Norfolk no trabajan más que diez horas, exceptuando ciertas épocas extraordinarias, y un labrador de dicha provincia de Inglaterra hace más en cinco días que otros en ocho <sup>1</sup>. Los fabricantes franceses han observado que, después de haber reducido media hora la duración de la tarea diaria, lejos de disminuirse los productos de sus manufacturas, se habían acrecentado en un 24 por 100 <sup>2</sup>. Motivos son estos que nos inducen á aprobar los breves períodos de reposo que desde 1867 se han determinado en nuestra patria; así se realiza el deseo del político Saavedra Fajardo: «Siendo tan conveniente el trabajo para la conservación de la república, procure el Príncipe que se continúe y no se impida por el excesivo número de días destinados á los divertimientos públicos, ó por la ligereza piadosa en ofrecerlos al culto <sup>3</sup>.»

No terminaremos el exámen de esta tercera causa sin advertir que el salario podrá muy bien ocurrir que no llegue á aumentarse si los obreros alcanzan la fortuna de encontrar empleos supletorios para su tiempo y para sus brazos en las horas de forzada ociosidad: la remuneración de su doble oficio permite que logren, por su combinación, una equivalencia; es decir, dos retribuciones cortas y escasas se equiparan á una normal. En la Suiza el agricultor ocupa las tristes veladas del invierno en las labores propias del tejedor, del fabricante de sombreros de paja, de objetos para los viajeros, etc.: esta diversidad de esfuerzos presenta un aspecto importante, á saber, que sería un grave error llevar el fecundo principio de la división del trabajo más allá de sus justos límites, y pretender que los mismos hombres no pasasen jamás de una ocupación á otra: al contrario, debemos estimar como una coyuntura feliz que sea dable conciliar diversas industrias no enemigas, con lo que se impide la huelga del trabajo y de los capitales.

La cuarta causa de las que ahora nos ocupan es el mayor ó me-

<sup>1</sup> Marshall: *Economía rural*, pág. 138.

<sup>2</sup> Chevalier: *Curs. de econ. polít.*, 1 vol., pág. 368.

<sup>3</sup> *Empresas políticas*, emp. 73.—*Mem. de la R. Acad. de Ciencias morales y polít.*, 11 tomo, páginas 203 á 222.



nor grado de confianza que es preciso depositar en el obrero. Nos convenceremos de la exactitud de esta observacion de Smith si juzgamos que muchas empresas no se llevarian á cabo bajo el peso abrumador de una minuciosa vigilancia ó de dificultades invencibles de organizacion sin severa moralidad, que el trabajador que la posee tiene, por decirlo así, una facultad, un poder más que disminuye la concurrencia, y que por desgracia recoge las ventajas de un monopolio natural. Con efecto, la inspeccion y guarda de los talleres, primeras materias, máquinas, herramientas, etc., de una fábrica, aumentan los gastos generales y nacen de la malevolencia y perversion de los hombres; sin embargo, de ellos hay que fiarse, y á su disposicion hay que entregar importantes intereses en gran número de ramos de la actividad humana, y sólo seremos capaces de demandar garantías, de exigir ciertas pruebas, de examinar datos y antecedentes del obrero, que en su honradez probada es dueño de un capital y de un nuevo poder. El oficial de una joyería, el bordador de oro, el maquinista de los caminos de hierro, el armero, son operarios é industriales de quienes depende la vida y la fortuna de muchas personas; un cajero de un Banco se halla en este caso: no es maravilla logren salarios más crecidos que otros trabajadores, por el corto número de concurrentes á las plazas á que aspiran. La probidad se divide en dos clases, natural y adquirida: hay hombres que por su carácter é inclinaciones son espontáneamente buenos y que apenas han tenido educacion: estas personas son incapaces de cometer un delito: de semejante fama gozan los *lazzaroni* de Nápoles; en nuestras Castillas, en las montañas de Navarra y Cataluña, existen nobles y rudos caracteres que justifican nuestro aserto: y hay hombres bastante dichosos para que la enseñanza que han seguido y su propia aplicacion les hagan comprender el interés que tienen en ser rectos y probos: la remuneracion de los primeros pudiera compararse á una renta derivada de facultades naturales: la de los segundos al interés de un capital. Hemos hablado de monopolio, y éste puede calificarse de natural, como las facultades que más arriba mencionamos: estimamos este monopolio como una ventaja suplementaria, á la manera de un precio de excepcion: los que se juzgan con el grado de probidad que los oficios que hemos presentado por via de ejemplo requieren, obtendrán una recompensa mayor ó me-

nor, segun sea aquella cualidad más ó ménos rara, y no hay para qué decir que se presta este punto de nuestros estudios á consideraciones del orden moral; que lamentamos el lento progreso de nuestros contemporáneos en lo que concierne á la ética, y que de existir más general honradez, cesára de todo punto esta desigualdad de los salarios. Materia que á la postre haremos notar que prueba, á la manera de tantas otras, las relaciones de la moral y de la Economía política.

La quinta y última de las causas que analiza nuestro espíritu para justificar la aparente ó por lo ménos no muy grave desigualdad de los salarios, se formula diciendo que es la mayor ó menor probabilidad del éxito ó feliz suceso de la ocupacion ú oficio á que nos consagramos. Roscher llama á esta incertidumbre el peligro económico. Cuando un linaje de trabajos necesario á la economía pública, presenta pocas probabilidades de lograr en él fortuna, no existe bastante oferta de brazos si una prima equivalente no compensa el riesgo que al emprenderlos se corre. Esta quinta causa de que hablamos, no sólo interesa al trabajador, sino tambien al capitalista, influye en el capital: el que nada posee, de quien es imposible hacer adelantos directa ó indirectamente, no se imagine que se aventuren en las carreras de dudoso y oscuro porvenir: en el salario de éstas se comprenderá, por tanto, la devolucion y los intereses de un capital. El que aprenda el oficio de zapatero, probablemente llegará á ejercerlo: el que fabrica artículos de lujo y de moda, quizá no logre remuneracion: una tienda de géneros vulgares, si no tuviere muchos concurrentes, dará beneficios, pero peligroso es traer trigos de Crimea, tráfico en el que várias circunstancias determinan el alza y baja de los precios. El fundidor, el herrero, suelen hallar ocupacion en los talleres: para el obrero mecánico, para el que enciende y cuida de los altos hornos, de las máquinas de vapor, es más difícil obtener un jornal. Se cree que el salario en las industrias expuestas á no lograr éxito, no llega al valor de una prima de seguros, y se atribuye este desnivel á la presuncion humana: los hombres se fian de su capacidad y de su fortuna, particularmente en su juventud, que es cuando eligen su carrera. Así acontece que hasta suele ser escasa la retribucion, si la mala ventura del empleo no hace peligrar la vida ni la condicion social del que lo desempeña. Esta es una de las razones en

:



virtud de las cuales son poco remuneradas las industrias que ejercen las mujeres ó aquellas en que hay ganancias aleatorias: nos entregamos con fanatismo á la esperanza; el demonio tentador de fabulosos beneficios nos arrastra. Se ha calculado que gran número de los que explotan los criaderos de oro no ganan más que otros trabajadores, y muchos pierden sus ahorros: la ventura de unos pocos compensa todas estas desventajas, y en este caso, á pesar de la incertidumbre y del temor que parecen inherentes á la empresa, hay grande concurrencia.

Como se ve, la materia de las causas que se aducen como pruebas de la aparente desigualdad de los salarios, se presta á importantes reflexiones del orden moral, y aún podríamos añadir del que concierne á la sociedad.

Sobre todo cuanto hemos expuesto al final de este capítulo, hay que convenir que ejerce grande imperio la costumbre: la opinion pública clasifica las diversas ramas de los trabajos, y se modifica lentamente: influye en la oferta y la demanda, y ésta á su vez en aquélla <sup>1</sup>. Los patronos, por liberalidad, por el deseo de inspirar afecto, por el cuidado de su propia consideracion, no bajan los jornales hasta el punto que les permitiria la concurrencia, y debemos desear que así suceda. Existen oficios y profesiones que, por ser costoso su aprendizaje, sólo aspiran á su ejercicio ciertas clases sociales, y entre sus miembros no más se siente el influjo de las circunstancias que enumera y describe Adam Smith <sup>2</sup>.

Las instituciones políticas, por último, determinan graves modificaciones en la materia. Recuérdense los gremios y aprendizajes, y en nuestros días, las leyes de imprenta y del uso de las armas que abren ó cierran las puertas del trabajo en esas industrias.

<sup>1</sup> Roscher: *Princ. de ec. polít.*, párr. 170.

<sup>2</sup> Stuart Mill, lib. II, cap. XIV, párr. 7.



## CAPÍTULO IV.

*SUMARIO.—El alza y la baja del salario.—Provechosos efectos de la primera.—Si puede ser origen de encarecimiento de los productos y rémora del cambio internacional.—Opinion de Ricardo acerca de una tendencia á la baja de las retribuciones del trabajo manual.—Razones en las que se funda y establece su parecer.—Argumentos que se aducen en contra.—Datos que es preciso tener en cuenta para resolver este punto interesante.—La moneda, los productos agrícolas, el desarrollo de la poblacion.*

Demostracion palmaria es, en verdad, la doctrina que nos proponemos exponer en este capítulo del interés que debe inspirar el estudio del salario y de que hemos hablado en las primeras páginas de esta obra. La remuneracion del trabajo, ¿tiende á subir ó á bajar? Si lo primero, ¿podrian resultar graves inconvenientes, y aún peligros, en las condiciones actuales de Europa? ¿Tendremos por cosa cierta y segura que las leyes de la ciencia económica inducen á creer en una tendencia á la baja de los salarios? En el supuesto de que esa opinion no merezca nuestro asentimiento, los autores, los economistas al rebatirla, ¿habrán tenido en cuenta todas las circunstancias que se requieren para que nuestro juicio sea ajeno á rectificaciones merecidas y á sospechas fundadas de que militamos en escuelas exclusivas? Tal es el programa de las investigaciones que nos proponemos hacer, y no hay para qué encarecer cuán grande es su importancia. ¿No es el salario el patrimonio de un gran número de hombres? ¿No pende de ese Atlante del mundo económico la vida y la mejora social de nuestros obreros?

El salario no representa una cantidad igual y constante: sufre modificaciones, á impulso y por efecto de las causas expuestas en el capítulo II de este libro, é interesa no poco á la economía nacional

la tendencia de esos cambios y variaciones. Si fuere al alza, si se aumentára la suma del salario nominal sin alterarse el valor de la moneda, ó el salario real en el caso opuesto, la suerte y porvenir de las clases trabajadoras presentan mejor aspecto que ántes, y dan origen á que su pecho abrigue lisonjeras esperanzas. Todo progreso del órden material y moral nos infunde aliento y valor para luchar con las penalidades de la vida: nada es más triste para el espíritu humano que el perpétuo mañana, sin cambios para el bien, sin un poco más de luz en nuestro hogar y en nuestra mente, sobre todo si tenemos privaciones y es áspera y dura nuestra laboriosa existencia: tentacion á los placeres brutales, que constituyen un intervallo en nuestros dolores, y á las guerras civiles y sociales, que engañosamente parecen dejar ver ménos oscuros y temerosos horizontes. Si reflexionamos sobre esta grave materia, quizá lleguemos á pensar que un alza moderada y constante de la retribucion del trabajo habrá de juzgarse como una necesidad de nuestra época, que, á la manera de otras económicas tambien, nos llevan á aumentar la produccion, á dar alas á la industria y al comercio, imperiosa exigencia de nuestro estado social, que van comprendiendo los gobiernos. El día que fuese el salario fijo, inmovible, semejante á un límite constante; el día que comenzase una baja duradera y persistente, y por grados, mayor y más grave con el trascurso del tiempo, ¿qué nueva y terrible convulsion no pudiera ocurrir? ¿Acaso habremos hecho tanto vanidoso alarde de nuestros progresos y habremos contribuido á que nuestros obreros, si llegaren tiempos de desgracia, se juzguen engañados y acusen de su engaño á todos los que han tomado parte en la direccion moral y material de las sociedades contemporáneas?

Parando mientes en las consecuencias de un alza de los salarios, haremos notar que permite á los obreros: 1.º, extender el consumo más allá de los términos en que generalmente se encierran las clases á que pertenecen: 2.º, formar una nueva familia que viene á aumentar la poblacion: tienen tanto atractivo los placeres de la vida doméstica, que la mayor retribucion es causa de que los trabajadores se casen jóvenes y tengan numerosos hijos: 3.º, adoptar un género de vida más favorable á su salud y á la duracion de su vida: la estadística contiene en sus cuadros numerosas pruebas de que la condi-

cion de nuestro pueblo ha dilatado la vida á un número de años que la antigüedad no conocia, y en Inglaterra ha descendido la mortalidad á un grado que no era dable esperar: 4.º, prestar más cuidados á la educacion moral y física de sus hijos, lo que llegaría á alcanzar suma trascendencia si las nuevas generaciones fuesen fuertes, activas, instruidas y morales. Sabido es que los hijos del pueblo mueren en mayor número que las clases ricas, por falta de vigilancia y de sustento: 5.º, poseer ahorros que les hagan más llevaderas las crisis industriales, la introduccion de las máquinas, las desgracias de la vida y los preserve de caer en la miseria. Dichas economías, guardadas en las *Cajas de Ahorros* y en los *Bancos del pueblo*, contribuyen poderosamente á formar capitales que disipen todo temor respecto al mañana de los obreros. Roscher dice con razón que la perspectiva que nos separa de la realidad presente para unirnos y enlazarnos á futuros intereses, es lo que distingue al ciudadano del proletario<sup>1</sup>: 6.º, apartar del consumo un fondo para su vejez, de modo que no se vean en la triste necesidad de vivir á expensas de un trabajo harto difícil para un cuerpo vacilante y para miembros fatigados: 7.º, disminuir primero, y hacer por último que cese completamente el apremio con que la falta de los medios de existencia, les impulsa á llevar las mujeres y los niños á las fábricas para que ganen un salario supletorio, progreso muy estimable por la más grande moralidad de las primeras, porque su tiempo pasaria en el hogar, y porque los segundos serían más fuertes como soldados, y les fuera posible dedicar algunas horas á la escuela: 8.º, los trabajadores sentirían despertarse en su ánimo los deseos de cultura intelectual, y se aprovecharían para satisfacerlos de las diversas formas de la asociacion, como sucede en Inglaterra, en la que hay bibliotecas y sociedades de lectura para los operarios: y 9.º, la emigracion de los lugares en que el trabajo obtiene y logra escasa recompensa, reúne y congrega gran número de jornaleros allí donde ocurre el alza á que nos referimos, y de esa masa será dable elegir no pocos hábiles, cuyo celo avivará la emulacion.

Mas todas estas grandes excelencias, en sentir de algunos, serán origen y fuente de males para la economía pública, si la elevacion

<sup>1</sup> Rau: *Trat. de econ. nac.*, párr. 196 y 201.



de los precios, encareciendo los productos, hiciese más difícil la vida, y si fuese asimismo más dudosa ó imposible la lucha en el comercio exterior ó internacional. El salario nace del capital circulante, forma parte del coste de produccion; cuanto menor sea éste, más al alcance de todos estarán los bienes y valores y más extensas salidas habrá para los artículos de produccion nacional; luego tan grave daño es la carestía de los precios á que contribuyen los altos salarios, como es ventajosa la baratura. Para penetrar en el fondo de esta cuestion, conviene que distingamos entre los precios de todos los productos del interior comparados entre sí, y los precios en numerario y en productos extranjeros.

Ricardo juzga que la relacion entre los precios de los productos de un país no sufre alteraciones porque, como se necesita trabajo en toda produccion, la carestía es igual para todos los valores, y no se nota porque es general; el cambio continúa en la misma forma, y se neutraliza, puesto que el valor del trabajo se eleva en todas las ramas de la industria: sin duda que el valor del trabajo depende de la destreza y diligencia del obrero, pero se fija de antemano, y una vez establecida su escala de comparacion, no experimenta cambios de una época á otra; no tiene importancia comparar los precios que se dan á las diferentes especies de trabajos <sup>1</sup>. Se ha respondido á Ricardo que su opinion no es aplicable más que á cierto número de manufacturas; la razon se descubre en que no nos es lícito admitir una subida general de los precios á consecuencia de un alza de los salarios, porque no existen frutos ni géneros cuyo coste se reduzca á las remuneraciones de los obreros; los precios del empleo de los agentes naturales y del capital pueden bajar de inverso modo que los salarios, bien que sean hechos normales que con el trascurso del tiempo cueste más el primero, y si esto pasa con los últimos, se dé ménos ó descienda la cuota del interés. Los objetos que no se deben más que á un sencillo trabajo manual, y cuyo importe se determina por aquél, se encarecen en gran manera por un alza del valor del que hemos dicho era su principal elemento, lo que no acontece con los que son obra de los agentes naturales y del capital <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *Princ. de econ. polít.*, cap. 1, 11 seccion.

<sup>2</sup> *Rau: Trat. de econ. nac.*, párr. 203.

Por lo que hace á los precios en dinero y en mercaderías extranjeras, deberán elevarse en proporcion al alza de los salarios y mucho más que suben los de los productos indígenas. En numera-rio satisfacemos el salario nominal, y siendo el mismo su valor, la mayor suma de dinero que damos á los trabajadores del precio de las mercaderías será forzoso tomarlo, y para el cambio habrá necesidad de comprar con productos propios más metales preciosos ó más moneda ; y como en el comercio exterior se buscan las desigualdades que producen ventajas, es decir, artículos que no podemos producir, ó que producimos con ménos perfeccion y ménos baratura, de aquí que, en verdad, por lo que respecta á esta parte de nuestro estudio, resulte que en el cambio internacional daremos más y recibiremos ménos.

Los autores franceses han creído que era dable alejar esa amenaza de nuestras cabezas, advirtiéndolo que los obreros retribuidos con más abundancia merecen este premio por el desarrollo de sus facultades, por su mayor inteligencia, y á la misma suma de esfuerzos corresponderán más productos ó mejores por su clase y condiciones. Esta reflexion no salva la dificultad; si resultan preferibles objetos por su índole, equivale á decir que no hay alza del salario, tomando siempre por unidad un tiempo dado, ó á confesar que la dicha ampliacion del precio del trabajo no será progresiva, ni constante, puesto que tras un período no largo hallaremos un término al desarrollo de las facultades de los operarios.

Los tratadistas ingleses han comparado salarios elevados y bajos, y han hecho ver que convenia mirar con ojo perspicaz y sin dejarse llevar de las apariencias los unos y los otros. El trabajo será muy barato, es decir, se satisfará por él poco dinero, y sin embargo, ed hecho será muy costoso si nuestros trabajadores no dan pruebas de vigor, de tenacidad y de destreza : por el contrario, un trabajo que cueste muchas piezas de moneda se estimará barato si los obreros mostrasen las cualidades que se apetecen para que florezca la industria ; y han puesto en parangon la remuneracion del cultivador indio y del inglés, del trabajador de Irlanda y de Inglaterra. No negaremos la exactitud del aserto de aquellos escritores, y que no les falta motivo para preferir los salarios elevados en las circunstancias que señalan ; pero nos parece que si paramos mientes en los



pueblos más civilizados é industriosos, no habrá para qué detenerse en esa distincion, toda vez que hablaremos de naciones cuyo estado es semejante, y de un alza ó aumento de las retribuciones que se extienda á un largo período de tiempo y concierna á operarios que desplegan, azotados por la emulacion y la competencia, las facultades propias de su raza. De partir de opuesta hipótesis, confesaremos que llevará ventaja un país cuyos trabajadores sean más hábiles, por más que obtengan retribuciones más valiosas.

No faltan, por último, expositores alemanes, y hasta cierto punto Stuart Mill, que enseñan que cuando aumenta el bienestar general y progresa la industria, se multiplican las invenciones de nuevas máquinas y procedimientos, y tomando éstos parte principal en la produccion, los artefactos son de un precio módico, aunque no tenga este carácter el del trabajo <sup>1</sup>. No estimamos plausible que se juzgue como regla constante la singular ventura de nuestro siglo, fecundo en aplicaciones de la ciencia á la agricultura y á las artes: el acrecentamiento del capital y del valor de las subsistencias, causas de que nace el de los salarios, cabe en lo posible que sean más rápidos que aquéllas: no sirve afirmar que las máquinas y más inteligente cultivo, obligando á una actividad forzada nuevas fuerzas vegetativas, sustituyen ó demandan en menor grado el concurso del trabajo, puesto que tenemos por cosa averiguada que las invenciones no causan perjuicio á las clases trabajadoras y entendemos que las favorecen en sumo grado.

En resolución, somos de parecer que el aumento de las retribuciones de éstas puede constituir grave daño para el consumo interior, y dificultar ó producir obstáculos y embarazos en el comercio exterior, si hay desnivel entre dos pueblos, por lo que hace al punto que hemos estudiado.

Nos cumple pasar al exámen de una baja de los salarios.

En sentir de Ricardo, en la marcha natural de las sociedades, el precio del trabajo tiende á bajar en cuanto se ajustan á la demanda, porque el número de obreros se aumentará en una progresion más rápida que aquélla. Si, vr. gr., se determinasen los salarios en virtud de un aumento anual del capital de 2 por 100, descenderán en el su-

<sup>1</sup> Stuart Mill : *Princ. de econ. polít.*, lib. 1, cap. xi; lib. iv, cap. iii.



puesto de que no se acrecentase más que en razon de uno y medio por 100, y la baja á que aludimos continuaria hasta que el capital permaneciese estacionario; llegarían á estar lo mismo los salarios, y sólo bastáran para mantener la poblacion existente. El célebre economista inglés afirma que en semejantes circunstancias el precio del trabajo debe disminuirse por el sólo efecto de la oferta y la demanda de brazos; que no olvidemos que el primero se halla en relacion con el de las mercancías que el obrero tiene necesidad de comprar, y que á medida que aumente la poblacion, se exigirá más por esas mercancías, porque será necesario más trabajo para la produccion <sup>1</sup>. Este modo de pensar de Ricardo no es absoluto, ni fatal, ni único; el censurado escritor admite un alza en los precios del trabajo: comparemos las dos maneras de exponer la doctrina. Las mejoras en la agricultura, el descubrimiento de nuevos mercados de los cuales se puedan sacar subsistencias, serán rémora durante algun tiempo á la carestía de los precios de las mercancías, y hasta es dable que baje el natural, é igual efecto notaremos respecto al del trabajo: de esta suerte se expresa Ricardo <sup>2</sup>. Asimismo cree que el aumento del capital en cantidad y en valor, esto es, en el caso de que una nacion tenga más subsistencias y vestidos, y tal vez demande mas trabajo todavía para producir esa cantidad adicional, y que el aumento del capital en cantidad pero no en valor, que en ambos casos el precio corriente del trabajo se acrecerá más allá del límite del natural, ó se aproximará á éste <sup>3</sup>. Queda probado, pues, sin género de duda, que Ricardo, con profundo conocimiento de la ciencia, admite una modificacion favorable ó ventajosa en las retribuciones del trabajo, y no opina, como muchos han propalado, que fatalmente el obrero, por grados, descenderá hasta el punto de no tener medios de existencia: no imagine el lector que se trata en estas líneas de un detalle bibliográfico; se trata de justificar que es preciso leer el mencionado autor inglés de suerte que no se den al olvido las ideas, ya preliminares, ya accesorias, que completan ó, por lo ménos, explican su pensamiento, y de hacer una exposi-

<sup>1</sup> *Princ. de econ. polít.*, cap. v, pág. 73.

<sup>2</sup> *Ibidem*, pág. 67.

<sup>3</sup> *Princ. de econ. polít. y del impuesto*, cap. v, páginas 68 y 69.

cion fiel de la materia, y así se verá que los tratadistas franceses han refutado tan fácilmente á Ricardo, que han venido á apuntar que en nuestra época ejercen su imperio y producen un alza en el salario las mismas causas que aquel enumera. Leon Faucher escribe, por ejemplo, que la teoría que más arriba hemos transcrito no es más que una hipótesis gratuita, que toda ella se funda en una pretendida tendencia que se notará en los salarios á disminuirse por efecto de la relacion que se establece entre la oferta y la demanda, y del encarecimiento progresivo á que están sujetas las mercaderías más necesarias para la vida. Pues bien: desde que Ricardo ha dado á la estampa su principal obra, una experiencia, que se extiende ya á medio siglo, puede aducirse contra sus asertos: sin salir de la Europa occidental sería dable demostrar que el término medio de la mano de obra, es decir, de su precio en dinero, se ha elevado del 25 al 50 por 100, al mismo tiempo que el precio de los artículos más indispensables para la vida ha experimentado una disminucion real, que, si nos referimos al trigo en especial, bien podrá evaluarse de un 15 á un 20 por 100 <sup>1</sup>. Estos son los hechos que cita este ilustre economista francés; pero ¿en qué bases, en qué sólidas razones establece sus principios? En los progresos de la ciencia y de la industria, porque con la misma cantidad de trabajo se produce hoy más. Nosotros preguntaremos: si el trabajo es el mismo, ¿es posible producir más sin que se acrecienten ó se manejen y empleen mejor las otras dos fuerzas productivas, la tierra y el capital? Lo mismo pudierá decirse de Baudrillart y de Coquelin. Menester será, por tanto, concluir que las grandes conquistas de nuestro siglo constituyen un hecho que engendrará ó no engendrará otros semejantes en las centurias venideras, y que cabe muy bien en las previsiones de Ricardo. Es este un período en que se han roturado nuevos y vastos espacios, en que se han aplicado mejores métodos de cultivo á la tierra, y en que abundan más los capitales; la retribucion del trabajo es más elevada; hé aquí lo que asegura el discípulo de Smith. ¿Sucederá fatalmente lo mismo en los tiempos venideros? Procuremos indagar la teoría verdadera en punto de tan grande interés para las clases trabajadoras.

<sup>1</sup> *Miscelánea de econ. polít. y de hacienda*, tomo II, cap. I.



Quizá nos engañemos, pero estamos persuadidos de que el mayor número de autores que se ocupan en dilucidar los grandes principios de la economía política, no se han fijado lo bastante en tres partes ó secciones del exámen que detenidamente habrá de hacerse para llegar al término que apetecemos, á saber: la moneda, los productos agrícolas y el desarrollo de la población.

La moneda constituye una medida del salario mejor que muchos creen, puesto que es cosa probada que en una sociedad que verifica sus servicios por medio del cambio, se elige bien pronto un agente general de los valores, un intermediario, y no se conoce otro alguno que se acerque más á la perfeccion que el formado de los metales nobles oro ó plata; el valor de los mismos se determina por el número y riqueza de los placeres y minas en que se descubren, y por el coste y gastos de su explotacion. El dicho valor descende por la grande y extremada cantidad de esos valiosos productos que robamos á la tierra y por nuestros adelantos en capital y combinaciones de trabajos que nos permiten apoderarnos de esos tesoros escondidos más fácilmente. Ciertó es que hay autores que afirman que desde 1740 hasta nuestros dias, el precio de los medios de circulacion se ha estacionado: nosotros no pensamos así. Si Tooke nos habla de un descenso lento pero persistente del precio del numerario en el siglo XVIII, no existen causas en el nuestro para que haya cesado. Nebenius afirma que todo aumento de los instrumentos circulatorios produce un menor aprecio. Chevalier, que pensaba que á la baja de valor de principios del siglo siguió un alza, despues ha comprendido que era preciso tomar numerosas medidas para disminuir la gravedad de un descenso harto rápido. Respecto al oro, nada tenemos que decir, y sólo sí algunas palabras en lo que concierne á la plata. No negaremos que hay un nuevo desequilibrio en los valores del oro y de la plata: la relacion entre ambos ha variado; pero no olvidemos que América nos envia anualmente un millon de kilógramos de plata, Europa y el Asia del Norte 74.000 kilógramos: no tenemos evaluaciones exactas de la que arrojan de su seno el Asia Central, Tonkin, la China y el Japon: ya no pagamos la mayor parte de los géneros de Asia en metales preciosos; en esa parte del mundo vendemos nuestras manufacturas, como dice Humboldt: el movimiento de las especies metálicas ha llegado á ser conforme al



del Océano, de la atmósfera y de la civilización de nuestra especie, del Este al Oeste: si admitimos que el numerario de Europa sea de 8 ó 9.000 millones, y que la producción de las minas sea de 470 millones, en la proporción de 216 millones para la plata y 247 para el oro, ó algo más para este de 260 á 280 después de 1848, aunque se quiera detraer 200 millones para artículos de lujo, 35 millones para el roce ó pérdida por el uso, el acrecentamiento anual de la reserva metálica europea será de 228 millones, lo que determinaría con prontitud una gran depreciación de los metales preciosos. Recientemente Soetbeer, en una obra notable, sustenta que las relaciones de la moneda, según fueren los metales nobles que la constituyen, se van alterando de tal modo, que de no aparecer una producción de oro más abundante que hasta el día con relación á la plata, se ve ésta amenazada de una depreciación progresiva, cuyo límite es difícil prever. Según este mismo autor, el oro valía, con respecto á la plata, de 1501 á 1520 como 1 es á 10,75; de 1601 á 1620 como 1 á 12,25; de 1701 á 1710 como 1 á 15,27; de 1801 á 1810 como 1 es á 15,61; de 1851 á 1860 como 1 es á 15,36, y en 1878 como 1 es á 17,92<sup>1</sup>.

Resulta de todo lo dicho que se aminora el precio de la moneda, ó, en términos diversos, que es mayor el de las demás mercaderías, y, por lo tanto, que el alza del salario nominal no ha de juzgarse tan satisfactoria como muchos han imaginado.

Hemos prometido, en segundo lugar, exponer el influjo que ejercen los productos agrícolas en el alza y la baja de los salarios. Su importancia parece extrema: en ellos vemos nuestra subsistencia y las materias primeras: por entrambos conceptos no es dable desconocer que intervienen en la suerte y condición de las clases trabajadoras. La ciencia descubre dos progresiones diversas en la formación de las riquezas agrícolas: el trabajo y el capital que se aplican al suelo, no sólo no consiguen aumento de cosechas, sino que, por el contrario, el efecto y resultado de aquellas fuerzas productivas decrecen y disminuyen en una progresión lenta: así sucedió en la Edad Media; así, si pasados ciertos límites, si tocando el término en que las fuer-

<sup>1</sup> Roscher: *Principios de econ. polít.*, párr. 140 y sig. — Chevalier: *Curso de economía polít.*, tercer vol., páginas 302, 256. — Du Puynode: *De la moneda, el crédito y el impuesto*, primer vol., páginas 32, 36 y 37. — Soetbeer: *Los metales preciosos*.

zas vegetativas devuelven á nuevas sumas de capital y de trabajo que se invierten en el cultivo cosechas de ménos valor proporcional, no acertásemos á crear nuevas invenciones ó á derramar por la faz de nuestro planeta el gigantesco poder de más profundas teorías científicas: tal es la primera progresion de decrecimiento: ó bien sucede que se roturan nuevas tierras, que el dios del genio y de la invencion pone en nuestras manos máquinas, semillas, abonos, que, arrojados en la superficie y en las entrañas de las tierras que analiza y escudriña el sabio, ó que siendo más feliz y más enérgico el trabajo que avivan la emulacion y la enseñanza, su accion es más eficaz, se recogen frutos en cantidades más considerables: así sucedia en la antigüedad y así sucede en nuestros dias; tal es la segunda progresion de aumento. Una y otra pueden aparecer y desaparecer en virtud de múltiples causas políticas, sociales y económicas. El salario mejorará en el segundo caso: en el primero se aminorará lentamente. De todas suertes, es indudable que en la marcha de la cultura universal hay una tendencia á hacer más difícil y costosa la produccion de los bienes que debemos á la agricultura: exigimos más de la tierra; la civilizacion despierta necesidades más refinadas, más numerosas, cuya satisfaccion requiere esfuerzos prodigiosos, y es menester, para que el suelo responda á nuestros deseos, para ir más allá en el aprovechamiento de sus facultades primitivas é imperecederas, pagar nuevos trabajos espirituales, y el consumo é intereses de nuevos capitales; vamos á ofrecer á nuestros lectores una sola prueba, pero muy importante.

El precio medio del trigo, si observamos una larga série de años, no es invariable: su creciente consumo obliga á recurrir á orígenes de produccion más abundante, por cuya causa, en general, se encarece su precio. Verdad es que los progresos de la ciencia agrícola y las reformas del comercio de granos luchan contra esta tendencia, que pueden contenerla, y aún dirigirla durante algun tiempo en sentido contrario. Sin embargo, por numerosas que lleguen á ser las excepciones, la regla no deja de subsistir: con el progreso de los tiempos el valioso cereal habrá de costar más. Soetbeer justifica nuestro aserto en el siguiente cuadro:

Períodos.	Precios del pan.	Poder de adquisicion del dinero.
1501 á 1525	100	100'0
1526 » 1550	132	75'4
1551 » 1575	186	53'8
1576 » 1600	237	42'2
1601 » 1625	246	40'6
1626 » 1650	Guerra de 30 años.	
1651 » 1675		45'0
1676 » 1700	315	31'8
1701 » 1725	237	42'2
1726 » 1750	235	42'6
1751 » 1775	236	42'4
1776 » 1800	348	28'7
1801 » 1825	486	20'6
1826 » 1850	478	20'9
1851 » 1875	578	17'3

En suma, por las razones apuntadas se viene á parar á la conclusion de que los productos agrícolas tienden á un acrecentamiento de precio, á ser más costosos con el desarrollo de la civilizacion, bien que existan períodos en los que la baratura relativa, el descenso de aquéllos, venza y domine la tendencia expresada.

Por esta parte observamos que el alza del salario, á la que se refieren ilustres autores, no es tan grande como suponen, y aún que pudiera temerse una baja; en una palabra, terminamos este estudio como el de la moneda.

El tercero y último punto que debe ocuparnos, concierne al desarrollo de la poblacion. Ricardo, Mac-Culloch, Stuart Mill opinan que el medio más conducente á elevar la cuota del salario hállese en restringir ó moderar el progreso de aquella. En un país civilizado desde hace mucho tiempo, y en el que la disminucion de las subsistencias trae en pös de sí todos los males de una poblacion excesiva, —escribe el primero—sucederá que ningun esfuerzo nuevo de la industria, como no sea seguido de una aminoracion de sus pobla-

<sup>1</sup> Say: *Curs. comp. de econ. polít.*, tercer tomo, pág. 16.—Rau: *Trat. de econ. nacion.*, párr. 177, 178.—Roscher: *Princ. de econ. polít.*, párr. 129, 133.—Soetbeer: *Los metales preciosos*.



dores, hará menor su desgracia, caminando la producción ménos aprisa que los nacimientos. En un pueblo en que las subsistencias se adquieren difícilmente, tenemos por únicos remedios, ó disminuir el número de sus habitantes, ó acumular con rapidez el capital: en los estados ricos, en los que todas las tierras están cultivadas, no es ni muy practicable, ni muy apetecible el último remedio, puesto que su resultado sería reducir, al cabo de algun tiempo, todas las clases de la sociedad á la misma indigencia<sup>1</sup>. El último de los autores citados afirma que no hay otra salvacion para los que perciben salarios que restringir los progresos de la poblacion. No estamos de acuerdo sobre que en las viejas sociedades ésta hállese torturada por los medios de existencia. Aunque ese tormento disminuya á medida que las ideas y las costumbres de las clases más pobres son mejores, bien que debamos esperar que las unas y las otras se reformen en un país que está en vías de progreso; sin embargo, hasta hoy muy lenta es la mejora, y para referirnos á detalles, no ha bastado para que pase de ocho chelines—diez pesetas—por semana, el jornal de los labradores del Wiltshire. ¿Es suficiente ese jornal, es el que conviene á un obrero de los campos? Esto es lo que importa considerar; porque si el dicho salario es insuficiente, la poblacion es demasiado numerosa relativamente al capital consagrado á remunerar el trabajo<sup>2</sup>.

La historia y la estadística prueban que las subsistencias y la poblacion constituyen los elementos de un problema, de una materia, que sufren cambios y modificaciones en sí mismas y en sus mútuas relaciones. En los diversos períodos históricos, en las grandes transformaciones de los pueblos civilizados, se nota que los dones de la tierra y los productos del trabajo sustentan con exceso, ó, al contrario, no son bastantes para alimentar la poblacion que vive en cierta zona, en un espacio determinado. Las colonias antiguas tuvieron origen, entre otras causas, en los pocos recursos que la viciosa organizacion del trabajo suministraba á las famosas repúblicas de que partieron, para prestar los bienes de la vida á un número no muy crecido de sus moradores. En cambio, las modernas, que recogen en su seno la emigracion que de Europa arroja el infortunio y la

<sup>1</sup> Ricardo: *Princ. de econ. polít. y del impuesto*, cap. v, páginas 71-72.

<sup>2</sup> Stuart Mill: *Princ. de econ. polít.*, libro II, cap. XI, párr. 6.

escasez de los medios de vivir, ofrecen las más fértiles y más extensas tierras para que el trabajo arranque de su seno verdaderos tesoros. Comparemos el territorio de la Gran Bretaña al de los Estados Unidos, y supongamos que su fertilidad es igual: hallaremos, por lo que hace á la primera, una superficie de 310,000 kilómetros cuadrados; en la segunda 8.430,000 kilómetros cuadrados; en 1850 la poblacion de las Islas Británicas ascendia á 27.675,000 almas; 89 habitantes por kilómetro cuadrado; para que tuviese la misma densidad en sus habitantes, sería menester que los Estados-Unidos llegasen á enumerar 752.316,000: se ve que la diferencia es enorme. Se puede prescindir de las colonias, que algunos autores miran y estiman como una excepcion, por más que signifiquen una expansion de la especie humana en vastísimo espacio. La Italia, cultivada con enérgico cariño en la edad de oro de la república romana, nos ofrece el cuadro de una agricultura floreciente. El Palatinado del Rhin es una tierra cuya poblacion ha soportado el peso de incesantes campañas y guerras de Francia y Alemania; la Escocia en nuestro tiempo, con costumbres ordenadas y un trabajo constante, ha logrado trasformar y hacer fértiles tierras juzgadas de calidad muy inferior. Sin duda que se llega á un límite en el que todo cultivo cesa, porque la superficie roturada y labrada no remunera el trabajo y el capital que se emplean en esta obra que causa pérdidas; mas su término fatal y necesario se encuentra lejos. G. Porter decia en 1847 que si toda Inglaterra estuviese cultivada como el condado de Northumberland y de Lincoln, daría un producto agrícola más que el doble del que da actualmente <sup>1</sup>. Siendo como son grandes el poder y la eficacia del trabajo y del capital, se concibe que haya períodos en que, aunados á las fuerzas primitivas é indestructibles del suelo, superen los productos agrícolas á las necesidades del hombre. Mas ya hemos defendido la opinion que profesamos, de que la tierra y el capital siempre que requieran, y en cierta esfera puedan ofrecer trabajo y sustento á los hombres, éstos no faltarán, y que todos aquellos que las dichas fuerzas productivas se nieguen á sustentar, sucumbirán en un plazo breve. La estadística contemporánea nos suministra pruebas convincentes. Despues que el Estado, al que

<sup>1</sup> *Progreso de la nacion*, seccion II, cap. I.



guiaban doctrinas erróneas, sustituye por otras más sábias las leyes que favorecian las nupcias y premiaban la fecundidad, es muy moderado el progreso de la poblacion. Moreau de Jonnés lo examina desde 1788, en el período de sesenta y cuatro años, y hace notar que Inglaterra ha tenido un aumento anual de 244,000, ó 1 sobre 103, término que supone que la poblacion se duplicará en setenta años; que Francia presenta un aumento medio anual de 171,500, ó lo que es lo mismo, 1 de 177; Alemania, segun el mismo autor, ofrece un aumento natural de 100 por 100 ó 125,000 por año: la Italia se señala por un aumento de 100,000 por año, ó de 1 por 191; débil acrecer, que para el cálculo nos permite la hipótesis de que se duplique la poblacion en 135 años: la Holanda nos ofrece un aumento de 25,000 por año, ó sea 1 por 104; la Bélgica 38,000 por año, 1 por 85 habitantes; España 78,000 por año, 1 por 107 habitantes; por último, Rusia ha visto aumentar el número de sus moradores en 33 millones, ó cerca de 140 por 100; pero es menester que no olvidemos sus conquistas y sus adquisiciones de territorio <sup>1</sup>. M. Maurice Block toma de M. Bodio, que ha hecho los cálculos necesarios, descomponiendo y recomponiendo los territorios segun los datos de la historia, el tanto del incremento de los súbditos de los Estados dichos: hé aquí el cuadro en que aparecen:

Estados.	Períodos.	Aumento medio anual geométrico.	Períodos.	Aumento medio anual geométrico.
Gran Bretaña..	1801-1860	0,98	1860-1875	0,90
Francia.....	1801-1860	0,48	1860-1875	0,01
Austria (Cisleitana).....	1830-1860	0,64	1860-1875	0,83
Hungría.....	1830-1860	0,27	1860-1869	0,90
Prusia (con las anexiones de 1866).....	1830-1861	1,16	1861-1875	0,83
Italia.....	1800-1861	0,61	1861-1875	0,67
Holanda.....	1795-1860	0,71	1860-1875	0,89
España.....	1800-1860	0,76	1860-1870	0,73

<sup>1</sup> *Trat. elem. de Estadística*, II parte, II, cap. IX, pág. 442 y siguientes; pág. 436.



M. Maurice Block enseña también que ese mismo aumento, calculado aritméticamente, proporciona guarismos algo, pero no más que algo, superiores. Antes de este siglo, la población se ha aumentado en Europa con bastante lentitud, ó, por mejor decir, su desarrollo ha tropezado con los obstáculos de guerras continuas, de hambres frecuentes y de terribles epidemias: sólo después que se han atenuado estos azotes, la Europa prospera; pero el progreso diríase que se ha detenido de repente <sup>1</sup>. De todas suertes, es de notar qué perezosa se muestra la raza que puebla los Estados de mayor riqueza y cultura en acrecer y dar alas á su multiplicación. Así, v. gr., en Inglaterra sus moradores han tenido el aumento, desde 1815 á 1849, de 47 por 100, mas el valor declarado de las exportaciones, el de 63 por 100, el tonelaje de la marina mercante de 55 por 100, el producto del impuesto sobre los legados, y por consiguiente, la fortuna mueble, de 93 por 100, y el valor de la fortuna inmueble de 78 por 100: por lo que hace á la Francia, todos saben que aminora en progresión rápida el movimiento de la raza que en ella tan industriosa y rica sabe ser. De 1821 á 1831, el incremento anual resultó de 0,69 por 100; de 1831 á 1841, de 0,50 por 100; de 1841 á 1851, de 0,46 por 100; de 1851 á 1861, de 0,25 por 100; de 1861 á 1872, de 0,06 por 100, y según el censo de 1876, de 1872 á 1876, de 0,62 1/2 por 100 <sup>2</sup>. Al paso que la población de las dos naciones citadas mostraban tan singular prudencia, ¡qué de invenciones, qué de ingeniosos métodos, de importaciones de nuevas plantas en el cultivo de la tierra, qué de acumulaciones anuales de ahorros, qué extensión de vastos y ricos mercados han dado un sello y carácter gloriosos á nuestra época!

Terminaremos, por tanto, este postrer estudio del influjo de la población en el salario como los concernientes á la moneda y á los productos agrícolas; el alza del segundo es menor de lo que se juzga: ¿existe tendencia á la baja? En nuestro sentir es indudable.

<sup>1</sup> *Trat. teor. y práct. de Estadística*, lib. iv, cap. xv, páginas 405-407.

<sup>2</sup> *Revista de Edimburgo*, vol. xcii, pág. 480. — Legoyt: art. *Población*, II vol. del *Dicc. de econ. polít.*, de Guillaumin. — Charles Vogel: *Del com. y los prog. del poder com. de Inglaterra y de Francia*, I vol., pág. 90; páginas 132, 169 y 195.

## CAPÍTULO V.

SUMARIO: *Intervención del Estado en el régimen del salario.—Tasa de los jornales.—Determinación por la ley de una cuota ó tipo máximo y mínimo de los salarios.—Aumento ó menor número de horas de trabajo.—Huelgas.—Sus causas, su historia, sus perniciosos efectos.—Leyes económicas que las rigen.—Si deben tolerarse por el Estado.—Emigraciones periódicas de los obreros.—Su generalidad, sus ventajas y peligros, su influjo en el país de que emigran y en el que ofrecen su trabajo los viajeros.—¿Conviene que el Estado prohíba ó embarace el paso á nuestra tierra de los operarios extranjeros ó de los de una provincia á otra de la misma nación?*

Los autores de Economía política han proclamado la máxima de que el Estado debía dejar que el precio del trabajo se fijase por mútuo convenio de patronos y obreros, de los que representan la oferta y la demanda de trabajo, reservándose su acción para impedir todo conflicto que afecte al órden público, para hacer que se cumplan los contratos celebrados, y para castigar á los que se opongan á la libertad que otorgan los pueblos modernos á los capitalistas y los trabajadores. Las razones que aducen, en general, nacen de que el trabajo tiene un precio como las demás mercaderías, que su justicia por nadie puede estimarse mejor que por los interesados en procurarse salario á cambio de su tiempo laboriosamente empleado, y por los que necesitan valerse de los robustos brazos del operario para llevar á buen término sus empresas industriales. Intereses armónicos son los de unos y otros bajo la ley de la libertad, que de imponerse un mandato por el gobierno, alguna de las partes se vería obligada á intervenir en la producción con condiciones opuestas de las que nacen del curso natural de las cosas. Adam Smith escribe que la experiencia parece demostrar que la ley no puede regular jamás los salarios de un modo conveniente, aunque haya tenido de

ordinario la pretension de hacerlo <sup>1</sup>. Ricardo es de parecer que, como cualquier otro contrato, las retribuciones del trabajo deben quedar á merced de la concurrencia franca y libre del mercado, y no ser nunca entorpecida por la acción del gobierno <sup>2</sup>. Por largos años todos hemos tenido por cierta esta teoría; pero, como saben nuestros lectores, la grave cuestion social, la experiencia y la escuela de los *Katheder-socialisten*, han dado nuevo giro á las ideas de nuestros contemporáneos. El Estado debe intervenir por medios indirectos, por el impuesto, bien que no sea posible desconocer los riesgos que acompañan á su acción. La ley general es, sin duda, la libertad de las relaciones entre patronos y obreros, mas no mirada como un ídolo absoluto, ni sólo como origen de bienes y remedios á los rozamientos y luchas que surjan y amenacen turbar la concordia de capitalistas y operarios; para tales ocasiones el poder público habrá de gozar del fuero de oponerse á los designios de los que se dirijan por el deseo de lograr fines culpables, de impedir un descenso del salario que coloque á las clases trabajadoras en una situacion desesperada, y por su iniciativa, con su política y administracion encaminarse al logro de planes dignos de su naturaleza y de sus elevados caracteres.

En los siglos anteriores el Estado fijó el salario que se permitía demandar á los obreros, y se publicaron tarifas oficiales, á fin de determinar los límites de aquella retribucion. El espíritu de estas prescripciones era favorecer las clases elevadas contra las ventajas que la concurrencia ofrecia á las clases inferiores. Dióse en Castilla, en tiempo de D. Pedro el Cruel (1351), el Ordenamiento de menestrales, para procurar la abundancia y baratura de todas las cosas, poniendo precio cierto á la mano de obra; el Rey dice: «Me fué dicho y querellado que los menestrales que labran é usan de otros oficios que son mantenimiento de los omes, que non pueden escusar, vendian las cosas de sus oficios á voluntad é por muchos mayores precios que valian <sup>3</sup>.» En 1680, con acuerdo del Consejo de Castilla, se formó un arancel, que comprende los precios á que se habian de ajustar las hechuras, salarios y jornales <sup>4</sup>. En Inglaterra Eduardo III

<sup>1</sup> *Riqueza de las naciones*, lib. 1, cap. viii.

<sup>2</sup> *Princ. de econ. polít. y del impuesto*, cap. v, pág. 80.

<sup>3</sup> Sr. Colmeiro: *Hist. de la econ. polít. en Esp.*, primer vol., pág. 363.

<sup>4</sup> *Ibid.*, segundo vol., pág. 277.



discurrió la inútil tentativa de reducir los mismos pagos. Un segador, en la primera semana de Agosto, no podía recibir más que dos peniques de jornal, es decir, cerca de seis de nuestra actual moneda—60 céntimos de peseta—y una tercera parte más en la segunda; el salario de un buen carpintero se determinaba fuese todo el año de tres peniques, y sólo de dos el de un carpintero ordinario—90 céntimos y 60 en cada caso <sup>1</sup>.—En virtud del Estatuto del año 5 de Isabel, se castigaba con diez días de cárcel á quien diese más de lo permitido, y con veintin días al operario que exigiese un tanto más alzado. En Francia, en el siglo xiv, Felipe el Hermoso dicta medidas análogas. En Alemania, la patente del imperio de 1530 y el reglamento de 4 de Setiembre de 1731, prescribieron á los magistrados que señalasen los jornales en sus distritos <sup>2</sup>.

No eran plausibles estas leyes, estos preceptos. En un Estado en que haya grande cultura no se daría el caso de seguir un sistema que emplea la coaccion para despojar á la parte más numerosa y más pobre de la poblacion de un beneficio legítimo y del que cada súbdito sólo puede participar débilmente. No se defiende tampoco de esa manera la causa de los empresarios, puesto que se les prohíbe remunerar como merecen á los obreros más hábiles. Nos podemos fiar del empresario, que no es de presumir otorgue y conceda una retribucion que no convenga á los que realizan sus proyectos. La tasa de los jornales no es, por otra parte, muy fácil y hacedero que, dócil y variable, se acomode, se modifique al tenor de las circunstancias que hemos visto producen, ya un alza, ya una baja en aquéllos. El estatuto, el reglamento, no se cumplirían, porque los operarios no querrian trabajar, ó su número se aminoraría, ó siendo la emigracion frecuente, los patronos, si obtuviesen con salarios mayores que los prescritos por la ley ganancias regulares, formarían un contrato en que el mútuo interés de los contrayentes fuera la base de un acuerdo para desobedecer aquélla: en efecto, el Sr. Colmeiro observa que la frecuencia con que las Córtes suplicaban á nuestros Reyes que se cumpliesen las pragmáticas ó se diesen otras nuevas, demuestran que no eran observadas.

<sup>1</sup> Hume: *Hist. de Inglaterra*, cap. xvi, segundo vol., pág. 89.

<sup>2</sup> Roscher: obra citada, párr. 175.

Y ¿qué diremos de las prescripciones legales que señalasen un *minimum* de salario, á fin de que los obreros, en todos los casos y circunstancias, reciban en cambio de la labor de sus manos la suma que se estime suficiente para que sus primeras necesidades sean satisfechas? El espíritu de semejantes preceptos jurídicos apareceria como muy diverso de aquellos que hemos juzgado hace un momento. Encaminábanse los últimos á proteger á los fabricantes y consumidores contra un alza de salarios que los obreros pudieran conseguir, poniéndose de acuerdo, con daño evidente de la baratura de los precios: al paso que los primeros reconocieran por causa el vivo afán de que las clases trabajadoras no sufriesen los rigores de la miseria; que tuviesen bastante pan, un vestido capaz de preservarlos de la inclemencia del clima, un hogar no impropio de seres humanos. Hay que advertir al que leyere que ese *minimum* habria de ser diferente, segun los tiempos y lugares, al tenor del precio de los artículos que consumen los obreros, y que dejarlo al arbitrio de personas prudentes: ocurriria que el número de los operarios que representasen la oferta del trabajo excediera del que quisieran emplear los patronos al precio de la tarifa oficial. ¿Qué haríamos de los trabajadores sin lugar ni empleo en los talleres? La ley sería un obstáculo para que hallasen uno y otro: se asemejarían á los tripulantes de una nave á quienes se privára de sustento para no disminuir la racion de los demás. De suerte y manera que vendríamos á parar en darles sustento aunque ociosos, ó en llevarlos á obras públicas, á empresas iniciadas por los poderes públicos. No hay que pensar en exigir por la fuerza que los empresarios dieran ocupacion á todos los que en las diversas ramas de la industria la pretendiesen y demandáran: si tal hecho pasára, despertaríamos en los talleres el demonio de la ociosidad y de la falta de destreza, puesto que les asegurábamos el trabajo, y traspasando los límites del respeto que merece el capital, lo declararíamos esclavo; su dueño no podria cesar en sus empresas aunque perdiera, aunque le echásemos la carga de distribuir el cuidado de las máquinas, el uso de las herramientas y la trasformacion de las primeras materias, á más trabajadores de los que deseára ó necesitase. Por estos pasos y términos atentaríamos al derecho de propiedad y abríamos las puertas al derecho al trabajo. Sólo en el supuesto de que en un país no se hubiese llegado á un



tipo ó tanto de interés bajo, que se obtuviesen grandes beneficios y que las Cámaras ó Asamblea legislativa, representacion viva y fiel de la nacion, así lo acordase, pudiera hacerse un ensayo de este género, pero sin que jamás se obligase á los patronos á tener en los talleres número determinado de obreros, ni á que no pudieran cerrar los segundos cuando lo juzgaran oportuno.

En nuestros días se pide por ciertas escuelas que el Estado determine las horas del trabajo; no se trata de impedir que se quebranten las fuerzas de las mujeres, y que los niños, al llegar á ser adultos, no sean capaces de soportar el peso de las armas, y carezcan de instruccion y cultura por no haber asistido á la escuela; no hablamos de la participacion de unas y de otros en los trabajos de la industria, materia que hemos examinado en el capítulo II de este libro; la pretension á que aludimos es más general y más grave; pasado cierto tiempo, dicen, las fuerzas del obrero se agotan, su salud se quebranta, su existencia se va minando lentamente; en ciertos oficios, prolongar el trabajo diario más allá de corto espacio, es atraer sobre cabezas inocentes un riesgo inmediato; el patrono se aprovecha de esfuerzos que no remunera; porque si el salario de hecho equivale á la labor de la mano de obra durante pocas horas, ¿á qué exigir muchas? Tales son los fundamentos de lo que se llama el *dia normal de trabajo*, es decir, que el estado determine el tiempo que habrán de durar las tareas diarias. Karl Marx pretende que las mercaderías consideradas como valores no son más que trabajo cristalizado ó conglutinado: la cantidad de su valor se mide por la cantidad de la sustancia creadora que se contiene en las mismas, es decir, por la cantidad del trabajo. Si éste se prolonga más de lo que fuere menester para crear el producto que basta para que el operario pueda vivir, el tiempo supérfluo, innecesario para ese fin, se aprovecha por otro que aquél que lo invierte trabajando. Segun Karl Marx, el obrero debe consagrarse á sus tareas tantas horas cuantas fueren precisas para producir los medios indispensables á su existencia. De modo que cuanto más productiva sea la accion de sus facultades, tanto menor debe ser el *dia normal del trabajo*, y tanto más debe disminuirse el tiempo en que el operario desplega sus fuerzas<sup>1</sup>. Max Wirth nota

<sup>1</sup> Karl Marx: *El capital*, primer volumen, páginas 222 y 318.



con razon que esta doctrina de Karl Marx es tan utópica como el falansterio de Fourier y el crédito gratuito de Proudhon, y que si es conforme á justicia la limitacion de las labores de los niños, la de los adultos constituye una violacion de la libertad individual.

Sin embargo, algunos escritores ilustres la defienden. Aseguran que no daria pan al proletariado y no haria que se elevase materialmente el salario, pero impediria el abuso que se hace de las clases trabajadoras, y que nace de la duracion excesiva de sus diarios afanes <sup>1</sup>. *El dia normal de trabajo*, de 8 á 10 horas, afirman que se recomienda por grandes ventajas morales para las clases trabajadoras, puesto que las medidas que no sólo preservan la salud, sino la vida de aquellas, debe reconocerse que son tanto más reclamadas por la ciencia económica, cuanto sin ellas no se lograria el sujeto de las leyes económicas; sería burlado; que la economía y la tecnología no tuvieron por largo tiempo otra mira que el objeto de las leyes económicas, esto es, los bienes en las condiciones del mayor aumento posible: desconocieron el sujeto, ó sea el hombre, dando al olvido por consiguiente las industrias más á propósito para mejorar su suerte y confiando de un modo ilimitado en sus fuerzas inagotables. Estos autores se refieren á un acuerdo libre, á un convenio nacido del convencimiento y de la opinion universal, no á un mandato de la autoridad; si el estado limitase el número de horas de trabajo, su resolucion equivaldria á una ingerencia en el mismo salario; el patrono paga la cantidad de tiempo que el obrero consagra á la empresa que el primero dirige; aumentar ó disminuir esa cantidad, no viene, en suma, á ser otra cosa que aminorar ó acrecer el salario en la misma proporcion: supongamos que trabajan los obreros 12 horas diarias; un precepto legal prescribe que trabajen 14; disminúyese su retribucion en una sexta parte: por el contrario se preceptúa que sus tareas no excedan de diez horas; aumentase su remuneracion en una sexta parte. La duracion de las faenas agrícolas, de las operaciones fabriles, no depende de la voluntad de los patronos ó propietarios; en las unas el curso de las estaciones y la blandura ó rigor del tiempo, y en las otras la demanda, sobre

<sup>1</sup> Schaffle. *Sistema de economia polit. humana*, II vol., páginas 455 y sig.—Lamper-tico: *El trabajo*, II, páginas 289, y 290.

todo del extranjero, dan más ó menos treguas á los trabajos de la industria. Hay períodos de viva excitacion, de rápido consumo, en los que es muy probable vender con beneficio por ser altos los precios; y hay otros en que la demanda se suspende ó se reduce, en la que los precios bajan, y todo anuncia que seguirá esta baja. No parece fácil armonizar el *día normal del trabajo* con estas alternativas necesarias en el mundo industrial. Creemos que no es posible, en virtud de las razones expuestas.

Cuando los obreros se han propuesto conseguir por la fuerza un alza en el salario, han apelado á las *huelgas*. Estas son acuerdos de un cierto número de obreros que suspenden sus trabajos para rechazar las pretensiones de los empresarios, ó para imponer alguna propia. Las causas inmediatas y sencillas de esas resistencias son cuatro, á saber: oponerse á una baja de los salarios anunciada por los patronos; resistir un aumento en las horas de trabajo; alcanzar una alza de salarios, ú obtener que se aminoren las horas de trabajo. En alguna ocasion han servido tambien para resistir la introduccion de una máquina, ó la entrada en el taller de nuevos aprendices ó de operarios forasteros.

Hay otras muchas, graves y complejas. Aunque los salarios son, por regla general, mayores que en otras épocas, las necesidades de las clases obreras han crecido todavía más, y se satisfacen difícilmente con las retribuciones ordinarias. Los trabajadores las han reputado insuficientes é injustas, y considerándose humillados y oprimidos por los empresarios, han hecho demostraciones impopulares contra lo que pretendian que era tiranía del capital. No pudiendo compeler á los gobiernos á decretar en beneficio suyo la tasa legal del salario, han pretendido intimidar á las empresas por medio de las huelgas ó *suspension* de trabajos. Han oido hablar de antagonismo entre ellos y los capitalistas; se han difundido las ideas de que se les debía todo, ó la mayor parte, de los resultados de la industria y se les daba la menor de sus productos, y han procurado acercarse á lo que estiman como una reparacion: saben que el trabajo constituye una gran fuerza; se señala como el camino que conduce á la fortuna y á la prosperidad, y sin lentitud ni moderacion, han demandado que les proporcionára el bienestar, ó por lo ménos alivio en sus penas, alegría en sus hogares: creen que no per-



ciben lo bastante de la riqueza y beneficios de la industria fabril, y se rebelan, no cuando los talleres se cierran ó disminuyen su actividad, cuando la escasez de los pedidos deprimen sus remuneraciones, que entónces la evidencia del mal produce una comun resignacion; se alzan airados y soberbios en esos momentos felices, en que los negocios parecen conducidos en alas de dioses propicios y coronados por el éxito. Entónces la envidia se apodera del corazon de los obreros. Por elevada que sea su retribucion, siempre les parece escasa, y el provecho de los que demandan trabajo, muy grande: son libres é iguales ante la ley; ¿por qué no han de aspirar á intervenir en la distribucion de la riqueza? Se reunen en las manufacturas y fábricas en número considerable; se asocian tambien para defender lo que llaman sus intereses; sus diarias quejas y récriminas contra sus patronos los estimulan para obrar así; hay entre ellos espíritus inquietos, hombres que gustan de que su porvenir varíe, de obtener concesiones por el temor y la violencia.

Los trabajadores comprenden mal ó ignoran las leyes económicas; desconocen cómo ha de practicarse la libertad; la admiten para sí mismos, y no la quieren para los demás. Nunca surge de las regiones inferiores de la sociedad sino como un grito de rebelion y de guerra; no entienden que se debe armonizar con el derecho universal; que la noción del interés general es superior á las aspiraciones turbulentas del interés privado. Algunos de ellos tienen algunas ideas económicas incompletas, sin enlace, sin amplitud, sin elevacion, y son para los mismos una máquina de guerra, una justificacion de sus deseos. Ciertas escuelas, ciertos partidos políticos enaltecen sus fueros, les presentan como una meta á que habrán de llegar, si no se oponen la codicia y el egoísmo de las clases ricas, el poder político, ó, por lo ménos, una gran parte de él; y ¿cómo creer que su influencia debe ser tan poderosa y amplia, y no gozar siquiera de altos salarios? ¡La prensa les inspira malos pensamientos, bullen en sus cabezas ociosas mil ideas apénas formadas, ni claras, ni profundamente concebidas; leen en los diarios de esa prensa que la clase de los capitalistas los explota, que sus riquezas se deben al sudor de las fatigadas frentes de sus operarios; que su trabajo es el primer motor de todas las empresas, y sus familias casi no tienen pan! En esas agitaciones de nuestros tiempos se oculta asimismo el plan de una



revolucion política y social; hay hombres que se encaminan á colocar las clases trabajadoras por cima de todas las demás, á poner en sus manos la suma de las prerogativas del Gobierno, con el secreto pensamiento de dirigirlas. Como sucede en todas las épocas de tendencias y triunfos de la democracia, la muchedumbre, no sólo aspira á la gobernación y al imperio, sino también al derecho y al goce de la propiedad. En los tiempos antiguos alegaban sus tribunales los títulos de ciudadanos, y que sobre ella pesaba el rigor y peligro de la guerra, y pedían la propiedad inmueble y que los impuestos se empleáran en su provecho: en nuestros días aducen los derechos naturales y el trabajo, y demandan la propiedad mueble y el impuesto invertido en ventaja y favor de la plebe.

Confesaremos también que existen hombres sobre los cuales extiende sus sombras el infortunio: trabajan con ardor muchas horas, y obtienen apenas lo preciso para vivir. Recordamos las palabras, dignas de nota, de Roberto Peel, y que refiere en su obra sobre el ilustre hombre de Estado el conde de Jarnac: «Ciertamente los estragos de los escritos socialistas no pueden apreciarse solamente por el efecto que producen en los felices de la tierra, en las clases cuya cultura y educación pueden obrar como un preservativo ó un contraveneno; innumerables millones de seres humanos están fatalmente dados á una existencia de trabajo perpétuo, de ignorancia absoluta, de sufrimientos tan irremediables como inmerecidos. ¿Qué fermentos no dejarán en sus inteligencias sin cultura, en sus corazones ulcerados, esas instigaciones astutas ó apasionadas, dirigidas á sus esperanzas, á su codicia, á su acción vengadora? ¿Qué extraño es que esos infelices se dejen arrebatar del afán culpable de hacer más llevadera su suerte en virtud de actos de violencia ? »

Las huelgas son antiguas. Cibrario refiere que en Siena hubo dos muy graves y prolongadas en 1371 y 1384; la nobleza tomó parte en ellas á favor de los obreros; la segunda estuvo á punto de destruir el gobierno. Boisguillebert cita muchos casos de este linaje en las grandes ciudades de comercio: habla de 700 á 800 trabajadores que se pusie-

<sup>1</sup> Leroy-Beaulieu: *La cuestión obrera en el siglo xix.*—*El social. y las huelg.*, 1.—Leon Faucher: *Estudios sobre Inglaterra*, segundo volumen, pág. 397.—El conde de París: *Las asociaciones obreras en Inglaterra*, páginas 17 y sig.—Jules Simon: *El Trabajo*, pág. 171.

ron de acuerdo para abandonar simultáneamente sus patronos. En París en 1789, los lacayos y los dependientes de las boticas formaron una coalicion para resistir á sus amos y principales. En 1810 los hiladores del condado de Lancaster se cruzaron de brazos, y 30.000 no trabajaron durante cuatro meses. En 1812 y 1822 se alzaron los tejedores de Glasgow, en la última fecha ocurrieron actos de violencia: dos obreros que no quisieron tomar parte en la liga fueron cegados con ácido sulfúrico. Los mineros de Escocia se declararon en huelga en 1818. En Cork, en 1827, se opusieron los coligados á que penetrasen en los talleres los operarios extranjeros, y con este motivo se cometieron veinte asesinatos. Los carpinteros pidieron 4 chelines, un penique por día; exigencia que hizo imposible toda obra nueva, y á veces no tuvieron más que un día de trabajo en dos semanas. En 1830, la huelga de Norwich acabó de arruinar la industria todavía floreciente de la ciudad. La de Preston en 1836 tuvo por objeto que los hiladores obtuviesen por la fuerza un jornal tan elevado como los de Bolton, y duró tres meses, de Octubre á fin de Diciembre. Describe Leon Faucher cómo se formó en 1850 la asociacion de los mecánicos: sus delegados, reunidos en Birmingham, manifestaron en su programa que «el fin de la sociedad era la concentracion de las influencias que ejercen las asociaciones locales en las diversas ramas de la construccion de máquinas, con la mira de las medidas que pueden ser ventajosas á cada uno de sus miembros: y que las asociaciones industriales son los auxiliares indispensables de un estado social que ha propagado y desenvuelto el egoismo hasta el punto de ahogar los afectos más nobles del alma.» En 1851, la sociedad cesó en los trabajos de los talleres de MM. Hibbert y Platt, por exigir que las máquinas fuesen puestas á disposicion de los mecánicos, que los simples jornaleros fuesen despedidos, y que no hubiese horas extraordinarias de tarea. Los fabricantes accedieron al principio; mas teniendo nuevas pretensiones los operarios, aquéllos formaron una coalicion para resistir la de éstos. El mismo deseo de monopolio, de restringir el número de aprendices, se formuló por la asociacion que nos ocupa en Manchester: se hizo general entre los mecánicos, comprendiendo cerca de 13.000 trabajadores, muy bien retribuidos, puesto que muchos ganaban 125 pesetas por semana. Despues de los descubrimientos



de Watt y de Arkwright, la fabricacion de máquinas, alimentada tambien por los ferro-carriles, tomó tal extension y vuelo, que ascendian los salarios distribuidos en los talleres de construccion á la suma de 50.000 libras por semana; es decir, una cantidad de 65 millones de pesetas por año, y hubo fábricas que encerraban en su seno 1.500 obreros. El 1.º de Noviembre de 1852, la sociedad de los mecánicos anunció de nuevo una huelga, si no cesaban los trabajos extraordinarios y el que se hace por piezas. Ligáronse 34 ingenieros, constructores de molinos y fabricantes de máquinas para no acceder á lo que « juzgaban demandas incompatibles con los derechos de los que distribuyen las tareas, y que en caso de admitirlas serían un obstáculo á la autoridad ejercida por los patronos sobre sus propios talleres.» En 24 de Diciembre los de Lóndres constituyeron una asociacion, que debia estar de concierto con los del condado de Lancaster. Entónces, en 5 de Enero siguiente, los mecánicos confiaron 10.000 libras esterlinas á gerentes designados por el consejo ejecutivo para emprender la construccion de máquinas, herramientas, etc. Como se vé, aspiraban á suplantar los empresarios, á poner la direccion de la industria en otras manos. Se queria destronar el capital, sustituirlo con ahorros de los obreros y suscripciones del público, mostrando á los operarios que la ganancia anual de 43.000 libras—1.075,000 pesetas—obtenida por MM. Hibbert y Platt, repartida entre sus 1.500 obreros, les proporcionaria un beneficio de 30 libras esterlinas—750 pesetas—además de sus jornales. Por último, en 1853 la huelga de Preston duró treinta y seis semanas, y en ella tomaron parte 6.200 hombres y 11.800 mujeres.

Ocurrieron graves desórdenes en Manchester en 1857 y 1858. En Sheffield un obrero llamado Fearnough se separó de la sociedad de los afiladores; á juicio de sus camaradas, esto fué una desercion ante el enemigo. El 8 de Octubre de 1866 un incendio destruyó la modesta casa que habitaba con su familia, salvándose todos por milagro. En los años siguientes, Sheffield sufrió más de diez explosiones análogas, y muchos cuchilleros fueron asesinados, no quedando nunca satisfecha la justicia. El Parlamento inglés se conmovió por tales sucesos, y decretó una informacion parlamentaria; ante la comision instituida confesaron los culpables que todos esos crímenes habian sido encargados y pagados por Broadhead, secretario de la dicha *Union de los*



*afiladores*, y que su causa era por no querer asociarse á las huelgas. Desde 1844, en que 40,000 mineros dejaron en reposo sus herramientas en los condados de Northumberland y de Durham, alegando grandes abusos por el sistema que prevalecía de multas y de depósitos, las suspensiones de este linaje de industria han adquirido proporciones colosales, y se han extendido á mayor número de trabajadores. En 1876 y 1878 las huelgas fueron ménos graves y frecuentes.

En Francia no se constituyen las coaliciones en escala tan vasta, y las suspensiones de trabajo no han tenido tanta duracion é intensidad como en Inglaterra. En el Norte, segun afirma M. Audiganne, despues que las fábricas cerradas en 1848 se abrieron de nuevo, no se notaron coaliciones ni huelgas; en los últimos años ha habido algunas; este mismo en que nos hallamos constituye la fecha de una de las últimas en Ruan; alguna coalicion se refiere de Sedan despues de 1850, con tendencias socialistas. En Elbœuf ocurrieron graves desórdenes en 1848; pero es preciso atribuirlos á los operarios forasteros de Lyon y del Fórez y á la agitacion de los espíritus en aquel año. Aunque en dos célebres circunstancias, por la revocacion del edicto de Nantes y durante el régimen del Terror, las sederías de Lyon sufrieron un golpe cruel, sus obreros, juzgados como poco robustos y dóciles, no se alzaron. En 1831, la baja de los salarios era el asunto de las discusiones de las dos sociedades de los mutualistas y de los ferrandinos, que se dejaron arrastrar por las doctrinas simonianas. Los deseos de los trabajadores se habian encarnado en una sola idea; una tarifa obligatoria que fijase el *minimum* del precio de la mano de obra. Decian: «nuestra retribucion se rebaja cada vez más; la miseria se propaga como una llaga que se encona; si se determina un guarismo, más allá del cual no pueda descender el salario, estaremos á cubierto de esas rebajas voluntarias, y nuestras familias no serán desoladas.» El prefecto, que habia aprobado implícitamente la idea de las tarifas, se contradijo despues, escribiendo al jurado de hombres buenos que el acuerdo debía juzgarse como una simple base. De aquí la huelga primero, ordenada por los fabricantes que cerraron sus fábricas. En 21 de Noviembre los operarios bajaron en masa de la Cruz-Roja, llevando una bandera con el lema «Vivir trabajando ó morir combatiendo,» y durante dos dias se entabló una lucha que manchó de sangre las calles de la

industriosa ciudad. En 1834 habian hecho grandes progresos las doctrinas republicanas en las sociedades y en la prensa: con la facultad de suspender á una señal el movimiento de treinta mil telares, el mutualismo vino á ser dueño absoluto de la paz pública. Á principios de 1834, los mutualistas, reunidos en asamblea general, resolvieron que se suspendiesen los trabajos, por una baja muy pequeña de los salarios de los tejedores: muchos maestros se mostraron opuestos á la huelga, pero fueron desoidos, y con motivo del proceso que se inició contra seis de los principales mutualistas, ocurrió un nuevo conflicto. En 1856 y 1861, los desórdenes causados por los tejedores de Saint-Etienne no aparecen con carácter socialista; son luchas derivadas de las cuestiones que surgen del salario: lo mismo decimos de los mineros de la cuenca del Loira; no diremos lo mismo de los últimos años del segundo imperio. De 1852 á 1862 apenas se manifestó en Francia la idea de asociacion, ya porque las persecuciones del gobierno retraian á los obreros, ya porque la situacion creada en 2 de Diciembre veia en toda asociacion de trabajadores sociedades secretas ó clubs revolucionarios, que se hubieran mostrado rebeldes á serles posible. Despues de 1862, la política liberal del Emperador dió nuevo aliento al espíritu de union, y las huelgas causaron víctimas y pérdidas considerables.

En Bélgica la situacion difícil, creada por las cuestiones políticas y los tratados impuestos por Napoleon III, originaron quejas de los obreros por el descenso de los salarios y el aumento de las horas de trabajo; y en Bruselas, Lieja, Malinas, Brujas, Amberes, Borinage, Hainaut, Baraino y Seraing, las huelgas diarias demostraban la guerra que desde 1860 hacian los obreros á sus patronos. Castigóse á Robin con destierro perpétuo, como miembro del consejo general de la seccion belga de la Asociacion Internacional, y algunos operarios de los distritos mineros tuvieron la misma suerte. En las huelgas de dicho país, los desórdenes y los actos culpables de los trabajadores produjeron las represiones de Seraing y Borinage, en las que hubo muchas víctimas. Sucesos tristes que agravaron la miseria de los proletarios. En Flandes los jornaleros no hallaban ocupacion, y en otros puntos, los más felices trabajaban media semana. La faz económica de la nacion belga ha tomado despues un aspecto más favorable.



Muchas han sido las suspensiones de las tareas fabriles en Alemania, donde las teorías de Lassalle, de Liebnicht y de Bebel han hallado ardientes partidarios. Refiérese que las ligas del mayor número de oficios consiguieron grandes alzas en los salarios y no menor disminucion en las horas de trabajo. Los albañiles y carpinteros, que ántes de 1866 cobraban 12 ó 14 reales por doce horas de trabajo, llegaron á percibir 20, 26 y 30 por ocho y nueve horas, lo que equivale á un aumento de 100 por 100; cierto es que no todas las industrias experimentaron tan grandes cambios, mas sí la regla general era un beneficio de 25 ó 30 por 100 sobre las remuneraciones precedentes. Digno es de nota, al tratarse de tan culto país, que los patronos dieron vida á uniones y sociedades para protegerse mutuamente, á Congresos en que discutian los medios eficaces de paralizar la comun accion de los operarios, y á coaliciones cuyo principal objeto era multar al patrono que admitia en sus talleres uno ó varios obreros culpables ó reos de huelga. Entónces inventaron la palabra *capitalismus*, para designar los vicios del capital, sus enemigos: un día se alzan los trabajadores de Leipzig; otro día los de Francfort: huelgan en otra ocasion los impresores de Sajonia, ó los tejedores de Silesia, ó 10,000 forjadores de la fábrica de Essen se mantienen durante un mes alejados de los talleres. Hoy no sucede así: la política ha fabricado armas contra el socialismo en las leyes extraordinarias de sitio para Berlin y sus distritos, penales para la prensa y las agrupaciones socialistas, de proteccion para la industria alemana, apénas repuesta de los efectos causados por la crisis que siguió á los engaños y espejismo de la indemnizacion de guerra, exigida por sus vencedores á la Francia en 1871. Las huelgas no existen, y de nuevo han descendido los salarios.

En España las primeras han sido tanto de las fábricas como de muchas profesiones que no suelen pertenecer á las grandes manufacturas. En Cataluña, Valencia y alguna de las provincias de Andalucía, han causado grandes discordias las bajas del salario y las tareas anormales. En 1877, en el antiguo Principado, como en 1880, la lucha ha llegado á ser viva y tenaz. Nuestras autoridades se han mostrado siempre conciliadoras, ya que no siempre instruidas y acertadas. Alguna hubo que prohibió el uso de una máquina nueva, queriendo halagar al jornalero, y alguna que



autorizó alardes de fuerza dentro del taller, con el fin de amparar al fabricante.

En la América del Norte, si exceptuamos alguna que otra llamada entre los operarios de California, quejosos de la competencia de los chinos, la cuestion obrera no ha ofrecido hasta 1874 las graves complicaciones que en Europa. Por muchos años los trabajadores del Sur eran esclavos, y en el Norte todos abrigaban grandes esperanzas por responder dóciles y potentes las fuerzas naturales de una tierra virgen al trabajo del hombre, que conquistaba fáciles riquezas, y hallar ocupacion lucrativa los más de los obreros que del viejo mundo emigraban á aquellas regiones afortunadas. Sin embargo, Macaulay creia ménos asegurados los intereses legítimos de los Estados Unidos por sus libres instituciones que los de Inglaterra por su monarquía secular y parlamentaria, y decia á un escritor americano: «Tendreis vuestro Manchester y vuestro Birmingham, y en ellos sucederá que cientos de millares de obreros carecerán de trabajo algun dia. Es evidente que vuestro gobierno no podrá retener en esas circunstancias una mayoría descontenta y agriada por el sufrimiento.» Cuando el término de la guerra de separacion privó á los agricultores y fabricantes de las compras verificadas por el gobierno federal, y unos y otros tuvieron que ir á buscar en nuevas empresas las grandes ganancias que ántes les proporcionaban los ejércitos de la república, hubo un descenso en los precios, y por consiguiente en los jornales. Los trabajadores no querian comprender que la baja en los precios de los objetos de primera necesidad y del combustible atenuaba y compensaba la disminucion de sus salarios. El Sur, empobrecido, no era dable diese salida á los productos del Norte, y pronto el exceso de los últimos fué dificultando la suerte y condicion de las diferentes industrias, aminorándose el número de operarios, con rebaja de sus jornales, hasta el punto de calcularse que en 1877 quedaron sin trabajo medio millon y otro medio solamente lo tenía algunos dias á la semana. Muchas de las compañías carboníferas de la Pensilvania habian reducido en un 10 por 100 las retribuciones de sus obreros, y como consecuencia de ello surgió una huelga que duró seis meses. Almacenes, máquinas, edificios, fueron entregados á las llamas. Intervino la fuerza pública, y once revoltosos fueron condenados á muerte. Llegaban á la Confederacion

anglo-americana operarios ingleses que apetecian hallar el éxito de las ligas de los oficios, y, en efecto, vieron con júbilo que apenas hay profesion que no forme alguna de ellas, ó en que sus miembros no estén afiliados á grandes sociedades. En 1867, y gracias á los esfuerzos de los alemanes expatriados, dilatose á América la estrecha y peligrosa organizacion de la Sociedad Internacional de trabajadores por el Oeste de la Union, en cuyos Estados cuenta mayor número de adeptos. En 1877 las compañías de ferro-carriles atravesaban una crisis dolorosa, por la escasez de los trasportes y la competencia de unas líneas con otras para conducir las mercancías europeas: dispusieron las más importantes una reduccion de salarios de 10 por 100. El 16 de Julio se inició la huelga en Marstinburg, en la compañía de Baltimore á Ohio, que dió márgen á excesos contra nuevos trabajadores, y á que el gobernador fuese insultado y apedreado. Más tarde la estacion y los almacenes fueron incendiados; acudieron tropas, y sufrieron los rebeldes 20 muertos y 100 heridos graves en las calles de Baltimore; miéntras tanto Newark era dominada por los huelguistas: el 19 de Julio Pittsburg presenciaba la huelga de los fogoneros y guarda-frenos de la compañía *Central Pensilvania*, á los que se unieron en breve los obreros de las fábricas, minas y muelles. No habiendo podido tomar la ofensiva la milicia de Filadelfia, y como se viese forzada á retirarse, los facciosos prendieron fuego á la estacion, y las llamas consumieron 900 wagones y muchos edificios de los pertenecientes á la compañía, y aún comenzaron á apoderarse de algunos puntos de la ciudad. Algun tiempo despues se quemó la estacion: la de mercancías, asaltada por multitud de mujeres, de hombres y de niños, se convirtió en teatro de saqueo de los wagones cargados de productos, y de pavoroso incendio apenas fué desocupada. Trece Estados llegó á invadir la huelga, que apoyaba la Asociacion internacional, dirigiendo avisos y órdenes á sus delegados, y convocando reuniones en Cincinnati, en que protestaba contra la intervencion de la autoridad federal, y pedia que todos los trabajadores tomasen parte en la lucha. Por su influjo se unieron á los alzados ya, los mineros de Pensilvania, es decir, 60 ú 80,000 hombres, con los que se pudo atacar á Nueva Jersey. Por último, las tropas y la milicia restablecieron las comunicaciones, hicieron reparar las vías, y tornó la calma. Sólo en la cuenca hullera



de la Pensilvania la suspension de los trabajos duró hasta Setiembre<sup>1</sup>.

Los numerosos y vários efectos de las huelgas han sido por todo extremo perjudiciales y de trascendencia suma. En el orden moral, los operarios se habitúan desde que existen aquéllas á esperar que mejore su suerte con la guerra y la rebellion; no escuchan la voz respetable de la autoridad; suelen cometer delitos contra los bienes de los empresarios y la vida de sus compañeros que se muestran pacíficos; consumen sus ahorros, y el desórden y la pereza dejan sentir su influjo en los caracteres poco enérgicos. Durante la suspension de los trabajos, la familia del obrero sufre y languidece; su porvenir se empeora. Los trabajadores esperan estóicamente su ruina procurando la de los fabricantes. Las huelgas son contrarias á la moral, porque despiertan ódios y malevolencia, enconan los afectos del ánimo, ocasionan desórdenes en las costumbres, é impiden el cumplimiento del deber que tiene todo hombre de trabajar.

En el orden político y social, ese linaje de actos son una máquina de guerra, en primer término. M. Julio Simon escribe: «La huelga es un arma. La han devuelto á los obreros, y han hecho bien. Ahora que la tienen en sus manos, lo mejor que puede suceder para la industria, para la sociedad y para ellos mismos, es que no la usen. No hay más que un parecer sobre este asunto; patronos, obreros, hombres consagrados á la política, ciudadanos pacíficos, todos están de acuerdo; las razones son claras. Hace un momento decíamos que el derecho de huelga era un arma; ahora podemos decir que la

<sup>1</sup> Cibrario: *Hist. de la econ. polít. en la Edad Media*, lib. III, cap. 1.—Boisguillebert: *Tratado de los granos*, II, 10.—Roscher: *Princ. de econ. política*, párr. 176.—*Revista de Edimburgo*, vol. 47, pág. 212.—*Athenaeum*, número del 30 de Setiembre de 1854.—Leon Faucher: *Estudios sobre Inglaterra*, segundo vol., pág. 402 y sig.—El conde de París: *Las asociaciones obreras de Inglaterra*, pág. 15 y sig.—Teodoro Fix: *Observ. sobre el estado de las clases trabajadoras*, primera parte, cap. IV, III, pág. 508 y sig.—*Bibliot. del econ.*, segunda série, tercer vol.—Audiganne: *Movimiento intelectual de las poblaciones trabajadoras*, IV, páginas 804, 808; V, 825, 832; VII, 879; VIII, 912.—Leroy-Beaulieu: *La cuestión obrera en el siglo XIX*.—D. J. Martin de Ollas: *Historia del movimiento obrero en Europa y América durante el siglo XIX*, primera parte, cap. VI.—*Revista europea*, segundo vol.—*Hist. etc. en Inglaterra*, II vol., cuarto de dicha *Revista*.—*Historia etc. en Bélgica*, quinto vol.—*Hist. etc. en Alemania*, III, quinto vol.—Sr. Sanromá: *Política del taller*.—*La Lucha*, revista europea, sétimo vol., pág. 4.—Señor marqués de la Vega de Armijo: *La huelga en los ferro-carriles de los Estados Unidos*, II y sig.



huelga es una guerra, la peor de todas, una guerra civil. Es mortífera literalmente, puesto que los obreros que cesan en sus trabajos se reducen á la condicion de una ciudad sitiada; y como sucede en todas las luchas civiles, además de lo que sufren indirectamente, no pueden causar mal á sus adversarios sin sentir el golpe de rechazo. Su mismo triunfo, si es que triunfan, es la señal de su ruina, porque la fortaleza en que entran, por ellos mismos ha sido desmantelada. Además, sus victorias son raras y siempre efímeras, cuando no tienen de su parte la evidencia de la justicia <sup>1</sup>.» Constituye un grave peligro para nuestras instituciones que se agrupen y congreguen en las coaliciones los obreros, que se adunan para un fin comun, y aprenden á obedecer á jefes determinados y á proceder unidos: si hoy se revisten sus sociedades de los caracteres social y económico, es llano que habrán de inclinarse al partido del que imaginen pueden prometerse más. Las fracciones políticas que proclaman ciertas doctrinas, procuran atraer á su propia causa los trabajadores, sobre todo allí donde existe el sufragio universal, y despues hay que apelar á la anarquía ó á impuestos onerosos para emprender grandes obras públicas, si han de cumplirse las promesas empeñadas. Sería de resultados funestos para la prosperidad y la cultura de los pueblos modernos que tuviesen voto decisivo las masas de proletarios que carecen de la instruccion y de la madurez de juicio que para ello se requieren. ¿No veremos en esas numerosas y desordenadas violencias en que toman parte miles de hombres, una prueba elocuente de que es preciso robustecer la accion del Estado?

En segundo término, el antagonismo y la lucha entre capitalistas y operarios, desde el punto en que se dilata á todas las naciones que tienen una industria algo desarrollada y se desenvuelven en tan colosales proporciones, acusan un vicio, un defecto no leves en nuestra constitucion social. Despues de 1789 creíamos caminar con pié firme, ajenos á toda injusticia, á toda opresion, á todo privilegio de los que pudieran brotar la violencia y el motin, en otro tiempo provocadas desapiadadamente, y nos hemos equivocado; hay quienes se quejan y nos piden justicia, y anhelan un organismo social en que desaparezca una vieja tiranía, la tiranía del capital, en la que no

<sup>1</sup> *El trabajo*, pág. 176.

habíamos creído y quedára subsistente. Con nuevas formas, con más poder que nunca, en pos de la libertad respetada, asoma su cabeza la division de clases, la guerra de ricos y pobres, el afán de obtener la fortuna por la fuerza y los combates. Quizás habrán de juzgarse éstos como achaques de toda civilizacion rica y en largo período de grandes progresos engrandecida, y como endiosada. Para el que lee atentamente la historia, semejantes revueltas y daños vendrán á robustecer su fé en que se aproximan nuevas trasformaciones, y en que fuera en vano plantear un sistema que juzgáramos libre de imperfecciones notorias y ajeno á grandes peligros.

Por lo que concierne al órden económico, las huelgas producen males de suma trascendencia para los obreros. La lucha que inician y sostienen terminará en general con ventaja de los empresarios. Éstos trabajan con la mira de las ventajas y beneficios que obtienen: aunque sufran perjuicio, viven á expensas de su capital; su ruina es lejana. Ciertó es que pueden sufrir enormes pérdidas si emplean sus fondos en introducir nuevas máquinas, y las ven deteriorarse por la suspension de los trabajos, si es que se prolonga; cierto es que Leroy-Beaulieu observa con motivo que nuestras manufacturas son de tal magnitud, suponen gastos tan enormes, tales acumulaciones de primeras materias, herramientas, máquinas, etc., que los fabricantes, de no sacar partido de las mismas, sienten profunda herida en sus intereses; pero su suerte no puede compararse á la de sus operarios, que trabajan para no perecer, ó que sólo pueden vivir á expensas de sus ahorros, y nunca por largo tiempo. La historia de las coaliciones, segun Teodoro Fix, no es más que una série de desengaños para los trabajadores, que se han visto compelidos á entrar de nuevo en sus talleres, despues de un ócio más ó ménos largo, y con las condiciones que exigian los patronos: ciertas industrias han perdido en extension y en vigor; en casos muy contados les ha sido dable imponer tarifas y limitaciones de horas á los dueños de las fábricas. Es evidente asimismo que cuando los obreros se coligan para imponer alguna demanda irracional, ó para elevar las retribuciones más allá del justo límite, no han de ganar cosa alguna, sino que perderán buscando otros en los que no hicieron aprendizaje, y no es ménos evidente que un alza pequeña bastará para atraer otros jornaleros á la industria que han abandonado.



Todos los grandes ramos de las manufacturas tienen otros afines, en los que un operario instruido ó diestro, es capaz de procurarse ocupacion. Aprovechense los empresarios de la soledad de los talleres para introducir máquinas, que de otro modo tardarian más tiempo en llevar á sus fábricas. Así ha sucedido con el hilador de hierro, mecanismo en virtud del cual un solo obrero pone en movimiento 1,500 á 2,000 husos, y con la máquina perfeccionada que sirve para estampar muchos colores á la vez. La industria de un país sufre notable quebranto, y aún es posible acontezca que la demanda, no hallando los productos que requiere en donde reina la huelga, busque otros mercados, y adquieran estimacion y fama objetos desconocidos de regiones ignoradas. Nadie negará que es preciso enumerar la riqueza no producida durante el período de la suspension, los desperfectos de las máquinas, los daños que, rompiendo ó incendiando, causan los rebeldes, como si el genio de la guerra, desterrado de los campos de batalla, dice Chevalier, hubiese venido á refugiarse en el seno, ántes pacífico, de la industria fabril; la pérdida de los ahorros de las familias obreras, que las sume en la miseria y las arroja en brazos del azar, las aparta de aquellas determinaciones de orden, de economía, de continuados esfuerzos que son tan importantes. Los fondos de la asociacion que en Preston sostuvo la huelga no duraron más que dos meses y medio; los obreros consumieron 1.500,000 pesetas, y se calcula que el daño de los fabricantes ascendió á otro millon. En 1853, la suspension de los trabajos de los obreros mecánicos costó á los patronos 165,000 libras esterlinas, y á los operarios 357,000: sumas pequeñas, sin embargo, si se ponen en parangon con las más recientes de los mineros del NE., con las de Alemania y con la temerosa rebelion de los Estados Unidos en 1877. La extension de los quebrantos y menoscabos será tanto mayor, cuanto que los huelguistas estuvieren encargados de operaciones que, enlazadas con otras, den origen, ó sean como centro y punto de partida de otras sucesivas. No de otra suerte los obreros mecánicos ocupan en la industria de las máquinas el mismo lugar que los hiladores en las manufacturas de algodón: cuando éstos huelgan, quedan en la inaccion los que unen los cabos, los cardadores y los tejedores, y sin empleo una masa de capital que forman máquinas y primeras materias: aquéllos domi-



nan el trabajo de los forjadores, de los ebanistas, y hasta cierto punto de todos los que ejercen su actividad sobre el hierro. Por último, los capitales, como si los espantase la ociosidad forzada, van de una á otra region del país, ó se invierten en los títulos de la Deuda y las acciones de las compañías mercantiles: si las huelgas se hacen generales, como sucede en nuestros días, emigrarán al extranjero. No tenemos ya la creencia de que hay mil obstáculos para esa emigracion: los caminos de hierro, los empréstitos, las industrias alimentadas en muchos países por hombres de diverso origen, las empresas de grandes líneas de navegacion y cultivo de las tierras coloniales, prueban que las acumulaciones de valores tienden á hacerse cosmopolitas. No es provechoso que sea la necesidad, si no las leyes económicas, las que los arrojen de la industria.

¿Débese á las huelgas un alza efectiva de los salarios? Coquelin <sup>1</sup> y Stuart Mill piensan que las coaliciones para sostener la elevacion de los jornales obtienen éxito por excepcion en aquellas corporaciones ó gremios en los que los operarios son en corto número y están reunidos en pocas localidades; que es dudoso hayan producido efecto en las retribuciones de los hiladores y de los tejedores; mas que se asegura que los fundidores de letras de imprenta han llegado á aumentar aquéllas hasta un límite superior al de los oficios que exigen la misma habilidad é idénticos esfuerzos <sup>2</sup>. Mac Culloch hace la siguiente distincion: las coaliciones se proponen alzar los salarios cuya cuota es más baja que la natural ó que se deriva de la concurrencia, ó son iguales ó superiores á esa cuota. Si lo primero, si se encaminan á hacer que se les concedan retribuciones injustamente aminoradas, su acto habrá de desearse como útil. Pocos empresarios consentirán en elevar por sí mismos los precios del trabajo, y la reclamacion de uno ó de pocos individuos sería rechazada mientras sus compañeros continuasen en sus labores con la antigua remuneracion. Bajarán aquéllos la cabeza, si, procediendo éstos de un modo simultáneo, rehusan trabajar mientras no se les otorgue mayor salario. Si lo segundo, si huelgan para lograr que éste se alce, siendo igual ó superior á la cuota natural, la demanda no es razonable ni

<sup>1</sup> *Dict. de econ. polít.*, art. *Coaliciones*.

<sup>2</sup> *Princ. de econ. polít.*, lib. v, cap. x., párr. 5.

oportuna. Si los patronos saben resistirse, la empresa de los operarios debe juzgarse inútil <sup>1</sup>. Observaremos que en la práctica hay dificultad para diferenciar ambos casos, y que aún el señalado en primer término, no siempre nacerá del capricho de los empresarios. Autores alemanes recientes, como Brentano y Wagner, y otros que no lo son, como Longe, Thornton y Cusumano, piensan que las huelgas han desmentido el principio de que las coaliciones eran impotentes para conseguir una mejora en los salarios. No lo estimamos así: los hechos son diversos; crisis y disminución del comercio de exportación en Inglaterra y Alemania no permiten asegurar que el alza sea general, por más que suceda en algunas industrias. En los últimos años, los capitalistas ingleses se vieron obligados á rebajar los precios del trabajo, y aunque no sin resistencia, hubieron de pasar por ello los obreros; así ocurre también en Italia y en Bélgica.

Los empresarios constituyen también asociaciones, mas nunca son para que de ellas nazca una huelga, siquiera algunas veces las produzcan. Los planes de aquéllos se fraguan en secreto, puesto que son pocos, y por lo que hace á sus operarios, no son sus intereses opuestos. Adam Smith es de parecer que los patronos forman siempre una liga tácita, pero constante y uniforme, para que no pasen los salarios de su cuota actual, y que violar esta regla se estima por dichas personas como un acto de malos compañeros y que merece censura <sup>2</sup>. Buchanam atribuye esas coaliciones á la escasez de la demanda de productos. Mac Culloch cree que si los capitalistas en una rama de la industria han hecho que descendiesen los salarios más de lo debido, ganan con evidencia todo lo que pierden los trabajadores, y con ello acrecientan el interés de sus capitales; pero que la diferencia de provecho ó beneficio no puede durar mucho tiempo, porque acudirán nuevos capitales al linaje de industria que presenta ese desnivel <sup>3</sup>, y será preciso que remuneren en mayor grado á aquéllos cuyos servicios desean. La coalición de los patronos para disminuir la remuneración de suerte que descienda más que la cuota normal, tendría muy poco efecto, porque nunca sería ni

<sup>1</sup> *Elementos que determinan la cuota de los salarios*, cap. vii, págs. 390-392.

<sup>2</sup> *Riqueza de las naciones*, lib. i, cap. viii.

<sup>3</sup> Obra citada, cap. vii, págs. 391.



bastante extensa, ni bastante general, para cerrar todas las puertas á los obreros é impedir su desercion. Cuando las ligas y asociaciones de éstos son frecuentes, los empresarios guardan secreto acerca de todo pedido importante, y el operario ignora cuál será su condicion en un período breve. No negaremos que los capitalistas habrán en alguna ocasion ofrecido remuneraciones harto pequeñas, si paramos mientes en el precio de los artículos indispensables á la vida, y que se habrán aprovechado de la apremiante y numerosa demanda de trabajo; mas no fuera justo olvidar que ellos se encuentran expuestos á las bruscas variaciones de los mercados, al encarecimiento de las primeras materias, y que han de procurarse, con un ardor que no puede cesar nunca, las mejores máquinas, y emplear los mejores procedimientos, para no ser vencidos en esa lucha áspera y angustiosa que se llama la libre concurrencia.

¿Deben ser toleradas las huelgas por el Estado? Las legislaciones de la época anterior á la nuestra han contestado á esta pregunta de un modo negativo. En Inglaterra, segun el estatuto 25 de Eduardo III, en 1350, los jornaleros estaban obligados á trabajar por la retribucion que se pagaba en sus condados ántes de 1348. Por el estatuto 3, capítulo I de Enrique VI, se declaró felonía la asociacion de los maestros albañiles para conseguir salarios más elevados que los establecidos por la ley; Jorge III, en virtud de las prescripciones 39 y 40, capítulo cv, despues de haber declarado ilegales las ligas que tendiesen á obtener más altos precios del trabajo, dispuso que todo obrero que formase parte de las mismas con el fin dicho, ó con el de lograr disminucion en el número de horas de sus tareas, ó en la cantidad de la mano de obra, ó para inducir, intimidar ú obligar, por dinero ó con otros medios, á otro operario á rehusar seguir trabajando; que todo aquel que con idéntico propósito se esforzase en atemorizar ó seducir á otra persona para que abandonase su empleo, y que, por último, despues de tener ocupacion se abstenga de trabajar con otros jornaleros, sin causa justa ó razonable; sean encarcelados por un tiempo que no pase de tres meses, ó á discrecion de los jueces de paz sean encerrados en una casa de correccion durante dos meses á lo sumo. Los patronos que se concertasen para rebajar el salario, sólo debian pagar una multa de 20 libras esterlinas. Al propio tiempo que se promulgaban esas leyes,



las sentencias eran rigurosas. Á mediados del siglo xvi se cortaba la oreja al jornalero que reincidiera tres veces en el delito de coalicion, y en 1813 fueron ahorcados 18 jefes de las ligas. La ley de 1824 se modificó por un acta del Parlamento de 1825, que no fué cómplice de los delitos cometidos, pero cuyo saludable efecto se paralizó por las dificultades de la aplicacion. Despues no se reconoció con derecho de adquirir á las coaliciones miéntras no fuesen autorizadas por el gobierno, el que sólo accedia á prestar su aprobacion si los estatutos no eran contrarios á la ley ni al desenvolvimiento comercial. Por último, en 19 de Diciembre de 1869 se dictó una ley que definia y concretaba los casos en que era perjudicado el comercio, que no vinieron á ser más que referencias á los reglamentos que prescribian la forma del trabajo y su duracion <sup>1</sup>.

En Francia la Asamblea constituyente, en 17 de Junio de 1791, prohibió las asociaciones de los ciudadanos de un mismo estado ó profesion para tratar de sus pretendidos intereses comunes. El delito de coalicion fué definido y penado en virtud de la ley de 20 Germinal, año XI, cuyas principales prescripciones se desenvolvieron en los artículos 414 al 416 del código penal de 1810. En ellos se castiga la liga de los patronos que tiendan á obligar injusta y abusivamente á rebajar los salarios, con prision de seis dias á un mes y multa de dos á tres mil pesetas, y toda tentativa para oponerse al acceso en los talleres, á que permanezcan en los mismos los obreros, para suspender los trabajos, con cárcel de uno á tres meses. Los jefes ó promovedores, con prision de uno á cinco años. Un precepto legal de 27 de Noviembre de 1849 se limitó á asimilar las asociaciones de los capitalistas y los obreros, y á penarlas del mismo modo. Por fin, en 1864 se reformaron los artículos expuestos de la compilacion penal, y se distinguió entre la coalicion simple y pacífica, que es lícita, y la que tiene fines opuestos al órden general y emplea la violencia, que se sigue castigando <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Mac-Culloch : obra cit., cap. vii, páginas 388, 89.—Wolowski, *Legisl. inglesa sobre las coaliciones*.—Macaulay : *Hist. de Inglat.*, primer volumen.—*El conde de Paris* : obra citada, pág. 30.

<sup>2</sup> Cherbuliez : art. *Coal.* del *Dicc. de econ. polit.*—Alfonso Foy : *Ensayo sobre los principios de la econ. polit.*, II vol., pág. 175.—Martín Olías : *Hist. del mov. obrero*, primera parte, vi.

Viniendo á nuestra España, leemos en la ley 2, título vii de la Partida quinta, que se prohíbe á los menestrales «poner cotos entre sí por cuanto prescio den cada una de las cosas que facen de sus menesteres, y otrosi facer posturas que otro ninguno non labre de sus menesteres, sinon aquellos que ellos rescibieren en sus compañías: et aun poner coto de otra manera que non muestren sus menesteres á otros ningunos, sinon aquellos que descendieren de sus linajes dellos mesmos.» En las Cortes de Daroca de 1311 se dispuso que no se tolerasen los monopolios y cofradías que solían hacer los menestrales, por considerarlas nocivas á la causa comun y contrarias á la jurisdiccion real. Enriqu  II condescendió á los deseos de los procuradores á las Cortes de Toro, en 1369, tasando los salarios de los labradores y artesanos, bien que las de Medina del Campo de 1370 suplicaron al Rey que «tirase el reglamento de Toro y quitase las penas en él señaladas,» á lo que accedió el Monarca. Uno de los dos aranceles formados por el Rey con acuerdo del Consejo de Castilla en 1680, comprende las hechuras, los salarios y jornales, y se determinan los castigos que habrán de sufrir los contraventores. Al calor de las doctrinas opuestas á la tasa, y que profesaron á fines de la pasada centuria, varones ilustres, como Campomanes y Jovellanos, las leyes cambiaron, y hoy el art. 556 del Código penal prescribe que los que se coligaren con el fin de encarecer   abaratar abusivamente el precio del trabajo   regular sus condiciones, serán castigados, siempre que la coligacion hubiere comenzado   ejecutarse, con la pena de arresto mayor, que se impondrá á los jefes y promovedores y   los que hubieren empleado violencia   amenazas <sup>1</sup>.

Segun la ciencia económica,  qu  juicio formularemos de las leyes que van referidas?  Qu  derechos tiene el Estado para prohibir las huelgas? Se creía en Inglaterra que la legislacion de aquel país resultaba más perjudicial que provechosa, y una comision de la Cámara de los Comunes, en 1824, despues de recoger muchos datos y oír muchos testigos, adquirió el convencimiento de que era inoportuna. No parece ajustado   la razon penar la coalicion y

<sup>1</sup> Sr. Colmeiro: *Hist. de la economia política en España*, primer vol., páginas 306, 36 y 365; segundo vol., pág. 277.—*Código penal de 1870*, lib. II, t t. XIII, cap. V.



la huelga en sí mismas. El individuo es árbitro de suspender ó abandonar sus tareas en los talleres y manufacturas, y, sean algunos ó muchos los que lo verifiquen, la naturaleza del acto no varía, siempre que no se hicieren reos de algun acto de violencia ó atentaren contra el órden público. Nace de un contrato el precio, las horas, el uso de las herramientas del trabajo: el empresario no deberá ser compelido á pagar tan altos jornales y á tener abiertas las fábricas tan pocas horas que llegue á sufrir quebranto en sus intereses: ¿por qué hemos de cohibir á los operarios para que perseveren en sus afanes en condiciones opuestas á las que prefieren los patronos, es decir, las mismas que acabamos de indicar? Decida sus diferencias la ley universal de los mercados de nuestros días, la libre competencia: para prohibir las huelgas, fuera menester tasar el precio de la mano de obra: si el público poder juzgase que existe un modelo, un tipo justo para regular los salarios, el tiempo que deben durar los trabajos, se comprende que ordenára se ajustasen á él los que se alzan para réclamar nuevas ó diversas circunstancias que las actuales en el régimen de las manufacturas; mas no existiendo ese tipo, ese modelo, ¿cabe presumir siquiera que demandemos á los trabajadores que si los patronos rebajan sus retribuciones ó aumentan los términos entre los que se inicia y concluye el trabajo, no puedan ponerse de acuerdo para que sus proyectos resulten ineficaces? Algunos afirman que el trabajo es una mercancía que, como las demás, se valúa y estima por cierto precio, que en este caso es el jornal; existe, para regularlo, una oferta y una demanda: ellas harán que, en pos de algunas oscilaciones, aquél se fije y determine segun las causas que dominen en el mercado. La intervencion de la autoridad sólo significaria un valor diverso del que se deriva del concurso de los interesados, arbitrario y que favorecerá injustamente á los fabricantes ó á los obreros, siendo así que debe mostrarse imparcial entre unos y otros. La policía carece de medios para impedir las coaliciones de los patronos que se llevan á cabo en secreto, y que á las veces son tácitas: si el Estado se limitára á prohibir las de los operarios, resultaria la creencia general y fundada que el público poder emplea dos pesos y dos balanzas, de suerte que pareceria que estaba de parte de los más fuertes, que son los empresarios, que tienen más recursos para hacer bajar el salario que los jornaleros para que se



aumente. Desde el momento que los últimos sienten la influencia del Estado en sus querellas y disensiones con aquéllos, juzgan que es responsable de las forzosas consecuencias que traen en pos de sí circunstancias adversas que producen ménos demanda de trabajo, ó más baja cuota de sus retribuciones.

Pudiera objetarse que las huelgas causan cierta exclusion y coaccion moral, por lo ménos respecto á las personas que en ellas no quieren tomar parte; que si producen graves daños y pocas veces logran su propósito los obreros, al iniciarlas y seguirlas, ¿á qué conduce el tolerarlas? ¿No es falta de prudencia consentir lo que sabemos constituye un grave mal? Á lo que tenemos por lícito responder que declararse en huelga, siempre que no atente la postrera á la libertad de los demás, es un derecho, y fuèra muy difícil, dadas las leyes que rigen hoy las convenciones sobre la industria, que hallase un motivo justificado para intervenir el poder público. Se ha dicho que si la legislacion permite las coaliciones, limitándose á castigar la violencia, el abuso nacerá fatalmente del ejercicio del derecho. No hay más que un paso para los obreros, de una coalicion pacífica que versa sobre la cuestion de los salarios que tanto les interesa, á una coalicion tumultuosa y desordenada, y es bien difícil que se refrenen hasta el punto de no darlo; hasta ahora no han acertado á contenerse dentro de justos límites. Obsérvase á lo expuesto que no hay motivo para suponer que no se contengan en lo sucesivo. Corresponde al Gobierno detenerlos y reprimirlos precisamente en el momento que pasaren de lo justo y lícito á lo injusto é ilícito, y enseñarles con este motivo el ejercicio de sus derechos; esperemos el progreso en este punto, como en tantos otros, de su mayor cultura. Adúcese asimismo que las huelgas generales ó de un grande ramo de la industria, dan origen á que el comercio busque y halle productos similares en otros países ménos turbulentos y discontentadizos; la industria de los algodones y los hierros es una prueba palmaria de este aserto; no goza en nuestros días la Gran Bretaña de facultades extraordinarias, de ingeniosos y nunca vistos medios para producir algodones y objetos de ferretería. Alemania, Francia, Bélgica, se han aprovechado de la guerra civil de su industria para atraer una parte importante, el 10 ó 20 por 100, del consumo de artículos en que se creía maestra y señora la primera nacion. ¿Será político y

prudente tolerar que nuestros propios obreros causen tan profundas heridas á los elementos vitales de nuestro país y nuestra riqueza? Mas para conseguir tan altos fines, ¿exigiremos de nuestras clases trabajadoras que continúen en los talleres desplegando sus esfuerzos con el mismo jornal que se les pagaba al querer declararse en huelga? No, variaremos los jornales. ¿Al tenor de qué principio? ¿Cuál será nuestra norma? ¿El tipo que indiquen los patronos? Siempre se juzgará bajo é insuficiente por los obreros. ¿El módulo que parezca bastante á los últimos? Ha de parecer muy elevado á los que emplean su trabajo y nos han de amenazar con la clausura de sus fábricas. ¿Y quién podrá jactarse de tener en su fiel la balanza que dirima tan empeñada controversia?

Cherbuliez afirma que las coaliciones son el medio natural, regular y legítimo que ofrece la libre concurrencia á los operarios para resistir al poder del capital; Stuart Mill escribe que si los obreros pudiesen elevar y mantener alta la cuota de sus salarios, coligándose, sería menester alegrarse de ello y desear que tuviesen un éxito favorable; Alfonso Foy opina que sin duda estas nuevas libertades de coalicion y de asociacion producen nuevos peligros; pero que así sucede con todas las franquicias, y la civilizacion no progresa sino con la carga y responsabilidad de extender más y más cada dia los derechos individuales, sin perjudicar los derechos ajenos. Más reflexivo y guiado por doctrinas más profundas, Roscher se contenta con decir que razones de alta importancia parecen aconsejar al Estado que no intervenga en los conflictos á que nos referimos. Nosotros vemos en las huelgas una desgracia; lamentamos que existan, y que á la luz de nuestros principios sobre el derecho no sea dable reprimirlas. Encantan los capitales y aminoran las fuerzas de la industria; basta para que no hallen gracia á nuestros ojos <sup>1</sup>.

Materia importante de estudio es el de las leyes que rigen las predichas suspensiones del trabajo. El empresario que, alejándose de su fábrica los operarios, ve interrumpidas sus operaciones, cederá

<sup>1</sup> Smith: *Riqueza de las naciones*, lib. i, cap. vii. — Mac Culloch: *Elementos que determinan la cuota de los sal.*, cap. vii, pág. 390. — Roscher: *Ob. cit.*, párr. 176. — Stuart Mill: *Princ. de econ. polít.*, II vol., pág. 537. — Alfonso Foy: *Ensayo sob. los princ.*, etc., II vol., pág. 174.



temporalmente á la demanda de los que huelgan, hasta el límite de no sufrir pérdidas; si tuviere alguna, cerrará su manufactura si no ceden sus obreros; decimos temporalmente, porque no basta no perder, en medio de las contingencias de los pedidos, que tienen períodos de calma y contraccion; mas como hoy los capitales invertidos son en general muy importantes, se resigna su dueño á trabajar sin beneficio, esperando el momento de rebajar los salarios; transige, para exigir reducciones más tarde: si, gracias á nuevas máquinas, ó combinaciones del taller, pudiera disminuir el número de los trabajadores, concede lo que exigen á menor cantidad de mano de obra: si hubiese un aumento en los precios de los artículos que fabrica, será dable que proporcione la retribucion de aquélla á éstos; si ocurriese baja, ocurriria que se negase de todo punto á la peticion de los obreros. De todas suertes, y es lo más grave que originan las huelgas, disminuyen el capital existente y futuro: existente; si se prolongan, padecen quebranto y exigen reparos las máquinas; el incendio y destruccion de edificios, herramientas, primeras materias, etc., las acompañan muchas veces; los ahorros que consumen los operarios y sus familias quizá se empleaban reproductivamente: futuro; la suspension del movimiento fabril durante algunas semanas, ó meses, causa la aminoracion y resta de aquella suma de productos y valores que el trabajo, unido á la maquinaria, hubieran creado, á no ser que, sucediendo al propio tiempo una crisis, las dichas riquezas quedasen almacenadas por falta de venta; pierden sus salarios del período en que reina y se enseñoorea la huelga del distrito en que viven, y gran número de industrias, de las más importantes por el número y por la cantidad de sus artefactos, dejan de tener tan abundantes salidas. Agréguese á lo expuesto, que si el comercio se ve en la precision de ir á buscar los géneros y manufacturas, cuya puerta cierran los huelguistas, á países más tranquilos, el trasporte y los seguros tal vez cuesten más, y de aquí un daño para la nacion que reciba los mencionados objetos, puesto que se ve obligada á pagarlos más caros. Descubrimos, por tanto, causas de empobrecimiento en esas suspensiones de la produccion, que bajo este punto de vista corren parejas con la guerra y los accidentes naturales que destruyen asimismo las riquezas. Por lo que hace á los obreros, debemos advertir que su retribucion, si es la que nace



de la suma del capital circulante que se distribuye entre aquéllos y se proporciona al precio de las subsistencias, no puede subir, porque no cabe en la naturaleza de las cosas, á no ser en una hipótesis, y es que demos jornal á menor número de trabajadores, suceso que no es probable por la ley que pone en armonía el capital y la población, y que tiende á aminorar constantemente los salarios, como queda explicado en los capítulos II y IV. Si las huelgas no han producido un grande descenso en las retribuciones que perciben las clases proletarias, debe este hecho atribuirse á dos causas. La primera se determina por las grandes acumulaciones anuales de nuestra época, parte de las cuales no son capital, porque no están destinadas á la industria, y es dable conducir á este fin, si fuere menester dar alas á la producción. La segunda se reduce á que los trabajadores viven mientras huelgan de los fondos de las asociaciones, ligas de los oficios, cajas de resistencia, etc.; es decir, cercenando su consumo ó disminuyendo los ahorros que mejorarán su porvenir. Muchos juzgan que los patronos sólo concedían escasas, muy cortas retribuciones; guardaban para sí la suma de beneficios que en una grande porción pertenecía á sus obreros, hipótesis que en general no es admisible, y en la cual se niega la libre concurrencia.

Habiendo desnivel en las cuotas del salario en dos regiones diversas y de un acceso fácil, de suerte y manera que sea mayor y bastante satisfactoria en la una que en la otra la que de ordinario perciben los trabajadores que allí viven, decídense los que pertenecen á la ménos afortunada á una *emigración periódica*. Esta consiste en un viaje que se realiza fuera de la provincia ó Estado en que tienen su hogar, en ciertas épocas del año, volviendo siempre al punto de partida. Estas emigraciones son antiguas y generales. En el siglo XVI, cerca de veinte mil franceses venían anualmente á España, segun dice Bodin. Galiani habla de los viajes de los habitantes de los Abruzzos á la campiña de Roma. En nuestros dias, los rusos de los gobiernos populosos de Orel y de Pultawa emigran á las estepas del Sur, y los de las provincias del Norte á Jaroslaw, en donde cultivan las tierras: los aldeanos de Galitzia á las llanuras de Polonia, y los polacos á las tierras bajas de Prusia. Los segadores descienden del Wurtemberg y del Odenwald al valle del Rhin, de los Alpes á la Alemania meridional. Muchos habitantes del país de

Waës se dirigen á Holanda para sembrar los campos de lino, y regresan en el momento que es preciso cosechar, etc. Acuden á Inglaterra los irlandeses de muchos condados de su país. En los Apeninos, casi cada uno de los valles tiene lugar escogido para buscar ganancias: así los de Módena van á Córcega, los de Parma á Inglaterra. Se asegura que 10,000 hombres caminan todos los años, y llegan á las provincias de la alta Italia. En París, los saboyanos son mozos de cordel: la gran ciudad recibe de la Lorena y del Limosin gran número de albañiles y carpinteros, que vuelven á su país despues de haber estado seis ó siete meses. En España, los gallegos siegan los campos de Portugal y Castilla: los asturianos forman la clase de aguadores de Madrid. Hasta en África, los fellahs dejan sus montañas por los llanos, y los que habitan cerca de las cataratas del Nilo las abandonan para compartir las faenas del Bajo Egipto. Si hubiese escasa poblacion en un país, ó ésta mostrase poca aficion á ciertos trabajos rudos y penosos, los emigrantes producirian la ventaja de ofrecer la mano de obra por un precio más módico; generalmente los últimos hacen ahorros, que una vez de regreso trasforman en capitales en su propia tierra; de esta suerte es dable que hallen alivio las regiones montañosas, pobres y pobladas con exceso. El salario tiende á nivelarse en los vastos Estados, y cabe que los obreros busquen por donde quiera las retribuciones más elevadas. Estas ventajas adolecen de no leves peligros. Los que regresan á sus lares llevan el gérmen de graves enfermedades, por falta de alimentos sanos, la vida en campo libre y las privaciones que se imponen. La ausencia de la familia, la falta del freno moral de la opinion y censura de sus convecinos, y el carecer de la vigilancia de sus autoridades propias, originan vicios y costumbres reprobables en los que llama Roscher esas aves de paso. León Faucher refiere que en Inglaterra el trabajo agrícola por compañías, en el que un empresario se encarga de las faenas campestres que piden rapidez en la ejecucion, como la siega del trigo y del heno, y que exigen concentrar en ciertos puntos una gran masa de jornaleros, es causa de que bandas de irlandeses se encaminen á Inglaterra en el mes de Julio, para tornar á su isla en el momento que allí comience la madurez más tardía de las mieses: para cumplir su cometido, se congregan y reunen trabajadores de todo linaje, hombres, mujeres y

:



niños, y si el campo está lejos, se conducen en carros, se les hace dormir en granjas, y así las jóvenes, expuestas al doble contagio de las conversaciones y los malos ejemplos, dan margen á fundadas quejas sobre su extrema inmoralidad.

Las emigraciones periódicas influyen en el lugar de que parten los obreros, nivelando el salario con la region á que llegan, ofreciendo á los países pobres algunas ventajas de los países ricos, extendiendo la demanda de trabajo para los primeros, y aumentando su industria con el aprendizaje de la tierra ajena y con los recursos que aportan. Adquieren instruccion los viajeros, conocen otras costumbres y se relajan los vínculos de familia. Son más durables y fáciles sus expatriaciones que las definitivas. Cuanto más breves son y cuanto más se acercan á una existencia vagabunda, tanto ménos provechosos serán sus resultados económicos. Por lo que concierne al Estado ó provincia que escogen los emigrantes para su trabajo, logrará una extension de éste, enérgico y vigoroso, lo que favorece á los empresarios; en cambio puede resultar que los obreros indígenas, obligados á reducirse á un género de vida lleno de privaciones, pierdan el fruto del imperio que ejercen sobre sí mismos y de su prudente prevision en contraer enlaces y fundar una familia, desde el punto en que operarios de otros países invaden sus tierras y con su concurso baja el salario: así acontece en Inglaterra; su invasion progresiva por los irlandeses le causa un gran peligro: éstos van con los piés desnudos, cubiertos de harapos, viven en frágiles chozas ó en tristes cuevas, se alimentan de patatas y aguardiente, y les bastan algunos chelines por semana... ¿Qué sería de los trabajadores ingleses si la Irlanda no pudiera buscar su salvacion en emigrar á América?

¿Qué derechos ejercerá el Estado respecto al hecho que ahora estudiamos? Conviene, para el exámen de este punto, hacer una division: los emigrantes, ora son extranjeros, ora de nuestro país, bien que de diversa provincia de la que les sirve de temporal morada. Los antiguos autores de derecho internacional conferian al soberano la facultad de negar á todo extranjero que penetrase en su territorio: Bluntschli opina que ningun Estado tiene derecho de prohibir de una manera absoluta el acceso á los extraños y de cerrar su país al comercio general, principio que deduce de la libertad de los pueblos; pero admite la exclusion de ciertos extran-



jeros de semejante ley y regla, por el orden, la seguridad y el bien público <sup>1</sup>. Esto nos basta: en general, un Estado debe abrir sus puertas á los pobres obreros que buscan en él medios de huir de la estrechez y penuria de su patria: las relaciones industriales de los pueblos modernos así lo aconsejan, y hay beneficio generalmente en proceder de este modo; mas si constituyese esa libertad un grave riesgo para nuestra poblacion, cuyo bienestar y estado moral fuesen comprometidos, pudiera dictarse una ley prohibiendo ó causando estorbos y dificultades á la misma con cautela. No sucede otro tanto si nos referimos á las provincias de una sola nacion: la igualdad de fuero y la proteccion que les debemos nos vedan contrariar el principio de un solo dominio económico para el salario <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> El derecho internacional en forma de Código, pág. 213.

<sup>2</sup> Bodin: *Responsio ad paradoxa*, pág. 49. — Galiani: *De la moneda*, v. 4. — Rau: *Tratado de econ. nac.*, párr. 201 bis. — Roscher: *Princ. de econ. polít.*, párr. 177. — Faucher: *Estudios sobre Inglaterra*, segundo vol., pág. 432. — Courcelle Seneuil: *Tratado de econ. polít.*, segundo vol., páginas 504, 511 y 512.



## CAPÍTULO VI.

SUMARIO: *Medios que existen para impedir ó compensar la baja del salario.—Los jurados mixtos.—Su historia, sus diversas formas, sus ventajas.—Si su laudo debe ser obligatorio.—Sistemas de subvencion y del arriendo de un lote de tierra.—Principios en que se fundan: su ineficacia.—Sociedades cooperativas.—Su origen, su historia, su division.—Sus excelencias.—Desengaños que han causado.—Condiciones difíciles que se requieren para que existan y prosperen.—La Asociacion Internacional de trabajadores.—Su origen, sus progresos, sus doctrinas, sus tendencias, su influjo y peligros que de la misma se derivan.—Derecho del Estado.*

El descenso del valor del trabajo que para muchos existe, puesto que aunque pruebe la estadística que se aumenta en nuestros tiempos, nótese todavía un no pequeño desnivel entre el salario que por término medio se concede y el precio de las subsistencias, ha dado origen á meditaciones y estudios prolijos de nuestros sábios, y no sin motivo á la verdad: ¡doloroso es y ocasionado á crisis y desórdenes, que amenazan dar de través con nuestras mudables y poco seguras sociedades, que la mayor parte de la poblacion que soporta en sus hombros el peso del trabajo, la primera y la más grande de las fuerzas productivas, no tenga bastante pan, ni un hogar sano y que iluminen las esperanzas de mejores días, sino sombreado por la privacion y la angustia, por el miedo y la incertidumbre, por el desfallecimiento y el vicio!—La dolencia es antigua, y causa de más de una catástrofe; sus formas son nuevas, y no abrigamos la creencia consoladora de que los medios discurridos para curarla tengan tal virtud y bondad tanta: desde luégo, y en conjunto, juzgamos que no resuelven la dificultad, ni alejan de nuestro ánimo toda inquietud y todo sobresalto, bien que sus ventajas parciales y que á las veces se dilatan á esferas amplias é importantes, merezcan para alguno de ellos encomio y aplauso.



Aparecen en primer término en nuestra investigación *los jurados mixtos*. Háse creído que presentaría suma utilidad para dirimir las cuestiones surgidas en las manufacturas, entre fabricantes y obreros, elegir algunos miembros de una y otra clase, y que despues de deliberar en junta, decidiesen lo que era justo y conveniente hacer para cortar el conflicto, cumpliendo los interesados su acuerdo. Es un tribunal de árbitros ó amigables componedores que tienen competencia porque conocen la industria, que merecen respeto porque su eleccion es libre, y si no puede juzgarse imparcial, por lo ménos hay equilibrio, ó al mismo se aproximan las fuerzas de los dos partidos contendientes. Como en la guerra, preferimos el arbitraje á la decision por la fuerza; que en las manufacturas vendria á ser el término de la resistencia de los obreros por falta de recursos, y de los empresarios por cerrar sus fábricas y emigrar con sus capitales. En la industria inglesa causaban las huelgas grandes y numerosos males: personas ilustradas y benévolas procuraban buscar un camino para conciliar los ánimos enconados, mas siempre sin apartarse de la libertad y del convencimiento. En este propósito fueron felices Mr. Mundella y Mr. Kettle; los esfuerzos del primero datan de 1860, de 1864 los del segundo. Nottingham era célebre por sus querellas de fábrica desde los primeros años del siglo: de todas sus industrias, fué siempre poco pacífica la de los medieros, que desde 1811 á 1860 se alzaron contra sus patronos, y hubo no pocas luchas y excisiones. Mr. Mundella, que desde simple operario que fué cuando jóven, habia llegado á la condicion de uno de los primeros fabricantes, auxiliado de otros dos, propuso una conferencia á los obreros; los patronos designaron diez delegados y los trabajadores igual número de representantes. El consejo de árbitros nombró presidente á su creador, y 43 empresarios y 20.000 obreros reconocieron su autoridad. Convinieron unos y otros en llevar sus diferencias ante un jurado compuesto de siete individuos por cada parte, que se renuevan anualmente en el mes de Enero. De los 14 jurados se sacan cuatro, á quienes se encarga que intenten la conciliacion: si sus afanes son infructuosos, pasa el asunto al consejo en pleno, que dicta su fallo, sin más que los usos y costumbres y el estudio atento de la situacion del mercado: si hay empate, búscase un 15.º miembro, que no forma parte del mismo, que publica una tarifa de sala-

rios que se pagan todos por pieza y que duran mientras lo permiten las circunstancias que determinan un alza y una baja. Desde 1865 no ha habido precision de votar resolucion alguna del consejo de árbitros, y todas han sido aceptadas por los patronos y los obreros.

Difiere en algunos puntos esenciales el plan propuesto por mister Kettle. Empiezan, segun el de éste, operarios y fabricantes por redactar un arancel de salarios que debe regir desde el 1.º de Mayo al 30 de Abril del año inmediato, que viene á ser como un convenio tácito entre ambas partes, por lo que adquiere fuerza civil de obligar, y tanto, que, en caso de necesidad, podria presentarse ante los jueces del distrito. El jurado se compone de doce personas, mitad de cada una de las clases dichas, á las cuales se agrega un árbitro para los asuntos de difícil avenencia. La base de la decision del Consejo es la tarifa acordada, que para que llegue á ser conocida de todos se fija en las paredes de las fábricas, y se entrega una copia á cada obrero en el momento de ajustar sus condiciones. Además del precio del trabajo, son de la competencia del jurado la duracion de las tareas fabriles, las horas de descanso, la salida del sábado, y otros pormenores por el estilo. En 1866 los empresarios para construir casas y los carpinteros de Wolverhampton, no pudiendo entenderse, resolvieron acudir á Mr. Kettle, juez del condado, para que terminase su divergencia. Seis patronos y seis operarios, en nombre de sus clases respectivas, se reunieron, designando á aquél para presidente; y despues de vivas discusiones, en las que cada uno oyó las razones de la parte adversa, se avinieron con tanta fortuna, que Mr. Kettle no tuvo necesidad de emitir su voto una sola vez.

Estos jurados ingleses evitan las huelgas, y procuran que el salario sea lo más elevado que los pedidos y el comercio permiten, sin violencia, sin intervencion de la autoridad, y se han extendido por las minas del Sur de Lancaster, por los distritos de Straford, entre los limeros de Sheffield, y entre muchos obreros de las fábricas de fundicion. Mr. Kettle acertó á dilatar su sistema á Coventry, á Worcester, á Wallsall y á Lóndres.

Por lo que hace á Francia, en 1806 aparece un consejo de árbitros, que no era mixto, puesto que se componia sólo de fabricantes ó maestros. Desde 1807 á 1810 hubo hasta veintisiete de estas juntas



en Ruan, Mulhouse, San Quintin, etc. En 1810 perdieron su carácter de homogéneos: se permitió que los constituyesen operarios, pero con un voto ménos que los fabricantes. Su número se aumentó de un modo considerable, toda vez que apenas hubo poblacion industrial que no los aceptase, excepto París, que no los tuvo hasta 1844. En 1848 la revolucion les imprimió nuevo carácter y tendencias. Maestros y operarios fueron elegidos en número igual para formar el jurado; los primeros por los trabajadores, y los segundos por los fabricantes; ambas clases alternaban por trimestres en la presidencia. La eleccion no era directa, sino por medio de delegados: designábanse primero éstos por los de su oficio, y despues de elegidos, nombraban cada uno un jurado de la clase opuesta. Claro es que así no resultaba verdadera representacion, y que muchas veces, en ocasion inoportuna, era menester privarse de hábiles y respetados presidentes. En 1863 se publican decretos, en virtud de los cuales el Emperador nombra los últimos y los vicepresidentes; el prefecto nombra los secretarios, á propuesta del que preside. Para designar los jurados hay listas de capacidades que forman los gobernadores de las provincias; los consejos de árbitros pueden ser disueltos por el Emperador, á propuesta del ministro de Comercio. Sus atribuciones se enumeran del modo siguiente: intervenir en los conflictos á que den lugar los trabajos habituales de una fábrica ó taller; interpretar los contratos de aprendizaje; guardar, á título de depósito, los modelos, sellos y marcas de fábrica; girar una ó dos visitas anuales por las manufacturas, y recoger datos y noticias sobre su estado y progreso, para evacuar las consultas que el Gobierno les dirija; por fin, imponen tres dias de arresto á los que se opongan al órden y la disciplina de los talleres, y al aprendiz que falte gravemente á su maestro. Su procedimiento es muy sencillo y sumario: para resolver han de reunirse las dos terceras partes de los jurados. Desde 1868 se autorizó la creacion de sindicatos libres de los trabajadores y sus patronos.

De esta reseña histórica se deducen con facilidad las diversas formas que revisten los jurados mixtos: nacen de la libertad; su eleccion es libre, y voluntario el cumplimiento de su laudo; ó bien se derivan de una creacion de la ley, las formas y los derechos electorales se determinan por ella, y su decision es obligatoria.



De todas suertes, como beneficiosos deben estimarse. Fabricantes y obreros, escribe el conde de París, encuentran en las decisiones del consejo arbitral garantías igualmente preciosas. Cada maestro, seguro de que ningún taller rival podrá fabricar por un precio más bajo los productos á que se consagra, aminorando los salarios, no halla obstáculo en emprender una produccion más constante y regular. Los obreros no piensan ya en dirigirse directamente á sus patronos para hacer sus reclamaciones en las dificultades que surgen en el régimen de los salarios, con la esperanza de apoyarlas con una huelga ruinosa, sino que acuden al consejo, del que obtendrán siempre una decision equitativa. Este cuerpo ejerce indudable influjo moral; las reuniones, la controversia, el respeto á los laudos, originan relaciones de amistad y de concordia entre clases que hoy se miran como enemigas porque se conocen mal: en los jurados ingleses, el carácter, la reflexion profunda, el amor á las libres franquicias de ciertos fabricantes, logran singular acogida de los obreros, y las opiniones de éstos se trasforman con provecho de la economía nacional. La estadística confirma estas excelencias: en Francia se han trazado los cuadros estadísticos de los conflictos que terminaron pacíficamente los jurados, y ascienden á muchos millares, y en Inglaterra las luchas desaparecen donde se hallan establecidos; de cada diez casos en que á ellos se apela, nueve se han resuelto por vía de conciliacion, y en uno solo ha sido menester llegar hasta el consejo pleno, cuyo acuerdo se ha cumplido.

Y para concluir este punto, debemos examinar una materia controvertida. El laudo que el consejo de árbitros pronuncie, ¿deberá ser y conviene que sea obligatorio para todos aquellos cuyos delegados reúne? Enaltecen algunos el sistema inglés: en él no se vulnera la libertad de prestar servicios, de suscribir las várias formas de un contrato, y nos mostramos consecuentes con las teorías generales sobre la produccion y el trabajo. Si algunos patronos y obreros no quieren conformarse á lo resuelto, ¿se podrá compeler á los unos á que no cierren sus fábricas, y á los otros á que muevan en sus manos las primeras materias? Emplear la coaccion á fin de que no sea letra muerta el laudo, equivale á persuadirse de que el Estado tiene competencia para conocer el modo de ser de la industria, sus recursos y sus medios, y para intervenir en la organizacion del jurado

mismo, porque de otro modo sancionará con penas la decision de un cuerpo que desconoce y que le es completamente ajeno. El hecho sería muy grave, aunque el gobierno se viese en la necesidad de señalar las circunstancias de validez y aquéllas en que resultase nula la sentencia arbitral. Esto es desconocer la naturaleza del jurado, desfigurarla, volver las espaldas al mejor y más acabado modelo que podemos imitar. En cambio, se aduce, en oposicion del laudo voluntario, que, despues de elegir sus delegados cada clase, es dable tener, por acuerdo de la voluntad general, la sentencia que pronunciaren, y es justo cumplirla: es una ley de la industria. No constituye un medio precioso de evitar los males de las huelgas; ¿á qué dejarlo á merced de algunos inquietos y díscolos? Si el Estado interviene, es en virtud de un principio, á saber: la ley se propone no violentar el juicio de los particulares sobre cosas que les interesan, sino hacer ejecutar ese mismo juicio, porque aquéllos no lo conseguirían, á no ser que hubiese una coalicion sin resultados, si sus resoluciones dejasen de estar sancionadas por el poder público. En el Congreso de Eisenach de 1869 se proyectó que un presidente del jurado mixto fuese un verdadero magistrado local: que los poderes del segundo se renovasen anualmente, y que pudiesen ser recusados sus miembros. El laudo obligatorio favorece más la causa de los que procuran elevar la cuota del salario. Nosotros entendemos que es preferible sea voluntario el cumplimiento de la sentencia que dicte el consejo arbitral <sup>1</sup>.

En la Gran Bretaña se han ensayado dos planes para conseguir que la retribucion del obrero no dejase nunca de ser equitativa: ambos no se proponen menoscabar la libertad y la concurrencia; procuran medios que se deriven de la accion de personas que muestren el vivo deseo de las mejoras sociales. El primero se llama de *subvencion*, y se aplicó en aquel país ántes de 1834, por el motivo de que una série de malas cosechas y el alto precio de las subsistencias hacian muy penosa la vida de los trabajadores agrícolas. Con-

<sup>1</sup> Leroy-Beaulieu: *La cuestion obrera en el siglo xix. El social. y las huelgas.* 1.—El conde de París: *Las asociaciones obreras en Inglaterra*, páginas 277 á 282, 269, 282 y 283. —Sr. Sanromá: *Política del taller.* —Los jurados mixtos.—*Revista Europea*, sétimo volumen, pág. 41.—Alfonso Foy: *Ensayo sobre los princ. de la econ. polit.*, segundo volumen, páginas 185 á 187.



siste en dar un suplemento, un tanto más de salario sobre el tipo ó la cuota que tiene su origen en la concurrencia, hasta llegar á una remuneracion que se juzgue razonable y bastante. Para lograr este fin se requiere proporcionar el auxilio al número de personas que constituyen cada familia: cabe asimismo fijar la suma que se entrega en razon del salario del cabeza de familia, y no más, sin tener en cuenta la mujer y los hijos. En suma, este sistema viene á ser un *minimum* de salario que se toma de los fondos de la sociedad: parece irreproachable é inocente; pero en realidad en él se olvida que del mismo capital, ó de la misma renta, de que por el ahorro se forman los capitales, se recogen los subsidios que perciben los trabajadores y que con aquellos que necesitan el concurso del trabajo, proporcionaríamos á los obreros salarios más justos, puesto que conviene no olvidemos que todó aquello que tiende á nivelar las remuneraciones de los operarios es dañoso, porque las diversas aptitudes, la adquirida destreza, pierden su natural estímulo. La suerte de éstos ya no depende de ellos mismos; se abandonan á la fatalidad, y sus nupcias no tienen el freno de las consecuencias de su imprevision; otros habrán de sobrellevar la carga.

El segundo de los sistemas planteado en las Islas Británicas se denomina de *arriendo*: su fin es tambien procurar una cantidad adicional, una fraccion más al salario que pueden prometerse los obreros: con cuyo objeto se les concede en arriendo una parcela de tierra, que cultivan por medio del azadon, y recogen legumbres que basten para su consumo, y aún que pueden vender, cultivando en dias y horas en los que no les sea permitido dedicarse á sus tareas fabriles. La extension de tierra que se estima bastante es de 10 áreas, 116 centiáreas, ó á lo sumo de 20 áreas, 232 centiáreas; pues en el supuesto de que fuese mayor, pero no la que se requiere para que dejen el telar por la azada, se asegura que se hacen inútiles para las manufacturas, y de ser tan grande que los apartase de éstas, la renta elevada que pagan los asemejaría al *cottager* irlandés. No dudamos que esta empresa y miras de pública utilidad son preferibles á la subvencion; nos mueve á pensar así que deben los trabajadores el aumento de salario á sus propios esfuerzos, sin disminuir el producto bruto de la sociedad, esto es, la suma total de los productos agrícolas. La posesion de la tierra—afirman algunos—inspira previ-



sion al hombre. La propiedad sí, ó un largo arrendamiento de condiciones fijas; pero de ninguna manera uno que varía todos los años. Jamás la simple posesion del suelo ha hecho previsores á los irlandeses. Si pocos y escogidos obreros se someten á ese preconizado régimen, carecerá de resultados generales para las clases trabajadoras, y será causa de que contraigan enlaces y multipliquen la poblacion los mismos que de otra suerte mostrarian más prudencia en este punto; y si se aplica en grande escala el sistema, los salarios descenderán al mismo ó aproximado límite que ántes de comenzar á practicarlo, contentándose los operarios con la misma remuneracion que se les daba ántes de arrendar un lote de tierra. Se ha aducido en defensa del sistema de arriendo que los obreros más pobres son los que arrojan al mundo numerosos séres, sin pensar en las consecuencias; que si se mejora la condicion y manera de ser de los que hoy viven, la generacion venidera tendrá necesidades más elevadas, y procurará satisfacerlas conteniendo el desarrollo de sus familias. Nosotros pensamos que en esto ocurrirán siempre alternativas de crecimiento y decrecimiento de la poblacion, como quiera que no creemos en que los hombres renuncien á tener un hogar y una familia por vivir con algun desahogo: mas no es ménos cierto que los separará del peligro de contraer uniones imprudentes una parcela de terreno adquirida por el trabajo y el ahorro, mejor que los arrendamientos por un precio elevado, que á la postre no terminan en otra cosa que un *minimum* por la vía de la autoridad, que depende de que se estipule una renta más ó ménos elevada <sup>1</sup>.

Las sociedades cooperativas son una nueva forma que ha tomado en nuestros dias la asociacion de trabajadores con el propósito de mejorar la condicion del obrero, que se encarga de los riesgos y direccion de la empresa: su signo característico se manifiesta en la reunion de operarios que adunan y dirigen á un solo fin sus esfuerzos. Se dividen en sociedades cooperativas de produccion, crédito y consumo. M. Foy las clasifica además en simples y complejas. El origen de esta institucion se halla en los ensayos de M. Buchez, filósofo que aliaba el misticismo á los planes de reformas sociales, y que

<sup>1</sup> Stuart Mill : *Principios de econ. polít.*, lib. II, cap. XII, párr. 3 y 4, primer vol., pág. 417.—Thornton : *Del exceso de poblacion*, cap. VIII.

propagó las ideas de organizacion del trabajo en sus periódicos *El Taller* y *El Europeo* en 1831 y 1832. Los obreros de M. Buchez eran, en general, hombres de costumbres rígidas, reflexivos, de una capacidad excepcional; sin embargo, sus proyectos no tuvieron éxito, porque olvidaron las condiciones económicas, y no bastaba que fuesen buenos trabajadores. En 1848, la Asamblea constituyente francesa decretó un subsidio de tres millones de pesetas para el fomento de las sociedades cooperativas de produccion. Al calor de las ideas socialistas que por aquel tiempo fascinaban las masas, y del auxilio oficial, nacieron 56 asociaciones obreras, de las que murieron 42 despues de haber luchado oscuramente con los errores utópicos de su cuna y con la mala voluntad de sus sócios. M. Anatolio Lémecier, que ha narrado su historia, cita algunos casos de longevidad y señala sus causas. La de obreros de lámparas de gas y de aceite, recibió un préstamo de 17,500 pesetas; no se componia más que de diez operarios rectos y laboriosos, y tuvo un gerente único é irresponsable: la de los ebanistas de sillones vive y prospera; no tiene, como la anterior, más que un gerente, revestido de un poder casi absoluto, por lo que ha recibido su nombre y se llama la sociedad *Antonio*, y observa con rigidez la regla de retribuir desigualmente servicios desiguales: empezó con un capital social de 504 francos, 20 céntimos, y en 1857 poseia un establecimiento por valor de 400,000 francos, y en los diez primeros años de su existencia obtuvo ganancias por valor de 110,000. Otras asociaciones que se creyó habian sido afortunadas, no hicieron más que atravesar una penosa crisis. Así la Union de los trabajadores en terciopelo, de Lyon, obtuvo un préstamo considerable, y vivió hasta 1862 minada por la inhábil direccion del gerente, por la inexperiencia de los miembros del consejo de vigilancia, por la falta de pago de los sócios comanditarios, su mala voluntad, y, segun afirma M. Pablo Rogier, por mostrarse tan dispuestos á reclamar su parte en los beneficios como rebeldes en contribuir á las pérdidas. En Francia se nota hoy un número considerable de estas personas morales, no todas florecientes. En Inglaterra, Owen hizo los más grandes esfuerzos para que se uniesen y reformáran el organismo del trabajo los obreros, mas sus ideas comunistas, la ignorancia de las masas, la mala fé é ignorancia de los gerentes, y el poco éxito de las empresas fundadas bajo



las bases del famoso agitador, dieron de través con las esperanzas que habían hecho concebir, y quedaron desacreditadas las sociedades cooperativas. Esto ocurría en 1836. Después, en 1845 y 1846, se hicieron nuevos ensayos; y no sin pruebas duras y ásperas hoy las asociaciones de producción se hallan establecidas en trescientas ciudades y pueblos de numeroso vecindario, y entre ellas merecen especial mención, por su capital social, que no baja de 3 millones, y pasa en muchas de 8 y 10, la de Gast-Lancashire, la fábrica de Church, la de papel de Bury, la compañía de hilados de Salford y Manchester, la compañía industrial de Seneride, la de algodón de Yorkshire, etc.

Las sociedades cooperativas de crédito tuvieron su origen en Delitzsch, pequeña villa sajona, donde desempeñaba sus funciones de juez de paz M. Schulze, que, á una grande inteligencia é instrucción vastísima, reunía una actividad incansable y afecto profundo á los trabajadores; con su palabra persuasiva y su autoridad moral fundó en el lugar dicho, en Culenbourg y pueblos comarcanos, asociaciones para la compra de materias primeras, que fueron la base para las de crédito popular; de 1852 á 1855 se establecieron 7 de las postreras; en 1861 hasta 350, en las que se comprendían 50.000 asociados, con un capital de 25 millones de pesetas: en 1864 los bancos del pueblo ascendían á 700, con más de 200.000 asociados. Sucesivamente han realizado tales progresos, que en 1872 las sociedades de crédito popular eran 2.560 con 372.742 socios, un capital propio de 84.494,116 pesetas, y los fondos prestados equivalían á 307.502,924 pesetas. Hay en París 45 sociedades de crédito mútuo: desde el 1.º de Octubre de 1863 se ha formado una importante asociación, llamada de *Crédito al trabajo*, debida á M. Béluze, y destinada á prestar á las sociedades cooperativas existentes y á auxiliar la creación de otras nuevas, á fin de que el crédito se haga accesible á los obreros en los diversos ramos de la industria. En Inglaterra las personas morales del linaje que nos ocupa se limitan á cajas de ahorros, y cuando más al préstamo de cantidades pequeñas con la garantía de dos ó tres personas que atestiguan la honradez y moralidad del obrero que solicita aquel auxilio. La mayor parte se hallan clasificadas entre las *Sociedades de amigos*: y no es fácil saber cuáles son las que prestan á los que no tienen más garantía real y positiva que su trabajo.



La sociedad cooperativa de consumo tuvo sus humildes y gloriosos comienzos en 1844, en Rochdale, villa del condado de Lancaster, y fué designada con el nombre de los *Exploradores equitativos de Rochdale*. Algunos tejedores de franela, Daley, Howart, Smithers, Hill y Kent, resolvieron formar un capital por medio de cuotas semanales de 31 céntimos; en breve llegaron los asociados á 28 y sus fondos á 750 pesetas. Se contentaron por mucho tiempo con vender al pormenor y al contado algunos productos, harina, manteca y sal, en el fondo de un agujero negro que por burla denominaron los mercaderes del pueblo *el almacén*: sus ganancias eran módicas, no tenían pérdidas, y se impusieron grandes privaciones. Créose una liga contra ellos, se instruyeron procesos, se intentaron intrigas: todo fué en vano contra aquellos caracteres de hierro; la venta, que al principio se verificaba los sábados por la noche, se hizo diaria en 1851. Al lado del almacén general se abrieron tiendas en diversas partes de la villa, destinadas á cuantos artículos se necesitan para la vida: se adquirió una biblioteca, se iniciaron lecturas en comun, y una enseñanza profesional. En las tiendas se leen las siguientes inscripciones. «*Asociacion de los Exploradores equitativos*, registrada segun la ley. Su objeto es mejorar la condicion moral y doméstica de sus miembros. Cinco por ciento de interés al capital. Participacion de beneficios repartidos entre los compradores proporcionalmente al valor de sus compras. Precio fijo. Todas las compras se pagan al contado. Dividendos trimestrales.» En 1850 constituyeron una sociedad harinera, de la que tomaron acciones por valor de 15.000 pesetas, y procuraron salvarla de las primeras y graves dificultades con que tropezó en los primeros años. Comprar al por mayor, vender en pequeñas sumas asegurando al comprador del peso y la calidad de los géneros, hé aquí el secreto de la empresa. En 1856 montó una filatura, que hubo de pasar, no sin rudas pruebas, la crisis de la guerra de los Estados-Unidos, y que despues produjo con las máquinas de vapor más perfectas y más costosas: en 1863 la fábrica de harinas y la filatura han dirigido y llevado á buen término negocios por valor de 6.500,000 pesetas. El capital era de dos millones de pesetas. Causa maravilla ver la destreza, la perseverancia, la inflexible rigidez en el cumplimiento de las reglas dictadas, la prudencia y animoso aliento que

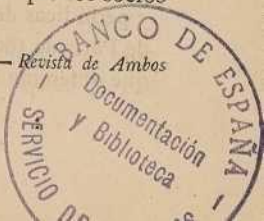
han mostrado los fundadores y gerentes de la sociedad cuya reseña histórica hemos hecho. Este linaje de asociaciones se han extendido por Inglaterra, y existen algunas muy importantes, como las de Leeds, Manchester, Oldham, que distribuye al año entre sus socios compradores 25 pesetas por cada 125 pesetas que imponen, la sociedad comercial de Bacup y Wardle, etc. Algunas, como la de Coventry, han tenido mal éxito: siendo la razón que los principios de economía severa, y quizá los afectos de benevolencia mutua y de adhesión noble, que fueron la primera causa del triunfo de la de Rochdale, no siempre se imitaron: en unas se extendieron mucho los placeres, se convirtieron en jardines tierras costosamente adquiridas; en otras los asociados no acertaron á imprimir unidad á la empresa. En Alemania y Francia hanse organizado no pocas en los últimos años; bien que en el último país luchén contra los obstáculos que se derivan de su legislación mercantil.

Pasemos al exámen de su organización y operaciones. Se requiere, en primer término, conciliar los auxilios mútuos con el sentimiento de la responsabilidad personal: la obra maestra de la asociación se logra si se hace resaltar al individuo de suerte y manera que sea el principal resorte para desenvolverla; su perfección se manifiesta cuando el individuo se modifica, hasta el punto que son sus esfuerzos más hábiles y más enérgicos, sus previsiones alcanzan más, y sus trabajos más fructuosos para sí mismo y para la comunidad; obra difícil y erizada de peligros morales, que no puede fiarse á todos los caracteres, y que exige el más grande sacrificio, el de las pasiones á la voluntad para lograr fines lejanos. *Las asociaciones cooperativas de producción* se proponen ejercer una industria por sus peculiares esfuerzos, á su cuenta y riesgo: son los obreros sin empresario; mejor dicho, ellos quieren que el empresario surja de su misma clase. Para producir, se requiere un capital: en 1848 se concedió una subvención por el Estado á las de Francia, que se obligaron á devolver; es dable que se tome á préstamo de las de crédito ó de los bancos, mediante la garantía de la probidad y trabajo de los socios, ó bien que se constituya con las cuotas de entrada y periódicas de aquéllos. Las delegaciones obreras en la Exposición de París de 1867 señalaron las condiciones que son menester para que obtengan éxito; y no puede negarse autoridad á un documento



que suscriben personas expertas y de la clase á que pertenecen los que se asocian. Las condiciones á que aludimos son las siguientes: 1.<sup>a</sup>, que la sociedad se constituya por hombres escogidos: 2.<sup>a</sup>, que atienda solícita á la unidad de direccion; es decir, que se confie á un solo gerente, investido de muy extensos poderes: 3.<sup>a</sup>, que la cuota de la remuneracion se proporcione á la desigualdad de los servicios prestados: 4.<sup>a</sup>, que posea un capital capaz de resistir á las crisis industriales, y 5.<sup>a</sup>, que tienda en toda su organizacion á desenvolver el individuo, sus fuerzas, su instruccion, su habilidad, su celo, su exactitud, su espíritu de orden, su equidad y su benevolencia respecto de los demás. Debe tener por divisa la mayor libertad en la más grande sociabilidad posible <sup>1</sup>. Expliquemos estos vários requisitos. Es preciso que los operarios que deseen formar esta liga tengan la adquirida destreza que su profesion exige, y que los enaltezcan todas las cualidades que forman el hombre honrado, puesto que la junta general habrá de resolver cuestiones tan numerosas y tan delicadas, que si constantemente no anima á los asociados un espíritu de equidad y concordia, se disolverá la sociedad ó será su duracion muy eventual: constituida aquella, es preciso designar la gerencia, y no es cosa frecuente que los operarios conozcan la dificultad de organizar el trabajo y la importancia de una buena administracion. El conjunto de asociados debe elegir la cabeza y jefe de la empresa; el que ha de comprar las materias primeras, las herramientas, procurar la clientela, dirigir la fabricacion, distribuir los trabajos, vender los productos y cobrar su precio. Enumerar estas dotes, equivale á predecir cuán difícil no será esa eleccion: no basta que el delegado sepa su oficio, tenga manos diligentes y probidad: con necesitar todo esto, todavía en él será forzoso que se adunen una razon sana, un carácter firme, experiencia de los hombres y de los negocios, para no ser engañado: una vez elegido, no se escatimen sus poderes. Sueño peligroso fuera el de la igualdad de los salarios, que concluye por originar la discordia y la rebelion: á diversas aptitudes, distintas retribuciones; las desigualdades son un motivo de envidia y perturbacion, y por esto algunos aconsejan que los sócios

<sup>1</sup> Informe de las delegaciones obreras en la Exposicion de 1867.—*Revista de Ambos Mundos*, 1.º de Octubre 1868, pág. 613.





tengan poco más ó ménos la misma habilidad personal; si bien no es dable que sea absoluta, cabe que no se observe entre ellos diferencias de tal linaje que no puedan suplirse por la emulacion y esfuerzos que las anulen y borren. Uno de los grandes obstáculos con que tropiezan las personas morales que estudiamos, se halla en procurar y reunir el capital necesario para dar comienzo á la empresa; razon por la que M. Schultze deseaba que se constituyesen en primer término sociedades de socorros mútuos, para que los trabajadores se habitúen al ahorro, para que sepan formar un capital, y para que presten sumas importantes á sus hermanas, despues que se extienden y tomen cuerpo. Las subvenciones del Estado nacen del impuesto, y privan de trabajo y salario á otros operarios, que los súbditos emplearian, de quedar el tributo en sus manos; si no se devuelven por la mala fortuna de las asociaciones, es una pérdida para el país. El uso del crédito privado suele ser causa de gastos imprudentes y de dar demasiada amplitud á la manufactura: por lo que mejor se estima empezar con propios recursos; pero es lo más difícil, bien que existan industrias que no exigen más que un capital módico al establecerse y un fondo de giro poco importante: señalaremos las que piden sobre todo mano de obra, más bien que máquinas y valiosas materias primeras, por ejemplo, las fábricas de alfileres, la ebanistería. La junta general está llamada á decidir qué parte de beneficios se darán al capital y á los que aventuran el propio en la empresa, y qué parte y segun qué reglas se distribuirán á los obreros. En Inglaterra los salarios se pagan á los trabajadores, al precio corriente, y además perciben el 5 por 100 de los fondos que entregan á la asociación: el resto de las ganancias (despues de separar la suma designada para la amortizacion, la reserva, etc.) constituye el dividendo que se reparte entre el capital y el trabajo. Una vez terminada la liquidacion, se capitaliza el salario que corresponde en todo el año á los obreros, y la cantidad que resulta representa en el dividendo una parte proporcional á su importancia, en union de los capitales de cada socio. De suerte y manera que se respetan los fueros de las dos fuerzas productivas que hemos citado, y la postrera: el capital, no sólo recibe un interés, sino además un tanto por ciento de los beneficios. Importa no poco que no se empequeñezca el individuo en una sociedad absorbente; enojado y

herido en los afectos peculiares de los contemporáneos, quebrantara la disciplina ó volviera las espaldas á un régimen cuyas recias ligaduras le atormentaban. La sociedad vale lo que los individuos.

Nos cumple ahora examinar las *Sociedades cooperativas de crédito*, denominadas también *Bancos de anticipos* y *Bancos del pueblo*. El crédito personal es muy limitado: nuestra fortuna, ó una parte de ella, se abisma en las necesidades del deudor, si se niega ó no puede satisfacer su compromiso. Las garantías para el prestador se encuentran en la obligacion solidaria que contraen varias ó muchas personas. Un trabajador no representa un valor que haga surgir el préstamo, ya por los cambios que sufre la vida humana, ya por las vicisitudes particulares ó generales que suspenden el trabajo, ya por la muerte. La asociacion de muchos, si forman un todo orgánico con la larga vida de una persona moral, reúne condiciones y recursos que imprimen regularidad al crédito. Esta es la primera idea que ha inspirado la concepcion de los *Bancos populares*. Tenemos por un signo de progreso que el elemento moral aparezca más y más representado por el crédito: fundarlo sobre la moralidad y el trabajo futuro, es hacer que prevalezca el espíritu sobre los bienes materiales, como dice Baudrillart. «El Banco de anticipos, escribe M. Horn, puede estimarse como una caja de ahorros para los socios, que tienen la facultad de aumentar las cuotas mensuales: se administra por los mismos deponentes, y el interés que se les paga asciende con frecuencia al triple y al cuádruplo del que conceden las cajas de ahorros oficiales. Y sin embargo, por grande que sea esta ventaja, no la juzgamos sino como un aspecto secundario del mecanismo de los Bancos populares. Su objeto principal es la *distribucion del crédito*: hasta el total de su recibo, sin más garantía que su firma, cada socio recibe préstamos por tres meses, que es factible renovar. Si la cantidad supera al recibo, basta para que se le entregue que un co-asociado firme con el que pida prestado, cuya exactitud en pagar garantiza. Á primera vista puede parecer peligroso este mecanismo; mas los hechos prueban que en 1858, año penoso, en 45 Bancos, sólo ha habido pérdidas por ménos de 400 pesetas en una suma total de ocho millones.»

El fondo social se forma: primero, por medio de las cuotas de entrada, que suelen ser de una peseta 87 cénts. hasta cinco pesetas,



y la mensual de tres pesetas 75 cénts., á veces más baja; y segundo, de las cantidades tomadas á préstamo por la asociacion con la garantía solidaria de los asociados. La sociedad administra por sí misma sus negocios, con el concurso de todos sus miembros: cuanto no se confia á la comision ejecutiva expresamente por los estatutos ó por las decisiones ulteriores de la asociacion, habrá de acordarse en junta general. Aquélla se rige por una comision ejecutiva, compuesta de tres miembros, á saber: el director, el cajero y el contador, que tiene la representacion legal, y cada uno de sus individuos representa legalmente la sociedad en todos los actos públicos. La comision ejecutiva forma parte del consejo de administracion, que se constituye con doce miembros: tres de la primera, y nueve vocales. El segundo decide acerca de la concesion ó negativa de anticipos: administra los fondos y contrata los empréstitos, siguiendo los acuerdos de las juntas generales y las prescripciones de los estatutos, y convoca las dichas reuniones. El capital social que procede de empréstitos no puede superar más que en otro tanto la fortuna de la sociedad, esto es, su límite es el doble de la postrera. Ésta se divide en fondo de reserva y fondo de beneficios: el primero no se puede distribuir entre los individuos de la asociacion. El fondo de reserva se compone de tres elementos: la cuota de entrada, la parte de beneficios que corresponde á cada socio durante el primer año de su inscripcion, y el 5 por 100 de los beneficios de los años sucesivos. Para obtener adelantos ó anticipos es menester que el socio solicitante satisfaga con regularidad sus cuotas: la comision puede rehusar su concesion al que no ofrezca seguridad bastante del reembolso. El *minimum* del préstamo suele ser de quince pesetas; puede pasar de 50 si los beneficios del que lo desea no llegan á 200, y de 100 cuando el *maximum* de su parte social ha sido totalmente pagada; si el anticipo ó suma cedida excede de 250 pesetas, se exigen fiadores ó personas responsables de la devolucion: el interés varía de 4 á 8 por 100 al año. Tales son las bases más importantes de los Bancos populares de Schultze; pero algunas de las asociaciones que nos ocupan derogan en cierto modo estas reglas primeras: hay Bancos que aumentan ó disminuyen las cuotas de entrada y las mensuales, las cantidades anticipadas: los hay tambien que con un fuerte capital prestan á otros de la misma índole, pero de menor importancia, y no faltan



los que admiten muchas imposiciones, y si bien no dan éstas derecho á dividendos, sí á intereses, por estimarlas como empréstitos contraídos por la sociedad.

La última organizacion de que debemos hablar es la de las *Sociedades cooperativas de consumo*. Se proponen librarse de los merca-deres intermediarios, que exigen un beneficio por el trabajo que les ocasiona vender las mercancías que requieren las necesidades diarias de la vida, y de los engaños en el peso, la medida y la calidad de los artículos, y aprovecharse de la notable economía que resulta de comprar los mencionados productos en grandes partidas; de modo que así es dable ensanchar el círculo de los consumos del obrero; éste adquiere objetos, sustancias y valores que le nutren, le abrigan más, con lo que se consigue mejorar su estado. Los aspirantes se proponen por dos socios á la comision directiva: la admision es atributo de ésta ó de la junta general: la cuota de entrada se reduce á una peseta 25 céntimos, y se entrega semanalmente la misma suma hasta 25 pesetas, valor de una accion. Nadie puede tener ménos de una accion, ni más de cinco. Las acciones constituyen el capital social, y son intrasferibles, exceptuando el caso de muerte de un socio sin testar, ó sin haber avisado al secretario qué personas han de recibir sus fondos. Los socios no tienen derecho más que á un voto, cualquiera que sea el número de sus acciones: sus cuotas semanales se habrán de pagar con puntualidad, bajo pena de multa, salvo los casos de enfermedad ó falta de trabajo que se justifiquen plenamente. Los asociados perciben, despues de pagar los gastos de la sociedad, un interés que no excede del 5 por 100 al año por el valor que han desembolsado á cuenta de sus acciones. Los beneficios se distribuyen entre los socios á medida del valor de sus compras durante el trimestre en los establecimientos de la asociacion, despues de satisfacer los gastos de la administracion, intereses de las acciones, amortizacion de los empréstitos; y despues de deducir el quebranto en el valor de los géneros almacenados, despues de restar lo que las juntas trimestrales juzgan necesario para negocios de la sociedad ó aumento del capital, y el 2 y 1/2 por 100 de las predichas ganancias, para la educacion de los asociados y de sus familias. El simple hecho de hacer compras en las tiendas de la persona moral que nos ocupa, es un título que se hace constar en un recibo para

obtener una fracción de las ganancias en relacion á la suma de los valores que se adquieren por precio. Basta para ello haber comprado lo equivalente á 25 pesetas para que personas ajenas á la cooperacion adquieran esta ventaja; una fraccion de 12 por 100 para pagar un trimestre ha tocado más de una vez á una familia que compró la equivalencia, en mercancías, de 100 pesetas. La sociedad se rige por la comision directiva, que se elige anualmente en junta general. Consta de un presidente, un secretario, un tesorero y ocho miembros: dan cuenta de sus actos cada trimestre ante dos censores ó auditores que la asociacion designa. Cinco árbitros deciden las cuestiones sometidas á las juntas directiva y general cuya resolucio[n] no ha satisfecho á los interesados. Las compras se hacen al contado, para que no falte nunca el capital social, y para hacer más honrados y previsores á los socios y extraños. Muestra á las claras la experiencia que conviene usen con parsimonia del crédito estas sociedades, puesto que de otro modo y caminando por otra vía, extienden sus gastos más de lo que consienten sus recursos, y á veces han hecho de los préstamos un uso peligroso é inmoral.

No sólo estos cuerpos se consagran á adquirir objetos de consumo que venden al contado á sus socios ó personas extrañas: las hay que compran alimentos y los condimentan para sus socios: las hay formadas por várias familias, que reunen sus fondos para hacer en comun los gastos de habitacion, de comprar y preparar los alimentos, del menaje, y aún de la educacion de sus hijos; y, por último, las más importantes de éstas, que en cierto modo se separan del tipo primero y más general, son las que obtienen colectivamente materias primeras, materias auxiliares y herramientas para repartirlas á un precio módico entre los asociados.

Numerosos beneficios y no vulgares excelencias deben atribuirse á las *sociedades cooperativas*. En el seno de nuestra libre sociedad civil conviene esperar, y seguir con ojos atentos, las transformaciones que el espíritu humano produce sin tregua y sin reposo, y aunque no sea aquella en que paramos mientes tan absoluta como muchos imaginan, señala nuevos é importantes pasos en el camino emprendido por los pueblos modernos. Vulgar ha llegado á ser en nuestros días encarecer de qué suerte y manera acrecienta las fuerzas la asociacion al unir las, cómo llega á hacer fáciles empresas



antes imposibles; de qué modo la ciencia económica en la division del trabajo, en el cambio, en la libertad del comercio, en el régimen bancario y el propio de las colonias, ha procurado dilatar los nexos y vínculos que unen á los hombres en el dominio peculiar en que rigen sus leyes; y, por tanto, en virtud de qué causas de ella nace y se deriva esa nueva forma, de las múltiples y complejas que abraza y comprende en su unidad primaria la asociacion á que nos referimos. En ella se crean capitales con valores que, de no existir, se perderian en consumos improductivos: despierta y desarrolla el afán de trabajar en los obreros, que tienen más interés que cuando son retribuidos con el salario; les hace ver que es preciso haya disciplina en el taller y desigualdad en las recompensas; abre á sus miradas inquietas nuevos horizontes, y ofrece nuevos recursos y medios de existencia: sin más que el ahorro, la moral severa, la vida ordenada y el adunar las voluntades y los esfuerzos, se fortifica el espíritu de familia y cobran más vigor y energía los caracteres. Baudrillart ha escrito con su lucidez perpétua: «Trabajo, capital, crédito; lo porvenir económico del género humano se encierra en esas tres palabras<sup>1</sup>.» Las instituciones de que hablamos responden al pensamiento del ilustre autor, puesto que constituyen desenvolvimientos de esas fuerzas y de esas poderosas palancas. Las sociedades que nos ocupan combinan dos ideas que de ordinario juzgamos de todo punto opuestas: la asistencia mútua y la prevision: el socorro que se recibe y la dignidad personal, vienen á ser una forma sábia de los seguros mútuos contra los dolores y la estrechez de la pobreza; bancos en que las gotas dispersas del capital se reunen en un punto, y caen como blanda lluvia sobre las clases proletarias.

Estas soportarán sin tan grave peligro las crisis industriales que aparecen con cierta periodicidad, y que obligan á suspender la accion de manufacturas importantes. El éxito de las sociedades cooperativas ha sido un triunfo sobre la utopia de formas seductoras y cuyos frutos son mortíferos; de la utopia han nacido, pero á la manera de esos hijos que aciertan á separarse del mal ejemplo que les han dado sus padres, con elementos y fines muy diversos de los que aquélla genaltece y aconseja, han llegado á obtener resultados notables.

<sup>1</sup> *Manual de econ. polít.*, parte tercera, cap. iv, pág. 257.



Las *de produccion* ilustran á los obreros sobre las cargas inherentes á la industria, y les hacen juzgar las alternativas aleatorias inherentes á toda empresa industrial. Espectáculo interesante sin duda ver un grupo de hombres que se consagran á un fin comun, animados del ardor que inspira la idea de que trabajan para sí, para sus mujeres y sus hijos; no pierden un momento, las máquinas siempre están preparadas; las herramientas sin rotura, ni imperfeccion de ningun linaje; las materias primeras que se pierden, reducidas al *minimum*; no hay ócios, no se destruye cosa alguna por negligencia ó por descuido; todos se vigilan mutuamente del modo más severo, y la potencia productiva de cada operario alcanza su *maximum*. Cuando á la asociacion manufacturera se une otra *de consumo*, el régimen alimenticio de los trabajadores se regulariza y se mejora; las sustancias nutritivas, sanas y abundantes, se compran á precios módicos; los gastos de conservacion se disminuyen, al mismo tiempo que se acrece la fuerza muscular de los obreros y que sus beneficios se aumentan; la sociedad puede reservar una parte de sus ganancias, constituir un capital, satisfacer las deudas contraidas; el proletario logra y consigue una pequeña propiedad <sup>1</sup>.

Para M. Schultze la inteligencia, el capital y el valor moral, son tres fuerzas que deciden la solucion del problema que hoy nace y se deriva del estado de las clases obreras; al lado de los elementos exteriores, capital, crédito, explotacion, debe procurarse siempre la existencia de elementos interiores, como la destreza, la instruccion y la moralidad. Todos reunidos aseguran el crédito á los *Bancos populares*, es decir, un descuento del trabajo que se realiza en lo porvenir: los medios de salvar los períodos críticos de la vida con las garantías colectivas de los mismos obreros.

Las sociedades cooperativas fueron recibidas con suma benevolencia y singular aplauso: algunos imaginaron que iban á transformar la industria, á moderar la competencia y á suprimir el salario por medio de una participacion en las utilidades de la empresa. Hubo utopistas que llegaron á creer se emanciparian los trabajadores del capital, osarian sustituir al empresario, y daban comienzo á una grande reforma social: preciso fué que H. Cernuschi escribiese su

<sup>1</sup> Alfonso Foy: *Ensayo sobre los princ. de la econ. polít.*, primer volumen, pág. 203.

ingenioso libro *Ilusiones de las sociedades cooperativas*. Como siempre acontece, no tardó en aparecer la reaccion, y se puso en tela de juicio que fuesen posibles, y que se debiera desear su existencia. Personas de grande autoridad han dicho: ¿cómo reemplazar al jefe de la empresa? ¿Por el gobierno de todos los operarios que voten sobre cada decision, que especulen, que administren, que dirijan y trabajen al mismo tiempo? Esa es la anarquía pura y sin artificios. ¿Elegirán un gerente? ¿Será revocable, y en qué plazo? ¿Qué gerente es ese asociado que tiembla sin cesar ante el juicio de sus pares? ¿Dónde está su independencia? Aunque supongamos que se halle revestido de poderes suficientes, ¿competirá con el empresario en la capacidad para los negocios? ¿Llegará á equivaler su adhesion, aunque se le remunere de un modo conveniente, pues prescindimos de la absurda hipótesis de la igualdad de los salarios, á ese enérgico móvil del interés personal en un hombre que compromete su reputacion, su fortuna y la fortuna de sus hijos? Álzase soberbio el espíritu de independencia; el amor propio no admite la desigualdad de las retribuciones sino por la severa disciplina del taller, y en la junta general es preciso que una mano de hierro comprima las pasiones para que la asociacion no sucumba.

Estas objeciones prueban que las sociedades cooperativas no pueden generalizarse, ni ser universales en el organismo de la industria. Para que se formen es menester que se congreguen trabajadores que sean probos, elijan uno de ellos que se aproxime al empresario por su capacidad, su destreza en dirigir la manufactura, en vender los productos y en organizar el taller, y que sea obedecido. Condiciones difíciles por cierto. Hé aquí por qué hay que volver las espaldas á la utopia: hé aquí por qué hay concurrencia de la sociedad contra la sociedad, como de la fábrica contra la fábrica: porque el empresario es aquí tambien imperioso y con latos poderes, porque hay salario en los obreros auxiliares que se agregan y no participan de los beneficios de la asociacion cooperativa, porque de éstas, todas aquellas de las últimas que no se han impuesto privaciones, que no han trabajado con vigor, que no han bajado la cabeza ante las leyes elementales de la produccion, han muerto, á pesar de las subyenciones del gobierno francés en 1848. No serán, pues, el anuncio de una revolucion, pero tampoco imposibles: recordemos el



significativo elogio que formuló Roberto Peel sobre los *Exploradores equitativos de Rochdale*: «que aquellos peones habían demostrado tener una verdadera capacidad para administrar sus negocios.» Somos del mismo parecer que Mr. Batbie: «La libertad hará de la cooperacion lo que debe ser, y sin destruir, ni aún conmover las formas naturales, con las que hoy se ejercitan los derechos respectivos de la propiedad y del trabajo, dejará que ocupe esta otra forma nueva, no más respetable que las demás, el lugar legítimo que le corresponde en el orden social <sup>1</sup>.»

No creemos que el legislador, por regla general, deba poner trabas ni ligaduras á las sociedades cooperativas. M. Casimiro Perier ha probado que en Francia hubiera sido imposible crear la asociacion de los *Exploradores equitativos de Rochdale*, porque los artículos 34 y 36 del Código de comercio prescriben que el capital de las sociedades mercantiles se divida en acciones trasferibles. La ley no permite que se emitan acciones ó cupones por un valor que no llegue á 100 pesetas, ni que se constituyan sino despues de haber entregado en caja la cuarta parte por lo ménos del capital suscrito. Estas disposiciones no rigen ya para las asociaciones de obreros. En 27 de Julio de 1867 publicóse una ley sobre sociedades de capital variable, con la que es posible fundar asociaciones obreras con escasos fondos y aumentarlos lenta y paulatinamente.

En Alemania las primeras franquicias quizá sufran menoscabo en virtud de las leyes de excepcion de 1877, que conciernen á las reuniones públicas y las que hacen previsoras distinciones en punto á los fines y organismo de las sociedades. El príncipe de Bismark quiere herir al socialismo donde quiera que oculte sus peligrosos planes, sus amenazadores medios de accion. No juzgaremos los designios del canciller del imperio aleman: séanos lícito no más advertir que el respeto que profesamos á la libertad de asociacion se entiende siempre y cuando las que se establezcan por los obreros cumplan los varios objetos que quedan reseñados en este estudio, es decir, no traspasen los límites económicos; que de otra suerte la ciencia cuidará de no cubrir y amparar con su escudo las que caen

<sup>1</sup> A. Batbie: *La cuestion de los salarios y de las buelgas*.—*Revista de Ambos Mundos*, vol. LXXIV, pág. 171.



debajo de la jurisdicción del derecho público, que las condena sin misericordia <sup>1</sup>.

El último esfuerzo de que vamos á tratar entre los que se encaminan á procurar el alza del salario, es célebre en la historia contemporánea, mas no se puede calificar de pura su fama, sino de funesta. Nos referimos á la *Asociación Internacional de trabajadores*. Su estudio es por todo extremo interesante: guerrera y política, rebelde y del orden industrial; fuerte por la union y la ley orgánica que la rige, débil por la discordia, por la utopia y por sus odiosos atentados, asombro de nuestros contemporáneos por sus planes medio velados todavía; anuncio y prueba de un estado social imperfecto y expuesto á grandes peligros, la sociedad á que nos referimos cabe y es provechoso nos sirva de enseñanza inolvidable.

Desde hace sesenta años en Inglaterra se organizaron las ligas de los oficios, *Trade's Unions*, cuyo objeto es múltiple: resistir al capital por medio de las huelgas, socorrer á sus miembros en caso de enfermedad, en la vejez, al emigrar á países extranjeros, etc. Sus fines son puramente prácticos: que la retribucion del trabajo sea mayor, que se mejore la situacion del obrero, hallando auxilios obligatorios en sus compañeros, y sostenerse contra los fabricantes como clase y poder: tales son sus propósitos. Comenzaron por aparecer aisladas, locales, desunidas; más tarde se entablaron entre las de uno y varios condados estrechas relaciones y vínculos espontáneos. Las hubo de tres clases: locales, de distrito y nacionales. En ellas, á primera vista, todo encanta: la libre eleccion de sus consejos

<sup>1</sup> Casimiro Perier: *Las sociedades cooperativas*, un folleto.—Anatolio Lemerrier: *Las asociaciones obreras*.—Pablo Rougier: *Las asociaciones obreras*.—C. Veron: *Las asociaciones obreras de consumo, de crédito y de producción*, 1865.—H. Cernuschi: *Ilusiones de las sociedades cooperativas*, 1866.—Julio Simon: *El trabajo*, páginas 335 y sig.—Mathieu: *Prefacio del comentario á la ley sobre las sociedades*, 1868.—El Conde de Paris: *Las asociaciones obreras en Inglaterra*, pág. 46 y sig.—Baudrillart: *La libertad del trabajo, la asociación y la democracia*, capítulos viii y ix, páginas 208 á 276.—Leroy Beaulieu: *La cuestion obrera en el siglo xix*, iii.—*Revista de Ambos Mundos*, vol. lxxxvii, pág. 405.—Sr. Madrazo: *Lecciones de econ. polít.*, primer vol., páginas 322, 325, 512, segundo vol., página 571.—Alfonso Foy: *Ensayo sobre los principios de la econ. polít.*, primer vol., pág. 194; 1878.—H. Rieder: *Cartas acerca de la cooperacion*.—J. Martin Olias: *Historia del movimiento obrero en el siglo xix*, *Revista europea*, vol. ii, pág. 429; vol. iv, pág. 241; volúmen v, pág. 241.

ejecutivos, nombrados por un año ó por un trimestre; sus delegados para resolver las cuestiones graves que surjan entre las várias de una provincia ó de un oficio, de política práctica, de empleo de fondos, de extension de los socorros á los asociados que los requieren, etc. Mas profundizando en su naturaleza y en los hechos que constan en la informacion parlamentaria iniciada en 12 de Febrero de 1867, se observa que se sobreponen ciertas personas á los electores, que influyen en ellos por temor y con promesas, que algunos miembros de los consejos ejecutivos disponen de la voluntad de los demás en las asociaciones locales, y que si con más inteligencia, con más celo por la causa de los obreros, no deja de disponer de su voluntad y de sus recursos una débil minoría en las de distrito y en las nacionales. Todo esto asegura Thornton, que mira la causa de las *Trade's Unions* de un modo muy favorable, al paso que Stirling las juzga imparcial, pero severamente <sup>1</sup>. Estas asociaciones, constituidas para la resistencia, para la huelga, se extendieron por toda Inglaterra y abrazaron los oficios de cada linaje, constituyendo una sociedad federativa, un cuerpo, por sucesivas adhesiones creado como el más célebre de todos, de los mecánicos, *amalgamated engineers*, que comenzó en 1851 y tenía en 1870 43,000 miembros, y cada año recibe en su seno dos ó tres mil adherentes. Las ligas de los oficios llevaron á cabo huelgas colosales, unieron estrechamente su suerte, y dilatándose á varios reinos, como la de los sastres de Lóndres, París, Berlin y Ginebra, prepararon ó abrieron las puertas para que surgiese la *Asociacion Internacional de trabajadores*. Thornton pretende que las *Trade's Unions* llevaron á cabo una sola y robusta congregacion de operarios que, sin destruir ni menoscabar el capital, al cabo de un siglo lo habrán vencido y sofocado. No es este el pensamiento de la *Asociacion Internacional de trabajadores*; pero algo semejante germina y procura tomar formas extrañas y culpables en la cabeza de los que la dirigen. Algunos creen que nació de los designios de algunos obreros franceses, de un golpe, sin raíces, sin lentas preparaciones, sin organizacion vigorosa y robusta; al paso que otros juzgan y opinan que se propusieron los ingleses impedir la

<sup>1</sup> Thornton: *On labour*, 1869, primer vol.: *Traduccion italiana*, 1875.—James Stirling: *On unionism*, primer vol.



conurrencia que por su baratura pudieran hacer los productos extranjeros, y alejar el peligro de que los patrones llamasen á operarios de fuera del Reino Unido, formulando las bases del *Pacto internacional* en 5 de Agosto de 1862 en «la taberna de los franc-masones» de Lóndres, en una fiesta que tenía por fin que la fraternidad fuese universal, y á la que fueron invitados los obreros á quienes el gobierno francés habia pagado un viaje de ida y vuelta á la Exposicion celebrada en aquel año para que completáran sus conocimientos técnicos y perfeccionáran su destreza industrial. Quizá en esta atrevida empresa se descubra la mano de Karl Marx, que desde que dió á la estampa su notable obra *El capital*, en 1867, lleno de fuego y de actividad, procuraba sin duda que se viese con claridad que el día de trabajo, la intensidad y su carácter más ó ménos productivo, se beneficiaban por el capitalista, puesto que bastaba al trabajador ménos cantidad de tiempo y un esfuerzo ménos intenso de lo que exige el capitalista para que pueda obtener su subsistencia, y el exceso se apropia injustamente por aquél, y llegar al logro del ideal que puede estimarse como la mira más importante del escrito singular de Marx: donde impera el sistema de la produccion que se funda sobre la propiedad de nuestro trabajo, y no sobre la expropiacion del trabajo ajeno, la poblacion es activa, independiente, laboriosa: América descubre al viejo mundo el gran misterio, á saber: que la produccion y la acumulacion de los capitales, y por consiguiente la propiedad privada de los mismos, forman las condiciones indispensables para anular y destruir la propiedad privada que se funda en el trabajo por el uso y la negacion de la propiedad de los trabajadores. Los dos sistemas son antitéticos, y puestos frente á frente, sucumba el postrero. La Asociacion Internacional no es como las *Trade's Unions*: éstas son puramente prácticas y se proponen el alza del salario: aquélla formula su palingenesia y su filosofía social, y sus proyectos son más extensos y ambiciosos: aspira á una revolucion en el régimen de la propiedad.

En 28 de Setiembre de 1864 fueron convocados los trabajadores ingleses para celebrar un *meeting* á favor de Polonia en San Martin-Hall de Lóndres, en cuya reunion se acordó el reglamento interino de aquella liga, en el que se formulaba el lema de *Verdad, Moralidad y Justicia*; el socialismo proclamado por la union que nos ocupa



ofrece la particularidad de que fija los ojos tan sólo en los obreros. Dilatóse en breve tiempo por varias regiones de Europa la nueva sociedad: el terreno estaba preparado por las *Trade's Unions* de Inglaterra, por las sociedades cooperativas, de prevision y de socorros mutuos. De Francia, la idea y el organismo de la Asociacion pasaron á Alemania, Bélgica é Italia. Agentes y enviados activos y resueltos, gran número de diarios propagan sus doctrinas y procuran aumentar el conjunto de sus socios. En 1866 se acordaron en Ginebra sus estatutos y reglamentos definitivos. Parecia que un estado de Europa debía librarse, por su escaso desarrollo industrial, de tan temible huésped; pero no ha sucedido así. En Rusia el carbonarismo y la revolucion fueron importados por los regimientos de Alejandro I: el socialismo halló eco entre los *tchinowsniks* (empleados públicos) y los hijos de los *popes* (sacerdotes). Despues de algunas tentativas republicanas, apareció Bakounine, que se hace llamar *El bárbaro del Norte*; condenado á muerte, surcadas sus carnes por el látigo, y encadenado en el fondo de una galería subterránea en Nertchinsk, este hombre terrible sobrevivió á la tortura, rompió sus cadenas, se escapó de la cárcel, y llegó desde la Siberia á la Suiza á pié, mostrando su espalda ensangrentada por los latigazos. Entónces comenzó á enseñar á oyentes atónitos la revolucion social: él fué quien primero se atrevió á decir: «En Rusia todo está podrido. La dinastía está enervada por la arbitrariedad: la nobleza es disoluta y servil; el sacerdocio se embriaga y gusta de la rapacidad; la administracion se halla compuesta de bandidos y ladrones. Nada de reformas; un escobazo general. ¡Mueran la religion, las distinciones sociales, la propiedad, la familia; y puesto que el edificio del mundo ruso es una cloaca inmensa, aniquilémosla de un solo golpe, aunque perezcamos entre sus escombros. Detrás de nosotros vendrá una generacion nueva que pensará en levantar algo.» Desde este punto tuvo muchos adeptos en Rusia la *Asociacion Internacional*: Bakounine abrazó su causa, y creyó ver en la Europa, minada por los obreros, un auxiliar poderoso para sus proyectos. Los ingleses, en tanto, se dejaban influir por Karl Marx, no tan apasionado y elocuente como su émulo, más instruido, con un talento más organizador y más profundo, y que queria conducir la sociedad universal de los obreros á absorber la propiedad y á colocar en sus manos

el capital de los tiempos futuros. Los dos jefes tenían miras opuestas: el primero anhelaba destruir, hacer pedazos el mundo moral y material, y de sus menudos fragmentos que surja la propiedad colectiva; el segundo pretende reformar la sociedad más despacio, y al propio tiempo darle una organización en la que dominen los trabajadores. En 1866 se celebró el primer Congreso en Ginebra, y en él se manifestaron dos tendencias, una de los mutualistas franceses, que seguían las inspiraciones de la doctrina de Proudhon, y otra de los delegados comunistas de Inglaterra y Alemania. El segundo Congreso se reunió en Lausana en 1867, y el tercero en Bruselas en 1868. En 1869 verificóse el cuarto en Basilea, y los anarquistas Bakounine y su discípulo Netchaïef triunfaron de Karl Marx y de los socialistas autoritarios. En 1870 se había convocado el quinto en París. La guerra impidió que se celebrara. La anarquía y los terribles sucesos del municipio de París en 1871, se cree fueron dirigidos por la comisión ejecutiva de la *Asociación*; por lo ménos es cosa probada su complicidad. Después de la rebelión de París, el Consejo de aquella, no sólo aprobó cuanto el municipio había hecho, no sólo le consideró como la primera manifestación del gobierno de las clases obreras, sino que se atrevió á decir que los nombres de los individuos del municipio y su historia entera quedarían grabados en el corazón de todos los trabajadores como una grandísima gloria y un ejemplo digno de imitar. Así lo han consignado en un documento público en Inglaterra. En 1872 tornaron á discutir en pública junta los adeptos de la *Asociación Internacional*, en la que Karl Marx y sus partidarios quedaron victoriosos y expulsaron á Guillaume y Malon, defensores de Bakounine. La temerosa liga se dividió en dos grandes fracciones, una dirigida por Marx y por el Consejo general de Londres, compuesta de las federaciones inglesa, alemana, ginebrina y americana, y otra, cuyo jefe era Bakounine, constituida por belgas, italianos, españoles y suizos del Jura Bernés. La primera, reunida en un Congreso en Nueva-York, decretó la disolución de la última, llamada *Jurásica*; en vano, puesto que cada una celebró su Congreso en Ginebra al mismo tiempo en 1873. La sétima junta se llevó á cabo en Bruselas en 1874; después la Asociación ha velado su nombre, mas sus adeptos han tomado parte en numerosas *reuniones de obreros*. Su acción funesta y destructora



dejóse sentir en los Estados Unidos; los anglo-americanos habian hecho algunos esfuerzos para reunir á las sociedades obreras, mas sin resultado; como el de la *Union del trabajo nacional*, nacida en 1866 en Baltimore, y la *Liga del trabajo*, cuyo centro se halla en Washington, que, tímida é irresoluta, no ejerce apénas influencia. Sólo adquirió importancia la *Federacion Internacional*, fortalecida por los obreros ingleses que, disgustados del éxito de las huelgas en su país, buscaban una region á propósito para llevar á cabo sus proyectos, y obtuvo la adhesion de muchos prosélitos: tiende á extenderse por todo el territorio, y procura que formen causa con ella las *Trade's Unions* americanas, sin absorberlas, puesto que les deja su existencia independiente, mas para comunicarles un impulso comun. En efecto: su accion y sus doctrinas aparecen claramente en la huelga de los ferro-carriles de 1877, que hemos descrito en otro lugar de este libro. Ella convocó varios *meetings* en Cincinnati para asociarse á la suspension de los trabajos, y para protestar contra la intervencion de la autoridad federal en la lucha. Sus acuerdos en San Luis de Misuri fueron los siguientes: «Considerando que los obreros de los caminos de hierro se han alzado en masa para reclamar sus justos derechos: considerando que el gobierno de los Estados Unidos se ha puesto de parte del capital contra el trabajo; resolvemos que el partido de los trabajadores se una de todo corazon á los empleados de los ferro-carriles que se esfuerzan para obtener una justa y equitativa remuneracion de sus afanes, y acordamos que los sostendremos en esta lucha del trabajo contra el robo y la opresion, sean las que fueren las consecuencias, y hasta el último extremo.» La comision suprema de la sociedad Internacional, que reside en Chicago, dirigió una circular á todas las locales, excitándolas á que prestasen apoyo á los huelguistas, y así se hizo: los mineros de Pensilvania suspendieron sus trabajos, cesando en sus tareas de 60,000 á 80,000 hombres, por sugerencias de aquel cuerpo. Una vez más probó su influjo en aquellos graves sucesos el *meeting* de Nueva-York de 25 de Julio, en que pronunció un discurso Desmarests, miembro del municipio de París, y los acuerdos se tomaron en armonía con el programa de la *Internacional*.

En estos últimos años diríase que prevalece la manera de pensar de Bakounine; al indicar esto aludimos á los atentados del *nihilismo*



*ruso*; sabido es que hay la creencia de que á esa temerosa y nunca vista rebelion no ha de juzgarse como ajena la demagogia europea, y el órgano de la que afilia y estrecha la union de los obreros. La Rusia estaba dispuesta por desgracia, por los trabajos de Hertzen, Bakounine, Engelson, Wyrouboff, Netschaïef y otros, que desde el destierro han contribuido á propagar secretamente en el imperio moscovita, con libros, periódicos, folletos y cartas, el plan de una revolucion europea, en la que unan y enlacen el Oriente y el Occidente. Afírmase que el consejo supremo del nihilismo reside alternativamente en Lóndres y en Suiza, en contacto y consorcio quizá con la *Internacional*; entre los estudiantes de los liceos y Universidades, entre los obreros y el pueblo, está extendido el socialismo, y bien que no haya de confundirse á los nihilistas con los adeptos del primero, lo cierto es que hoy se unen estrechamente unos y otros, y no se estorban ni embarazan en sus culpables proyectos.

■ Pasemos á exponer las doctrinas de la Asociacion Internacional. Comenzó en su primer Congreso por declarar que el dia de trabajo debia durar ocho horas, proscribir el de noche y el de las mujeres, por ser causa de degeneracion, así como tambien el excesivo de los niños. Se acordó invitar á las *Trade's Unions* á que se afiliáran á la sociedad, para que procediesen sin antagonismos; la reunion se opuso á los impuestos indirectos, deseando que quedasen sólo los directos: fué de parecer que debia establecerse el crédito internacional bajo la base de una federacion de todos los Bancos de obreros, que más tarde se trasformára en la unidad. Se estigmatizaron los ejércitos permanentes, demandando en su lugar el armamento del pueblo, y concluyeron por proponer que se estudiase la manera de hacer universales los socorros mútuos. Hasta aquí no vemos más que una preparacion: el plan y la mira de unir estrechamente á los trabajadores, y con medios utópicos darles el poder y la fuerza. En el segundo Congreso se procuró que las ligas de oficios aplicasen sus fondos á crear sociedades cooperativas de produccion, como el elemento más propio de sacar provecho del crédito que ahora otorgan los obreros á la clase media y á los gobiernos. Se intentó desvanecer todo temor de que surgiese un quinto estado, más pobre todavía que el cuarto, puesto que en la produccion moderna se fusionan en grande escala los esfuerzos individuales: se decidió que en el estado actual de la

:

industria, que es el de guerra, se deben apoyar mutuamente los obreros para defender su salario, aunque el fin supremo de su emancipacion sea suprimir el salariato: acordóse que se adoptára la enseñanza fonográfica para hacer más breve la instruccion, se simplificase la ortografía, tendiendo á una lengua universal; que toda instruccion religiosa debe borrarse de los programas de enseñanza. Se tomó el acuerdo de que el Estado no debe ser más que el ejecutor de las leyes votadas por sus miembros, y es provechoso adquiera la propiedad de las vías de comunicacion, á fin de anular el monopolio que las grandes compañías poseen en daño de los obreros, y, por último, que la emancipacion social de los operarios es inseparable de su emancipacion política. Nótese que se hacen en la segunda vez que estos se congregan más claras y más definidas declaraciones. Se señala el carácter irreligioso de la *Internacional*, se quiere la guerra contra el empresario, el aumento de jornales, y robustecer la fuerza del Estado, para que humilde y dócil obedezca á los obreros. Se inicia, en suma, una revolucion social.

Despues, en los años siguientes, la faz que presenta el cuerpo que nos ocupa es mas torva y sombría. Declaráronse legítimas y necesarias las huelgas, y que convenia establecer en cada federacion un consejo de árbitros que resuelva sobre el momento en que deben comenzar. Se resolvió que las máquinas deben pertenecer á los obreros, y que sólo lograrán obtenerlas sin el concurso de las sociedades cooperativas y del crédito mútuo; que en el ínterin no se introduzcan las dichas invenciones y mecanismos en los talleres, sin las garantías necesarias para compensar el daño á los trabajadores; que pasasen á ser colectivas la propiedad, las vías de comunicacion, los buques, las tierras y las minas; que la sociedad tiene el derecho de anular la propiedad individual de la tierra y prescribir que torne á ser comun, como lo era en su origen, y por ser aquella resultado de la violencia y usurpacion, y aunque primero fué objeto de empeñada controversia y dudosas votaciones, al fin se decidió la abolicion de la herencia, y que la religion quedase como una materia sujeta al criterio individual y ajena á las resoluciones de la comunidad. Por último, ha manifestado que niega el sentimiento de la patria en aras de la solidaridad universal, y que intenta reducir los poderes del Estado á simples funciones administrativas.



Las tendencias de la máquina de guerra que historiamos se hallan expuestas con lucidez en un escrito anónimo que circuló en París en 1870, al tiempo que producía viva sensación la huelga del Creuzot. En ese papel leemos: «Todos los obreros de París tienden más y más á formar una vasta federacion de trabajadores organizados jerárquicamente y guiados por un verdadero ministerio responsable, encargado de resistir al capital y de hacerle concurrencia. Se han servido del derecho de reunion para reconstituir sobre nuevas bases las corporaciones feudales de los gremios que 1789 habia abolido, á fin de entregar á los trabajadores atados de piés y manos al feudalismo rentístico... Léjos de odiarse como los antiguos gremios, las nuevas corporaciones se dan las manos y tienden á realizar un vasto plan de federacion obrera, representada por un verdadero parlamento de operarios... Su fin no es obligar á una transaccion al capital, sino excluirlo y sustituirlo con el propio de la federacion obrera... Se puede decir que por ahora se ha cerrado la era de las huelgas. La federacion obrera se replega, ahorra y se organiza. Para ella, como para todo gran cuerpo militante, la libertad no puede estar más que en la disciplina. Esa federacion procura acumular los beneficios que un gran número de ávidos especuladores realizan á expensas del obrero aislado y sin defensa.» Procura la huelga sin linaje de duda la *Internacional*, y las más vastas, las más perjudiciales han coexistido con esta sociedad: pero no es su ideal, ni su fin: por esto pudo afirmar Varlin que no admite la huelga en principio, y al congreso de Bruselas fué dable aceptar las conclusiones de Brismée: «que la huelga no es un medio de emancipar completamente al trabajador, pero sí una necesidad, en la lucha dé hoy entre el capital y el trabajo, la que debe someterse á ciertas reglas, segun las condiciones de organizacion, oportunidad y legitimidad.» No es la suspension de los trabajos fabriles el objeto de la funesta liga que nos ocupa: destruir el mundo de la sociedad y de la industria actuales, comenzando por apropiarse los obreros el capital, las herramientas del trabajo, los bienes inmuebles; dictar la ley en nombre de un nuevo gobierno, constituido por los prohombres de los gremios, de suerte y manera que el derecho de propiedad se derive del trabajo manual, si triunfase. Karl Marx, y no sabemos qué amalgama de monstruosos elementos,



si venciesen los discípulos de Bakounine. ¡Qué terrible ensueño! ¡y sin embargo, esas son las tendencias de la *Internacional*! ¡Sus jefes lo han dicho; sus manifiestos y sus periódicos lo han proclamado; sus oradores así lo han dejado entrever á nuestro espíritu atónito! Diríase que no se trataba de la historia contemporánea, sino más bien de alguno de esos sucesos inexplicables de la historia de Oriente, del vicioso y descreído imperio romano. Salvo el que se descubre en esa rebelion un carácter industrial y de la industria libre, de sus flaquezas y de las pasiones que despierta, encontramos semejanza entre esa conspiracion y la de Catilina; en esa guerra y la de los esclavos de Espartaco; en esa desolacion y las de la *Jacquerie*; en esa lucha y la de los *aldeanos alemanes*; convulsiones del ódio, de los deseos sin nombre, de las almas ulceradas, de las ideas falsas, burladoras y materialistas: en nuestro tiempo hay tambien su fanatismo; el fanatismo de la ciencia, de la política, de nuevas organizaciones, de placeres y existencias desconocidas, que no pueden concluir más que en sangre y riquezas destruidas en el surgir de las combinaciones vagas y caprichosas que fantasean los ciegos de entendimiento, á quienes domina y avasalla!

Para completar este estudio reseñemos de un modo sumario la organizacion de la *Internacional*. Los obreros de cada localidad se agrupan, ora pertenezcan ó no los afiliados al mismo oficio; este núcleo rudimentario se llama *seccion*, y se rige por una *comision local*. Las várias secciones de una zona ó territorio se adunan para formar una *federacion*, y eligen un *consejo federal*, que se constituye por los delegados de cada seccion, y sirve de centro á todas ellas en sus trabajos, en sus intereses y en las noticias que les comunica. La *seccion* tiene el derecho de enviar á sus expensas un representante á los *congresos* en que se delega la suprema autoridad legislativa, y la potestad de dirimir las contiendas jurídicas que existen entre los asociados; nombra anualmente las personas que deben componer hasta la próxima asamblea el *consejo general*, y señala el punto de su residencia.

El *consejo general* es el poder ejecutivo de toda la asociacion, cuyo deber consiste en dar cumplimiento á los acuerdos del Congreso que lo ha designado, teniendo como peculiar atribucion hacer los preparativos necesarios para que pueda reunirse el inmediato, cuyo

programa debe redactar y hacer circular á las secciones. Para atender y cubrir los gastos que originan las asambleas y las huelgas, los afiliados satisfacen tres cuotas fijas. La primera es un derecho de entrada de 50 céntimos y 10 céntimos anuales, cuyas sumas ingresan en el tesoro del consejo general: la segunda se reduce á 10 céntimos mensuales, que pertenecen á la caja de la federacion; la tercera no asciende más que á 5 ó 10 céntimos, que percibe la seccion. Además, hay un impuesto de índole voluntaria que se denomina *caja del sueldo*, y asimismo tienen el carácter de voluntarios los repartos que el *consejo federal* vota para subvenir á las impensas de su gestion y para que no quede vacía su *caja de resistencia*.

No parece dudoso que el influjo de la *Internacional* se ha extendido á cuantas crisis y revueltas del orden económico y social han agitado la Europa hace diez y seis años. Su mano culpable y atrevida ha empujado las masas, harto dóciles por desventura, á declarar y sostener huelgas colosales, á exacerbar las opuestas voluntades y las disensiones apenas nacidas, á hacer más graves, más profundas y más peligrosas las consecuencias de la guerra y de la política. Así ha sucedido despues de la lucha entre Francia y Alemania en 1871; así en el malestar económico de los Estados-Unidos por las divisiones intestinas y el empobrecimiento del Sur en 1877; así, en fin, en la conmocion del imperio moscovita, ansioso de libertad, en 1879. La *Internacional* asoma su lívida cabeza donde quiera que es posible causar una herida á nuestro modo de ser social y económico. Siempre en acecho, con la vista fija en los sucesos que ocurren, y sobre todo en los que pueden engendrar, es un enemigo que amenaza á nuestra sociedad en los dias de desgracia.

No están conformes los autores sobre la naturaleza y gravedad de los peligros de que es causa y origen. Para unos, no los ha habido nunca mayores, ni más dignos de atencion; para otros, corren parejas con los que han existido en otras épocas, y su terrible grandeza de todas suertes se ha desvanecido ya, por la division de sus jefes, por los deseos y aspiraciones inconciliables de sus afiliados, y porque la utopia en los hechos reales tiene no más que un imperio pasajero, como enseña la historia. Los postreros muestran la debilidad de su organizacion, el disgusto que sienten los obreros ingleses hácia los planes de violencia y revolucion social de los alemanes y franceses,



y abrigan la confianza de que la sociedad, las clases medias y elevadas, tienen medios bastantes para defenderse y triunfar. La *Internacional* no es dable realice la unidad á que aspiraba en la direccion y fines á que pretendia conducir, la estrecha union de los trabajadores de ambos mundos. En el órden político, vivimos en esa condicion que encierra grandes riesgos y es origen de grandes dificultades, y que Thiers calificó de un modo singular llamándola *la paz armada*: lo mismo sucede en la industria, como ha dicho Leroy-Beaulieu; nuestro órden, nuestro reposo, el movimiento regular de nuestras manufacturas, son inciertos y eventuales: hay que trabajar y combatir: manera de ser angustiosa y poco razonable, y signo evidente de que atravesamos un período crítico.

¿Qué derechos concederemos al Estado respecto á esa célebre asociacion? De notar es, en primer término, que aparece pública y secreta. El primer carácter se vé en ella por sus acuerdos, por sus doctrinas, por sus publicaciones: el segundo, porque nadie puede decir cuáles son las misteriosas deliberaciones, los fines ocultos del consejo general; nadie que gestionaba para que se llevasen á cabo los sucesos del Municipio de París, ó los del nihilismo en Rusia: de suerte que á ella se extienden y se halla comprendida por su naturaleza compleja en las leyes referentes á las sociedades secretas, pero aunque así no fuese, aún juzgada por sus actos y declaraciones públicas, habrá de estimarse que es grandemente condenable; sus planes como su organizacion, sus fines como los medios de que se vale, merecen severo castigo. Llano es que procura anular el órden y las leyes fundamentales de los pueblos modernos, y es asimismo cierto que no se concreta á una simple exposicion de sus ideas y á una mera enseñanza de sus doctrinas. El Estado, como institucion que dirige y realiza el derecho, como órgano de ese haz de fuerzas morales y de enlazados y vivos organismos de cuyo seno nace y en que se vigoriza, como aspiracion ideal y cumplimiento real de ese conjunto de manifestaciones de la vida que unen y continúan lo presente en lo porvenir, no debe tolerar que sufran menoscabo en su integridad, los elementos que se requieren para el desenvolvimiento de la sociedad civil y de su cultura, y debe prohibir y castigar cuanto de algun modo intente menoscabar y menoscabe lo que con términos calculados y precisos, hemos puesto de relieve á la vista de nuestros lectores. No se hable



de la libre discusion de las ideas, del profundo respeto que merecen las manifestaciones del espíritu humano, puesto que, aún en el supuesto de que el principio sea verdadero, fuera menester que las peculiares de la *Internacional* se encerrasen en los límites de su exposicion ideal, lo cual es sabido que no acontece. Mas no basta reprimir, siquiera la represion valga y signifique mucho si sus formas no aparecen opuestas á la justicia, es preciso fundar y establecer nuevas y vigorosas instituciones. La revolucion destruye, arranca del espacio en que se propone desplegar sus combinaciones quiméricas, las plantas saludables que en él estaban arraigadas; los que no seguimos sus pasos, conviene que procuremos oponer á sus proyectos, organizaciones vivaces de los elementos que existen. La sociedad de los siglos medios y la del xvi tenian sumo vigor para resistir y vencer; si por la nuestra se hubieran modelado, habrian perecido: nuestras harto rápidas reformas acaso merezcan favorable juicio, mas ya que tan áspera y enérgicamente se lucha contra ellas, necesario será oponer algo más que la ley y la fuerza que la sanciona y hace cumplir. Para atajar los pasos de los obreros rebeldes se trata de prolongar los contratos de arrendamiento de obras, la participacion de los trabajadores en los beneficios de la empresa y el salario á destajo ó por pieza: por dignos de encomio y de favor deben estimarse estos remedios, por más que no puedan aplicarse en general, ni dejen de ofrecer serias dificultades, como veremos en el capítulo siguiente: en el orden científico toda controversia, todo antagonismo habria de cesar si se procurase cumplir la ley que señala Thünen, que ya manifestamos al final del capítulo primero, tendríamos ocasion de justificar, como ahora juzgará el que leyere. Si el salario representase exactamente el coste de produccion del trabajo, y si correspondiese una parte del interés del capital proporcionado á la creacion de ese capital mismo, que se debe á los obreros desde el punto en que separamos del tiempo total de la produccion el preciso para producir sus subsistencias, en justicia y razon no fuera dable que pidiesen otra y diversa parte de las riquezas que nacen de la industria <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Sobre la *Asociacion Internacional de trabajadores*, véanse: Oscar Testut: *La asociacion Internacional de trabajadores*.—Dunoyer: *Organizacion de la sociedad Internacional de*

trabajadores.—Villetard: *Historia de la Internacional*.—Fribour: *La asociacion Internacional de trabajadores*.—Guerra de los comunistas de Paris, por un oficial de elevada graduacion del ejército de Versailles.—Pressensé: *Las lecciones del 18 de Marzo de 1871*.—Leroy Beaulieu: *La cuestion obrera en el siglo xix*, II, *Rev. de Amb. Mund.*, vol. 86, pág. 946.—Discusion en el Congreso de los diputados con motivo de una interpelacion del Sr. Jove y Hevia: *Diario de las sesiones* de 27 de Octubre à 6 de Noviembre de 1871.—Sr. Coll y Masadas: *Princ. de econ. polit.*, páginas 457 y 469.—Sr. Madrazo: *Lecciones de economia polit.*, II vol., pág. 93; III vol., páginas 653 y 656.

## CAPÍTULO VII.

SUMARIO: *Historia de la retribucion del trabajo.—El Oriente.—El Egipto.—Sus leyes en punto á la industria.—Conjeturas.—El salario real.—El pueblo hebreo.—Prescripciones mosaicas.—Atenas.—Ley de Solon contra la ociosidad.—Hombres libres obreros.—Salarios.—Su proporcion con los de nuestros tiempos.—Roma.—Jornal por término medio.—Edicto de Diocleciano sobre tasas.—La Edad Media.—Orígenes del salario.—Retribucion más elevada que en Roma.—En los gremios.—Su corta entidad en el siglo xiii.—Alza en el siglo xv.—Sus causas.—Influjo de la baja del valor del dinero.—Los jornales en las centurias xviii y xix.—Reflexiones generales.—El trabajo por pieza ó á destajo.—La participacion en los beneficios.*

Se completan los estudios que es dable hacer en punto al salario, indagando en su historia los cambios por que ha pasado, los hechos que han contradicho sus leyes, por qué pasos y términos aumenta su importancia en la Edad Media, sin correr parejas con la que ha adquirido en los tiempos modernos, y qué datos estadísticos muestran su estado actual y sus progresos. De esta reseña y ensayo que vamos á intentar, resulta tambien la ventaja de que se logra refutar algunos errores, cuyas consecuencias pudieran ser graves.

En el Oriente la industria estaba sujeta al yugo de la autoridad, en virtud de los decretos de ésta se distribuian las riquezas, y la recompensa del trabajo debía nacer de la apreciacion del sacerdote. Segun las leyes de Manú, la casta de los vaysias se consagraba al cultivo de los campos, á la industria y al comercio. La casta postrera, la de los sudras, destinábase á los trabajos más rudos y menospreciados; dudamos mucho que pudiesen discutir el precio de sus esfuerzos <sup>1</sup>, y nos consta que el producto de los campos constituia

<sup>1</sup> Dumesnil-Marigny: *Hist. de la econ. pol. de los pueb. ant.*, 1 vol., pág. 50.



un fondo comun, en el cual tenía su parte cada individuo de la raza dominadora, de suerte que, no pudiendo acrecentarse la riqueza individual, la falta de estímulo impedía los progresos de la industria. De ese fondo se sacaba la porcion del carretero en 8.º lugar, del alfarero en 9.º, del lavandero en 10.º, del barbero en 11.º, y del platero que hacía los adornos para las mujeres, en 12.º, y entregada á éstos su fraccion, cada uno, sin otro obstáculo, podia disponer de lo restante de su haber <sup>1</sup>. La ley obligaba al hijo á seguir la profesion del padre. Los indios sentian un supremo desprecio respecto á los curtidores y á los zapateros, y generalmente respecto á todos aquellos que hacian trabajos en pieles; la causa de esto se descubre en que se juzgaban como impuros los despojos de los animales, y que comunicaban su impureza <sup>2</sup>. La retribucion de estos oficios debia ser muy corta, por la necesidad en que se veían los que los profesaban. Toda tierra dada en arrendamiento producía una renta, que se repartía por mitad entre el propietario y los cultivadores. El salario era real, consistía en productos, porque no se usó la moneda hasta despues de la conquista de Alejandro; el oro, la plata y el cobre se pesaban, y eran considerados como mercancías.

En el Egipto, Amasis dictó una ley que obligaba á los súbditos á que declarasen todos los años los productos de su industria, condenando á muerte á los que viven con medios que reprueban las costumbres ó la justicia <sup>3</sup>, es decir, la vagancia, la mendicidad ó algun género de corrupcion. Otra ley exigía que el hijo abrazase la profesion de su padre, prescripcion que elogia Diodoro de Sicilia, porque así los obreros no se distraen de la aplicacion con que habrán de dedicarse á su arte. En las demás partes, añade, vemos á los artesanos distraidos, sea por ideas nuevas, sea por amor del lucro, ó incapaces de fijarse en el oficio que les es peculiar, mezclarse en dos ó tres géneros de industria <sup>4</sup>. Sospechamos que la recompensa consistía en un cambio de productos, en un salario real, puesto que el taller se componía, sobre todo, de padres é hijos. Tenemos además

<sup>1</sup> Cantú: *Hist. univ.* 1 vol., pág. 148.

<sup>2</sup> Dumesnil Marigny: *Hist. de la econ. pol. en los pueb. ant.*, 1 vol., pág. 54.—Dunker: *Hist. de la ant.*, III vol., pág. 116.

<sup>3</sup> Herodoto, II, párr. 77.—Diodoro, I, párr. 77.

<sup>4</sup> Diodoro, lib. I, segunda parte, cap. LXXIV.

otras dos razones: la primera, es que si hemos de creer á Sófocles, en Egipto las mujeres tenían el imperio del hogar: «En Egipto, dice, se han trocado los papeles de ambos sexos: miéntras el hombre encerrado en casa teje y hace ciertas labores, ellas se encargan en lo exterior de todos los negocios, de la compra de las primeras materias y la venta de los productos fabricados <sup>1</sup>.» Lo mismo escribe Herodoto. Esta condicion del hombre se concibe muy bien desde el punto que su retribucion nace de una permuta ó de enajenar sus manufacturas. El segundo motivo que nos mueve á pensar así nace de que Diodoro afirma que los labradores no eran más que los colonos del Rey, de los sacerdotes y de los guerreros, y que se les dejaba por precio de su trabajo una parte de la renta que producian <sup>2</sup>. Véase cómo encontramos un caso de salario real. Descubrimos otro en las grandes obras que mandaron construir los Reyes. Para levantar de sus cimientos las pirámides, el laberinto, etc., se reunieron millares de hombres libres, que fué preciso sustentar y vestir: esta fué su recompensa por la vía de la autoridad.

Los hebreos forman un pueblo consagrado á apacentar rebaños y á labrar la tierra: las artes fabriles les causan enojo y menosprecio; sin embargo, hubo en Judea algunos oficios hereditarios: de otros, sin mencionar este carácter, nos habla la Escritura, como Beseleel, de la tribu de Judá, y Ooliab, de la tribu de Dan, que sabian trabajar en plata, oro, bronce, mármol, gomas y maderas, y que hicieron en el desierto el Tabernáculo y los vasos sagrados <sup>3</sup>. El legislador recomienda para el hebreo, á quien la miseria obliga á hacerse esclavo, que los dueños no abusen de su poder sino que lo traten como un colono, como un mercenario <sup>4</sup>. Prescribe tambien que no separen sus ojos de los servidores que han sido útiles como un mercenario <sup>5</sup>. El dueño de la tierra pagaba, pues, merced á los cultivadores, y el industrial á sus obreros. Creemos que uno y otro señalarian la suma de dinero que tuviesen por conveniente, y el trabajador se sometiera á su designio. En el Evangelio, segun San Mateo, el

<sup>1</sup> *Edipo en Colona*, verso 352.—Herodoto, lib. II, cap. xxxv.

<sup>2</sup> Diodoro, lib. I, párr. 73 y 74.

<sup>3</sup> Éxodo, cap. xxxi, vers. 2.

<sup>4</sup> Levítico, cap. xxv, vers. 39-41.

<sup>5</sup> Deuteronomio, cap. xxv, vers. 18.

Mesías nos habla de varios jornaleros contratados para trabajar en una viña, unos al amanecer, otros á la hora de tercia, sexta, nona y vísperas. Los últimos estaban ociosos, porque nadie los llamara para que trabajasen por jornal. El amo mandó á su mayordomo que les diese un denario <sup>1</sup>. Juzgamos que Nuestro Señor Jesucristo tomaria este ejemplo de los hechos que ocurrían cuando se dignó bajar de los cielos.

En Atenas, Dracon promulgó una ley prohibiendo la ociosidad; se cree que la pena impuesta no era la de muerte. Solon mandó que trabajasen todos los atenienses, bajo la sancion de una multa las dos primeras veces que cometiesen el delito, y de la infamia la tercera <sup>2</sup>. La esterilidad del Ática impulsó sin duda al legislador á que exigiese de sus habitantes que supliesen con su industria lo que la naturaleza les negaba. «No miramos como una vergüenza la pobreza, decia Pericles; sí como una infamia no trabajar para salir de ella <sup>3</sup>.» Pisístrato, cumpliendo el precepto de Solon, ofreció á unos ociosos que se paseaban por la plaza pública, granos para sembrar, y una bestia de carga para labrar <sup>4</sup>. La ley á que nos referimos regía en tiempo de Herodoto; su sabiduría impidió que se derogase. Menester era abrazar una profesion ú oficio, y estaba prohibido ejercer dos á un mismo tiempo. Demóstenes dice que la pobreza obligaba con frecuencia á las personas libres á dedicarse á los trabajos de las manufacturas <sup>5</sup>. Vemos, con efecto, que Diógenes Laercio refiere que Cleanto fué citado en justicia para que manifestase de qué vivía; él llamó como testigos á un jardinero, en cuya casa sacaba agua de un pozo, y á una vendedora para quien trituraba la harina; fué absuelto por el Areópago, que le mandó dar diez minas. Ateneo indica que en su juventud los filósofos Menedemo y Asclepiades ganaban dos dracmas—una peseta 84 céntimos—trabajando de noche en un molino <sup>6</sup>. Jenofonte cita un empresario que

<sup>1</sup> Evangelio segun San Mateo, cap. xx.

<sup>2</sup> Plutarco y Diógenes Laercio: *Vida de Solon*, y Larchero sobre Herodoto, vol. 1, pág. 515.

<sup>3</sup> Tucídides II, párr. 40.

<sup>4</sup> Eliano: *Hist. div.*, IX, cap. xxv.

<sup>5</sup> *Contra Eubulides*, pág. 889.

<sup>6</sup> IV, pág. 65.



tuvo siempre 1,000 obreros en las minas, y les daba un óbolo—15 céntimos—por día; otro que reunió 600 esclavos, que le producian diariamente una mina de plata, es decir, que se alquilaban los siervos <sup>1</sup>. En tiempo de Aristófanes, un peon que trasportaba barro obtenia 4 óbolos—60 céntimos;—un barrendero de las calles, 3; un picapedrero en las canteras públicas, 6; un carpintero, 5; por poner los techos, hacer y colocar los andamios, cada trabajador, 6; el arquitecto que dirigió la construccion del templo de Polias fué retribuido con 6; el amanuense, 5 <sup>2</sup>. Luciano señala tambien 3 óbolos como jornal en tiempo de Timon, de un labrador ó de un jardinero en una propiedad léjos de Atenas <sup>3</sup>. Cuando Ptolomeo envió á Rodas, para reparar los daños causados por un temblor de tierra, 100 maestros de obras y 350 peones, les dió para su remuneracion 14 talentos por año, ó sea 3 óbolos por día y por cabeza <sup>4</sup>. Boeck observa que no podia ser más que una parte de salario tratándose de hombres libres, puesto que no bastaba para satisfacer sus necesidades. Nótese que en Grecia existia, como en nuestros tiempos, un jornal, el pago de un día de trabajo para los hombres libres, y que era bastante uniforme, á excepcion de las labores de las minas. El mayor número de manufacturas producian sólo en virtud de los esclavos, que debian hacer grande concurrencia á los numerosos obreros libres de que habla Demóstenes: tambien estaban obligados á ocuparse en algo los metecos. Parece deducirse de lo que narran Aristóteles y Polibio, que la destreza ó la dificultad de los oficios eran mejor remuneradas. No se olvide que las obras y artefactos de Atenas tenian un sello de singular elegancia, un carácter artístico que debia ofrecer dificultades y cierto aprendizaje.

Los eruditos han cuestionado sobre si el salario de Grecia era ó no, poco más ó ménos, como en nuestros tiempos. Fabroni, que fué uno de los sabios que contribuyeron á establecer el sistema métrico, asegura que el precio del día de trabajo en la Grecia venía á ser,

<sup>1</sup> *Rentas del Alica*, pág. 925.

<sup>2</sup> Cita de Aristófanes, por Pollux, vii, 29 sect. 133.—Boeck: *Economía política de los atenienses*, primer volúmen, pág. 165.

<sup>3</sup> Timon, iv.

<sup>4</sup> Polibio, vi, párr. 89.

como el de Toscana en 1804, por término medio, 70 céntimos <sup>1</sup>. Dureau de la Malle, á quien este aserto pareció al principio una paradoja, despues de haber reunido y comparado los textos, juzga que es evidente <sup>2</sup>. Cantú opina que los salarios eran sumamente bajos ó cortos, atendiendo al número de los esclavos y de los metecos: aduce como pruebas los cuatro óbolos del labrador, del jardinero, del mozo de cordel, y que se daban 60 céntimos á un marinero por ir de Aténas á Egina <sup>3</sup>. Roscher estima que la aminoracion natural de la importancia relativa del salario se encuentra sobrepujada, ó simplemente se compensa por el aumento de la renta pública en general comparado al número de los obreros, ó bien por esta relacion si declina <sup>4</sup>. Nosotros creemos que era inferior la retribucion que nos ocupa á la de nuestros tiempos: la escasez de capitales, que pocos poseian; el exceso de poblacion, que obligaba á establecer colonias; la sencillez de las costumbres y las distracciones y espectáculos que la república ofrecia de balde, así nos lo persuaden: 70 céntimos es, por otra parte, un término medio muy bajo para nuestro siglo. No desconocemos que en contra de nuestro parecer es dable alegar el valor de la moneda, más grande en la antigüedad que en nuestros dias.

Pasando al estudio de esta materia en Roma, vemos que el salario del minero el año 710 de la fundacion puede ser evaluado en 48 céntimos por dia, siguiendo un fragmento de Polibio, citado por Estrabon, en que se afirma que 40,000 hombres empleados en las minas de plata de Cartagena proporcionaban á la república 25,000 dracmas diarios <sup>5</sup>. La explotacion de dichas riquezas naturales era en aquel tiempo poco fructuosa y casi ninguno el producto neto. Pocas veces se menciona el jornal de un peon ó labrador durante la república y los primeros siglos del imperio, pero se sabe por el Ática, y conocemos de la Italia, el precio y el producto, por término medio, de los esclavos; gracias á estos datos, nos será dable

<sup>1</sup> *Provedim. Annon.*, pág. 116.

<sup>2</sup> *Economía polít. de los romanos*, 1 vol., pág. 129.

<sup>3</sup> *Historia univ.*, 11 vol., pág. 477.

<sup>4</sup> *Princ. de econ. polít.*, párr. 171.

<sup>5</sup> *Fragm.* xxxvi, cap. ix, cit. por Estrabon, lib. III, pág. 147.

averiguar el precio medio del día de trabajo del *operarius*, del *mercenarius*, *trabajadores* libres, que, según Varron, eran empleados en los distritos mal sanos y para las labores más penosas del campo <sup>1</sup>. Ciceron indica 12 ases—cerca de 80 céntimos—como jornal de un operario libre <sup>2</sup>. El término medio en Atenas era de tres á cuatro óbolos—de 45 á 60 céntimos—desde Pericles á Alejandro. Después en Roma debió ascender algun tanto, y lo fijaremos de 75 á 85 céntimos <sup>3</sup>. El edicto de Diocleciano del año 301 después de Jesucristo, que regulaba los precios, determina los salarios así: de un pastor, criado de camellos ó mulos, 20 denarios; carretero, aguador, empleado en las alcantarillas, 25: todos estos recibían además el sustento: panadero, albañil, pizarrista ó constructor de tejados, el que hacía cal, carpintero de la casa, alfarero, barquero, 50; marinero, marmolista, trabajador en mosaico, 60; pintor de casas, 70; modelador de estatuas, 75; artista pintor, 150. Dureau de la Malle reduce el salario de los primeros á 50 céntimos de nuestra moneda: de los segundos, á 65; de los terceros, á una peseta 25 céntimos; de los cuartos, á una peseta 50 céntimos <sup>4</sup>. Por lo que hace á la destreza, no hay grande proporción en ese arancel; mas se encuentra por lo que atañe y concierne á la molestia ó á los ocios forzados de algunos oficios: algunas causas de esas desigualdades nos serán probablemente desconocidas.

En la Edad Media los criados, los domésticos se han libertado de la servidumbre ó de una condición análoga: lo que se vé claramente en la regla por la cual los súbditos de un feudo tuvieron durante cierto tiempo que tolerar el servicio de sus hijos en la residencia feudal, sea gratuitamente, sea mediante un salario que fijaba la costumbre, y siempre muy módico, como prueba Grimm en sus *Orígenes del derecho alemán*. Á medida que la cultura se dilata, la demanda de trabajo se dirige á hombres libres que señalan su precio, y este progreso suele comenzar en las villas y ciudades. Allí los hombres se reúnen en mayor número, por sucesivas modificaciones,

<sup>1</sup> *De re rustica*, lib. 1, xvii, 2.

<sup>2</sup> *Pro Quinto Roscio*, párr. 10.

<sup>3</sup> Dureau de la Malle: *Econ. polít. de los rom.*, 1 vol., pág. 130.

<sup>4</sup> *Ibidem*, pág. 131.



el trabajo se regula por tiempo ó por pieza, y se abrevia el plazo ó término de los contratos de arrendamiento de obras. Constituye un hecho muy importante de la transición que se verifica en la Edad Media, que los jóvenes de las clases inferiores estaban obligados á servir en alguna casa, á no ser que probasen que sus familias los ocupaban ó que estaban empleados en un oficio <sup>1</sup>. Los magnates emplearon su influjo en la Edad Media en reducir la remuneración del trabajo, por medio de la servidumbre y otras instituciones análogas.

En los primeros siglos de la invasión bárbara, la destreza de los operarios era grandemente premiada, como lo prueba la historia de San Eligio, que hizo dos solios de oro para Clotario y llegó á adquirir grandes riquezas: la mayor parte de sus obreros alcanzaron un próspero destino: Thille, Andrés, Martin, Juan y Buquino fueron recompensados sabiamente <sup>2</sup>. En 765, 14 días de jornal se pagaban 8 denarios, que equivalían á 9 gramos 86 centigramos de plata fina. En 956, el salario de un galopin era de un denario, igual á 1,62. En el año 1000, 12 días de trabajo de un segador se satisfacían con 6, equivalentes á 9,81. Los salarios eran, pues, más elevados que en Roma, y parece que variaban en los simples peones de un denario á medio denario; el valor del dinero había subido, y calculando que el precio del pan en 794, no era más que de un denario en 12 de dos libras, se puede deducir que era favorable la condición de los obreros <sup>3</sup>. Durante el régimen de los gremios celebraban oficiales y maestros un contrato que regía sus actos. Debían trabajar los primeros desde la salida del sol, y permanecer durante la tarde hasta que se pusiese. Cuando los estatutos permitían velar, no les era dable negarse mediante un aumento de salario: muchas veces los magistrados obligaban con amenazas á los obreros á que cumpliesen su deber: en cambio estos tenían sus vacaciones: en algunos oficios se extendían á todo el mes de Agosto. En el siglo XIII los obreros, si no saben con su actividad y economía elevarse hasta la clase superior, viven de un jornal que sólo les proporciona lo preciso para mantenerse. Así un oficial de panadero obtenía 5 denarios, un herrador

<sup>1</sup> Roscher: *Princ. de econ. polít.*, párr. 76 y 155.

<sup>2</sup> Levasseur: *Hist. de las clases obreras en Francia.*, lib. II, cap. III.

<sup>3</sup> *Ibid.*, cap. V.

no lograba más que 4: los dos eran alimentados por el maestro. Un carpintero, sin sustento, se retribuía con un sueldo: su retribución era más alta en 3 denarios que la del viticultor. El trabajo de las villas parece mejor remunerado que el de los campos, y calculando en siete denarios la alimentación de un hombre, deduciremos que quedaban á un buen trabajador cerca de los  $5/12$  de su jornal para procurarse habitacion y vestidos. Sin embargo, las cifras que han llegado hasta nosotros son pocas y muy imperfecto el conocimiento del valor de la moneda, para asegurar nada preciso sobre este punto de los salarios en el siglo xiii <sup>1</sup>. El Rey Juan de Francia, en Febrero de 1351, publicó una larga ordenanza, en la que fijó la tasa de los salarios. Según ella, los trabajadores en casas particulares sólo debían cobrar 12 denarios sin sustento, y 6 con él: los criados 30 sueldos al año. En general nadie, bajo ningún pretexto, podía pedir más que la tercera parte sobre la suma que ganaba ántes de la peste de 1348, que por los estragos que causó produjo un alza extraordinaria en los precios de la mano de obra, y fué el origen de la régia prescripción á que nos referimos. Los que fabricaban paños tenían derecho á percibir 3 denarios por vara de paño grueso, de 4 á 12 denarios en las diversas clases de los finos, 18 denarios en los muy finos. Trátase, pues, de un Monarca que se propone alzarse contra la libre concurrencia, y nos indica un término medio de jornales, que el soberano francés creía se ajustaban á la razón. De presumir es que no lograría su intento <sup>2</sup>. En Inglaterra el Parlamento prohibió á un segador recibir en la primera quincena de Agosto más de 2 peniques de jornal, y una tercera parte más en la segunda. El salario de un buen carpintero se fijaba para todo el año en 3 peniques, y el de un carpintero ordinario en sólo dos de la moneda de entonces, 1351 <sup>3</sup>.

Cibrario <sup>4</sup> indica que en 1321 el sueldo de los obreros que preparaban las máquinas de guerra consistía en dos sueldos, que equiva-

<sup>1</sup> Levasseur: *Hist. de las clases obreras en Francia*, lib. III, cap. XI.

<sup>2</sup> Levasseur: *Hist. de las clases obreras en Francia*, lib. IV, cap. I.

<sup>3</sup> Hume: *Hist. de Inglaterra*, cap. XVI, II vol., pág. 89.

<sup>4</sup> *Hist. de la econ. polít. en la Edad Media*, cuadros del precio de las cosas, del trabajo, etc., II vol., pág. 276 y sig.

len á 2 francos 66 céntimos; el de los picapedreros que suministraban piedras que arrojar por los muros, 16 denarios, ó sea 1 franco 77 céntimos; el de los aldeanos que conducian el carro que llevaba dichas máquinas, 12 dineros, 6 1,33. Á Jacobo, batidor de oro, se le dieron 23 libras y 13 sueldos (145 francos 31 céntimos) por 430 pedazos de oro para renovar y reparar las pinturas del Camposanto de Pisa, en 1368. Refiere el mismo sábio autor que en 1290 el salario de un obrero genovés que embreaba las barcas ascendia á 10 denarios de Lausana, es decir, 2,32; el de un vendimiador de la catedral de Pisa, á 20 denarios, 88 céntimos; el de un ebanista en Pisa, á 3 sueldos, 1,58; en 1337 el de un ebanista á 3 sueldos vieneses, 2,99; el de un aprendiz, á 20 denarios, 1,66; en 1340 la jornada de trabajo de un peon valia (el *maximum*) 6 denarios, 41 céntimos; el *minimum*, 5,34 céntimos. El salario de los pizarreros 18 denarios, 1,24; en 1342, el de los panaderos por cocer el pan, por conducirlo, por sextario de trigo, 5 denarios y 2 panes, 48 céntimos; el de los picapedreros que en 1343 trabajaban dia y noche en la sepultura del conde Aimon en Hautecombe, 3 denarios de óbolos grandes, 5,84; en 1351 el precio del trabajo de un ebanista era de dos denarios de Turin, 3 francos, 44; por llevar tierras de un lugar á otro, de 18 denarios vieneses, 1,54; por trabajar en los caminos, 1 gran turinense, 1372; en 1374 ganaban los panaderos de Turin, por cocer un sextario de pan, 5 dineros vieneses y 4 panes, 65 céntimos; en 1384, los albañiles, 8 sueldos, 3,70; un ebanista 8 sueldos, 3,23, y sin contar su sustento, 5 sueldos, 4 dineros, 2 francos 46 céntimos <sup>1</sup>.

En el siglo xv el clero publicó una memoria, para probar que sus medios de existencia eran inferiores á los de los simples obreros, con motivo de una ordenanza real que le obligaba á prestar la corvea de la guardia como á los demás habitantes de Reims; en ese documento notable consta que los albañiles, recubridores y carpinteros, eran remunerados con tres ó cuatro sueldos diarios, y no existia tan humilde obrero que no tuviese un jornal de 20 denarios. Levasseur cree que estas cifras corresponden á 6 pesetas, 4 1/2 y 2 1/2 de nuestra moneda, y además los trabajadores obtenian el sustento de sus amos. Diríase por estos datos que los simples jornaleros

<sup>1</sup> Cibrario: Obra citada, II vol., pág. 285-288.



gozaban de buenas condiciones <sup>1</sup>, además que parecen confirmar tales asertos las noticias de otras ciudades. En 1376, en Reims, un carpintero ganaba 3 sueldos diarios, equivalentes á 6 gramos 30 centigramos de nuestra moneda; en 1380, en Issoire, un peon de albañil, 4 sueldos, que corresponden á 80,40; un simple peon 15 denarios, próximamente 2,60; en 1431, en Falaise, un operario carpintero 3 sueldos 4 denarios, que comparamos á 5,30; y el mismo en 1496, 3 sueldos, 8 denarios, que corrian parejas á 3,85 <sup>2</sup>. Semejante alza de los salarios no puede ser normal: resulta que son mayores que en nuestro tiempo, y sin embargo, la terrible guerra de cien años oprimía la Francia. ¿Á qué atribuiremos el extraño suceso? La poblacion era muy escasa; en Reims, segun la Memoria precitada, no habia más que 5,000 personas que viviesen de su industria. Los que trabajaban eran pocos; ignoramos el número de los vagos y de los que preferian una vida culpable: muchos eran los mendigos: en vano se prohibía pedir limosna, se abrian las puertas de establecimientos benéficos, se rechazaban los pobres que no eran de la ciudad. Además, en ese siglo xv, de grandes empresas con pocos recursos, de vehementes y nunca sentidos deseos, en que la industria y el comercio toman rapidísimo vuelo, las riquezas eran mayores y se creaban más aprisa que en las centurias precedentes. Hume escribe que no es ménos admirable que el alto precio de las mercancías, que el jornal de un artesano, como por ejemplo, el de un albañil ó de un retejador, estuviese tasado en 10 peniques por el cap. 22 del año undécimo de Enrique VII (en 1495), que viene á ser el que tenía poco más ó ménos en su tiempo <sup>3</sup>. No podemos admitir la causa que el eminente historiador indica, á saber, que es un error vulgar la creencia de que ha aumentado mucho el precio del trabajo y de las mercancías después del descubrimiento de las Américas. El mismo autor inglés refiere que en el reinado de María los salarios no estaban más que en la tercera parte del término á que ascendian en el siglo xviii. Es decir, que ocurrió un descenso muy notable <sup>4</sup>. Se ha hecho el cálculo siguiente respecto á los trabajadores:

<sup>1</sup> Levasseur: *Historia de las clases obreras en Francia*, lib. iv, cap. ix.

<sup>2</sup> Levasseur: *Historia de las clases obreras en Francia*, libro iv, cap. ix.

<sup>3</sup> *Historia de Inglaterra*, cap. xxvi, II vol., pág. 373.

<sup>4</sup> *Ibidem*, cap. xxxvii, III vol., pág. 87.

para ganar una cuartera de trigo (290 litros, 752 centílitros) necesitaban cerca de cuarenta y ocho días, mientras que en el siglo xvii bastaban cuarenta y tres; 32 entre 1700 y 1766; después de 1815 diez y nueve, y á lo más veintiocho y tres cuartos <sup>1</sup>. Child asegura que en 1688 el salario de los obreros y de los criados habia tenido un alza de un tercio con relacion á lo que valia ántes <sup>2</sup>.

En Francia se dejó sentir el influjo de la baja del valor de la moneda en la centuria xvi. En su principio los albañiles del castillo de Gaillon cobraban 3 ó 4 sueldos por día; los peones 1 sueldo y 4 denarios, ó á lo más dos sueldos. En 1549, en la misma provincia, percibian 5 y 3 sueldos. En 1557, 5 sueldos y 7 1/2 denarios y 4 1/2 sueldos. Una ordenanza real de 1572 fijaba el salario de los albañiles en 12 sueldos, y el de los peones en 6. Cuando el Rey prescribía esta tasa, ya eran los jornales más caros, y de un modo lento y desigual fueron ascendiendo hasta fines del siglo, en medio de las quejas de los maestros <sup>3</sup>. Bodin recuerda que hubo un tiempo en que la jornada de trabajo de un hombre se valuaba en 10 denarios, y la de una mujer en 6, y que desde sesenta años hasta el momento en que escribía (1578), todo habia encarecido en un décuplo por lo ménos. El sábio autor señala las causas que produjeron ese fenómeno; la abundancia del oro y de la plata, que hizo desmerecer su estimacion, los monopolios de los gremios, las escaseces y carestías de los granos, el lujo y las alteraciones de la moneda. No todas, en verdad, habrán de apreciarse como igualmente eficaces y decisivas: débiles nos parecen las dos postreras, y de grande influjo el desarrollo del comercio y de la industria.

Macaulay asevera que bajo Cárlos II los jornales eran la mitad que en el día, y las mercancías mucho más caras en proporcion <sup>4</sup>. Adam Smith dice que 18 dineros pueden pasar como el precio del trabajo más sencillo en Lóndres; que algunas millas más léjos baja á 14 ó 15; que se estima en 10 dineros en Edimburgo y sus cercanías, y en 8 para el país llano de Escocia. En el siglo xvii, segun el mismo autor,

<sup>1</sup> Roscher: *Loco citato*, párr. 172.

<sup>2</sup> *Discurso sobre el comercio*, pág. 43.

<sup>3</sup> Levasseur: *Hist. de las clases obreras en Francia*, lib. v, cap. II.

<sup>4</sup> *Hist. de Inglaterra*, cap. III.

el jornal de un peon en Escocia consistia en 6 dineros en verano y 5 en invierno, ó, lo que es lo mismo, 3 chelines por semana—3 pesetas 75 céntimos;—en Inglaterra era superior la retribucion á que nos referimos. Smith asegura que la recompensa real del trabajo, la cantidad real de cosas propias para las necesidades y usos de la vida, habia aumentado en el curso del siglo XVIII en una proporcion mucho más alta que su precio en dinero <sup>1</sup>. Al mismo tiempo los granos costaban ménos, y muchas otras mercancías que proporcionan al pobre laborioso y económico alimentos sanos y agradables. Eden piensa del mismo modo, que desde 1727 á 1797 la retribucion del trabajo casi se duplicó en Inglaterra, excepto en las cercanías de las grandes ciudades <sup>2</sup>. Boisguillebert evalúa el jornal de los cultivadores de 7 á 8 sueldos de la moneda actual, y en el doble en la época de la siega; asevera que los obreros de París percibian en 1697, de 40 á 50 sueldos <sup>3</sup>. Vauban juzga que en las grandes ciudades el salario no excedia de 22  $\frac{1}{4}$  á 45 sueldos, y en los campos de 18 sueldos para los peones, y de 12 á 13  $\frac{1}{3}$  para los cultivadores <sup>4</sup>. Arturo Young estima el de los últimos en 20 sueldos de 1787 á 1789 <sup>5</sup>, y el de los albañiles y carpinteros en 30 sueldos. Calculaba el célebre viajero inglés que el término medio de la remuneracion en las manufacturas era de 25 sueldos para los hombres y de 15 para las mujeres; añadia que los hiladores obtenian 15 sueldos. Lavoisier dice: «Concluyo, despues de prolijos cálculos y numerosos informes dados por los curas párrocos, que en las familias más pobres cada individuo no podia gastar más que 60 á 78 pesetas todos los años, comprendiendo á los hombres, mujeres y niños:» es decir, que la menor retribucion, calculando doscientos dias de trabajo, no llegaba más que á 25 céntimos ó 34 <sup>6</sup>. En Inglaterra el salario habia hecho grandes progresos, por lo que afirman los famosos autores citados; el vigor de la industria, la extension del comercio, los mercados de las colonias y las guerras, desgraciadas para la Francia y la Holanda,

<sup>1</sup> *Riqueza de las nac.*, lib. 1, cap. VIII, pág. 184.

<sup>2</sup> *Estado de los pobres*, 1, pág. 385.

<sup>3</sup> *Tratado de los granos*, 1, 2.

<sup>4</sup> *El diezmo real*, pág. 89.

<sup>5</sup> *Viajes en Francia*, 1 vol., pág. 437.

<sup>6</sup> Villermé: *Estado físico y moral de los obreros*, cap. 1, páginas 638-640.



pueden explicar el hecho: no sucede lo mismo en otros países, donde la administracion, los impuestos, las malas cosechas, los privilegios de las corporaciones, los empréstitos, nos permiten afirmar que el alza fué lenta y moderada.

Por último, fijemos nuestra atencion en este siglo. En 1819, Chaptal era de parecer que el salario medio ascendia en los campos á 1 franco 25 céntimos por dia, y á 375 francos al año, en 300 dias de trabajo <sup>1</sup>. J. B. Say escribe que el precio del trabajo en la mayor parte de las industrias, y sobre todo en las categorías inferiores, casi llegaba á dos tantos en 1811, más que en 1879 <sup>2</sup>. En 1827, Cárlos Dupin apreciaba el jornal de un cultivador en 358 francos, el de su mujer en sólo una tercera parte, en virtud de los cuidados domésticos, de los embarazos, crianzas y enfermedades, ó sean 119 francos, los dos 477; el de un obrero de las manufacturas 540, el de su mujer 180, y el de los dos 720 <sup>3</sup>. De Morogues creia que la retribucion de una familia de artesanos, compuesta de varon, su esposa é hijos, ó su viejo padre, en 1832, podia ascender á 800 francos anuales <sup>4</sup>. De Gérando señalaba como los jornales de 1839: para el artesano, 1 franco 50 céntimos á 3 francos; para su cónyuge 50 á 90; para un muchacho de once á quince años, de 25 á 60 céntimos; para el agricultor, 70 céntimos á 1 franco 70 céntimos; para su mujer, de 30 á 60 céntimos, y para un muchacho de once á quince años, 20 céntimos <sup>5</sup>. Dureau de la Malle es de dictámen que el término medio de aquéllos se reduce á 20 ó 25 sueldos para los cultivadores de 30 provincias <sup>6</sup>. Moreau de Jonnes, agrupando numerosos datos estadísticos, establece las siguientes séries de guarismos para nuestro siglo, y una familia de cultivadores: 1813, 400 francos anuales; 1840, 500 francos, una suma tres tantos mayor que la primera <sup>7</sup>. Leon Faucher afirma que de 1830 á 1848 el alza del salario quizá deba estimarse en un 30 por 100: el mismo autor entiende que desde 1817 á 1848,

<sup>1</sup> *De la industria francesa*, 1 vol., pág. 245.

<sup>2</sup> *Curso completo*, 1829: vol. III, pág. 28.

<sup>3</sup> *Fuerzas product. y com. de Francia*, vol. II, pág. 263.

<sup>4</sup> *De la miseria de los obreros*, cap. III.

<sup>5</sup> *De la beneficencia pública*, 1 vol., páginas 42 y 43.

<sup>6</sup> *Economia política de los romanos*, 1 vol., pág. 151.

<sup>7</sup> *Diario de los economistas*: Octubre, 1850.

en la Europa occidental, el aumento ha sido de 25 á 50 por 100 <sup>1</sup>.

En la Gran Bretaña no será dable estimar el jornal de los más humildes oficios ménos de 7 á 8 chelines por semana—de 9 á 10 pesetas :— ha descendido mucho más entre los cultivadores de ciertos condados, á 4 ó 5. En las manufacturas es de mucha importancia, y el término medio no descenderá de 18 chelines por semana : los tejedores á mano de cerca de Manchester ha habido épocas que no ganaban más que 5 chelines por semana en un distrito en que el salario de un hilador se cuenta por 20 ó 24 chelines, y un labrador diestro percibe hasta 21 ; el peon en las obras de los ferro-carri-les 15, y las mujeres que vigilan las máquinas que tejen, 8 ó 9 chelines <sup>2</sup>.

En Alemania existe una profunda desigualdad: en la Turingia y en la Hesse electoral ha crecido poco la remuneracion de los operarios: vemos lo opuesto en el Hannover, en el Brandeburgo y en los distritos fabriles de Sajonia <sup>3</sup>. Y aquí suspendemos esta reseña, puesto que de continuarla fuera menester reunir muchos hechos y apuntar no pocas reflexiones, y nos hemos extendido ya más de lo que nos habíamos propuesto.

Los estudios que quedan iniciados prueban de un modo indudable que el salario es un hecho universal, y que ha sido coetáneo de las más diversas civilizaciones; demostracion que ignoramos se hubiese hecho hasta aquí. Vemos que no aparece tan grande como muchos imaginan la diferencia que existe entre la retribucion del trabajo de la antigüedad y de la edad moderna: que desde el siglo xv el progreso de la condicion de los obreros es general, por más que en ciertos períodos se estime con razon como lento y débil: se señala como ley importante que la destreza y la dificultad del oficio se pagan con remuneraciones superiores al simple término medio de la mano de obra, y que el salario asciende allí donde el capital abunda y la industria florece y prospera. El grande aumento que se nota en

<sup>1</sup> *Revista de Ambos Mundos*: Abril, 1848.

<sup>2</sup> Senior: *Tres lecciones acerca de los salarios*.—Leon Faucher: *Estudios sobre Inglaterra*, 1 vol., pág. 399.—Porter: *Progreso de la nacion*.—*Inf. de la com. para el bill de reg. el trabajo*.

<sup>3</sup> Roscher: *Princ. de econ. polít.*, párr. 172.—Rau: *Trat. de econ. nac.*, párr. 175.

nuestro siglo, en opinion de muchos escritores, no basta para que cesen el malestar y los sufrimientos de las clases trabajadoras: la retribucion de los simples obreros no les salva de las privaciones y las dolencias, no da origen á algunas gozosas esperanzas para lo venidero, y con harta elocuencia lo declararon las rebeliones, querellas y luchas de nuestra época: Leon Faucher concluye su artículo sobre los salarios, diciendo: «La era del bienestar aparece precedida y anunciada por la era del trabajo.» Lo dudamos, y tememos que, hecha salva y abstraccion de la inteligencia y la habilidad, que siempre lograrán buen suceso, deje de haber alternativas más ó ménos bruscas en la recompensa de la labor de nuestras manos: no creemos que la terminada reseña histórica que precede pueda desvirtuar los asertos contenidos en el capítulo IV que trata del alza y baja del salario: nosotros terminamos de la manera más opuesta que imaginarse puede á la conclusion de Karl Marx en su obra *El capital*: él entiende que en la industria predomina esa fuerza injustamente, que absorbe la parte y productos del trabajo que exceden del tiempo de esfuerzos y labores que bastan para que pueda obtener su subsistencia el operario, y nosotros fiamos todo éxito, toda mejora y toda bienandanza en el aumento de los capitales, y nos causa espanto y pena que se empleen medios de fuerza y de violencia para hacerlos pasar á otras manos que aquellas á quienes pertenecen en virtud de las causas económicas.

En nuestros dias, distinguidos escritores ven en la retribucion *por pieza ó á destajo* y en la *participacion á los beneficios* de la empresa, medios nuevos y poderosos, ora de trasformar la suerte del obrero, ora de impulsar con mano presurosa la reforma y las alteraciones que requieren el estado actual y modo de ser de los mismos. Ninguno de los dos, sin embargo, llegará á constituir un plan general, un mecanismo que se dilate á toda la industria, que abrace la universalidad de los oficios.

En la *retribucion á destajo ó por pieza*, el operario no pacta una cantidad determinada de trabajo en trueque de cierta suma de monedas ó de productos como en su remuneracion normal; el patrono le satisface esa misma suma en cambio de los artefactos que el primero produce; por ejemplo: por doce horas de trabajo se dan tres pesetas al trabajador; este es el jornal que más generalmente se esti-



pula; por una pieza de tejidos de algodón ó por 100 metros de paño, le entregamos 15 pesetas; hé aquí el jornal á destajo ó por pieza. El obrero da á los objetos que se le confían una forma determinada mediante un precio discutido. ¿Qué es esto sino decir que el trabajo manual ha llegado á ser casi universalmente un empresario en parte, con la circunstancia, sólo ventajosa para él, de que está cierto y seguro de tener salida para los productos que han nacido de sus esfuerzos? Leroy-Beaulieu afirma que de todas las cosas que han contribuido desde hace cuarenta años al desarrollo de la industria, sin exceptuar siquiera los progresos mecánicos, puede decirse, que no hay una sola que haya tenido tanta parte en el poder productivo del hombre como el aparecer y el predominio del trabajo por pieza<sup>1</sup>. Las relaciones entre amos y obreros se determinan mejor por las costumbres, y son más libres en la forma á que aludimos, puesto que esta convencion no difiere de la compra-venta de mercancías sino en que el servicio no se ha incorporado todavía á una cosa. Este linaje de retribucion es preferible, cuando se puede emplear, porque quedan unos y otros contrayentes de todo punto libres, ó más por lo ménos que en el trabajo por tiempo. El operario cobra un jornal remunerador y proporcionado á sus esfuerzos; sólo por su mérito, partiendo del mismo nivel que sus compañeros, llega fácilmente á empresario, ó mejora por lo ménos su suerte: no hay arbitrariedad, ni preferencia injusta en los jornales; si somete su accion á modelos y reglas determinadas de antemano, aparecerá como un hecho indudable que la suma de trabajo realizada por él es superior á la de otros: el estímulo que habrá de sentir el trabajador debe juzgarse grande y capaz de impulsarle á hacer los mayores esfuerzos en aras de su industria; la cantidad de su retribucion se subordina al empleo más ó ménos feliz que supiere unir y enlazar con el tiempo de que dispone, es decir, una parte de su destreza y de su enérgica atencion; arrienda su trabajo, y no su persona; permanece dueño de sus horas y de sus fuerzas, puesto que únicamente tiene que cumplir dos obligaciones, hacer su tarea, y en un plazo fijo; si excede á las relaciones que se le demandan de la manufactura y la

<sup>1</sup> *La cuestion obrera en el siglo xix*, III; *Revista de Ambos Mundos*, vol. 87, página 409 y sig.

labor de sus manos, habremos de convenir en que sus facultades físicas y morales se aplican por él del modo más eficaz, y en que ha sabido aprender el método mejor para dicho fin, y perfeccionar los medios que usa y de que saca tan provechoso partido. En los trabajos por pieza, el obrero quizá pueda reservarse algunas horas para que reposen sus miembros fatigados ó para extender su instruccion. En algunas industrias, y principalmente en la de los tejidos en grande escala, la obra es dable que se verifique en el domicilio del tejedor, que, si permanece en su hogar, vela por sus hijos, cultiva su jardin, y su espíritu se recrea con la vida en familia. En los grandes talleres, en las fábricas colosales donde se agrupan muchos operarios, el trabajo por pieza les procura la ventaja de aprovecharse en parte del auxilio y los beneficios que llevan á la fabricacion el uso de las mejores herramientas y el empleo de ingeniosas máquinas. El conde de París dice que en Glasgow, en 1823, un obrero trabajando setenta y cuatro horas y media por semana producía 46 libras de hilo y ganaba 33 francos 23 céntimos; en 1833, con salarios por pieza, reducidos en  $13 \frac{1}{3}$  por 100 y un trabajo de sesenta y nueve horas, producía  $52 \frac{1}{2}$  libras de hilo, y ganaba 37 francos 30 céntimos. En 1869 obtenía 16 libras de otra especie de hilo, con un aparato de 324 husos, y hecha deducción del jornal de sus auxiliares, percibía 51 francos 25 céntimos. Tres meses despues, la máquina tiene 684 husos, se aumenta el número de sus auxiliares de 2 ó 3 á 5, su salario se reduce en  $\frac{2}{5}$  por la cantidad elaborada, y produce 32 libras y logra 62 francos 92 céntimos.

Con el linaje de retribucion de que hablamos, el empresario se libra de grandes cuidados; cesa la penosa vigilancia que exige el trabajo que se paga por tiempo, y no es menester asignar jornales á cada uno segun su mérito, lo que, sobre ser difícil, trae en pòs de sí quejas y sinsabores: le queda, sí, la tarea ménos ingrata de examinar y apreciar la labor hecha. No extrañaremos, despues de las razones dichas, que los economistas ingleses señalen entre las causas que han originado sea Inglaterra el primer país fabril del mundo, la labor á destajo.

Enumeremos, al lado de las excelencias, los inconvenientes de ese género de salario. No se puede aplicar sino en donde el trabajo se descompone en una serie de tareas aisladas, y no cuando es preciso



que la ocupacion sea continúa. Al lado de indudables ventajas materiales, la nueva forma de trabajar adolece de un defecto moral, el atomismo. No se juzga aplicable á las tareas que exigen un cuidado particular, la delicadeza del arte, suma habilidad: se alía muy bien con las herramientas y máquinas inventadas en nuestro tiempo. Ha sido menester suprimirlo en algunas industrias en que la prisa y afán sin reposo de los operarios perjudicaba al producto, ó se perdian materias primeras. Cuando los obreros presentan una pieza defectuosa se rechaza generalmente, lo mismo que cuando la tarea resulta incompleta, y se habrá de estimar como injusto que si la una ó la otra tienen algun valor, se prive al operario de toda remuneracion. En 1848 se opusieron muchos á este linaje de recompensa, pero los obreros más laboriosos y mejores lo prefieren, y se empeñan en sus labores con tanta pertinacia, que su salud perece <sup>1</sup>.

Por lo que concierne y respecta á *la participacion en los beneficios*, desde luégo conviene separar algunos medios ideados para que se despierte la emulacion en los trabajadores, y que Mr. Carlos Robert ha comprendido con aquellos nombres en una obra en que trata de esta materia. El salario varía en algunas fábricas segun fuere la calidad de los productos; como sucede en la casa Bonnet, que estima para las recompensas la clase de los trabajos. En algunas manufacturas se quiere buscar un punto de apoyo en el afecto del honor; así en la de sedería de Jujurieux se ponen estandartes en los telares de los tejedores que se muestran más asíduos y más activos. En otros lugares se fija en medio del taller un cuadro que contiene las pagas, y ha tenido tal influjo, que se juzga como un incentivo para los más indolentes. Tambien se emplea una remuneracion en una serie de términos progresivos; con lo que queremos dar á entender que se prometen primas, que son más que doble salario para el obrero que produce más que sus compañeros. Hay fábricas de tejidos, como la de M. Dupont y Dreyfus en Ars-sur-Moselle, y la de M. Laroche-Joubert, que han organizado el sistema de primas colec-

<sup>1</sup> Mac-Culloch: *Elementos que determinan la cuota de los salarios*, cap. vi, pág. 385, vol. III. *Bibl. del econ.*—Courcelle Seneuil: *Trat. de econ. política*, II vol., pág. 132.—Roscher: *Princ. de econ. polít.*, párr. 39.—El conde de París: *De la situacion de los obreros en Inglaterra*, 1873.—Coll y Masadas: *Princ. de econ. política*, pág. 438.—Alfonso Foy: *Ensayo sob. los princ. de la econ. polít.*, pág. 108.



tivas. Consiste ese plan en conceder un aumento de salario, de dos tantos superior ó tanto y medio, es decir, dos veces y media ó tres más alto que el normal ó que sirve de punto de partida, para el que hace doble tarea, y así sucesivamente. Notándose que no se extendía el influjo de semejantes planes á toda la clase de los obreros, se proyectó dar suplementos de jornal á los empleados en los talleres que produjesen más. En los arsenales del Támesis un grupo de trabajadores conviene con un empresario en llevar á cabo cierta obra mediante un precio fijo: el segundo les entrega todas las semanas fracciones de la suma total, que se reparten los primeros como salarios, segun las convenciones que hubieren suscrito. Nada de esto constituye una participacion en los beneficios, siquiera aparezcan á nuestros ojos como premios que suponen recompensas ó precios desiguales del trabajo no distinto por su índole y naturaleza, bien que pueda verificarse de un modo más intenso ó más perfecto. Para que tuviesen aquel carácter, sería menester que dependiesen del éxito de la empresa; inciertos, varios y más ó ménos cuantiosos, al tenor de la importancia del último, y notamos que, por el contrario, se fijan de antemano, y suceda lo que quiera, se satisfacen siempre. Forman una parte del salario.

El esfuerzo del hombre llega al *maximum*, da los más felices resultados, y realiza los actos más difíciles de constancia, paciencia y destreza, cuando el segundo obtiene como retribucion una parte de las ganancias de la industria á que se consagra: este sistema por ahora es imposible, y por esta causa merece llamar nuestra atencion el mixto, que reúne los dos modos de salario fijo y eventual, ó que concede un tanto por ciento, una fraccion de las utilidades ó producto neto, que desde hace tiempo se conoce, cuando es preciso confiar en gran manera en los trabajadores, y esperar no poco de su pericia y diligencia. Las pesquerías de la Holanda eran tan florecientes, porque en ellas se aplicaba este principio. En Irlanda el jornal de las tripulaciones solía ser una parte alícuota de los beneficios. Sucede lo mismo entre los chinos: practicase asimismo en los buques destinados á la pesca de la ballena.

El sistema que en este momento nos ocupa ofrece la ventaja de adherir los obreros á la empresa: la esperanza de poseer una parte de las ganancias es un incentivo general y permanente para los jóvenes

y los viejos, para los que trabajan con la inteligencia y con los brazos. Siéntese un estímulo que acrecienta el celo de cada uno y la actividad de todos, que imprime á los comunes esfuerzos un nuevo poder productivo, y crecen los beneficios del ramo de industria que explotan. De esta suerte, los empresarios se convencerán de las excelencias de una cooperacion interesada de sus trabajadores, que anhelan vivamente el suceso feliz de sus negocios, y llegarán hasta el cabo los saludables efectos de la division del trabajo, mirada bajo una faz nueva por los autores recientes, á saber: como fenómeno que aduna y congrega los trabajos, si estudiado analíticamente parece que los separa y aparta. M. Leclaire describe como una causa de pérdidas continuas la mala conducta de los operarios, cuya indiferencia respecto á los intereses del patrono es tan grande, que no hacen las dos terceras partes de las obras que podrían llevar á cabo; de aquí la agitacion continua de los amos, que, viendo de qué negligencia dan pruebas repetidas, se creen siempre con derecho á suponer que sus propios obreros conspiran para arruinar á los que les proporcionan el pan de cada día. «Si un jornalero, añade M. Leclaire, estuviese seguro de tener siempre empleo, su condicion sería preferible, bajo muchos puntos de vista, á la del patrono, que ignora si se indemnizará de sus gastos, y que se halla siempre en un estado de irritacion y de inquietud: inconvenientes que serian menores si los intereses del fabricante y los obreros se unieran y enlazáran por algun vínculo de seguros mútuos.» Los observadores han notado, en particular M. Carey, que los segundos adquieren, desde que se usa este medio, elevacion moral, prudencia en su proceder, más ordenada economía doméstica. No temen lo porvenir, y les presta singular aliento y buen ánimo la creencia de que el salario fijo y módico no forma siempre la base angular de su vida, sino que surgen para ellos nuevos bienes de una combinacion feliz de los afanes y sacrificios de todos.

Babbage ha pretendido que es posible aplicar el método que nos ocupa á la industria fabril en general: de muy opuesto parecer es Leroy-Beaulieu. El derecho que se otorga al obrero depende de la rectitud y buena voluntad del empresario, puesto que carece aquél de la facultad de intervenir en los asuntos, cuentas y libros de éste, y quizá manifieste su desconfianza en los casos que no resulten beneficios. Ir más lejos, permitirle la investigacion que menciona-



mos, no se aviene con el deseo de guardar el secreto más absoluto sobre el término y resultado de los negocios que dirigen los segundos, que juzgan como una condicion esencial para el éxito de toda empresa. Añádese á esta dificultad que las relaciones existentes entre fabricantes y operarios hacen que no sea muy llano y hacedero, sin perjuicio del carácter y de la superioridad que vemos hoy en el empresario, que puedan modificarse. En medio de la lucha áspera y viva de la concurrencia, habiendo llevado muy léjos la baratura en los productos fabriles, amenazados de las crisis periódicas, debiendo empeñar gruesos capitales en empresas más ó ménos aleatorias por la índole del comercio de nuestro tiempo, será ocioso pedir á nuestros empresarios que, en formas diversas, concluyan por alzar la cuota corriente del salario.

En Inglaterra, entre los mineros de Cornouailles, se acostumbra á sacar de la tierra los minerales y ponerlos en estado de ser vendidos, mediante un tanto por ciento del precio que por ellos se obtiene: estos contratos se verifican generalmente en períodos fijos, cada dos meses. En los Estados Unidos, segun M. Carey, se generaliza la participacion en los beneficios. Muchos autores han hablado de un folleto publicado en París en 1842 por M. Leclaire, el cual empleaba doscientos jornaleros, que retribuía, segun la costumbre admitida, con un salario fijo: reservábase, además del interés de sus capitales, una suma determinada por su trabajo y su responsabilidad como director; por último, al fin del año dividíanse las ganancias á prorrata de los salarios, comprendiendo al mismo M. Leclaire, que manifestó á Chevalier que la ventaja del celo grandísimo de que estaban animados los obreros desde que se inició el sistema de la participacion, compensaba con exceso el sacrificio representado por las sumas que les concediera. En 1869 formó una nueva sociedad, en que habia dos asociados nominalmente M. Leclaire y Alfredo Lefournaux, y un asociado comanditario, la sociedad de socorros mútuos fundada por el primero á favor de sus operarios. Además, los estatutos aseguraban 50 por 100 de beneficios á los obreros y empleados. Los socios que se designan por sus nombres eran los directores de la empresa; mas los trabajadores elegian los jefes de taller, y de este modo se les conferia una accion real en la ejecucion de los trabajos y la vigilancia de la manufactura. En este establecimiento las



ganancias han crecido progresivamente; los obreros se han distinguido por su buena conducta, y en 1848 no faltaron en sus puestos.

El ejemplo de M. Leclair ha suscitado imitadores. La compañía del ferro-carril de Orleans en todos sus servicios, la imprenta de Pablo Dupont, la joyería de M. Beaugrand, la fábrica de pianos de M. Borel, han seguido sus pasos.

Sin duda son provechosas estas innovaciones, y dignas de aplauso las tendencias que en ellas se manifiestan: dilatándose en lo porvenir á más extensas ramas de la industria, esperamos que el bienestar de las clases obreras se aumente asimismo en mayor grado; mas ni todas las manufacturas las admiten, ni la cultura de los que emplean sus brazos en producir riquezas con ellas se armoniza: así el sol no ilumina todos los lugares; que en la sombra quedan muchos de aquellos en que se levantan las obras fabricadas por la débil mano de los hombres <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Roscher: *Princ. de econ. polít.*, párr. 39.—Babbage: *Economía de las máquinas y de las manufacturas*, cap. xxiv.—Stuart Mill: *Princ. de econ. polít.*, lib. iv, cap. vii, párr. 5, y v, ix, 7.—El conde de Paris: *Las asociaciones obreras en Inglaterra*, pág. 290 y sig.—Courcelle-Seneuil: *La libertad y el socialismo*, vi.—A. Foy: loco citato, 1 vol., páginas 111-205.



## LIBRO SEGUNDO.

### CAPÍTULO I.

SUMARIO.—Consumos públicos.—Su naturaleza.—Su legitimidad, su extension en las épocas de cultura.—Necesidades comunes.—Definición del impuesto.—Opiniones de los autores.—Juicio crítico.—Historia del impuesto.—Desigual y oneroso en la edad antigua.—Se reviste de un carácter señorial en los siglos medios.—El privilegio.—Importancia de la intervencion del estado llano en las Córtes.—Cambios que ocurrieron en el siglo xvi y siguientes.—El impuesto sigue las huellas de los sistemas que prevalecen en la industria y comercio.—Aspiraciones de los tiempos modernos.—El derecho público.—La ciencia económica.—Los fines del Estado y de las naciones.

Materia más importante de lo que muchos creen y por diversos conceptos de los que imaginan, es la que comenzamos á estudiar en este capítulo. El impuesto se asemeja á esos lugares de las montañas en que van á parar por cien cauces diversos las aguas que nacen de distintos veneros y medio ocultas fuentes; caen en los profundos abismos; surgen ténues vapores que se elevan en la atmósfera y descienden en blanda lluvia sobre los campos; el viento impetuoso quizá confunde las nubes que formaron esos vapores con otras más grandes y más ricas que se alzaron de los mares. ¿Quién podrá decir la parte de esas aguas que se pierde en el seno de la tierra, y la que, como la sangre en nuestro cuerpo, derrama por donde pasa la vida, la fecundidad y la fuerza? Así sucede con los tributos; una porcion sirve para la existencia, desarrollo y fines de particular y universal cultura de los pueblos; otra es inútil para tan recomendables propósitos y en alto grado dañosa á la produccion y al consumo, y no falta alguna fracción que, como las nubes del Océano, se deriva del

:



comercio y tráfico de los Estados. Estímase como tarea árdua y penosa apreciar de un modo exacto las consecuencias que para los orígenes, cambios y desenvolvimiento de las riquezas pueden tener la imposición y cobranza de una gabela y recurso del fisco. Se extienden y combinan de tal suerte, se confunden hasta tal punto con los fenómenos del mundo industrial, y las más remotas, las más inesperadas, las que ménos pudieran sospecharse, y no las ménos importantes, se verifican en formas de tal linaje, que, ó bien se ignoran, ó se discute sin cesar acerca de sus causas y de sus caractéres. El derecho de exigir y cobrar los impuestos se confunde en los Estados modernos con los orígenes y la historia del sistema parlamentario. El cumplimiento del derecho requiere la fuerza material, la que, segun dice Tucídides, descansa en dos bases: riqueza y aptitud guerrera, y confirman las modernas investigaciones que un mal sistema de tributos perjudica y se opone á las unas y á la otra. La Hacienda era, en sentir de Richelieu, el punto de apoyo que pedia Arquímedes para levantar el mundo, y Federico II en ella sentia latir el pulso del Estado. ¿Qué juicio formaremos de una Hacienda que no tenga por base una sábia teoría del impuesto? El que merece una política ajena á las doctrinas que va poco á poco dilucidando el espíritu humano. En nuestro siglo es muy grato pensar en los grandes ideales que, no sin desviación en ciertos momentos, parecen constituir una promesa sagrada para generaciones más felices, y para las cuales los impuestos se juzgan como medios materiales imprescindibles. Por último, conviene no olvidar que un gran número de hombres viven merced á los tributos.

La sociedad humana tiene un carácter voluntario y necesario á la vez. La filosofía del derecho no admite que en los grandes organismos de la vida humana impere la necesidad y que el libre albedrío no tenga siempre su autoridad y sus relaciones propias; el hombre puede apartarse de la sociedad; por largo tiempo vive sin que llegue á formarse la política, puesto que se cree aparece aquél en el período que se llama cuaternario y en la edad paleolítica, y desde entónces han debido trascurrir muchos siglos hasta que la historia narre los sucesos que produjo ó en que intervino un poder social. Hemos hablado de necesidad, por ser punto generalmente admitido que la naturaleza de ese sér lo lleva y obliga á formar y constituir

la sociedad civil. En ésta habremos de notar consumos comunes, y por tales entendemos destruccion del valor de los bienes ó riquezas, sin la que no fuera dable la existencia y la cultura de la sociedad civil y política. El hombre camina sobre la tierra; su vida es un conjunto de relaciones con el mundo exterior; en ellas se modifican y hasta desaparecen en sus formas actuales las que constituyen su sér y los séres del mundo de que forma parte; ley inevitable desde el momento en que la actividad no tiene un carácter puramente interno ó espiritual, sino sensible y externo. El pueblo, el Estado, no se eximen de esta ley, universal para todo lo que es humano <sup>1</sup>. Defienden J. B. Say y sus adeptos que la naturaleza de los consumos públicos es la misma que la de los privados ó individuales, porque los valores sobre que recaen son idénticos en los unos y en los otros <sup>2</sup>. No lo pensamos así; por su trascendencia, por su modo de ser, por sus rasgos científicos, se distinguen fácilmente. Los consumos privados se limitan á un corto número de personas, y encantan la fortuna de una ó varias familias á lo sumo: los públicos favorecen ó impiden y embarazan el nacimiento de la riqueza, y pueden originar la despoblacion y la miseria de países enteros, y su influjo llega hasta tocar en el comercio de los pueblos con los que tienen relaciones; los unos son voluntarios y mudables, los otros se regulan por la ley, y sólo por ella se autorizan; son uniformes, y opuestos muchas veces á la voluntad de aquéllos que los realizan: por sus rasgos científicos, que en esa asimilacion de unos y otros se inicia el error de presentar al Estado con un concepto atomitístico, de empequeñecerlo, pretendiendo que corra parejas con la más estrecha y reducida existencia de los individuos, y se da al olvido que muestran una faz opuesta; prevalece la libertad en aquéllos, la autoridad en éstos, y el círculo de los privados se ensancha á medida que el público poder, de grado ó por fuerza, cede ó renuncia al ejercicio de las facultades que se reservaba en punto al régimen y gobierno de las costumbres y los gastos particulares.

La legitimidad de los consumos públicos se prueba con un argumento muy sencillo. El Estado los determina y hace, porque sin

<sup>1</sup> Esquirou de Parieu: *Trat. de los imp.*, lib. 1, cap. 1.

<sup>2</sup> *Trat. de econ. polít.*, lib. v, cap. vii.



ellos no puede existir, ni cumplir los fines de su existencia, y sin su cumplimiento la sociedad sería imposible. Podrá argüirse que la necesidad no es fuente y origen de derecho; á lo que responderemos que el Estado, en su realidad histórica, tiene destino moral, actividad provechosa y plausible, y que, poniendo en parangon y trazando un paralelo entre los bienes y los males que los más conocidos por los historiadores han causado, áspero y duro sería aquel que se inclinase á los postreros por ser mayor su número.

Los consumos públicos se han ido aumentando con el progreso de los pueblos y la mayor cultura. M. Hipólito de Passy cree que nunca se desarrollan la industria y la riqueza, sin que las naciones reclamen en favor de los bienes y de las personas más amplias garantías de seguridad. Justicia, administracion, policía, vias de transporte, instituciones de utilidad pública, todas estas cosas se extienden y perfeccionan de un modo costoso, y así es que cuanto más florecen las sociedades, más se elevan gradualmente las cargas que sobre ellas pesan, bien que no por esto decrece su prosperidad; el imperio romano sucumbió bajo el peso de tributos que hoy juzgarían leves las provincias que lo formaban <sup>1</sup>. Hoffmann enseña que un gobierno tiene el deber de consumir todo aquello que, por el objeto á que lo destina, pueda promover el bien general, más de lo que fuera dable si las mismas sumas quedasen en las manos privadas <sup>2</sup>. El Estado antiguo y moderno se diferencian profundamente: el uno no abarcaba el conjunto de instituciones que el otro. La propiedad en sus múltiples formas, la industria y el comercio que aquél desdeñaba y éste procura desenvolver, el aumento de los intereses materiales y la ancha esfera de accion que en las relaciones con otros Estados y en las colonias existe para los pueblos modernos, aparecen como causas de esa diferencia, por lo que toca á nuestro asunto. Aquél gobernaba más, y sus consumos eran menores: éste gobierna ménos y sus consumos son más considerables; la vida sencilla y uniforme de los ciudadanos del primero y sus exíguos medios explican el hecho á que aludimos; el segundo, merced á los bienes que el trabajo suministra y á esa poderosa palanca que los

<sup>1</sup> Artículo *Impuesto*, en el *Dicc. de econ. polít.* de Guillaumin.

<sup>2</sup> *Princ. sobre el impuesto*, pág. 33.



Bancos han puesto en sus manos y que se llama crédito público, posee recursos desconocidos hasta aquí. No se piense que los tales consumos disminuyan. Los autores alemanes aseguran que los caracteres orgánicos del Estado abren un vasto campo á su actividad, y le confieren, dentro de justos límites, un derecho de intervencion en el movimiento de todas las esferas de la sociedad: reducir dichos caracteres á mantener la seguridad pública, á limitar la libertad de cada uno sin daño de la libertad ajena, equivale á defender una de esas teorías que desmienten las necesidades de la vida práctica.

La pérdida que resulta de los consumos públicos se compensa por las ventajas que obtiene la sociedad; son asimismo productivos é improductivos. Por excepcion, el Estado consume en industrias que producen más que destruyen riquezas en los gastos precisos para que existan; en general, diremos que tienen el primer carácter, si su objeto se dirige á realizar los fines que habrá de cumplir el Estado, conformándose á las leyes que la ciencia y las condiciones propias de la realidad en que vive, le trazan de consuno. Si así procede, sin que muevan á los hombres que lo representan las pasiones ó el capricho, no merecerá la menor censura, y tales dispendios se juzgarán como necesarios; en el caso opuesto, se enumerarán entre los improductivos.

Claro se advierte que el Estado tiene necesidades que satisfacer. La experiencia de todos los siglos y de todos los países demuestra que el orden y la tranquilidad interior, la seguridad contra las invasiones de las gentes extrañas, la solícita é imparcial administracion de la justicia, son condiciones indispensables para la actividad de la industria, la acumulacion del capital y el bienestar de la sociedad, y que donde faltan, las fuerzas de la poblacion se postran, la industria se paraliza y la barbarie invade el país <sup>1</sup>. En todas partes existe un poder político investido de atribuciones más ó menos extensas y que dirige un cuerpo de funcionarios más ó menos considerable. Estos funcionarios sienten necesidades como los demás ciudadanos, y sus servicios, que no se aplican á la industria, menester será que se remuneren con productos de esa industria, que no pueden obtenerse por medio del cambio, puesto que no se incorpo-

<sup>1</sup> Mac-Culloch: *Trat. de los impuestos. Int. observ. gener.*

ran á objetos ni personas determinadas<sup>1</sup>. No es dable señalar límites de antemano á las necesidades que nos ocupan. Varían segun los tiempos y lugares: los economistas franceses, Bastiat, Cherbuliez, de Passy, creen que se irán aminorando á medida que los individuos tengan en mayor grado iniciativa y se encarguen de llevar á buen término empresas que el Estado se reservaba como peculiares atribuciones; á medida que la civilizacion es más justa y penetra en las masas sociales, la libertad individual cobra fuerzas y llega á ser señora en el círculo amplísimo en que ántes no se la permitía penetrar: y á medida que el individuo se juzga capaz de desatar los lazos de la tutela del Estado, la gestion de los intereses generales es ménos costosa; y conviene que los pueblos lo hagan todo por sí mismos y no confíen á aquél más que los servicios generales que ellos desempeñarían con ménos ventaja ó no podrían desempeñar de modo alguno: la justicia, la policía, la Hacienda pública, la defensa del territorio, las relaciones con los demás países. No piensan de este modo los *Katheder-socialisten*: opinan que se aumentan las necesidades del Estado, como se justifica al ver lo que ocurre con los caminos de hierro, los telégrafos, los correos, los montes, la instruccion pública, la policía sanitaria, la moral pública; etc.<sup>2</sup>. Y no se diga que el poder público administrará de un modo más costoso que los particulares, puesto que, en primer lugar, la objecion se anula notando el desarrollo de las sociedades anónimas, cuya administracion es muy semejante á la del gobierno; y en segundo, que si bien se trata de conseguir grandes resultados económicos, éstos no se pueden apreciar materialmente sino en sus efectos morales, y no es dable aplicar los principios de la economía privada<sup>3</sup>. Tenemos por más cierto y más en armonía con la historia el parecer de los segundos.

Las necesidades comunes á que nos referimos se satisfacen generalmente, y en el mayor número de casos, por medio del impuesto. ¿Qué es el impuesto? Enumeremos algunas definiciones de autores célebres. Vauban escribe que es una obligacion natural en los súbditos

<sup>1</sup> Courcelle-Seneuil: *Trat. de econ. polít.*, 1 vol., pág. 481.

<sup>2</sup> Rau-Wagner: *Principios de Hacienda*, pág. 1-2, 82, 189.

<sup>3</sup> Scheel: *Teoría de la cuestion social*, pág. 149-54.



tos de contribuir á proporcion de sus rentas ó de su industria <sup>1</sup>. Montesquieu dice que las rentas del Estado son una parte que cada ciudadano da de su fortuna para tener la seguridad del resto, y gozar de él de un modo agradable <sup>2</sup>. Segun Adam Smith, el tributo forma las rentas públicas que el pueblo contribuye á constituir para el soberano ó para el Estado, y por medio de sus rentas privadas <sup>3</sup>. Say se expresa de esta manera: «Es aquella parte de los productos de una nacion que pasa de las manos de los particulares á las del gobierno para sufragar los consumos públicos <sup>4</sup>.» Mme. Royer cree que la fórmula de Montesquieu teóricamente es buena, pero incompleta, y debía ser más explícita; que la de Smith indica solamente el hecho sin indagar la razon, y que la de Say no va más allá <sup>5</sup>. Nos parece la primera poco ó nada admisible, por los fines que asigna á los tributos que no se estiman como verdaderos; las dos restantes describen el hecho, y no más. Expongamos las que se leen en los libros de los autores que han tratado expofeso de esta materia. Mac-Culloch piensa que la contribucion es una parte, ó el valor de una parte de los bienes ó del trabajo de los individuos, exigida por el gobierno y puesta á su disposicion <sup>6</sup>. Esquirou de Parieu entiende por impuesto la extraccion que verifica el Estado de la fortuna ó el trabajo de los ciudadanos para satisfacer los gastos públicos <sup>7</sup>. Du Puynode lo juzga como una exaccion que realiza el Estado de las fortunas privadas, á fin de pagar á sus agentes y de desempeñar las funciones que se le confieren <sup>8</sup>. Girardin afirma que es y no debe ser más que una prima de seguros que pagan todos los miembros de una sociedad llamada nacion, para asegurarse el pleno goce de sus derechos, la eficaz proteccion de sus intereses y el libre ejercicio de sus facultades <sup>9</sup>. Por último, Mme. Royer formula el im-

<sup>1</sup> *El diezmo real*, 1707, pág. 24.

<sup>2</sup> *Del espíritu de las leyes*, lib. xiii, cap. 1.

<sup>3</sup> *Riqueza de las naciones*, lib. v, cap. 11.

<sup>4</sup> *Trat. de econ. polít.*, v, 9.

<sup>5</sup> *Teoría del impuesto*, pág. 708.

<sup>6</sup> *Tratado del impuesto: Introduccion*, pág. 7.

<sup>7</sup> *Tratado de los impuestos*, lib. 1, cap. 1, pág. 13.

<sup>8</sup> *De la moneda, del crédito y del impuesto*, II vol., cap. 11.—1, pág. 68.

<sup>9</sup> *El impuesto*, sexta edicion, 1852, pág. 229.



puesto como una cuota parte del poder productivo, bajo forma de servicios personales ó de contribuciones de toda especie que todo ciudadano debe á la comunidad en cambio de los servicios que ha recibido, que recibe y que recibirá por el hecho de su participacion social, y á título de restitucion hecha por las generaciones pasadas en ventaja de las futuras.—Esta contribucion es obligatoria y personal para todos, en los límites actuales de sus medios. Debe bastar para mantener el estado social en el grado de cultura que alcanza y permitirle progresar más allá <sup>1</sup>.

Paremos mientes en el término de esta reseña. Define Mac-Culloch sólo la materia de que se toman los tributos, mas no el derecho y los fines con que se cobran. Las ideas que señalan Parieu y Du Puynode como generales, como primeras líneas, merecen juicio favorable: las de Girardin no habrán de tenerse por verdaderas ni en la naturaleza, ni en los efectos que atribuye á toda gabela ó gravámen fiscal. La fórmula de Mme. Royer es rigurosamente científica, pero prolija, y en su punto de partida desconoce la noción del Estado, y parece igualar la condicion del Soberano y del súbdito; despues, al final, nos puede servir de transicion entre las opiniones seguidas generalmente y las de los modernos autores alemanes. Miéntas los escritores franceses é ingleses han creido ver en el Estado un mecanismo ó una simple institucion de seguridad y cuyos problemas son sólo negativos, los primeros hace tiempo que afirman es necesario y que por sí mismo se justifica, por depositarse en él los más altos y generales intereses de la nacion. Roscher dice que el fin supremo del Estado no se limita á la satisfaccion de algunas necesidades del pueblo, sino que abraza toda la vida del mismo: de suerte, que está llamado á tener todos los fines racionales y todos los medios racionales para conseguirlos <sup>2</sup>. Schäffle nos muestra que la contribucion se demanda á los ciudadanos á título de su público y general deber de conservar la vida social, sin ninguna mira de la utilidad de los servicios públicos por parte del contribuyente <sup>3</sup>, ó bien seguiremos á Wagner, formulando la definicion <sup>4</sup>: aquélla es el

<sup>1</sup> *Teoría del impuesto*, cap. *Princ. generales del imp.*, pág. 709: *Bibliot. del'econ.*

<sup>2</sup> *Sistema de econom. nacional*, 1860. Introduccion.

<sup>3</sup> *Sistema de economia polit. humana*, II, pág. 395.

<sup>4</sup> *Rau-Wagner: Trat. de Hacienda*, páginas 78 y 79.

conjunto de bienes que tienen obligacion de entregar los súbditos al Estado para la defensa del derecho en lo interior y lo exterior, y para los fines de general cultura. En nuestro sentir, en cualquiera de las dos postreras definiciones se señalan y determinan bien la naturaleza y el objeto que nos proponemos alcanzar con los tributos.

Nos cumple pasar ahora al estudio de la historia del impuesto. En sus caracteres generales, en los comienzos de la sociedad, el negocio principal de los gobiernos, así como la causa casi única de las gabelas, era la guerra: hé aquí por qué los servicios personales de los súbditos significaban mucho en los sistemas rentísticos de la antigüedad. ¿Qué investigacion puede producir tanta tristeza como la de las medidas fiscales consideradas en sus diversos efectos? Al emprenderla, dice Du Puynode, creeríamos ver, como en el sueño de César en las costas de África, innumerables ejércitos llorando y tendiéndonos los brazos. Duros eran los servicios personales; por eso su trasformacion en prestaciones pecuniarias habrá de estimarse como un progreso de la cultura y del perfeccionamiento de los gobiernos. En el origen de las repúblicas antiguas, en el seno de esos gobiernos apénas formados, de esos pueblos tan profundamente desiguales y pobres, el impuesto consistia solamente en el producto de las tierras públicas y el trabajo de los ciudadanos. Más tarde, con el aumento de las necesidades y el acrecer de las riquezas, se exigió tambien de las rentas particulares, ora directa, ora indirectamente, pero todavía sin orden ni justicia. Los pueblos en esta materia no han seguido en sus primeras épocas las leyes de la teoría, sino los consejos de la práctica: han buscado los métodos más fáciles y más lucrativos: sobre su sistema de Hacienda han ejercido influjo las circunstancias sociales, políticas, geográficas, económicas y morales. ¿Quién será capaz de indicar el tributo primero ó más antiguo? Mas muchas gabelas suponen un estado muy imperfecto de sociedad, como las prestaciones, los tributos en especie, y en los pueblos pastores, en los que los límites de las propiedades rurales parecen inciertos y caducos, las exacciones sobre los ganados.

En la India no pagaban impuesto alguno los bramanes, ni los kchatryas: los unos por las oraciones que dirigian á la divinidad para obtener sus bendiciones, y los otros porque debian derramar su sangre por la patria: las gabelas pesaban sobre los vaysias, que eran los



poseedores de la riqueza, y los sudras, que si por su pobreza nada podian pagar, estaban obligados á trabajar un dia todos los meses para el gobierno. El tributo consistia en la quincuagésima parte de la renta neta de los ganados, de las minas de oro y de plata; en un sexto, un décimo ó un duodécimo de la cantidad de granos recogidos, segun la mayor ó menor fertilidad de las tierras: en la sexta parte del beneficio que se lograra en la venta de leñas, carnes, miel y manteca clarificada, plantas medicinales, zumos vegetales, flores, raíces, frutas, etc.; el sexto de los productos de la venta de utensilios, objetos de cerámica, de piedra y perfumes; por último, para establecer la sexta parte sobre las ganancias del comercio, el Rey debia tener en cuenta el precio á que las mercancías habian sido compradas y por el que habian sido vendidas, la distancia del país del que se habian traído, y todos los gastos precisos para conservarlas en buen estado <sup>1</sup>. Resulta de lo expuesto que habia desigualdad en la base y en el repartimiento del impuesto, y que los mercaderes sufrían más gravámenes que los industriales, quizá porque requieren largo aprendizaje y aptitud singular cuando la industria nace. También se conocia la gabela de un vigésimo del precio en la venta de bienes inmuebles, y se dictaron aranceles para las mercaderías que se embarcaban en los canales y en los rios, ó que pasaban de un Estado á otro. El *moturpha*, escribe Hendriks, tiene un origen antiquísimo, llegando hasta los tiempos de las más remotas relaciones históricas de la India <sup>2</sup>: era una contribucion sobre la propiedad y sobre la renta, aplicada á los capitales y á los beneficios del comercio como de la fortuna mueble. El Rey tenía facultad de prohibir la importacion ó exportacion de cualquier producto y de atribuirse el monopolio de su renta en el interior y en el exterior. Vemos por el *Periplo* de Arriano que los diversos Estados de la Península exigían derechos de importacion *ad valorem* más fuertes sobre las telas de seda que sobre la seda bruta <sup>3</sup>.

La Biblia menciona el derecho adquirido por los soberanos de

<sup>1</sup> *Leyes de Manú*, lib. vii, eslocas 113 y sig.

<sup>2</sup> *Estadística de las rentas y tributos de la India*.

<sup>3</sup> Dumesnil Marigny: *Historia de la econ. polít. de los pueb. ant.*, primer volumen, pág. 105.—*India*, cap. ix, pág. 155.



Egipto sobre la quinta parte de los frutos. Algunos opinan que la tercera parte de las tierras asignada á la casta de los guerreros estaba sujeta á un impuesto, que no satisfacian las heredades cultivadas por el mismo propietario, y que los sacerdotes en tiempo de los Tolomeos pagaban tambien por sus bienes. Reynier conjetura que la contribucion gravaba la renta neta: otros juzgan que los Faraones se consideraban dueños del suelo, y que repartieron á los guerreros justas medidas de tierra, é impusieron tributos sobre el resto del país para ellos y para los templos, siendo los agricultores como arrendatarios y colonos; en este supuesto, los terrenos que satisfacian impuesto para los dioses se eximian de hacerlo para el rey. Poseemos *papyrus* bastante antiguos, en donde están anotados los nombres de los contribuyentes y lo que debian entregar en especie. Los templos estaban obligados á dar todos los años al fisco, una medida de trigo por cada porcion de campo cultivado (*asura*) y una cántara de vino por cada viña. Pagaban además una gabela en dinero, y cierta suma de tejidos de lino. En la piedra de Roseta, célebre por los trabajos de Champollion, se refiere la gracia concedida á los ministros del culto por los tejidos, de cuya fabricacion tenian el monopolio, y que servian para envolver las momias. Aristóteles dice que habiéndose prohibido la exportacion de cereales, no se pudieron pagar los impuestos. En las pinturas de los monumentos vemos trabajadores que dan valiosas ofrendas y entregan á las veces los ásperos tributos de las gentes vencidas <sup>1</sup>.

Multas, confiscaciones, rescates pecuniarios, derechos sobre el transporte de las mercaderías y el producto de las tierras, una capitacion universal, formaban las rentas públicas de los hebreos. Los Monarcas cobraban los frutos del dominio del Estado y de las posesiones unidas á la corona, y, lo que es propio de un pueblo por largo tiempo pastor, entre éstas se contaban gran número de valiosos ganados. Los israelitas sufrían la corvea; sus animales domésticos, sus servidores, sus hijos, fueron empleados como ellos mismos en labrar las tierras del príncipe. Maimonides cree que los Reyes perci-

<sup>1</sup> Reynier: *Econ. pub. y rural de los egipcios*, pág. 174.—Heeren: *Los egipcios*.—Duncker: *Hist. de la antig.*, 1 vol., pág. 222.—Dumesnil-Marigny: *Hist. de la economia polít. de los pueblos antiguos: del Egipto*, 1 vol., páginas 208, 255 y 296.

bieron el diezmo de los ganados y de los frutos de la tierra; algunos eruditos contradicen este aserto. ¿Cómo habian de dar á los Reyes—preguntan—lo mismo que á los sacerdotes? Esto hubiera sido colocar los derechos de los hombres al lado de los derechos de Dios. Hubo impuestos <sup>1</sup> extraordinarios para sufragar los gastos de la guerra, para obtener los socorros de los extranjeros, ó para pagar tributos á la nacion victoriosa. Por último, se establecieron peajes sobre los caballos y las telas que se trasportaban por el istmo de Siria.

Los atenienses miraban con disgusto los impuestos. Sus rentas públicas se tomaban en gran parte de los bienes del dominio público, del arrendamiento de los bosques, de las aguas para la pesca, y de las salinas. Las minas de Laurium suministraban valores importantes. Estos bienes se cedian á un asentista general, que se comprometia á entregar los productos de una manera regular en las cajas del fisco. Las minas de Laurium dieron los recursos que demandaba Temístocles para vencer á los persas. Se explotaban por numerosos esclavos y algunos hombres libres: en tiempo de Strabon apenas bastaban para cubrir los gastos de sus labores. El impuesto territorial se instituyó en una escala progresiva; pero la gradacion, en vez de pesar sobre la cuota del tributo, se determinó en razon del capital imponible ó del censo (*timema*). Los ciudadanos que poseian bastantes tierras para obtener 500 medidas de productos áridos ó líquidos, equivalentes á cinco mil dracmas de valor, se llamaban *pentacosimedimni*; se inscribian en el censo por toda su propiedad productiva, y pagaban un talento. Los que recogian en sus campos 300 medidas, que se designaban con el nombre de *triacosimedimni* ó *caballeros*, sufrían un gravámen sobre los  $\frac{5}{6}$  de su fortuna, calculada en tres mil seiscientos dracmas, y satisfacían medio talento. Los *zeugitas*, que sacaban de su heredad de 200 á 250 medidas, segun los cálculos de varios autores, se gravaban en los  $\frac{5}{9}$  de su capital, por el cómputo del mil ochocientos dracmas (en la hipótesis de 150 medidas de frutos). Los *tetas*, ó que eran dueños de menor fortuna, no contribuían á levantar las cargas públicas. Semejante con-

<sup>1</sup> Pastoret: *Hist. de la legislacion*, vol. III, páginas 415 y sig.—Dumesnil-Marigny: *Hist. de la econ. polit.*, II vol., cap. XII.—Duncker: *Hist. de la antig.*, lib. III, VI.



tribucion estaba en armonía con las instituciones democráticas, la sencillez de las costumbres griegas y la idea que nos dan Jenofonte ó Platon de las riquezas. Ellos sin duda la aprobaban como Montesquieu, porque *si no seguia la proporcion de los bienes, si la proporcion de las necesidades* <sup>1</sup>.

En Atenas el impuesto sobre el capital, que sólo se percibia en momentos extraordinarios, abrazaba la fortuna mueble y la inmueble: la cuota oscilaba entre el 1 y 4 por 100, y era mayor segun la suma de los bienes, y conforme fuese la estimacion del capital imponible, que no traspasaba los límites de un quinto de la riqueza efectiva en la clase más rica, y era menor tratándose de los ciudadanos cuyo bienestar fuese ménos grande. Obligados se hallaban á declarar sus bienes, y los atenienses, primero por vanidad, habian aumentado el importe de su haber; más tarde el extremo opuesto ocasionó una legislacion muy dura. El contribuyente inscrito en una clase demasiado alta con relacion á otra en que colocáran á algun convecino, tuvo el derecho de trasladar su cuota sobre el que creía más capaz de soportarla, ó de reclamar contra él, á falta de semejante sustitucion, el cambio de sus respectivas fortunas (*antidosis*). El ciudadano al que se dirigia tan grave demanda, podia oponerse. En tal caso, la fortuna de ambas partes sometíase á un exámen pericial (*apofansis*), y si su resultado era ventajoso al recurrente, su adversario veíase forzado al dicho trueque de los bienes, salvo que tomase sobre sí la cuota objeto de la discusion. La misma ley asignó un premio de las tres cuartas partes de la fortuna del que hubiese disimulado su importancia, al que hiciese una denuncia justificada. Tal era, en suma, la *Eisphora* ateniense, introducida, segun se cree, por Solon <sup>2</sup>.

Se conocian tambien las aduanas en los puertos del Pireo: se percibia un derecho de 2 por 100 *ad valorem* sobre las mercaderías que se exportaban en el momento de ser descargadas, en dinero y no en especie, operacion fácil, puesto que casi todo el comercio

<sup>1</sup> Boeck: *Econ. polit. de los atenienses*, libro iv.—De Parieu: *Historia de los imp. generales sobre la prop. y la renta*.

<sup>2</sup> Tucídides, III, 119.—Meursio: *Themis Attica*, II, cap. xxv.—Teofrasto: *Caractéres*, cap. xxiii.—Pastoret: *Legislacion de los atenienses*, cap. XVIII, VII vol., pág. 250 y siguientes.



de la Grecia se hacía por mar. El arancel ascendía al 5 por 100 en las ciudades confederadas. El derecho llegaba al 20 por 100 sobre los granos y otros productos que se introducían del extranjero. Duménil-Marigny juzga que existían medidas protectoras de la industria en Grecia; pero el mayor número de autores opina que eran puramente fiscales <sup>1</sup>.

Se cree que no fueron desconocidas las gabelas que se refieren á los consumos; los escritores refieren curiosos casos de contrabando, y entre ellos el de un aldeano que penetraba en la ciudad llevando barriles de miel en sacos de cebada, y á quien descubrieron los empleados al acudir para auxiliarle, por haberse caído su asno.

Las contribuciones sobre el uso del poder judicial constituían, según dice Boeck, un ramo fecundo de las rentas públicas <sup>2</sup>. Antes de presentar instancia alguna, las partes debían depositar la *prítania*: el actor que no hiciese este depósito, era rechazado, y el vencido perdía la suma que lo determinaba: vária aparece la postrera, según el linaje de las causas: tres dracmas—95 céntimos valía la dracma—en un negocio de 100 á 1,000 dracmas; de 30 en un litigio de 1,001 á 10,000, etc. En las acciones intentadas para obtener la posesión de una herencia, de la dote de una heredera, el actor entregaba la décima parte del valor demandado: igual suma se exigía en los pleitos que se incoaban para la devolución de los préstamos. Boeck compara las cantidades derivadas de las *prítanias* á las *sportulæ* que los magnates daban á los jueces de Roma.

Por numerosas causas se pagaban grandes multas, y eran condenados los ricos á la confiscación de sus bienes: casi era preferible ser pobre á constituirse en objeto constante de los ataques del pueblo; imponíanse tributos á los aliados en cambio de un contingente de tropas. Aristófanes contaba más de mil villas sujetas al yugo helénico, y proponía por burla llevar á cada una de ellas veinte atenienses pensionados. Los extranjeros, que sobrellevaban en Atenas el peso de la industria y de las artes, los metecos satisfacían un impuesto especial; los hombres, 12 dracmas al año, y las mujeres, salvo si

<sup>1</sup> Tucídides, vi, 54.—Esquirou de Parieu: *Tratado de los impuestos*, lib. v, cap. II.—Rau: *Tratado de Hacienda*, párr. 443, nota C.

<sup>2</sup> *Economía política de los atenienses*, II vol., capítulos ix y x.

tenian un hijo. El meteco que no cumplia su obligacion, era vendido como esclavo <sup>1</sup>.

El sistema rentístico de la república romana se estima como muy sencillo por Dureau de la Malle. Las rentas del Estado consistian en los bienes del dominio público, en contribuciones en especie, corveas, tributos en dinero á la entrada y la salida de las mercancías, ó al verificarse la venta de ciertos productos. El imperio tenía pocos gastos generales: la mayor parte de los impuestos y cargas gravaban á los municipios. El fisco y el Tesoro no se hallaban encargados más que de satisfacer las impensas del ejército de tierra y de mar, y de la administracion en las provincias imperiales. Segun el sabio autor que ántes hemos citado, hay grande semejanza entre el sistema de impuestos del imperio romano y el que rige en los Estados Unidos de América, en los que el poder central tiene á su cargo corto número de servicios. El ingenio fiscal de los romanos apuró todos los recursos: las personas y los actos, los bienes y la desgracia, la vida y la muerte, los objetos preciosos y las materias más viles, atrajeron las miradas codiciosas del despotismo de los Césares. Un autor inglés cree que sólo dejaron de inventar el impuesto del sello.

El tributo del censo pesaba sobre los plebeyos: su mismo nombre, *tributum*, se derivaba de las tribus de este orden: consistia en una cuota de tanto por mil, que variaba segun las necesidades del Estado: mas no era un impuesto sobre las rentas de la clase que lo sufría. Cuando los romanos triunfaban de algun pueblo vencido le exigian una contribucion anual para los gastos de la guerra, ó bien despojaban á los vencidos del todo ó parte de su territorio, que agregaban al dominio público: algunas veces establecian en él colonos que pagasen al tesoro una porcion de la renta de sus tierras. El impuesto en especie se llamaba *vectigal a vehendo*, dice Varron, porque se obligaba á trasportar los productos que lo constituían al lugar determinado por el gobierno. En la antigua república las tres principales ramas de la tributacion gravaban los campos cultivados, los pastos y las mercancías, que pagaban un derecho á la entrada y la salida de las villas ó de los puertos, y se llamaban *decuma*, *scriptura* y *porto-*

<sup>1</sup> Pollux, III, cap. IV.—*Demóstenes contra Aristogiton*, pág. 837.—Cap. LVI del *Viaje de Anacársis*.—Pastoret: *La legislación de los atenienses*, VI vol., pág. 325.



*rium*. Las tierras del dominio público se designaban con el nombre ya de *agri publici*, porque la propiedad pertenecía al Estado que percibía las rentas, ya de *vectigales*, porque se había concedido la posesion á particulares mediante un cánón en especie, *vectigal* <sup>1</sup>.

Parece que se conocian algunas exenciones en determinadas circunstancias y para cierto linaje de propiedades: las gentes patricias, por ejemplo, no pagaban cosa alguna, segun nos refiere Niebuhr, y lo mismo sucedia con las consagradas á los dioses ó á la conservacion de los templos: Ciceron lo afirma de un modo claro en su libro de *Natura deorum*, III, 19.

Los municipios gozaban del derecho de poseer bienes inmuebles, cuyas rentas servian para la construcción y sostenimiento de los templos, de los acueductos, de los caminos, de las calles, del culto, de la instruccion pública, etc. Los bienes comunes eran casi siempre terrenos baldíos ó de pastos *compascua*, donde se tenía por lícito que pastasen los ganados de la colonia.

El producto íntegro, ó el precio total del arrendamiento de las tierras que formaban el patrimonio de la república, ingresaba en el tesoro: era la renta más considerable del Estado, la que sufragaba el mayor número de cargas públicas: Ciceron la llama *caput vestrae pecuniae, fundamentum vectigalium*. El producto de las tierras cedidas á los colonos con el nombre de *agri vectigales* se mermaba por la porción reservada al fisco desde el origen del contrato. Parece, á juzgar por un fragmento de Higinio, que el *maximum* del impuesto territorial consistia en la quinta parte de la renta: Apiano señala como sus límites el décimo de los granos y el quinto de los frutos en las tierras concedidas á las colonias.

Los pueblos vencidos en la guerra y los países conquistados por los romanos, en particular si se hallaban fuera de la Italia, pagaban un impuesto fijo, que tenía por base un catastro, la estimacion y el valor calculado de sus propiedades: así acontecia en Cerdeña, África, España, Asia y las demás provincias, excepto en la Sicilia. Llamábase este impuesto *vectigal certum, annuum*. Créese que una parte de este tributo, llamada *stipendiarium*, se percibía en dinero: no

<sup>1</sup> Dureau de la Malle: *Econ. política de los romanos*, lib. IV, capítulos XII y XIII, segundo vol., páginas 402 y 407.—Guarini: *Hacienda del pueblo romano*, 1842.



sabemos la cuota que se cobrara de este modo y en especie. Tito Livio, Apiano y Ciceron muestran la diferencia existente entre la contribucion fija y el diezmo que era propio de la Sicilia, la que tenía la ventaja de que sus cargas seguian la proporcion de sus rentas, al paso que el Asia y otras regiones sujetas á las águilas de Roma sentian el peso de una gabela, además del diezmo, que no variaba en los años de abundante y de escasa cosecha. Por otra parte, los censores, cada cinco años, podian aumentar el impuesto, y lo adjudicaban en pública subasta á compañías que se encargaban de su percepcion. Desde el año 262 de la fundacion de Roma, si hemos decreer á Tito Livio, los romanos se hacian llevar cereales del país de los Volscos, de la Etruria, de la Campania y de la Sicilia, y despues de este tiempo se exigió de estas provincias conquistadas un tributo en trigo suficiente para sustentar la poblacion; en general, consistia en la décima parte de los productos, como entre los Atenienses, de quienes tomaron los ciudadanos esta regla de administracion á la manera de muchas otras.

Despues de la conquista de la Macedonia, se eximió á éstos de todo impuesto territorial; las leyes agrarias convirtieron el dominio de la república en propiedad privada de la plebe sediciosa y tornadiza; César, en fin, durante su consulado, despojó á la república del territorio de la Campania, la postrera de sus propiedades. Necesario fué apelar á nuevos recursos; el nombre, la entidad, y aún es probable que la cuota del tributo directo, cambiaron bajo los Emperadores. Augusto ordenó que se hiciese el censo, se llevára á buen término el catastro, y se verificase la estimacion de las propiedades en todo el imperio. De sospechar es que tales operaciones prolijas y costosas, tenian por fin aumentar las contribuciones, y que fuese la carga más tolerable por su distribucion equitativa. El gravámen á que aludimos se satisfacía de ordinario en monedas, y llegaba, segun la clase de las fincas, al quinto ó al sétimo de la renta, que se determinaba de antemano, conforme á un justiprecio oficial. De suerte y manera que la gabela fué una parte alícuota de la produccion supuesta, no de la real <sup>1</sup>. En tiempo de Constantino se redujo el suelo á cierto

<sup>1</sup> Dureau de la Malle: *Econom. polit. de los romanos*, lib. iv, capítulos xv y xvi, II vol., páginas 421 y 430.—Giraud: *Ensayo sobre la hist. del derecho francés*, I vol., pág. 101.—Guarini: *Hacienda del pueblo romano*, 1842.

número de unidades catastrales, llamadas *capita* ó *juga*. Todo *caput* se componia de cierto número de yugadas en prados, tierras labrantías, bosques y algun espacio en viñas, medido por el número de cepas, ó de un plantío de olivos. El *caput* ó *jugum* abrazaba de este modo una superficie, cuya extension variaba en razon de la fertilidad del terreno, cuyo valor era de 100 sueldos en capital, 15,100 francos, segun Dureau de la Malle, y 11,850, segun Savigny. Cuando se ve que la referida contribucion llegaba al límite de 7 áureos por *caput*, ó sea de 7 por 1,000, y alguna vez ascender á 25 por 1,000, como Ammiano Marcelino refiere de la percibida en las Galias por Juliano, será lícito pensar que la valoracion debe tenerse por inferior á la realidad. Presentaba el propietario una declaracion, *professio censualis*, que despues de un exámen contradictorio de la administracion, constituia la base del catastro, que se revisaba cada diez ó cada quince años, ya para corregir anteriores engaños ó faltas, ya para anotar los cambios ocurridos<sup>1</sup>.

Exigíase un tributo sobre los ganados, *scriptura*, que se juzga como un término medio entre las contribuciones directas é indirectas, porque era al mismo tiempo un cánon que se daba por el derecho de aprovecharse de los prados y tierras incultas de todo linaje que pertenecian al Estado, y un derecho de registro, una gabela por cada cabeza de ganado, de donde provienen el dicho nombre de *scriptura* y el de *capitatio*. Los pastos públicos se arrendaban por los censores en Italia y en las provincias; teníaase por el impuesto más antiguo y una de las rentas más cuantiosas. Así se explica que abriesen al diente destructor de los rebaños hasta los campos de la Cirenáica; los bosques, los sotos ó montes tallares, los espacios cubiertos de sauces como la selva Scantia ó Sila, y los tallares de Minturna, se dieron en arriendo para estos fines, y por estos pasos y términos los Apeninos se han quedado sin árboles.

En los últimos tiempos del imperio se demandó una contribucion sobre los beneficios de la industria y del comercio que se denominaba *lustralis collatio*, porque percibíase de cinco en cinco años, ántes de vencer el plazo, de antemano. El honrado mercader de Ale-

<sup>1</sup> Giraud: *Ensayo sobre la hist. del derecho francés en la Edad Media*, 1 vol., página 112,



jandría, dice Gibbon, que importaba piedras preciosas ó drogas de la India para uso del mundo intelectual; el usurero que obtenia del interés de sus capitales un vergonzoso y oculto provecho; el hábil industrial, el artesano diligente y hasta el oscuro vendedor de aldea solitaria, veíanse obligados á asociar á sus ganancias los empleados del fisco, y los soberanos del imperio, que toleraban la profesion de las prostitutas, partian con ellas su infame salario <sup>1</sup>. En principio, gravaba á toda persona que ejercitase una profesion mercantil. Dábase grande extension á los vocablos *mercatores* ó *negotiatores*; se comprendian con ellas individuos de toda condicion, como empleados de la casa imperial, decuriones, eclesiásticos, como los simples peones, los porteadores y los mendigos. Algunas profesiones estaban exentas; los aldeanos y colonos que vendian sus propias cosechas; los pintores que enajenaban sus cuadros; los que vivian penosamente del trabajo de sus manos; los sepultureros, los veteranos, siempre que su tráfico no pasára de cierta suma; los que formaban el gremio de los marinos, encargados de abastecer á Roma, y, por último, las ciudades consideradas como *universitates*. Para percibir el impuesto habia una matriz (matrícula), en la que se inscribían los contribuyentes: el reparto no se verificaba por los decuriones, sino por los mismos mercaderes ó por sus delegados, y su cuota se alzaba al 2 por 100 de las ventajas ó productos de la industria <sup>2</sup>.

La primera mencion del establecimiento de una aduana en Roma y de una gabela sobre la importacion de mercancías, se descubre en tiempo de los Reyes, probablemente de Anco Marcio, que se apoderó de Ostia y abrió este puerto al comercio extranjero. Tito Livio dice que los cónsules, despues de la expulsion de los primeros monarcas, libraron la plebe romana de las aduanas y de los tributos, *portoriis et tributo plebe liberata* <sup>3</sup>. La necesidad de dinero para la guerra obligó á restablecer las primeras en 573. Se conservaron las creadas en las provincias y se fundaron otras nuevas: la Sicilia

<sup>1</sup> Levasseur: *Hist. de las clases trabajadoras en Francia*, lib. 1, cap. vii.—Gibbon: *Hist. de la decadencia y caída del imperio romano*, cap. xvii.

<sup>2</sup> Serrigny: *Revista crítica de la legislación y jurisp.* Diciembre, 1861, vol. xix, página 519.

<sup>3</sup> *Historia*, lib. ii, cap. ix.



pagaba por derecho de exportacion el vigésimo del valor de los objetos exportados. Las aduanas fueron abolidas en Italia el año 572, segun Ciceron, no por la demasía del tributo, *non portorii onus*, sino por los abusos de la cobranza, *sed portitorum injuriæ*. Julio César restableció el impuesto para la importacion de las mercancías extranjeras. Alejandro Severo redujo á la trigésima parte los derechos de aduana y de peaje, con el fin de favorecer el comercio por tierra y por mar. Pertinax fué todavía más léjos, puesto que anuló las contribuciones que ideára la tiranía en la navegacion de los rios, á la entrada de los puertos, en el entronque y reunion de los caminos <sup>1</sup>. La voz *portorium* no designaba sólo el gravámen que se percibía en los lugares de abrigo de las naves, sino tambien los demandados en los caminos y en los puentes. Se ignora la cuota de la imposicion, que cambiaba con frecuencia. Ciceron refiere que el grano extraído de la Sicilia bajo el mando de Verres satisfacía el 5 por 100: Rau, siguiendo á Tácito, indica proporciones ménos fuertes, relativamente al valor. En tiempo de los emperadores bizantinos, los *portoria* ascendían al 12 1/2 por 100 del valor de los productos. No era menester que una cosa fuese venal para constituir materia de impuesto: un cadáver que trasladaban de una á otra sepultura, estaba sujeto al peaje en el camino por donde lo conducian.

Por último, y para no prolongar más este estudio de los impuestos romanos, diremos que existía uno de consumos, que se cobraba de la venta de los géneros en el mercado y del producto de las subastas. Se alzaba hasta el centésimo de su valor, y se llamaba *centesima rerum venalium*. Augusto lo estatuyó despues de las guerras civiles. Á pesar de las vivas instancias del pueblo, Tiberio no consintió en suprimirlo: despues de la union al imperio de la Capadocia, lo redujo á la mitad. El mismo tipo del 1/2 por 100 conservó durante el reinado de Neron. Plinio escribe que no habia en Roma un impuesto más odioso, y que pesaba sobre los pobres; y así el clamor de la plebe contra los príncipes fué tal, que se alivió el gravámen del tributo sobre las mercancías <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Rau: *Tratado de Hacienda*, párr. 443, nota C.—Dureau de la Malle: *Econ. polít. de los romanos*, lib. iv, cap. xix, II vol., pág. 447.

<sup>2</sup> *Historia natural*, lib. xix, cap. xix.

En la Edad Media el impuesto conserva un carácter de profunda desigualdad. Hay súbditos que pagan tributos, vasallos que tienen sólo el deber de ir á la guerra y suministrar soldados y medios de hacerla; la Iglesia en general es inmune: su glorioso destino y el empleo de sus rentas la exime de toda gabela; la plebe, la gente vulgar y mecánica, soporta el peso de las contribuciones. El patrimonio real, el dominio del Estado, sufraga el mayor número de las cargas públicas en los siglos primeros; el tercer estado cobra fuerzas y noble aliento para altas y temerosas empresas; más tarde, y sobre sus hombros, soporta el peso de importantes y variados gravámenes. Después de las conquistas de los bárbaros, no descubriremos una organización regular de los impuestos; faltan sus bases principales, el censo y el catastro; las exacciones de todo linaje, antiguas y nuevas, se revistieron de los caracteres de la enfiteúsis, y no se percibieron por el Tesoro público, sino por el señor directo del fundo. El edicto del emperador Cárlos II<sup>1</sup>, de 861, contiene, á decir verdad, un principio de organización del impuesto territorial, mas no es dable ver en él una ley general, y aún parece que no fué observado. Guillermo el Conquistador intentó llevar á buen término el primer catastro en Inglaterra en 1086. En el siglo siguiente los municipios libres de Italia formaron un registro censual, y de esta suerte crearon el mejor sistema de contribuciones. Como todos los progresos de la Edad Media, tenían estos el rasgo distintivo de su lentitud y de ser locales.

En primer término nos ocupará el dominio de la corona: llamáronse así los bienes que constituían su patrimonio; de donde se derivó la teoría de que era inalienable, que no dejó de ser ventajosa para impedir las prodigalidades de los príncipes; túvose también por imprescriptible. Componíase de heredades, bosques, casas, sus muebles y adornos, armas, joyas, etc. El soberano gozaba de ciertas regalías; así el Rey percibía las rentas de los beneficios vacantes hasta que el nuevo Prelado prestara el juramento de fidelidad. El dominio real se extendió á ciudades y provincias enteras, como el ducado de Francia, la ciudad y el condado de París; pero por lo

<sup>1</sup> Hallam: *Hist. de la Edad Media*.—Cíbrario: *Econ. polít. de la Edad Media*, lib. III, cap. VI, pág. 165.



que atañe á nuestro asunto, jamás de derecho, y conforme al modo de ser y naturaleza de las monarquías, pudieron confundirse cosas tan diversas. Las unas eran en su gestion, en sus rendimientos, propiedad del príncipe, y tal vez se enajenaban contra lo prescrito en el derecho; las otras, por extenso que fuese el ideal del vasallaje, en las leyes y documentos públicos consta que limitada la autoridad del Rey, nunca se olvidó de todo punto que el soberano ejercía una magistratura como defensor y juez de sus vasallos.

En los más remotos tiempos, despues de la invasion de los bárbaros, existian los impuestos personales. Los poseedores de las tierras alodiales prestaban el servicio de las armas; trabajaban los censatarios y colonos libres en la construccion de los castillos, en restaurar los muros, en cavar los fosos y la elevacion de terraplenes; obligados se hallaban á servir de guias, reparar los caminos y hacer más fácil el paso de las tropas con sus caballos y sus carros. Prestaciones de tal linaje, que algunos abandonaban sus campos para librarse de ellas <sup>1</sup>. La Gran Bretaña ha exigido impuestos personales desde el tiempo de Eduardo III; en tiempo de su nieto Ricardo II, el Parlamento impuso una contribucion extraordinaria de tres *groats* por cabeza—12 peniques, ó sean una peseta 20 céntimos—desde quince años para arriba; los ricos habian de suplir lo que no se percibiese de los pobres, por medio de una justa reparticion: á pesar de esto, la arbitrariedad de los colectores dió ocasion á las luchas que sostuvieron Wat Tyler, Jacobo Straw y otros jefes del pueblo <sup>2</sup>. En Castilla se conoció la *fossataria*, ú obligacion de trabajar en el reparo de los fosos de las fortalezas, así como la *Kastellaria* ó *castilleria* expresa la de levantar los castillos que se arruinaren y hacer las labores necesarias á su conservacion en buen estado. Á mediados del siglo xiii vemos convertida la postrera en un tributo de dos sueldos por vecino <sup>3</sup>. La moneda forera venía á ser una capitacion en reconocimiento del señorío real; satisfacíase de siete en siete años, y

<sup>1</sup> Ducange: *Glossarium*. V. *Servitium*, *vasallus*, *caput*.—Robertson: *Int. á la historia de emperador Carlos V.*—Cibrario: *Econ. polít. de la Edad Media*, 1 vol., pág. 136.

<sup>2</sup> Mac-Culloch: *Sistema del impuesto*, pág. 107.—Hume: *Hist. de Inglaterra*, capítulo xvii, II vol., pág. 96.

<sup>3</sup> Sr. Colmeiro: *Hist. de la econ. política en España*, 1 vol., pág. 467.



llegó á pedirse de cinco en cinco. Pesaba de un modo desigual, porque tantas monedas pagaba el hombre de afán que no poseía más que una azada y un asno, como los labradores ricos <sup>1</sup>. En los reinados de Fernando III y Alonso X se exigía un sueldo pepion por cabeza. Despues fué mayor el gravámen, puesto que cada aljama pagaba 6,000 maravedís cada día, dando por pecho el quinto por cabeza.

En el siglo XI Enrique I de Inglaterra exigió un tributo permanente de 12 denarios por cada *hyde* de tierra: de éstas tenía aquél pueblo 300,000, y el producto de la gabela llamada *hydage* correspondía á 15 millones de pesetas <sup>2</sup>. Enrique II hizo contribuir á los barones y sus terratenientes con su fortuna, en lugar de hacerlo con su persona, y levantaba impuestos sobre sus baronías y sus feudos <sup>3</sup>. Ricardo I, en el nono año de su reinado, mandó percibir una contribucion de 5 chelines sobre cada aranzada de tierra, y como rehúsase el clero cumplir el precepto real, dictó contra él leyes injustas <sup>4</sup>. Parece cosa cierta que con los nombres de *scutaje* y de *danegelt*, los Reyes normandos obtuvieron tributos sobre la tierra arbitrarios y ónerosos, alegando como motivo, ora expediciones militares, ora la defensa del reino <sup>5</sup>. El Sumo Pontífice permitió algunas veces que se demandase al clero el diezmo de sus bienes: primero con motivo de las cruzadas ó de otras empresas útiles á la Religion; se extendió más tarde á los príncipes piadosos en aquellas circunstancias en que habian menester recursos pecuniarios <sup>6</sup>. En Castilla hubo la *fonsadera* ó *fonsataria*, que era un impuesto cobrado para gastos de la guerra por aquellos que no iban á campaña, y que solía dilatarse á los monasterios. Conociéronse asimismo las tercias reales, tercera parte de los diezmos que los Papas otorgaron á los Reyes para auxilio de la guerra de los moros <sup>7</sup>.

Orígen de renta para el Tesoro fueron los subsidios, contribuciones extraordinarias en dinero, pagadas á razon de tantos dineros por

<sup>1</sup> Pág. 469.

<sup>2</sup> Tayler: *Hist. del impuesto*, pág. 3.

<sup>3</sup> Hume: *Hist. de Inglaterra*, cap. ix, 1 vol., pág. 343.

<sup>4</sup> Hume: *Ibidem.*, cap. x, pág. 369.

<sup>5</sup> Hume: *Apendice II*, pág. 433.

<sup>6</sup> Cíbrario: libro III, cap. VI, II vol., pág. 192.

<sup>7</sup> Sr. Colmeiro: I, pág. 466.

fuego, que el príncipe no imponía, sino que demandaba á los nobles y al pueblo, y más tarde hasta á los mismos prelados. Este impuesto se extendía á todos los bienes; su signo era el hogar; su base la tierra. Como digno de nota estimamos el que obtuvo Carlos VII de Francia, al terminarse la guerra de cien años, para mantener en pie de guerra desde 1445, diez y seis mil infantes y nueve mil caballos.

No se dejó de gravar la industria. El conde de Saboya percibía seis dineros anuales de los zapateros que en Vevey tuviesen tienda con puerta y ventana, despues de haber trabajado un año y un día. En el reino de Nápoles se había establecido una gabela sobre la tintorería y el alisar de los paños. En el valle de Susa, los que fabricaban escudillas en los bosques del conde satisfacían un tributo. En Florencia las rentas industriales pagaban un impuesto progresivo. La república de Venecia demandaba una parte de los salarios y de las pensiones, y gravaba los diversos oficios <sup>1</sup>. Enrique II de Inglaterra fué el primero que levantó una contribucion sobre los bienes muebles de sus súbditos nobles ó plebeyos. Su celo por las guerras de la Tierra Santa hizo que se sometiesen á aquella imposición, y una vez dado el ejemplo, fué ésta el modelo de las que se cobraron en los años siguientes <sup>2</sup>. Tales ejemplos del impuesto sobre la riqueza mueble reconocieron como causas los derechos de la soberanía, el favor de los intereses morales, el odio que surge en las repúblicas democráticas de la mirada envidiosa que los plebeyos dirigen al lujo y goces de los ricos; y decimos esto, aludiendo al tributo progresivo de Florencia, en la que se creó en 1378 la gabela que ha merecido la siguiente censura de Maquiavelo, en su *Historia florentina*: «Las ciudades que se gobiernan con el nombre de república cambian con frecuencia sus gobiernos y estados, no pasando de la libertad á la esclavitud, sino de la servidumbre á la licencia. Porque de la libertad sólo se celebra el nombre de los ministros de la licencia, que son los populares; los nobles son esclavos.» En 1495 se propuso al gran Consejo de Florencia la *décima scalata* (el diezmo en escala ascendente), segun la cual el poseedor de cinco ducados de renta debía

<sup>1</sup> Esquirou de Parieu: *Hist. de los imp. generales sobre la propiedad y la renta*, cap. II. —Cibrario, pág. 180.—Daru: *Hist. de Venecia*, vol. VI.

<sup>2</sup> Hume: *Hist. de Inglaterra*, cap. IX, 1 vol., pág. 343.



pagar la décima parte, el de diez ducados la cuarta, además de la dicha décima, y así sucesivamente, por cada cinco ducados que un hombre tuviera, habria de contribuir con la cuarta parte sobre la base de la contribucion, que impugnó en un discurso célebre el historiador Guicciardini.

De grande aplicacion fueron en los siglos medios las aduanas y gabelas en sentido estricto. En los principales caminos apenas habia castillo ni puente en que no se exigiesen derechos de tránsito, de lo que resultaba que á cada paso encontraban los mercaderes nuevos obstáculos y habian de sufrir nuevas pérdidas de tiempo y de dinero. En el corto espacio de 22 millas que separan á Turin de Susa, además de los peajes de estas dos ciudades, existian los de Rívoli, Avigliana y Bussolino. No siempre se establecian diferencias entre las mercancías destinadas al tráfico interior y las que se trasportaban al extranjero. Los que hoy llamamos impuestos de consumo se comprendian con el nombre de derechos de tránsito<sup>1</sup>. Como ménos numerosos deben señalarse los que se demandaban á la salida ó extraccion de géneros y frutos, que gravaban los productos indígenas: no se dejaba de cobrar tributo sobre los valores cuya exportacion estaba prohibida, siempre que se concedia por gracia una excepcion. En la parte de Italia sujeta á los normandos se conocian derechos de *dohana*, que eran de un tanto por ciento del valor de todos los productos, que en modo alguno excluian los de tránsito, ni otros sobre la seda y los embarques. La imposicion variaba de un lugar á otro, y ántes de que los mercaderes hubiesen pactado con los príncipes y los magnates, experimentaban cambios súbitos que arruinaban el comercio. Los aranceles no se formaban con la base de la calidad ó el valor de las mercaderías; se percibian por unidad de volúmen: ó bien el gravámen era diverso, segun su origen, francés, lombardo ó flamenco. En el siglo XIII se siguió un método mejor, que consistia en quedarse con una porcion de las mercancías, es decir, en un tributo en especie<sup>2</sup>. En la Edad Media el dicho impuesto se juzgó como una compensacion de la ventaja de usar de

<sup>1</sup> Cibrario: *Econ. polít. de la Edad Media*, segundo vol., pág. 175.

<sup>2</sup> Cibrario: *Loco citato*, segundo vol., pág. 176.



los caminos y de los puentes, y se llamaron *Ripaticum*, *Pontaticum*, *Temonaticum*, etc.

Mac-Culloch pretende que las aduanas existían en Inglaterra antes de la conquista normanda. En 1206, según dicho autor, el rendimiento de las mismas, unido al tributo de las ferias y mercados, ascendió á 4,958 libras esterlinas. Hume refiere que los Reyes normandos recaudaban dos toneladas, una delante y otra detrás del palo mayor de cada buque que aportase vinos al reino: que todas las mercancías satisfacían una parte proporcional de su valor, y que imponían á su arbitrio <sup>1</sup> un derecho de peaje sobre los puentes y los ríos, y que poco á poco los pueblos fueron comprando la libertad de arrendar aquellas contribuciones. Los mercaderes consintieron en tiempo de Eduardo I en el establecimiento de un impuesto perpétuo de un marco sobre cada saca de lana exportada, y de un marco sobre cada remesa de trescientos cueros <sup>2</sup>. El año 1349 representó el Parlamento que por la gabela ilegal de 40 chelines—50 pesetas—en cada saca de lana que se extraía del reino, sacaba Eduardo III 60,000 libras esterlinas en solo un año <sup>3</sup>.

En Castilla se conocieron los derechos de tránsito con los nombres de portazgo, pontazgo y barcaje, y solían pedirse en los lugares de mayor concurrencia, y sobre todo en las avenidas de las ferias y mercados. Asimismo fué antigua regalía de la corona imponer tributo á las mercaderías que pasaban de Castilla á otros reinos, ó de éstos venían á Castilla. Si entraban ó salían por los puertos, se llamaban diezmo de la mar; además se percibían al paso de las montañas ó puertos de tierra entre Castilla y Aragon, Navarra y Portugal: los moros recaudaban un derecho equivalente en los puertos de Andalucía, y subsistió despues de la reconquista, habiéndole reducido á la octava parte del precio de los géneros y frutos <sup>4</sup>. En Aragon la leuda consistía en una gabela á que estaban sujetos los mercaderes en razon de las cosas que introducían ó sacaban por los lugares que

<sup>1</sup> Rau: *Trat. de Hacienda*, párr. 443.—Mac-Culloch: *Sistema de imp. y de la deuda*, pág. 234.—Hume: *Apéndice II*, pág. 433.

<sup>2</sup> Hume: *Hist. de Inglaterra*, cap. XIII, primer vol., pág. 512.

<sup>3</sup> Ibidem, cap. XVI, pág. 88 del segundo vol.

<sup>4</sup> Sr. Colmeiro: *Hist. de la econ. polít. en España*, cap. XLIX, primer vol., pág. 470.

abrigan las naves ó que dan acceso á los montes. Juan I, en 1394, estableció el pariaje, arbitrio consular que se exigía de todas las mercaderías que descargaban en la rada de Barcelona <sup>1</sup>.

Sabido es que el estado llano ó tercer estado logró lenta pero seguramente riquezas, poder é influjo en la Edad Media; por esta causa consagróse como máxima del derecho público de Europa que no se pudiese repartir y cobrar impuesto alguno, que no fuese previamente autorizado por los representantes del dicho elemento social, reunidos en Asamblea, Córtes ó Parlamento. En Inglaterra Enrique I prometió observar las leyes de Eduardo, y no exigir contribuciones arbitrarias sobre los caseríos y cortijos de los barones. En la Carta Magna de 19 de Junio de 1215 se ajustaron los *scutajes*, esto es, los donativos que exigía el Rey en ciertas ocasiones, á los casos y tarifa del tiempo de Enrique I, y sólo se concedió al Gran Consejo la facultad de otorgar cualquiera otra contribucion; permitióse á los mercaderes la libertad de verificar sus transacciones mercantiles, sin estar expuestos al pago de derechos arbitrarios <sup>2</sup>. La frecuencia de los casos en que era forzoso pedir subsidios á las ciudades y villas, obligó á pensar en que las mismas prestasen su consentimiento para que el plan fuese hacedero, por cuya razon hizo despachar órdenes á los sherifs, Eduardo I, para que las dichas corporaciones enviasen dos diputados al Parlamento con poderes bastantes de su comunidad para que accediesen á lo que el Rey y su Consejo de ellos reclamasen. Los magnates, reunidos en Lóndres, exigieron que se añadiese á las dos cartas una cláusula, en virtud de la cual no fuese lícito levantar tributos sin el beneplácito del Parlamento: famoso estatuto de *tallagio non concedendo* <sup>3</sup>. En Francia, en 1302, Felipe el Hermoso, ante los diputados de 40 ciudades, hubo de prometer no exigir en lo sucesivo un impuesto como aquel que gravaba las ventas, y dió margen á motines y tumultos en várias partes del reino. Bajo la regencia del delfin Cárlos, los Estados generales de 1357 acordaron que las contribuciones en lo sucesivo habian de ser votadas por la dicha asamblea, que velaria sobre el empleo de los fondos del Tesoro. Los Estados generales de Orleans

<sup>1</sup> Sr. Colmeiro: *Hist. de la econ. polít. en España*, cap. I, pág. 494.

<sup>2</sup> Hume, cap. xi, pág. 404, 1 vol.—E. de Bonnechosse: *Historia de Inglaterra*.

<sup>3</sup> Hume, cap. xiii, pág. 551.—Bonnechosse: *Ibidem*. primer vol.



de 1439 votaron para el sueldo del ejército 1.200,000 libras, que Carlos VII supo convertir en una talla perpétua. En Castilla reinaba Fernando IV, y en las Cortes de Valladolid de 1307 el Rey acordó, á petición de los omes buenos, no imponer tributos ni servicios contra fuero. Confirmaron este ordenamiento, Alfonso XI en las Cortes de Madrid de 1329, los tutores de Enrique III en las de 1391, y Juan II en las de Valladolid de 1420 <sup>1</sup>. Por estos pasos y términos, los pueblos hubieron de estimar como un principio de derecho público la libertad de repartir y mandar que se cobrasen los impuestos, causa poderosa de intervención en el régimen y gobierno del Estado, y uno de los orígenes del sistema representativo. El derecho de consentir los tributos y gabelas afirma y da valor al derecho de propiedad, siempre inseguro é ineficaz, si un poder arbitrario merma y disminuye á su antojo nuestra fortuna, con el pretexto ó la necesidad de levantar contribuciones. Es una regla de orden, de recta inversion de las rentas del Estado: el poder resiste á la demanda y sugerencias de los favoritos, de los ávidos de mercedes y pensiones que le cercan y solicitan. Tocqueville admira la singular sagacidad de Commynes, cuando dice: « Carlos VII, que obtuvo la facultad de percibir la talla sin el consentimiento de los Estados generales, gravó su alma y la de sus sucesores, é hizo una herida á su reino, que arrojará sangre por mucho tiempo. » Guizot no juzga legítimo un impuesto que no sea libremente consentido por el país.

La monarquía extiende su accion y robustece su autoridad; la política exterior, las conquistas en el Asia y la América, los ejércitos permanentes, los servicios administrativos, las obras públicas y las empresas que los gobiernos llevan á cabo, y que ántes se desconocian, fueron causa de extender más y más los tributos. Así, las contribuciones en dinero sustituyeron á los servicios personales y á los auxilios en especie, y el Estado inició el régimen de una administracion regular <sup>2</sup>.

Cherbuliez observa que á medida que se aumenta la riqueza mueble, que los medios de gozar se multiplican y diversifican, el

<sup>1</sup> Sr. Colmeiro: *Curso de der. pol. segun la hist. de Leon y Castilla*, pág. 323.

<sup>2</sup> Tocqueville: *El antiguo régimen y la revolucion*. — Hallam: *Hist. de la Edad Media*, 1 vol., pág. 118. — Guizot: *Hist. de la civ. en Francia*, IV vol.



amor del poder cambia y se altera: el deseo del bienestar interviene en una proporcion siempre mayor, y concluye por dominar de tal modo, que la autoridad no tiene precio si no la acompaña el mismo bienestar, y si su ejercicio es incompatible con la actividad que se manifiesta para el logro de la fortuna <sup>1</sup>. Bien que M. Audifret juzgue que nuestro sistema de Hacienda se compone de combinaciones variadas y sucesivas, que no se unen y enlazan con plan alguno, ni con una idea sintética, creemos que despues del siglo xvi dejóse sentir en la esfera del Estado el influjo de los nuevos elementos sociales, de la industria y el comercio, y siquiera fuese de un modo imperfecto, se procuró, no sólo demandar tributos, mas tambien que la riqueza nacional se aumentase, y con ella la suma imponible. El comercio adquirió un carácter de interés político, y hubo el deseo de darle favor y aliento. No sin contradicciones y sin un conocimiento exacto de las leyes de su desarrollo, el sistema mercantil, gravando la importacion de los productos extranjeros y permitiendo la de materias primas; otorgando premios á la exportacion de los artefactos de la propia tierra y concediéndoles un monopolio en el mercado colonial, intentó llevar á cabo el propósito primero y fundamental que habia formado. Las reglas severas á que sujetó la industria á los mismos fines iban encaminadas, por más que las gabelas de las aduanas y de los consumos y monopolios fueran no pequeños estorbos y embarazos para el logro de la empresa <sup>2</sup>. La voluntad soberana, aún en los momentos en que se sobrepuso á los deseos formulados por el tercer estado en las Córtes, y dejó de cumplir lo que tantas veces pactára, hizo fácil la percepcion de los impuestos; por una parte, permitió tener en cuenta las circunstancias; encentar los recursos allí donde aparecian más abundantes, más disponibles, y separar los obstáculos locales ó accidentales que encuentra la aplicacion de toda regla absoluta en materia fiscal: por otra, procura el asentimiento de los contribuyentes, la comun aspiracion, asociándose sin dificultad al voto de aquél que desde las alturas en que reside escucha todas las quejas, refleja todos los rayos

<sup>1</sup> Cherbuliez: *Resúmen de la ciencia económica*, lib. iv, cap. 1.

<sup>2</sup> Scherer: *Hist. del comercio, Tiempos modernos, Reseña general*, II, II vol., páginas 19 y sig.—Gandillot: *Princ. de la ciencia de la Hacienda*, I vol., pág. 65.

de luz, sondea todas las perspectivas: de aquél que se perpetúa como la sociedad, y que ha de tener miras y política para lo porvenir, tradiciones que respetar, ejemplos que seguir; de aquél que, por la íntima union de sus intereses con los de la sociedad, da las más grandes garantías de perseverancia, de celo, de patriotismo; de aquél, en fin, á quien corresponde la responsabilidad moral de sus propios actos.

Desde el siglo xvii se publicaron obras en la Gran Bretaña que tendian á reformar de una manera parcial las bases y reglas de la pública Hacienda: ora querian renovar los impuestos bajo el punto de vista político; ora seguian más ó ménos las ideas dominantes y poco acertadas de su época. En 1707, Vauban propuso á la Francia una contribucion territorial que comprendiera y abrazára las clases privilegiadas y algunos tributos indirectos, como una gabela sobre la sal y las aduanas. En el reinado de Luis XV, los contralores hablaban de reduccion de gastos, de distribucion igual de los impuestos, de cambios en el modo de recaudar. Choiseul se inquietaba poco por el déficit, que pensaba desaparecer en lo porvenir, suprimiendo los monasterios y arrojando el peso de los tributos sobre el clero. Los ministros de Luis XV ideaban planes de atrevidas reformas, que la resistencia de los interesados no permitia plantear. Vemos pruebas de este aserto en los planes de Machault, que desenvolvió el crédito público, en el comienzo del catastro por Bertin, y en las propuestas, miradas con enojo, de Mainon de Ivan. En España era desordenado, confuso y desigual el sistema de las rentas públicas; pero el marqués de la Ensenada y los ilustres hombres de Estado que aconsejaban á Carlos III, aliviaron é igualaron algun tanto las cargas públicas, y meditaron su sustitucion por otras más leves, como justifican los costosos y amplios trabajos estadísticos que se llevaron á cabo <sup>1</sup>. Turgot fué en el poder el discípulo fiel de los economistas, cuyas doctrinas intentó plantear con algunas modificaciones. Mandó que fuese libre el comercio de los cereales, luchando con adversarios tan ilustres como Necker y Galiani; abolió los gremios y aprendizajes, é intentó rebajar el interés del dinero, derogando la ley de la tasa; quiso dar publicidad á las hipotecas para asegurar el pago de las

<sup>1</sup> Sr. Colmeiro: *Hist. de la econ. polít. en España*, II vol., pág. 563.

deudas, y preocupado con la doctrina del producto neto y el alivio general de las clases pobres, proyectó reducir todos los impuestos á la contribucion territorial única, lo que produjo el descontento y alarma de los propietarios <sup>1</sup>.

El semblante de las cosas ha cambiado grandemente en nuestros tiempos. Escrutado con profundidad el derecho público, y desenvuelto más bien á impulso de la filosofía que de la historia, del concepto del Estado, del juicio que se forma sobre el origen, naturaleza y fines de la sociedad civil, nacen y se derivan las teorías acerca del derecho de establecer y repartir las contribuciones, de su base y de sus límites, que deben estimarse como uno de los poderosos motivos que explican los artículos á ellas referentes en nuestros Códigos políticos. Para los que pensamos que una constitucion no es, ni parece justo que sea, más que la fórmula de un derecho preexistente, y que nunca será mejor observada que si se descubren sus raíces en la historia, no habrá de resultar difícil empresa admitir que la igualdad y el sufragio de los cuerpos, consejo al mismo tiempo que valladar del príncipe y sus ministros, constituyen dos caracteres que hemos apuntado como inherentes á todo tributo de los tiempos en que vivimos. No basta que un impuesto se conforme á los principios de la teoría, que en su modo de ser no se aparte de las máximas ménos controvertidas de la economía política: áun despues de esta fortuna, el derecho tendrá que escudarlo con su augusta sancion, que de otra suerte, sobre todas sus ventajas, por cima de todas sus excelencias, notaremos con disgusto que hay una mancha y un mal que fuera peligroso extender: la mancha y el mal de la injusticia. La oposicion al derecho público equivaldria á un decreto de *no há lugar* <sup>2</sup>.

Pocos negarán que en un estado de general cultura se ha de estimar como ventaja de sumo valor que las exacciones fiscales aparezcan en estrecho maridaje con la ciencia. Su título mejor para merecer universal asentimiento, ¿no podrá hallarse en la expresion de las reflexiones de los sábios? ¿Dónde que no fuere el conocimiento de los daños que es dable se originen de las complejas y múltiples

<sup>1</sup> A. Bailly: *Hist. de la Hacienda*.—Blanqui: *Hist. de la econ. polít.*, cap. xxxiii.—Lavergne: *Los econ. franceses del siglo xviii*.—Turgot.

<sup>2</sup> Gandillot: *Principios de la ciencia de la Hacienda*, II vol.



consecuencias que forzosamente habrán de producirse? ¿Y no es cosa averiguada que el impuesto, no solamente puede oponerse al curso natural de la riqueza, sino que quizá llegue á secar los veneros en que nace? M. Audiffret ha dicho muy bien que aceptamos la existencia de los impuestos establecidos como un poderoso argumento en su favor; pero creemos que es necesario en lo sucesivo protegerlos con una demostracion conforme á la sana teoría, y de todo punto convincente para la razon pública <sup>1</sup>. La ciencia analiza, eleva sus conceptos al perpétuo bien, á la eterna justicia, y se muestra ajena á las pasiones, á las luchas de los partidos, á las amenazas de la plebe tornadiza. El espíritu se complace en las ideas de levantar tributos sin encantar la riqueza que va á producirse, ya que no sea dable dejen de encantar la producida; de fundar un sistema que se armonice con el desarrollo moral y material de un pueblo, y de conseguir con los medios fiscales que se logren los fines que se miran como inherentes al Estado y al hombre, en el orden religioso, moral y del derecho. Tornamos á apuntar una reflexion de M. Audiffret: «Importa medir todos los sacrificios de los contribuyentes en la proporcion relativa de todas sus facultades, para que cada uno participe, cuanto es posible, de las cargas y de las ventajas de la sociedad <sup>2</sup>.»

Al llegar al fin de este capítulo, séanos lícito decir que si el Estado procura el bienestar y la cultura de sus miembros, si cierra las heridas sociales con mano piadosa y vigilante, si en sus relaciones con las naciones extrañas se ajusta á los principios que reunen los diversos estados en una asociacion jurídica y humanitaria, y asegura á todos los hombres la proteccion comun de los derechos individuales, universalmente reconocidos, el impuesto se destinará á objetos que aprueba la razon, y no deben juzgarse como ajenos al derecho. Los pueblos, en general, tienden en su existencia, que hoy se liga y enlaza, en virtud de instituciones y grandes obras que no sirven á los miembros de uno solo de esos Estados, con la vida de los demás, á llegar á ideales y términos de prosperidad y de grandeza á que el sistema rentístico debe encaminarse de consuno con otros elementos morales y materiales, cuyo empleo, de otro modo, pudiera hacer difícil.

<sup>1</sup> *Sistema rentístico de Francia*, 1 vol., pág. 26. — Gandillot, 1 vol., pág. 21.

<sup>2</sup> *Sistema rentístico de Francia*, 1 vol., pág. 47.

## CAPÍTULO II.

SUMARIO: *Naturaleza del impuesto.*—*Si es un precio de gozes y satisfacciones, como opina Sismondi.*—*Si es una prima de seguridad.*—*¿Debe juzgarse como un derecho del Estado y el concurso de los miembros del cuerpo político para fines en cuyo cumplimiento toman parte?*—*¿Los tributos son un mal necesario?*—*Moderacion de los impuestos.*—*Argumentos en favor de esta proposicion.*—*Autores que creen son aquéllos el mejor empleo de la fortuna y un estímulo para que los súbditos trabajen y produzcan con más ardor y energía.*

Trazada á grandes rasgos la historia del impuesto, pasemos á examinar un punto interesante, y que tenemos como la explicacion primera y necesaria de las doctrinas que van á ocuparnos en lo sucesivo: nos referimos á la naturaleza de las contribuciones.

Desde luego diremos que nace de la ley; pertenece á la distribucion de los bienes por la vía de la autoridad. Apénas se concibe más que en las sencillas tribus de remotas edades, en las sociedades que surgen de un pequeño grupo de familias, una prestacion voluntaria; el acuerdo de los jefes y cabezas de esas familias sería obligatorio, en ese supuesto, á los que se negáran á cumplirlo. Si suponemos que, para evitar toda injusticia, se resolviese que el impuesto fuera voluntario, el hombre íntegro satisfará la parte del desleal: la moral de nuestro tiempo, el odio á la administracion fiscal que viejos abusos han inspirado al pueblo, la pobreza de muchos, el malestar moral, la hostilidad de los partidos, reducirían á muy poca cosa los dones gratuitos, la ofrenda en aras de la pátria <sup>1</sup>.

J. B. Say cree que el impuesto consiste en el valor que se exige, sea en dinero, en mercancías ó en servicios personales: se contenta con que el soberano, pueblo ó príncipe, limite las necesidades del Estado

<sup>1</sup> Mme. Royer: *Teoría del impuesto. Impuesto único sobre la renta*, pág. 790, vol. x de la *Bibliot. dell'econ.*

cuanto lo permita su seguridad, su bienestar y su gloria, y sean aquéllas la medida de los tributos <sup>1</sup>. Sismondi opina que el contribuyente compra goces por medio del impuesto; el orden público es un goce, lo son la justicia, la garantía de su persona y de su propiedad: satisfacciones son los trabajos públicos, que le proporcionan caminos cómodos, espaciosos paseos, aguas saludables; placer causan la instrucción pública y el culto; goce es asimismo, y el complemento de todos los otros, la defensa nacional, que conserva á cada uno su parte en las ventajas que el orden social debe asegurarle <sup>2</sup>. En rigor, es exacto lo que escribe el ilustre economista, pero en absoluto no es posible aceptar semejante principio; aún concediendo que no se comprendan más que los placeres lícitos, la razon es débil y vagos ó indeterminables los límites de las contribuciones. El placer no puede ser causa, ni puede constituir la naturaleza de los actos del Estado: será una consecuencia, y jamás una justificación.

De Girardin, Thiers y Garnier ven en el impuesto una prima de seguros. El primero afirma que aquél no habrá de tenerse más que como el concurso de cada individuo que abriga la esperanza de obtener una utilidad proporcional; de lo que se sigue que la sociedad debe á cada contribuyente un dividendo en ventajas y en poder, proporcional á su contribucion <sup>3</sup>. Thiers dice: ¿qué es la sociedad más que una compañía en la que cada uno tiene más ó menos acciones y en donde es justo que cada uno pague proporcionalmente á las que posee, en razon de diez, ciento, mil, pero siempre segun la cuota impuesta á todos? El principio del impuesto es semejante ó igual al de una compañía de seguros, en la que se paga el riesgo á proporcion del valor garantizado <sup>4</sup>. Notemos que una comparacion sirve para hacernos comprender los hechos, las doctrinas que examinemos; mas sería opuesto á la lógica pretender que á ella se reducía la índole del asunto examinado. En la sociedad civil no se indemniza al que sufre un daño ó perjuicio, bien que Ahrens defiende que así debía suceder <sup>5</sup>. Los mismos que gobiernan pagan

<sup>1</sup> *Tratado de econ. pol.*, lib. v, c. xi.

<sup>2</sup> *Nuevos principios de economía política*, II vol., lib. vi, cap. i.

<sup>3</sup> *El impuesto*, 1850, pág. 193.

<sup>4</sup> *De la propiedad*, lib. iv, cap. III, II.

<sup>5</sup> *Curso de derecho natural*: parte especial, seccion I, cap. v, pág. 281.



contribucion; en las compañías de seguros, el que renuncia á sus beneficios no pierde sus derechos de ciudadano y su propiedad como el que se niega á pagar el impuesto ó se expatría. Mas estas reflexiones podrán parecer de poco momento: más grave aparece la afirmacion de que se deriva esa idea del impuesto del contrato social, que se olvida el origen y los fines del Estado, que no es una asociacion voluntaria, y como tiene que hacer cumplir los fines propios del hombre en la tierra, no más allá, de aquí que no sea dable admitir que el tributo se determine por una relacion de los bienes que se aseguran y de los medios y coste de las fuerzas y elementos á que se debe la seguridad.

Duprat, Cherbuliez, Proudhon, ven en el impuesto un cambio de servicios, la cesion de los recursos que el Estado requiere para dispensar los beneficios que nacen de su accion. Duprat afirma que aquél consiste en una parte de prestaciones personales y de contribuciones de toda especie que cada ciudadano debe cumplir ó satisfacer en cambio de los servicios que recibe <sup>1</sup>. Cherbuliez escribe que el objeto del gobierno y del orden, que hace de una aglomeracion de individuos humanos un sér colectivo, una persona moral, es, sin duda, procurar á estos individuos y asegurarles en el mayor grado posible las ventajas para cuyo logro viven en sociedad. Para conseguir ese objeto, el gobierno debe establecer ciertas relaciones, dar garantías á ciertos derechos, velar por ciertos intereses, obrando alternativamente sobre los hombres y sobre las cosas; lo que implica cierto uso de fuerzas y ciertos medios de accion. La sociedad no obtiene los servicios que desea sino bajo la condicion de proveer á las necesidades, es decir, sin suministrar al Estado la suma de los medios de accion que se necesitan para prestar los servicios <sup>2</sup>. Proudhon entiende que el impuesto es un cambio: el sistema de los gastos y rentas del gobierno, lo que da la autoridad en servicios de todo género, debe ser el equivalente preciso de lo que pide, sea en dinero, sea en trabajos, sea en mercaderías <sup>3</sup>. Tal es la exposicion fiel de la doctrina, tan generalizada, del cambio de servicios

<sup>1</sup> *Conferencias sobre el impuesto*, Lausana, 1860.

<sup>2</sup> *Resumen de la ciencia económica*, lib. IV. Leyes fiscales.

<sup>3</sup> *Teoría de los impuestos*, cap. II, Definicion del imp.; El imp. es un cambio.

por servicios, de los medios y remuneracion necesarios para que el Estado sea una institucion de seguridad. Los socialistas de la cátedra rechazan esta doctrina, afirmando que nace de un concepto atomístico del Estado, que se desconoce la importancia del último, que se opone á la filosofía del derecho, y se ignora todo lo que ha hecho históricamente para obtener los fines de cultura. Enseñan que es preciso no olvidar la naturaleza ética del Estado, aún en las cuestiones económicas; que éstas no pueden tratarse sin tener en cuenta las condiciones en que se halla un pueblo, y que las miras del órden ético y político preceden á las económicas. El derecho de exigir las contribuciones tiene su fundamento en la esencia misma de la sociedad, y las que el individuo debe pagar al Estado son una consecuencia de la justicia natural y social, y no de las pretendidas ventajas que aquél reporta: el impuesto es un deber de súbdito, una consecuencia de la necesidad del Estado; Schäffle formula esta opinion del modo siguiente: el tributo se pide á los ciudadanos en virtud del título de su pública y general obligacion de mantener la vida social, sin ninguna mira de utilidad que pudiera conseguir el contribuyente de los servicios públicos <sup>1</sup>. Doctrina profunda, en armonía con la historia y con la ciencia jurídica.

Así es dable concebir el impuesto en su extension y en su grandeza. No se le aparta idealmente del organismo vivo del Estado, de esa persona moral en que existen y que animan todos con sus facultades y sus esfuerzos. El Estado, unido en su esencia antigua y en su desenvolvimiento á los fines y á los intereses de todos, en su ideal, en su tipo perpétuo y abstracto, se encamina á realizar las teorías de la ciencia, las leyes del derecho, los módulos de la filosofía y las aspiraciones de progreso en la constitucion de la familia, del pueblo y de los Estados que unen los vínculos de la humanidad, que han sido el móvil y el secreto imperioso de los grandes hombres en sus mal comprendidas y gloriosas empresas: en su modo de ser puramente histórico, tropieza con graves obstáculos, se desvía de ese destino que hemos señalado, y lo empequeñecen las pasiones, en algu-

<sup>1</sup> Rau-Wagner: *Principios de la ciencia de la Hacienda*, primera entrega, pág. 82, 189.—Held.: *Art. Economia nacional*, pág. 680, 689.—Brentano: *La econ. polít. abstracta y realista*.—Schäffle: *Sist. de econ. polít.*, II, 395.



nos períodos á las veces, pero apénas rigen las sociedades humanas jefes de espíritu elevado y de carácter firme, la faz velada ántes torna á aparecer, se acometen útiles reformas, se curan ó se temple el rigor de graves males, se ensancha el dominio de la virtud y del bien, y las naciones procuran preparar las vías de lo porvenir, no sin esperanzas, no sin austeros y envidiables placeres morales. Á la luz de estas reflexiones, el impuesto, sistema de los elementos y fuerzas materiales, en parte de sumo interés, que se requieren para fines de tal linaje, diríase que toma proporciones colosales, que se reviste del triple carácter de su justicia, de la sagrada empresa á que sirve de base y de la cultura y de los progresos que contribuye á difundir y á excitar.

Ilustres autores han creído que es un mal necesario. J. B. Say afirma que desde el momento que se percibe por el fisco se pierde para el contribuyente, y desde el momento que se consume su valor se pierde para la sociedad; que los gobiernos no devuelven el valor que han comprado con el dinero que de sus súbditos demandan, puesto que lo adquieren para consumirlo, para destruirlo <sup>1</sup>. El mismo autor dice que el gobierno destruye siempre, sea consumiendo mercancías, sea consumiendo servicios, los valores que exige al contribuyente <sup>2</sup>. Sismondi escribe que los que gobiernan no pueden impedir que los tributos no sean onerosos; que la función del gobierno se reduce, respecto á los contribuyentes, no á hacer el bien, sino á hacer el menor mal posible. Skarbek no está léjos de pensar del mismo modo <sup>3</sup>. Sin embargo, estos mismos autores reconocen y confiesan que las tasas y gabelas que se invierten en el desempeño de los cargos propios de los que rigen el Estado, en prestar las garantías que son beneficiosas á los súbditos y en los servicios que se estimen útiles, no habrán de considerarse como nocivas y perjudiciales. Resulta evidente que, ó se contradicen, ó sólo se refieren á las contribuciones que sin ventaja y sin justicia se perciben de los pueblos descontentos y recelosos. Rossi ha defendido la opinión de que los que dirigen los destinos de una nación, la jerarquía admi-

<sup>1</sup> *Tratado de econ. polít.*, lib. v, cap. xi, pág. 463, II vol.

<sup>2</sup> *Curso completo de econ. política*, parte octava, cap. iv.

<sup>3</sup> *Teoría de las riquezas sociales*, segunda parte, lib. iii, cap. vi.



nistrativa, los magistrados y tribunales, son unos productores indirectos, y tienen derecho á percibir una parte de los bienes producidos<sup>1</sup>. El famoso tratadista dice tambien que pretender que hay un consumo improductivo, el que se refiere al gobierno, equivale á trastornar las ideas más elementales, porque no hay más que decir á los economistas que sustentan semejante aserto: id á producir en un país en que no hubiere gobierno, y despues tened la bondad de decirnos qué resultado os dará vuestra industria. El resultado sería nulo. Mac-Culloch observa juiciosamente que sucede no pocas veces que el público sea llamado á contribuir con mayores sumas que las necesarias para el fin que deben proponerse; pero que este será un abuso que provendrá de una constitucion defectuosa y de la mala política de los Estados, y que, por tanto, él no lo hará asunto de sus investigaciones<sup>2</sup>. En nuestro sentir, aquí se halla la clave de la distincion que explica las ideas que hemos enumerado más arriba. Ocasiones habrá en que el impuesto se tenga y se juzgue como un mal; mas en su índole peculiar, en su generalidad absoluta, por tal no hemos de reputarle.

No por hacer esta justa reflexion dejaremos de aconsejar que sea moderado. Montesquieu cree que las rentas públicas no deben medirse por lo que el pueblo puede dar, sino por lo que debe dar, y que si se limitan por lo que puede dar, es preciso que sea por lo que puede dar siempre<sup>3</sup>. De otra suerte, correríamos el peligro de cercenar los ahorros ó llegar á herir los fondos productivos, con lo que la industria se aminora y desfallece. El valor del tributo constituye un elemento del coste de produccion, una dificultad y una barrera para producir, por lo que las salidas son más difíciles. Las contribuciones poco onerosas se pagan más fácilmente, y, por tanto, sus rendimientos son mayores; no se cometen en el mismo grado los fraudes y abusos que cuando exigen sacrificios dolorosos, para hurtar el cuerpo al gravámen y peso con que afligen. Nuestros antiguos tratadistas de materias económicas entendian que era menester seguir la enunciada regla de conducta. «La moderacion tiene en pié la paga de los tribu-

<sup>1</sup> *Curso de econ. polít.*, III vol., pág. 51.

<sup>2</sup> *Trat. de los impuestos y de la Deuda pública, introd., obs. gener.*, pág. 8.

<sup>3</sup> *Del espíritu de las leyes*, lib. XIII, cap. I.

tos, dice el P. Mendo; cóbrense con suavidad, y se pagarán sin violencia. Cuando la necesidad insta á sacar la sangre de los vasallos, píquese la vena de la Hacienda con destreza y con dulzura.» Y el P. Aguado emplea esta bellísima comparacion: «La idea de los tributos se ha de arreglar al modo que liba la abeja de las flores para labrar sus panales, que, sin ajarla ni impedir el fruto que de ella se sazona, traslada en sus obras la utilidad suave, como que cobra su alimento... Así será suave la contribucion, sin repugnancia la paga, y harán los vasallos lo que la flor, que nunca cierra su capullo á la abeja <sup>1</sup>.» Estos mismos escritores se quejan de la decadencia y fatigas del reino por el aumento de las cargas fiscales. Se habian olvidado las prudentes máximas que consignó Alfonso el Sábio en la ley 14, título v de la segunda Partida: «El mejor tesoro que el Rey ha, é el que mas tarde se pierde, es el pueblo quando es bien guardado, é entonce son el reino y la cámara del Emperador ricos é abundados, quando sus vasallos son ricos é su tierra abundada.»

La universalidad de los impuestos favorece su moderacion, y las dos se justifican y completan mutuamente en beneficio de los ingresos, como daba á entender el ministro Gladstone, diciendo: *Prefiero el penique de muchos pobres á las libras esterlinas de algunos acaudalados* <sup>2</sup>.

Para algunos, el tributo habrá de admitirse como el mejor empleo de la fortuna privada. Esta manera de pensar es errónea á todas luces: si el primero se exige en conformidad con las doctrinas de la ciencia, y su destino fuere tan puro y noble como en este mismo capítulo hemos procurado describir, no por ello diremos que la dicha suerte y término de la riqueza particular aparecen superiores á los que los productores hubieran sabido señalarla y conducirla: si, por el contrario, se pretendiese que el Estado, por sus empresas, por el fomento de la industria y los trabajos públicos, las subvenciones que otorgare acierta á hacer uso de las rentas públicas con más éxito y prudencia que los particulares de la rentas individuales, el engaño

<sup>1</sup> Sr. Colmeiro: *Trat. elem. de econ. polít. ecléctica*, parte seg., lib. iv, III, página 372.

<sup>2</sup> Garnier: *Elem. de Hacienda*, cap. II.—Sr. Coll y Masadas: *Princ. de econ. polít.*, pág. 544.

es manifiesto; semejante idea nos llevaria, como por la mano, á extender las facultades del Estado sin medida, y á limitar la iniciativa particular, no sin quebranto de la produccion nacional. ¿Qué sería del derecho de propiedad, y cuál el deber de los Gobiernos cuando no se atienen á la estricta necesidad para determinar sus exigencias? Necker ha escrito que era un despojo, una usurpacion todo lo que no requiere el bien del Estado.

Muchos autores son de parecer que el tributo se convierte en un estímulo para que los súbditos se afanen en producir. German Garnier, d'Hauterive, Bristel, J. B. Say y Mac-Culloch, en ciertas páginas de sus luminosos escritos, ora formulan con resolucion, ora parecen inclinarse á esta idea y opinion <sup>1</sup>. Say piensa que el exceso de cargas, resultado gradual de los sistemas políticos, ha servido para perfeccionar el arte de producir, obligando á los hombres á recabar más grandes servicios de los agentes naturales, y bajo este aspecto los impuestos han contribuido al desarrollo y perfeccionamiento de las facultades humanas, Mac-Culloch entiende que es muy cierto que todas las contribuciones, cuando se reparten juiciosamente y no se llevan al extremo, determinan un aumento de industria y de economía, y es muy poco frecuente que aminoren el capital. En las condiciones dichas surten el efecto que otros motivos para disminuir los gastos y acrecentar el trabajo y el esfuerzo del ingenio, llegando á ser así ocasion no pocas veces de que se dilate la produccion en mayor grado de lo que percibe el fisco. La historia no justifica los asertos precedentes. España, Holanda y Francia han sufrido los males de la pobreza y la miseria en las épocas en que el gobierno necesitaba mayor suma de rentas; algun ejemplo ha quedado á las generaciones venideras de discordias y guerras que brotaron de esta raíz envenenada. Los españoles podemos recordar la rebellion de los holandeses en tiempo de Felipe II. Hume fué uno de los primeros que hizo ver cuánto fructificaban las riquezas en manos de los particulares que las emplean en la industria <sup>2</sup>. Manera singular de favorecer la

<sup>1</sup> Garnier: *Prefac. de la trad. de Smith*, II, pág. 51.—*Consider. gener. sobre la teoria del impuesto y de las deudas*, folleto.—Bristel: *Recursos del imp. britán.*—Say: *Trat. de econ. pol.*, lib. III, cap. X.—Mac-Culloch: *Trat. de los imp.*, int., pág. 10.

<sup>2</sup> *Ensayo sobre los impuestos.*



industria, ha dicho Rossi, privarle de una parte de los medios que puede beneficiar para hacerse más activa. Lo que vosotros recibís como impuesto, ¿podría trasformarse en capital? Sin duda alguna. Si esos valores podían trasformarse en capital, ¿no darian aumento á los medios de producir? De nuevo afirmamos que no cabe en ello duda de ningun género <sup>1.</sup> Para nosotros el verdadero punto de vista de la cuestion no se halla en indagar si las contribuciones constituyen por su índole, un poderoso incentivo para que de un modo más rápido se sucedan las riquezas creadas y destruidas: toda la importancia del asunto habrá de calcularse y medirse por la base de los tributos, su repartimiento y el uso que el gobierno hiciere de los mismos. En un pueblo bien administrado y por sus fecundos trabajos rico, el sistema de impuestos no vendrá á servir de estorbo y embarazo á la produccion, y aún en ciertos límites dará espuelas á la industria, por la emulacion que exista en las clases sociales y por los vivos deseos de bienestar; todo lo opuesto acontecerá en una nacion pobre y mal regida, en la que, muy léjos del citado fomento, se dejarán de labrar los campos en algunas comarcas y será menestar abandonar ciertas industrias por el gravámen de la Hacienda. De todas suertes, no hay para qué hablar de ese móvil y aguijon que sienten los hombres laboriosos y los empuja á más rudos afanes y esfuerzos más prolongados y tenaces, ya porque apenas se concibe que los haya mayores que la concurrencia y el profundo respeto del derecho de propiedad, ya porque nunca sería dable deducir que sólo por dicha razon y motivo convenia plantear tributo alguno, y ya, por último, porque parece arriesgado asentir á una doctrina que encierra el peligro de convertirse en arma de defensa en las manos de hombres de Estado ó de partido poco celosos en guardar la fortuna privada de las heridas que produce una política que desconozca la rémora de gastar con economía.

Malthus sigue muy diverso rumbo para enaltecer el impuesto y no abrigar temor, si por ventura no se contuviese en términos razonables. Segun el célebre economista, los productores tienen tal inclinacion á ahorrar y al acrecentamiento de sus capitales, que producirian con exceso si no se les pusiera obstáculos; si faltasen gravá-

<sup>1</sup> *Curso de econ. polít.*, III vol., pág. 243.

menes y gabelas del fisco, concluirían en breve por no hallar salida para sus géneros <sup>1</sup>. Este dictámen se enlaza con la teoría de que cabe exista una producción tan imprudente y tan poco en armonía con la demanda y las necesidades que satisface en general, que el cambio de tales valores por otros equivalentes se hace imposible; doctrina que, como universal, ó refiriéndose á un período de alguna duración, no se admite en nuestros días. Creemos, por otra parte, que Chevalier ha probado de un modo convincente que existe la necesidad de aumentar la potencia productiva, y que la elevación de todas las clases está ligada y se enlaza con el desarrollo de ese poder <sup>2</sup>. Sería proceder de un modo contrario á los buenos principios, si se intentase impedir ó atajar esas deseadas mejoras con medidas fiscales.

<sup>1</sup> *Princ. de econ. polít.*, cap. vii.

<sup>2</sup> *Curso de econ. polít.*, lecciones segunda y tercera, primer vol., páginas 327 y sig.; páginas 329 y sig.—Leroy Beaulieu: *Tratado de la ciencia de la Hac.*, primer vol., pág. 114.

### CAPÍTULO III.

SUMARIO: Reglas que deben seguirse en materia de impuestos, segun Adam Smith.—Enumeracion de las que señala Sismondi.—Juicio critico de unas y de otras.—Cuáles debemos aceptar.—Rossi estina verdadera y defiende la primera de Sismondi.—Reflexiones sobre las numerosas reglas que indica Proudbon con diversos motivos, en su obra Teoria de los impuestos.—¿Debe exigirse la misma cuota de las rentas perpétuas que de las rentas temporales?—Motivos que tenemos para resolver negativamente este punto.

La materia de los impuestos es tan grave, su influjo en la fortuna de los particulares y en la política de los Estados tan decisivo, la conveniencia de que sea regida por la sana razon y el derecho tan grande, que los autores de Economía política han creido que debian formular ciertas reglas, que en suma significáran los límites en los que habrá de comprenderse un sistema de tributos y rentas fiscales que merezca estimacion y aplauso. Adam Smith dice que ántes de comenzar el exámen de los impuestos en particular, es necesario hacer que precedan á la discusion las cuatro máximas siguientes, sobre las contribuciones en general: 1.<sup>a</sup>, los súbditos de un Estado deben contribuir á sostener el gobierno en proporcion á sus facultades, en cuanto fuere posible, es decir, segun la medida de lo que gozan bajo la proteccion del Estado. Lo primero que se desprende de las afirmaciones del creador de la Economía política, es que los gravámenes del fisco se caracterizan por su universalidad. Los súbditos de todo linaje satisfacen su obligacion de llevar una parte al público Tesoro: la excepcion sería un favor, daria condiciones de éxito especiales y privilegiadas á una clase de industria, ó bien, dejando libres y ajenas del gravámen que el tributo origina ciertas rentas, haria indispensable recargar las demás para subvenir á las impensas



públicas. En esa primera máxima se defiende la igualdad ante la ley; el derecho lo demanda así: es el deseo que expresaron los Estados generales de 1355: « El impuesto debe ser repartido igualmente sobre todo el mundo. » Los economistas se fundan en que el gobierno presta servicios á todos, da seguridad á los ciudadanos, sin distinguir clases ni personas, y la riqueza que anualmente nace, á él se debe hasta cierto punto, dentro de ciertos límites, y es justo que todos satisfagan, en servicios ó en productos, lo equivalente de lo que deben al Estado. En el capítulo que precede hemos rebatido esta opinion; mas por diverso camino vamos á parar á la misma conclusion. El deber del súbdito y los elevados fines que el Estado realiza son comunes á la totalidad, y las clases privilegiadas dejan de tener interés en los progresos de la nacion. Respecto á la segunda parte de la misma primera regla, muchos autores piensan que debe gravar toda imposicion sobre la renta; pero hay otros que juzgan debe ser sobre el capital: más adelante trataremos de este punto.

La segunda regla de Smith prescribe que la cuota ó porcion de impuesto que cada individuo está obligado á pagar debe ser cierta y no arbitraria; que la época del pago, su forma ó modo, su cantidad, deben ser ciertas y precisas, tanto para el contribuyente como á los ojos de cualquiera otra persona. Diríjese el escritor á quien seguimos en estas líneas primeras y fundamentales de las contribuciones, á la determinacion prévia de las mismas, y en todos tiempos se ha observado esta máxima, que es cosa llana que de antemano se requiere hacer constar las necesidades y los gastos que habrá de hacer el Estado, y señalar, por medio de una ley, la base y el límite de la obligacion del súbdito. De aquí nace y se deriva tambien que en toda economía nacional bien regida, conviene que se trace un presupuesto ó cálculo y demostracion fundados, de las sumas que en un prescrito período de tiempo se presume que habrán de invertirse, y de los recursos y elementos fiscales que corresponden á los mismos. La falta de certeza de la suma, época y forma del pago, abre la puerta de abusos, cohechos y fraudes, que producen animadversion y enojo respecto á los perceptores, que nunca el público mira con favor.

Redúcese la tercera regla á que todo tributo debe ser percibido en el tiempo y en la manera que se puede presumir sean las más

cómodas para el contribuyente. Sin duda que es este un procedimiento para conseguir que las cargas sean más ligeras, más soportables; la Hacienda toma los bienes y productos en el momento en que abundan, con el método que se juzgue ménos oneroso para los que han de sentir la privacion de una parte de los mismos. La unidad de sistema y la organizacion del cuerpo de empleados no permite siempre el estricto cumplimiento de la regla á que nos referimos; con frecuencia no han acertado los que se han propuesto seguirla. Así, cuando ha habido la demanda de que el impuesto sobre la renta de la tierra se percibiese despues de recoger la cosecha, como hubo tiempo en que de esta suerte se procedía en Toscana, se padecía un error. Cuando no se exige en especie, ¿qué importa el momento de la recoleccion? No fuera dable considerar el tiempo de la renta, que nunca se conoce, ó el de los arrendamientos, que se ignora siempre. La medida más sábia consiste en distribuir durante todo el año el pago de las cuotas en fracciones bastante exiguas para no obligar á que se hagan valiosas economías, y para no retirar el numerario de la circulacion sino á medida que lo exijan las necesidades del Estado <sup>1</sup>.

Expresa Adam Smith su cuarta regla diciendo que toda contribucion debe concebirse de manera que haga salir de las manos del pueblo la menor suma posible fuera de la que se recibe por el Tesoro del Estado, y se emplee el menor tiempo que fuere dable en que esa cantidad de numerario pase del poder de los contribuyentes al de la Hacienda pública <sup>2</sup>. Lo que equivale á decir que no es provechoso existan numerosos empleados para la percepcion de los tributos, ni demasiadas formalidades y dilaciones ántes que el Estado llegue á disponer de ellos. Las contribuciones indirectas ofrecen el primero de esos inconvenientes, y el diezmo los dos <sup>3</sup>.

Estas máximas del autor de la *Riqueza de las naciones* pueden ser consideradas como clásicas, segun Stuart Mill, y han llegado á ser célebres, segun Leroy-Beaulieu: el postrero nota tambien que tres de ellas que conciernen á la base y á la cobranza del im-

<sup>1</sup> Du Puynode: *De la moneda, del crédito y del impuesto*, II vol., pág. 99.

<sup>2</sup> *Riqueza de las naciones*, lib. V, cap. II, III vol., pág. 180-183.

<sup>3</sup> Du Puynode: *De la moneda, del crédito y del impuesto*, II vol., pág. 99.

puesto, son reglas prácticas: que una sola concierne á su distribucion: es una regla teórica. Para gloria del filósofo que las formuló, en nuestros tiempos y en los venideros no cabe, si á la ciencia ha de conformarse, alzar ningun linaje de gabelas ó derechos fiscales sin cumplirlas, en cuanto fuere posible.

Sismondi ha añadido otras cuatro reglas á las ya enumeradas de Smith: 1.<sup>a</sup>, todo impuesto debe gravar la renta y no el capital: 2.<sup>a</sup>, en su distribucion es preciso no confundir el producto neto anual con la renta: 3.<sup>a</sup>, siendo los tributos el precio que se paga por los goces que la sociedad proporciona, no puede demandarse al que no goza de cosa alguna; y 4.<sup>a</sup>, para que no huya la riqueza que amihora, y de la que recoge una porcion, debe tener tanta más moderacion toda gabela ó carga, cuanto aquélla sea de más fácil transporte y de naturaleza ménos fija ó estable <sup>1</sup>.

Estudiando estos principios de Sismondi, notaremos que es un punto controvertido si las contribuciones deben tener por base el capital ó la renta: el mayor número de economistas se inclina á esta última; nosotros trataremos en uno de los capítulos siguientes la cuestion. Si el célebre autor italiano quiere significar que el capital no habrá de encentarse y sí la renta, no cabe sobre ello la menor duda. Rossi cree que el legislador debe fijar la mayor atencion en que el impuesto no traspase nunca la parte de renta que es dable economizar al contribuyente, que es este el *maximum*, porque más allá se encuentra la ruina del país <sup>2</sup>. Hay autores que asignan un límite *maximum* y un límite *minimum* á las contribuciones. Este es la suma necesaria para proveer á los servicios públicos indispensables; aquél, por el contrario, se descubre en la suma necesaria para el conjunto de los servicios útiles, en los cuales el Estado es más competente y más capaz que los individuos ó las asociaciones <sup>3</sup>. Teoría ingeniosa, pero que no es posible practicar. ¿Cuáles son los servicios públicos indispensables de una manera precisa? No habrán de ser los mismos en los diferentes pueblos, bajo los diferentes climas, y en los diversos grados de civilizacion, en Oriente, v. gr., y

<sup>1</sup> *Nuevos principios de econ. pol.*, II vol., lib. VI, cap. VIII.

<sup>2</sup> *Curso de econ. política*, IV vol., pág. 235.

<sup>3</sup> Vignes: *Tratado de los impuestos en Francia*, tomo II, pág. 8.



en Europa, en Rusia que en Italia. Si queremos averiguar, por otra parte, con precision los servicios útiles, en los que el Estado tiene más competencia que los individuos, hallaríamos dificultades semejantes: en la realidad, no habia de ser cosa hacedera el determinarlos.

Como asunto grave miramos que los socialistas de la cátedra no acepten la doctrina de Rossi sobre que grave la contribucion no más que la renta neta. Segun la escuela inglesa, la renta neta es todo lo que queda disponible al individuo despues de satisfacer sus necesidades, resultado de la actividad económica que es posible acumular; y ántes que las exigencias imprescindibles del Estado deben considerarse las del individuo, para buscar lo supérfluo que aquel puede demandar y recoger. Es el mismo pensamiento de Rossi que más arriba hemos transcrito. Pues bien: Schäffle, del principio que se precisa dar una direccion ética y antropológica á la Economía política, deduce que, en vez de pesar sobre los bienes, sobre la renta neta, debe abrazar el impuesto la personalidad económica en todos sus goces. Se funda en que no se encuentra la medida completa de la capacidad para los tributos en la dicha renta neta, sino tan sólo una parte de la misma, es decir, de la riqueza que se emplea en la reproduccion, de donde saca la consecuencia que la contribucion sobre la renta es uno de los tributos, pero no el único. En los altos grados de cultura económica que son estacionarios, y en los que no hay renta neta, presentarian los ciudadanos menor capacidad para el fisco, y condenaríamos al déficit la Hacienda, en medio de la prosperidad general. La práctica no corre parejas con la teoría predicha, puesto que admite contribuciones sobre los consumos, sobre los salarios y sobre las retribuciones; el tributo que se basa en la renta neta castiga el ahorro, y da lugar á muchos arbitrios para sustraer los gastos necesarios á la vida <sup>1</sup>. Schmoller, al mismo propósito, asegura que no buscamos una fuente de impuestos en el sentido de una parte que pueda ser confiscada por el Estado, porque la riqueza que se produce anualmente no es una cantidad estable y bien determinada; se parte además del supuesto de pueblos que progresan bajo el aspecto económico, que aumentan sus riquezas, lo

<sup>1</sup> *Sistema de econ. polít. humana*, II, pág. 403 y 409.

que puede muy bien no suceder, y se exime de las gabelas á los que consumen sus haberes <sup>1</sup>. Estamos conformes con estas apreciaciones.

La segunda regla de las apuntadas por Sismondi exige que expliquemos su contenido para admitirla ó rechazarla. El producto neto se refiere al éxito de los negocios y empresas, á la economía privada y al punto de vista del empresario, mientras que la renta se refiere á la personalidad y á la satisfaccion de sus necesidades. El primero se calcula por los bienes ó valores que restan despues de descontar el coste ó gastos de la produccion, al paso que la segunda se contrae á la suma de bienes ó riquezas que el individuo puede emplear en un tiempo dado para satisfacer sus necesidades sin que se aminore ó se enciente su fortuna. Dada esta significacion á las voces *renta neta*, no hay dificultad en admitir la distincion de que trata el ilustre escritor precitado. Donde el trabajo es enérgico y eficaz, la renta constituye una riqueza que renace sin cesar, y á la que toca sobrellevar las cargas que se renuevan á cada momento. Se realiza de esta suerte el pensamiento de Schäffle, que las contribuciones se extienden á todos los orígenes de rendimiento del hombre y á todas sus satisfacciones económicas.

No fué sólo Sismondi el que pretendió que es justo eximir de todo impuesto al que tiene tan módico haber que no le proporciona más que lo indispensable para vivir. Bentham abraza el propósito de socorrer al infortunio y de trasladar su obligacion á los ricos, y defiende que una pequeña parte de las rentas de cada ciudadano no sirva de base para determinar las contribuciones: sin duda era esta la norma de la ley de Atenas de que habla Montesquieu, y que hemos referido en el cap. 1 de este lib. II<sup>a</sup>. Stuart Mill distingue entre una contribucion cuya suma ó importe sea dable economizar cercenando los consumos de lujo, y otra gabela ó gravámen que obligue á disminuir los consumos necesarios á la vida. Si exigimos mil libras esterlinas al que tiene diez mil de renta, no le privamos de lo que es necesario para sostener su existencia, ni aún para hacerla grata; al paso que si pedimos cinco libras esterlinas al que tiene cincuenta, le imponemos un sacrificio que no puede ser comparado

<sup>1</sup> *Die Lehre von Ein Kommen*, etc., pág. 43.

<sup>2</sup> *Del espíritu de las leyes*, lib. XIII, cap. VII.

al primero; el modo preferible de compensar estas desigualdades consiste en eximir un *minimum* de renta bastante para procurar al que lo posee las cosas necesarias á la vida: por ejemplo, cincuenta libras, como suma suficiente para vivir, para conservar la salud y para defenderse de los sufrimientos físicos ordinarios <sup>1</sup>. Esta idea parece muy justa y en perfecta armonía con los principios jurídicos, y sin embargo no puede aceptarse. Du Puynode escribe que el precepto habria de seguirse en un sistema de impuestos personales, cualesquiera que fueran las dificultades que ocurriesen, pero que de no plantear otros tributos que sobre la base del capital, la exencion que nos ocupa sería inútil, puesto que los salarios, como todas las retribuciones personales, serian ajenos á las contribuciones: no habria que crear en esecaso una tarifa de existencia, injusta si se concede lo mismo á los habitantes del campo que á los de la ciudad, á los jóvenes que á los viejos, á los sanos que á los enfermos, é imposible si intentamos hacer esas distinciones con miras prácticas. No se trata más que de la vida material; ¿qué no ocurriría si nos refiriésemos á la vida intelectual <sup>2</sup>? Aún partiendo de que los tributos gravan bienes diversos que el capital, todavía tendremos como cosa árdua y difícil llevar á la realidad la idea filantrópica de Sismondi. Los autores alemanes advierten que declarar libre de impuesto un *minimum*, equivale á proscribir los tributos de más de una sola clase, y que de nada sirve eximir á los obreros de las contribuciones directas, si se conservan las indirectas ó de consumos. Creen que forma parte el salario de la categoría de las rentas (en el sentido que más arriba hemos tenido ocasion de exponer), y rechazan el fuero que quiere atribuirse al tanto ó cuota que se requiere para vivir, lo mismo respecto de los pobres que respecto de todos los individuos. De esta suerte opinan Schmoller y Held.

Por lo que hace á la cuarta y última máxima de Sismondi, que sea tanto más moderado el impuesto cuanto fuere más fugitiva y movediza la riqueza que constituyere su origen, no cabe que demos nuestro asentimiento. Es llano que toda gabela y gravámen deben ser moderadas, pero primero es menester que se justifiquen por la

<sup>1</sup> *Principios de economía política*, lib. v, cap. II, párr. 3, II vol., páginas 399 y 400.

<sup>2</sup> *De la moneda, del crédito y del impuesto*, II vol., pág. 97.



igualdad. Cuando se extienden sobre todas las fortunas y disminuyen todas las rentas, no hay riesgo, ni parece probable que cierto linaje de bienes emigre rehuyendo la carga <sup>1</sup>. El cebo de todo género de valores hállase en la industria, en el rápido movimiento de la circulacion y en su repartimiento equitativo, sin violencias del poder. Por muy dudoso tenemos que por el simple hecho de una contribucion más ó ménos gravosa lleven sus dueños la fortuna mueble á países extranjeros.

Rossi enseña que las reglas generales que el economista como el hombre de Estado, el hombre de Estado como el hacendista, no deben dar al olvido nunca, son sencillas, y tales, que en cierto modo se pueden presentar como axiomas; se estiman como verdades que casi basta enunciar para que el espíritu humano, para que la razon humana las aprueben. Indica su resúmen en cuatro grupos, á saber: el impuesto debe tener por base, cuanto fuere dable, el principio de la igualdad.—No debe tocar al capital, sino sólo á la renta.—Es menester que se determine su cantidad, y que se determine de antemano.—Preciso se hace que se establezca de manera que no exija más que cortos gastos para su percepcion, que estos sean comparativamente mínimos <sup>2</sup>.

Nótese que con precision y exacto conocimiento de la ciencia, del derecho público y de las necesidades de la época moderna, el autor italiano formula algunas máximas que en parte no son sustancialmente distintas que las de Smith, pero cuya expresion siempre por feliz y exacta habrá de juzgarse. Todas ellas no necesitan más comentarios que los indicados en este mismo capítulo con motivo de las ideas de Smith y Sismondi. La segunda de las máximas de Rossi es idéntica á la primera del segundo. Rossi, en su *Curso de Economía política*, acepta y defiende el principio que contiene, con razones ingeniosas, terminando por decir que tiene grande importancia, cuando nos ocupa la base de las contribuciones, procurar, en lo que fuere posible, poner al contribuyente en la condicion de querer y de poder detraer aquéllas siempre de su renta <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Du Puynode: *De la moneda, del crédito y del impuesto*, II vol., pág. 108.

<sup>2</sup> *Curso de Economía política, fragmentos sobre el impuesto*, segunda leccion, IV vol., pág. 219.

<sup>3</sup> *Curso de Economía política*, IV vol., páginas 232 y 238.

Proudhon, escritor singular y atrevido, y cuyo triste destino lo ha apartado constantemente de la defensa de la verdad, enumera siete reglas en lo que atañe á la colocacion, repartimiento y efectos de los tributos, y seis respecto al tanto ó cuota de los mismos. No las estimamos generales, puesto que para aplicarlas sería preciso seguir un sistema político y administrativo radical y de reformas tales, que hasta ahora ningun pueblo se ha propuesto admitir y hacer. En los límites de los estudios económicos entendemos que no cabe exponer ni criticar los principios de Proudhon á que aludimos, una vez que e traspasan el dominio peculiar de la ciencia y van mucho más léjos. Apuntaremos alguno, haciendo sobre su carácter y alcance sumarias reflexiones. Hé aquí la segunda norma de la primera de las categorías en que, como hemos notado, las divide: «El impuesto se paga por cada uno en razon de su individualidad y en razon de sus facultades.—De aquí la consecuencia que puede tomar simultánea y alternativamente la forma de una capitacion ó prestacion de servicios, y tambien de un censo sobre los bienes muebles, inmuebles, capitales y rentas <sup>1</sup>.» El tributo no se satisface por las personas, sino por los bienes; la capitacion es injusta, propia de las civilizaciones que ya no existen, ó gravámen de razas desheredadas y que se consideran inferiores bajo el aspecto legal. ¿Y qué diremos de esa confusion de todas las riquezas y valores, incluso los capitales? Discurrir de este modo es borrar todo límite.—Vean nuestros lectores ahora la regla sexta de la misma categoría que la precedente: «Ciertos servicios del Estado interesan *ex æquo* á la universalidad de los ciudadanos, de los cuales obtienen ventajas sin division, por decirlo así: otros no se piden ni desean más que por una fraccion mayor ó menor del pueblo. Para los primeros puede y debe establecerse una contribucion uniforme que tenga su asiento, por ejemplo, en la tierra; para los segundos, ¿no es justo, normal, que el que demanda el servicio pague, en cuanto se pueda, el precio?» Propónese el autor de esta regla aplicar de un modo riguroso en la percepcion el principio del cambio, y hacer casi insensible á la poblacion las cargas fiscales. Si sólo los interesados pagasen los actos y esfuerzos administrativos ó serían estos muy imperfectos, ó supondrian enormes gravámenes. Sirva de

<sup>1</sup> Teoría de los impuestos, cap. II, párr. 2, pág. 392.



ejemplo el tributo de los portazgos, el cuidado y conservacion de los montes á cargo de los ayuntamientos en cuyo distrito se hallan situados, la policía y las tropas que guarnecen las grandes ciudades, etc. Ciertó que hay algunos servicios locales que por los moradores de una region deben iniciarse y mantenerse en pié; pero hecha esta salva, ¿cómo señalaremos diferencias y rasgos distintivos bastantes para separar en dos grupos á los que interesan á todos ó sólo á algunos? La ciencia condena las cargas particulares ó locales, excepto algunos pocos casos. La unidad del Estado y los efectos de la accion administrativa, que, siendo múltiples é indirectos se extienden á todas partes, hacen inaplicables las ideas de Proudhon.

Otra de las reglas de este escritor de malhadada reputacion, que pertenece á la segunda clase en que, como hemos advertido, las divide, se reduce á afirmar que debe haber determinacion de un *maximum*. Compara el Estado á una familia en que, dada la renta, toda clase de gastos se proporciona á ese supuesto por sí misma; si no hay datos sobre la proporcion normal de los gastos públicos porque no hay gobierno que se decida á disminuir sus facultades, y si, como en toda reforma, hay que empezar por una hipótesis, propone, á ejemplo del Pentateuco y de la ley eclesiástica, adoptar como *maximum* el diezmo, ó diez por ciento <sup>1</sup>.—Antes de ahora ha llamado ya nuestra atencion que hubiere un límite en los tributos, y nos ha sido dable advertir que era muy difícil que pudiera fijarse, y sobre todo que no se fuese más allá en las impensas que se hicieran; justifica la reflexión que hemos apuntado de que Proudhon no hacía más que seguir un ideal determinado, el ejemplo que propone del diez por ciento; fuera menester reformar de un modo profundo nuestros presupuestos para lograr semejante propósito, y como esta grande y singular trasformacion no habria de realizarse sin que la política general sufriese grandes cambios, y los elementos de discordia y de guerra civil que nos amenazan se aquietasen y desapareciesen; sin que hubiese ménos exigencias para el conjunto y los detalles de las obras públicas, de los empleados, de la magistratura, de la policía, de la marina, etc., es llano que al vasto dominio de las utopias debe relegarse esa determinacion del *maximum* de que nos habla el célebre autor socialista.

<sup>1</sup> Teoría de los impuestos, cap. II, párr. 3, páginas 496 y 497.



La tercera regla de la segunda categoría es abstenerse de los empréstitos, y la cuarta hacer cesar el estado de guerra. Sometemos al buen juicio de nuestros lectores, si cabe examinar tan amplias y graves materias en un libro consagrado á estudios económicos, y si, aún concediendo que semejante facultad sea lícita, indicar como norma y guía de los impuestos tan poco probables cambios en el modo de ser de nuestra sociedad, no constituye un hecho intelectual que nos aleja de toda controversia provechosa. Los empréstitos, como la guerra, por tristes y dolorosos habrán siempre de juzgarse; mas hay sucesos y causas que legitiman y engrandecen los unos como la otra, que la ciencia y el derecho indican de consuno.

Dilucidan los autores un punto que nos proponemos estudiar ántes de poner término á este capítulo. ¿Debe exigirse la misma contribucion de las rentas perpétuas que de las rentas temporales? La duda que se suscita versa sobre si las rentas vitalicias habrán de ser gravadas con idéntico tanto y cuota que las de una propiedad que se trasmite por herencia. Los salarios, las anualidades vitalicias, las ganancias de las várias profesiones, no corren parejas con los rendimientos de un propietario territorial, de un rentista ó dueño de un censo, de un crédito hipotecario, que se transmiten á nuestros descendientes. Si en ambos casos demandamos el mismo impuesto, seguimos el principio de la igualdad proporcional; si se pretende que las rentas temporales deben estar ménos gravadas, se responde con razon que así sucede, puesto que el haber ó materia imponible que no dura más que diez años, no satisface contribucion más que durante ese tiempo, mientras que los que no perecen por el lapso del tiempo, anualmente son encentados por las necesidades fiscales. Algunos hacendistas han querido gravar las rentas por el capital que su valuacion supone, y no por su producto neto; mas proceder de esta manera equivale á justipreciar los rendimientos de distinto modo que los pagos. Stuart Mill piensa que debe señalarse un impuesto menor al dueño de rentas cuyo término es fijo, porque tiene mayores necesidades que aquel que posee bienes transmisibles<sup>1</sup>. Aún en el supuesto de que tomemos por ejemplo dos rentas iguales, el dueño de la vitalicia, como si se trata de salarios ó ganancias en una pro-

<sup>1</sup> *Principios de economía política*, lib. v, cap. ii, párr. 4, II vol., pág. 405.

fesion, se verá obligado á ahorrar para su vejez, al paso que el poseedor de una renta perpétua se halla en la condicion favorable de consumir anualmente lo que renace todos los años, sin daño ni merma de su capital: el primero habrá de acumular para sus hijos ó las personas que ame, so pena que sus bienes mueran y desaparezcan con él: el segundo, sin someterse á esta áspera prueba, les deja intacta su fortuna. Dos cuotas de impuesto idénticas pesan sobre lo que el uno gasta y ahorra, y sobre lo que el otro consume impunemente.

Mas para cumplir este *desideratum* de la justicia fuera menester partir de bases más sólidas que meros supuestos: ni todos ahorran, ni es dable dar crédito á las declaraciones que suscriben los contribuyentes, ni deja de ser muy difícil y penoso llevar á cabo un sistema de garantías para rectificar sus errores y descubrir sus fraudes, ni cabe huir de lo arbitrario si nos contentamos con el dato hipotético de lo que ciertas clases y personas deberían economizar.

Á la postre venimos á parar en los males é inconvenientes que indica Schäffle á propósito de que el impuesto no debe exigirse sólo de la renta neta, que en este mismo capítulo hemos presentado, en resúmen sí, pero fielmente <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Pág. 209. James Mill: *Elem. de econ. polít.* — Mac-Culloch: *Sistema de impuestos y de la deuda pública*, parte primera, cap. iv, pág. 87. Stuart Mill, lib. v, cap. II, párr. 4.

## CAPÍTULO IV.

SUMARIO: Criterio que debe servir para lograr la igualdad del impuesto.—Cuota fija en cambio de la protección dispensada á las personas, y otra proporcional á las fortunas por la protección á la propiedad.—Impuesto fijo: es injusto é inútil.—Proporcional á las facultades del contribuyente.—No es posible en absoluto; si hay proporción en el sacrificio, y las privaciones que se exigen á los que poseen haber ó bienes diferentes.—El impuesto progresivo.—Si el Estado ofrece más garantías, y presta mayores servicios á los ricos que á los pobres.—Tendencia á disminuir las grandes fortunas.—Distinción arbitraria entre los bienes necesarios y los superfluos.—El límite de la progresión.—Si se extiende más allá de un corto número de términos absorbe la totalidad de la renta.—Si el Estado, por medio del impuesto, puede corregir la mala división de la riqueza.—Si cuanto más pequeña es la renta, más se requiere para satisfacer las primeras necesidades, al paso que la renta libre aumenta la capacidad económica de los individuos.

Principio importante y enaltecido por nuestros contemporáneos es el de la igualdad del impuesto: M. Guizot ha escrito en su *Curso de historia moderna*, que ninguna gabela es legítima si no se consiente por el que debe pagarla; y ¿quién dará su voto sin esa igualdad, que consuela y fortifica nuestro ánimo en esas tristes épocas en que lo porvenir, como los lejanos horizontes de vasto paisaje, aparece velado por densos vapores? Empero, no basta asegurar que es forzoso sean iguales los tributos; se requiere asignar cuál es el criterio en virtud del cual será factible llegar á ese bello ideal á que aspiramos.

Algunos tratadistas, y entre ellos el Sr. Carreras y Conzalez <sup>1</sup>, sostienen que el seguro que ofrece el Estado en lo que concierne á su extensión, recae sobre los dos objetos siguientes: primero, la vida, la libertad, los derechos de los particulares, que reciben del Gobierno

<sup>1</sup> *Trat. didáctico de econ. polít.*, lib. IV, VII, pág. 465.



la misma garantía, puesto que ante la ley todos son iguales; segundo, las haciendas, las propiedades, cuya garantía depende del valor que representan. Luego debe haber dos contribuciones distintas. Una personal, ó sobre las personas, que paguen por igual todos los súbditos, con las excepciones de las mujeres, los niños, los mendigos y todas aquellas personas que por circunstancias permanentes ó transitorias, carecen de medios de subsistencia; otra real, ó sobre las propiedades, que esté en relacion con el valor de las mismas. La dificultad para llevar á cabo este pensamiento estriba en decidir qué parte de la suma imponible ha de imputarse á la contribucion personal, y qué otra á la contribucion real, no pudiendo separarse los gastos que respectivamente ocasionan el seguro de las personas y el de las propiedades, puesto que son comunes y se confunden en una misma proteccion las garantías que el Estado presta á unas y á otras: semejante obstáculo no parece insuperable á los que defienden la doctrina que vamos exponiendo, porque los ataques á la propiedad son mucho más frecuentes que las agresiones contra la seguridad individual, á la que se atenta muchas veces para asegurar el éxito ó la impunidad del robo á mano armada, y, por consiguiente, sobre la propiedad debe pesar la mayor parte de la suma imponible, dejando sólo una porcion de la misma, relativamente pequeña, para ser cubierta por el producto de la contribucion personal.

Stuart Mill observa, con motivo de esa misma teoría, que no es cierto que el gobierno sólo deba servir para proteger las personas y las propiedades; el gobierno existe para los mismos fines que la sociedad, debe hacer todo el bien y prevenir todo el mal que la existencia de un gobierno puede hacer y prevenir. Además, si se atribuye un valor definido á cosas esencialmente indefinidas, y se deducen después consecuencias prácticas, se corre el peligro de cometer muchos errores en las cuestiones sociales. No es dable creer que se protege diez veces más á un particular que á otro, porque se le garantiza la propiedad de bienes diez veces más valiosos. Si se toma por término de comparacion el trabajo y los gastos de la proteccion ó cualquiera otra cosa determinada, será factible ver que no se halla la proporcion indicada, ni otra alguna regular <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Principios de econ. polít.*, lib. v, cap. II, párr. 3.º, II vol., pág. 400.

Desechada esta primera norma, este primer medio de aquilatar de qué suerte y manera llegaremos á lo que en materia de tributos reclaman de consuno la justicia y la conveniencia, nos cumple decir ahora que el impuesto puede descansar en una de tres bases: cabe que sea fijo, proporcional ó progresivo. El primero consiste en exigir una suma idéntica é invariable á los súbditos de quienes se estime razonable demandar tributos. El sistema sería de una sencillez y de una igualdad puramente materiales; diríase que es el talion de la Economía política. Si percibimos 1 por 100 del producto de cierta extension de tierra: si suponemos que una heredad produce ocho, una segunda seis, una tercera cinco, la gabela aminorará en un octavo la renta de la tierra más fecunda, en un sexto la de la que lo es ménos, y en un quinto la de aquella más pobre en fuerzas vegetativas <sup>1</sup>. Este resultado es opuesto á la justicia; parece una contribucion á la inversa. La igualdad de las cuotas conduciría á un nivel extremo, porque miéntras unos podrian pagar la suya con desahogo sin sentir el peso del gravámen, para otros fuera imposible sobrellevar la que les correspondiera, porque superaria la totalidad de sus haberes. La capitacion de las edades primeras, esto es, una cuota determinada por cabeza sobre todos los seres humanos, hombres, mujeres y niños sin distincion, constituye un tributo vejatorio, porque el número de personas de una familia, sobre todo de jóvenes, es un indicio de estrechez, y en algunas ocasiones de miseria <sup>2</sup>. Necesidades en corta suma, uniforme modo de vivir, fortunas y ocupaciones iguales ó poco diferentes, explican su existencia en edades remotas; mas el desenvolvimiento del Estado y de sus atribuciones lo harian de todo punto ineficaz.

Nos queda sólo que elegir entre el impuesto proporcional y el progresivo. Aquél tiene una base fija; su forma es la de la igualdad que demanda la justicia conmutativa: rige en el cambio, y no recibe uno más que lo que otro da, y cualesquiera que sean los contratantes, ni su clase, ni su carácter, ni su fortuna, deben tenerse en cuenta en la determinacion de la cantidad que se cambia <sup>3</sup>. De

<sup>1</sup> Garnier: *Elementos de Hacienda*, cap. iv, párr. iii.

<sup>2</sup> Leroy-Beaulieu: *Trat. de la ciencia de la Hacienda*, primera parte, lib. ii, cap. v, primer volúmen, pág. 278.

<sup>3</sup> Aristóteles: *Ética á Nicómaco*, lib. v, capítulos iii y iv.

una manera aproximada á la que es propia de esa justicia procederemos en lo que atañe al impuesto. El Estado exige de los súbditos el cumplimiento de un deber; absolutamente igual, no es dable querer que se cumpla; distribúyase el gravámen segun la capacidad económica, las fuerzas del orden de las riquezas que cada uno tuviere: del principio de justicia nace una proporcion. Por ejemplo: demandamos 10 por 100: el que cobra una renta de 1,000 pesetas paga 100 pesetas: el poseedor de una renta de 100,000 pesetas paga 10,000 pesetas: el sacrificio es igual. Prevalece en nuestra época el principio de la solidaridad nacional. Se presume que todos los ciudadanos participan, en proporcion de sus rentas, de los fines á que aspira el Estado, y tambien de las faltas cometidas por el gobierno, y, por tanto, que deben satisfacer los tributos en proporcion de sus facultades y de sus rentas; presuncion que está muy léjos de ser desatinada en nuestras naciones democráticas, en que todos influyen en las decisiones de la política y en los que la intervencion de la riqueza, sin embargo, es grande. La regla de que el tributo se ajuste á la proporcion de las rentas, es el único instrumento de precision, el único criterio que hemos descubierto en las cuestiones fiscales: decimos esto, porque cabe llamarlo, con una expresion algo enfática, una especie de *palladium* que escuda á los ciudadanos contra la opresion. Si le volviésemos las espaldas, no hallaríamos más que el capricho y lo arbitrario <sup>1</sup>.

Por desgracia la proporcion exacta y verdadera no puede conseguirse. El fisco asigna y percibe los impuestos en virtud de los signos de riqueza, y no de la riqueza misma, que no cabe averiguar, y diversas gabelas que se asientan sobre una base proporcional, si la riqueza cambia de valor por el trascurso del tiempo, adolecen de los inconvenientes del impuesto fijo. Surge, además, como grave obstáculo la estimacion del numerario en los diversos lugares de un mismo país. Aparece como casi imposible combinar una proporcion de impuestos en que se compense ó equilibre las variaciones del valor monetario, bien que los progresos de las vías de transporte disminuyan esa inevitable oscilacion de la potencia en el cambio que posee

<sup>1</sup> Leroy-Beaulieu: *Trat. de la ciencia de la Hacienda*, lib. II, cap. II, pág. 131, primer volumen.



la moneda. Dudan algunos autores que en el impuesto proporcional el sacrificio, la privacion que representa todo tributo, sean iguales, porque al fin y al cabo obliga á cercenar la renta, módica por término medio, toda vez que el número de los que cuentan con valiosas fortunas es relativamente corto. Se cree que una contribucion que demanda un tanto por ciento igual á personas cuyos haberes ó facultades son diversas, supone un gravámen mayor en las ménos acomodadas que en las que gozan del bienestar y la riqueza. Supongamos que la ley ordena percibir un impuesto de 10 por 100 sobre la renta. El que tiene 1,000 pesetas anuales, satisfará 100 pesetas; el que tiene 10,000, satisfará 1,000 y el que tiene 100,000, 10,000. La proporcion es justa, pero la carga es desigual: 100 pesetas forzarán á su poseedor á carecer de lo necesario, 1,000 no más que de lo útil ó conveniente, y 10,000 de lo supérfluo. No sintamos que suceda así respecto al postrero: duélanos lo que acontece al que percibe las 1,000 pesetas. Advuértase, en primer término, que el impuesto proporcional detrae y resta la misma suma de los bienes ó valores que por vía de cálculo admitimos como indispensables para la vida; queda por averiguar si los bienes supérfluos deben gravarse más á medida que es mayor su cuantía; y notemos, en segundo término, que habrá de juzgarse en razon, puramente hipotética, la idea de que las 10,000 pesetas no privan al rico más que de gastos de lujo ú ostentacion. ¿Quién negará que pudiera emplear sus bienes en la industria, en obras de pública utilidad, en la formacion de una biblioteca, en una galería de pinturas, etc.? Y entónces, ¿no fuera tan digna de respeto la inversion de sus rentas como la peculiar de una persona poco acomodada?

No hemos hallado una definicion satisfactoria del impuesto progresivo. Garnier dice que sería aquél que no tomase nada, ó casi nada, del hombre que vive con estrechez, y que exigiese en proporcion *progresiva* del haber de los que viven con desahogo. Se demandaria cero, por ejemplo, á una renta de 500 pesetas: un corto tanto por ciento á una renta de 600: el mismo tanto por ciento y un aumento de cierto tipo á una renta de 700: el tanto más dos veces el aumento á una de 800, etc.<sup>1</sup>—Thiers lo explica por medio de un

<sup>1</sup> Elementos de Hacienda, cap. iv, párr. 3.

ejemplo; escribe: «El impuesto progresivo, es decir, la proporcion, en vez de ser el décimo para todos, deberá, por ejemplo, ser el tercio para unos, y el quinto para otros <sup>1</sup>.» Du Puynode tampoco define: indica y describe: «Los tributos deben elevarse á medida que se aumentan las fortunas, pesando mucho sobre las más considerables y gravando apénas las menores <sup>2</sup>.» Stuart Mill afirma que es una contribucion sobre la renta, cuya cuota por ciento se eleva á medida que se aplica á rentas más considerables; y más adelante añade que, de establecerse, cada uno pagaria un tributo proporcional, no á su renta, sino á lo que hubiere supérfluo <sup>3</sup>. Leroy-Beaulieu formula la idea de este gravámen como el autor inglés. «Es aquel, asevera, que percibe una porcion ó parte tanto mayor de la renta de cada ciudadano, cuanto esta renta es más considerable. El divisor es variable y crece á medida que se eleva el rendimiento individual, que hace el papel de dividendo <sup>4</sup>.» En la definicion de Garnier se comprende la voz *definida*: Thiers y Du Puynode no presentan una verdadera: las de Stuart Mill y Leroy-Beaulieu no son bastante filosóficas, extensas, ni razonadas para que por ellas sepamos la causa y alcance de la idea que deseamos conocer y percibir. Nos atendremos á la primera de las dos últimas: en la expresion; no ha de estimarse feliz, pero sí clara y sencilla.

Se han aducido algunos argumentos de autoridad en favor del impuesto progresivo. Montesquieu, aludiendo á una contribucion de Atenas, piensa que era justa, bien que no proporcional; si no seguía la proporcion de los bienes, sí la de las necesidades: se juzgó que cada uno tenía necesidades físicas iguales que no debian ser gravadas; que era dable despues demandar un gravámen á lo útil, pero ménos que á lo supérfluo, y que la magnitud del impuesto sobre este último impediria lo supérfluo <sup>5</sup>. Adam Smith escribe que no es muy contrario á la razon que los ricos contribuyan á los gastos del Estado, no sólo en proporcion de sus rentas, sino más todavía que en esa proporcion <sup>6</sup>.

<sup>1</sup> *De la propiedad*, lib. iv, cap. iii.

<sup>2</sup> *De la moneda, del crédito y del impuesto*, II vol., capítulos II y III, pág. 88.

<sup>3</sup> *Princ. de econ. polít.*, lib. v, cap. II, párr. 3, II vol., pág. 399.

<sup>4</sup> *Tratado de la ciencia de la Hacienda*, lib. II, cap. II, pág. 132.

<sup>5</sup> *Del espíritu de las leyes*, libro XIII, cap. VII.

<sup>6</sup> *Riqueza de las naciones*, libro V, cap. II, seccion II, III vol., pág. 206.

J. B. Say sostiene deliberada y rigurosamente la tesis de este linaje de gabelas. «Una contribucion sencilla y proporcional, dice el ilustre economista francés, ¿no es más onerosa para el pobre que para el rico? El hombre que no produce más que la cantidad de pan necesaria para sustentar á su familia, ¿debe contribuir exactamente en la misma proporcion que aquél que, gracias á sus talentos distinguidos, á sus inmensos bienes inmuebles, á sus considerables capitales, no sólo goza y procura á los suyos todos los placeres del lujo más suntuoso, sino que además aumenta todos los años su tesoro? ¿No encontrais en esta pretension algo que se opone á la equidad<sup>1</sup>?» Por último se cita á Rossi, que termina así su exámen de esta materia: «Sea lo que quiera, tendremos por cierto que el impuesto progresivo, no pasando de una cuota limitada, puede concebirse; pero si fuere ilimitada, no puede concebirse, porque nos llevaria rápidamente á la destruccion del capital<sup>2</sup>.»

Montesquieu seguia por su modo de pensar en la ciencia política; para él es un timbre glorioso de la república la igualdad de fortunas, y á ella conviene aspirar: adversario del lujo, quiere proscribirlo: ni el derecho ni la ciencia económica admiten hoy estas doctrinas. Smith ha merecido el singular elogio de ser en las líneas que hemos traducido, tan oscuro como exacto. No creemos sea dable enumerarle entre los defensores del linaje de tributos que nos ocupan. Por opuesto debe tenerse á la primera de sus reglas fundamentales en materia de impuestos. Escribe su pensamiento de paso al tratar de la contribucion sobre los alquileres de las casas: deducir de él un sistema de impuestos general y tan grave, nos parece ir demasiado léjos. Say sí aduce uno de los argumentos capitales de los que desean se plantee una gabela progresiva. Rossi se muestra adversario: de un modo rápido ofrece á sus oyentes razones en contra del tributo que ahora estudiamos. No pretende que sea preferible al proporcional; y concluye admitiendo que es meramente posible con un requisito, que se encierre en términos moderados.

Veamos ahora en qué principios se funda la existencia del impuesto progresivo. La contribucion verdaderamente legítima, ajus-

<sup>1</sup> *Curso completo de Economía política*, viii parte: capítulo iv.

<sup>2</sup> *Curso de Economía política. Frag. sobre el impuesto*, ii leccion, iv vol., pág. 231.



tada á la ciencia económica, es la que equivale exactamente á las ventajas que el individuo obtiene de la sociedad, y, sobre todo, al valor de la seguridad que se le garantiza. Pues bien: la cuestion consiste en saber si los que tienen grandes rentas y favorable condicion viven amparados por el poder social más que aquellos otros ménos afortunados. Unos afirman que sí; otros creen que el asunto no está dilucidado por la ciencia de un modo satisfactorio. Ya hemos dicho que el origen y raíz del tributo no se hallan en los servicios, ni en las garantías que prestan y ofrecen los gobiernos. La idea carece, por tanto, de realidad lógica; no puede ser la medida del impuesto; pero admitámosla por un momento: parece que no sólo los ricos, los felices del mundo, han de tenerse por más protegidos que los pobres, que los poseedores de un mediano haber, sino que requieren estos postreros en mayor grado el poderoso brazo de la administracion, porque ¿quiénes sufrirían más, si sobre ellos dejara de extenderse? Á la postre, los ricos pudieran comprar con el trabajo de los pobres su propia defensa. Los afortunados no exigen mayores, ni más costosos servicios de parte del gobierno. Las grandes propiedades relativamente se garantizan con menores dispendios que las exiguas. Además, ¿no debe escudar el Estado los bienes de un modo igual? ¿Qué importa pertenezcan á uno ó á muchos? El pobre se aprovecha más que las personas para quienes la fortuna no se muestra rigurosa de los servicios administrativos, de las obras públicas, de los bienes del dominio público. La escuela, el camino, las aguas de los rios navegables, ¿no se usan ó frecuentan más por los desheredados del azar y la suerte, que por los bien acomodados? La primera es para ellos gratuita. En el segundo, su pesado carro deja huellas más profundas que el ligero carruaje del aristócrata, y en las terceras sus barcas y sus redes llaman la atencion del gobierno para llevar á cabo trabajos de reparacion y de defensa <sup>1</sup>.

Algun escritor estima como un ideal en armonía con grandes fines sociales procurar que desaparezcan ó disminuir las grandes fortunas. Trátase de corregir la que juzgan organizacion viciosa de

<sup>1</sup> Stuart Mill, lib. v, cap. II, párr. 2. — Leroy-Baulieu, primer volumen, páginas 139-141.

la propiedad; por un concurso de causas históricas y sociales, opinan que la acumulacion de bienes, no siempre justa, se forma y acrece por luchas y antagonismos de unos y otros productores, por la concurrencia; no rigen el ejercicio del derecho del propietario los principios morales que es preciso restaurar en su augusto dominio, y para ello debe tenderse á que el sér humano no carezca del conjunto de medios en que vivimos, como una esfera en que se extiende y dilata su personalidad.

Este linaje de defensa traspasa el dominio de la economía nacional; la filosofía del derecho y el derecho público tienen voz y voto en la materia; de ellas aprendemos el respeto de la inviolable persona humana en los bienes que produce su trabajo, ó que posee en virtud de actos lícitos. Si en los orígenes, si en la historia de la propiedad se descubre alguna mancha, el trascurso del tiempo y la proteccion de la ley, á cuya sombra se han creado derechos, ¿nos permiten poner en tela de juicio el de propiedad? Si en el cumplimiento de las leyes económicas se forman las grandes fortunas, ¿los fueros del Estado varían por ventura por la cantidad de las riquezas? Algunos bienes quedarán intactos á disposicion de sus dueños; muchos causarán el despojo de éstos. ¿No hay un gran peligro en convertir en colectiva una gran masa ó parte de la propiedad? El impuesto, en la extension de la renta que comprende y lleva al público Tesoro, impide que una fraccion del capital que los particulares poseen, que determinada cantidad de tierras, produzcan para sus dueños; valuadas por su interés ó por su renta, el poseedor bien puede considerarlas como colectivas de hecho; de manera que aumentar las contribuciones, equivale á aminorar ese círculo de bienes, en realidad útiles y productivos para el Estado: pasados ciertos límites, el impuesto hiere la produccion, desalienta á los hombres laboriosos, la emulacion desmaya, y se arroja al viento de los sucesos favorables de lo porvenir los gérmenes de la guerra civil: no olviden los gobiernos que el sistema de tributacion tiene un enlace, á las veces terrible, con la marcha de los acontecimientos políticos. Aún los mismos que quisieran ver desaparecer la desigualdad de fortunas, no de modo que se aligerase la carga de los pródigos á expensas de los hombres prudentes, creen que demandar más tributos á los que poseen grandes rentas que á los que



poseen módicas, surte los mismos efectos que castigar la actividad y la economía, que imponer una multa á los que trabajan y ahorran con mayor ahinco. Una legislacion justa y sábia debe guardarse de excitar á la disipacion más bien que al ahorro de valores que se transforman en capitales <sup>1</sup>.

Establécese una diferencia entre un tributo cuya cuota puede economizarse disminuyendo los consumos de lujo, y otro que amonore los consumos que exige una necesidad imperiosa. Parece equitativo que lo supérfluo soporte el peso de las rentas del Tesoro público. El sacrificio que hacen los pobres al pagar las gabelas fiscales es mayor; no se siguen daños ni dolores de encantar los goces y placeres de la vida; ¿disminuir los consumos necesarios será, por ventura, otra cosa que oponerse á que tengan pan bastante, bastante abrigo, los hijos de las clases cuyo penoso trabajo produce tan escasos rendimientos? Mas ¿qué es lo necesario? ¿Dónde comienza lo supérfluo? La distincion entre lo uno y lo otro depende de las resoluciones políticas, de las leyes constitucionales. Demandad que se verifique en la Holanda del siglo xvii, en la Gran Bretaña de nuestra centuria, y no sereis comprendidos, porque la industria ha creado allí grandes riquezas que saben perecerian en breve, si fuesen á parar á las temerosas manos del Estado. El límite de lo necesario varía como los caracteres, la civilizacion, las aptitudes, el concepto que nos formemos de la vida, los placeres que estimemos lícitos como descanso de las ásperas y diarias tareas. Los progresos económicos harán que cambie á cada paso. Lo supérfluo és la fortuna, las bellas artes, los medios de cultura, la invencion en las artes industriales; lo supérfluo, cosa tan necesaria, ha dicho con agudeza un escritor francés. Si nos proponemos desecharlo, no nos bastará la salsa negra y las casas hechas sólo con el hacha y la sierra de los espartanos; será menester detenerse en la escudilla y el tonel de Diógenes. La historia no celebrará en lo porvenir las riquezas de Jacobo Cœur, ni las naves, las admirables obras de arte, las pensiones y favores que otorgaron á los sábios y los artistas los Médicis; el uso que hicieron de sus bienes de príncipes habrá de censurarse, puesto que esos

<sup>1</sup> Esquirou de Parieu: *Tratado de los impuestos*, lib. 1, cap. iv. — Stuart Mill: *Princ. de Econ. polít.*, lib. v, cap. ii, párr. 3.



valores hubieran estado mejor empleados una vez absorbidos por la administracion de Cárlos VII, ó por la de la república florentina.

¿Quién osa pretender que el Estado, para ser justo, debe exigir el mismo sacrificio á los contribuyentes? Los escritores que juzgan el impuesto como el precio estricto de los servicios que cada uno recibe, como la parte que le incumbe en el pago de las deudas de la sociedad, estiman que es esta la norma que el derecho nos obliga á seguir. Un industrial, el ebanista ó el armero, que nos presta servicio, no varían la demanda de su retribucion por la fortuna de los que con ellos contratan. Un tribunal no condena á los gerentes ó al Consejo de administracion de una sociedad anónima que han cometido graves faltas, de suerte que haya entre ellos una igualdad moral de sacrificio <sup>1</sup>. Los que no aceptamos la doctrina de un cambio de servicios por servicios, por las razones que quedan expuestas en el capítulo II de este libro, entendemos que no cabe apreciar ni tendría un fin importante la pretendida igualdad de sacrificio; cumpla cada uno su deber en la medida que demanden los elevados fines que el Estado realiza, gozoso y tranquilo, ó agitado por el soplo de grandes pasiones, que suelen causar más daño á las familias que el impuesto.

El progresivo es arbitrario. Un tanto por ciento constituye una base fija. ¿Qué cuota añadiremos á la suma que se tome como tipo del aumento de fortuna? ¿La del ejemplo con que explica Garnier su definicion? Nada se percibe de una renta de 500 pesetas; un corto tanto por ciento de la de 600; el mismo y una cuota adicional de la de 700; el tanto por ciento y dos veces la cuota adicional de la de 800, etc. <sup>2</sup> Por ejemplo: 10 por 100 como tanto; 60 pesetas á la renta citada en segundo término; 40 pesetas á la tercera, más 1 por 100 como cuota adicional; 77 pesetas, 10 por 100, más dos, por la progresion, á la citada en cuarto lugar; 80 por aquel gravámen, y 16 pesetas por éste, 96, y así sucesivamente.

¿Parecerá preferible que para limitar la progresion ésta se aplique, no á la renta total, sino al aumento de la misma? Así lo propone J. B. Say. Este ilustre autor dice que hay muchas clases de progre-

<sup>1</sup> Leroy-Beaulieu: *Tratado de la ciencia de la Hacienda*, primer vol., pág. 138.

<sup>2</sup> *Elementos de Hacienda*, cap. IV, p. III.

sion, alguna no arrebataría más que la menor parte de la renta; por ejemplo, la que gravase sobre su acrecentamiento, tomando por punto de partida un tiempo dado. De todos modos, no puede negarse que la base misma nace de un cálculo arbitrario; como hemos dicho ántes de ahora, de las teorías de una escuela, ó de los partidos políticos.

No se trata más que de un impuesto moderado, escriben los más prudentes defensores de este linaje de contribuciones: demos por admitido este punto, no sujeto á discusion, pues ya sabemos que constituye una regla universal de todo sistema de tributos. Pero si ponemos un límite á la progresion, las mayores fortunas se verian libres del peso y gravámen que nos ocupa: se notará que tal exencion es moralmente imposible. Si los ricos demandan más, ó servicios en mayor grado onerosos; si lo supérfluo ha de ser la piedra angular de los rendimientos fiscales, ¿cómo detenerse ante los bienes que garantiza con mayor esfuerzo la administracion, que representan el *summum* de los gastos de placeres y lujo? Ahora bien: si no trazamos un límite, la progresion llegará á absorber la suma total de la renta. Boccardo en el tercer volúmen de su *Tratado teórico y práctico de Economía política*, 1879, pág. 247, y Leroy-Beaulieu en su *Tratado de la ciencia de la Hacienda*, primer volúmen, pág. 141, ofrecen al que leyere, cuadros en que se demuestra la proposicion enunciada.

Elegimos el postrero, que es del tenor siguiente:

Supongamos que la cuota del impuesto se triplique siempre que se duplique la renta, y que el punto de partida sea un tributo de 5 francos por 500 de renta, es decir, de 1 por 100. Hé aquí una progresion que á primera vista no parece muy rápida, y el tanto por ciento inicial se estimará como muy moderado; sin embargo, llegamos á las conclusiones siguientes:

Renta.	Suma del impuesto.	Proporcion por 100.
500	5	1
1.000	15	1'50
2.000	45	2'25
4.000	135	3'375
8.000	405	5'0625
16.000	1.215	7'6

32.000	3.645	11'4
64.000	10.935	17'0
128.000	32.805	25'6
256.000	98.415	38'4
512.000	295.245	57'6
1.024.000	885.735	86'5
2.048.000	2.657.205	129'7

Si temerosos de esta confiscación nos fijamos en la propuesta y el deseo de Say que más arriba sumariamente indicamos, no se irá tan lejos, no tomará el fisco para sí la renta total de los que poseen bienes cuantiosos, mas en cambio señala un *maximum* más allá del cual no se puede pasar; el Estado percibe la masa total de la cantidad en que el rendimiento anual se acrecienta. Imaginemos que el tributo sea de 1 por 100 sobre los primeros 500 francos; que para el producto anual de 1.000 continúe con el tipo de 1 por 100 en la mitad, 500 francos, y se eleva á 2 por 100 en el resto, también 500 francos, lo que representa 1 y 1/2 del todo; que en los rendimientos de 2,000 francos no exceda de 1 y 1/2 por 100 en los primeros 1,000 francos, y de 3 por 100 en los otros 1,000, y así se proceda en las rentas cada vez mayores, de manera que dividamos estas en dos partes; la primera igual á la cifra del rendimiento total de la categoría anterior y satisface una contribucion idéntica, y la segunda paga una gabela progresiva, cuyo tanto por ciento se duplica al tenor de la renta, que asimismo se duplica. En esta hipótesis, las rentas de 4,000 francos ó ménos sufren poco, toda vez que el *maximum* no pasaria de 3'37 por 100; las rentas que se asignan como un término medio, de 4 á 16,000 francos, no soportarian un gravámen excesivo, puesto que se alzaría en los últimos á 7'59 por 100; más en las grandes utilidades y productos de la tierra, de las artes liberales, de la industria, llega á hacerse muy penosa; los de 32,000 francos satisfarian 11'39 por 100, los de 64,000, 17'08 por 100, los de 128,000 pagarian más de 25 por 100, los de 256,000 38'44 por 100: se privaría del 57 por 100 á las rentas de 512,000 francos, y de 78 por 100 á las de más de un millón <sup>1</sup>. El cálculo prueba que el legislador respetaría el

<sup>1</sup> Leroy-Beaulieu: *Tratado de la ciencia de la Hacienda*, primer vol., páginas 142 y 144.



bienestar hasta cierto punto; pero si no anula la riqueza, hace punto ménos que imposible que persona alguna se afane en adquirirla, porque el fruto de sus sudores iría á parar á las manos del Gobierno. Damos la razon, en suma, á M. Passy cuando dice que en ninguna parte se ha planteado el impuesto progresivo de un modo ámplio y verdadero; mas es dable predecir atrevidamente el resultado, si se ensayase. Las fortunas adquiridas se ocultarian á fin de rehuir el exceso de los tributos: las fortunas nuevas no se realizarán en apariencia sino hasta una suma dada <sup>1</sup>.

Cuanto más se enriquecen y progresan los Estados, más el sistema rentístico deja de ser una capitacion para convertirse en un gravámen real: el legislador no tiene en cuenta las personas, no fija su atencion más que en los bienes: el derecho moderno no conoce esa profunda diferencia antigua de ricos y pobres; hoy no hay más que súbditos y ciudadanos; las bases de toda administracion en general tienen su punto de apoyo en el fuero peculiar de la personalidad y en el conjunto de elementos orgánicos de la sociedad que se enlazan estrechamente, y en los que aparece una viva realidad: uno de esos elementos de fuerza y poder es la riqueza, y el Estado yerra de un modo notable si contraría su formacion y sus progresos: el impuesto progresivo se confunde y corre parejas con una capitacion graduada.

Sin embargo, á pesar de tan fundadas objeciones, los *Katheder-socialisten* de nuevo sustentan la causa y aducen nuevas doctrinas en defensa del linaje de contribuciones que nos ocupa. Wagner lo considera como un medio de política social, esto es, un medio con el que se tienda á corregir la viciosa distribucion de la riqueza en nuestros tiempos; la concurrencia perjudica á las clases obreras; su jornal no es bastante; el capitalista recoge las ganancias de la lucha que sostienen; el Estado ha de procurar la enmienda de tan graves daños: existe, por otra parte, la necesidad de plantearle donde quiera que haya impuestos indirectos, porque son progresivos á la inversa, ó, lo que es lo mismo, por su peso, y por disminuir la renta, son más graves cuanto más pobres los contribuyentes. Scheel afirma que algu-

<sup>1</sup> Art. Impuesto: *Dicc. de Econ. polít.*—Boccardo: *Trat. teórico y práctico de Economía polít.*, III vol., páginas 244 y 256.

nos tributos de los siglos pasados, como, por ejemplo, los suntuarios y los derechos protectores, no se cobraban sólo con la mira de obtener ingresos para el Estado, sino que además se encaminaban á un fin de política social; tal debe ser el objeto de los nuestros, como se demuestra por los principios científicos de Hacienda que se derivan de la esencia del Estado de nuestros días. Según estos principios, no se debe sólo aspirar á un impuesto justo y proporcional, sino también al que tienda á crear obstáculos á la desigualdad de las riquezas. Schäffle nota que la contribucion proporcional grava más las pequeñas rentas que las de más grande valor, como se prueba por el ejemplo, de que es más grave quitar tres florines á un individuo que sólo posee 300, que 3,000 al que posee 30,000; no obstante, admite la doctrina de la proporcion, y juzga que sería provechoso un impuesto progresivo adicional para evitar ese inconveniente, combinándole con el sistema de tributos que se cobran de la renta. Este mismo autor, desde el punto que admite que las contribuciones deben repartirse sobre la renta, en la acepcion que hemos dado á esta palabra en el capítulo II, de suerte que comprendan todos los trabajos y todos los goces humanos, al hombre en su capacidad económica, cree que se justifica en parte el impuesto progresivo.

Wagner piensa que éste se presenta con caracteres de mayor justicia que el proporcional, por la razon que cuando fuere la renta escasa, mayor parte de la misma habrá de emplearse en satisfacer las necesidades primeras; mientras que la renta libre aumenta la capacidad económica de impuesto de un individuo, en una relacion mayor que la renta <sup>1</sup>.

Los *Katheder-socialisten* no dudan que la progresion es realizable: ya Ahrens pensaba que las dificultades para conocer la fortuna de los particulares habíanse disminuido, despues que las segundas se habian hecho más públicas por la concentracion de los capitales en las grandes empresas, por la multiplicacion de los Bancos y de las sociedades por acciones: Ahrens asevera que la medida que propone se reclama por una buena y previsora política, porque no

<sup>1</sup> Wagner: *Sobre la cuestion social*, páginas 36 y 38.—Schäffle: *Sistema de Economía política*, II, páginas 404 y 405.—Scheel: *Literatura alemana de la cuestion social*, pág. 55.

siendo injusta, se tendrá como un medio eficaz de aligerar la carga que pesa sobre las clases inferiores, en virtud del sistema predominante de contribuciones indirectas <sup>1</sup>.

La sociedad moderna se funda en la propiedad privada: variar esta base nos parece arriesgado é incierto, porque no conocemos en su extension las graves reformas que ocasionaria, y tememos sus resultados en la manera de ser, en la no muy grande instruccion y en el grado de moralidad de los pueblos modernos. Corregir la viciosa distribucion de la riqueza por ese camino, no nos parece acertado: ó sería introducir un tributo más de no grandes consecuencias, incapaz de realizar los fines que se apetecen, ó cegar los orígenes de la fortuna; que en medio de las luchas de nuestros partidos, de los planes que meditan y llevan á cabo nuestros gobiernos, de las amenazas del socialismo, ¿quién que reflexione acerca de estas materias osará creer que los particulares soportarán los enojos y fatigas de las empresas industriales, para ceder resignados ó contentos, la mayor parte de sus beneficios al Estado? Fuera menester crear en los hombres móviles nuevos.

No negamos que la contribucion deja disponible una menor porcion de renta para satisfacer las primeras necesidades, en los haberes módicos que en los más considerables: mas entendemos que el achaque es inevitable, y de paliarse con la progresion de las segundas, oneroso fuera el sacrificio y mejor calificado de confiscacion, porque las grandes propiedades, las acumuladas riquezas hasta nuestros dias, pertenecen á escaso número de personas. El hábil punto de vista de Schäffle pudiera aceptarse, si no ofreciese el peligro y azar de constituir un primer paso en la teoría, que sirviera de precedente para abrir las puertas del grave y natural impuesto progresivo.

Si la renta libre aumenta la capacidad económica para los tributos en los individuos, como defiende Wagner, en cambio, en aquélla hemos de ver el medio de satisfacer las necesidades más elevadas de la existencia, y es el punto de partida de una caridad racional y del aumento progresivo de la riqueza, porque llamamos *renta libre*

<sup>1</sup> Ahrens: *Curso de derecho natural*: II, parte especial, segunda seccion, lib. III, cap. III, pág. 878.



la porción de la neta ó líquida que queda disponible despues que el productor ha conseguido acallar las exigencias imprescindibles de la vida <sup>1</sup>. Infíerese de lo dicho que encantar con larga mano esa fracción de los resultados de la actividad económica equivaldria á poner trabas á la virtud, á contrariar el desarrollo de las ciencias y de las bellas artes, y á hacer más lento el progreso económico.

<sup>1</sup> *Economía del Estado*, por Hermann, pág. 297.—Roscher: *Princ. de Econ. polít.*, párr. 145.



## CAPÍTULO V.

SUMARIO: *El impuesto único.—Razones con que se defiende.—Reseña histórica de las doctrinas.—Sencillez, economía y fácil percepción de este tributo.—Disminuiría los fraudes y abusos que se cometen en la cobranza, y daría mayor libertad industrial á los ciudadanos.—Base de distribución del impuesto único.—Contribución sobre la renta.—Si es el ideal en materia de tributos.—Teoría económica en que se funda.—Argumentos en contra.—Que es arbitraria, que renovaría sin cesar la desigualdad de su repartimiento, y se opondría á la formación de los capitales; que favorece al capital pasivo, y deja sin gravámen una importante masa de valores muebles.—Impuesto sobre el capital.—Sus excelencias.—Afirmase que se basa sobre la riqueza productiva y apreciable, que tiene fijeza, y cambia poco, que no sujeta la industria con trabas, y abre ancho campo á la actividad del hombre, y obliga á los capitales á buscar empleos reproductivos.—Inconvenientes del impuesto sobre el capital.—Políticos y sociales.—Con él se exime de las cargas fiscales el mayor número.—Dificultad de conocer el valor de los capitales fijos.—En suma, una sola contribución no basta en un Estado que tiene un presupuesto de gastos considerable.*

Para muchos autores es provechoso encaminarse á conseguir que no haya en el sistema rentístico más que un impuesto. La historia nos enseña que ha sido múltiple, no sólo por sus varios orígenes, sino porque se acude á diversas formas en cada uno de ellos. Sin embargo, se aspira á sustituir la confusión, las contradicciones y males que nacen de la existencia de muchos tributos, por uno sólo que descubra la teoría científica como racional y legítimo.

Vauban, en 1707, y en su obra titulada *El diezmo real*, proponía una gabela con estos nombres, que anulase las tallas, los auxilios, las aduanas provinciales y foráneas, etc. En su sentir, sería justo comprendiendo á todos, y su método de percepción no ofrecería grandes dificultades. Consistía la propuesta del famoso general francés en el vigésimo ó, á lo sumo, el décimo de todas las rentas y frutos de la tierra, precio de arriendo de las casas, productos de la indus-



tria, rentas sobre la Corona, prendas, francos-feudos y los demás rendimientos. Vauban dejaba subsistentes una contribucion moderada sobre la sal, las aduanas de las fronteras y los derechos de registro y de inspeccion. La primera, siendo muy moderada, debia extenderse por todas partes poco á poco, á fin de que todos los franceses fuesen iguales en esto como en lo demás <sup>1</sup>. Las segundas no ofrecerian los abusos que las aduanas provinciales, satisfarian derechos reducidos por el Consejo de Comercio, sobre el pié de que no se rechazase á los extranjeros que acudian á llevarse los productos que los franceses tenian con exceso, y que se favoreciese el tráfico del interior del reino cuanto fuere posible <sup>2</sup>.

Boisguillebert propuso, como Vauban, un impuesto único sobre la renta de toda clase de personas; el denario real de Law se inspiró en el mismo pensamiento, y durante el ministerio de M. le Duc, París-Duverney intentó percibir en doce años, la quincuagésima parte de las rentas. Su proyecto de diezmo real comenzó á ejecutarse en una audiencia de justicia verificada con este objeto el 8 de Junio de 1725. Eran estas, tentativas para acercarse á la unidad, ó, por lo ménos, á un sistema uniforme en los tributos.

Los fisiócratas juzgaban que la clase productiva suministra todo lo que se consume en la sociedad, sin ser pagada ni subvencionada por nadie: que cuando las otras dos clases de la sociedad le compran ó verifican pagos, es preciso remontarse al origen de donde nacen los medios de pagar. Creian que el impuesto debia establecerse inmediatamente sobre el producto neto de los bienes inmuebles, y no sobre el salario de los hombres, ni sobre los géneros, porque se multiplicarian los gastos de percepcion, se perjudicaria al comercio y se destruiria cada año una parte de las riquezas de la nacion <sup>3</sup>. Los mismos economistas franceses dejaban á salvo dos excepciones: un tributo sobre las mercancías que constituyen por necesidad el recurso de los pequeños Estados marítimos, que subsisten en virtud del tráfico, necesariamente sujeto á gabelas en esos países que no

<sup>1</sup> Proyecto de un diezmo real, 1707, páginas 12, 14, 39.—Sobre la sal, páginas 102 y 109.

<sup>2</sup> Ibidem, pág. 113.

<sup>3</sup> V. Máximas de Quesnay.

tienen territorio; y se estima asimismo, como un recurso momentáneo en los grandes Estados, cuando la agricultura sufre tal quebranto, que la renta del territorio no puede subvenir al pago del impuesto <sup>1</sup>. Nosotros no creemos que sospeche con razon M. Leroy-Beaulieu que los fisiócratas pretendiesen que el Estado pudiera reivindicar la adición de productos que proporciona la tierra despues que el cultivador se reintegra de los gastos del cultivo: no basta para ello citar algun texto general y poco pertinente de Mercier de la Rivière; no hay indicacion precisa en las obras de los economistas franceses, de que no debiendo existir más que una sola contribucion, ésta no se detenga más que en el límite de las anticipaciones primitivas y anuales.

Mas sea de esto lo que quiera, los discípulos de Quesnay se fundaban en que una contribucion sobre el interés de los capitales, por ejemplo, lo disminuye, y si deja de cobrarse, la concurrencia hará que baje al punto que permitia el impuesto; si el tributo de aquella suerte cobrado se exigiese á los propietarios, no perderian, porque el precio de sus productos se alzaria en proporcion del impuesto abolido para los capitalistas. Para suponer este hecho hay que admitir que la poblacion es bastante rica para pagar el alza del precio de los productos agrícolas, y que no se permita introducir los extranjeros; tenemos por cosa averiguada que los propietarios sufririan el gravámen, si ántes del nuevo tributo los precios eran altos, y que las naves extrañas arrojarian de su cargado seno valores, que por ser más fáciles de adquirir aminorarian los beneficios ó ganancias de los agricultores. Agréguese á las reflexiones apuntadas, que en el cambio de los bienes existen en general utilidades ó provechos que forman base y dan razon de ser á impuestos que se tomen de las mismas.

M. de Girardin ha dividido su obra *El impuesto* en dos partes: *el impuesto inciuo* y *el impuesto único*. En la primera trata de los antiguos sistemas de Hacienda y de las diversas cargas fiscales de nuestra época. En la segunda defiende un solo gravámen sobre el capital, una prima voluntaria de seguros.

<sup>1</sup> M. Grivel: *Miscelanea de filosofia y de Economia política*, 1789, primer volumen, pág. 69-70. — Leroy-Beaulieu: *Trat. de la c. de la Hac.*, primer volumen, pág. 181.



M. Menier desea y sustenta que no se vote por las Cámaras, ni se demande más que un impuesto sobre los capitales fijos, es decir, los que producen utilidad sin cambiar de forma, como las tierras, las casas, las fábricas, las cosas inmuebles por su destino.

Si fuera posible plantear la contribucion única, convenimos en que por su sencillez, conocida de todos, cooperando todos á la accion fiscal, sabiendo la gravedad y extension de las cargas que exigen nuestros presupuestos, desaparecerian gran número de formalidades y trabas que embarazan el libre movimiento de la industria y del comercio. El círculo en que puede moverse la libertad civil é industrial se dilataria tambien; los tributos disminuyen los bienes que poseemos, y los actos que el poder administrativo realiza para su cobranza impiden ó estorban el iniciar y conducir á buen término ciertas empresas que de productivas pueden calificarse. Cada uno sabria á ciencia cierta lo que paga para sostener las cargas públicas, al paso que con la diversidad de los impuestos, y confundiendo algunos con el precio de las mercancías, á nadie es dable llevar esa cuenta individual. Por desgracia, los enormes gastos de los Estados modernos, las deudas acumuladas por la revolucion y por la guerra, las profusiones y desaciertos de los gobiernos, las sumas enormes que requieren los ejércitos permanentes y la marina de guerra, nos alejan de ese impuesto único; á juicio de los que lo defienden, habria de ser directo, y prueba la experiencia que cuesta penosos esfuerzos la exaccion de ese linaje de contribuciones, que se hace menester violentar á los que poseen pequeñas rentas: por otra parte, no hallamos gabela alguna que en la práctica no dé origen á injusticias y desigualdades; porque no cabe adquirir certeza de los bienes y valores que se quieren gravar. Diremos, por tanto, con M. de Passy, que si la sencillez en materia de exacciones fiscales debe procurarse atentamente, no la tendremos por el único fin á que dirigirnos, y que, al parecer, la única contribucion continuará siendo un ideal, al que quizá nos acerquemos sin alcanzarlo y realizarlo completamente<sup>1</sup>.

○ Pastor distingue la base de imposicion y la base de distribucion

<sup>1</sup> Art. *Impuesto* del *Diccionario de Econ. polít.*—Leroy-Beaulieu: *Ciencia de la Hacienda*, primer volumen, pág. 168-180.



de los tributos: constituye la primera la cantidad estrictamente precisa para cubrir las atenciones ordinarias del Estado; la segunda se reduce á saber por qué medios debe obtenerse la suma que hemos citado<sup>1</sup>. Decimos esto para comenzar el estudio de la base de distribucion de los impuestos; ¿será provechoso que se exijan de la renta ó del capital? Siempre habrá de encantar la renta toda contribucion; ella es la riqueza que renace anualmente; los bienes que se renuevan soportan las cargas, que reaparecen y tornan; proceder de otra suerte, no fuera más que herir las riquezas que producen y abrir un abismo en que se irian poco á poco sepultando. Empero trátase de indagar qué estimacion servirá de base: el aprecio y evaluacion de la renta ó del capital. En el un caso, se calcula la renta en virtud de ciertos datos, y se detrae una parte: en el otro, se calcula el valor del capital, y se exige una fraccion del beneficio ó interés que debe producir. Lo que constituye la grande diferencia entre las dos exacciones que nos ocupan, es que los capitales improductivos sufren gravámen en la una, y en la otra no: es que, en sentido inverso, las rentas producidas sin concurso de un capital, por ejemplo, los beneficios ó ganancias de ciertas profesiones, gozan del fuero de no ser materia imponible en la segunda, y sí en la primera.

El impuesto sobre la renta se basa por su índole en la máxima de la proporcion; en la justicia, porque se estima como el único que abraza la capacidad económica de los súbditos: todos los rendimientos del trabajo y de los bienes muebles é inmuebles soportan el peso de los medios materiales que los fines del Estado requieren, y lo soportan del modo más equitativo; un tanto que corre parejas con esos rendimientos. Es dable moralmente hacer que contribuyan los valores en virtud de los cuales el individuo puede satisfacer sus necesidades sin mengua de su fortuna.

Se afirma que se necesita sinceridad y paciencia de parte de los contribuyentes para tolerar ciertas investigaciones, ó inspeccion de los agentes administrativos: diferéncianse en este punto las razas; la germánica parece ser más dócil y fria que la neo-latina, en lo que pueden influir causas políticas. De notar es asimismo que la

<sup>1</sup> *Ciencia de la contribucion*, II vol., cap. IV, art. IV.

proporcion de la fortuna mueble é inmueble varía segun los tiempos y los países. En los nuestros no parece dudoso que la primera crece en gran manera y llega á igualar á la segunda, y una suma considerable burlaria las pesquisas de los que intentáran asentar el impuesto sobre el capital. El que se exige de la renta permite deducir las deudas, cabe eximir las pequeñas ó cortas utilidades, y tiene el preciado carácter de la generalidad <sup>1</sup>.

Á vueltas de estas importantes ventajas, confesamos que el impuesto sobre la renta ha sido impugnado con calor y con fuerza por algunos autores. Sismondi ha escrito que si el dicho tributo pudiera realizarse, produciria mucho ménos y causaria muchos más sufrimientos que las diversas contribuciones que se demandan á las diferentes clases de riquezas. Asegúrase que es arbitraria una capitation proporcional á la economía y á la habilidad de cada uno. En nuestras sociedades, diversas en tanto grado por los empleos de los bienes y los múltiples trabajos á que se entregan, en que las fortunas se hallan tan divididas y varían tanto, ¿cómo es posible apreciar la renta de los súbditos? Ofrecen cierta regularidad la renta de las tierras, los intereses de la Deuda, los préstamos hipotecarios; mas ¿cuál habrá de ser la base de la estimacion fiscal en los beneficios del comercio y de la industria fabril, en los salarios y haber anual de las profesiones liberales? Cambia con triste presteza la suerte y condicion de nuestros ricos: sus capitales se abisman en las temerosas especulaciones, y se rehacen velozmente. ¿Quién no ignora en esas especulaciones la parte que descansa en el crédito? Los sucesos más extraños, al parecer, al curso de los negocios, determinan bruscos cambios en los provechos y las ganancias de nuestros industriales y mercaderes; una sublevacion política, una mala cosecha, el encarecimiento de los precios en las primeras materias que se aportan de lejanas regiones, bastan para producir la ruina de muchos. ¿Y qué no cabe decir de los honorarios de las profesiones liberales, de los productos del pincel ó de la destreza en tañer los instrumentos músicos? Su retribucion se modifica por las alteraciones en el conjunto de la riqueza pública, y por las que ocurren en

<sup>1</sup> Passy: *Dicc. de la Econ. polít.*, art. *Impuesto*. *Diario de los econ.*, número de Abril de 1857.—Esquirou de Parieu: *Trat. de los imp.*, lib. III, cap. III, pág. 279.



la demanda: de suerte y manera que el impuesto sobre la renta renovaría sin cesar la desigualdad de su repartimiento. Leon Faucher juzga que llegaría á ser excesivo cuando debiera mostrarse moderado, y escaso en resultados, si se apetecían por necesidad, importantes... Que tanto valdria repartir sus cuotas al azar, como hacer el ensayo de que corriesen parejas con la proporcion de las fortunas.

Ese tributo al que nos referimos daña los capitales que producen la riqueza que se renueva anualmente, porque aquéllos se valúan por la renta que nos proporcionan. Cuando el fisco cobra una parte de la renta, queda inútil para su dueño la porcion del capital que constituye su origen y su cuna. ¿Qué nos importa adquirir 100 pesetas más, si hemos de pagar tambien al público tesoro 5 pesetas más que en el trimestre anterior? El impuesto sobre la renta daría margen á profundas novedades económicas, á verdaderos sufrimientos: nuestras sociedades gozan de harto poco sosiego; sobre su frente se ciernen las nubes de harto frecuentes tempestades para que añadamos esa nueva causa de inestabilidad, esos nuevos gérmenes de desórden. M. de Girardin cree que hace desmayar el espíritu de empresa y de progreso, favorece el capital pasivo, ocioso, inmóvil, y grava al capital activo, empleado, circulante. Además, segun el ingenioso escritor francés, deja á un lado una importante masa de valores muebles, si como capital se consideran, nulos como renta. La principal consideracion contra la gabela que nos ocupa descúbrese en que desconcierta, turba, interrumpe y desvia del curso natural y pacífico de las cosas para crear otro ficticio y peligroso, que hace afluir el dinero donde abunda, cuando deberia llevarlo donde escasea; que interviene en todos los contratos para complicarlos, en todas las miserias para agravarlas; que, por último, no tiene en cuenta el uso á que cada uno destina su capital <sup>1</sup>.

No pensamos que es difícil responder á estos argumentos: La arbitrariedad de un impuesto no puede nacer ni derivarse más que

<sup>1</sup> Sismondi: *Nuevo princ. de Econ. polít.*, vol. primero, cap. III.—Du Puynode: *De la moneda, del crédito y del impuesto*, II vol., cap. VI, páginas 243 y sig.—Girardin: *Cuestiones de mi tiempo*, XI. *El impuesto*, páginas 285 y 256.—Mac-Culloch: *Sistema de impuestos y de la deuda*, parte primera, cap. IV, pág. 76.



del sistema ó procedimiento que se aplican á su recaudacion: si éstas obedecen á un plan razonado, no serán causa de arbitrariedad. ¿Esta se atribuye á desigualdad de las rentas? Lo mismo sucede en todos los tributos. Las fortunas son movedizas sin duda, y nuestra sociedad está sujeta á bruscos cambios, es cierto, mas esta condicion de nuestra vida se extiende y dilata á toda nuestra produccion, á toda la riqueza social, y enseña de un modo evidente que la base de las contribuciones directas se presenta con un carácter fugitivo. Numerosas rentas pueden apreciarse, y de las más importantes, todas las que tienen su raiz en los bienes inmuebles: difícil empresa si la intentamos por lo que concierne á los bienes muebles, á las capacidades personales, sobre todo porque interviene el crédito, y sabido es que á los ojos de todos debe permanecer velado y encubierto, y por grande error tendríamos el descubrir sus secretos para demandar una gabela. Mas si no se quiere tropezar con estos inconvenientes, tenemos por punto averiguado que la cuestion muda su faz, y se hace menester preferir las contribuciones indirectas á las directas. Si no exigimos tributo alguno de los rendimientos del trabajo en sus várias formas, por diverso camino habrá de buscarse la igualdad en los gravámenes. Ni entendemos que las dificultades que puedan aparecer para que la base de distribucion de un impuesto sea justa y verdadera, ó si parece mejor, en armonía con el pensamiento á que debe su origen, han de estimarse como motivos bastantes para desecharla.

En rigor, siguiendo una teoría exacta, no cabe afirmar que en el tributo sobre la renta deje de percibirse cosa alguna del capital inactivo, ocioso, inmóvil, porque aquél es un producto acumulado que se emplea en la produccion ulterior: las riquezas que no se destinan á usos reproductivos, son simples valores que se ahorran ó separan del consumo. Pero no nos detengamos en esta objecion: paremos mientes en otra distinta: ¿con qué título exigiremos un impuesto de esos bienes que nada producen? no será por su renta; sí porque se consumen por el uso, ó por las satisfacciones que proporcionan, de distintas fuentes de riqueza que anualmente se produce y renueva, se verá obligado su dueño á pagar el tributo que suponemos, que de enajenarlos para él cesa y desaparece el gravámen. Si no dan de sí anuales rendimientos, no es dable que constituyan materia de otros

impuestos que los suntuarios. Además los cuadros, los diamantes, los objetos de arte se valúan y aprecian difícilmente, y en cambio es fácil su ocultacion. El sentir de las personas inteligentes y los deseos que aviva la concurrencia, determinan el precio de los objetos de arte, sujeto á grandes fluctuaciones y que disminuiría un tributo.

Por último, por lo que hace al argumento de que desmaya el espíritu de empresa y se daña al capital que se estima por la renta que produce, demostraremos, apénas el lector recorra algunas páginas, que debe tenerse por achaque y mal de que no se libran clase alguna de contribuciones.

Comparemos, despues de este estudio acerca del impuesto sobre la renta, las ventajas é inconvenientes del impuesto sobre el capital.

Se pide el postrero para que grave sobre la riqueza acumulada, productiva y apreciable. En nuestras sociedades, los capitales han llegado á tener tan vastas proporciones, que una gabela ó gravámen que en ellos descansára, sería suficiente para satisfacer las necesidades de un gobierno que encerrase su accion en justos límites. Así los salarios quedarian eliminados, lo que hoy no sucede con los impuestos indirectos, y la cuota de cada uno se pagaria con una renta lo que no acontece con los directos, que tienen otra base; de otra suerte, el tributo pesa desigualmente sobre las diversas partes de la poblacion, y destruye el equilibrio natural que existe entre sus fuerzas y sus situaciones respectivas, creando obstáculos al curso regular de las riquezas. Uno de los principales caracteres del impuesto sobre el capital es la fijeza, la estabilidad; lo que no quiere decir que sea inmutable, sino que cambia tan sólo en largos intervalos. La propiedad territorial y de los bienes muebles tiene precision de conocer de antemano las cargas que la afectan; requiere lejanas perspectivas; ni se conserva, ni se mejora, sino á condicion de mucha seguridad y de muchas garantías. La contribucion á que nos referimos procura no oponerse á que se formen los capitales; evita una inquisicion odiosa y hiere ménos, áun cuando comete injusticias, porque no se dirige á un individuo aisladamente, sino á toda clase de bienes considerados en masa, y no pone trabas á la libertad humana. M. Emilio de Girardin pretende que si tomamos por base de las exigencias fiscales el capital, el que no circulaba, circula; el dormido se despierta; el invertido en el trabajo impele á que los pro-

:



ductores redoblen sus esfuerzos y estimulen el crédito. El capital no puede estar un solo instante ocioso é improductivo, bajo pena de ser aminorado: se le condena á una actividad forzada.

Esa actividad, ese movimiento en los empleos ventajosos, surtirían el efecto de poner un límite á la excesiva concurrencia de los compradores de tierras, por ejemplo; de establecer cierta ecuacion por el concurso de los capitales en todo género de ocasiones y salidas, y de poner la produccion y el consumo en vías más normales, de que las han separado los tributos, tan ciegamente repartidos al azar por la necesidad.

Añádese que el capital, y sobre todo el que se confunde é incorpora á los bienes inmuebles, es el que soporta en definitiva el peso de las contribuciones indirectas, porque éstas disminuyen el consumo de los frutos y artefactos, y aumentan el coste ó gastos de la produccion; que siendo la dicha fuerza productiva la verdadera materia de que se toma el tributo, más vale inquirir desde luégo dónde se forma y acumula, que ir á parar al mismo punto por sendas torcidas, y aumentando las impensas de la recaudacion. Se juzga que es el impuesto más igual de todos, porque se reparte y cobra segun la fortuna de los individuos, cualquiera que sea el uso que hagan de la misma. Se insinúa que el capital puede conocerse más fácilmente que la renta: el primero se ve, la segunda se aprecia por signos exteriores, bien que esta razon no se use más que por aquellos que se contraen á los capitales fijos, las mejoras de las tierras, las casas, las fábricas, las cosas inmuebles por su destino y que eximen los capitales circulantes, á saber: los efectos de comercio y de banca, las obligaciones, los préstamos hipotecarios, todas las riquezas muebles. Se defiende tan singular anomalía, afirmando que las posterras significan la representacion de los capitales inmuebles; que así sucede, *vr. gr.*, con las acciones de los caminos de hierro y la mayor parte de las sociedades cuyos títulos se cotizan en la Bolsa, y pasan de unas á otras manos<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Du Puynode: *De la moneda, del crédito y del impuesto*, II vol., páginas 94, 121, 249, 252, 347, 348.—Girardin: *El impuesto*.—Leon Faucher: *Miscelánea de economía política y de Hacienda*, II vol., *Impuestos*, II, *Impuesto sobre el capital*.—Menier: *El impuesto sobre el capital*. Su aplicacion, sus vent., sus consec.



Apreciemos esas diversas reflexiones que hemos reproducido fielmente. Dudamos mucho, fijando nuestra atención en los hechos, que bastase un impuesto sobre la base de que tratamos, para cubrir las atenciones del Estado; para llegar á este ideal sería preciso imaginar un orden de hechos, unos adelantos de que estamos muy distantes; de todas suertes, se recurre á una de las fuerzas productivas, y se desdennan las otras dos; ¿no surgen de su seno las riquezas? El capital tiene mucha importancia, lleva sobre sus hombros la sociedad de nuestros tiempos; pero si hemos de crear un tributo universal, busquemos los rendimientos de cualquier linaje. No comprendemos bien que procediendo de esta suerte se conservase el equilibrio entre las diversas partes de la poblacion: al contrario, desde el punto que se gravasen los capitales, descenderia su valor y sería mayor el de la tierra y el precio del trabajo, bien que advertimos que, segun se expresan los partidarios de ese tributo, comprenden toda la propiedad, y en este caso, lo que se quiere eximir será el trabajo, lo que nos parece desacertado, que en sus múltiples formas, algunas hay en que produce mucho, y se opone semejante privilegio á la teoría fundamental sobre el sistema de tributos que hemos explicado en el cap. II de este libro. Juzgamos que el capital se consume y se reproduce perpétuamente; la riqueza que dura más, es asimismo la que sufre trasformaciones en mayor número: su paso de unas manos á otras aparece rápido y constante, y si en los dichos cambios hay nuevas acumulaciones, el interés, la renta, serán mayores en conjunto, y á ellos afectará la contribucion. En un pueblo que decae, los capitales se consumen improductivamente, y se amonoria la base que se busca. Convenimos en que tiene más fijeza y estabilidad que las rentas; y como el tipo del interés no es uniforme, resultarian gravámenes desiguales en aquéllas, porque no depende de los que las perciben disminuir esas desigualdades, puesto que nos enseña la economía política que á las veces no existe más que una tendencia á la igualdad del interés en el mismo dominio económico.

¿Por ventura el dueño de la riqueza acumulada no desea vivamente su empleo, por los gastos que ocasiona su guarda y conservacion y por las ventajas que producen los más altos intereses que fuere posible obtener? Si los ahorros se destinan á comprar tierras con pre-

ferencia á la industria, ¿no se explica este hecho por la seguridad que ofrece esta clase de propiedad y por la pasión que inspira? ¿Es justo y provechoso condenar los bienes que separamos del consumo, á esa actividad forzada en la que se complace M. de Girardin? ¿Cabe siempre, en todos los momentos, arrojar nuestra fortuna avizorada y perseguida por el fisco, en la revuelta corriente que los disturbios políticos, las crisis económicas y las leyes arancelarias producen?

Negamos esa pretendida necesidad de que gravan las contribuciones indirectas los intereses del capital, porque disminuyen el consumo, y aumentan, por tanto, el coste de producción. ¿Quién ignora que son estos efectos inherentes á todo tributo? El que tenga por piedra angular y asiento la fuerza productiva de que se nos habla, ¿habrá de disminuir la renta, hacer que baje el valor de los capitales, y en cierto sentido acrecer los obstáculos que deben vencerse para producir? Declarar que en definitiva no hay impuesto que no pese sobre el capital, equivale á declarar infecundas las otras dos fuerzas productivas. En todo caso, para que la restricción del consumo afectase los capitales, hemos de suponer un país aislado, en que no se conozca el comercio exterior, que tenemos por inconcuso que éste aumenta las salidas y el mercado. Si, por ejemplo, los propietarios territoriales exportan las mieses de su cosecha á países extranjeros, ya no puede decirse que soporten, con exclusion de los demás, los gravámenes de las contribuciones indirectas de la propia tierra. Así, después que en Francia se han aumentado los derechos sobre los azúcares y los vinos, la renta de las fincas consagradas al cultivo de la vid y de la remolacha, no ha bajado proporcionalmente.

Tenemos por un sueño la afirmación de la justicia y la igualdad de la gabela que nos ocupa, porque sólo se dirige á la fortuna, cualquiera que sea su uso y destino: en ese sistema quedarían libres de las cargas fiscales las tres cuartas partes de los recursos y las rentas de la nación. ¿Por ventura los que no tienen capitales fijos carecen de capacidad económica para sobrellevar los públicos servicios? ¿No hay médicos, ni abogados, ni artistas, ni ingenieros, ni operarios de singular destreza que obtienen considerables rentas de su provechosa actividad? ¿Y se trata ó no se trata de valores y riquezas?

Los efectos políticos y sociales del impuesto sobre el capital serian



muy graves. Se crearia en la nacion una nueva clase de pecheros, renacerian los curiales del imperio romano. Los tributos gravarian la riqueza acumulada, y la pobreza, como en Atenas, gozaria gratuitamente de los servicios públicos; ¿por qué no preceptuar que se diera un óbolo á los que asistieran á las reuniones políticas y un billete para que concurriesen al teatro? No sabemos si se ha pensado en la contradiccion que resulta de extender el derecho de sufragio, de permitir la intervencion en los negocios públicos á personas ajenas á las cargas inherentes al ciudadano, extrañas al incremento que puedan tener las contribuciones, á la responsabilidad que nace de crear la deuda pública. Jamás adoptará esa doctrina la prudente Inglaterra. Allí el doctor Fawcett, miembro del Parlamento hace algun tiempo, observaba, respecto al sistema de los impuestos directos únicos, que tiene el inconveniente en nuestras democracias de inclinar á las clases obreras á desenvolver los gastos públicos de un modo excesivo, que las dichas categorías de ciudadanos pagan poco las gabelas que no sean indirectas, y su influjo predomina ó predominará un dia sobre todas las influencias sociales.

Por último, cabe dudar en gran manera si el capital se conoce mejor que la renta: la una se presume, el otro se ve. Desde luego rechazamos que las tierras, que los títulos y obligaciones de las compañías mercantiles, se comprendan entre los elementos que constituyen el capital. Las tierras difieren de éste bajo todas las relaciones económicas, y hay entre aquél y éstas tan determinada oposicion, que si pretendemos clasificarlos en el mismo orden de bienes, no los confundiríamos más que en la apariencia <sup>1</sup>. Los papeles de crédito justifican un derecho, representan valores reales, pero no cabe afirmar que lo sean. Sí, las mejoras de las tierras; ¿es fácil distinguirlas y separarlas de la capa de humus á que se incorporan? ¿Se estimarán sin la tierra? Stuart Mill cree que siguen, por las causas dichas, las leyes de la renta territorial. ¿De qué modo se salva esta dificultad? M. Menier escribe que es utilidad todo agente natural apropiado por el hombre, y toda utilidad es un capital. De esta suerte las facultades humanas que la educacion desarrolla y perfecciona serán un capital inmaterial como muchos piensan, y el impuesto

<sup>1</sup> Roscher: *Princ. de Econ. polít.*, párr. 42.



gravará á los trabajadores. Los partidarios del que tiene por base el capital no admiten más que los fijos, que las propiedades realizadas. Sea enhorabuena. El cantarillo de agua que la jóven transporta á su cabaña de la vecina fuente es un agente natural apropiado, es una utilidad; el perro, lazarillo de un mendigo ciego, es un agente natural, es un capital: véase el grave peligro que hay en separarse de las ideas generalmente aceptadas por los economistas.—Los capitales circulantes se conocen muy difícilmente: pondremos por ejemplo las primeras materias, los productos que á medio transformar, que no del todo manufacturados, sufren la accion de la industria, y la moneda. Mas es, objetarán algunos de los autores cuya opinion refutamos, que nos referimos á los capitales fijos. ¿Y por qué, si de capital se trata, prescindir de esa parte tan valiosa y que diríase abrazan dichos escritores en los principios que exponen como fundamento del impuesto?—Respecto á los fijos, tenemos por cierto que su valor no es más fácil de averiguar que el de las demás materias imponibles. Los capitales se estiman y justiprecian por la renta; ¿su medida racional puede ser otra? Luego no nos salvamos de los inconvenientes de averiguar qué valores producen, qué rentas.

En resolucion, el impuesto único no es aplicable, ora tenga por asiento y primeras líneas fundamentales la renta, ora el capital, porque dejaria de ser moderado, fuera insuficiente para sobrellevar las cargas públicas, y vendria á dificultar la creacion de la riqueza. Para que pudiese plantearse sería menester reducir los presupuestos en términos que miramos hoy como utópicos, y á lo sumo como bella y grande, pero lejana tendencia de lo porvenir. La renta en el sentido de Schäffle constituye la verdadera piedra angular de la Hacienda de los pueblos modernos <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Garnier: *Elementos de Hacienda*, cap. iv, párr. 4.—Esquirol de Parieu: *Tratado de los impuestos*, libro III, cap. III, páginas 288-298.—*Biblioteca del economista*, vol. IX.—Leroy-Beaulieu: *Trat. de la ciencia de la Hacienda*, prim. parte, lib. II, cap. III.

## CAPÍTULO VI.

SUMARIO: *El impuesto múltiple.—Sus causas.—Los impuestos directos é indirectos.—Sus ventajas é inconvenientes.—Los segundos se requieren para impedir la aspereza y resistencias que resultan de exigir los primeros si no fueren moderados, para que alcancen los tributos á los rendimientos del trabajo, y para corregir los errores de la estadística.—Las contribuciones indirectas se aumentan con el progreso de la riqueza pública.—Convienen á los capitales circulantes, á los bienes muebles que se ocultan fácilmente á las investigaciones fiscales.—En nuestro tiempo no pueden rechazarse.*

Nuestros gobiernos tienen imperiosas necesidades que satisfacer. La monarquía absoluta, al declinar y desaparecer, dejó los pueblos gravados con deudas que, noventa años de guerras y convulsiones políticas, han aumentado todavía: ni creemos justo omitir las crisis de la industria, las grandes obras públicas y los ejércitos permanentes como culpables de esos enormes gravámenes que causan tantos y tan graves perjuicios. No hay para qué ocultar tampoco que la administración de la Hacienda, precisada á hacer ensayos, á suprimir ciertas gabelas por el triunfo de ideas políticas determinadas, ha cometido desaciertos no leves, ni de poco momento. Causas todas éstas bastante poderosas para que sea preciso apelar al impuesto múltiple. Adam Smith cree que el impuesto ha recibido diversas formas, porque los gobiernos no han podido imponer tributos de un modo equitativo á todas las fortunas, de la misma manera <sup>1</sup>. Por su parte, J. B. Say admite que muchos orígenes de rentas no serian gravadas, ó lo serian imperfectamente, por el impuesto único, por un impuesto que no se apoyase más que en una sola base, y que, por tanto, conviene que esas bases sean multiplicadas para que los

<sup>1</sup> *Riqueza de las naciones*, lib. v, cap. II, párr. 2.

productores á quienes no llegára la accion de un tributo, llegase la de otro <sup>1</sup>. Thiers afirma que los gobiernos varian hasta lo infinito las cuotas que perciben, se ingenian de mil maneras para aprovecharse del momento en que es más fácil hallar el numerario, demandarlo y obtenerlo; emplean mil precauciones ingeniosas para ser ménos onerosos al contribuyente, y ceden á los consejos de la prudencia <sup>2</sup>. Semejantes á las aguas que, siguiendo ciertas direcciones subterráneas, se reunen en ciertos lugares de la tierra, de donde brotan en abundantes manantiales, las contribuciones toman formas apropiadas á cada país, que aciertan á descubrir los gobernantes que saben observar la naturaleza <sup>3</sup>.

Los impuestos pueden ser directos é indirectos. Mac-Culloch, para clasificar unos y otros, recurre á la relacion más ó ménos directa que se halla entre las contribuciones y los recursos que las satisfacen. Para él, los primeros se llaman así cuando se cobran inmediatamente de la propiedad ó del trabajo, y los segundos cuando se piden á las mismas fuentes de riqueza como una obligacion exigible de los propietarios y de los trabajadores, de comprar la libertad de servirse de ciertos objetos ó de utilizar ciertos privilegios <sup>4</sup>.

Rau y Stuart Mill definen los impuestos directos, aquellos que se perciben de las personas á quienes se quiere hacer soportar, y los indirectos aquellos que se demandan á una persona para que sean recuperados de otra <sup>5</sup>. Du Puynode escribe que por los unos se cobra de una manera inmediata cierta parte de la renta, ó en caso de exceso, del capital de los contribuyentes, al paso que los otros no se pagan sino en el momento en que se realizan ciertos actos, ó se llevan á cabo ciertas transacciones, cualesquiera que sean las personas que figuran en ellos y las sumas á que asciendan <sup>6</sup>. Leroy-Beaulieu ofrece dos fórmulas, una empírica, otra que tiene un carácter científico: la última es: por el impuesto directo, el legislador se pro-

<sup>1</sup> *Curso de econ. polít.*, octava parte, cap. v.

<sup>2</sup> *De la propiedad*, lib. iv, cap. iv.

<sup>3</sup> *Ibidem*.

<sup>4</sup> *Trat. del impuesto de la Deuda pública*: Int., pág. 1.

<sup>5</sup> Rau: *Tratado de Hacienda*, párr. 293.—Stuart Mill: *Principios de Econ. polít.*, lib. v, cap. iv, párr. 1.

<sup>6</sup> *De la mon., del crédito y del imp.*, II vol., cap. III, pág. 118.



pone alcanzar inmediatamente del primer golpe, y personalmente á su fortuna, ó á sus rentas, al que contribuye: suprime, pues, todo intermediario entre éste y el fisco, y procura una proporcionalidad rigurosa respecto á la fortuna ó á las facultades. Por el impuesto indirecto el legislador no se dirige inmediatamente al que en verdad contribuye, y no procura imponerle una carga estrictamente proporcional á sus facultades; no se propone llegar al que de hecho paga el tributo, sino de rebote, por medio de un golpe de rechazo, por repercusión, pone intermediarios entre él y el fisco, y renuncia á una estricta proporcionalidad en los casos particulares, contentándose con una aproximativa en general <sup>1</sup>. La segunda parte de la definición de Du Puynode nos parece vaga y empírica: la total de Leroy-Beaulieu demasiado lata, que emplea términos vulgares (*bond, ricochet*), y que sacrifica la precision á la claridad. En suma, preferimos la fórmula de Rau y de Stuart Mill. No es muy científica, pero sí breve y correcta.

Los impuestos directos se distinguen por grandes ventajas. Su cuota es fija, los contribuyentes conocen la extension de los gravámenes que soportan, y regulan sus gastos en consecuencia, y su opinion y su influjo pueden servir de freno á los gobiernos que quieran acometer empresas temerarias ó no aconsejadas por una política sábia y prudente; la percepcion es sencilla, fácil y poco costosa relativamente; su rendimiento está sujeto á ménos cambios que los tributos indirectos, ofrece más regularidad; y no parece preferible que el Estado se dirija á las personas que despues de prolijos estudios, de compulsar la historia y la estadística, se conviene en que deben pagar las gabelas segun ciertas bases, y atemperándose á los buenos principios? En último término, la variedad de las fuentes de riqueza de un pueblo es menor de lo que se cree é imagina generalmente, y por vías más ó ménos breves, las exacciones indirectas suelen en definitiva resurtir sobre la renta ó sobre el capital; máxima que aconseja hacer desde luégo la demanda á los que habrán de satisfacerla realmente.

Mas hay que convenir en que, como asevera Stuart Mill, no se puede establecer este linaje de impuestos sin una cooperacion leal

<sup>1</sup> Leroy-Beaulieu: *Trat. de la ciencia de la Hacienda*, lib. II, cap. IV, 1 vol., pág. 216.

del contribuyente, que no cabe esperar en el estado de escaso cumplimiento de las leyes morales en que se halla la sociedad moderna. Tres medios existen para distribuir las contribuciones que nos ocupan: una declaracion de los contribuyentes; ciertas presunciones legales que sirven para conocer la renta ó la fortuna de los súbditos, y comisiones de agentes que procuren hacer pesquisas é indagaciones locales. Los tres se juzgan como insuficientes y defectuosos: las declaraciones nos engañan, y de creerlas, premiamos la mala fé y el engaño que ocultan y describen aminorada la riqueza imponible; los signos exteriores ó indicios nunca pueden ser más que aproximativos, los agentes fiscales tropiezan con grandes obstáculos para cumplir su cometido. De modo que siempre hay desigualdad é injusticia, parte de realidad ignorada en lo que atañe y concierne á dichas cargas fiscales. Si fuesen solas, si ellas hubiesen de sobrellevar los públicos servicios, en breve período el Estado tendria que disminuir y encentar la administracion, las obras públicas, etc. Desde el punto que se elevase su tipo, de hecho bajaria sus hombros, para dejar caer su peso, el mayor número de habitantes. ¿Por ventura imaginamos que no se resistirian á pagar su cuota los obreros que reciben por salario 1,200 á 1,500 pesetas anuales? ¿Los que viven del ejercicio de las profesiones científicas ó de las artes liberales? ¿Podríamos pedir 10 por 100 siquiera de las clases poco acomodadas? La *income-tax* de Inglaterra no carece de moderacion y origina numerosas quejas. En caso de guerras, de tener que inaugurar y seguir grandes trabajos públicos, si hubiese una serie de malas cosechas, y debiendo pagar los intereses de las enormes deudas que desde hace un siglo se han ido acumulando, sería cosa árdua pedir aumento considerable de ingresos á las contribuciones directas, cuyos errores, cuyas injusticias se patentizan más, surten más tristes efectos desde que su cuota crece y se dilata por términos mayores.

Los tributos que llaman ahora nuestra atencion no siguen en general, ni se muestran flexibles al desarrollo de la riqueza privada, como los indirectos. Por su índole y caracteres, por las resistencias que originan, porque los agentes del Estado ó de los municipios que los reparten no han de reformar las apreciaciones y cálculos más que en períodos fijos, de cinco en cinco ó de diez en diez años, los impuestos directos no ofrecen un movimiento mecánico y cons-



tante de progreso, no ascienden sus ingresos, como se observa en los pueblos ricos y prósperos con los indirectos. Ventaja singular y estimable de los últimos, que permite con el mismo tanto por 100, con los mismos tipos, hacer importantes reformas en el sistema rentístico, ó emprender la gloriosa tarea de las mejoras sociales.

La estadística prueba esa condicion feliz de las contribuciones indirectas. En la Gran Bretaña, en el año 1858-1859, el conjunto de los derechos de *excise* produjo 17.901,545 libras esterlinas; en el año 1873-1874, 27.115,969; es decir, un aumento de 9.214,424 libras esterlinas, ó sea 51 por 100. En el año 1858-1859, el impuesto sobre la renta, á razon de 5 peniques por libra para todas las rentas que pasan de 100 libras esterlinas (2,500 pesetas), dió el ingreso de 6.683,587 libras esterlinas; en el año 1873-74, á razon de 3 peniques por libra, 5.691,000 libras. La renta de cada penique de contribucion ha aumentado en 561,000 libras esterlinas, ó sea cerca de 42 por 100. Ciertó que en el segundo año se exigía el tributo de todas las rentas superiores á 100 libras, pero exceptuando 80 de los comprendidos entre 100 y 300: esta diferencia entre 1858-1859 y 1873-1874 se compensa haciendo notar que la cuota en el postrer período se redujo de 5 á 3 peniques por libra, y debieron ser más exactas las declaraciones de los contribuyentes.

En Francia, de 1830 á 1869, vemos que los tributos directos percibidos en beneficio del Estado, de las provincias y de los ayuntamientos, ascendieron, de 330 millones de francos en 1830, á 575 en 1869; es decir, un aumento de 245 millones, ó bien 74 por 100. En el mismo período, las contribuciones indirectas se elevaron de 574 millones á 1,328; esto es, un acrecentamiento de 754 millones, ó 131 por 100: los impuestos indirectos no sufrieron recargo alguno en ese período de tiempo; al contrario, se rebajaron los aranceles y el precio de los sellos de correos, miéntras que los directos sirvieron de base para agregar céntimos adicionales para las provincias y los municipios.

Los impuestos directos han de recibir auxilio de la estadística; esta ciencia admirable no se aplica en la forma y segun el sistema que esperamos dé de sí grandes resultados en lo porvenir, y no obtiene la cooperacion que quizá un dia presten los particulares, á quienes hoy dominan lamentables preocupaciones, y de los cuales



corto número posee los conocimientos que para tan importante fin se requieren. Resulta de esta causa, que al repartir aquel linaje de gabelas, se cometen numerosos errores, que hoy por hoy gobierno alguno no puede salvar, y para compensar los vacíos é imperfecciones que resultan de aquí, parece menester acudir á las contribuciones indirectas.

Hay pueblos que por su constitucion, por su carácter ó por motivos análogos, se avienen mal con la existencia de las opuestas á las que citamos en postrero lugar. En esa vasta region de los Estados Unidos, sin gastos enormes, ¿sería dable cobrar una contribucion territorial? Inglaterra, país insular, de vastísimo comercio, de manufacturas colosales, en cuyas playas circula la riqueza de ambos mundos, se complace en los tributos indirectos; el inglés no gusta de ver cerca de sí la poco agradable figura del cobrador, y su juicio se determina por un sentimiento que no robustece por la apreciacion razonada de los hechos.

Los impuestos indirectos se recomiendan por algunas condiciones y caracteres harto enaltecidos. Forman parte del precio de los productos, y se pagan sin sentir, sin notarlo, de la manera más blanda y suave. Un escritor inglés, sir Cornewall Lewis, asegura que el arte de un canciller del Echiquier consiste en obtener el *maximum* de dinero, ocasionando el *minimum* de descontento. En una época en que las conmociones populares son tan frecuentes y los gastos públicos tan enormes, no tenemos por falsa la afirmacion que hemos transcrito: mas hay que convenir en que su exactitud es fugaz y pasajera. Los pueblos, por la extension de la cultura general y por la prensa política, van conociendo cada día más el peso de las cargas públicas. La mayor parte de los súbditos comprenden que los impuestos sobre los consumos se oponen á la baratura de los precios. El que desee hurtar el cuerpo á los gravámenes de este linaje, no tiene más que dejar de consumir ó de realizar el acto en que interviene el fisco. No siempre es esto posible, si se trata de artículos de primera necesidad, como la harina, la sal, etc. La disminucion del consumo para no satisfacer el impuesto debe ser limitada, aún en el supuesto de que se trate de artículos simplemente útiles ó que proporcionan placer, como el azúcar, el té, el café, el tabaco; para no adquirir tales productos es preciso privarse de lo que causa

bienestar, de lo que nos reposa y distrae en medio de nuestros ásperos trabajos: tambien cabe que el contribuyente se libre de satisfacer su cuota directa aminorando el número de mercancías que compra. Supongamos, dice Stuart Mill, que se establece una gabela sobre los vinos, cuyo efecto es aumentar en cinco libras esterlinas el precio de los vinos que un contribuyente adquiere en un año; sin duda que le será dable no pagar, cercenando el gasto de sus bebidas en la misma suma de las cinco libras: mas si el tributo fuere cobrado de la renta, cabe admitir que pudiera ahorrar el valor del mismo dejando de beber la cantidad de vinos que costasen las monedas inglesas supradichas. Advierta el que leyere que la opinion de Stuart Mill careceria de exactitud si se generalizase; porque si nadie nos impide encantar nuestras compras y ventas y sustituirlas por privaciones, ¿quién ha de suspender los trabajos productivos porque exista un impuesto? ¿No labraremos la tierra? ¿No construiremos casas?

Las contribuciones indirectas ofrecen la ventaja de exigir del súbdito el valor del impuesto en el momento y de la manera que es de presumir le convienen más. Paga aquél cuando de todas suertes se veria obligado á hacer un desembolso, y no sufre, por consiguiente, más perjuicio que el inherente á satisfacer la fracción que representa el tributo. Y si paramos mientes en mercancías que no se destruyen por breve trascurso de tiempo, el contribuyente goza de la libertad de elegir la época oportuna de hacer los acopios que juzgare convenientes.

Mac-Culloch ha pretendido que las gabelas de que hablamos constituyen un estímulo para que los industriales se esfuercen en aminorar el coste de produccion. Los fabricantes saben que un tributo que elevé el precio en un 16 1/2 por 100, disminuye la demanda, ley absoluta de toda alza de los precios; tienen, por tanto, un poderoso motivo de ejercitar su entendimiento en descubrir métodos ó procedimientos ménos costosos. En apoyo de su opinion, cita Mac-Culloch lo ocurrido en Escocia en 1786, con motivo de una gabela exigida sobre los aguardientes en proporcion á la capacidad de los alambiques ó de las calderas: los Sres. Sligo, de Leith, poco despues de establecido el gravámen, llegaron á destilar en pocas horas tantos aguardientes como ántes en una semana. En 1788 el gobierno



inglés elevó el derecho de 30 chelines—37 1/2 pesetas—á tres libras por galon—cuatro litros y medio,—y las invenciones sobrepujaron en economía y facilidad los rigores fiscales. Mr. David Wells ha probado que en los Estados Unidos, ántes de la guerra civil, el alcohol no sufría gravámen alguno, ni estaba sujeto á particular vigilancia. El resultado de estas exenciones era que el alcohol se aplicaba como primera materia ó materia auxiliar de muchas industrias: usábase para el alumbrado con el nombre de *fluido combustible*, para blanquear las telas, para la fabricacion de los barnices, y en los artículos de perfumería sustituía la grasa y los aceites del modo que se emplean en Europa. Ocurre la guerra: se crea primero y se agrava despues un impuesto sobre el alcohol: las industrias que hemos dicho, sufren desfavorables cambios, y algunas desaparecen, como la del *fluido combustible*. La prueba de Mac-Culloch se juzga como excepcional, y se niega la ventaja que señala.

Creen algunos que los impuestos sobre los consumos corren parejas con la capitacion, y como tales son aborrecibles. Este cargo no puede ser general. Hay gabelas, como la de la sal y la de la molienda, que se le parecen; mas la igualdad absoluta de aquélla no se encontrará jamás en éstas; segun la clase de las personas, segun su vida, así se diferencia su consumo de sal y de harina. Puede afirmarse que son poco proporcionales, que atienden más á la cantidad que á la calidad. M. Passy hace notar que hay en ellos tantos grados diversos de proporcionalidad como contribuciones, que varían, como la fuerza de la necesidad, entre los alimentos más indispensables y los objetos que en primer término requiere el trabajo, y los que satisfacen gustos y placeres refinados. Se pueden colocar en uno de esos extremos las harinas, la sal, las bebidas comunes, la carne, los tejidos gruesos y vulgares, el jabon: en el otro extremo las telas finas, los caballos, los carruajes, los criados y perros que no sirven para la labranza y el pastoreo: entre ambos, y con grados diversos, vense las materias que sirven para las herramientas y el trabajo, los papeles, el combustible, el azúcar, el té y el café.

Adúcese tambien la objecion de que las contribuciones indirectas son progresivas á la inversa, es decir, pesan más sobre los que poseen cortos bienes que sobre los ricos. Éstos varían sus consumos y satisfacen ménos el derecho fiscal que grava los artículos: los pobres,



obligados á limitar en razon de los precios su alimento, sus ropas, etc., pagan más que los primeros: además, las familias tienen que aumentar sus gastos, segun el número de personas que las constituyen: un jornalero que da sustento á cinco hijos, gasta más en sal, por ejemplo, que un fabricante que no cuenta más que dos. Esta acusacion se ha formulado en Italia contra el famoso impuesto de la molienda. En primer lugar, diremos que es universal, comprende á todos los impuestos. Dos tierras producen: una 100, otra 15; una paga 10, otra 1 1/2: si nos fijamos en las necesidades, en los recursos de los propietarios, cada saco de trigo satisfará un impuesto progresivo á la inversa para el de la segunda tierra. En segundo lugar, ese pensamiento nos llevaria á favorecer el desarrollo de la poblacion y á oponernos á la teoría de Malthus; y en tercer lugar, se olvida que gran número de contribuciones indirectas siguen de un modo bastante proporcional la variedad y progresion de los goces y placeres que se permiten los que han tocado con sus manos, no siempre puras, el bienestar y la opulencia.

Convenimos en que embarazan y hacen más difíciles el trabajo y sus progresos: los motivos de este perjuicio se hallan en que la mayor parte requieren la intervencion del Estado en la industria; ésta tiene que someterse á las reglas penosas de una inspeccion severa. Los industriales véñse obligados por ello á arrendar locales más vastos, á emplear más dependientes, etc. Por semejantes trabas no pueden aplicar nuevos métodos, usar ciertas primeras materias, y las sustituyen por otras similares, pero de inferior calidad. Este mal grave se atenúa eligiendo para el gravámen corto número de productos agrícolas ó exóticos que no hayan de sufrir modificacion alguna para ser enajenables.

Los impuestos indirectos tienden á distribuir la industria y el comercio de un modo artificial, y favorecen más á los comerciantes al por mayor que al por menor. Mr. Clifflé-Leslie ha estudiado este punto poco conocido en su escrito *Reforma rentística*, publicado en los *Ensayos del Cobden-Club*. Las aduanas no pueden establecerse en todas partes: forzoso es escoger algunos puntos, y por ellos lo es asimismo que pasen las mercancías que constituyen la materia de una gabela. Esos parajes en que se crean tales oficinas resultan escudados por el fisco de la concurrencia que los puestos á la lengua del

agua en bahías y ensenadas de no grande poblacion é industrias, pudieran hacerles. Las contribuciones que nos ocupan aumentan los moradores de las ciudades y villas, y disminuyen los de los campos, puesto que se llevan á las primeras los productos de tierra extraña que grava el arancel, y que se aprovechan los mercaderes de los depósitos abiertos. Sin estos hechos, las mercaderías tuvieran una más rápida difusion por los diversos lugares y provincias de un reino. Surge de los mismos una concentracion de la industria y del comercio, que da de sí mayores facilidades á los que cuentan con gruesos capitales que á los que poseen pocos recursos, porque la administracion permite una facilidad mayor para su tráfico á los que le presentan grandes masas, que es dable vigilar de un modo más rápido y seguro.

Muchos han expuesto lo costoso que es el cobro de los tributos indirectos, el número considerable de agentes fiscales que necesita, los vejámenes, molestias y actos inmorales á que da origen, ó de los que aparece culpable. Cuestion de cantidad, que achaques son éstos que no parece injusto atribuir á otros impuestos.

Adviértase, en suma, que nuestra Hacienda no tiene respiro, ni fuerzas, ni parsimonia tanta, que sea capaz de rechazar los indirectos. Motivos del orden público y social, leyes del desenvolvimiento histórico no perfecto, de los pueblos modernos, los recomiendan y abren las puertas de la vida fiscal, no sin dolor de los economistas <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Say: *Curso completo*, octava parte, cap. v.—Mac-Culloch: *Trat. de los impuestos*, parte segunda, cap. 1, pág. 107.—St. Mill: *Princ. de Econ. polít.*, lib. v, capítulo vi, II vol., pág. 464.—Du Puynode: *De la moneda*, etc., II vol., cap. III, pág. 117.—Esquiro de Parieu: *Trat. de los imp.*, lib. 1, cap. IX, pág. 81.—Leroy-Beaulieu: lib. II, cap. IV, pág. 212 y sig.

## LIBRO TERCERO.

### CAPÍTULO I.

SUMARIO: *Los principales impuestos directos.—La capitacion.—Su historia.—Sus graves defectos.—Su pago, requisito para el ejercicio del derecho de sufragio.—El servicio de las armas.—En qué tres diversas formas puede exigirse.—¿Cuál se prefiere por los economistas?—El impuesto sobre la renta de la tierra.—Doctrina de los fisiócratas.—Sistema de los economistas ingleses.—El diezmo.—Su examen crítico.—Diversos modos de distribuir el impuesto sobre la renta.—Proporcional al precio de las tierras ó á la renta neta que producen.—Si debe ser fijo ó variable.*

Nos proponemos estudiar de un modo analítico los más notables de los impuestos directos bajo el aspecto económico. Pueden éstos dividirse en dos grupos, segun fueren las personas ó los bienes (capitales ó rentas) los orígenes de ingresos que buscarse el fisco. En el un caso se dirige á los súbditos, con abstraccion de su fortuna y haber: en el otro, calcula el capital ó la renta, y demanda una gabela, segun la importancia de los mismos.

El tributo sobre las personas se llama *la capitacion*. Fué conocido en los pueblos nacientes, á los que conviene por su sencillez. Exigir á cada familia un tanto por cabeza, sólo requiere enumerar las personas: no es menester distinguir sus bienes. Si la riqueza no abunda, los servicios que la sociedad estima y pide se desempeñan por trabajos comunes; así acontecia en la Edad Media con la corvea. Si se satisface una suma fija por cada uno de los individuos que constituyen la familia, el tributo es desigual é injusto; los hijos, más bien que elementos para adquirir la fortuna, son origen y causa de



estrechez y privaciones. La capitacion ha revestido formas muy diversas, y existe en nuestros dias. Ora se dirige el fisco á clases determinadas, como en Austria á los israelitas, en Turquía á los rayas, que satisfacen el *Karadji*; ora aparece como una gabela por clases, así en Prusia se conoce el *Classensteuer*; el legislador duda que llegue á conocer exactamente la renta de los súbditos, mas juzga que es dable formarse una idea aproximada en virtud de ciertos signos; por esta razon se divide la poblacion en clases, y á cada una de ellas se la obliga á pagar una contribucion diferente, que tiene un carácter híbrido; capitacion por la igualdad con que se reparte entre los que forman una clase, por más que puedan ser desiguales sus haberes; impuesto sobre la renta, en el sentido que los contribuyentes pertenecen á diversas categorías, segun las presunciones y los cálculos que se tienen y se hacen de los productos de su actividad económica en el período de un año: ora, por último, se manifiesta como una condicion para ejercer el derecho de sufragio. En el Estado de Massachussets todo el que vota entrega al público tesoro dos dollars (10 pesetas 70 céntimos); sólo los varones mayores de veinte años están sujetos á este gravámen, que aprueba algun autor siempre que fuere moderado y no el único. Para nosotros no se justifica en caso alguno la capitacion; entendemos, por razones expuestas ántes de ahora, que no debe demandarse cosa alguna por la proteccion dispensada á las personas, y que la riqueza, renovada sin cesar por el trabajo y el capital, constituye la base esencial de los impuestos directos. Recuérdese aquella sentencia de Montesquieu: el tributo por cabezas es propio de la servidumbre; el tributo sobre las mercancías es propio de la libertad <sup>1</sup>.

La más grave de las capitaciones es el servicio de las armas. La quinta fué acogida con favor, porque sustituia la igualdad al privilegio, y no se tornaban á ver aquellos voluntarios alistados entre las gentes de mal vivir, vagabundas, y aún culpables: nació de la necesidad de conducir á los campos de batalla, centenares de miles de hombres, y por más que afirmase Napoleon I que era el modo de reclutar más justo, más dulce y más ventajoso al pueblo, juzgamos

<sup>1</sup> Garnier: *Elem. de Hacienda*, cap. v, párr. 1. — Leroy-Beaulieu: Obra citada, lib. II, cap. v, primer volumen, pág. 276. — Gandillot: *Princ. de la cienc. de la Hac.*, primer volumen, pág. 29.

que la exencion de las clases acomodadas es un privilegio injusto; que hacer militar debajo de las banderas los jóvenes aptos para el trabajo, produce enormes pérdidas por las impensas que originan, por los productos que contribuiría á formar el empleo de sus brazos en las diversas ramas de la industria, y porque pone un grave obstáculo á la acumulacion de los capitales, ménos rápida de lo que algunos imaginan, considerando que poseemos los ahorros, las riquezas amontonadas por nuestros ascendientes en muchos siglos. La ciencia económica quisiera que se redujese el número de los soldados, procurando que con prontitud en caso de guerra se reuniesen ejércitos capaces de hacerla, y advierte que en este siglo los medios materiales de accion no han de estimarse ménos útiles que las tropas, puesto que sin grandes recursos no hay que imaginar se lleven á cabo grandes empresas militares. Los economistas suelen mostrarse inclinados al servicio voluntario, que puede correr parejas con las leyes que rigen los demás oficios y profesiones; que cumpliría la sentencia de Hobbes, el que tenía por justo se negasen á guerrear aquellos hombres cuyo ánimo se asemeja al de las mujeres, y no veríamos al adolescente romper el hilo de sus provechosas y pacíficas faenas, en los mejores años de su existencia, perdiendo acaso su salud y su vida. Algun autor demanda una indemnizacion para el soldado, equiparando la quinta actual á una expropiacion por causa de utilidad pública, á fin de que en la carrera militar, como en las otras, se asegure el reposo de su vejez, bien que no tenga apoyo, ni instruccion, ni patrimonio, ni otros títulos que su buena conducta, su probidad y su trabajo: la indemnizacion debiera concederse en el supuesto de que el servicio de las armas fuese obligatorio á los que se eligen por suerte. El deber que nuestras leyes políticas imponen se cumple á las veces por todos los varones que llegan á cierta edad, salvo aquellos que alegan excusa legítima, bien que determinado número formen parte de las reservas. Los economistas sustentan que las tropas, encargándose de llevar á cabo los trabajos públicos, fueran ménos costosas y no dejara de producirse la riqueza, al ménos una porcion, ó suma importante, que se pierde no dando á los soldados más instruccion que la militar. Para estos fines cabe que el ejército, sin variar su organizacion actual, se lleve á concluir con éxito obras de un carácter más ó ménos propio de la mili-



cia ó del estado civil; así ocurrió en las fortificaciones de París: es dable que una reserva, regida por una disciplina particular, acudiese á los puntos en que hubiesen de ejecutarse trabajos de una utilidad colectiva: hé aquí el sistema del ejército *indelta* de la Suecia y de los regimientos fronterizos del Austria; y existe, por último, el de la *landwehr* prusiana, una gran reserva que permite sea escaso el contingente que maneja las armas, reserva de dos grados, que constituyen los jóvenes de veinticinco á treinta y dos años, y despues de los treinta y dos á los treinta y nueve. No negaremos que el plan propuesto ofrece dificultades; mas, hecha salva del respeto que merece la opinion de los hombres de Estado y de los entendidos en casos de guerra, sépase que nuestros ejércitos se juzgan por todo aquel que haya leído un presupuesto, como una carga abrumadora para las naciones modernas<sup>1</sup>.

Lllaman impuesto territorial al que tiene por asiento la tierra y se nutre y toma cuerpo de su renta. Esta será la que constituye un origen de rendimientos para el público Tesoro, que por otro camino obligaria á enajenar las tierras ó á que fuesen abandonadas.

Sabido es cómo pensaban acerca de este punto los fisiócratas. La tierra era la única fuente de las riquezas; sólo ella daba en el producto neto una suma ó porcion de bienes superior á la invertida en las anticipaciones primitivas y anuales del cultivo; sólo ella, en verdad, se podia estimar como materia imponible, puesto que artesanos y mercaderes, que consumian en su propio uso la equivalencia de sus esfuerzos aplicados á las cosas de la tierra, á la postre habian de reintegrarse de los gravámenes que les impusiéramos. Mientras la agricultura no suministra más que lo preciso para vivir una poblacion determinada, no hay un excedente que forme la primera materia de las artes. Las industrias existen en virtud de los progresos y conquistas del arte agrícola: tal era el fundamento de la doctrina de los economistas franceses. Júzgase hoy que la utilidad existente, ó su aumento por medio del conjunto de las fuerzas productivas, constituyen la riqueza; medida por el valor y por el cambio, la teoría fisiocrática carece de universalidad, y nos llevaria como por la

<sup>1</sup> Du Puynode, II vol., pág. 101.—Gandillot, I vol., pág. 489.—Chevalier: *Curso de Econ. polít.*, II vol., pág. 328.



mano á destruir la produccion, de no contentarnos con átomos de impuesto.

De manera muy diferente piensan los economistas ingleses. Si la renta de la tierra nace de la diferencia entre el producto total y la devolucion de cuanto se gasta en el cultivo, más el beneficio de los capitales que aquél exige y se miran como una condicion de la industria agrícola, el impuesto no se toma más que del precio exigido por utilizar las fuerzas naturales del suelo: agreguemos que las mejoras hechas en las tierras, como canales de riego, cercas, caminos, desmontes, acueductos, etc., forman parte de un capital que confiere derechos á percibir intereses, y en la suma que al dueño del terreno paga el arrendatario hemos de ver estos últimos, ya que las personas más competentes en agricultura, pocas veces, y con dificultad suma, llegarán á distinguir los elementos diversos de la renta de la tierra. De hecho, esos capitales á que aludimos se confunden con la tierra, y sus productos siguen las leyes de la renta. El suelo vegetal no pertenece á la misma categoría: sus frutos y cosechas resultan mayores ó menores, supuestos el mismo capital y el mismo trabajo, segun fuere su fertilidad. Las tierras se dividen en várias clases, y hay diferencia en la suma parcial que queda despues de restar el coste de produccion en los productos de unas y de otras. La postrera que se rotura y cultiva, no produce renta, puesto que no hay necesidad todavía de acudir á otra inferior para sustento de los pobladores de un país. De manera que si se reparte una contribucion sin distinciones, determinará un alza en las subsistencias, porque la tierra de la última clase, si ha de ser cultivada, debe producir lo bastante para pagar los salarios, más el beneficio que por término medio se obtiene del empleo de los capitales; no hay más que un precio regulador de los mercados: el peculiar de la produccion más cara ó más onerosa; alzar éste, es encarecer el de los medios de existencia. Por estas razones se viene á parar á la consecuencia de que no debe haber un tributo especial sobre la renta, so pena de atentar á la propiedad: los tributos deben ser universales, y en proporcion á los medios de todos<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Ricardo: *Princ. de Econ. polít. y del impuesto*, cap. xii, pág. 148.—Mac-Culloch: *Trat. del imp. y de la Deuda pública*, part. prim., cap. i.—St. Mill: lib. v, cap. iii, párr. 2.

De estos estudios profundos ha surgido el deseo y las peculiares investigaciones acerca de la incidencia del impuesto territorial. Los ingleses opinan que su peso se descarga sobre los consumidores; á lo cual se responde que la tierra ménos fértil representa cierto valor, cierta utilidad, proporciona algunas ventajas, puesto que se la cultiva: el precio de las subsistencias se rige por la relacion de la oferta y la demanda; para que fuese más alto, se habria de reducir la extension del campo labrado, ó los métodos de cultivo habrian de costar más. Para tocar en estos extremos la contribucion territorial tendria que absorber toda ó la mayor parte de la renta. Si ésta se juzga como el producto de las fuerzas primitivas é indestructibles de la tierra, la teoría se aceptará como perfecta, tanto más, cuanto que célebres autores han demostrado hasta qué punto el arte, un trabajo inteligente y las grandes masas de capital, causan progresos tales en la agricultura, que parece reducirse á poca cosa el influjo de las cualidades naturales: la tierra, agente natural, apénas se utiliza sin el concurso de las otras fuerzas productivas; creemos, pues, que un gravámen del linaje que nos ocupa recae sobre los propietarios ó sobre los colonos.

Algunos escritores afirman que cuando se demanda por vez primera, hay una expropiacion de toda la parte de la propiedad territorial que se requiere para producir un valor equivalente al impuesto; las fincas rústicas se justiprecian por la renta; en las enajenaciones sucesivas, los nuevos propietarios no sufren el daño de la dicha gabela, porque del precio se resta el capital, fuente y raíz de la misma, ó que basta para proporcionar el importe total del impuesto. Se deduce de estos principios que al crearlo se despoja al dueño de una parte de su fortuna y se trasfiere al Estado: que despues de establecido, si se aminora aquél, recibe una donacion de éste, y si se aumenta, se repite la confiscacion y se encenta de nuevo el capital de que se deriva <sup>1</sup>. Entendemos que no hay verdad absoluta en estas singulares apreciaciones; si el impuesto dejára de percibirse, los propietarios gozarian la ventaja del mayor producto de sus tierras: la renta puede acrecentarse ó disminuirse, y como el tributo no se dirige á una área

<sup>1</sup> De-Passy: art. *Impuesto* del *Diccion. de Econ. política*. Guill.—St. Mill: lib. v, II, párr. 6.



determinada, en el segundo caso pesará sobre los actuales poseedores; y no siendo dable negar que necesita el cultivo valores acumulados, cuyo interés no parece fácil discernir y separar en la renta estipulada, al fin convendremos en que la contribucion territorial recaerá sobre los propietarios.

Si ahora pasamos al exámen de las diversas formas que pueden emplearse para distribuir la contribucion que nos ocupa, diremos del diezmo que la *Biblia* indica que se conocia en Egipto y que en la Grecia es más antiguo todavía que el derecho de permitir pastar los ganados que los habitantes de Epidauro debian pagar, segun refiere Tucídides, al templo de Apolo. En los períodos en que la labranza tiene un carácter extensivo, en que el trabajo se concentra poco y no se manifiesta costoso y enérgico, en que prevalece la economía natural y no la monetaria, en que se produce más para el propio consumo que para el cambio, el diezmo ofrece grandes ventajas; siendo mayor la cultura, sobre todo desde el punto que el cultivo se hace merced á gruesos capitales que periódicamente se depositan en el suelo, que se disminuye la proporcion entre el producto bruto y el producto neto, rebaja la renta estipulada en frutos, en la misma cosecha; se cobra más trigo de las buenas tierras que de las malas, y exactamente en proporcion que son mejores, puesto que la tierra que produce dos veces la cosecha que otra, sufre un doble gravámen. Desde el punto que el tipo ó tanto por ciento es igual, la relacion que se establece con el producto neto debe ser desfavorable para el cultivador que procura hacer más productivo su campo. El diezmo se llevará una parte mayor del resultado de sus afanes y de sus impensas, sin que varíe la base de la exaccion fiscal. Así impuestos de esa índole excitan siempre á los cultivadores, dice Sismondi, á disminuir su trabajo y sus desembolsos, á escoger la produccion que expone ménos á que se les castigue por su industria <sup>1</sup>.

La contribucion territorial puede establecerse de dos maneras diferentes: ó bien considerando el valor en renta de las propiedades

<sup>1</sup> Sismondi: *Nuev. princ.*, II vol., pág. 189.—Mac-Culloch: *Del imp.*, pág. 176.—St. Mill: *Lib.* v, cap. iv, 3.—E. de Parieu: páginas 112 y 272.—Leroy-Beaulieu: *Lib.* II, cap. vi, pág. 297.



durante cierto número de años, ó bien la renta líquida ó neta que se descubra en virtud de estimaciones oficiales ó del catastro. El primer procedimiento se recomienda por su facilidad en la aplicacion: cuando la poblacion rural prospera, cuando las leyes que rigen las sucesiones hacen que se divida con frecuencia la propiedad inmueble y no se cobran grandes derechos por las ventas, el fisco tiene por guías las evaluaciones que se verifican en semejantes casos; le auxilia además el registro civil. El modo que nos ocupa corresponde á la base de un impuesto sobre el capital. No puede saberse en rigor la cantidad de la renta, puesto que ocurre que las tierras cuyo valor corre parejas ó se aproxima, producen rentas diferentes. Creemos preferible el segundo método. En los países en que la agricultura está muy adelantada, en que florece la industria, los productos de la industria agrícola varían con rapidez. Un nuevo cultivo, el de las vides, de la remolacha ó del azafran, basta para duplicar, y aún más, la renta de las propiedades de toda una region; accidentes naturales ó descubrimientos industriales, por el contrario, lo encantan ó aminoran en la mitad ó en las tres cuartas partes. El exámen de los empleados administrativos y la admision de modificaciones catastrales permiten seguir mejor estos cambios que cuando se intenta conocer el valor de las fincas, que se altera con más lentitud.

No se hallan conformes los autores sobre si el impuesto territorial debe ser fijo ó variable. En Inglaterra se distingue por el primer carácter: durante la república se abolieron las cargas feudales, y fueron reemplazadas por subsidios: cuando subió al trono Carlos II se restablecieron los derechos feudales de la Corona; pero se sintió cuán opresivos eran y cuán ventajoso abrogarlos, y en virtud del acta XII, capítulo XXIV de aquel Monarca, se convirtieron los fundos señoriales en contratos de censo. En 1692 se concedió á la Corona un impuesto de cuatro chelines por libra sobre las rentas de las tierras, que se apreció y juzgó de un modo desigual, que en gran parte los mismos propietarios tuvieron el encargo de distribuir. Prorogado el tributo en virtud de nuevas leyes, siempre ha continuado el primer justiprecio; no fué más que de un chelin en 1731; de dos ó de tres en otros años, hasta que, por último, conforme al estatuto XXXVIII, capítulo LX de Jorge III, en 1798, se declaró perpétua en esa proporcion de cuatro chelines por libra esterlina. Los autores ingleses,

excepto Stuart Mill, se muestran partidarios de esta prescripcion. No hay para qué decir que favorece en sumo grado al arte agrícola: toda mejora, todo empleo de más gruesos capitales, toda aplicacion de la ciencia ó del trabajo, redundará en provecho del propietario, toda vez que el justiprecio de sus tierras no sufre modificacion alguna: á los progresos realizados únense otros nuevos, que abren anchos horizontes á la actividad de los poseedores de la tierra. Su negligencia sufre castigo: las fincas que se cultivan con descuido, las estériles y abandonadas, soportan gravámenes idénticos.

Por grandes que se juzguen estas excelencias, á la postre hemos de convenir en que los centros de poblacion, las grandes vías de transporte, las manufacturas, mercado del productor agrícola y que él no crea, el aumento de habitantes de un país que causa el de la renta, autorizan un alza de la contribucion territorial. No se ha hecho un pacto con la fortuna para cerrar las puertas á un descenso de los valores que se obtienen con la labranza, y hacer muy oneroso un gravámen fijo é invariable, como aconteció en Toscana, segun indica J. B. Say. Semejante hecho contraría tambien la teoría fundamental, en otro capítulo explicada, de que se dilaten las exacciones fiscales á la capacidad total, á la personalidad económica, al conjunto de bienes que el individuo puede emplear en la satisfaccion de sus necesidades sin disminuir su fortuna <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Say: *Trat. de Econ. polít.*, III, 10.—Mac-Culloch: *Trat. de los imp.*, parte primera, cap. 1, seccion primera, pág. 36.—Du Puynode: II vol.; cap. IV, 1 y II, página 137.—E. de Parieu: *Trat. de los imp.*, lib. III, cap. 1, pág. 111, 173.—Leroy-Beaulieu: lib. II, cap. VI, pág. 293.

## Banco de España. Biblioteca



## CAPÍTULO II.

**SUMARIO:** *El impuesto sobre las casas.—Distinciones respecto á los casos en que las últimas forman un capital, en que el número de moradores de una ciudad ó villa se acrecienta ó se aminora.—Si el tributo recae sobre los propietarios ó los inquilinos.—Diferencias entre la propiedad territorial y la urbana.—Si se debe expropiar la segunda.—Contribucion de patentes.—En qué límites puede ser justa.—Dificultades que ofrece su distribucion.—Derecho fijo: derecho proporcional.—Crítica.—Incidencia de este impuesto.—Si lo satisfacen los consumidores.—Reformas que se han introducido en su base y en su repartimiento.*

Las casas forman parte de los bienes inmuebles, y se señalan como base de un impuesto directo. Desde luego, notemos que se edifica sobre el suelo: á éste se aplican las leyes de la renta de la tierra, y cabe distinguir entre un tributo que á la postrera se dirija, y otro que tenga por objeto la edificacion que se levante sobre la misma. Cuestion de poco interés en la práctica: la contribucion se mide y regula por el precio del arrendamiento de la finca, como la territorial por la cosecha y la renta que paga el colono. Algunos juzgan que las casas se clasifican como capitales siempre: para pensar así autorizan Adam Smith, Rau y Roscher que las enumeran en la clasificacion de esa fuerza productiva: para J. B. Say constituyen parte de lo que llama capitales de utilidad ó de agrado, que no pertenecen á la clase de los que producen objetos materiales, ni á la de los que son de todo punto inútiles. Rossi establece una distincion: los edificios, ora se destinan á fábricas, talleres, morada de los obreros, bancos, etc., ora á satisfacer una imperiosa necesidad de personas improductivas: en el primer caso serán capitales, en el segundo no; de suerte, que si se trata de un impuesto sobre el capi-

tal, no siempre podremos indicar las casas, y si gravare más las que sirven para el consumo que las que se usan para producir, la distincion hallaria gracia á los ojos de la Economía política. En todos los casos podrá afirmarse que para su dueño se designan como capitales, porque para él son origen y causa de rendimientos.

Se distingue tambien los tiempos y lugares en que la poblacion se aumenta, en que la industria y el comercio florecen y prestan animacion y vida, de los tiempos y lugares en que ocurre todo lo contrario. Florencia encierra en su seno magníficos palacios que recuerdan las glorias de los Este, en cuya corte han brillado el Tasso y el Ariosto, y despues de su pasajera prosperidad, cuando no há muchos años fué la capital del reino de Italia, los dueños de esas régias moradas se darian por satisfechos con un arriendo que representase la décima parte de los que embellecen á Paris. En Inglaterra suele el propietario ceder el suelo á un enfiteuta, que construye los hogares ó el hogar, y goza de sus rentas ó alquileres durante cierto número de años, treinta generalmente, y trascurrido el plazo, torna el dueño de la tierra á poseer su finca, mas lo que sobre ella se hubiere edificado: así hay familia en Lóndres que ha llegado á la opulencia por ser aquella ciudad, más que cabeza del Reino Unido, una pequeña nacion. No fuera difícil buscar parajes en que la poblacion permanece estacionaria ó poco ménos en Irlanda. No carecen de interés estas reflexiones, si se atiende á que la habitacion pertenece á las necesidades primeras, y los dueños de edificios gozan de un monopolio, miéntras las nuevas construcciones no igualen la oferta y la demanda. Sirven además para resolver cuál sea la incidencia real de este impuesto. El menor número de autores opina que se trata de un gravámen sobre el capital, y no hurtan el cuerpo á su accion los propietarios, puesto que se trata de un elemento, de un bien que produce una renta: y ¿por qué no ha de equipararse á los demás capitales? Los arrendatarios no satisfarán nunca la gabela, porque calculan los gastos que quieren hacer ó pagar, é indagan el valor que representa el hogar bajo que quieren cobijarse. Los que piensan de otro modo deberian exceptuar los inquilinos de talleres, almacenes, casas para obreros, etc., toda vez que son empresarios y trazan sus proyectos como los demás de su clase: ellos han de lograr el interés que por término medio se consigue en el mismo dominio eco-

nómico. Para que bajasen los alquileres porque se suprima el impuesto, sería menester, ó que tomase incremento la oferta de los propietarios, ó que fuera menor la demanda de los inquilinos: el número de las casas por una parte, y por otra el conjunto de los moradores de una ciudad ó villa, hé aquí los dos términos que regulan el curso de los precios de arriendo.

Á lo que se responde con la diferencia que hay entre la concurrencia que se hace, la poblacion que afluye y el abandono de ciertos lugares por la misma. En el primer caso basta el vivo afan de los que desean arrendar casas para que sobre ellos pese el impuesto: en el segundo, los dueños de fincas urbanas, por fuerza han de sufrir el gravámen. Los que edifican han de procurar un beneficio de sus capitales: de otro modo, se paralizará la construccion de casas, y los empresarios buscarán empleos en que no haya tributo, ó lo haya siquiera menor. Al establecerse la contribucion sobre los hogares, por algun tiempo pesará sobre sus dueños. Un gran número de consumidores no satisfarán el alquiler que precede á la nueva carga, más la adición á esta equivalente; y como de súbito no cabe usar y valerse de los edificios para producir valores de cualquier linaje, como una riqueza tan importante no se disminuye sino lentamente, sólo despues que trascurren algunos años desde que los capitales dejen de acudir á la construccion de casas, y que no se reparen ó se reparen apenas las antiguas y existentes, ó que la poblacion tome incremento, será beneficioso edificar, para lo que creemos preciso que el arriendo comprenda el tributo: por lo que, en resolucion, se viene á parar en que los inquilinos satisfacen la contribucion que se cree sobre dichos bienes inmuebles <sup>1</sup>.

No debe dejar de notarse que hay graves diferencias entre la propiedad de las tierras y la de los edificios. En ambas vemos el suelo, el capital fijo y el circulante; mas cuando se trata de la agricultura, aparece el suelo como lo más importante, el capital fijo puede ser mínimo y el capital circulante no muy considerable; miéntras que una casa vale sobre todo por el capital fijo, diríase que cabe tenerla

<sup>1</sup> Rossi: *Fragment. sobre el impuesto*, leccion sexta, iv vol., pág. 294.—Mac-Culloch: *Tratado de los imp. P. P.*, cap. i, seccion segunda, pág. 48.—St. Mill: lib. v, cap. iii, párr. 6.—Du Puynode, cap. iv, iii, pág. 168.—Leroy-Beaulieu, lib. ii, cap. vii.



por un capital consolidado en la superficie de un área, de la que forma la parte accesoria. Apuntamos razones, por tanto, que bastan para no confundir todas las propiedades. La renta de la situación, según Thünen, que se determina por causas generales económicas, y por la que los dueños adquieren una renta que no proviene del trabajo, ni del ahorro, es más alta y más rápida en la segunda que en la primera. La propiedad urbana puede dar un grande beneficio aún cuando se la abandone, sin que en ella se inviertan capital y trabajo, beneficio que se deriva del aumento del precio del fundo por el solo trascurso del tiempo. La propiedad urbana se caracteriza por un monopolio, porque, por una parte, los poseedores de tales áreas, útiles para edificar, son pocos, y éstas en cantidad limitada, al paso que la necesidad de habitación y la demanda que resulta son ilimitadas, y, por otra, no existe manera de hacer concurrencia á los terrenos sobre que se construye, en la situación en que se encuentran. Las razones técnicas y económicas que se aducen en favor de la propiedad rural no se tienen por valederas, ó sólo en parte, por lo que atañe y concierne á la propiedad urbana. Si consideramos que al construir una casa utilizamos del modo más intensivo el suelo, y que el capital que se emplea se une é incorpora al mismo, parece á primera vista que en este punto, como en otros, debe surgir la propiedad privada; pero adviértase que esa misma incorporación en la agricultura se aduna con el empleo de capitales circulantes, con la actividad y el trabajo del propietario, actividad que no requiere la posesión de los edificios, como se prueba por el hecho de que en los contratos de arriendo todas las cargas pesan sobre los inquilinos. El hogar, de parte del dueño no exige ni requiere más que una poca penosa y poco continua vigilancia. Tales argumentos y tal acusación dirigen algunos de los *Katheder-socialisten* á la propiedad de los inmuebles urbanos, que, de aceptarse, nos llevarían como por la mano á percibir un impuesto oneroso y desigual de esa categoría de bienes<sup>1</sup>. Para nosotros las diferencias apuntadas se exageran y llevan al extremo. Si el trabajo y el capital se requieren para alzar la morada del hombre sobre los fuertes y

<sup>1</sup> Wagner: *Die Abschaffung*, pág. 33.—Schmoller: *Hist. de la Econ. polít.*, pág. 663.—*Congreso de Eisenach*, Engel, pág. 185-199.—Cusumano, pág. 178.

preparados cimientos; si son menester frecuentes y costosas reparaciones; si del anual precio del arriendo hay que detraer una fraccion para construir de nuevo el edificio, que al fin y al cabo, por ruinoso é inhabitable, habrá de abandonarse; si el propietario corre los riesgos y azar de que se inicie un período de decadencia en el país ó distrito en que radican sus fincas, de que la poblacion se disminuya; si la industria y las grandes vias de comunicacion en nuestro siglo dan origen á importantes cambios en el valor de los terrenos comprendidos en el recinto de nuestras ciudades y villas; si éstas sufren más que las tierras cultivadas en caso de guerra; si las medidas administrativas influyen grandemente en la aglomeracion ó dispersion de los moradores de un espacio determinado; si los mismos impuestos no han de creerse ajenos á este resultado, no nos parece justo que se sigan diversas reglas en las relaciones del fisco y de la propiedad urbana, que las que sirven de seguro guia al legislador en las demás, ó en las de otro género. En multiplicadas ocasiones, no siempre, la primera asciende en su valor y justiprecio por causas ajenas á la actividad del dueño y poseedor; ley universal habrá de verse en esa alza que abraza y se extiende sobre todos los bienes, ley que sigue los pasos de la demanda.

No entendemos tampoco, por las reflexiones expuestas, que sea lícito expropiar las fincas urbanas para resolver la cuestion de las habitaciones para los obreros, segun indica alguno de los socialistas de la cátedra. Entregar las casas á los obreros sin que éstos pagáran un cánon al Estado, no sería más que un cambio de dueños; y si la propiedad convertida en pública se administrase por aquél, ni por sus fines, ni por su organismo, ni por sus empleados, hallamos en él las condiciones apetecibles. Su cesion, la baratura de los alquileres, sería un gravámen más de las contribuciones.

En este punto el lector puede convencerse de la importancia suma que tiene el impuesto en la vida y suerte de los hombres. En Inglaterra una parte importante de las rentas del país se distribuye en forma del tributo sobre las casas: los municipales en la ciudad y algunos en el campo se basan sobre los alquileres: el de las ventanas fué refundido en 1851 en el mismo que precede: en dicha nacion el valor de arriendo de las fincas que nos ocupan ha crecido 52 por 100 de 1862 á 1875. En los Estados Unidos se demanda á los impues-



tos directos lo que en nuestro país á los consumos; de aquí resulta que los alquileres son muy caros, mas las subsistencias no tienen el sobreprecio, no sufren la adicion de la gabela. En un caso la poblacion pobre vive con estrechez, y la higiene de sus moradas encierra grandes peligros, las calles se dilatan por largos espacios, y las transacciones se hacen difíciles; en el otro la poblacion pobre se sustenta apénas, se debilita progresiva y fatalmente, y las nuevas generaciones, cuyas fuerzas no se sostienen con los necesarios elementos regeneradores, ofrecen el triste cuadro de su flaqueza física. Pero no se nos oculta que gravar mucho los alquileres en las naciones en que el trabajo y la riqueza se han desenvuelto, no parece tan difícil como en los pueblos pobres, en los que el fisco tiende su mano cruel para recoger algunos céntimos del precio de los artículos de general consumo.

El impuesto sobre las casas debiera exigirse de la renta de las superficies en las que se ha construido, ó, lo que es lo mismo, sobre los edificios, deducción hecha de la tierra, base y punto de apoyo del hogar, puesto que éste constituye y forma el aprovechamiento de aquella, y la renta del suelo no puede discretarse y separarse: debiera tambien prescribirse una revision cada cinco años, que facilite la inscripcion en el Registro de la propiedad de los contratos de arriendo; por faltar á este requisito se juzga desigual y excita quejas en Francia.

La riqueza mueble, desde el siglo xvii ha llegado á tener suma importancia. Desde el momento en que el comercio marítimo, tomando su derrotero á través de anchos mares en que hasta entónces no se habia navegado, que la industria sirvió de valioso alimento á ese interesante tráfico, los productos que surgen de las fábricas y manufacturas, significaron una gran masa de bienes y valores, que merecieron y alcanzaron la proteccion social: por justo debe tenerse que satisfagan su deuda al Estado como la riqueza inmueble; los que se muestran partidarios del impuesto sobre el capital aplauden gozosos un tributo que se asigna á la base que apetecen, un gravámen que, de no existir, se declararia libre y ajeno á toda responsabilidad fiscal, un conjunto de bienes, una vez que admitimos producen la industria y el comercio, y en productos materiales se dan sus recompensas á los que ejercen las profesiones liberales. Leroy-



Beaulieu no piensa así: para este autor ilustre sólo puede afirmarse la justicia del impuesto que estudiamos, si lo hay sobre la renta en general, en los países en que existe la *Income-tax*, puesto que no sería lícito pretender que hubiese una excepcion á favor de los beneficios industriales, mercantiles y de las ciencias y artes liberales: donde, como en Francia, se exigen gabelas de la renta de la tierra, pero no de las ganancias que proporciona la agricultura, donde los capitales que se prestan con hipoteca, ó de otro modo, no sufren descuento alguno en nombre del interés de la pública Hacienda, querer que el provecho de las clases mencionadas constituya un objeto de pesquisa y un origen de rendimientos para el Tesoro de una nación, causa la singular anomalía de que echamos una carga sobre los hombros de los capitalistas activos y emprendedores, y quedan indemnes los que se contentan con hacer un papel más pasivo; se consagra un privilegio para la ociosidad <sup>1</sup>. No nos convencen semejantes razones; el capital que se arroja sobre la faz de la tierra, en sus resultados se confunde con las fuerzas naturales y propias de ésta, y sigue sus leyes; el impuesto territorial se percibe, pues, de lo que se debe percibir; las rentas principales son precisamente las que logran y consiguen los industriales y mercaderes, y no deberán eximirse de una obligacion universal porque haya razones más ó ménos convincentes para que no se extienda la accion fiscal á ciertos intereses en corto número. Hartos sacrificios hacemos en aras de los fabricantes, banqueros y mercaderes para que tambien se les otorgue la gracia y merced de no encentar sus beneficios y ganancias.

Por desgracia, ofrécese á nuestra consideracion la árdua tarea de repartir el impuesto á que aludimos de una manera igual y equitativa: los rendimientos de la industria, del comercio, de las profesiones liberales, se desconocen, como nacidos de causas complejas y cuya apreciacion es muy difícil: para distribuir las patentes hay tres medios; la intervencion del Estado en los negocios, registrando libros y papeles de los industriales y mercaderes, las declaraciones juradas de los contribuyentes, y presunciones externas, indicios más ó ménos vagos, que sólo conducen á una aproximacion nunca perfecta. Nadie imagine emplear los dos primeros procedimientos; uno

<sup>1</sup> *Tratado de la ciencia de la Hacienda*, primer vol., páginas 380 y 381.

de ellos hiere el afecto de la independencia, los respetos del hogar, la delicadeza del crédito, y se presta á graves abusos; el otro olvida que ninguna sociedad se compone de hombres de una probidad inflexible y origina engaños y fraudes, y de hecho premia con menor tributo la menor verdad de lo declarado por los que suscriben su propia ley y su peculiar gravámen. En razon, por tanto, no nos queda otro remedio que apelar al tercero; veamos qué signos indicadores hallaremos capaces de ser nuestros guías.

En Francia, suprimidos los gremios por la ley de 2 de Marzo de 1791, se percibió una gabela basada en el precio de arriendo de los almacenes y de la habitacion de los contribuyentes, sin tener en cuenta su profesion: notóse en breve que el lugar que se habita ha de hallarse en relacion con las máquinas y herramientas, con las primeras materias que se emplean. El 4 Thermidor del año III se dividieron las industrias en clases, segun su importancia; y el impuesto se distribuyó segun la estimacion que se hizo de cada una de aquéllas y la poblacion del lugar en que fijaba su asiento: por prescripciones sucesivas, hasta el 1.<sup>o</sup> Brumario del año VII se admitieron dos partes diferentes, un derecho fijo que se determina en relacion con siete categorías de contribuyentes, segun la naturaleza de sus profesiones y los habitantes del ayuntamiento en que radican, y un derecho proporcional que representa la décima parte del valor del arriendo de las tiendas, almacenes y casas en que viven los industriales. Sin embargo, á vueltas de esta complicacion, no cesaron numerosas desigualdades: por lo que hace al impuesto fijo, se pararon mientes poco ó nada en los medios de produccion, telares, husos, hornos, etc., y en las probabilidades de lucro, y se dió al olvido que hay ramas del comercio, en que se consiguen cuantiosas ganancias en tiendas y almacenes no muy vastos. Hé aquí por qué en 1819 y 1844 los dueños de fábricas y manufacturas se separaron de los que satisfacen la contribucion segun el número de vecinos, y el derecho fijo se hizo variable, por comprenderse el de los telares.

En la Gran Bretaña se conocen los permisos ó licencias; el Estado autoriza y confiere existencia legal á ciertas ramas de la industria y del tráfico, y la policia sabe de este modo las personas y lugares que debe vigilar: en este doble objeto aparece un origen de renta: en



tiempo de la reina Ana se comenzó á imponer derechos de licencia á los individuos que fabricaban ó vendían ciertos artículos sujetos á la *excise* (consumos); el tributo se extendió grandemente en lo sucesivo: hoy lo pagan los fabricantes y mercaderes de bebidas, los de papel, jabon, tabaco, remedios farmacéuticos que tienen privilegio de invencion, los que venden en martillos, los que fabrican naipes, los corredores de arriendo de casas, los vendedores de joyas, los que alquilan carruajes; en otro orden diverso hallamos derechos de timbre para los banqueros, notarios, cazadores; y gabelas para los que venden caza, para los que poseen perros: semejante abigarrada contribucion produce mucho: en 1858, 36 millones de pesetas; en 1873, cerca de 100 millones; en 1876, cerca de 89 millones. Se ve cuán grande es el progreso de la riqueza en las Islas Británicas. Los derechos de licencia se perciben allí de tres modos; segun la clientela y actos de compra y venta de la casa de comercio ó de industria á las que gravan, ó en proporcion de los lugares en que trabaja ó comercia, ó, en fin, la cuota se fija y uniforme (10 libras esterlinas). En España, segun la poblacion, se pide un tanto, una suma á los colegios, corporaciones y gremios, que distribuyen de un modo desigual, y fundándose en cualquier origen de renta que posea el agremiado, una junta compuesta de personas de la misma clase. Á este gravámen se llama entre nosotros *subsidio industrial y de comercio*.

Ofrece interés examinar la incidencia real de las *patentes*. M. de Passy juzga que el fisco demanda una cuota ó fraccion de su renta anual mayor relativamente al mercader de pocos valores, que al banquero ó comerciante en grande escala. La desigualdad que visible descubrimos entre clase y clase, se halla tambien en las diversas ganancias y rendimientos de una misma clase y condicion. En la lucha que se entabla siempre para descargar sobre ajenos hombros el peso de las contribuciones, los industriales y negociantes hacen pagar la que nos ocupa á los consumidores; se alza el precio, comprendiendo toda ó la mayor parte de la cantidad que se arroja en las arcas del Tesoro. M. David de Gers y Du Puynode creen que se trata de un impuesto directo sobre el capital. Todo empresario dispone de una riqueza consolidada, de una masa de valores que produce una renta; productos fabricados ó mercancías que constituyen



una oferta, no es dable que figuren en un inventario exacto, puesto que abrazaria más ó ménos artículos, segun las épocas del año, las circunstancias, la prosperidad de los negocios. No imaginemos que se habla de una contribucion que afecte á la clientela, á la habilidad del mercader, esto es, á sus provechos y rendimientos, sino que se basa sobre el capital que se supone aplica ó emplea en su comercio. En un período de crisis ó decadencia, el consumo no puede extenderse al tenor de lo que importa la gabela, y recae sobre los productores y los negociantes; en general, puede decirse que los consumidores la satisfarán si no se restringiese la demanda; pero ya sabemos que toda alza de precio crea un obstáculo que muchas personas no pueden vencer, y, por tanto, se disminuyen los negocios. Si hubiere derechos protectores á la importacion, de la entidad de éstos hay que detraer el valor de las patentes: si hay libre-cambio, se soportarán por los consumidores, y alguna vez por los industriales. Nos fundamos en que aquel da origen á la baratura, y, por tanto, crece la demanda; mas quizá por el tráfico que exista los extranjeros nos arrojen la carga de alguno de sus impuestos, y en tal caso, nadie podrá descargar nuestras manufacturas.

¿Debe extenderse el que nos ocupa á los abogados, médicos, pintores y demás que profesan las artes liberales? Los autores que piensan corre parejas su remuneracion con los salarios, opinan que no deben sufrir impuesto alguno. No obsta que se pretenda que una parte de sus beneficios son un interés por el capital invertido en el aprendizaje, más la amortizacion del mismo, puesto que ocurre la misma resta en la retribucion de los simples obreros. Si por industria se entiende el empleo de un capital que se utiliza merced al trabajo, las profesiones liberales no pueden confundirse con ella, y de todas suertes se estiman de diversa índole que la de fabricantes é industriales. En general, los legisladores han percibido poco del trabajo que produce lucro, sin poseer riquezas acumuladas. En Alemania se ha querido distinguir en la *gewerbsteuer* el trabajo del capital, y se ha casi eximido las profesiones liberales. No obstante, si su remuneracion, en parte, se compone de riquezas, será justo que alguna entreguen al Estado á título de renta, bien que no desconozcamos que, salvo algunas excepciones, sus ganancias no son muy grandes y todavía el tributo tiende á aminorarlas.

En virtud de las leyes dictadas en Francia en 1872, se han hecho reformas importantes en el impuesto de patentes. Se ha suprimido el *maximum* en el derecho fijo de las profesiones que pagaban en razon del número de obreros ó de los instrumentos de produccion; se ha aumentado en un quinto el derecho fijo de aquellas cuyo gravámen no tenía por base la poblacion del ayuntamiento á que pertenecen; se han alzado las cuotas del 15.<sup>o</sup> al 10.<sup>o</sup> y del 20.<sup>o</sup> al 15.<sup>o</sup> por 100 respectivamente, del valor del arriendo de los locales en el derecho proporcional de las diversas categorías de contribuyentes. Así las desgracias de la guerra vinieron á mudar de tal suerte las relaciones del fisco con la industria, que ésta recibió hondas heridas, y fué menester que M. Leon Say propusiese á las Cámaras rebajas de monta sin alterar los caractéres generales de una gabela que influye en la distribucion por el país, en la suerte y aumento del capital de los trabajos fabriles y del cambio <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Passy: *Art. Impuesto del Dicc. de Econ. polit.* de Guillaumin.—Mac-Culloch: *Tratado del imp.*, parte segunda, cap. vi, seccion iv, pág. 203.—Du Puynode: *De la mon., del créd. y del imp.*, II vol., cap. v, II, pág. 217.—David (de Gers): *Diario de los econ.*, 15 Mayo 1850.—Esquirou de Parieu: *Trat. de los imp.*, lib. III, cap. II, pág. 230.—Leroy-Beaulieu: lib. II, cap. VIII, pág. 379.





### CAPÍTULO III.

*SUMARIO: Contribucion sobre el interés del capital.—Qué comprenden con estas palabras los autores.—Con qué otros impuestos se confunde en parte.—Si grava á los consumidores.—Opuestos pareceres.—Dificultades que ofrece su percepcion.—Efectos que puede producir en la economia nacional.—Impuesto del timbre sobre valores muebles.—Sobre el interés de los títulos de la Deuda.—Impuesto sobre los salarios.—¿El salario es materia imponible?—Si recae sobre los obreros, los capitalistas ó los consumidores.—Opinion del autor.—Males que produciria en caso de que fuese decretado por el poder legislativo.*

El impuesto sobre el interés de los capitales detrae una fraccion de los beneficios ó rendimientos que aquéllos producen para levantar las cargas públicas. En rigor, no comprende más que la retribucion ó parte de la renta que corresponde al capitalista desde el momento que emplea su riqueza acumulada en la industria: el efecto causado por la accion del trabajo no se comprende, en teoría por lo ménos, con los medios, herramientas y materias primas que maneja, trasforma y destruye en cierto modo para producir. Generalmente los tratadistas que estudian este punto no suelen limitarse á hablar del interés en sentido extricto, sino que tambien consagran sus páginas á los beneficios de la produccion agrícola, fabril y comercial, al tributo sobre el inquilinato, etc. Si así es, no hay para qué decir que la contribucion de que vamos á hacer rápido exámen, se confunde con la territorial en la parte del precio del arrendamiento de las fincas rústicas, que nace del uso del capital circulante que requiere la labranza, con la de patentes por el provecho que resulta de aplicar una masa de valores á las manufacturas y al comercio, con la de las casas para los que piensan es un gravámen sobre el capital de que no cabe se libren los propietarios; en suma, aparece como una variedad del impuesto sobre la renta, siempre y cuando ésta deba su

origen á uno ó más capitales. Con el pensamiento se distingue muy bien este impuesto de cualquier otro: baste indicar será aquél que se exija del capital que no utilice, sino que preste su dueño ó que coloque de suerte y manera que no exija su intervencion personal, sino su simple vigilancia, ó que emplee dirigiendo la empresa de que será el alma y la vida, pero acertando á separar en sus cuentas lo que se debe á su propio trabajo de lo que fuere interés de aquella fuerza productiva.

De percibir una gabela sobre todo interés, los capitalistas sufrirían el gravámen, puesto que vendría á menguar de una manera igual sus ganancias, no pudiendo retirarse de un empleo determinado para huir de la contribucion, buscando ramos productivos en que esta no fuese demandada, y obtendrían el beneficio que por término medio cabe prometerse en el mismo mercado, en el espacio que abraza una nacion. Empero, Adam Smith y Ricardo juzgan que los capitalistas descargarán el peso del tributo sobre los consumidores. El primero escribe que si se gravan los capitales invertidos en una rama particular de comercio, en definitiva no pagará cosa alguna el mercader, porque es menester que encuentre en todas ocasiones un razonable beneficio de su tráfico, cuando la concurrencia es libre. Si se impusiere la misma cuota á todos los negociantes, aunque en último término la satisfaga el comprador, favorece á los comerciantes en pequeña escala y perjudica á los ménos favorecidos por la suerte <sup>1</sup>.

El segundo entiende que un impuesto proporcional sobre toda clase de comercio elevaria el precio de todas las mercancías. Dos industriales pueden emplear un capital semejante, y sin embargo vender los productos de su industria por muy diversas sumas de numerario, segun que fueren fijos ó circulantes, por la mayor ó menor rapidez del giro de sus negocios y el número de mercaderías que es dable vender en el mismo tiempo <sup>2</sup>. Mac-Culloch asegura que una contribucion del 5 ó 10 por 100 sobre todos los beneficios á que hacemos referencia, no será causa de que se trasfiera el capital de una á otra industria, ni de que haya cambio alguno en la demanda y la

<sup>1</sup> *Riqueza de las naciones*, lib. v, cap. 11, seccion 11, art. 11, pág. 219 del III vol.

<sup>2</sup> *Principios de Econ. polít. y del imp.*, cap. xv, páginas 177 y 178.

oferta de los productos, ni en su precio en dinero; porque una gabela sobre los intereses que no aminore el capital, no disminuye los medios de producción <sup>1</sup>. Si el tributo se refiriese á una sola industria, tendria efectos diferentes; presto, ó tras breve período, los precios serian más altos, y no se satisfaria por los productores sino en cuanto consumiesen los géneros por ellos elaborados. Creemos que no aciertan los dos primeros é ilustres escritores; la concurrencia no permite que pasen de un nivel determinado las ganancias de los capitalistas, de la cuota ó tanto por ciento mínimo á que pueden llegar; no gozan aquéllos más que de rendimientos reducidos: parece, pues, que un tributo en estas circunstancias debe causar el efecto de que la nueva aminoracion que en el interés habria de señalarse, se impida ó no exista, porque los consumidores se avengan á satisfacer idéntico beneficio á los dueños de la riqueza acumulada que ántes de dictarse la ley en la que se contiene la gabela ó gravámen á que aludimos. Si el impuesto hiciese descender el interés hasta el punto de que los que tienen facultad de destinar sus ahorros á la industria no lo verificasen, por no sentir bastante estímulo en la remuneracion que les fuera dable prometerse, los consumidores se vieran forzados á poner los medios oportunos para que el interés fuese mayor: de otro modo, como dice Cherbuliez, una carga que pesa directamente ó indirectamente sobre los beneficios del capital, concluye siempre por repartirse proporcionalmente entre ellos, y por diseminarse en el conjunto de todas las rentas, bajo la accion de los hechos que distinguen el desarrollo económico y de las leyes generales que rigen su marcha <sup>2</sup>.

Mas no se piense en imponer un tributo general que se extienda á los rendimientos universales del capital. No hay poder que realice esta empresa erizada de dificultades. ¿Qué cabe intentar para conocer, para apreciar, para seguir en todas sus variaciones y á través de todos los misterios y de las tinieblas de que tiene la costumbre y hasta cierto punto la necesidad de rodearse, esa riqueza, esa materia imponible tan delicada y temerosa?—Ni fuera bastante conocer el beneficio de los diversos productores: cuando hablamos de ganan-

<sup>1</sup> *Tratado de los impuestos*, primera parte, cap. II, pág. 54.

<sup>2</sup> *Resumen de la ciencia económica*, lib. IV, cap. IV, seccion primera.



cias generales, nos referimos á una mera hipótesis; menester es no olvidar que el término medio del interés es una fórmula científica; en los varios empleos del capital existe una tendencia á conseguir esa igualdad, pero sin realizarla nunca <sup>1</sup>. La habilidad y experiencia del que maneja un capital entran por mucho en los resultados que se consiguen: agréguese á esto que la prima de seguridad varía al tenor de los azares verdaderos ó supuestos que se necesita afrontar en una empresa. No hay más camino, pues, que la desigualdad; unas veces la elevacion del interés embeberá sin embarazo la contribucion, y otras tal vez escaseen los capitales en ciertas industrias y tráfico por miedo á las exigencias fiscales.

En un país rico y floreciente y en el que la riqueza acumulada se cuenta por enormes masas de valores, y las acumulaciones anuales se verifican con rapidez, sólo la emigracion de los capitales y las invenciones y progresos de la industria se oponen á que la formacion de aquella fuerza productiva se suspenda ó sufra quebranto. El impuesto añade una dificultad más; la baja de la remuneracion se acentúa más, como no obre á la manera de un incentivo para descubrir máquinas ó procedimientos nuevos, ó para aplicar extensamente los ya conocidos: en virtud de este esfuerzo, generalmente penoso, quizá el alza del interés baste para cubrir el importe de la gabela, en cuyo caso nadie sufre pérdida de sus fuerzas productivas, puesto que los productos del país se han aumentado en proporcion igual ó superior á aquélla. Mas si aconteciese que no hubiera ningun invento notable, ó que las perfecciones de las artes no ejerciesen influjo alguno de importancia en la cuota ordinaria de los intereses, estos bajarían, y fuera difícil toda acumulacion ulterior: la extraccion de capitales fuera más abundante ó irían algunos á perderse en imprudentes y atrevidas especulaciones. El efecto verdadero de un tributo de esta naturaleza se dilata por todos los trabajos y usos de los bienes acumulados; de suerte y manera que, en un momento dado, el país tiene menor capital, menor produccion total y se crea un obstáculo á sus progresos, y si los beneficios del segundo hubieren llegado al *minimum*, es decir, á un tanto por ciento tan bajo que el aumento anual de los capitales fuese absorbido, ora por la exporta-

<sup>1</sup> Rossi: *Curso de Econ. polit.*, iv vol., páginas 308 y 309.

cion, ora por las especulaciones, desaparecería una parte de los capitales existentes. Atribúyese á esta causa la decadencia de la Holanda. En los Estados en que la cuota corriente del interés remunerase ampliamente el ahorro, un impuesto del linaje que nos ocupa opondría un obstáculo á que acreciesen los capitales, y de no realizarse adelantos nuevos en su industria, se deslizaria de los hombros del capitalista á los de los trabajadores ó de los propietarios <sup>1</sup>. Como cierto tenemos que gabelas encaminadas á encantar los intereses dificulten y embarazen el movimiento regular y ordenado de la industria en sus várias formas, pues que tienden á disminuir los capitales ó siquiera á retraer de sus angustiosas luchas á los poseedores de bienes ó valores sustraídos del consumo.

En Francia existe un derecho de timbre ó sello sobre valores muebles, á saber, los títulos de acciones, obligaciones, bonos, etc., los papeles que dan derecho á percibir intereses. En tiempo de Luis XIV se dieron los primeros edictos, y se hicieron ensayos con éxito en 1790 y 1791. Su principio y su límite se encuentra en que la renta debe satisfacer en parte las obligaciones del Estado: descúbrense en el fondo de las letras de cambio, de los vales á la orden, de las obligaciones de una compañía mercantil, un capital circulante; sus productos pueden ser objeto de un gravámen. No alcance más ese tributo que un carácter suplementario, puesto que los poseedores de títulos satisfacen en general otras gabelas; si una sociedad posee inmuebles, paga el impuesto territorial; si ejerce la industria ó el comercio, el de patentes; en otras ocasiones el de papel sellado, etc. El banco que lleva el nombre de un particular, que pertenece á uno solo, no siente el gravámen de esa contribucion; si se forma por una sociedad, sí lo siente, de modo que viene á perjudicar á los capitalistas que se asocian, esto es, no los más, sino los poco ó medianamente acaudalados: este defecto desaparece en los países cuya legislacion admite un impuesto general sobre la renta. Para legitimar el que nos ocupa se afirma que los tenedores de títulos y acciones, de efectos de comercio, suelen ser capitalistas ociosos, que no toman parte en la gestión de los negocios y se contentan con cobrar los dividendos; se añade que sus probabilidades y ocasiones de peli-

<sup>1</sup> St. Mill: *Princ. de Econ. polít.*, libro v, cap. iii, párr. 3.



gro se limitan á los bienes ó valores que entregan á las compañías. Nos parece que estas aseveraciones tienen poca fuerza, puesto que por una parte hemos de ver si hacen uso lícito de su fortuna, y por otra, importa en extremo al Estado que puedan formarse en un haz los ahorros de muchos, constituyendo grandes capitales y haciendo posibles mayor número de empresas. Sin embargo, Leroy-Beaulieu juzga que aquellas consideraciones tienen algun alcance y llegan á justificar una gabela mayor que afecte los beneficios de estas sociedades, que los de los particulares que se consagran á la industria.

Tambien se cobran gabelas en algunos países de la renta ó intereses asignados á los títulos de la deuda. Disminuyen el tanto por ciento que prometió un día el Estado satisfaria á sus acreedores; se corre el peligro de que si en lo porvenir, como es probable, fuere preciso contraer nuevos empréstitos, los capitalistas descuenten del capital real que entregaren al fisco, la cuota del impuesto que amenace sus calculadas ganancias. Donde quiera que exista una contribucion general sobre la renta, un principio de igualdad parece exigir que se extienda á abrazar y comprender la que no deja de tener este carácter, en los que invierten sus fondos en comprar títulos de la Deuda. Mas hay entré éstos y cualquiera otro origen de privados rendimientos, una notable diferencia. Unos nacen de la fortuna ó del trabajo de los particulares, mientras otros dan razon y color de públicos á los haberes de que son causa legítima. El gobierno inglés, como hábil calculador en la gestion de los intereses de su país, se ha abstenido siempre de exigir un impuesto de semejante naturaleza, con el fin de que de hecho se cerrasen los empréstitos que en tan colosales proporciones se ha visto obligado á suscribir, á un interés menor, ó, en otros términos, el mínimo posible. Daru refiere que se conocia la gabela á que nos referimos desde el siglo xv en Venecia: J. B. Say juzgaba que era excelente, por la índole del empleo que hacen de sus fondos los rentistas y por las ventajas que presenta: Destutt de Tracy iba más léjos, afirmando que era la mejor de todas, por más que le pareciese una bancarota <sup>1</sup>; en lo que sin duda no se engañaba,

<sup>1</sup> *Historia de Venecia*, vol. II, pág. 155. — *Curso de Econ. polít.*, vol. II, parte octava, cap. V. — *Principios de Economía polít.*



que á la postre el Estado deja de cumplir sus promesas, y dudamos que haya concluido para siempre la era de las revoluciones y de las luchas entre los pueblos, de las locas empresas y de los sucesos extraordinarios <sup>1</sup>.

El impuesto sobre los salarios, más bien propio de la teoría económica que de la Hacienda, suscita graves cuestiones, presenta grande interés por su enlace con la contribucion de consumos, y en esta obra, el estudio que sobre aquél nos proponemos hacer, servirá de complemento á la materia que ha constituido el asunto del primer libro. El salario se estima y tiene como la renta del obrero; en principio, y segun la doctrina de Schäffle que seguimos, hay que indagar si determina una capacidad económica para la Hacienda, y puede verse en ella un fondo ó una materia imponible. En sí misma entendemos que sí: á los operarios hemos de comprender entre los súbditos que tienen la obligacion pública de levantar las cargas del Estado, y sería excepcion grave para los ingresos del fisco la que se otorgare al 75 por 100 de la poblacion, si los eximimos de todo impuesto directo, y suponemos que no se decretan los indirectos. Desde luégo puede sospecharse que los presupuestos de nuestra época, en manera ninguna moderados, ni fáciles en los ingresos que demandan y requieren, no dejarían de resentirse de que se permitiera fuesen ajenos á toda gabela y exaccion fiscal los trabajadores.

El tributo que se pida á los salarios habrá de someterse á la condicion de que sean bastante elevados; de otro modo, privaríamos á las clases trabajadoras de lo que han menester para vivir; si la retribucion del trabajo no fuese exígua, opinan autores distinguidos como Stuart Mill, que el impuesto recaerá por completo sobre los operarios; aminórase aquélla, los medios con que cuentan para subsistir las clases trabajadoras se cercenan, y por tanto sus consumos; pero, como dice Buchanam, despues que el obrero ha recibido la justa recompensa de su trabajo, ¿qué puede reclamar del que lo emplea en razon de los impuestos que se ve obligado á pagar? No hay ley, ni principio social que lo autorice para ello.

<sup>1</sup> Véase acerca del impuesto sobre el interés, además de los autores citados ántes, Du Puynode: *De la mon., del crédito y del impuesto*, II vol., cap. v, pág. 196, 222.—Leroy-Beaulieu, vol. II, pág. 402 y sig.

Mas si suponemos que el salario descende, que la condicion de los hombres que de él dependen no está libre de angustiosas privaciones, ¿qué sucederá? ¿Sobre quiénes vendrá á pesar el gravámen que se decretase por el poder legislativo?

Adam Smith piensa que la remuneracion del trabajo se determina por la demanda de los capitalistas y el precio de las mercancías ó artículos necesarios á la vida que los jornaleros consumen, y opina, como lógica consecuencia, que una contribucion eleva ó hace ascender la primera, miéntras no cambien las dos causas apuntadas y que regulan el salario <sup>1</sup>. Desde el punto que se encenta y sufre una resta el salario, no se proporciona á esas dos causas: será menor que el tipo señalado por la demanda de brazos, será menor que la cuota precisa para adquirir las subsistencias, y su alza vendrá á seguir, por tanto, los pasos de la exigencia fiscal, de modo que, en último término, sobre los consumidores que pagarán más caros los productos recaerá aquélla, si se trata de las manufacturas, porque el aumento que indicamos sería anticipado por el empresario, que tendría la necesidad y el derecho de cobrarse en el precio de los géneros que fabricase. En las labores agrícolas la anticipacion se verificaría por el colono que forzosamente invierte más considerable capital para emplear los mismos jornaleros que ántes. Para reembolsarse de estos adelantos sería preciso que retuviese mayor parte de los productos agrícolas, ó, en otros términos, que el precio de su arrendamiento fuera menor.

Ricardo es del mismo parecer que Adam Smith. Escribe que la única diferencia entre un impuesto sobre los objetos de primera necesidad y un impuesto sobre los salarios se manifiesta en que el uno produce un alza en el precio de aquéllos, y el segundo no: éste no grava al capitalista ni al poseedor de tierras; pesa tan sólo sobre aquellos que emplean los trabajadores: en suma, los tributos que de los trabajadores se exijan, se cobrarán de los intereses del capital. El precio del trabajo señalará claramente las necesidades de la sociedad respecto á la poblacion: será suficiente para sustentar el número de individuos que supone y exige el estado de los fondos que se destinan á pagar los trabajadores. El trabajo será más caro, porque la

<sup>1</sup> *Riqueza de las nac.*, lib. v, cap. II, art. 3.º, pág. 232 del III vol.



demanda no varía, y en virtud de un precio más alto, la oferta no sufrirá contradicción. Ricardo no conviene con Smith en que los consumidores y los propietarios de tierras satisfagan la gabela de que hablamos, porque si los fabricantes se indemnizan en el precio de sus manufacturas y los obreros no experimentan daño alguno, no cabe admitir que sólo los poseedores de aquellos bienes inmuebles soporten el gravámen: el capital que se invierte en cultivar las tierras que no producen renta obtiene un beneficio que regula el precio de los cereales en el mercado, y, por tanto, no es dable hacer deducción alguna del rendimiento de ese capital; la demanda de cereales exige el cultivo de esas tierras de calidad inferior <sup>1</sup>.

Ni Mac-Culloch, ni Stuart Mill, ni Du Puynode admiten las ideas y juicio que han formulado acerca de la materia que nos ocupa los dos famosos autores precitados. La facilidad ó dificultad de adquirir los medios de existencia no influyen en los salarios: dependen éstos de la oferta y la demanda. Si el salario se disminuye por la acción del fisco, no puede alzarse si la demanda de los empresarios permanece la misma respecto de los obreros. La historia de las coaliciones enseña que los deseos y aspiración de los trabajadores, como de los patronos, no ejercen influjo real sobre la cuota corriente de los salarios. En los Estados Unidos el obrero activo y económico ahorrará presto un capital y vivirá dichoso, aunque sobre sus jornales distribuyan un impuesto: en Irlanda, al contrario, por grande que fuere su celo, por laudable que fuere su conducta y aunque gozase de todas las exenciones de tributos y gabelas, permanecerá pobre y desgraciado, porque en una de esas naciones se demanda mucho el trabajo, y en la otra se ofrece con exceso.

Stuart Mill cree que toda contribución que deje los salarios más altos, ó á lo ménos que no los haga descender más que su coste de producción, se percibe de aquéllos á quienes el fisco se dirige: no tienen medio alguno de que les indemnice otra clase de la sociedad. Lo mismo acontece con las ordinarias retribuciones del trabajo en un Estado parecido al de la Confederación anglo-americana, ó de una colonia nueva en la que los capitales aumentan tan rápidamente como puede aumentar la población: los salarios se sostie-

<sup>1</sup> *Princ. de Econ. polít. y del impuesto*, cap. xvi, páginas 186, 194 y 201.



-tienen por el multiplicarse de la riqueza que se emplea en la produc-  
 -cion, mas no porque los trabajadores se empeñen en gozar de bie-  
 -nes y desahogo que aparezcan con un carácter fijo. En la mayor  
 -parte de las sociedades la cuota de los salarios se regula por el grado  
 -de bienestar que los obreros juzgan propio de su clase, y de no con-  
 -seguirlo cesan de multiplicarse. En donde existe ese grado de bien-  
 -estar, un gravámen que se detraiga de los salarios durante algun  
 -tiempo, quizá pese sobre los mismos trabajadores; pero si la baja  
 -del precio de su trabajo no produce el efecto de que el obrero se con-  
 -tente con un nivel inferior de existencia, se suspenderá el aumento  
 -de la poblacion, por consiguiente ascenderá la cuota normal de los  
 -salarios, y las clases trabajadoras tornarán á su condicion primera.  
 -En cuyo caso el tributo recaerá sobre el interés, de manera que un  
 -ensayo de gravámen fiscal que se dirija á los obreros en una sociedad  
 -antigua, equivale simplemente á exigir un tributo de los que emplean  
 -la mano de obra, á no ser que tuviera más fatales consecuencias: las  
 -inherentes á rebajar en el espíritu de las clases más pobres el tipo de  
 -aquel conjunto de medios, sin los cuales no juzga posible la existencia <sup>1</sup>.  
 -Tales son los motivos y causas que aducen los autores que rechaza-  
 -n las aseveraciones de Smith y de Ricardo, y juzgan que nunca  
 -los consumidores, sino los mismos obreros y los capitalistas, por  
 -los intereses que logran y consiguen, han de llevar sobre sus hom-  
 -bros la gabela que estudiamos. Antes de que manifestemos nuestro  
 -modo de sentir, será conveniente que advirtamos puede suceder, y  
 -ocurre, que el Estado emplee los fondos que toma de los salarios,  
 -en pagar el trabajo de las clases obreras. Supongamos que en for-  
 -mar grandes ejércitos, en llevar á cabo obras de pública utilidad, ó  
 -en fundar establecimientos que exijan numerosos empleados, se  
 -invierten grandes sumas del comun origen de las contribuciones.  
 -Muchos tratadistas creen que no se disminuirá el salario porque la  
 -demanda no parece inferior á la que ántes existía, y la clase de los  
 -trabajadores, en conjunto, en su totalidad, no experimenta que-  
 -branto alguno, porque lo que unos pierden por el impuesto, ganan

<sup>1</sup> Mac-Culloch: *Trat. de los imp.*, part. prim., cap. iii, pág. 67.—St. Mill: *Princi-  
 -pios de Econ. polít.*, lib. v, cap. iii, párr. cuarto, pág. 422.—Du Puynode: *De la mon.*,  
 vol. II, cap. ix.

otros al distribuir el fisco lo que cobra. No faltan autores que aseguren no basta se consuma en el país el producto de un impuesto de la clase que ahora estudiamos, para que su exaccion no perjudique á los operarios; los capitales invertidos improductivamente no tienden á elevar ó mantener la cuota de los salarios, sino en la hipótesis de que se empleen directamente en pago de jornales. Si el gobierno gastase la suma á que llegare el supuesto tributo, en comprar mercaderías, ó en aumentar los sueldos de los empleados que adquieren géneros y mercancías, no aumentaria la demanda de trabajo y no ejerceria influjo alguno que hiciese alzar las retribuciones del trabajo manual. Pensamos que, en efecto, si un Estado mantiene por alguna razon administrativa, cualquiera que sea, un número de hombres que, ofreciendo sus brazos, harian concurrencia á los obreros, y aún con éstos vendrian á confundirse, no producirá baja en el precio de la mano de obra, ni aún si comprase mercaderías para cuya produccion se requiere trabajo, puesto que nunca acertamos á comprender aquella extraña sentencia de Stuart Mill: « Comprar el producto, no es alimentar el trabajo. » Por supuesto que, al pensar del modo que sumariamente queda referido, estamos muy léjos de desconocer que hay profunda diferencia entre una produccion ó empleo de brazos por el Estado y por los particulares, entre la compra de frutos y géneros por el Estado y por los particulares. El uno apela al impuesto; los otros á sus propiedades y recursos, y no hay para qué decir que el primero ejerce por sus poderosos medios una accion que determina la marcha y vicisitudes de varias ramas de la industria nacional.

Pasando ahora á manifestar nuestro propio juicio y opinion acerca de la naturaleza y resultados de un impuesto sobre los salarios, diremos, en primer lugar, que, para ser consecuentes con la ley reguladora que formulamos en el primer libro de esta obra<sup>1</sup>, no nos es lícito atribuir á la oferta y la demanda la cuota corriente de los jornales. Convienen los autores ingleses en que si la remuneracion de las clases trabajadoras no excediera de lo que han menester para vivir, el número de personas que subsisten de su jornal se aminoraria, y el impuesto gravaria á los capitalistas, á los inte-

<sup>1</sup> Véase el lib. I, cap. II, pág. 28 y sig.



reses del capital. Quizá se arguya que esta consecuencia nace y se deriva de una disminucion de la oferta, y se ajusta, por tanto, á la regla que presentan como cierta y verdadera los economistas referidos, á lo cual nosotros observaremos que el alza de los salarios, indispensable para embeber y encerrar la cantidad á que asciende la contribucion, porque los obreros no son capaces de soportarla, viene á determinarse fatalmente por una causa igual á la que tiene su cuna y su raiz en que ocurra un alza en el precio de las subsistencias. Es evidente que si exigimos una gabela de los trabajadores que haga imposible su conservacion con el mismo salario que ántes se les daba, su número sufrirá una baja, que causen su voluntad de no trabajar, la miseria y la emigracion: lo mismo ocurre, pues, que si nos hallásemos en el caso de una subida, de un aumento en el precio de los artículos que consumen los obreros.

Se pretende que hay un nivel de bienestar, de gastos en objetos convenientes á la salud, al decoro, á la cultura de las clases pobres que éstas miran como indispensable, negándose á trabajar si sus jornales representan una suma menor que el precio de esos productos que estiman como necesarios. No creemos que semejante reflexion pueda aplicarse á la totalidad de los obreros. J. B. Say dice que á medida que se forman capitales se busca el trabajo industrial del hombre, y se sabe que los hombres nacen donde quiera que de ellos hay necesidad <sup>1</sup>. Con efecto, basta que el capital distribuido entre los obreros en forma de salario les proporcione lo que es preciso para su conservacion, si queremos que no sea inferior la cifra de los nacimientos á la de un período precedente. Mac-Culloch escribe que la opinion de aquellos que defienden la cuota de los salarios hija y dependiente de otra causa que del precio de los víveres que consumen los trabajadores, á saber, de la oferta de brazos puesta en parangon con la demanda, nace de confundir los principios que rigen el precio corriente del trabajo en un tiempo dado, con los principios que rigen el precio natural ó necesario: no parece difícil ver que aquella lucha y disputa entre los operarios cesará cuando su remuneracion no fuere suficiente para suministrarles el pan de cada dia, ó, en otros términos, cuando no pague el coste de produccion <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *Trat. de Econ. polít.*, lib. 1, cap. xviii, pág. 213.

<sup>2</sup> *Trat. de los imp.*, pág. 65.



Si el tributo de que hablamos pesa, por razon de lo dicho, sobre el interés de los capitales, quizá sus poseedores, de no obtener aquél beneficio que sirva de impulso para que corran los peligros y azares de la concurrencia y los negocios, dejarán de empeñarse en las vias de la produccion ó emigrarán al extranjero; la industria, disminuyéndose la suma de fondos disponibles, costará más, y este mayor coste habrá de sufragarse por la sociedad en general, por los consumidores; siempre que los precios se elevan, por más que esto constituya un cambio por la misma suma total de numerario—si no desciende el valor de éste ó si no se aumenta,—como al fin y al cabo el dinero se cede á cambio de trabajo, el consumo se limita, la sociedad se empobrece, y sus clases menesterosas sufren.

Si por fortuna el trabajo fuese remunerado con una cuota superior á los gastos que es forzoso haga una familia para subsistir, el tributo ó gabela que tuviere por base el salario, obligará á aquélla á reducir sus gastos, quedará en más desfavorable condicion, y su pena será profunda al sentir la inutilidad de sus esfuerzos para mejorar su estado y conseguir algun bienestar.

Los obreros más laboriosos, más distinguidos, aplicarán sus fuerzas con más ardor, ó su ánimo, que se torna temeroso por el pensamiento y la prevision de lo porvenir, elegirá una pátria adoptiva en esos países lejanos, en esos Estados naciescentes en los que una tierra casi vírgen ofrece en su seno abundantes recursos para reparar la injusticia y los errores de los hombres. En Inglaterra parece que se decretó por vez primera la capitacion que se pagaba con el salario, en tiempo de Eduardo III; su acrecentamiento en el reinado de Ricardo III fué la causa principal del descontento y de la irritacion, que tuvo por término la revuelta civil y graves desórdenes, cuya cabeza se llamaba Wat-Tyler. Más tarde Enrique VIII, Cárlos I y II, se ajustaron, al imponer dicha gabela, á la categoría y condicion de las personas, y por último fué abolida por Guillermo III. En Francia se conoció una capitacion que tenía por base los jornaleros del campo, y una parte de la talla se satisfacía por ellos y por los obreros de las ciudades. Todavía se conoce una contribucion personal, que consiste en el valor de tres dias de trabajo. Quejas y reclamaciones hechas con viveza han surgido siempre de este linaje de impuestos.

## CAPITULO IV.

ROMANOS: Contribuciones sobre la renta.—Eran de varias clases.—El tributo de herencia es el impuesto progresivo.—Medios de reducir la renta.—El tributo de los efectos jurídicos que afectan a la renta se han formulado.—En las circunstancias y con tales impuestos un tributo sobre la renta.—El tributo sobre la renta no puede ser el único y progresivo impuesto, el incremento de la renta en que se basa.

Hemos examinado en el capítulo y del libro II las doctrinas que concierne al impuesto único basado sobre la renta, ó, lo que es lo mismo, la naturaleza y condiciones que presentaría un tributo general que se pudiese á los rendimientos de toda forma y de todo trabajo: el objeto del capítulo que comenzamos es diverso del que, en parte, nos proponíamos al escribir el citado más arriba: se encamina al estudio de una de las varias contribuciones que pueden co-existir en un país determinado, bien que la materia imponible ha de ser precisamente la renta; este asunto pospone examen de las directas.

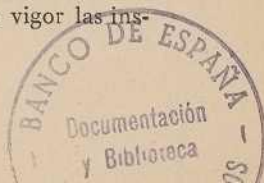
El impuesto sobre la renta es muy antiguo. En Atenas se demandaba á los mil docecientos ciudadanos más ricos, y su producto se destinaba á armar y mantener las flotas. En la célebre democracia ateniense se exigían anticipaciones de tributos á las personas más acaudaladas, de tiempo en tiempo. En Roma, Augusto sustituyó las décimas y vigésimas por un canon *frumentarium*. El catastro que el hábil emperador hizo formar tiene un enlace íntimo con la reforma del sistema de impuestos, cuya base fué la renta. A juzgar por lo que pasaba en tiempo de Trajano, que puso en vigor las ins-

## CAPÍTULO IV.

SUMARIO: *Contribucion sobre la renta.—Reseña histórica.—De qué rentas debe exigirse.—El riesgo de incurrir en el impuesto progresivo.—Medios de recaudar la primera.—Exposición de los diversos juicios que acerca de la misma se han formulado.—En qué circunstancias y con qué bases aprobamos un tributo sobre la renta.—Algunos autores proponen un medio para evitar fraudes y pesquisas molestas, el arrendamiento de la casa en que se vive.*

Hemos examinado en el capítulo v del libro II las doctrinas que conciernen al impuesto único basado sobre la renta, ó, lo que es lo mismo, la naturaleza y condiciones que presentaría un tributo general que se pidiese á los rendimientos de toda fortuna y de todo trabajo: el objeto del capítulo que comenzamos es diverso del que, en parte, nos propusimos al escribir el citado más arriba: se encamina al estudio de una de las várias contribuciones que pueden co-existir en un país determinado, bien que la materia imponible ha de ser precisamente la renta; será nuestro postrer exámen de las directas.

El impuesto sobre la renta es muy antiguo. En Atenas se demandaba á los mil doscientos ciudadanos más ricos, y su producto se destinaba á armar y mantener las flotas. En la célebre democracia ateniense se exigían anticipaciones de tributos á las personas más acaudaladas, de tiempo en tiempo. En Roma, Augusto substituyó las décimas y vigésimas por un cánon *frumentarium*. El catastro que el hábil emperador hizo formar tiene un enlace íntimo con la reforma del sistema de impuestos, cuya base fué la renta. Á juzgar por lo que pasaba en tiempo de Trajano, que puso en vigor las ins-





stituciones de Augusto, el tributo de las tierras se pagaba en dinero, y, según las cualidades de éstas, era la quinta ó sétima parte de la renta. En tiempo de los Emperadores el *chrysargiro*, por su extensión, constituía un impuesto sobre la renta, puesto que lo pagaban los empleados de la casa imperial, los decuriones, los eclesiásticos, los clérigos, como los que ejercitaban las más humildes profesiones mercantiles, los peones, las prostitutas y los que con ellas traficaban <sup>1</sup>.

En la Edad Media la república de Venecia percibia á un mismo tiempo una deducción de los salarios, de las pensiones, y una gabela que pesaba sobre la industria. La primera llegaba al 20 ó 30, y aún al 40 por 100; la segunda se dividía en una contribucion en reemplazo del servicio personal en las milicias de mar, y otra destinada á los gastos de guerra <sup>2</sup>.

Desde el siglo xiii los florentinos estuvieron sujetos á una gabela que gravaba todas las rentas sin distincion. Se hacía la estimacion de los bienes muebles é inmuebles de cada ciudadano, según su valor más bajo, y formaba *l'estimo*, á manera de unidad contributiva, una cifra de 1/2 á 3 por 100, proporcionada á la fortuna de los individuos, y servía de base á la distribucion del fisco; según las necesidades públicas, se demandaba á los contribuyentes una suma en armonía con su parte en *l'estimo*, pero que al concluir el año representaba tal vez el quintuplo, y hasta diez veces el valor de aquel linaje de unidad. Según los estatutos de 1321 y 1355, la falta de pago del impuesto se castigaba con la inscripcion en el registro de los deudores del Estado, con la privacion de los derechos políticos y de algunos civiles, con la venta y acaso la destruccion oficial de los bienes. En 1427 Juan de Médicis hizo admitir, bajo el nombre de *catasto*, una nueva tasa, repartida con más equidad que la precedente, cuyo peso apenas habian sentido los ricos. Se obligó á los ciudadanos á hacer una declaracion de sus rentas; hubo cajas donde depositar las manifestaciones secretas. Tributo formado de lo superfluo, expresion legal de los intereses ó de los rencores democráticos,

<sup>1</sup> Dureau de la Malle: *Econ. polit. de los rom.*, lib. iv, cap. xvi.—Esquirou de Parieu: *Trat. de los imp.*, lib. iii, cap. ii.

<sup>2</sup> Daru: *Hist. de Venecia*, vol. vi.

en las familias numerosas pocos individuos lo satisfacían. Apuntada la suma de los valores muebles é inmuebles, indicábase la fortuna del contribuyente, de la que se deducían várias cargas, en particular la de 200 florines de oro, que era equivalente al sustento de cada miembro de la familia para estimar el grado de bienestar de las diversas personas; determinábase por esta última razon la diferencia que habia entre *l'estimo* y *el catasto*.

En 1458 se renunció al sistema de exigir la presentacion de los libros de los comerciantes. Los oficiales del censo fueron autorizados para tratar con los contribuyentes acerca del impuesto del comercio y de los bienes muebles que no eran rentas del Estado; si no se ponian de acuerdo, acudíase al juicio de un cierto número de ciudadanos. En 1471 dicha contribucion se trasformó, y aparece con el carácter de la décima parte de las rentas. Desde 1442 vemos una aplicacion del impuesto progresivo; adoptáronse 14 grados de progresion del *catasto*, desde el 4 por 100 en las rentas de 1 á 50 florines, hasta el 33  $\frac{1}{3}$  en las que excedian de 1,500 florines. En 1446, en los dos términos de la escala fueron el 8 y el 50 por 100; y en 1480, el 5 y el 16  $\frac{2}{3}$  por 100. Desde 1506 desapareció la forma progresiva del tributo<sup>1</sup>.

En Inglaterra, en los reinados de Enrique III y de Eduardo III, existieron unos subsidios que consistian en percibir  $\frac{3}{15}$  de las rentas de la tierra, y  $\frac{2}{15}$  de las rentas de los bienes muebles; despues hubo los *assessemens* cobrados en el siglo XVII, bajo la autoridad del Parlamento, y en tiempo de Carlos II se dirigieron á comprender todos los beneficios del contribuyente. Los valores inmuebles predominaban en estas diversas contribuciones, y se conocian con el nombre de *Land-tax*, por más que en principio se extendiesen á toda clase de bienes. Guillermo III hizo establecer una gabela de 2 y despues de 4 chelines por libra esterlina sobre los rendimientos de las fincas y predios, y de 24 chelines de 100 libras esterlinas de capital representado por las pensiones, anualidades, sueldos, beneficios industriales y profesionales, que, á razon de 6 por 100, término medio del interés de aquella época, constituia la proporcion de un quinto relativamente á los bienes impuestos. Se eximian de la carga

<sup>1</sup> Esquirou de Parieu : *Trat. de los imp.*, lib. III, cap. III, págs. 244-246.



los capitales empleados en los fondos públicos, en el cultivo de la tierra, las deudas, los muebles y la paga de las tropas.

La guerra que la Gran Bretaña sostenía á fines de la pasada centuria con la Francia obligó á idear nuevos recursos para el Tesoro, y Pitt propuso, y aceptó el Parlamento, un tributo que se llamó *income-tax*, y que exigía  $1/120$  de las rentas de 60 á 65 libras esterlinas. La razon del impuesto se aumentaba segun una série de progresiones ascendentes de 5 en 5 libras, hasta las fortunas de 200 libras de renta ó más, que sufrían una gabela de 10 por 100, algun tanto atenuada á las veces por una débil deduccion concedida por el número de los hijos que tuviese una familia. Se admitió un derecho reducido para las personas cuya renta variaba de 1,500 á 5,000 francos. La ley que prescribió la gabela que nos ocupa no creaba en rigor un nuevo impuesto sobre la propiedad, sino que simplemente exigía derechos adicionales, y no eran independientes y aislados, sino que se calcaban sobre otros más antiguos, como hemos advertido. Este primer ensayo se suprimió despues de la paz de Amiens. En 1803 se recurrió de nuevo á la *income-tax*; en lugar de un solo tributo sobre las rentas en masa, se distribuyeron vários que tenían por base las diversas categorías de rendimientos, considerados bajo su aspecto particular. La ley de 1803 estableció las cinco cédulas A, B, C, D, E, entre las que se dividieron las cinco clases de rentas, segun su naturaleza; la primera comprendia las que provienen de la propiedad del suelo; la segunda, las que se derivan de los beneficios del cultivo de los colonos; la tercera, los intereses ó dividendos de los títulos de la Deuda pública; la cuarta, las ganancias de la industria, del comercio y de las profesiones liberales; y la quinta, los sueldos de los empleados públicos y particulares. «La causa de esta division de la *income-tax* se descubre en que se procuraba buscar el origen de cada renta en las manos de la primera persona que la percibe permitiendo la repercusion de derecho á través de los canales naturales, hasta llegar al individuo que se aprovecha verdaderamente de las rentas mencionadas. En lugar de dirigirse el fisco al propietario territorial y á las diferentes personas que pueden tener derecho sobre la tierra, lo hace respecto al ocupante, al colono: en lugar de dirigirse al acreedor, lo hace respecto al deudor, que ha de pagar los intereses del crédito. La Ha-



cienda logra de este modo su objeto más fácil y seguramente, disminuyendo por la manera de la percepción las ocasiones de fraude; así se sustraen las transacciones privadas á las investigaciones de los poderes públicos.» Aducía estas razones un documento oficial contemporáneo de la segunda época, en que las nuevas hostilidades con el Consulado hicieron apelar á la contribucion cuya base es la renta. Resulta que los ingleses se han propuesto conseguir dos grandes fines en la forma que han dado á la *income-tax*: por una parte evitan la complicacion y el fraude, y por otra respetan cuanto es posible el secreto que desee guardar el contribuyente, y no averiguan el valor á que asciende su fortuna ó la suma total de su renta. Desde 1806 la exencion de 1,500 francos se redujo á 1,250, para coger en sus propias redes á muchas personas que habian declarado una haber menor de 1,500 francos, bien que su gasto anual ascendiese al triple. En 1803 el impuesto no fué más que de 5 por 100; pero desde 1806 llegó á hacerse mucho más severo y rigoroso. Derogada de nuevo la ley que lo creára despues de restablecerse la paz en 1815, dejó grandes resentimientos entre los que habian tenido la obligacion de satisfacerlo: los registros en los que constaban sus cuotas fueron quemados. Más de veinticinco años pasaron ántes de que, desvanecidos tan ingratos y penosos recuerdos, se pensára de nuevo en restaurarla.

Así aconteció en 1842: sir Roberto Peel dilató en el dominio de la legislacion rentística inglesa el principio de la libertad del cambio, y resultaba un déficit de 50 millones de pesetas; se procuró hallar en la *income-tax* un medio para equilibrar el presupuesto, y como un instrumento de progreso que hiciese posibles reformas en la contribucion de aduanas y en algunas otras indirectas. No crean, sin embargo, nuestros lectores que la proposicion del ministro Peel se aprobó sin resistencia y sin discusion: peroraron en contra dos de los hombres más ilustres de nuestro siglo, lord John Russell y lord Brougham: más entónces se creyó que apremiantes necesidades del tesoro aconsejaban que fuese adoptada, y que duraria poco en el sistema rentístico de las Islas Británicas. Más tarde, en 1845, el gobierno inglés habia hecho admitir dos reformas importantes; la abrogacion de las leyes que ponian trabas al comercio de cereales, y la reforma de correos que reducía á un penique el derecho de franqueo; en

atencion á estas plausibles novedades, el Parlamento consintió en prorogar por tres años más la gabela sobre la renta. En 1849 no gobernaban ya los torys, ni Roberto Peel, sino los whigs y lord John Russell; mas suprimir aquella hubiera causado un déficit de 150 millones de francos, y el Consejo de ministros pidió y obtuvo que se prorogase por tres años más. Despues se hicieron esfuerzos para que se revistiese del carácter de definitiva; la Cámara de los Comunes no consintió en ello, pero de aplazamiento en aplazamiento, aún hoy en el dia gravita sobre los súbditos de la Corona de Inglaterra. Cierto es que se ha rebajado su cuota, que no asciende más que á 3 peniques por libra esterlina, ó sea algo más de 1 por 100, y á pesar de esto origina no pocas quejas y no pocas recriminaciones, y hay que advertir que desde 1842 á 1876 no se ha revisado el tanto ó razon de 10 por 100 que sirviera de norma en los dos primeros casos en que se planteó el impuesto sobre la renta. En Inglaterra se calcula en peniques por libra esterlina; ésta tiene 20 chelines, y cada chelin 12 peniques: 1 penique por libra esterlina de renta representa  $1/240$ . Desde 1843 á 1853 se exceptuaron las rentas inferiores á 3,750 francos. En 1853 se extendió la *income-tax* á Irlanda, hasta aquel año libre de este gravámen. El derecho, que era fijo, se hizo variable; sólo se admitió la exencion de las rentas que no llegasen á 2,500 francos, y hubo dos cuotas, una de 5 peniques por libra para los rendimientos de 2,500 á 3,750 francos, y otra de 7 peniques por libra para los que excedieren de las últimas cifras. Desde 1872 á 1873 satisfacen el impuesto todos los que poseen una renta mayor de 2,500 francos, pero se admiten deducciones de 2,000 francos á los poseedores de 2,500 á 7,500 francos; de modo que una persona que es dueña de 2,500 francos no paga más que por 500, y la que de 7,500 por 5,500. En 1876, la exencion se ha alzado hasta las rentas de 3,750 francos, y se deducen 3,000 francos desde 3,750 á 10,000 francos. Bajo esta nueva forma, y al tipo de 3 peniques por libra, que es la cuota actual, resulta gravada la riqueza en  $1'20$  por 100.

En Prusia existen dos impuestos, la *Classensteuer*, que se refiere á las rentas menores de 3,750 francos; y la *Einkommensteuer*, que se percibe de las rentas mayores de aquella suma. La primera, contribucion personal por clases, se estableció en 1820 para hacer más fácil el pago de las cargas que originó la guerra con Francia. Los



contribuyentes se dividen en tres categorías: la primera abraza los obreros que cobran jornal, los criados y los trabajadores: se subdivide en tres grados, de los que se exigen 28 céntimos, 62 céntimos y 91 céntimos en cada mes: la segunda clase comprende los pequeños propietarios é industriales, los cultivadores que viven de su industria, los que obtienen salario y no se pueden considerar como jornaleros, los empleados, los médicos, los notarios que tienen pocos recursos: se subdivide en cinco grados, que pagan 1 peseta 25 céntimos, 1 peseta 56 céntimos, 1 peseta 77 céntimos, 2 pesetas 50 céntimos y 3 pesetas 12 1/2 céntimos; y, por fin, la tercera clase se extiende á los contribuyentes que gozan de mayor desahogo que los mencionados hasta aquí, pero cuyo haber anual no llega á 1,000 thalers: se subdivide en cuatro grados, los que contribuyen con 1 thaler, 3 pesetas, 75 céntimos, y 1 thaler; 1 peseta, 25 céntimos; 1 thaler, y 2 pesetas, 50 céntimos, y 2 thalers cada mes. Se enlaza esta contribucion de que hablamos, con la que más arriba hemos citado con su nombre aleman, y que se traduce por impuesto sobre la renta: desde 1873, los súbditos prusianos que tienen más de 3,750 francos de renta, se ordenan y colocan en cuarenta categorías; la base se constituye por la entidad de la renta, y no, como ántes, tomando en consideracion su origen, sino su totalidad, provenga de donde quiera. La primera categoría comprende las personas que poseen de 3,750 á 4,500 francos, pagan 112 francos 50 céntimos, es decir, 2 1/2 á 3 por 100. La última categoría se constituye por los individuos que poseen de 900,000 á 975,000 francos; el tributo es de 27,000 francos, es decir, de 2'72 á 3 por 100: los individuos de las dos primeras categorías gozan del beneficio de que se les haga gracia en ciertas circunstancias, como enfermedades, gran número de hijos, deudas, y de que se les pueda otorgar una rebaja en el tanto de la contribucion. Asegúrase que ésta adolece de numerosos defectos. No se propusieron sus autores conseguir una proporcionalidad estricta; resulta desigual en la teoría y en la práctica; como quiera que las pequeñas rentas aparecen gravadas con el impuesto por clases, casi tanto como las medianas y grandes por el impuesto sobre la renta, ambas gabelas carecen de uno de los caractéres que más recomiendan la *income-tax*, el de la reparacion y compensacion; pide á las clases ricas la inmunidad relativa que para ellas existe en



las contribuciones indirectas: no se establece diferencia alguna entre los rendimientos perpétuos y los temporales, entre las ganancias que provienen de los capitales prestados ó invertidos en alguna empresa, y las que provienen de la actividad personal; y se percibe por medio de indagaciones y pesquisas, que la hacen odiosa á la mayor parte de los que deben satisfacerla <sup>4</sup>.

El impuesto sobre la renta no puede exigirse más que de pocos ramos de riqueza en los países en que se decretan y llevan á cabo varios directos cuyos orígenes son la tierra, la industria, el comercio, los bienes muebles, etc., sin que por una sola causa ó razon, de unos mismos bienes demandemos más de una cuota: semejante método no parece razonable ni que se ajuste á los buenos principios: en hora buena gravemos toda riqueza anual, que se renueva sin cesar, que renace en períodos fijos; pero despues que hemos señalado el tanto por ciento que nos parece justo, ¿á qué conduce un nuevo gravámen? Aún cuando los dos impuestos que así se acumulan fueren moderados, ¿no es de temer que, unidos y cobrados á un tiempo, concluyan por ser onerosos y difíciles de soportar? Siguiendo estos caminos, la administracion pública excita al engaño, á las falsas declaraciones, á los fraudes de los contribuyentes, y llega á requerirse de un modo fatal y necesario que ella misma intervenga, tomando medidas que amengüen la independendencia del ciudadano y descubren los misterios del hogar, la entidad de nuestra fortuna, la estimacion de nuestras rentas. Multiplicar así las tasas, privarnos de los medios que calculamos para mantener nuestra familia, nos lleva como por la mano al intento de obtener beneficios cuantiosos en empresas cuyo éxito depende en gran parte del azar, de artificiosas y poco probables combinaciones de las circunstancias. Diríase que tales gabelas oscilan entre dos escollos que fatalmente las amenazan: ó ser progresivas como las de Inglaterra, de Baviera y Lubeck, como dice Roscher, ó bien desiguales, inciertas y de árduas diferencias en su clasificacion como la de Prusia. El pensamiento fundamental del tributo sobre la renta, escribe Leon Faucher, consiste en eximir lo

<sup>1</sup> Véase sobre los tributos de que se habla en el texto: Du Puynode, cap. vi, página 238.—Esquirou de Parieu, lib. iii, capítulos ii y iii, pág. 244.—Leroy-Beaulieu, lib. ii, cap. x, pág. 440.

necesario para no exigir un rendimiento más que de lo supérfluo: él enumera al contribuyente las necesidades que experimenta, y éste da razon al Estado de sus riquezas: este modo de considerar las cosas nos conduce al impuesto progresivo. Una excepcion abre siempre las puertas á un gravámen adicional, y cuando se señala en el haber de cada uno el límite que separa lo necesario de lo supérfluo, nos acercamos á imponer una igualdad, un nivel comun á las fortunas, contrarios á todas las leyes de la creacion, á las primeras exigencias del órden social. Agregad á esto que los exceptuados concluyen por juzgar su exencion como un derecho, y por creer que la opulencia adquirida más allá de ciertos límites es una especie de patrimonio público del que el Estado puede tomar una parte, segun su voluntad, en las circunstancias que apremian y exigen nuevos recursos <sup>1</sup>. Y no se diga que la *income-tax* está muy léjos de ser progresiva: exprofeso la hemos estudiado con alguna detencion, y hemos visto que en várias ocasiones se han admitido dos derechos diferentes, uno para las rentas que no pasaban de 3,750 francos, y otro para las que tenian más alto valor: el primero de 5 peniques por libra, y el segundo de 7 peniques; durante la guerra de Crimea fueron de 10 peniques, y de 1 chelin 2 dineros: hacer contribuir dos fortunas por la misma razon y cuyo origen es idéntico con cuotas diferentes, exigiendo más de la que sea mayor y de más cuantía, ¿no es el impuesto progresivo? En Florencia desde 1471 se nota que por completo toma esa faz y esos no muy gratos colores. La forma del impuesto en Prusia es sábia, flexible y nacida de pacientes cálculos; pero ¡qué singular y qué arbitraria no aparece en sus cuarenta grados, de los cuales los diez últimos, de 255,000 á 975,000 francos, sólo comprenden 98 personas! No se olvide, por otra parte, que el tributo por clases se enlaza y une con el impuesto sobre la renta, y que aquél, hasta la ley de 25 de Marzo de 1873, era progresivo, y aún hoy se percibe de los salarios, lo que es condenable como sabemos.

El tributo sobre la renta se basa más ó ménos en las declaraciones de los contribuyentes, é invita á dos fraudes de distinto linaje; la tentacion de disimular una parte de nuestros haberes, y la de fingir por medio de la publicidad una riqueza que no existe, lo que ocurre

<sup>1</sup> Del impuesto sobre la renta, pág. 35.



con frecuencia en Inglaterra, como dice Stuart Mill. En el mundo de la industria, un negociante, un industrial, no han de confesar nunca su prosperidad por miedo de que se les imite, ni su malestar, por temor de perder toda confianza y todo crédito. El comercio, según Sismondi, es una profesión llena de recelos, en la que la dependencia de cada uno respecto de todos es tan grande, que sólo por el secreto puede corregirse <sup>1</sup>. ¿Qué daño no se causará á esas familias que á fuerza de orden y de economía ocupan un puesto en la sociedad, de que descenderían en breve si se supiera lo poco con que se ven obligados á vivir?

Á todo esto se responde que no es lícito dudar de la justicia de un impuesto de compensación y de reparación que se cobre de las rentas medianas y grandes, sin distinguir más que las temporales y debidas al trabajo, de las perpétuas ó duraderas: cuanto más se aplique en un país el sistema de las contribuciones indirectas, más se requiere un correctivo, porque resultan ménos gravadas las personas acomodadas ó ricas, y ninguno mejor que un descuento de sus valores anuales. Al mismo tiempo que Roberto Peel presentaba el proyecto de renovar el tributo sobre la renta, que constituía un gravámen para las quinientas mil familias más ricas, rebajaba las tarifas de los aranceles y del impuesto sobre las bebidas (*accise*), los más penosos para las clases más pobres, y así restablecía en parte la igualdad para los que debían soportar las cargas del Estado.

Á juicio de Stuart Mill, no se debe conceder grande importancia al pretendido rigor que existe en obligar á que declaren sus rentas los contribuyentes; una de las enfermedades sociales de Inglaterra (y en los demás países la salud no es perfecta bajo este punto de vista) es gastar, ó siquiera intentarlo, más de lo que permiten los recursos reales y verdaderos. Sería preferible, en interés de los que tienen esa flaqueza, que se conociese exactamente la suma de sus rendimientos, para que no tuviesen el deseo de consumir más que lo que permiten sus facultades, bien que sea preciso confesar que mientras el vulgo respete más ó ménos las personas, según los medios pecuniarios que les supone, quizá todo lo que hiciese desaparecer la incertidumbre sobre la cantidad innegable y cierta del haber

<sup>1</sup> *Nouv. princ. de Econ. polit.*, vol. II, cap. III.



de cada uno, aumentaría la presuncion y la arrogancia de los ricos respecto de aquéllos que tienen ménos fortuna <sup>1</sup>.

Convienen algunos de los partidarios del gravámen que nos ocupa, en que se cometen no pocos fraudes y abusos con las declaraciones de los contribuyentes, y que los esfuerzos que es dable intentar para hacer pesquisas oficiales no son más que un imperfecto obstáculo para la mala fé; de suerte y manera que la carga resulta desigual y en el peor grado posible, en el sentido que su peso es mayor para los que tienen más pura y noble honradez: por tal motivo, juzgan que debe ser reservado como precioso y extraordinario recurso para esas grandes y apremiantes necesidades nacionales, en que la indeclinable precision de procurarse nuevos recursos domina todas las objeciones que tuviésemos la tentacion de hacer.

Otros, más optimistas, creen que el defecto de requerir una informacion de la fortuna del súbdito que el impuesto sobre la renta divide con otros cuya cobranza se estima áspera y dura, puede atenuarse por el progreso de las costumbres, de los que han de satisfacerlo y de la administracion; por su tipo módico y por su severo empleo en la proteccion de los ciudadanos.

Nos parecen las razones apuntadas de escasa fuerza, excepto esa temerosa é indiscutible, la necesidad. Doloroso es pensar que los males que han afligido á este siglo en sus comienzos, que nuestra costosa administracion, la perpétua amenaza de posibles y gigantescas guerras, que los empréstitos, cuya era no parece próxima á concluir, que esa fatalidad del sistema representativo, dar numerosos empleos, á fin de que un partido se sostenga en la direccion los de negocios públicos, nos hayan conducido á crear impuestos, como Atenas hace tantos siglos, sobre los 1,200 ciudadanos más holgados y de más bienes en los momentos de más peligro y de luchas difíciles.

Nosotros aprobamos y aplaudimos el género de gabelas que nos ocupan cuando se hallen en armonía con el sistema que en este libro se defiende y preconiza; á saber, en el caso y supuesto que no fueren gravámenes duplicados, sino que se demandaren á orígenes de rentas sobre las cuales no hubiese ejercido todavía su accion el

<sup>1</sup> *Principios de Econ. polít.*, lib. v, cap. III, párr. 5.º, pág. 424.

fisco. En Italia los hombres de Estado han querido evitar la grave objecion que formulamos: siendo ya materia imponible las tierras y las casas, las han eximido del impuesto sobre la renta, de modo que éste sólo se refiere á las ganancias, beneficios y productos de los bienes muebles, cualquiera que sea su clase: han renunciado al impuesto personal, sobre los muebles, de patentes, y no existen en aquel reino más que dos grandes directos, el territorial que concierne á las tierras y las casas, y el que se dirige á las rentas que provienen de la riqueza mueble ó de la actividad del hombre. Confesemos que este sistema es más lógico, más sencillo y más justo que el de Inglaterra: de este modo nada tenemos que aducir en contra. El ministro de Hacienda escogerá entre un tributo sobre los valores fugitivos, las patentes, los títulos, acciones de empresas mercantiles, etc., y la contribucion sobre la renta, calculando las condiciones del Estado que gobierna en la parte rentística.

M. Passy cree que es posible encontrar una base que libre al tesoro de fraudes y á los contribuyentes de pesquisas molestas y penosas, buscándola en los gastos de los particulares, cuyos signos son cierto, y que se conformen de la manera más completa al estado de sus rentas, y evidentemente el que resulta de alquilar una habitacion tiene este carácter más que ningun otro. En la generalidad de los casos se proporciona bastante fielmente al modo de ser de las fortunas, y si se le tomase por punto de partida, por medida de los derechos fiscales, nos aproximaríamos á la verdad cuanto permiten las reglas de la justicia distributiva <sup>1</sup>. En 1849, M. Passy, ministro de Hacienda, propuso establecer un impuesto de 3 por 100 sobre la renta, proyecto que fué rechazado por la Asamblea legislativa. El distinguido autor señalaba el límite extremo de la contribucion por él ideada, el último término del impuesto personal, calculando en 7 millones el número de los contribuyentes. ¿Qué complicaciones no hubieran ocurrido, qué resistencias no hubiera habido que vencer? Existian cuotas de una peseta, que debieran aparecer en declaraciones suscritas, revisadas por un jurado. Se repartía el 1 por 100 sobre el conjunto de la renta de los ciudadanos; sería menester aumentarlo con un décimo por cada criado; no era admitida otra exencion que

<sup>1</sup> Art. *Impuesto del Dice. de Econ. polít.*

la de los indigentes. La manifestacion del haber individual se habria de verificar en el ayuntamiento. Para rectificar las declaraciones inexactas y suplir las deficientes, se nombraba una comision, compuesta del alcalde, del inspector de las contribuciones directas y de un individuo elegido por el gobernador de la provincia.

No entendemos que las miras de M. Passy fuesen útiles y provechosas. El precio de arriendo de la habitacion no es una regla segura para conocer los medios que posee una familia; varía por numerosas causas en las ciudades y en los campos; es mayor ó menor segun las personas de que se compone, y tiene un carácter fatal y necesario para los mercaderes, banqueros, industriales, notarios, agentes de cambio y de bolsa, etc. Extender el gravámen á todo un pueblo no podrá tacharse en nombre de la justicia, ni de esa igualdad que estimamos hasta el extremo, pero sí con el testimonio de otros tributos sobre los cuales vendria á implantarse, á tomar cuerpo y á hacerlos más onerosos y difíciles. Al revestirse de esa forma llena de peligros para la economía nacional, no es dable halle amparo y escudo en la ciencia económica racional ó abstracta.





## CAPÍTULO V.

SUMARIO: *Clasificación de los tributos indirectos.—¿Cuál es la mejor forma de exigir el impuesto indirecto?—Contribución general sobre los consumos.—Efectos de un tributo que gravare los artículos de primera necesidad.—Es preciso imponer gabelas á algunos de éstos; es preferible escoger sólo un corto número de artículos.—Impuesto sobre la sal.—La contribución de las bebidas.—Los impuestos suntuarios.—Reseña histórica.—Son poco productivos.—Sus efectos con relación á las clases pobres y á las clases ricas.—Su defensa por autores ilustres.—Su censura.*

Los autores clasifican de diversas maneras los impuestos indirectos. Sismondi indica cuatro grupos: la *gabela*, la *accise* ó *excise* (impuesto sobre las bebidas), las aduanas y la contribución exigida en las puertas ó barreras. Con el nombre de *gabela* comprende los monopolios de la Hacienda pública <sup>1</sup>. M. de Passy no admite más que dos términos en su división: los tributos que se perciben sobre los productos del país ántes del momento en que se consumen y que se han denominado *excise*, contribuciones indirectas, derechos reunidos, y los que se cobran en las fronteras, ora sobre los productos extranjeros cuyo destino los lleva á los mercados interiores, ora sobre los productos nacionales que se envían fuera del reino <sup>2</sup>. Garnier asigna cuatro grandes categorías: las contribuciones indirectas ó de consumo que gravan los productos del país; las mismas bajo la forma de monopolio ó de empresa; los derechos de puertas á la entrada de las ciudades ó villas, y los derechos de aduana sobre frutos y géneros extranjeros al pasar los aldeaños y límites que nos separan de las naciones extrañas, ó al salir los de la propia tierra <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> *Nouv. princ. de Econ. polít.*, tomo II, pág. 21.

<sup>2</sup> *Art. Impuesto del Dicc. de Econ. polít.*

<sup>3</sup> *Elementos de Hacienda*, cap. V, párr. 2.

Escribe Esquirou de Parieu que los derechos de consumo pueden dividirse, ó segun la naturaleza de las cosas que encentan y disminuyen, ó segun el lugar y el momento en que se cobran. La consideracion primera da origen á muchas subdivisiones, porque lo múltiple de los objetos que es posible convertir en materia tributaria no tiene límite alguno, por decirlo así. La segunda se presta á una division secundaria más ámplia, más sencilla, y, por consiguiente, más usual. Cuando ménos, existe siempre una línea divisoria entre las gabelas que se exigen en los confines del territorio, y que se llaman *aduanas*, y las que se demandan en el interior de un país; y, por último, se distinguen en algunos Estados las que nacen del interés de ciertos lugares que se denominan de *puertas*, y aparecen en general como pequeñas *aduanas de las ciudades* <sup>1</sup>.

Du Puynode indica tres clases de impuestos indirectos: se pagan cuando se producen los géneros y mercancías sobre los cuales se establecen, cuando los mismos circulan ó cuando se venden. Abraza la primera clase el tributo de la sal, el contraste del oro y de la plata, los derechos que se exigen de los carruajes de alquiler, de los azúcares indígenas, etc. Comprende asimismo los que el Estado obtiene reservándose la fabricacion de ciertos artículos, ó prestando algunos servicios públicos que vende ó desempeña á un precio que su monopolio permite: tales son los del tabaco, de los naipes, los correos. En ambos casos el gravámen fiscal se agrega al acto de produccion. En la segunda clase coloca el citado tratadista los derechos de aduana, los de puertas y los que satisfacen las bebidas fermentadas. En la tercera los que se refieren á los billetes de especáculos públicos, el timbre de la prensa, el papel sellado, etc <sup>2</sup>.

Segun Leroy-Beaulieu, es dable señalar dos grandes categorías: una concierne á los actos, y otra á los consumos. La postrera se subdivide en impuestos sobre los objetos de lujo y sobre los que son de todo punto necesarios <sup>3</sup>.

Por lo que á nosotros hace, preferimos la clasificacion de Du Puynode: se funda más que las otras en los principios de la Econo-

<sup>1</sup> *Tratado de los impuestos*, lib. v, proemio, pág. 338.

<sup>2</sup> *De la moneda, del crédito y del impuesto*, II vol., pág. 281-282.

<sup>3</sup> *Tratado de la ciencia de la Hacienda*, pág. 244-613.



mía política, y se recomienda por su sencillez y facilidad: las de Sismondi y Garnier son puramente históricas ó arbitrarias: la que hemos copiado de Esquirou de Parieu parece razonada; pero sobre ser compleja, tiene un carácter ménos científico que la elegida por nosotros. La postrera, de Leroy-Beaulieu, no puede seguirse, porque separa los actos del consumo, que es un acto también, y los objetos de lujo de los de necesidad, lo que es muy difícil, porque la idea del lujo es esencialmente relativa, como dice Roscher.

Tenemos como punto muy interesante averiguar cuál es la mejor forma de exigir el impuesto indirecto. Si no hubiere contribucion que cercenase el salario ni las cortas rentas, sería provechoso pensar en una que tuviese un carácter general. Así sucedería si se gravase la totalidad de los productos del país, ó á lo ménos el gran número de los que se llaman artículos fabricados, en cuyos casos no se trata sólo de un tributo, sino de una manera de justicia distributiva, puesto que si se lograra hacer pagar á todos los ciudadanos en proporcion á sus gastos, en casi todas las circunstancias resultarían gravados en relacion con sus facultades. Á este fin se encaminaba la alcabala, derecho que se exigía en nuestra España en todas las ventas de objetos muebles y de géneros ó mercancías. Sus inconvenientes son grandes: número excesivo de agentes fiscales, impensas enormes de recaudacion, fraudes sin cuento, embarazo y trabas perpétuas para las industrias, precauciones tomadas por el fisco contra los progresos y las variaciones de las artes; los precios de las cosas necesarias y útiles á la vida se alzaban á medida que era mayor el número de cambios y mayor y más provechosa la circulacion. Decía Aguado que el género español multiplica la paga del tributo tantas veces cuantas se vende y compra, y el extranjero sólo á la entrada. Así se han perdido muchos tratos de seda y azúcar, como en Velez un Trepiche, arrancando las cañas para sembrar maíz; pues destruía el dueño este trato por la carga de los tributos; y si la mayor parte de los cañaverales no estuviera en manos muertas, no viviría este tráfico <sup>1</sup>. En el período de la casa de Austria se inventaron y acre-

<sup>1</sup> Leroy-Beaulieu, primer vol., pág. 617.—Du Puynode, II vol., pág. 313-314.—Sr. Colmeiro: *Trat. elemental de Econ. polif.*, II vol., pág. 404-405.

centaron los cientos, que era una ampliacion de la alcabala, ramo unido al de millones, que con otros varios formaba las rentas provinciales, que nuestros escritores de materias económicas combatian por desiguales, injustas y vejatorias, y las condenaban por imposibilitar el ejercicio de la industria y del comercio interior <sup>1</sup>.

En los Estados Unidos, durante la guerra civil se restableció el sistema de la alcabala en una forma más reducida: se eximieron los productos agrícolas: al principio de la lucha se procuró no emplear los tributos interiores, puesto que faltaban medios para establecerlos. En el segundo año de aquella triste contienda, los gastos ascendían á 60 millones de dollars por mes: entónces fué preciso apelar á onerosas gabelas: el algodón en rama sufrió la imposicion de 2 centavos por libra; la sal de 6 (30 céntimos) cada cien libras; el tabaco de 15 á 35 (75 céntimos á un franco 85) por libra. Un tributo se exigía de las materias primeras, y crecía ó se aumentaba á cada suplemento de mano de obra que recibían, y en proporcion del aumento de valor que era presumible llegasen á alcanzar. Esta contribucion general sobre los artículos manufacturados se fijó en 1864 en un término medio de 5 por 100; en 1865 ascendió al 6 por 100. Por consecuencia de estas leyes fiscales, el Estado percibía anualmente el 8, el 15 y hasta el 20 por 100 del valor de los géneros que habian sido modificados por la industria hasta la mano de obra postrera. La asociacion de los editores de Nueva-York probó que un libro satisfacía 20 impuestos distintos: por el papel, por el almidon, por el cuero, por el tinte para encuadernar, por las letras de imprenta, etc., y por último el volúmen impreso pagaba 5 por 100 del precio de venta. Aún hemos de narrar hechos más singulares todavía: conocióse una gabela sobre las reparaciones de las máquinas, de los carruajes y de otros artículos, siempre que su valor con este motivo se acrecentase en 10 por 100.

Miéntas duró la guerra, el pueblo de los Estados-Unidos se sometió sin quejas, ni cólera á tales tributos; mas despues de concluida, los fraudes, el disgusto y las trabas que causaron, dieron origen á un sistema de derechos interiores sencillo y mesurado <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> El mismo: *Hist. de la Econ. polit. en España*, II vol., pág. 550-551.

<sup>2</sup> Leroy Beaulieu: *Trat. de la ciencia de la Hac.*, II vol., páginas 617-620.



Vemos por las consideraciones expuestas que no parece dable pensar en percepciones sobre los consumos que tengan un carácter general. Stuart Mill dedica un párrafo de uno de los capítulos de sus *Principios de Economía política* al exámen del punto que nos ocupa. En su sentir, se debe renunciar á los tributos que se basan en los artículos de primera necesidad, ó en las materias é instrumentos que se emplean para producirlos, porque tienen el defecto de gravar rentas que en todos los casos es justo gocen de una particular exención, es decir, aquéllas que bastan tan sólo para conservar la vida y la salud de los que las poseen, y en la suposición más favorable, á saber, que los salarios se eleven de manera que indemnicen á los obreros de la entidad del impuesto, encientaría el interés, lo que, como sabemos, sería fatal para la riqueza pública. No nos quedan más, por tanto, que los artículos de lujo, en los que hallamos caracteres que los recomiendan. En primer término, no perjudican ni alcanzan nunca á las personas que gastan sus recursos anuales en cosas necesarias, mientras que sucede lo opuesto á los que consumen en cosas de lujo lo que debían reservar para los bienes que nuestra existencia requiere: en segundo término, presentan la utilidad de una ley suntuaria en el único sentido que la admite Stuart Mill: en casi todos los países, una gran parte de los gastos de las clases aristocráticas y de las clases medias se hacen por conformarse á la opinion, por la idea de que exige consumos determinados como propios y convenientes á una condicion dada, y los tales constituyen una buena materia imponible: si el impuesto los modera, producen un efecto útil, y si no los modera, no causa daño, porque siempre y cuando que se dirija y encamine á los productos que se adquieren por los motivos indicados, nadie sufre males y dolor si de ellos se privara <sup>1</sup>.

Si dejamos libres de tributos los artículos de primera necesidad, el mayor número no satisfará cosa alguna al fisco, tendrá derechos y no deberes, se compondrá de ciudadanos indiferentes á la suerte y porvenir del Estado; al mismo tiempo, los derechos de consumo que lleguen á picar la vena de las contribuciones en los bienes y mercaderías que requiere el sustento del pueblo, vienen á disminuir el sala-

<sup>1</sup> *Principios de Economía política*, lib. v, cap. vi, párr. 2.



rio real, y si por ventura llegasen á los primeros límites del necesario, el mal sería de suma gravedad; los hacendistas prefieren un derecho módico á otro más alto, si el primero se toma de las manufacturas y productos que compra la generalidad, y el segundo de los que adquieren los ricos, porque aquél rinde mucho más que éste, de modo que quizá sólo en un país cuyo bienestar y riquezas se hubieren difundido, podrá la administracion prescindir de los objetos que todos ó los más procuran poseer. Si profundizamos el asunto de estos estudios, nos convenceremos de que de un modo indirecto el salario será materia contributiva siempre que tocase cierto nivel, ó que excediese de aquella suma sin la cual no se puede vivir: si fuese muy baja la retribucion de la mano de obra, descargaría esta última su gravámen sobre los capitalistas; mas ocurre en la industria que hay gran variedad en los salarios por las causas explicadas en el cap. iv del primer libro; así que, no pudiendo el fisco distinguir las várias circunstancias como la mayor habilidad y destreza, los gastos del aprendizaje, el grado de confianza que fuere menester depositar en el obrero, los monopolios que de hecho ejercen ciertas clases de operarios, habrá de tender su mano á los bienes y valores que usan comunmente, pero con suma moderacion, con timidez y blandura. No hablemos de los artículos de lujo, que no sabemos cuáles son, que, como veremos más adelante, es injusto y peligroso gravar por tener ese supuesto carácter, si acertamos á vislumbrar cuál sea, y que Stuart Mill, en sus veleidades medio socialistas, queria imponer por consideraciones que, como se ha visto, son ajenas á la Economía política. Mac-Culloch dice que el té, el azúcar y el jabon constituyen los únicos objetos necesarios cuyo consumo sufre gravámen en la Gran Bretaña, á lo que observa con mucha razon Esquirou de Parieu, que se desconocen por los moradores de una parte de los campos de Francia <sup>1</sup>.

Leroy-Bealieu escribe que los progresos de los conocimientos científicos y económicos han dado márgen á que las naciones civilizadas modifiquen su sistema de impuestos indirectos en el sentido de que, en vez de extenderlo á un gran número de valores, escogen algunos de general consumo y fáciles de seguir y de imponer, y de

<sup>1</sup> *Tratado de los impuestos*, lib. v, proemio, pág. 342.

ellos y no más exigen derechos fiscales <sup>1</sup>. Esta nueva direccion aplaude y prefiere el ilustre escritor francés. Al final del notable capítulo que consagra á esta materia, afirma que la experiencia ha probado la exactitud del principio en virtud del cual no se deben decretar gabelas de consumos sino con relacion á muy corto número de artículos, y eximiendo los objetos fabricados y los productos que sirven de primera materia á la industria <sup>2</sup>.

Esquirou de Parieu, que trata de los tributos más como hombre de Estado que como economista, hace concesiones á la situacion geográfica, al estado de la agricultura y de la industria, á la facilidad de su distribucion y cobranza, á su influjo sobre los precios, y á otras circunstancias análogas.

Courcelle Seneuil asegura que la contribucion de consumos, si al principio permite que el productor eleve el precio de venta, la reduccion de la demanda puede hacer que baje hasta el punto de que él soporte la primera; mas en breve, por trasladarse á otras ramas de la industria los capitales y el trabajo que no reciben en la que forma la base del impuesto la remuneracion media, la oferta del producto disminuye y su valor crece, de manera que paguen el tributo los consumidores <sup>3</sup>. El mismo autor pretende que es bueno corregir por medio del reparto de las cargas públicas los vicios del sistema de distribucion; que se puede desear que las gabelas fiscales dejen sentir su peso más fuertemente sobre los que consumen mucho que sobre los que consumen ménos, y que en lugar de proporcionarse á los consumos, perdone los módicos y tome una parte de los cuantiosos; en suma, que sea progresivo <sup>4</sup>. Nos apartamos del dictámen del respetable economista: los tributos á que nos referimos causan tan grave perturbacion en la industria, en su difusion establecen tales desigualdades entre las diferentes mercancías, que á las veces determinan la escasa produccion de un artículo, y siempre aminoran hasta tal punto el bienestar, que nos parecen aventuradas las doctrinas de Courcelle Seneuil: en punto á sus tendencias al impuesto

<sup>1</sup> *Tratado de la ciencia de la Hacienda*, primer volúmen, pág. 626.

<sup>2</sup> *Loco citato*, primer volúmen, pág. 680.

<sup>3</sup> *Tratado teórico y práctico de Econ. polít.*, primer vol., pág. 490.

<sup>4</sup> *Loco citato*, II vol., pág. 218.



progresivo, ya saben nuestros lectores cuál es nuestro modo de pensar. En cualquiera forma y cualquiera que fuere la causa que se alegue, nos parece condenable. M. Gandillot observa, por otra parte, que los consumos improductivos no se proporcionan á las rentas, que la experiencia demuestra que muchos ricos consumen muy poco, y que los hombres más pródigos no son aquellos á quienes más sonríe la fortuna. En cuanto á los consumos reproductivos, habrá de admitirse que de dos industriales y comerciantes cuyas rentas sean iguales, uno gasta más que otro si su trabajo necesita mayor suma de esos capitales, que son absorbidos y reintegrados periódicamente. Además, vemos que el derecho que se cobra sobre una mercadería dada recae en sus consumidores inmediatos sólo en parte; movable y dividido, asciende ó baja todos los grados de la escala de la producción, oscila y se dispersa hasta lo infinito. Semejantes movimientos burlan toda prevision, todo sistema preconcebido, porque concuerdan á las nuevas relaciones que se establecen entre la oferta y la demanda, y la postrera se modifica al tenor de las influencias que hacen cambiar nuestras necesidades, ó nuestros gustos, ó nuestros recursos pecuniarios, al paso que aquélla recibe como golpe de rachazo todo lo que ejerce su accion en la voluntad y en las facultades de los industriales <sup>1</sup>.

En resolucion, diremos que la mejor forma de exigir el impuesto indirecto se reduce á demandar gravámenes moderados de varios artículos de general consumo, y que suele ser preciso, y no vemos pueda reprobarse, que se dilaten ó extiendan á los frutos y géneros de primera necesidad.

El impuesto de la sal se refiere á un producto cuyo uso no puede ser más general; sus gabelas son fáciles de cobrar, puesto que se halla en parajes determinados, en las riberas del mar y en las salinas. En cambio se equipara por M. de Passy á una capitacion, y se afirma que es todavía peor. La sal es un bien de que nadie puede privarse y del que todos usamos una cantidad semejante. De aquí resulta que cada uno paga la misma suma al Estado con motivo de la que necesita. Pero hay más: los pobres se ven obligados á comprar mayor cantidad de esa sustancia por la naturaleza de sus alimentos: y entre ellos

<sup>1</sup> M. Gandillot: *Princ. de la ciencia de la Hacienda*, primer vol., páginas 195-197.



los más necesitados, los que tienen mayor número de hijos, son los que consumen más. Así este impuesto, de clase en clase, y dentro de cada clase de persona á persona, grava en razon inversa de las facultades ó de las rentas. Una contribucion personal que produjese la misma renta para el Estado, dañaria ménos á los intereses de las masas, y sería ménos contraria á las reglas de la justicia y más proporcionada <sup>1</sup>. Cosa áspera y dura parece elevar el precio de un bien que hallamos tan abundantemente repartido en las salinas y que puede sacarse del agua del mar, que Homero apellidaba divino, que Plinio enaltecia como el sol, y que llamaba Vauban un maná donado por Dios al género humano <sup>2</sup>. Beranger, en su cancion *Jacques*, dice que es el verdadero azúcar del pueblo. Hay que convenir en que sin el tributo el precio de la sal sería muy módico. Si hemos de creer á Miguel Chevalier, en Europa, en las orillas del mar, apénas vale más que el trabajo de recogerla, hasta tal punto se ha llevado el arte de su extraccion, porque la sal en su estado nativo en las lagunas bien preparadas sólo cuesta 30 céntimos en cada unidad de 100 kilógramos. Sin el impuesto, el valor de la sal en Francia apénas excederia de los gastos de transporte, que son de 2 céntimos por 100 kilógramos y por kilómetro <sup>3</sup>.

Por desgracia, por necesaria que sea, el tributo que á ella se dirige influye en su consumo de un modo notable. Necker observaba que su produccion se habia rebajado la mitad despues que fué objeto de una gabela, y hacia el cálculo de que se aplicaba á los usos de la vida en las provincias redimidas y francas en la proporcion del duplo respecto á las que sufrían el gravámen <sup>4</sup>. La más grave de las acusaciones que es justo dirigir á la contribucion que nos ocupa, nace y se deriva de su empleo en la industria, como abono en la agricultura y para alimento de los ganados; en muchos casos, las grandes ventajas que proporciona se hacen inútiles por la elevacion de sus precios.

En Francia, durante la antigua monarquía, en las provincias que

<sup>1</sup> Art. Impuesto del Diccionario de Econ. política.

<sup>2</sup> El diezmo real, 1707, pág. 102.

<sup>3</sup> Art. acerca de los metales preciosos: Revista de Ambos-Mundos, número de 1.º de Abril de 1847.

<sup>4</sup> Administ. de la Hac., II vol., pág. 12.

se denominaban de *grande gabela*, el monopolio exigía que cada habitante consumiese por lo ménos 7 libras desde que cumplía siete años. Vauban ha descrito con vivos colores los abusos y fraudes de los empleados; es curioso saber que los guardas registraban los lugares más recónditos de las casas, y algunas veces ellos mismos llevaban sal falsa para tener pretexto de castigar á los que miraban con malos ojos <sup>1</sup>. La revolucion suprimió este impuesto; un decreto de 1806 estableció un décimo por kilogramo. Thiers ha escrito á propósito de esta medida de su héroe: «Napoleon no amaba la libertad..., pero amaba al pueblo, y, sobre todo, deseaba vivamente que le profesára afecto. Restableció, pues, el impuesto de la sal y de las bebidas, y la Hacienda recobró el equilibrio <sup>2</sup>.» Extraño maridaje de ideas. En 1813 el tributo llegó á ser de 4 décimos por kilogramo. De 1814 á 1848 fué de 3 décimos; en 1848 descendió en  $\frac{2}{3}$ ; se redujo á un décimo. Despues de 1870 se intentó duplicarlo, sin que haya sido posible hacerlo ascender más que en una cuarta parte; de suerte que se percibían 12 céntimos y medio por kilogramo. En la Gran Bretaña, durante la guerra de América, el derecho era de 5 *chelines* por *bushel* (el chelín equivale á una peseta 25 céntimos; el *bushel* á 36 litros y un tercio): en 1798 ascendió á 10 chelines; en 1805 Pitt hizo decretar que se acrecentase hasta 15 chelines (50 céntimos por litro). Segun Mac-Culloch, la tasa equivalía á treinta veces el precio: en Inglaterra los derechos correspondían á 75 pesetas en 100 kilogramos, y en Escocia á 50; el consumo por habitante se reducía á 4 kilogramos y 8 gramos. En 1823 se aminoró la gabela; demandóse 10 céntimos por kilogramo, ó 10 pesetas en 100 kilogramos. En 1825 se suprimió de todo punto. Desde entónces el consumo de la sal se ha aumentado de un modo enorme, en particular por lo que respecta á la agricultura. En 1844, segun Porter, ascendía á 19 ó 20 kilogramos por cabeza. Mac-Culloch, respetando una opinion del marqués de Audiffret, asegura que el uso de la dicha sustancia era más que triple en 1840, con relacion á lo que sucedía en 1822 <sup>3</sup>. Bélgica y Alemania han seguido el ejemplo de las Islas Británi-

<sup>1</sup> *El diezmo real*, páginas 103 y 104.

<sup>2</sup> *Historia del consulado y del imperio*.

<sup>3</sup> Porter: *Progreso de la nacion*.—Mac-Culloch: *Trat. del impuesto*, parte segunda, cap. vi, seccion primera.



cas, abrogando las leyes que imponian el aprovechamiento de la sal.

En nuestra España las salinas empezaron á ser rentas de la Corona en los tiempos de Alfonso el Sábio. Los nobles se quejaron del nuevo tributo; y entre otras proposiciones de avenencia que hicieron despues de su rebeldía, fué una que tornasen la sal y el hierro al estado que tenian durante el reinado de Fernando III. Alonso XI incorporó al señorío real «todas las aguas é pozos salados que son para facer sal,» como puede leerse en el Ordenamiento de Alcalá, título xxxii, leyes 47 y 48. Este Monarca quitó los albareros, por cuyo conducto se surtian de sal los pueblos, con grave perjuicio, por la diversidad de precios y por sus cohechos y dilapidaciones, y mandó establecer alfolíes para surtido del público, que tampoco fueron del agrado del reino, el cual presentó sus quejas en las Córtes de Alcalá de 1348, y el Rey prometió poner remedio á los males que resultaban de dichos alfolíes. En 1631 se creó un Consejo llamado de la sal, compuesto de ocho consejeros de Castilla, los cuales debian repartirse la superintendencia de las provincias para este ramo, y proceder con inhibicion de todos los tribunales, juntas y consejos, incluso el de Hacienda; y se señaló el precio de 40 rs. á cada fanega, sin comprender el coste de fábrica, conduccion y administracion, que debia pagarse aparte: pero en las Córtes de 1632 y siguientes, celebradas para la concesion del servicio de millones, se convino con los procuradores en que la administracion y cobranza del estanco de la sal quedase á beneficio de S. M., como regalía de la Corona, bajo la condicion de que cada fanega se vendiese en Galicia, Asturias, pesquerías de Andalucía, puertos de mar y montañas, á 11 rs. vn.; en Castilla la Vieja, de puertos allá, á 17; en Castilla la Nueva, de puertos acá, y Andalucía, á 22; estas distinciones se confirmaron en las Córtes de 1650, y por real decreto de 4 de Febrero de 1725. El ministro Gallardo propuso en 1822 que el precio de la sal fuese idéntico en todas las provincias, concediéndose exenciones á los que por su industria necesitan emplear dicha sustancia. Bases que por último se aceptaron en este monopolio, que por fin se suprimió en 1869. Hoy se cree que hay deseos de restablecerlo, lo que no aprobamos, que es grande la vejacion de poner alto precio á lo mismo que Dios tuvo la excelsa bondad de crear con tanta abundancia, que hace llevadero el desagradable y penoso



alimento de los obreros, y que por ínfimo valor requiere la agricultura para sus abonos, la ganadería para la cria y conservación de los animales útiles, la industria de las salazones que tiene mucha importancia en nuestras costas, y otros ramos, en que por las grandes invenciones modernas se aplica en mayor ó menor escala. Cuando la tendencia de Europa se encamina á que desaparezca hasta el tributo que existe entre nosotros, y que no reprobamos, sería no más que un arbitrio harto sensible volver de nuevo á exigir un monopolio, causa de quejas, tanto más amargas, cuanto que se ha conocido un régimen más templado y benigno.

Un impuesto muy importante en varios países de Europa es el que concierne á las bebidas. En Francia produjo 100 millones en 1830; en 1859 llegó á dar para el fisco 174; en 1868 243, y en 1878 ha ascendido á 411 1/2. En Inglaterra su producto es todavía más considerable; el de las bebidas alcohólicas y fermentadas dió de sí en 1876-77 cerca de 21 millones de libras esterlinas, de las cuales 14.873,000 de la *excise* y 5.769,000 de las aduanas; del *malt* 8 millones, y del vino en las aduanas 1.738,000; es decir, 30 millones de libras en números sin fracciones; esto equivale á 750 millones de francos; una gran parte del presupuesto en la Gran Bretaña halla sus rendimientos en las bebidas.

En Francia comprende tres grupos: el vino, la sidra de peras y el hidromiel, los aguardientes y los licores, y por último la cerveza. Para muchos el vino es un artículo de primera necesidad para las clases trabajadoras, restaura sus fuerzas, y suple ó sustituye la mala calidad y la escasez de su ordinario sustento. Después que el propietario de las tierras en que florece la vid, que el fabricante de licores ó cervezas, que el mercader de vinos han pagado la contribucion directa, ¿qué más puede exigirse ó demandarse? La forma de exaccion del tributo es onerosa y perjudicial. Durante algun tiempo, en Francia se conoció el inventario ó indagacion que abria las puertas del hogar privado á las pesquisas de los agentes fiscales. Seis semanas despues de la recoleccion se investigaba la cantidad de los vinos recogidos; idéntica medida se tomaba respecto á la sidra (1804). Despues se añadió un vigésimo del valor de las ventas al por mayor, de suerte que no se podia hacer depósito alguno, ni enajenacion, sin declararlo préviamente; para el transporte reque-

ríase un permiso: eran exceptuados los vinos consagrados al propio consumo: en la venta al por menor se debía pagar un derecho igual al décimo del precio que representaba (1806). En 1808 todo esto fué suprimido y reemplazado por un derecho llamado de circulacion, que gravaba todo depósito ó movimiento de los líquidos á que hacemos referencia, cualquiera que fuese la persona á que se destinasen, consumidor, revendedor ó mercader; en la venta al por menor el impuesto fué elevado de 10 á 15 por 100. En nuestros propios dias, en la república vecina, los vinos y las sidras sufren la imposicion de tres gravámenes distintos: de circulacion, de venta en detalle y de puertas. Los dos primeros no se unen nunca; el último sí á los dos primeros en los pueblos que tienen de 4 á 10,000 almas; este postrero tiene el carácter de exclusivo en todas las ciudades de más de 10,000 habitantes desde 1875; además, se requiere el empleo de molestas garantías en los casos en que las bebidas se conducen de un lugar á otro, por más que el tributo no sea siempre exigible. Hemos afirmado que el impuesto era perjudicial, porque puede ocurrir que exista un desnivel entre los tributos extranjeros y los de nuestro país, y la forzosa consecuencia será que el comercio internacional de tan importante ramo sufra quebranto notorio. Recordamos las acusaciones de Boisguillebert: « Los vinos que cuestan un sueldo, y aún ménos, en el Anjou y en Orleans, se venden á 20 y 24 á los picardos y normandos, y en ello no ganan demasiado los mercaderes, lo que quiere decir que los encargados y agentes que dificultan el transporte son de temer seis veces más, y destructores en mayor grado del comercio, que los piratas, las tempestades, y tres ó cuatro mil leguas de camino <sup>1</sup>.» Moreau de Jannès, en su *Estadística de la agricultura*, opina que los tres quintos de la poblacion francesa no beben vino, en una nacion cuya décima parte de la superficie cultivada se halla cubierta por las vides, en que hay dos millones de hectáreas divididas entre más de dos millones de propietarios. Nosotros no diremos, como M. Du Puynode, que el vino sea un alimento que se puede calificar de francés: nuestra España contiene 1.429,925 hectáreas de viñedo, ó sea el 29'4 por 1,000 hectáreas; la Francia tiene de área 530,400 kilómetros cuadrados, y Es-

<sup>1</sup> *Détail de la France*, segunda parte, cap. II,



paña 488,098; de suerte que en el producto de que tratamos no parece que nuestros vecinos puedan atribuirse grande superioridad, mucho más si recordamos la clase de frutos que crecen y maduran en nuestras vides. Bien se deja ver que en los países del Mediodía búscase y consúmese el vino por la alimentacion poco rica en elementos reparadores de sus clases pobres, cuya mayoría no puede comer carne; diríase que la administracion fiscal se opone al consejo de Rabelais: « ¡Bebed, bebed, es la palabra de Dios! » El pueblo acude á otras bebidas más peligrosas que el vino, á los aguardientes y á los licores. Ciertó es que el impuesto no permite que sean inmunes, pero se fabrican, y la máquina y el trabajo cuestan ménos que la tierra y el cultivo; también se adulteran en virtud de recientes progresos los productos de la industria vinícola. Se sabe que en Francia la cantidad de alcohol que sufrió un tributo interior, ascendió en 1850 á 620,000 hectólitros, á 976,000 en 1868, y en 1876 á 1.004,000, y sin embargo, en 1850 la contribucion no pasaba de 37 francos por hectólitro, desde 1860 se duplicó y fué de 75, y despues de la guerra de 1870 se demandan 156,25 por hectólitro. Los autores explican estos dos aumentos correlativos por una razon suprema, porque ha disminuido el coste de produccion. Constituye el consumo de las bebidas que encierran mucho alcohol grave riesgo para la salud, favorece el desarrollo de la locura y excita á las malas costumbres y al crimen.

Los derechos elevados sobre las bebidas causan el efecto de que se cometan numerosos y hábiles fraudes. « Ved esas carretas que al caer la noche van por la orilla de los caminos, cubiertas de haces de leña ó cargadas de paja. Caminan sin ruido, y sólo se detienen á la puerta de la cabaña, de la tienda ó de la taberna, para depositar los ocultos barriles. Desde el dia siguiente el suceso llega á noticia de todos en la aldea, y se alegran de ello, lo aprueban, y torna á acontecer lo mismo. Más de las dos terceras partes de nuestros vinos, segun las publicaciones oficiales, no pagan los impuestos indirectos <sup>1</sup>. » Los castigos que sufren los infractores de las leyes de Hacienda son hartó severos; no se sigue aquella máxima de Horacio, tan graciosamente formulada:

<sup>1</sup> Du Puynode: II vol., pág. 307.



Adsit

*Regula, peccatis quæ pœnas irroget æquas,  
Nec scutica dignum horribili sectere flagello.*

No callaremos que hay partidarios de los tributos que nos ocupan, moralistas, prudentes y sábios, que pueden vanagloriarse de que el vulgo de las gentes sigue sus pasos y repite su parecer en formas poco científicas y moderadas á decir verdad, los cuales entienden y juzgan que conviene y es provechoso oponer trabas y obstáculos á la embriaguez. Fenelon dice que el vino es el origen de todos los grandes males entre los pueblos... No debe ser empleado sino en los sacrificios y en las fiestas extraordinarias. Dudoso nos parece que baste alzar el precio de ese líquido para que sea ménos frecuente beber hasta ofuscar la razon. La ciencia enseña que en tal caso, como siempre, se apela á los sucedáneos, es decir, á aquellos productos más ó ménos análogos y que satisfacen hasta cierto punto la misma necesidad que otros, los cuales no nos es permitido adquirir. No creemos cosa fácil distinguir entre los usos inocentes del vino y los licores, y las pasiones que inspiran y cuyo objeto constituyen. ¿Volverá el Estado á pretender ordenar y restringir los consumos? El freno se descubre en las ideas morales, en las costumbres peculiares de los hombres laboriosos, y no en la falible esperanza de alguna salvadora medida fiscal. Mac-Culloch elogia los derechos de *excise* que comprenden artículos en que figuran las bebidas: pretende que no merecen reprobarse por el principio en que se fundan, ó porque causen molestias al intervenir en las manufacturas ó porque se estimen altos, y añade que se les puede aplicar el elogio de Arturo Young. «Es la mejor, la más equitativa, la ménos gravosa de todas las gabelas. Se paga voluntariamente; no se cobra un solo chelin que no se halle en proporcion de un consumo libre. Los holandeses, mirados con razon como el pueblo más sabio de Europa en materia de impuestos, han logrado conservar su industria, á pesar de gravámenes de que no hay ejemplo y que apenas sabemos concebir, merced á haber adoptado principalmente este linaje de contribuciones <sup>1</sup>.»

<sup>1</sup> Mac-Culloch: *Del impuesto*, pág. 166.—Young: *Aritmética política*, parte segunda, pág. 46.

Vauban, que no sentia la admiracion de Voltaire á las tabernas, se contentaba con exigir 3 libras 10 sueldos por cada *muid*<sup>1</sup> de vino que se bebiese en aquellos lugares, y no de otra manera<sup>2</sup>. Adam Smith aplaudia todo gravámen sobre los licores, censurando á Davenant<sup>3</sup>. Á vuelta de estas autoridades, que deben citarse con respeto, pensamos que es preferible seguir el fundado dictámen de algunos escritores españoles, cuya opinion vamos á exponer.

En nuestro país Sancho IV introdujo la *sisa*, impuesto sobre las mercaderías de general consumo. La reina doña María de Molina la alzó porque *se agraviaba toda la tierra*. En la alcabala se exigia la veintena del vino en 1332. Despues, en 1377, las Córtes de Búrgos otorgaron á Enrique II el 10 por 100 de todo cuanto se vendiese ó permutase. Cárlos V se propuso restablecer la *sisa*, mas halló tal resistencia en el brazo de los nobles y de las ciudades, que no pudo llevar á cabo su intento. Las Córtes de Madrid de 1588 otorgaron á Felipe II el servicio de 8 millones de ducados, por motivo de los armamentos contra Inglaterra.

De este impuesto, que se dilató á largo espacio de tiempo, dijeron nuestros economistas que encarecia los artículos de primera necesidad, las materias laborables, los jornales y demás gastos de fabricacion, resultando más costosas nuestras manufacturas que las de origen y procedencia extranjera. Ceballos, en su *Arte real*, se expresa así: «Mírese mucho si los millones que hoy corren del vino... tienen esta justificacion, ó si paga más el pobre que el rico por gastar más vino... el pobre que los hombres poderosos en cuyas casas no se conocen estas tres cosas (vino, carne y aceite), por la diferencia de manjares compuestos y otros regalados...» Y el baron de San Quintin representaba al Rey: «Repárese la desigual distribucion del derecho, pues lo paga con indispensable precision el pobre que bebe vino para sostener el trabajo, come carnero ó vaca y se alumbra con aceite, y el rico bebe poco vino, porque le enciende; come pollas y pichones, y se alumbra con cera; con que lleva el peso de la contribucion quien apénas puede mantenerse<sup>4</sup>.»

<sup>1</sup> El *muid*, que se traduce *moyo*, tenia 288 pintas.

<sup>2</sup> El *diezmo real*, pág. 114.

<sup>3</sup> *Riqueza de las naciones*, lib. v, cap. 11, art. 4.º, párr. 2, III vol., pág. 266.

<sup>4</sup> Sr. Colmeiro: *Hist. de la Econ. polít. en España*, II vol., pág. 550-551.



La renta de aguardiente y licores tuvo origen en 1632; fué confirmada por las Córtes de 1663, las que concedieron á Felipe IV un servicio de 400,000 ducados sobre dicho arbitrio; pero siendo graves los perjuicios que causaba el estanco del aguardiente y licores, se suprimió en 15 de Julio de 1746, bien que siguió subsistente todavía en Madrid, sitios reales, Cádiz, la Carraca y el Ferrol. La Junta Central derogó las leyes que habian creado las rentas provinciales, en virtud de decreto de 9 de Agosto de 1809. La comision de las Córtes de Cádiz, en 1813, propuso sustituir los impuestos indirectos por otros directos, conforme á la riqueza territorial é industrial. Se suprimieron los tributos sobre las bebidas y los estancos en virtud de este plan, reforma que sólo duró hasta el regreso de Fernando VII. En 1817, el ministro D. Martin de Garay ideó un sistema, en el que quedaban subsistentes los derechos de puertas en las capitales de provincia y puertos habilitados, la renta de aguardiente y licores, y se refundian en una sola contribucion las llamadas provinciales y las que con ellas corrian unidas. En 25 de Abril de 1821 algunos de los prohombres que en 1813 habian perorado contra los impuestos indirectos, aceptaron el de consumos, y que afectase esencialmente al vino, el aguardiente y los licores. En 1822, D. Francisco Gallardo Fernandez presentó á las Córtes un nuevo plan general de Hacienda, en el que se conservaban las contribuciones provinciales, y despues de este tiempo desapareció el estanco; pero las bebidas fueron materia imponible que abrazaba la de consumos, sólo temporalmente suspendida al calor de las revueltas y alteraciones graves y frecuentes que han causado tantos daños y tan singular flaqueza á nuestra monarquía <sup>1</sup>.

Nos cumple terminar este capítulo tratando de los impuestos suntuarios. Este último vocablo proviene del latino *sumptus*, que quiere decir gasto, consumo de objetos costosos ó caros: se llaman en general tributos suntuarios los que se exigen para moderar el lujo ó para obtener rendimientos de los gastos y placeres que se permiten los ciudadanos, sin tener en ello ninguna mira moral. Despues que los gobiernos, observa Roscher, se convencieron de que era difícil im-

<sup>1</sup> Canga Argüelles: *Dicc. de Hacienda*. — Florez Estrada: *Curso de Econ. política*, II vol., pág. 334 y sig. — Torrente: *Revista general de la Econ. polít.*, III vol., pág. 168.



pedir las manifestaciones del lujo, se ocuparon en sacar provecho para el fisco de los consumos á que abría las puertas.

Antiguos son los impuestos suntuarios. Durante el imperio se conoció el vectigal *artium*, que no se dirigia más que á los fabricantes y mercaderes de objetos de lujo, que pagaban una cuota anual por el libre ejercicio de su profesion. Lampridio cita los sastres que hacian bragas, los tejedores de lienzo de lino, los vidrieros, los pelliceros, los guarnicioneros, los plateros y otros oficios semejantes. Alejandro Severo, que instituyó la gabela dicha, la destinaba para las termas y otros baños de que usaba el pueblo. En tiempo de la república existia un tributo que se llamaba *ostiarium*, y que era semejante al que hoy se denomina de puertas y ventanas; además hubo un gravámen por el número de columnas que decoraban las casas. Ciceron nos habla de él en una de sus cartas á Atico. César censura á Escipion por haber convertido en rentas del Estado el uso de las puertas y las columnas; el dictador exigió impuestos sobre los trajes, los adornos, las literas y los festines <sup>1</sup>.

La república de Venecia, en tiempo de la guerra de Chioggia, impuso una gabela de 30 liras de plata mensuales por cada esclavo que poseyesen los ciudadanos <sup>2</sup>. En Holanda desde 1636 se demandó una gabela de un florin por cabeza de criado de ambos sexos, que se conoció con el nombre de *heeregeld*. En 1646 se sujetó á una gradacion, y ascendió á 6 florines para los ciudadanos que sufrieran la tasa del 200.<sup>o</sup> denario, sobre un valor de 1,000 florines á lo ménos, y de 3 florines para los que fuesen ménos ricos. En 1749 la gabela tomó un carácter progresivo, segun el número de criados; 4 florines se pagaban por uno sólo, 14 por 2, 24 por 3, 36 por 4 y 10 por todos los que pasáran de 5. En Inglaterra un tributo de esta índole se origina de 1775. En 31 de Marzo de 1861 satisfacian 1 libra esterlina, 1 chelin al año los varones de más de 18 años, y 10 y 6 los de ménos edad, y el impuesto sólo comprendia los criados, cocheros, palafreneros, guarda-bosques, jardineros, camareros y otros semejantes <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Dureau de la Malle: *Econ. política de los romanos*, II vol., pág. 288 y 286.

<sup>2</sup> Daru: *Historia de Venecia*, vol. III, pág. 79.

<sup>3</sup> Mac-Culloch: *Del impuesto*, parte II, cap. VI, seccion II.

Los carruajes y los caballos en diversas épocas y pueblos han sido juzgados como la principal manifestacion del lujo, y se ha creído justo que contribuyesen á levantar las cargas del Estado. En Holanda, durante el siglo XVII, se exigian uno ó dos stuivers de los dueños de caballos, segun fuere su edad; las carretas y carrozas sufrían una gabela que provenia de 1671, y que variaba segun las clases desde 2 stuivers y 8 dineros hasta 1 florin y 10 stuivers por trimestre. En 1671 el impuesto experimentó un cambio, comprendiendo los barcos de recreo, las calesas, caballos, etc.; se hizo una clasificacion segun el número de caballos de las carrozas, y segun fuesen abiertos ó cerrados los carruajes. Los botes para el placer satisfacían el vigésimo de su valor. Esta legislacion fué sustituida en 1781 por una contribucion que se llamó *plaisier-geld*, que se exigió de los que poseían los dichos objetos para su uso ó para alquilarlos; la cuota fué mayor, y las gradaciones más numerosas; así, v. gr., se tuvo en cuenta el número de las ruedas. En Inglaterra el impuesto sobre los carruajes se remonta á 1747, en el acta 20 de Jorge II, capítulo 10; el de los caballos, aunque antiguo, lo es ménos; nace en 1784. En los comienzos era muy complicada la legislacion. Un carruaje de cuatro ruedas pagaba, segun su peso, 2 libras esterlinas, 2 chelines ó 15 chelines; el de dos ruedas satisfacía la última suma. Los caballos de carrera obligaban al desembolso de 3<sup>1</sup>/<sub>17</sub>; la tarifa para las demás categorías de estos nobles animales variaba entre 5 chelines y 3 peniques, y 1 libra esterlina y 1 chelin, segun que sus dueños fuesen colonos, médicos, pastores protestantes, etc. Hoy no existe el tributo más que sobre los carruajes y de un modo más sencillo <sup>1</sup>.

El impuesto sobre los perros tuvo origen en las Islas Británicas en 1796. Se satisface al fisco por poseer un perro 12 chelines, y la cuota no puede exceder de 39 libras esterlinas, 12 chelines, cualquiera que sea el número de aquellos; 9 libras es el *maximum* del derecho en lo que concierne á los lebreles. Se exceptúan los perros que no tienen seis meses y todos los que sirven para custodia de los ganados. Tributos semejantes se conocen ó se han conocido en Prusia, en Suiza, en Dinamarca, en Holanda, en Australia y en otros países. Algunos autores enseñan que aquellos fieles compañeros del

<sup>1</sup> Mac-Culloch: *Loco citato*, pág. 186.—Leroy Beaulieu: primer vol., pág. 422.



hombre requieren precauciones de la policía, y que no importa impedir su multiplicacion, por las enfermedades que sufren; gran número de ellos son un origen de placeres y un gasto de lujo. En las Cámaras francesas se habló tambien del fausto y la inutilidad de la caza, recordando el pensamiento de Dombasle: « La agricultura tiene dos azotes, la caza y el cazador. » Otros tratadistas distinguen entre el tributo suntuario y las medidas que la administracion general crea provechoso adoptar para prevenir los hartos frecuentes casos de hidrofobia, que no rechazan.

En Francia se intentó exigir una gabela de los sombreros en tiempo de Luis XIV. El edicto de M. Silhouette estableciendo un impuesto suntuario en Setiembre de 1759, inspirado por Forbonnais, no fué cumplido. Aquel contralor de Hacienda habia dicho: « La prodigalidad y el lujo que todavía reinan en las ciudades, parece que no permiten se dejen libres de contribucion todos los medios de lujo. Por otra parte, es este el camino de extender los tributos sobre la clase de los ricos, cuya fortuna se encierra en una cartera, y que los empréstitos han multiplicado con exceso, á expensas de las otras clases sociales. » Durante el periodo de la Revolucion, en 1791 y los años siguientes, se decretaron algunos gravámenes sobre el lujo. En la relacion al Rey de 1830, se afirmaba que la tarifa de 1795 forzaba á la riqueza á encubrirse con los atributos de la miseria y á sufrir el yugo de aquella ruinosa igualdad que habia llegado á ser el ídolo del dia. En virtud de una ley de 1862 se cobraba una cuota no muy grande sobre los carruajes y los caballos. Las desgracias de la Francia en la terrible guerra de 1870-1871, han exigido nuevos sacrificios de todo linaje de objetos á propósito para proporcionar algun desahogo, algunos placeres. La ley de 16 de Setiembre de 1871 ha creado gabelas sobre los billares, casinos, los naipes, permisos ó licencias de caza; en este punto no se hizo más que aumentar el tributo existente, y se mandó cumplir la ley de 1862 respecto á los carruajes y á los caballos. Por cada juego de naipes se exige 50 céntimos, que se cobran en las fábricas; las licencias de caza cuestan 40 pesetas por prescripcion de 25 de Agosto de 1875, mas despues el

Leroy Beaulieu: II vol., pág. 420.—Du Puynode: *De la moneda, del crédito y del impuesto*, II vol., páginas 348 y 349.



derecho se rebajó á 25 pesetas. Los dueños de carruajes satisfacen de 10 á 60, segun la poblacion del municipio, en los de cuatro ruedas, de 5 á 40 en los de dos, y de 5 á 25 los que poseen caballos de silla y de tiro. Se admiten numerosas excepciones en los casos en que unos y otros se consagren á trabajos de las profesiones que pagan una patente.

En nuestro país el servicio de millones comprendia derechos sobre la nieve, azúcar y pasa; en 1632 se decretó el estanco de los naipes; en 1639 se cargaron tributos sobre el aloja, barquillos, suplicaciones y bebidas artificiales. La renta de nieve y hielo consistia en dos maravedises de cada libra que se vendiese; fué uno de los arbitrios á que se recurrió para cubrir el servicio de 9 millones de plata que prorogó el reino en 17 de Enero de 1650, á favor de Felipe IV. Conociéronse la del ramo de seda que se percibia en el reino de Granada, á razon de dos reales por cada libra fina y uno en la de azabache, y que fué suprimida en 14 de Noviembre de 1801, mandándose incluir en los encabezamientos de los pueblos; la del azúcar, que fué de 9 reales por cada arroba que se fabricase en el reino ó se importase de los extraños, y lo mismo de las conservas, recurso ideado en 1632 para recaudar 2 1/2 millones de ducados; habia excepciones respecto á Granada. Algunos de los tributos que hemos referido se comprendieron con el nombre de las *Siete rentillas*, que, segun D. Martín de Loinaz, producian en 1745 1.882,000 rs. En los presupuestos que proyectó para el año 1822 D. Francisco Gallardo, entre las rentas y contribuciones aplicadas al crédito público, figuraba una sobre caballos y coches por valor de 500,000 rs. Después, en 1867, se percibió una cuota de leve valor sobre los mismos objetos, que cesó muy pronto.

Los autores convienen en que los impuestos suntuarios son poco productivos. Las personas ricas son un corto número, relativamente á la poblacion total; si el gravámen que decretemos fuere moderado y prudente, rendirá un producto de no gran monta por la razon expuesta, y si, por el contrario, nos propusiéramos uno valioso y considerable, seríamos burlados, cesando el consumo de productos ó mercaderías, en virtud de nuestra gabela harto caras ó de un valor que no corriese parejas con los medios ó el goce que proporcionen á sus demandantes. Caben en esta materia fraudes y ocultaciones, y la

inspeccion no siempre es fácil y realizable. La justicia exige que se admitan excepciones, y con ellas se abre la puerta á las suposiciones, á las diferencias y á los cohechos que no se justifican y causan pérdidas al fisco.

En medio de la profunda division de clases, en medio de los sufrimientos de gran número de proletarios, cuando unos pocos concentran en sus manos las apetecidas riquezas, se imagina y cree que demandar una parte de su fortuna es conseguir y lograr grandes resultados. Cuando la riqueza se distribuye de un modo equitativo, cuando abunda y se demanda no en vano al trabajo, todos saben el respeto que merece, y no se dejan arrastrar por la vulgar corriente de que en su disfrute y en sus externas manifestaciones, es dable ver ancha base para levantar las cargas públicas. En nuestras sociedades democráticas, ¿quién no tiene que crear su fortuna, que conservarla con incansable trabajo, que rehacerla á veces, con tristeza y desaliento, puesto que estamos sujetos á los rudos golpes de la concurrencia? ¿Quién puede lisonjearse de no herir con un tributo de aquellos que nos ocupan los bienes y las rentas que alimentan el trabajo? Si se nos permitiese elegir entre la produccion de artículos de general consumo y de los que satisfacen necesidades reales, ó la de aquellos otros que parecen una ofrenda á la vanidad, al fausto, á livianos placeres, nuestra eleccion no sería dudosa; pero tenemos por seguro que ni la ley ha de regular los consumos, ni lo ha intentado en época alguna con fruto, ni fuera dable prometerse que, regidos aquéllos por las ideas y costumbres de cada época, no se consagren algunos á placeres y deseos que salgan de la esfera de las exigencias imperiosas de la vida. Si estas premisas son ciertas, ¿quién dudará que elevar el precio de los artículos que no cabe determinar con precision y que se llaman de lujo, y sabido es que todo impuesto añade un tanto, algun guarismo á los que representan el coste de produccion, equivale á disminuir el trabajo de las clases pobres? Vauban ha escrito: «Los que llenan las calles de carrozas hasta el punto de que no pueden caminar, cuya condicion no conviene á semejantes trenes, merecerian que se les hiciese comprar un poco cara la licencia de usarlos<sup>1</sup>.» El famoso general olvi-

<sup>1</sup> *El diezmo real*, pág. 113, edicion de 1707.



daba que el carpintero, el herrero, el constructor, el productor de caballos, los cocheros y lacayos se resentirían del tributo que pide y aconseja: si se percibe un impuesto de la seda, ¿no embarazaremos su producción y la existencia de las fábricas que hacen de ella admirables tejidos, como sucedió en nuestro país? No neguemos que hay vínculos indisolubles entre las clases, que unas dependen de las otras, y que no ha de creerse razonable que entre ellas existan antagonismos y opuestos intereses. Ciertamente fuera mejor producir valores durables y verdaderamente útiles, que bienes efímeros y vanos.— Pero cuando todos los hombres aguzan su ingenio, trabajan, ahorran y acumulan para conseguir lo supérfluo: cuando el simple obrero se afana y economiza á fin de asegurarse en lo porvenir actos y valores desconocidos que podrán pasar por lujo para él: cuando con la mira de proporcionarse ciertas satisfacciones, hasta los ricos explotan las fuerzas naturales ó los capitales, que sin ese propósito quedarían inertes en sus manos, oponer dificultades, contrariar al lujo, es perjudicar á la industria <sup>1</sup>. Los obreros representan su primera y principal fuerza. Lo supérfluo se confunde con las necesidades, aparece en límites que la industria y las artes borran y trazan en cada momento, con sus progresos y sus invenciones, y en los períodos de superior cultura es árdua empresa tirar una línea divisoria entre las impensas supérfluas y lo necesario. Las necesidades constituyen un lazo entre los hombres: en su extensión se funda la vida civil y política; restringirlas equivale á seguir las huellas de civilizaciones que condenamos, de Esparta ó de Roma.

Por lo que atañe y respecta á las clases ricas, ¿hay razón para impedir ó poner trabas al goce y disfrute de las riquezas, á no ser en nombre del derecho en las leyes penales, en nombre de la higiene, del orden, de la moral en los reglamentos de policía? Nuestra vida es dura y triste; adquirimos los bienes con harto penosos afanes, con harto veladores cuidados, para que se encanten y aminoren el apenas seguro bienestar, un poco de reposo, algunos honestos placeres rápidamente saboreados en las horas que el trabajo se suspende. No nos hableis del ocio, de los vicios, de la existencia de algunos ricos: se arruinan en poco tiempo; enajenan una fortuna, cuyos

<sup>1</sup> Gandillot: *Princ. de la ciencia de la Hacienda*, II vol., pág. 295.



rotos pedazos van á parar á las manos de gentes laboriosas ó que supieron hacer ahorros que fueron la base de destructores préstamos. Se ha dicho que no queda más que una aristocracia; la de Inglaterra. No se pretenderá ciertamente que no tiene sus nobles afanes, sus gloriosas tareas, su peculiar modo de cumplir un destino importante en la historia del mundo. En la nobleza, la ociosidad es un elemento destructor de la fortuna, y la arroja de nuevo á las filas de los intrépidos soldados ó de los obreros perseverantes. Nuestra memoria guarde como instructiva enseñanza la historia de los Médicis. ¿Qué hará el fisco respecto á las grandiosas creaciones de las artes que dan alas y abren nuevas perspectivas al espíritu humano? ¿Sobrecargará con el tanto por ciento de un tributo los homenajes del genio creador á la virtud y al sacrificio? En Atenas treinta mil ciudadanos asistían á las representaciones de las tragedias de Esquilo y de Sófocles: en Roma á las de las comedias de Plauto y de Terencio. El pueblo inglés temblaba de emocion, de espanto ó de cólera al escuchar los acentos terribles ó sublimes de Shakespeare. ¿Qué hombre habrá tan áspero y zahareño que condene como impensas de lujo, las que hubieren costado los teatros en que surgían aquellas obras maestras para la admiración y el aplauso?

Du Puynode asevera que si se citan lujo excesivo, culpables y vergonzosas disipaciones, los que por tales motivos han logrado ser célebres eran dueños de esclavos: que semejantes abusos no son de temer en medio de nuestras sociedades, en las que cada día la fortuna se divide al aumentarse, en que sólo se debe al trabajo y sólo se conserva por la economía <sup>1</sup>. Según el mismo autor, el bienestar es el primer elemento de la civilización. ¿Qué sentimientos y qué costumbres se encuentran en el seno de pueblos salvajes ó bárbaros? En naciones más adelantadas, el número de los crímenes aumenta, y se cubren las mesas del vicio cuando ocurren huelgas forzosas, cuando hay inevitables privaciones y sufrimientos. Que se lean los informes, que se consulte la estadística. Nunca, ante un porvenir de angustias y de dolores, se elevará el espíritu y se ennoblecerá el corazón <sup>2</sup>. Nosotros no pensamos del mismo modo que Du Puy-

<sup>1</sup> *De la mon., del crédito y del impuesto*, II vol., pág. 328.

<sup>2</sup> *Ibidem*, pág. 327.

node. Suelen caminar juntos el desarrollo material y el moral, y es difícil concebir los afectos delicados, las costumbres dulces y templadas sin los bienes materiales; mas en la desgracia y la pobreza existe la virtud; de ello dá pruebas la historia y el asentimiento de la literatura. M. Perin ha escrito que reconociendo al perfeccionamiento material una verdadera y legítima parte de influencia en el perfeccionamiento moral, guardémonos de incurrir en el error, hoy tan comun, que vé en el progreso material el origen primero ó á lo ménos una esencial condicion del progreso moral. Es esto mirar las cosas al revés. La verdad se afirma en el aserto que del poder moral deriva el poder material <sup>1</sup>. De todas suertes, en general es lícito creer que el desarrollo de las fuerzas de la economía pública auxilia la marcha y el aumento de cierta cultura.

Los impuestos suntuarios se defienden por autores ilustres. Es justo, pretenden, que el Erario tienda su mano y recoja una parte de los gastos que hacen los hombres para procurarse placeres y goces: deténgase ante la estrechez y la parsimonia; no hay motivo para que proceda temeroso y prudente con la profusion y el fausto. ¿Qué puede suceder? ¿Que los modere y disminuya? ¿Qué importa? Stuart Mill aprueba las leyes suntuarias que se dirigen á las cosas que consumen las clases elevadas y las clases medias, por creer que así lo exige la opinion como una necesidad de su estado y modo de ser: si el impuesto modera las impensas que se hacen con los dichos fines, produce un efecto útil, y si no las reprime, no causa mal alguno. Leroy-Beaulieu juzga que algunas gabelas suntuarias pueden conservarse, sobre todo en aquellos pueblos en que las necesidades del Tesoro son grandes, y estima que este veredicto de indulgencia comprende los permisos de caza, los caballos y los carruajes que sirven para un uso personal, y los perros. M. Gandillot cree que hay objetos que tienen mérito por ser caros, y que no debe reprobarse que el Estado cree recursos que nada cuesten á persona alguna elevando el precio de dichas cosas, y asegura que las hay cuyo entero valor nace de la opinion, ó que lo tienen módico aunque real, si lo comparamos con aquél en que se las estima: cachemiras, encajes, diamantes, porcelana antigua, etc.

<sup>1</sup> *Del progreso material y de la abnegacion cristiana. El Correspondiente, Agosto y Octubre de 1854.*

Nos parece que no hay derecho para exigir impuestos de clases determinadas; no hay más que súbditos, no hay más que poseedores de bienes: satisfaga su parte cada uno en proporción de su renta y capacidad económica, y no más: pedir doubles gravámenes, es embarazar la industria y el comercio: Leroy-Beaulieu confiesa que no es dable decretar cuotas elevadas, so pena de que el consumo se aminore ó se cometan fraudes, y que no pueden multiplicarse sin someter al contribuyente á vejaciones sin número <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Leroy-Beaulieu, lib. II, cap. IX.—M. Gandillot, obra citada, tit. III, cap. XII.

Uno de los impuestos indi-  
aduanas: bajo tres diversos puntos de vista cabe estudiar las pos-  
turas: como un elemento ó medio de proteger la industria nacio-  
nal, como un recurso fiscal, el origen de renta para el Estado, y como  
una preciosa investigación para formar la estadística del comercio  
exterior de importación y exportación. Nos nos cumple hablar de  
esta materia sólo bajo el aspecto que hemos mencionado en segundo  
lugar.

El dicho tributo recibe su nombre de la voz celtica *doen*, que  
significa transportar, porque así llamaron los galos venidos al por-  
torium, que en sus paises establecieron los vencedores romanos, á  
bien de que bajo los normandos, en el reino de Nápoles había dese-  
chos de *doen* que se percibían de las mercancías que se importa-  
ban ó exportaban.  
Garnier llama que son superiores á las demás contribuciones



## CAPÍTULO VI.

SUMARIO: Los derechos de aduana.—Por qué juzgan algunos que son superiores á los demás impuestos indirectos.—Sus efectos en lo que concierne al comercio exterior.—El extranjero llega á pagar una parte de nuestros tributos en los derechos de exportacion.—En los de importacion, un pueblo puede apropiarse una parte mayor que la debida á sus esfuerzos, en los resultados del trabajo y de los capitales del mundo.—Exámen de los derechos de aduana bajo el punto de vista fiscal.—Monopolios del Estado.—Su razon de ser.—El tabaco, la loteria, el correo.—Motivos que abonan el primero.—Reprobacion de la segunda.—Si el servicio de correos es de aquellos que el Estado puede desempeñar.—¿Debe exigirse más en el franqueo que los gastos causados?—Impuesto de timbre de la prensa.—Actuaciones judiciales.

Uno de los impuestos indirectos más importantes es el de las aduanas: bajo tres diversos puntos de vista cabe estudiar las posturas: como un elemento ó medio de proteger la industria nacional, como un recurso fiscal ú origen de renta para el Estado, y como una preciosa investigacion para formar la estadística del comercio exterior de importacion y exportacion. No nos cumple hablar de esta materia sino bajo el aspecto que hemos mencionado en segundo lugar.

El dicho tributo recibe su nombre de la voz céltica *doen*, que significa *transportar*, porque así llamaron los galos vencidos al *portorium*, que en ese país establecieron los vencedores romanos, ó bien de que bajo los normandos, en el reino de Nápoles habia derechos de *dohana* que se percibian de las mercancías que se importaban ó exportaban <sup>1</sup>.

Garnier juzga que son superiores á las demás contribuciones

<sup>1</sup> Cibrario: *Econ. polít. de la Edad Media*, II vol., pág. 175.

indirectas, porque una vez pagado el tributo en la frontera, los productos circulan libremente, sin que sea menester acudir á la vigilancia y á las precauciones que requieren las demás gabelas del mismo linaje <sup>1</sup>.

No hay para qué decir que constituyen una causa de que el precio de las mercancías se alce en nuestros mercados y la demanda se debilite si se trata de aranceles de importacion: el comercio exterior hallará un obstáculo más que le impida extender su accion en mercados que quizá pudiera muy bien, y sin esta circunstancia, abastecer. No se requieren largas explicaciones para comprender que unos y otros tienen entre sí íntimo enlace, porque las mercancías ó productos que se extraen de un reino encuentran su compensacion ó equivalentes en las mercancías ó productos que se introducen por sus fronteras. Courcelle Seneuil enseña que los derechos de importacion, si las mercaderías similares indígenas gozan de una excepcion en este punto, pecan contra la tercera de las reglas clásicas que expuso Adam Smith, puesto que la carga del contribuyente es igual á todo lo que el impuesto añade al precio de venta de la materia imponible, sea este objeto extraño ó de nuestra tierra, y el Tesoro no recibe más que las sumas devengadas al introducirse los géneros; el resto, de que se priva con violencia al contribuyente, se concede de un modo gratuito á los productores de los similares indígenas.

Á primera vista parece que deben ser pagados por los consumidores; si se trata de derechos de exportacion, por los consumidores extranjeros, y si fueren derechos de importacion, por nuestros compatriotas: por desgracia, sus efectos son más complejos. Supongamos un género que sufre un gravámen del primer linaje; el precio á que se venda para el país al que se exporte se elevará por el impuesto, y esto es de presumir que disminuya su consumo, y tanto, que, aún despues del aumento de precio, no representa en moneda un valor igual al que ántes poseía; puede tambien ocurrir que no se aminore, ó en tan pequeña cantidad, que por el alza dicha su valor en numerario sea más grande, en cuyo caso el país que decretó el impuesto ganára, á expensas del que recibe el objeto gravado, el impuesto y algo más todavía, porque se acrecienta el valor de sus

<sup>1</sup> Elementos de Hacienda, cap. v, párr. 2.

exportaciones, al paso que continúan las mismas importaciones: recibirá el saldo en dinero. Este país tendría dos ventajas: una, pagar las mercancías que introdujera con menor suma de numerario, y otra, poseer una cantidad mayor de moneda para comprarlas.

Pero imaginemos que el Estado á que llega un artículo sobre que se percibe un derecho de extraccion reduce su demanda hasta el punto que su valor total sea exactamente el mismo que ántes; la balanza del comercio no sufrirá alteracion; el Estado que exporta logrará el beneficio de la totalidad del gravámen que impone á sus mercancías.

Admítase la hipótesis de que por consecuencia de éste aminore la demanda hasta un límite que represente una menor cantidad en dinero; las importaciones no bastarán á pagar las exportaciones, y la diferencia habrá de pagarse en numerario, y en este supuesto, el país que ordena se perciba la contribucion de aduanas, la satisface en todo ó en parte, segun fuere el precio de las mercaderías que su comercio introdujere.

Quizá el extranjero, no sólo no pague nuestros derechos de importacion, sino que además obtenga una nueva ganancia que se agregue á las naturales ó normales. Si la demanda del producto gravado disminuye en la region ó tierra á que era llevado, de suerte que represente en moneda una suma menor respecto al tiempo que precedió á la declaracion legal del tributo, y que la importacion de la mercancía elegida en esta region ó tierra para darla en retorno de la que se recibe, no disminuye, ó disminuye tan poco que la suma de su valor en numerario se acreciere, será menester que el saldo en dinero se remita del país que extrae: para restablecer la balanza mercantil entre los dos pueblos, será preciso una baja del precio de la mercancía que sufre un gravámen, y que se exporta; pero la misma cantidad de exportaciones no basta para pagar las importaciones, habiendo subido el valor de éstas. Bien que los consumidores de la nacion que introduce el producto gravado, lo posean por su antiguo precio y sus rentas sean superiores, si las estimamos en moneda, no es cierto, ni seguro, que empleen su aumento en demandar más importacion: de suerte que quizá para restablecer el equilibrio baje el precio de la última más que la suma total del impuesto, en cuyo caso adquiriria más barata la mercancía introducida que



cuando sobre ella no pesaba el tributo de aduanas, y éste habría de soportarse por la nación productora, más la pérdida que resulta de pagar más cara la mercadería que importare y que sirve de equivalente á la exportacion que verificase.

Parece muy difícil indagar las circunstancias que explican cómo un gravámen fiscal de aduanas habrá de satisfacerse por los extranjeros, ó recaerá sobre nosotros. Sin embargo, en general puede afirmarse que un país que estableciese tales tributos, lograría que las naciones extrañas tomaran una parte en el pago de sus gastos públicos <sup>1</sup>.

Hasta ahora hemos hablado de un impuesto ó derecho fiscal sobre la exportacion: examinemos los de importacion, que son más comunes. Imaginemos que se decreta una cuota que se dirige á un producto que importamos, cuota que es meramente fiscal, que no tiene otra mira: si sigue la importacion, aunque se aminore el consumo, el mercader extranjero que introduce recibirá el mismo precio que ántes, aunque en nuestro país se pague uno más elevado. Si disminuye la cantidad que compramos, deberemos una suma menor de dinero al país con quien celebramos relaciones mercantiles: dejará de ser el equivalente de la que la nación extraña nos envíe para satisfacer nuestras exportaciones: en ella bajarán los precios y se alzarán en nuestro país. Los extranjeros pagarán más nuestros productos, y sus rentas en numerario serán menores, es decir, que descargaremos sobre sus hombros el peso del tanto por ciento que añadimos al coste de produccion de nuestras mercancías. En general, un hecho del linaje que nos ocupa causa una disminucion de la demanda, y por este medio un país puede apropiarse una parte más grande que la peculiar y debida á sus esfuerzos en los resultados del trabajo y de los capitales del universo <sup>2</sup>.

Hay pueblos que obtienen grandes rendimientos de los derechos de exportacion: la Italia, del vino y del azufre; el Brasil, del café; el Perú, del guano, y la India, del ópio. Estas gabelas producen un grave inconveniente, y es que impiden á la agricultura y á la industria alcanzar todo el desarrollo de que son capaces, y procurarse un

<sup>1</sup> Stuart Mill: *Princ. de Econ. polít.*, lib. v, cap. iv, párr. 6.

<sup>2</sup> St. Mill: *Princ. de Econ. polít.*, lib. v, cap. iv, párr. 6.

amplia salida en los mercados exteriores. No sucede lo mismo cuando una region productora goza de ventajas naturales, y en particular de un verdadero monopolio: los derechos de exportacion entónces disminuyen los beneficios de ese monopolio, ó se perciben del consumo extranjero. Así el Perú puede en razon exigir un tributo del guano, la Italia del azufre, como la China pudiera hacerlo del té y España del vino de Jerez. Ocurre la dificultad de que si los derechos fuesen altos se restrinja y disminuya la demanda del artículo de que se procure hacer origen de rendimiento, ó no intenten algunos países crear productos análogos ó sucedáneos. <sup>1</sup> Demuéstrase con lo dicho que el impuesto ha de ser moderado, y que no conviene á Italia gravar sus vinos, ni al Brasil su café, pues son productos que se deben á la naturaleza y al trabajo de várias naciones.

Los derechos que se exigen á la importacion de las mercancías extranjeras se llaman fiscales cuando se cobran de productos que carecen de similares ó sucedáneos en nuestra pátria, tales como el café, el cacao para España, ó en el caso opuesto, si representan la contribucion que los similares satisfacen en nuestro país. Los impuestos sobre artículos manufacturados pueden asimismo tener el carácter fiscal en otra circunstancia; si se manda pagar un derecho que no sea muy módico á una materia primera que provenga del extranjero, hay que establecer un tanto por ciento sobre los artículos que tienen aquélla por base; de otro modo, nuestros fabricantes no soportarian la concurrencia de los fabricantes de países extraños en las manufacturas de la misma clase. Por desgracia se juzga cosa muy difícil determinar una compensacion exacta entre el tanto por ciento á que se sujeta una materia primera y el tanto por ciento que habrá de percibirse de la manufactura que corresponde á dicho elemento productivo ó parte del capital: la causa se halla y descubre en los complejos procedimientos industriales de nuestra época. ¿Cómo sabremos en ciertos tejidos, en qué proporcion se componen de lana, algodón ó seda? En tales casos, hay que dejar pese nuestra mano en el tributo que se demande á la importacion, con riesgo de que

<sup>1</sup> Leroy-Beaulieu: *Trat. de la ciencia de la Hacienda*, II vol., páginas 565-568.—Mac-Culloch, parte segunda, cap. v, pág. 137.



experimente quebranto, y el derecho fiscal se trueque en protector <sup>1</sup>.

Condenan los modernos autores los derechos de tránsito; sale ganancioso un Estado de que el transporte de mercancías sea considerable: sus ventajas, no sólo se derivan de los beneficios y salarios que satisfacen los que hacen pasar de un punto á otro mercaderías extranjeras: nacen de que en un país en que hay animacion y desenvolvimiento en el peaje y marcha de frutos y géneros, éstos concluyen por lograrse con más baratura que en un país en que sucede lo opuesto. Nuestros gobiernos han renunciado á aquel linaje de tributos.

De todas suertes, si ha de haber impuestos de consumos, los de importacion ofrecen grandes ventajas. Se perciben fácilmente, no requieren investigaciones en la propiedad privada, el Estado no há menester intervenir en los métodos de fabricacion; basta depositar las mercancías en un lugar determinado bajo doble llave, una para el fisco y otra para el que importa, y el postrero, si vende paga derechos, y si no, líbrase de tener que adelantar un capital, cuyo reembolso suscita despues muy graves dificultades. St. Mill dice que cuando una parte cualquiera de las rentas públicas se saca de contribuciones sobre las mercaderías, éstas no serán peores que otras <sup>2</sup>. No es dable esperar que un país renuncie á imponer gravámenes á los extranjeros, si no se celebra un pacto general bajo la base de la reciprocidad. Estamos muy distantes de ese término: las aduanas producen sumas enormes: testigos de este aserto son la Gran Bretaña y los Estados Unidos. En el primero de esos pueblos, la renta de aduanas dió de sí en 1861, 660 millones de pesetas, y en 1862 6.550,000 más que en el año anterior: cierto es que despues ha habido una baja; en 1876-77 no podemos enumerar más que 497 millones; pero no se olvide que importantes artículos han sido exceptuados, como el azúcar y el jabon.

Depende en gran manera la abundancia de rentas que broté de un sistema de aduanas del número y clase de los artículos que se impongan. Pueden ofrecer una ámplia base los que no tienen simi-

<sup>1</sup> Leroy-Beaulieu: Obra citada, primer vol., pág. 568 y sig.

<sup>2</sup> Mac-Culloch: Parte segunda, cap. v, pág. 141. — St. Mill: *Princ. de Econ. polít.*, lib. v, cap. iv, párr. 6.



lares en Europa, como el café, el té, el cacao, etc., ó los productos agrícolas de nuestros climas y las manufacturas de nuestras artes y oficios y de nuestras fábricas. Si gravamos los postreros, nuestros rendimientos serán mayores; pero se hace la objecion de que suponen un sacrificio de más monta para el consumidor nacional que el conjunto de rendimientos que es dable esperar para el Tesoro público. Aquél no paga simplemente el derecho fiscal que se percibe de la mercancía extranjera, sino además el mayor precio que demandan los productores indígenas.

Los autores ingleses discuten acerca de si el fisco debe elegir pocos ó muchos artículos como materia imponible. El segundo método permite demandar un derecho exíguo de cada uno de los productos á que se pide la contribucion: si eliminamos un gran número, privada quedará la Hacienda de los importantes recursos que alguno daría de sí. Mac-Culloch censura á Sir Roberto Peel por haber llevado harto lejos sus principios al reducir los valores, materia imponible de sus derechos de aduanas. Cuando se aplican á todo género de mercancías, se vé que abrazan todas las clases de la sociedad; mas si se intenta aminorar la base, si se eligen algunos frutos y géneros, quedan libres los peculiares del consumo de los ricos, y hay que aumentar el precio de los más necesarios y útiles para las clases pobres y trabajadoras<sup>1</sup>. En Inglaterra se sigue este sistema. Mister Gladstone decia en 1861 á la Cámara de los Comunes: «El número de los artículos que satisfacian derechos en 1842, era 1,052; en 1845, 11,633; porque debo recordar á la Asamblea que el primer efecto de la reforma de las tarifas fué aumentar aquél, por consecuencia de la nueva clasificacion de las materias introducidas en los nuevos aranceles. En 1853 no llegaron más que á 466; en 1859, á 419. Cuando se adopten las modificaciones propuestas actualmente, prescindiendo de algunas subdivisiones, tales como la distincion de las diversas clases de azúcar, el número total de los artículos inscritos en la tarifa será 48.» En 1876-77 producian las aduanas británicas 497 millones de francos, cuyo origen se hallaba en el té, el café, el alcohol, los vinos, el tabaco y algunos otros objetos secundarios.

<sup>1</sup> Mac-Culloch : Páginas 153-155.

Leroy-Beaulieu sostiene que el método mejor consiste en percibir un derecho de los artículos coloniales. Los productos agrícolas de nuestro suelo constituyen recursos alimenticios, cuyo precio aumentan los tributos, complican inútilmente el régimen aduanero para obtener rendimientos infinitesimales, y embarazan las transacciones mercantiles. Las materias primeras deben ser exceptuadas, pues de otro modo encarecemos la producción<sup>1</sup>. Pensamos que escoger algunos valores que rindan lo que se calcule preciso para los gastos públicos, y que perjudiquen lo ménos posible á la industria y á las clases trabajadoras, es el camino que debe seguirse, bien que nuestra conducta se subordine siempre á la moderación de los derechos fiscales y á una administración fácil y ajena á requisitos y garantías onerosas y vejatorias.

Los derechos arancelarios son *específicos* y *ad valorem*. Llámanse *específicos* los que se exigen por cuento, peso ó medida de la mercancía, prescindiendo del mayor ó menor precio que ésta tenga; y *ad valorem* ó por avalúo, aquéllos en que sólo se atiende al valor de la misma, prescindiendo de su cantidad. Los últimos parecen ser los más sencillos al establecerse y los más equitativos. Por esto, cuando una nación organiza sus servicios ó regulariza por primera vez sus relaciones comerciales con otra potencia por medio de un tratado, para suplir la falta de un régimen de aduanas que no existe, se fija el tanto por ciento que han de pagar los géneros importados y exportados. Los aranceles de los Estados Unidos se determinan sistemáticamente *ad valorem*: los de Austria, por el contrario, son todos *específicos*. Según el art. 13 del tratado de comercio entre Francia é Inglaterra de 1860, todos los derechos *ad valorem* se han de convertir en *específicos*. Los aranceles *por avalúo* adolecen de algunos no leves defectos; el valor es relativo y sujeto á una apreciación individual más ó ménos exacta dentro de ciertos límites; de modo que no puede demostrarse con la evidencia de una medida, peso ó número; por esta razón dan origen á discusiones y quejas entre el comerciante y el empleado, si proceden de buena fé, y en mayor grado todavía si de mala fé; requieren grande capacidad en los empleados de aduanas; en caso de dificultad ó de desacuerdo

<sup>1</sup> *Treat. de la ciencia de la Hacienda*, primer volumen, pag. 597.



entre mercaderes y agentes fiscales, hay que iniciar y seguir un expediente; todo esto produce dilaciones, incertidumbre, riesgos para el comercio, si las personas peritas estiman más valioso el fruto ó género de lo que se juzga en el mercado, y de aquí á las veces conciertos culpables que los interesados proponen para alejar de su cabeza dichos azares.

Por lo que hace á los derechos *específicos*, tropezamos con el obstáculo de que si asciende ó baja el precio de las mercancías, no representan con exactitud el mismo impuesto de un modo proporcional; moderados en sus comienzos, quizá lleguen á hacerse harto gravosos, ó de poca monta y cortos rendimientos. Se juzga que adolecen del achaque de ser leves respecto á los productos que encierran mucho valor en poco volúmen, que suelen destinarse á las clases ricas, y, por el contrario, onerosos respecto á las mercancías comunes de escaso valor, y que van á parar á las manos endurecidas por el trabajo material; en cambio su sencillez permite una marcha rápida de las transacciones, y se presta ménos al cohecho y al fraude <sup>1</sup>.

En virtud de causas morales, políticas ó puramente fiscales, el Estado se juzga con derecho á decretar monopolios respecto á productos determinados. El monopolio es facultad exclusiva de producir y vender. Si hay razones del orden moral y político para establecerlo, entiéndese que no importa impedir que la industria privada despliegue su siempre provechosa actividad en ciertas ramas de fabricación; si las causas son simplemente rentísticas, se cree que el daño que experimentan los particulares no ha de ponerse en parangón con el beneficio que logra el público Tesoro, ó que el primero no debe estimarse como de bastante trascendencia para atajar los pasos del gobierno, que fija sus miradas en una fuente copiosa de rendimientos. Los pueblos modernos sienten el peso de gastos enormes, y tienen que cerrar sus ojos ante dadas y tristes consecuencias de sus presupuestos, duros y ásperos como la necesidad, implacables como el error, y amenazadores como un abismo abierto á nuestros piés.

Los hacendistas opinan que una de las mejores materias para

<sup>1</sup> Sr. Coll y Masadas: *Princ. de Econ. polít.*, páginas 401-4.—Leroy Beaulieu: páginas 574 y 575.—Esquirol de Parieu, pág. 585.



constituir estos monopolios es el tabaco. Sería menester, dicen, que la Hacienda de un pueblo fuese muy floreciente para renunciar á un impuesto tan inofensivo, tan moral, que produce tanto, cuya distribución es tan fácil. El tabaco no sirve para fabricar otro producto; no se causa perjuicio á otra industria que á aquella que produce cigarros: el uso de esa sustancia no ha de reputarse como útil; sus efectos son perniciosos para la salud del cuerpo y del espíritu; cabe defender que el fumador en la calle, en los lugares en que el público se reúne, atenta á la libertad ajena, obligando á sus vecinos ó á los que pasan á que respiren un aire nocivo, y á que sufran un olor desagradable <sup>1</sup>. Thiers cree que el tabaco es útil á los marinos contra el escorbuto, á los militares para sobrellevar las privaciones del campamento; júzgase como un vicio de los habitantes pacíficos de nuestras ciudades, un vicio poco elegante, poco digno de favor, pero sí digno de fomento en el interés de la Hacienda <sup>2</sup>. Garnier observa que *el fomento* le parece demasiado, y en nuestro sentir acierta; difícil es, por otra parte, conceder que por el monopolio se llegue á aumentar el consumo. Thiers asevera también que los gobiernos no se preocupan de contrariar una satisfacción que es un vicio, buscan el medio más seguro y expedito de percibir el impuesto, y fabrican ellos mismos los cigarros <sup>3</sup>. Esquiroll de Parieu hace notar que la observación es más ingeniosa que exacta, hablando con rigor <sup>4</sup>. El mismo notable escritor francés pregunta si no se otorgará nunca á la ciencia de la Hacienda el derecho de establecer un tributo excelente con un método de cobranza que respete más los principios de la libertad humana. En su sentir, este deseo será siempre lícito en las meditaciones de los hombres prácticos, bien que presente la árdua dificultad de la corta suma de productos fabricados, y de que se generalice en grande escala la producción de la materia prima <sup>5</sup>.

Du Puynode, apartándose de la comun corriente de los autores, censura el gravámen de que hablamos. La opinión está conforme—escribe—en que el tabaco que la administración vende es detestable;

<sup>1</sup> Leroy-Beaulien, primer vol., páginas 672 y 673.

<sup>2</sup> *De la propiedad*, lib. iv, cap. iv.

<sup>3</sup> *De la propiedad*, lib. iv, cap. iv.

<sup>4</sup> Libro v, cap. i, secc. 3.º, art. 1.

<sup>5</sup> *Ibidem*, pág. 549.

en que su precio excede cinco veces de su valor, y en que los empleados del ramo bastan para gobernar nuestras provincias; pero hé ahí un impuesto que paga el que quiere y que produce cien millones de francos. Sin duda que todo esto es cierto; mas ¿por ventura aprobamos los tributos suntuarios? Paremos mientes en el abismo de miseria y de ociosidad que abrirían fatalmente á nuestros piés. Mejor se juzgará la renta del tabaco que los demás impuestos sobre el lujo, porque comprende todas las clases, y no excita, por tanto, las malas pasiones de la muchedumbre. No lo desconocemos; bien que será útil no olvidar que se perjudica una distraccion lícita, una afición permitida y que no se pára la atención, ni sirven como datos las rentas, ni el capital de cada uno, que deben ser las bases de las contribuciones equitativas <sup>1</sup>. Nosotros creemos que hay ventaja en disminuir el consumo de una planta nociva para conservar el vigor de nuestras facultades físicas é intelectuales, y que es provechoso procurar grandes rendimientos al Tesoro público por ese medio; pero entendemos que el monopolio causa un mal grave: cierra las puertas al cultivo y á la fabricacion del tabaco, ó por lo ménos á la segunda, y prohíbe el libre tráfico de los cigarros. Creemos preferible que se exija un tributo de grande entidad, sin embarrazar el movimiento de nuestra industria y de nuestro comercio, ni privar á empresarios y obreros de que presten servicios que constituyen para los mismos elementos de vida y de fortuna.

El uso del tabaco se prohibió primero por el legislador; después fué materia de impuesto. No consentía una ley inglesa de 1604 que se sacase partido de ese pernicioso vegetal: en 1635 el lugarteniente general de policía de París no permite que se venda más que en las boticas y en virtud de prescripcion de un médico: una ley turca de 1610 manda romper la pipa en el rostro de los fumadores, y en Rusia, en 1634, se castigó á los que fumasen, con pena de muerte. En Francia, desde 1629, siendo ministro Richelieu, se percibió un derecho de importacion del tabaco de 30 sueldos por libra. En 1674, bajo Luis XIV, el gobierno se arrogó la elaboracion y la venta, que se dieron en arrendamiento. En Inglaterra un gravámen fiscal data de 1643: en 1652 un acta de la Cámara de los Comunes vedó el cul-

<sup>1</sup> *De la mon., del créd. y del impuesto*, II vol., pág. 290.



tivo de la planta exótica en el interior del país, para que la renta fuese mayor. Bajo la restauracion, en virtud de una ley de Carlos II, año 12.<sup>o</sup>, capítulo 34, se confirmó el mandato de los republicanos, ordenando destruir los pies arraigados en la tierra británica. En nuestros días se sigue el mismo procedimiento: no se conoce más que un impuesto de importacion del tabaco que produjo en 1876-77 195 millones de pesetas. En Prusia, las tierras cuyo cultivo fuere del vegetal que nos ocupa, sufren un tributo segun su superficie ó el peso de sus cosechas, sistema que condenan sus resultados: en 1876-77 el imperio aleman no obtuvo de este origen de rentas más que 17.852,000 pesetas, y la mayor parte provenian de los derechos fiscales de introduccion del extranjero. Se comprende que el príncipe de Bismark quiera y haya conseguido introducir el monopolio de un artículo que es capaz de dar de sí rendimientos mucho mayores, sin cambiar la condicion económica del imperio: ántes era ménos gravado que el vino y otras bebidas, lo que no se concibe bajo el aspecto rentístico, ni bajo el aspecto moral: la rémora que se señala para llegar á dicho fin descúbrese en un primer gasto de 300 millones, en la impopularidad de la medida <sup>1</sup>.

Viniendo á nuestra España, diremos que fué hallado el tabaco en Tabasco (Golfo de Méjico) en el siglo xv. Prohibióse su uso en el siglo xvi por razones higiénicas y morales; pero viendo que su consumo crecía rápidamente, se procuró hallar en él un origen de renta, y las Córtes de 1636 autorizaron su estanco. En primer término, fué preferido el arriendo, que producía 4 millones en 1678; más como quiera que se cometian muchos fraudes, en 1701 el gobierno tomó á su cargo la industria de que hablamos, y se conoció la fábrica real de Sevilla, primera de su clase; en 1730 el monopolio del Estado aparece con carácter definitivo. Las Córtes de 1820 resolvieron el destanco del tabaco desde el mes de Marzo de 1821: las razones que se alegaban para proceder á esta medida eran que recaer más la contribucion sobre el pobre que sobre el rico, habiendo hecho imprescindible el uso de aquel vegetal el hábito y la costumbre, y porque

<sup>1</sup> Esquirou de Parieu: *Trat. de los impuestos*, lib. iv, cap. 1, sección iii, art. 1, página 535.—Mac-Culloch: parte segunda, cap. v, pág. 158.—Leroy-Beaulieu: primer volumen, páginas 672-81.



sólo la mejor educacion y el trascurso del tiempo podrán corregir la suma aficion que el estado llano muestra á servirse de él: podria fomentarse su cultivo en la Península con aquella novedad, eximiéndonos de pagar tributo á los extranjeros, de quienes se recibe la mayor parte de lo que se consume. La experiencia no justificó estas previsiones: tuvo la renta tal baja, que en el plan de Hacienda de 1821 se proponia que se estancase de nuevo, prohibiéndose la entrada de los cigarros extranjeros elaborados, y que se impusiese un derecho de entrada, tanto á los de esta clase procedentes de las provincias de Ultramar, como á los en hoja de cualquiera procedencia, reservándose el gobierno la fabricacion exclusiva. Desde 9 de Junio de 1821 se acordó la primera parte, y desde 1822 la última. Los precios han variado desde 3 reales la libra de hoja y 24 la de rapé, á que se vendian en el siglo xvn las dos únicas clases que se conocian, hasta 48 y 50 en 1794. Fernando VI estableció un valor uniforme, y despues ha regido la variedad al tenor de las múltiples formas que la industria acierta á producir y á estampar en esa primera materia <sup>1</sup>.

Otro de los monopolios del Estado es la lotería: el gobierno dirige un juego de azar, del que en virtud de combinaciones más ó ménos arbitrarias y nunca razonables, logra rendimientos seguros, mientras pierde el mayor número de los que toman parte en ese singular procedimiento para allegar recursos. Él alimenta una engañosa esperanza en la fortuna. La sociedad se enriquece gracias y merced á un trabajo activo y dirigido con inteligencia: ¡qué mezquinas han de parecer las recompensas de ese trabajo puesto en parangón con un premio grandel La lotería y los juegos públicos deben además juzgarse como un tributo voluntario en verdad, pero que se ofrece por las clases pobres, á quienes la necesidad obliga á afrontar la condicion de una partida y empresas desiguales. Llévase el pan de la miseria á los lugares en que se venden los billetes, cuando no el fruto de un crimen <sup>2</sup>.

El arbitrio, que no admite más que una hacienda amenazada por grandes deudas, inspira el afán, cuando no la pasion, de pedir á la

<sup>1</sup> Canga Argüelles: *Dicc. general de Hacienda*, art. *Rentas del Estado*.—Torrente: *Rev. gen. de la Econ. polít.*, III vol., páginas 197, 202 y 238.

<sup>2</sup> Say: *Trat. de Econ. polít.*, lib. v, c. xi.

casualidad el sosiego de nuestra vejez y la tranquilidad respecto á lo porvenir de nuestros hijos, y se opone al desarrollo de las más nobles cualidades que puede tener un pueblo. En 1808 una comision de la Cámara de los Comunes examinó con atencion semejante tributo, y expuso que habia aumento en la contribucion de pobres á causa del número de familias que el juego conduce á la miseria y á buscar amparo en la parroquia; que el consumo de los géneros que pagan derecho sufre merma por el mismo motivo, de suerte y manera que las rentas públicas pierden por un lado lo que ganan por otro. Añade que en las clases ínfimas de la sociedad las personas que sienten el incentivo de los halagos que tentar á la fortuna ofrece á la imaginacion, ganen ó pierdan, se dejan llevar á la ruina; y no hay condicion, por mísera que parezca, que no tenga medios de aumentar su infortunio con el juego, cuya impura llama alimenta el Estado <sup>1</sup>.

Algunos autores distinguen la antigua *lotería por clases* y la *lotería por números*: la primera no admite más que un juego alto, y los pobres no toman parte ella; en la postrera se sorteaban 90 números, en virtud de una combinacion que se llamaba *lotería genovesa* <sup>2</sup>. Jacob condena ésta, y absuelve aquélla. Como pueden emplearse sumas mínimas, y hay grandes probabilidades de lograr premios, atrae las clases trabajadoras y aumenta la pasion del juego, hasta el punto de que prescinden de los bienes necesarios. Conservarla es ir contra la moral y la sana política; que ambas, en materia de impuestos, no aprueban más que los percibidos de la renta neta, ó los que sirven para necesidades que la vida no requiere de un modo absoluto; pero cuando un tributo se satisface de lo necesario, sea que la administracion lo cobre inmediatamente, sea que con una institucion cualquiera excite y aproveche una pasion para determinar al súbdito á que de un modo espontáneo en la apariencia, vierta en el Tesoro una parte de su haber indispensable, un gobierno no ejecuta actos lícitos. No cabe decir lo mismo de la *lotería* en que el límite de los billetes es tan alto, que las clases pobres no participan de ella, y cuyas bases son públicas, de modo que cada

<sup>1</sup> Mac-Culloch: *Tratado de los imp.*, parte segunda, cap. viii, pág. 216.

<sup>2</sup> Rau: *Trat. de Hacienda*, párr. 222-225.



uno puede calcular las ventajas que el gobierno se reserva y las sumas que se reparten en diversos premios. Los que toman parte en este último juego, difícilmente se apasionan ni arriesgan todo lo que poseen, sino como otras porciones de su renta neta que destinan á sus placeres<sup>1</sup>. Aún despues de esta distincion, y sabiendo que los billetes de elevado precio se dividen y subdividen, de suerte y manera que el pueblo y el tercer estado sufren perjuicios verdaderos, condenamos la lotería á que Jacob se refiere.

■ En Roma los Emperadores establecieron juegos análogos al que nos ocupa. Neron repartió al pueblo mil billetes diarios; algunos eran símbolos de premios de gran valor, esclavos, oro, plata; otros eran secundarios, vestidos de lujo, caballos. En el siglo xv, en la república de Venecia, hasta tal punto llegó la aficion al nuevo juego, que se fiaban á la suerte el tráfico de las tierras, los muebles y las joyas. Bien pronto el Estado se apoderó del derecho exclusivo de fundar loterías en dinero, y fué imitado por los príncipes de Europa; Cristóbal de Longueil, que murió en 1522, dice que *la blanca* se conocia en su tiempo con el nombre de *loteria*. Rau escribe que Florencia, en 1530, fundaba en una lotería de Estado el origen de algunas rentas. En Francia se hicieron algunos ensayos en tiempo de Francisco I, con mal éxito por falta de jugadores. Segun unos, se admitió definitivamente en 1572, y segun otros, en 1658: cierto es que en 1700 una decision del Consejo abrió las puertas del palacio municipal de París, á uno de esos juegos por 10 millones de francos. Una ley de 21 de Abril de 1832 prescribió que el gobierno procediera por grados á suprimir la lotería, de modo que no existiese en 1.º de Enero de 1836.

■ En la Gran Bretaña se introdujo durante la revolucion de 1640. En 1694 se votó una suma de 1.200,000 libras esterlinas, de que el gobierno tenía necesidad para hacer la guerra y que debia percibirse en la forma expresada. Hubo quejas, á las que se dió la respuesta: «La lotería es la que ha tomado á Namur.» Fué abolida en 1823<sup>2</sup>.

■ Carlos III le dió vida en nuestra pátria en 1763; sus rendimientos fueron cortos durante largo tiempo. En 1820, Canga Argüelles

<sup>1</sup> *Ciencia de la Hacienda*, párr. 691.

<sup>2</sup> Esquirou de Parieu: *Trat. de los imp.*, lib. vi, cap. vi, sec. tercera, pág. 728.



suponia sus ingresos en 10 millones; 11, en 1821 en los presupuestos de aquel año; 10.242,594, en 1835; cambiadas sus formas en el sentido que elogia Jacob, si ha pasado á través de nuestra perpétua revolucion desde 1808, podemos hallar algun consuelo en las aseveraciones de aquel hacendista, bien que no deje de asaltarnos el recuerdo de aquella exacta sentencia de Petty: «La lotería es un impuesto sobre el infortunio de la locura.» Roscher justifica este pensamiento, no muy honroso para la humanidad, al observar que la masa total de los jugadores pierde infaliblemente á causa de los gastos que ha de satisfacer.

El correo constituye un monopolio si el Estado se encarga de enviar y transmitir las cartas de un lugar á otro del reino, excluyendo á los demás, ó á todo el que quisiera prestar este servicio; el derecho que se atribuye y arroga el gobierno será ó no productivo, segun el precio que fijare al transporte, mejor dicho, si cubriese ó no fuera más que la equivalencia de los gastos causados, ó excediese más ó ménos de la suma que representen ó á que se alcen. Sobre este punto ya veremos que no hay uniformidad de pareceres.

Stuart Mill opina que el gobierno desempeña con ventaja el servicio de correos. Cinco ó seis compañías rivales tendrian que multiplicar los gastos en oficinas, en carteros que recorriesen las calles y penetráran en casi todas las casas en diversas horas, en empleados superiores para vigilar y corregir las faltas de los de inferior categoría; habria por esta causa un aumento de gastos, y surgiria de los hechos la conviccion de que esas compañías privadas no lograban alcanzar tan felizmente el fin á que se encaminaban<sup>1</sup>. El transporte de la correspondencia puede hacerse con reglas fijas, y forma parte de los contados servicios que un gobierno puede prestar sin inconvenientes. Si el precio que demanda por transmitir cartas, facturas, libros, revistas, muestras de géneros, etc., fuere moderado, si no traspasa los límites de los que fijaria y señalase una empresa particular bajo un régimen de libre concurrencia, no es dable considerarlo como un impuesto, más bien corre parejas con un beneficio del comercio. Cuanto exceda de la ganancia normal de una compañía de este linaje, débese á la economía que resulta

<sup>1</sup> Principios de Econ. polít., lib. I, cap. ix, párr. 1.

de no haber más que una sola administracion, en vez y lugar de várias; de suerte que es hoy una de las mejores rentas de la Corona inglesa <sup>1</sup>. Otros autores aseguran que aunque es cierto que el servicio de correos ha de hacerse regular y uniformemente, y cabe en el conjunto de las atribuciones del Estado, es quizá la mejor prueba de su falta de aptitud en la esfera del trabajo: en las líneas en que hay y corren diligencias, los paquetes llegan más pronto á su destino, y se cometen numerosos hurtos y sustracciones por los empleados del fisco, que llegan en Francia de 16 á 18,000 francos por mes; causas y motivos que inducen á creer debiera confiarse á compañías particulares, en los casos en que fuese dable. Siempre el Estado, puesto que se trata de intereses muy graves y generales, habria de reservarse la inspeccion del transporte y la distribucion de las cartas. J. B. Say fiaba demasiado del interés y del trabajo personales para proponer que el correo se diese en arriendo y por subasta <sup>2</sup>.

No es justo que aquel importante medio de comunicacion entre los hombres venga á ser para el Estado un origen de copiosos rendimientos; en el número de las cartas que se escriben ó que se nos entregan no vemos la prueba de renta alguna, base de toda contribucion. Ni fuera cosa fácil justificar una retribucion del prestado servicio tan poco módica y exigua, que muchas personas, que los pobres se viesen privados y excluidos de ese instrumento poderoso de instruccion, de consuelo, de alivio en los dolores de la ausencia, de auxilio en las flaquezas y golpes de la adversa fortuna, y de importantes noticias é instrucciones para los negocios. De suerte y manera, que parece no hay derecho para exigir más que el importe de lo que llamaremos coste de produccion <sup>3</sup>.

Existen algunas razones poderosas para creer que el Estado debe procurar exigir un franqueo exíguo, lo que le cueste crear y mantener los correos, ó á lo sumo un impuesto moderado. Las cartas son una máquina para el comercio; por ellas sabe los cambios del valor, los anuncios de una demanda más extensa y más viva, y la apertura de nuevos mercados; por ellas extiende su poder y se hace

<sup>1</sup> *Princ. de Econ. polít.*, lib. v, cap. v. párr. 2.

<sup>2</sup> *Curso de Econ. polít.*, II vol., tercera parte, cap. vii.

<sup>3</sup> Du Puynode: *De la mon., del créd. y del impuesto*, II vol., pág. 288-89.



representar en las lejanas compras y ventas; por ellas confirma sus sospechas ó rectifica sus errores, y halla un centinela siempre en pié y con ojo avizor de los actos de los gobiernos que le interesan, casi nunca velados ni ocultos para las personas de relaciones numerosas é importantes; y por ellas, en fin, se aprovecha ó precave de los movimientos contemporáneos de la industria y de la especulacion. Las cartas son un medio de instruccion. En un mensaje de 1875, el general Grant decia que, despues de la escuela libre, el correo es lo que más instruye al pueblo. Gravar la trasmision de los manuscritos que reflejan el espíritu y la actividad de un país, equivale á aumentar el coste de produccion de sus productos, porque el industrial y el comerciante comprenderán en él las comunicaciones enviadas ó recibidas para comprar primeras materias, para remitir mercancías, para cambiar productos por títulos de crédito. No falta quien defiende el tributo que nos ocupa, invocando cuán fácilmente se cobra, su popularidad, la necesidad y lo difícil que es imponer un equivalente en los pueblos cuyas cargas públicas son grandes y onerosas. Además, el ideal de un buen sistema de Hacienda sería que soportasen el precio de los servicios públicos los que de ellos se aprovechan; pocas veces se llega á este término, y en los correos se consigue sin esfuerzo ni embarazos. En suma, nosotros creemos que cabe inclinar nuestro ánimo á la opinion que admite se cree una renta del Estado en el correo; pero no del lado de los que juzgan que puede ser algo crecida. No debe pasar del 50 por 100 de los gastos; los gobiernos han hecho grandes beneficios; en la historia contemporánea leemos que han llegado á 500 y 700 por 100 de las impensas, en Francia y en Inglaterra. Hasta 1878, en la primera ascendia á cerca de 150 por 100, y en España hoy sucede lo mismo.

Estas exageraciones dieron márgen á que se dudase de la legitimidad de una contribucion módica. Las ideas siguieron un curso nuevo. En 1837, Rowland-Hill hizo su célebre proposicion de reforma, cuyas bases eran un derecho uniforme de 10 céntimos—un penique—para todo el reino, en las cartas cuyo franqueo fuese prévio. En Diciembre de 1839 se hizo un ensayo, se redujo á 4 peniques—40 céntimos—el porte de las cartas que no pesaban más que media onza—15 gramos, 55;—ántes el precio medio era de 7 á 7 1/2 peniques. Despues de esta prueba, que no duró más que un mes, el



precio del porte de una carta sencilla—15 gramos, 55 — se redujo á 10 céntimos para toda Inglaterra. Los resultados han sido prodigiosos. En 1839, ántes de la reforma, el número de cartas ascendia á 76 millones, cuyo producto bruto fué 2.390,763 libras esterlinas, y el producto neto 1.633,764; el término medio anual de 1840 á 1845, fué de 227.000,000; 1.658,214 y 656,809; de 1851 á 1855, 410.000,000, 2.569,836 y 1.128,502; de 1861 á 1865, 648.000,000, 3.891,568 y 1.817,380; de 1866 á 1870, 800.000,000, 4.618,146 y 2.198,220, y, por último, en 1876, 1,018.955,200, 6.017,000 y 2.727,000 de producto neto.

Esta sábia reforma pareció insuficiente á los Estados-Unidos, los cuales, no sólo no obtienen renta del servicio de correos, sino que se ha convertido en importante gasto público; les ha costado en 1875-76, 4.151,000 dollars—1 dollar vale 5 francos, 42 céntimos—más del importe del franqueo, lo que se explica por la inmensidad del territorio que ocupan. La Rusia pudiera verse en iguales condiciones por el desarrollo de su poblacion y de su industria. Estos son casos excepcionales: entendemos que existen en los correos un legítimo monopolio y un impuesto no ménos legítimo.

Atribúyese á un Rey de Persia, á Dario Oco ó á Ciro, la institucion de los correos <sup>1</sup>. En Grecia existian hombres de suma resistencia en la carrera, que eran portadores de las noticias graves, faustas ó infaustas, *hemerodromi*. Se cree que Augusto introdujo los correos en Europa. Por lo ménos amplió el trabajo de los *statores* de que habla Ciceron. Queriendo, dice Suetonio, que llegasen sus órdenes á todas las provincias con mayor prontitud y recibir con brevedad relaciones de todo lo que sucedia, Augusto puso en las vias militares, á poca distancia unos de otros, corredores ú hombres ágiles primero, y despues carros, y así sujetó á su poder las diversas partes del imperio. Adriano organizó de un modo más perfecto los correos de Roma. En ese servicio figuraban los *manicipes* y las *evectiones*, que lo hacian más fácil. Su fin no era á la sazón transmitir comunicaciones particulares, sino las órdenes del gobierno. Plinio refiere que Tiberio, en un viaje hácia Holanda, anduvo cien leguas en un día: habia caballos apostados de trecho en

<sup>1</sup> Rau: *Trat. de Hacienda*, párr. 205.

trecho <sup>1</sup>. Scherer ha dicho, no sin razon por el precitado carácter del correo romano, que no habia una institucion semejante al nuestro; lo que impedia una organizacion uniforme del comercio exterior, que se calculasen con alguna certeza las probalidades que podia ofrecer un mercado lejano, y que se conociesen las consignaciones de mercancías y las operaciones á plazo <sup>2</sup>. Tampoco existió en la Edad Media. Los mensajeros y el propio viaje del mercader ó de sus factores lo reemplazaban, aunque de un modo imperfecto. El empresario estaba reducido á sus recursos peculiares, á sus propias fuerzas; lo único que podia hacer era tomar capitales prestados <sup>3</sup>.

Carlomagno tuvo tambien postas, á la manera de los emperadores romanos. La Universidad de París enviaba mensajeros á las ciudades principales, los cuales recibian cartas, ora para los sitios término de su viaje, ora para los intermedios; eran portadores de las epístolas de los escolares, á los que remitian respuestas, dinero, los encargos de sus parientes; estos mensajeros gozaban de privilegios, que se mencionan en las órdenes de Felipe el Hermoso y de Luis X. Las relaciones de cortesía y de los negocios é intereses públicos se mantenian por medio de enviados á caballo y á pié, á quienes se daban nombres alegóricos ó burlescos: adquirian por el ejercicio constante una maravillosa celeridad. En 1399, Jaquet, mensajero del conde de Saboya, fué y volvió de Ginebra á Pavía en cuatro dias. Parece fabulosa la velocidad del hermano Guillermo, de la órden de Cluny: el 12 de Julio de 1380, Amadeo VI le dió dos florines viejos de oro por haber recorrido más de cincuenta y cinco leguas en un dia. Desde el siglo xiv existen postas á caballo, porque durante la permanencia de los Pontífices en Aviñon se habla de los correos del Papa <sup>4</sup>.

En 19 de Junio de 1464, en Doullens, Luis XI publicó un edicto sobre corredores y portadores de sus despachos á todos los lugares de sus reinos: instituyó un gran mestre de correos, que habia de dar

<sup>1</sup> Rau: Párr. 205.—Ernouf: *Revista contemp.*, 15 Marzo 1863.—Blanqui: *Hist. de la Econ. polít.*, cap. vii.

<sup>2</sup> *Historia del comercio. Tiempos antiguos. Exámen en globo*, iv.

<sup>3</sup> *Ibidem: Edad Media. Exámen general*, iii.

<sup>4</sup> Cibrario: *Econ. política de la Edad Media*, lib. 1, cap. viii, primer vol., página 162.



un certificado y pasaporte á los correos, fijando el precio del transporte de personas y cartas en 10 sueldos por cada cuatro leguas. Sully obtuvo rendimientos para el Tesoro de un servicio que en tiempo de Luis XI hizo aumentar los impuestos, porque sólo fué origen de gastos, y se encargó de su arrendamiento, que despues de la muerte de Enrique IV cedió á D'Almeras, que en 1627 hizo cumplir una tarifa notable por su moderacion; una carta de París á Lyon costaba 3 sueldos; para la Provenza y el Languedoc 6 sueldos: Richelieu quitó el arriendo á D'Almeras y lo vendió á tres superintendentes generales.

Desde el siglo xvi los correos se estimaron y tuvieron como un monopolio del Estado, que se encaminaba en parte á un objeto fiscal. En Alemania las postas fueron conferidas como un feudo imperial á la familia de la Tour y Taxis, con la obligacion de pagar una renta feudal al Emperador y á los príncipes del imperio que no juzgaron conveniente establecer un servicio propio en sus dominios, y además con la de desempeñar el servicio de correos en ciertas líneas principales.

Diremos de nuestra España que habia 15 arrieros matriculados en la Universidad de Salamanca para servir de medio de transporte á los estudiantes, y gozaban de su fuero. En el Fuero Real y en las Partidas se registran algunas prescripciones sobre este punto. Isabel la Católica contrató con un particular la trasmision de los despachos régios. D. Felipe I y doña Juana concedieron este derecho á D. Francisco de Tarsis; Felipe III á otra persona del mismo apellido, que despues fué conde de Villamediana, y en su familia continuó hasta Felipe V. Carlos I hizo cesion del cargo y servicio de correo mayor de los países de Ultramar á favor de la familia de Galindez de Carvajal, que en el siglo xviii se incorporaron á la Corona. Felipe V, en 1716 y 1720, publicó las primeras ordenanzas del ramo, encargando el servicio al Estado y estableciendo la entrada y salida periódica de las cartas y pliegos, precios respectivos por leguas y peso, privilegios de los conductores, etc. En tiempo de Carlos III se dividieron las cartas en dobles y sencillas, segun lo que pesaren; salieron dos expediciones semanales para las ciudades más importantes, se demarcaron zonas, aumentando un sobreprecio á cada carta en el caso de que cruzase dos ó más de ellas. En 1835 se verificaron tres



expediciones semanales, y en 1843 se estableció el correo diario á todas las capitales. En 1845 se hizo depender el pago sólo del peso. Despues de adoptar una tarifa como la inglesa, 10 céntimos por una carta sencilla, hemos vuelto á gravar de un modo muy oneroso el servicio de correos—25 céntimos por carta sencilla,— medida que, como sabemos por las reflexiones apuntadas más arriba, es opuesta á los buenos principios y perjudicial á la produccion y á la cultura de nuestro país. Apresúrese nuestro gobierno á caminar por mejores sendas, y armonice nuestra tarifa con la de los pueblos que han suscrito los recientes convenios internacionales <sup>1</sup>.

El derecho de timbre que se exige de los diarios ó de la prensa periódica se defiende por algunos como un impuesto que tiene por base un negocio mercantil, un capital industrial. ¿Por qué la industria del periodismo no ha de sufrir gravámenes como las demás? Sin duda que un diario es el órgano de una opinión, mas al propio tiempo es una empresa que se encamina á obtener lucro. Unos defienden al gobierno existente, otros censuran y rechazan sus actos; presumimos que no será ajeno á su proceder el número de suscritores. Si tienen accionistas, éstos cuidanse más del éxito que de la línea política que siguen los redactores. Exista, pues, un tributo que se dirija á la prensa, mas no difiera de los que se exigen á las otras empresas ó á las demás propiedades industriales; éstas pagan su deuda al Estado en forma de patente, que no hay fundado motivo para que no se aplique á los periódicos. Si se considera el timbre como un obstáculo á que se extienda la lectura de ese linaje de impresos, el punto de vista no será rentístico, sino político.

Para otros autores, ese punto de vista ofrece grande interés; el impuesto de la prensa merece censura, ménos á causa de los que lo soportan que de los que no lo soportan. Para el mayor número de compradores, los periódicos son un objeto de lujo, sobre el que parece lícito percibir una contribucion como sobre cualquiera consumo del mismo género: pero para esa clase de la sociedad cuya cultura intelectual es muy imperfecta, los diarios parecen ser el único medio de adquirir informes generales y de tener algun conocimiento de las ideas y de las materias que excitan la atencion de

<sup>1</sup> Canga Argüelles: *Diccion. general de Hacienda, Rentas de la Corona de España.*

nuestros contemporáneos. Para ella tiene más atractivos la prensa periódica que los libros y los otros medios de instruccion. Los diarios contribuyen tan poco al descubrimiento de ideas útiles, que un gran número de personas estiman en ménos que en su justo valor el servicio que prestan al difundirlas. Corrigen errores y preocupaciones, y perpetúan hábitos de discusion, de interesarse en los negocios públicos, cuya falta es una de las causas principales de la inercia intelectual que se advierte en las clases inferior y media de los países en que no hay periódicos importantes y que ofrezcan interés. De suerte que no deberia buscarse un origen de rendimientos en ese gran medio de hacer activas las inteligencias y de tenerlas siempre despiertas <sup>1</sup>.

En la prensa vemos una de las múltiples manifestaciones del espíritu humano. El ingenio de muchos varones ardientes ó entusiastas, ambiciosos ó noblemente arrastrados por el impulso de esta época en la que surgen tantas ideas nuevas, que camina sin reposo en medio de trasformaciones políticas y sociales sin mirar atrás, orgullosa con sus numerosas invenciones en las ciencias y en las artes, y llevando en el corazon el recelo y la angustia de sus temerosos antagonismos é iniciadas luchas, ilumina y enseña, anima ó censura, profetiza ó deja ver las consecuencias de sus actos á las sociedades que hoy viven. Del concurso de cien distintos escritores, de la controversia de opuestos partidos y de los intereses más opuestos todavía, y de los varios aspectos que presentan siempre las grandes cuestiones, se derivan una singular confusion, un movimiento poco ordenado en diferentes sentidos, en los cuales es difícil distinguir lo verdadero de lo falso, pero en los que se forma y toma cuerpo, por fin, una opinion que domina y vence. Menester es permitir que se origine y conquiste las inteligencias con su fuerza, su oportunidad y su hábil expresion. La libertad de imprenta debe consagrarse en las leyes, mas no es un privilegio, y no merece en sus externas manifestaciones mayor estimacion que el trabajo, la industria y las artes útiles: si sobre estas grandes fuerzas imponemos tributos, ¿por qué ha de quedar exceptuada la prensa? ¿No produce riqueza para los que hacen imprimir sus opiniones? Si hay

<sup>1</sup> Du Puynode: II vol., cap. VII, III.—Stuart Mill, lib. V, cap. V, párr. 2.



impuestos indirectos, éste que satisfacen los lectores, ¿no corre parejas con los demás? Si en su forma elegimos el timbre, depende de su facilidad y de que de tal manera aparece grandemente proporcional.

Este tributo ha tenido algunas veces un motivo político. Según Cucheval-Clarigny, en 1712 algunos miembros de la comision de presupuestos pensaron que el medio más eficaz de suprimir los libelos sería el de gravar con un elevadísimo derecho los diarios y los opúsculos. Su proposicion fué acogida con grandes aclamaciones. La Cámara de los Comunes acordó un derecho de sello de un sueldo para cada medio folio impreso, y dos sueldos para cada folio íntegro, y 24 sueldos por cada anuncio contenido en un periódico. Tales gravámenes existían tres años despues<sup>1</sup>. Aumentáronse sucesivamente en 1725, 1765, 1781, 1797 y 1808. Reducida en 1836 á 10 céntimos la contribucion, esta novedad fué causa de que se aumentase mucho el tamaño de los órganos de la prensa, y sustituía al franqueo en el transporte; despues se permitió á las empresas no timbrar los ejemplares ó números que no se llevasen al correo.

En muchos países se percibe un tributo del papel en que constan las actuaciones judiciales. El fisco se procura rendimientos de los diversos actos en que intervienen los que demandan justicia de los tribunales. Se ha creído, sin duda, que los que obtienen el cumplimiento de derechos más ó menos dudosos deben pagar los gastos que ocasionan. Bentham arguyé de falso este principio: hace notar que los que necesitan recurrir á los jueces y magistrados son los que se aprovechan ménos de las leyes y de su aplicacion. Para ellos no ha de estimarse como perfecta la proteccion que nace de la ley, puesto que tienen necesidad de presentarse ante los encargados de que no sea letra muerta para hacer constar sus títulos y ejercitar sus acciones, ó impedir que se quebrante ó viole el derecho que les asiste, miéntras los demás ciudadanos permanecen léjos del foro, gracias á la tutela y escudo de una magistratura cuyo amparo no les ha sido menester invocar.

No es razonable imponer una suma, un valor que se discute. Lícito es gravar las rentas, pero las rentas que constan al fisco, cuya

<sup>1</sup> *Historia de la prensa inglesa y americana*, páginas 153 y siguientes.



existencia se deduce de ciertos signos, no aquellas que no sabemos á quién han de pertenecer. Exigir un tributo, afirma Sismondi, de las deudas de un hombre ó de sus pleitos, no me parece ménos opuesto á todo buen juicio que pedirlo á sus dolencias. Todos ellos son síntomas de pobreza, cuando ménos de apuros y malestar, nunca de riqueza <sup>1</sup>.

No obstante estas y semejantes razones admitimos que el Estado se haga reembolsar los gastos que fueren precisos para administrar justicia: de todas suertes han de tomarse del fondo comun de las contribuciones: la justicia gratuita no es más que una apariencia: la cuestion se reduce á elegir entre los súbditos todos que satisfacen impuestos directos é indirectos ó los que requieren la diligencia y celo de los magistrados, y es llano que para los últimos el servicio es mayor ó más directo: mas nunca la veneranda justicia ha de convertirse en fuente de subsidios y recursos fiscales: su sublime alteza no lo consiente.

<sup>1</sup> *Nuevos princ. de Econ. polit.*, vol. II, cap. v.



## CAPÍTULO VII.

*SUMARIO: Administracion de los tributos.—Relacion entre los gastos de la cobranza y el producto total de los impuestos.—Se perciben en especie y en numerario.—Perjuicios del primer método de recaudacion.—La corvea.—El pago en moneda de los gravámenes fiscales produce algunos inconvenientes.—La cobranza á cargo de los arrendadores y de la administracion.—Males que origina el arrendamiento.—Causas en virtud de las cuales no puede ser una regla absoluta preferir el sistema de administracion.—Condiciones que deben reunirse en el organismo de ésta.—Difusion del impuesto.—Consecuencias que el trascurso del tiempo produce en la distribucion general de los gravámenes del fisco.*

No basta distribuir recta y sabiamente los impuestos; no basta procurar que pesen lo ménos posible sobre la renta ó las capacidades económicas de los súbditos: no basta que intentemos no pasen de los límites de la estricta necesidad que admite la política del saber y del don del consejo, aquélla que se encamina á enlazar una civilizacion con la universal de la humanidad, á desterrar y disminuir los males que afligen al hombre, ya que no sea dable lograr su ventura, obtener bienes sin mezcla de dañados y contrarios afectos é intereses. Todas estas apetecibles excelencias serán en parte estériles y vanas, en parte tenidas en poco, si no fuere acertada y á reglas científicas se ajustase la administracion de los impuestos. M. Audiffret ha dicho que un tributo no sería muchas veces más que un gravámen muy ligero, si el modo ó método de su cobranza no acrecentase su peso y no llegára á hacerlo odioso en algunas ocasiones.

De la administracion depende que los gastos de la cobranza sean módicos, es decir, que se cumpla una de las reglas de Adam Smith, que salga de las manos del pueblo la menor suma de dinero posible además de la que entra en las arcas del Tesoro. Para cobrar los tributos se necesita un gran número de empleados, centros administrativos, material, enseres, libros, impresos, contabilidad; y si



se trata de servicios públicos, verdaderas manufacturas, como casas de moneda, fábricas de tabacos, etc. Todas estas impensas representan la diferencia que hay entre las cantidades que van á parar á las arcas públicas y las que entregan los contribuyentes. Disminuir esa diferencia debe ser un constante resultado de un sistema de administracion sencillo, bien ordenado y que sin cesar corrija sus errores. Empresa tan útil es la expresion del orden y de la justicia en materia de Hacienda, como dice Garnier.

En la antigua monarquía francesa habia tres impuestos que percibian los agentes fiscales: los vigésimos, la capitacion y la talla, los que producian 209.000,000 de libras, de que era menester deducir 12.600,000 por los gastos de cobranza, es decir, el 6 por 100 aproximadamente. Necker, por el contrario, no estimaba más que en 166 millones de libras el producto del arriendo general, á pesar de los múltiples gravámenes y de la violencia que se empleaba: la relacion de los gastos y de los ingresos en los últimos era más del duplo que en los primeros; se valuaban en 20 por ciento <sup>1</sup>. Leemos en J. B. Say: «Veo por una memoria de M. Hennet, primer comisario de rentas que en 1813 la Francia, para obtener 170 millones de los derechos de registro y del dominio del Estado, exigia 240 millones de los contribuyentes, ó lo que es lo mismo, 70 millones por gastos de cobranza, ó 41 por 100: entónces tenía 130 provincias.— Antes de Sully las impensas de recaudacion ascendian á 50 por 100, y en 1829, en Inglaterra no llegan más que al 5 por 100, si atendemos al conjunto del presupuesto <sup>2</sup>.» Despues de la época á que se refiere Say, la administracion fiscal de los ramos á que alude no cuesta más que el 5 por 100 en 86 provincias. Por lo que hace á los tiempos que precedieron á Sully, sabemos por *El secreto de la Hacienda*, dado á la stampa por Froumentau en 1580, que en un total de ingresos durante un período de 31 años, de 1549 á 31 de Diciembre de 1580, que se eleva á 1,453 millones de libras, 927 ingresaban en las arcas del fisco y 526 quedaban en las manos de asentistas y agentes empleados, esto es, el 57 por 100 <sup>3</sup>. Mucho es todavía, pero

<sup>1</sup> *Administracion de Hacienda*, primer vol., pág. 147.

<sup>2</sup> *Curso de Econ. polít.*, viii parte, cap. vi.

<sup>3</sup> *El secreto de la Hacienda*, primer libro, pág. 142.

ménos de lo que supone el célebre economista francés. Necker pretendia que la suma total de los gastos de cobranza no llegaba más que á 58 millones, ó sean  $11 \frac{3}{5}$  por 100, en un presupuesto de 557 millones y medio <sup>1</sup>. Eugenio Daire, examinando los resultados del presupuesto de 1842, observa que la recaudacion importa 132 millones en un ingreso total de 1,132 millones, y neto ó líquido de 1 millar, ó bien  $13 \frac{1}{5}$  por 100 de la suma que entra en las arcas del Tesoro para satisfacer las cargas públicas <sup>2</sup>.

Existe diferencia en la cobranza de los impuestos. Según el mismo Daire, las contribuciones directas cuestan 3,79; el registro y los bienes del dominio del Estado, 4,95; las aduanas y sales, 13,81; los tributos indirectos y la fabricacion de pólvora, 16,55; el tabaco, 27,36, y los correos, 55,32. En 1853 las contribuciones indirectas rendian como producto bruto ó total 421.048,676: producto real 360.866,941; gastos de recaudacion, 16.235,934; tanto por ciento del producto, 4,4; registro, sello y bienes del dominio, 303.330,937 de producto total, 299.363,702 de producto real, 12.572,656 de gastos de recaudacion; 4,2 gastos por 100 del producto; las aduanas y sales, producto total, 117.938,026; producto real, 145.686,939; gastos de recaudacion, 25.838,608; tanto por ciento del producto, 17,7; tabaco y pólvora, 145.430,632; 121.854,642; 11.610,990; tanto por ciento del producto, 9,5; y correos, 49.407,361; 49.397,301; 32.209,873; tanto por ciento del producto, 65,2 <sup>3</sup>.

En Inglaterra en 1851 costaban las aduanas 6,91 por ciento; las contribuciones repartidas (*assessed taxes*), 5,18; el sello, 2,77; los impuestos suntuarios y sobre la renta, 2,83; los correos, 78,77 <sup>4</sup>.

De nuestra España, en tiempo de los Reyes de la casa de Austria, dice el Sr. Colmeiro que habia tributos cuyo rendimiento no bastaba á pagar los salarios de los ministros encargados de cogerlos <sup>5</sup>. Zabala afirma, respecto á las rentas provinciales, que los vasallos pagaban infinitamente más de lo que permitian sus facultades, y la real

<sup>1</sup> *Administracion de la Hacienda*, cap. III.

<sup>2</sup> *Anuario de la Econ. polít.*, 1848, pág. 84.

<sup>3</sup> Esquirou de Parieu, lib. I, cap. VIII, pág. 75.

<sup>4</sup> Esquirou de Parieu: *Ibidem*, pág. 80.

<sup>5</sup> *Hist. de la Econ. polít. en España*, II vol, pág. 547.



Hacienda sólo percibía una pequeña parte de ello <sup>1</sup>. Era muy grande el número de personas encargadas de recaudar las contribuciones. Solórzano asegura que pasaban de 60,000, y computando su salario por término medio en 200 pesos, saca la cuenta que costaba 12 millones, y Alcázar de Arriaza juzga que se ocupaban en este servicio 150,000 personas. Gonzalez de Cellorigo cree que para cobrar 6 millones de servicios en 1600, el reino pagó otros 4 á los receptores, 66 y  $\frac{2}{3}$  por 100, de 10 millones  $\frac{2}{5}$  <sup>2</sup>. Hubo quien exponía á Felipe V que por cada millon que entraba en las arcas del Tesoro se extraían y sacaban 4 á los súbditos. En el presupuesto de 1820 aparece un total de 421.500,000 rs., y el total regulado de costo y administracion y gastos, 108.894,271 rs., es decir, el 25 por 100; en 1822, segun el plan general presentado á las Cortes por D. Francisco Gallardo, resultan de ingresos 791.800,000; importan los gastos del ministerio de Hacienda 156.000,000; calculemos un 17 por 100; y en 1835 resultan 766.804,658 rs. y 173.000,000 del ministerio de Hacienda, es decir, un 18 por 100.

El impuesto puede percibirse en especie ó en numerario, con lo que queremos significar que se recauda en frutos, obligando á trabajar á los súbditos, ó en metálico. En especie se recaudaba el diezmo; pero no hay igualdad en una imposicion que gravita sobre el producto bruto; las tierras son más ó menos fértiles; reclaman más ó menos sumas de capital y de trabajo. La administracion sería muy costosa, muy expuesta á pérdidas, fraudes y dilapidaciones, y fuera de temer que los grandes acopios de cereales por cuenta del Estado causasen graves alteraciones en los precios, con daño de los productores y del consumo. Sin embargo, á primera vista seduce el tributo en especie por su sencillez y por su facilidad. Donde fuere lenta la circulacion; donde escasee la moneda, y su valor fuere alto por esta causa; en pueblos de regiones montañosas, los frutos podrán pagarse en tan escasas ó cortas sumas de dinero, que el gobierno sufra el quebranto de vender que en otro caso experimenta el labrador. En ciertos períodos históricos no hay otro camino para el Estado que contentarse con esa forma de impuestos; así sucedió en la Edad

<sup>1</sup> Hist. de la Econ. polít. en España, pág. 551.

<sup>2</sup> Pág. 556.



Media; hubiera sido vana empresa querer exigir de los moradores de los campos moneda; en especie y en trabajo les era sólo dable satisfacer su obligacion como vasallos; entónces los sueldos de los magistrados y ministros del poder real se pagaban asimismo en especie. El cultivo era extensivo, y se verificaba por medio de procedimientos rudos y sin progreso, sin emplear grandes capitales, de modo que la relacion entre el producto bruto y el neto era poco variable y ménos apreciada. Mas es llano que despues que la civilizacion se desenvuelve, se invierten capitales importantes y se hacen enormes adelantos á la produccion agrícola en abonos y formas de trabajo; la relacion entre el producto bruto y el producto neto varía. Además, con el diezmo el Estado aumenta las cargas de la agricultura y sus propios rendimientos en los años de escasez; supongamos que no se recoja una cuarta parte de la cosecha; sabido es que los precios ascienden en tal caso á la mitad: el gobierno, al vender su parte, obtendria en dinero una cantidad mayor que en los años de cosecha abundante; no tomaria de 100 hectólitros 10, sino de 75 7 y 1/2: pero en lugar de 10 duros se le darian en la venta de los granos 15. Nótese que el fisco debe determinar en cada año, y al alzarse la cosecha, la parte que él debe recibir, y para ello se requiere gran número de empleados en la vasta extension del país en que se cultivan las mismas plantas. Difícil es que acudan á todas partes en los mismos dias, y de aquí que los segadores no pueden trabajar en los momentos más oportunos. Así sucede en Turquía: la recoleccion no comienza hasta que el funcionario que en ello entiende, señala la fraccion de los granos cosechados que tocan al gobierno imperial.

La corvea, ó sea contribucion personal de trabajo, exige tiempo para satisfacer al Estado, interrumpe á las veces con grande inoportunidad y desventaja para el contribuyente sus labores y afanes, y le obliga á someterse á una direccion que le contraria y le molesta. La cultura extensiva pide poco trabajo; el aldeano de los siglos medios no dispone de dinero, sino de fuerzas. Es posible citar hechos análogos en nuestros dias, y vemos un ejemplo en la resistencia que oponen ciertas regiones de Francia á sustituir con céntimos adicionales las corveas. El sistema colonial de Holanda en las Indias Occidentales descansa en prestaciones de esfuerzos de los naturales ó indígenas de aquel país, que, reunidos en gremios, trabajan con buena

voluntad. En la América Central se han realizado notables progresos por medio de grandes trabajos hidráulicos que han hecho menester los comunes esfuerzos de aquellos habitantes. El magnate de la Edad Media necesita el concurso manual de sus vasallos, porque á la sazón no hay jornaleros, ni puede haberlos, á no ser que fueren esclavos. La corvea constituye á la sazón un adelanto, puesto que los deberes de los corveables están determinados. No parece dudoso que donde no existen trabajadores por jornal, ni dinero que se destine á las necesidades de la administración, no hay más recurso que llevar á cabo las obras públicas con el sucesivo concurso de los miembros del municipio. Las corveas impuestas para construir medios de defensa y para destruir las fieras son útiles para todos. Cuando desaparecen todas estas circunstancias, sirven mucho ménos al que las prescribe que perjudican al que las debe. Cuando el tiempo se toma sólo por medida, el que trabaja con más ahínco sufre mayor perjuicio <sup>1</sup>. Por este motivo lo hace con disgusto y con indolencia. Hay que considerar, al tratar este punto, el valor de los productos cuya creación impide. Turgot valuaba en 40 millones de libras las pérdidas que las corveas ocasionaban á la Francia, siendo 10 millones el valor de los trabajos realizados.

El pago de los impuestos en numerario presenta algunas desventajas. Adquiérese éste por mercancías ó por trabajo; unas y otras están sujetos á fluctuaciones, á cambios en su relación con la moneda; su precio puede descender en mayor ó menor grado, y el sacrificio de los contribuyentes quizá llegue á ser penoso para adquirir el dinero que el fisco les pide. El numerario baja en su valor si se aminora el coste de producción, y mientras el hecho no se conoce en las transacciones, el súbdito puede verse en más ó ménos apuro para cumplir sus deberes fiscales. El dinero tiene diverso precio en mercaderías, en las apartadas regiones del mismo país, y hay profesiones é industrias que lo adquieren con más facilidad que otras; los mercaderes, más que los labradores; los que prestan servicios inmateriales, más que los obreros. Sin embargo, no cabe emplear otra y distinta forma de recaudación desde la época en que se inicia la *economía monetaria*.

<sup>1</sup> Roscher: *Polít. de la agricultura en los princ. de Eeon. polít.*, II vol., pág. 434.



Los tributos se perciben por *administracion* y por *arriendo*. En el primer caso, un cuerpo de empleados los recaudan á costa y en nombre del Estado que los dirige; en el segundo, empresas particulares entregan una suma convenida de antemano al Tesoro público, y cobran la contribucion de conformidad con las leyes, pero procurando obtener gruesas ganancias. La administracion es el sistema de cobranza por los delegados de la Hacienda, por los funcionarios que constituyen su elemento subjetivo; el arriendo es la cesion del derecho que asiste á la Hacienda pública á un tercero, que por una suma fija, que se estipula libremente, asume las probabilidades de éxito ó de desgracia que la recaudacion ofrece.

En los siglos que han precedido al nuestro, el arrendamiento era muy frecuente. Los empleados gozaban como premio una parte determinada, si los ingresos pasaban de ciertos límites: los asentistas tenían por beneficio la diferencia entre las cantidades que entregaban al Tesoro y las gabelas que se hacian satisfacer, de que eran dueños. Por eso ha dicho Necker que era casi nominal la diferencia entre la administracion y el arriendo <sup>1</sup>. Los arrendatarios fueron juzgados severamente. Sully los llamaba los más grandes enemigos del Estado. Boisguillebert decia: « Todo lo destruyen, y causan más ruinas que un ejército enemigo que hubiera intentado desolarlo todo, porque estos azotes de Dios duran poco tiempo, y los arrendatarios no desaparecen. » Y Turgot, entónces contralor general, les escribia en 14 de Setiembre de 1774, procurando que siguiesen reglas ciertas ó ménos arbitrarias. Es célebre en la historia la acusacion que se dirigió en la Cámara de los Comunes contra los cuatro asentistas de los subsidios Lyons, Ellis, Peachey y Bury, al mismo tiempo que contra los dos ministros de Eduardo III, lord Latimer y Nevil.

De España diremos que los asentistas de las salinas consultaban sus fines particulares, aunque padeciesen grande mortificacion las fábricas y el comercio: ellos subian á su antojo el precio de la sal, y pretendian gozar del privilegio de introducirse y escudriñar las casas. Semejantes personas ejercian jurisdiccion civil y criminal en lo relativo á la cobranza, con inhibicion de la justicia ordi-

<sup>1</sup> *Administ. de la Hac.*, cap. IV.



naria; de modo que en sus pleitos y causas y en las sentencias y penas procedían como jueces y partes contra los pueblos, á quienes se privaba de la natural defensa. Algunos tomaban por oficio y granjería arrendar las rentas de los concejos, y cuando llegaba la ocasión de pagar, con trazas y cautelas, y siniestras informaciones, pretendían haber tenido quiebras y faltas por descuido de los comisarios ó procuradores del ayuntamiento, y lograban rebajas y perdones inmerecidos <sup>1</sup>.

El arrendamiento de las rentas reales se estima hoy vituperable. Los asentistas se conducen con dureza, sin dar oídos á excusas, sin dejarse vencer por el malestar, adversa fortuna, ó la demostración de que han sufrido bajas los productos anuales de los pueblos y de los individuos; su fin es obtener grandes ingresos, y por todo atropellan á trueque de lograrlos. Los empleados del Soberano obedecen á reglamentos, temen se dé razón y haga justicia á los quejosos contribuyentes, carecen de interés personal en cuanto á que sea mayor ó menor la cuantía de los ingresos, y á la postre, puesto que se trata de su propia tierra, no han de reducir sus moradores á la miseria, ni abusar hasta el extremo de sus fuerzas contributivas. Mas, ¿qué no habremos de recelar de quienes esperan hacer su fortuna llevando hasta el cabo los derechos que se les confieren, y alguna vez más que esos derechos?

Rau escribe que la cobranza de los impuestos no debe arrendarse, no debe considerarse como una industria, cuyo producto acrece en virtud de la actividad del empresario, puesto que tiene límites legales el rendimiento bruto de las contribuciones, y por medio de una estrecha vigilancia es dable conseguir el mismo cuidado de los agentes que perciben sueldo que de los asentistas, con no pequeño ahorro de su retribución. Así puede conservarse para el Tesoro el beneficio que de otra suerte iría á parar á las manos de los segundos, con detrimento del país, que éstos, atendiendo á lo incierto de la recaudación de parte de los tributos, hacen su oferta en la hipótesis más desfavorable, y con esto obtienen ya sus primeras ganancias. El motivo que con frecuencia ha sido generador de los asientos, á saber, la probabilidad de lograr, en caso de urgencia, sumas

<sup>1</sup> Sr. Colmeiro: *Hist. de la Econ. polít. en España*, II vol., pág. 554-55.

anticipadas, pierde su antigua importancia en un sistema rentístico bien ordenado, aunque explica la larga duracion de los arrendamientos en diversas naciones <sup>1</sup>.

Algun autor indica que se conforman más á la division del trabajo que el recaudar directamente, y que no es imposible que renazcan en lo venidero, cuando las costumbres y las leyes rentísticas progresen y los ciudadanos posean medios fáciles de escudarse contra la codicia y abusos de los asentistas, que no correrán el riesgo de rendir cuentas ante Cámaras ó comisiones creadas para poner límites á sus agravios y desafueros, y no harán que el Estado les indemnice de ese grave peligró.

Ideas son estas de esa escuela francesa que amengua sin razon las prerogativas de los poderes públicos, y quisiera fiarlo todo de los particulares; el ideal de los impuestos, en nuestro entender, aparece como un deber del súbdito y miembro del Estado, que en la extension y medida de su capacidad económica ha de sufragar los gastos públicos; el nombre y voz del gobierno han de llevar los que con aquél entablen relaciones para determinar la forma, tiempo y método de cumplir esa augusta obligacion, y á los arrendatarios les faltará siempre el carácter que imprime el formar parte del organismo en que ese Estado toma cuerpo, se mueve y realiza sus fines peculiares.

Bajo el punto de vista histórico, el arrendamiento fué hijo de dar por base á las promesas del Soberano una prenda material, una renta determinada, y por duras que aparezcan las exigencias de los arrendatarios, por más ó ménos dependientes de la suerte que se juzguen sus compromisos, ellos han sido los salvadores del Estado en los grandes peligros. Mas en nuestros dias de actividad productiva y de general confianza, semejante modo de percepcion llegaria á ser funesto al gobierno, á los contribuyentes y al país <sup>2</sup>.

Séanos lícito advertir que un autor extranjero <sup>3</sup> asegura que ese procedimiento que condena, gozó de favor entre los príncipes, y que aún hoy se practica en ciertos Estados de Europa, particularmente

<sup>1</sup> *Trat. de la ciencia de la Hacienda*, párr. 288.

<sup>2</sup> Gandillot: *Princip. de la ciencia de la Hacienda*, tit. v, cap. II.

<sup>3</sup> *Ibidem*: Pág. 369.



en España. En nuestra patria no existe más que como una consecuencia de la guerra civil y de hondas é interiores disensiones políticas. En ramos en que no cabe causar perjuicios á los contribuyentes, como el papel sellado, y nuestra Hacienda, apénas un tanto repuesta de sus angustiosos quebrantos, se apresura á recoger y tomar sobre sí la recaudacion de los impuestos, cedida no más que por breve tiempo. El mismo tratadista enseña que no es una regla absoluta preferir la administración al arriendo. El renacimiento de las causas que obligaron á pasar por las horcas caudinas del segundo, á saber: por una parte el carácter fugitivo de ciertos hechos que constituyen materia de tributo; la inminencia de los abusos y de las prevaricaciones; el número y la diversidad de las estratagemas, de las intrigas en que se muestra tan ingenioso el espíritu del engaño: por otra parte los minuciosos cuidados, la continúa vigilancia que distinguen al interés particular: ese conocimiento íntimo de las personas y de los lugares, que no se adquiere sino despues de vivir largo tiempo en los segundos; esa rapidez en las resoluciones que no se armoniza con los deberes de un simple empleado; la necesidad de procurar la percepción fácil, regular y pronta de ciertos ingresos, y además la precision de alentar por medio de favores señalados, de ofrecer las garantías más sólidas, de enaltecer con las posibles pruebas de confianza una empresa de que depende la salvacion del Estado ó lo porvenir del mismo, reclaman y autorizan á veces el arriendo de las rentas públicas. Así el producto de los consumos, derecho que se percibe en las puertas de ciudades y villas, en casi todas las naciones han sido cedidos en virtud de ese contrato á los asentistas<sup>1</sup>. Como se ve, M. Gandillot quita todo valor á su censura.

La administración requiere un cuerpo de empleados cuyas condiciones habrán de ser la capacidad, la probidad, número proporcionado, perspicacia para conocer y dar cuenta de los cambios en el estado de las riquezas, de los progresos ó malestar de la industria, tacto para inspirar benevolencia á los contribuyentes, mesura para no exasperarlos, y una accion y resoluciones rápidas y oportunas. La capacidad se precisa para atenerse é invocar los principios de la ciencia en los complicados asuntos, para saber aplicar las leyes y

<sup>1</sup> Gandillot: *Princ. de la ciencia de la Hacienda*, tit. v, cap. II, III vol., pág. 375.



reglamentos en los casos distintos y análogos, para informar á las autoridades superiores sin torpeza, ni vulgaridad; la honradez, que sin ella surgen en la cobranza desigualdades monstruosas, enojos y disgusto, que llevan á justificar los fraudes y la violencia en el cumplimiento de la ley, beneficios ilícitos de que nace duplicado perjuicio para el público Tesoro, por la parte de ingresos que no se recaudan y por el ánimo que se fortalece para ensanchar el círculo de actos cuya divisa es «pagar siempre ménos;» si el número de agentes fuere escaso, líbranse de satisfacer su deuda muchos súbditos ó la satisfacen tarde; si fuere excesivo, el producto neto se disminuye; los funcionarios se embarazan unos á otros, nacen dudas, se originan dilaciones; sin perspicacia para seguir el movimiento de la riqueza, las relaciones entre el Estado y sus miembros, por lo que concierne á la Hacienda, léjos de ser afectuosas y benévolas, resultarán opresivas, ó el impuesto será menor de lo que en realidad pudiera cobrarse, y los presupuestos carecerán de la base movediza y necesaria, fuerza y palanca cuyo alcance no es igual siempre, y con las cuales hay que extender ó restringir los elementos orgánicos de los poderes sociales; el tacto basta para impedir reclamaciones, para que unos contribuyentes descubran la suerte y condicion de los otros, y conviene que si el tributo es ley dura y áspera, las formas de exigirlo no adolezcan de los mismos defectos; la mesura se recomienda con el fin de que si se decretasen gabelas mal acogidas por la opinion general, que por las circunstancias se hiciesen onerosas ó impopulares, el rigor de las palabras y la violencia de las maneras, la respuesta destemplada y el severo anuncio de medidas que llevan las cosas hasta el cabo, no acojan, ó mejor dicho, rechacen las manifestaciones de la pena y descontento del pueblo; y, por último, la rapidez en las resoluciones se reviste de grande importancia á nuestros ojos si paramos mientes en que se perjudican grandes intereses sin ella, en que como el impuesto forma parte del coste de produccion, decidir dudas ó poner término á las reclamaciones intentadas ejerce influjo en que pueda continuar ó no una rama de industria, y en que la administracion no ha de ser la faz opuesta de la actividad, movimiento veloz y oferta diligente de la industria de nuestro siglo.

Por desgracia no vamos por ese camino. El culto rendido á la política, la influencia de los electores que figuran como caprichosas

cabezas de sus distritos, el deseo de complacer á personas que por su jerarquía, por su fortuna ó por su hábil conducta, inspiran temor ó se sospecha que pueden servir de apoyo, cuando no el ardor de pasiones apenas veladas, aparecen como causas de nombrar empleados que, dicho se está, no han de ser muy idóneos para cumplir sus deberes oficiales.

Hemos procurado en este tercer libro, que vamos á terminar, exponer la incidencia de los tributos en cada uno de los que han atraído nuestra atención y han sido objeto de nuestros estudios. Resta todavía tratar de lo que llaman algunos autores su *incidencia real y absoluta* y otros su *difusion*: esto es, en último término, sobre quién pesan, quién los satisface. ¿Se descubre en este punto alguna ley universal? Hay autores que pretenden que un impuesto se percibe de personas distintas de las que lo pagan, y á este efecto de las gabelas llaman su *difusion*, voz tomada de las ciencias físicas.

Los más ilustres escritores no están conformes en punto á la incidencia postrera y positiva de las contribuciones. Esquirou de Parieu distingue entre la incidencia que grava al productor, y la incidencia refleja que se extiende y hiere al consumidor. La una aparece como el efecto primero é inmediato de las gabelas y gravámenes fiscales, la otra se produce y manifiesta más tarde <sup>1</sup>.

J. B. Say afirma que es cosa temeraria sentar como un principio general que un tributo recae definitivamente sobre una ó sobre otra clase de la sociedad. Los impuestos gravan á los que no pueden sustraerse á su acción, porque constituyen un peso que cada uno arroja de sus hombros en cuanto le fuere posible; pero los medios de sustraerse varían hasta lo infinito, segun las diversas formas de las contribuciones y segun los cargos en que ejerce el hombre en la máquina social. Hay más todavía; varían segun los tiempos, en las mismas profesiones <sup>2</sup>.

Ricardo juzga que aquéllas se satisfacen por los consumidores; el propietario ó el productor procuran y consiguen que formen parte del coste de producción, y llevan su trabajo y sus capitales á ramas distintas de la producción en que estaban empeñados, si no pueden

<sup>1</sup> *Tratado de los impuestos*, lib. I, cap. VI.

<sup>2</sup> *Trat. de Econ. política*, lib. III, cap. X.



alcanzar que se envuelva y oculte en el precio de los productos la cuota que les demanda el fisco <sup>1</sup>. Smith, hasta cierto punto, y James Mill, pensaban del mismo modo.

Existe para formular ese juicio una razon tan poderosa como la teoría en que se funda. Propietarios, productores, mercaderes, no pierden en sus esfuerzos é industrias, porque si perdiesen, se retirarían de las mismas; el precio por que enajenen los valores que posean, debe cubrir los gastos, cuando ménos; ellos han de querer que se les retribuya asimismo con un beneficio que corra parejas con el que por término medio se logra en los mismos lugares; si por ventura este beneficio se disminuye, tras breve período, el alza del precio del trabajo y los productos hará que vuelva á cobrar el nivel perdido.

No diremos que las ideas indicadas puedan calificarse de erróneas; sí que tenemos por ciertos algunos hechos que las modifican. El productor habrá de fijar su atencion en un cambio de la demanda que se restringe, por motivo de que se disminuye el número de compradores siempre que ocurre elevacion de precios; sufrirá un quebranto en sus ganancias si ántes de esta novedad fueren considerables ó si cupiese comprar primeras materias más baratas, disminuir los salarios ó extender el círculo de sus salidas, si por un cálculo atrevido no pidiese más moneda en trueque de sus productos, despues de iniciarse la cobranza de la imposicion nueva; estado de cosas que puede durar poco, si el éxito no corona sus laudables esfuerzos.

Difusion é incidencia refleja hallaríase en los casos en que el impuesto se pagase por medio de un ahorro. Es indudable que los propietarios y colonos ricos no siempre descargarán un aumento de la contribucion territorial sobre los compradores de sus cosechas; si ahorran el valor de la nueva gabela, dejarán de representar la misma demanda que en tiempo anterior en objetos de lujo, en muebles, en vestidos, en caballos, en partidas de caza ó de campo, etc. Hé aquí un efecto del impuesto, cuyo alcance y límites no pueden saberse <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *Principios de Econ. política y del impuesto*, cap. ix, pág. 126; cap. xii, pág. 148; cap. xvi, pág. 194.

<sup>2</sup> Esquirou Parieu: lib. 1, cap. vi, pág. 45.



Una grave consecuencia de la difusión es que por el trascurso del tiempo los tributos se dilatan y aminoran bienes é industrias que no soportaban gravámen alguno cuando se establecieron. Que se exija un tanto por ciento de los valores muebles; su peso se dejará sentir en los primeros poseedores, que perderán de su renta el total del impuesto, y de su capital la suma precisa para conseguir en el empleo de aquél un interés igual al de sus títulos, acciones, etc.; mas al cabo de cierto tiempo, no los nuevos títulos ó acciones, sino las compañías que las emiten, pagarán dicho gravámen fiscal. Vemos una excepcion de este principio en la contribucion territorial y en la de herencias. Así se forma una masa comun de los tributos existentes en una sociedad vieja, masa que se reparte entre los individuos en proporcion de sus gastos y de sus consumos. Este hecho es consolador, puesto que corrige la desigualdad y la injusticia de muchos impuestos; mas no exageremos sus consecuencias: para algunos justifica el descuido y abandono en la eleccion y repartimiento de aquéllos: la incidencia que en los varios capítulos de esta obra hemós demostrado es innegable; y proponerse ir en contra de las leyes de la ciencia con la esperanza de que el lapso del tiempo corregirá lo que hubiere de pernicioso en nuestros planes, ha de producir siempre males inmediatos, cuyo remedio sería tardío é incompleto. No neguemos, por último, que á la postre nuestras imposiciones conservarán sus caracteres y rasgos distintivos, que siempre determinarán un aumento del coste de produccion y límites al trabajo y al capital, que las vagas y secundarias maneras de manifestarse el singular fenómeno que nos ocupan no habrán de impedir en su esencia, en su alcance y en sus ulteriores resultados. Si así no fuese, ¿para qué nos serviría la ciencia?

<sup>1</sup> Leroy-Beaulieu: *Tratado de la ciencia de la Hacienda*, primer vol., páginas 737 y 39.—Du Puynode: II vol., cap. IX.

### CAPÍTULO III.

Sumario: Relaciones del capital y el salario.—Su necesidad, su extension y sus límites.—Ventajas del salario en su forma actual.—Tendencia á la igualdad de remuneracion en los

# INDICE.

## LIBRO PRIMERO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

Págs.

SUMARIO: Etimología de la palabra *salario*.—Extrema importancia de este linaje de retribucion.—Su origen y naturaleza.  
—Si es la parte de la renta que corresponde á los obreros segun la economía política abstracta ó racional.—Definicion del salario.—Divisiones del último..... 5

### CAPÍTULO II.

SUMARIO: Estudio del salario nominal y real.—Exámen de las aplicaciones del corriente y necesario.—Cuota media.—*Maximum* y *minimum* entre los cuales oscila.—Ley reguladora del salario.—La oferta y la demanda.—La relacion entre la poblacion y el capital.—El capital y los medios de existencia..... 17

### CAPÍTULO III.

SUMARIO: Relaciones del capital y el salario.—Su necesidad, su extension y sus límites.—Ventajas del salario en su forma actual.—Tendencia á la igualdad de remuneracion en los

varios empleos del trabajo.—Objeciones.—Causas que influyen en la diversidad de las cuotas respectivas del salario y que confirman la tendencia expresada..... 33

#### CAPÍTULO IV.

SUMARIO: El alza y la baja del salario.—Provechosos efectos de la primera.—Si puede ser origen de encarecimiento de los productos y rémora del cambio internacional.—Opinion de Ricardo acerca de una tendencia á la baja de las retribuciones del trabajo manual.—Razones en las que se funda y establece su parecer.—Argumentos que se aducen en contra.—Datos que es preciso tener en cuenta para resolver este punto interesante.—La moneda, los productos agrícolas, el desarrollo de la poblacion..... 53

#### CAPÍTULO V.

SUMARIO: Intervencion del Estado en el régimen del salario.—Tasa de los jornales.—Determinacion por la ley de una cuota ó tipo máximo y mínimo de los salarios.—Aumento ó menor número de horas de trabajo.—Huelgas, sus causas, su historia, sus perniciosos efectos.—Leyes económicas que las rigen.—Si deben tolerarse por el Estado.—Emigraciones periódicas de los obreros.—Su generalidad, sus ventajas y peligros, su influjo en el país de que emigran y en el que ofrecen su trabajo los viajeros.—¿Conviene que el Estado prohiba ó embarace el paso á nuestra tierra de los operarios extranjeros ó de los de una provincia á otra de la misma nacion? 69

#### CAPÍTULO VI.

SUMARIO: Medios que existen para impedir ó compensar la baja del salario.—Los jurados mixtos.—Su historia, sus



diversas formas, sus ventajas.—Si su laudo debe ser obligatorio.—*Sistemas de subvencion y de arriendo de un lote de tierra.*—Principios en que se fundan: su ineficacia.—*Sociedades cooperativas.*—Su origen, su historia, su division.—Sus excelencias.—Desengaños que han causado.—Condiciones difíciles que se requieren para que existan y prosperen.—*La Asociacion Internacional de trabajadores.*—Su origen, sus progresos, sus doctrinas, sus tendencias, su influjo y peligros que de la misma se derivan.—Derecho del Estado.. 103

## CAPÍTULO VII.

SUMARIO: Historia de la retribucion del trabajo.—El Oriente.—El Egipto.—Sus leyes en punto á la industria.—Conjeturas.—El salario real.—El pueblo hebreo.—Prescripciones mosáicas.—Aténas.—Ley de Solon contra la ociosidad.—Hombres libres obreros.—Salarios.—Su proporcion con los de nuestros tiempos.—Roma.—Jornal por término medio.—Edicto de Diocleciano sobre tasas.—La Edad Media.—Orígenes del salario.—Retribucion más elevada que en Roma.—En los gremios.—Su corta entidad en el siglo xiii.—Alza en el siglo xv.—Sus causas.—Influjo de la baja del valor del dinero.—Los jornales en las centurias xviii y xix.—Reflexiones generales.—El trabajo por pieza ó á destajo.—La participacion en los beneficios..... 139

## LIBRO SEGUNDO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

SUMARIO: Consumos públicos.—Su naturaleza.—Su legitimidad, su extension en las épocas de cultura.—Necesidades comunes.—Definicion del impuesto.—Opiniones de los autores.—Juicio crítico.—Historia del impuesto.—Desigual y one-

roso en la edad antigua.—Se reviste de un carácter señorial en los siglos medios.—El privilegio.—Importancia de la intervencion del estado llano en las Córtes.—Cambios que ocurrieron en el siglo xvi y siguientes.—El impuesto sigue las huellas de los sistemas que prevalecen en la industria y comercio.—Aspiraciones de los tiempos modernos.—El derecho público.—La ciencia económica.—Los fines del Estado y de las naciones. . . . . 163

## CAPÍTULO II.

SUMARIO: Naturaleza del impuesto.—Si es un precio de goce y satisfacciones, como opina Sismondi.—Si es una prima de seguridad.—¿Debe juzgarse como un derecho del Estado y el concurso de los miembros del cuerpo político para fines en cuyo cumplimiento toman parte?—¿Los tributos son un mal necesario?—Moderacion de los impuestos.—Argumentos en favor de esta proposicion.—Autores que creen son aquéllos el mejor empleo de la fortuna y un estímulo para que los súbditos trabajen y produzcan con más ardor y energía. . . . . 195

## CAPÍTULO III.

SUMARIO: Reglas que deben seguirse en materia de impuestos, segun Adam Smith.—Enumeracion de las que señala Sismondi.—Juicio crítico de unas y de otras.—Cuáles debemos aceptar.—Rossi estima verdadera y defiende la primera de Sismondi.—Reflexiones sobre las numerosas reglas que indica Proudhon con diversos motivos en su obra *Teoría de los impuestos*.—¿Debe exigirse la misma cuota de las rentas perpétuas que de las rentas temporales?—Motivos que tenemos para resolver negativamente este punto. . . . . 205

# CAPÍTULO IV.

SUMARIO: Criterio que debe servir para lograr la igualdad del impuesto.—Cuota fija en cambio de la proteccion dispensada á las personas, y otra proporcional á las fortunas por la proteccion á la propiedad.—Impuesto fijo: es injusto é inútil.—Proporcional á las facultades del contribuyente.—No es posible en absoluto: si hay proporcion en el sacrificio y las privaciones que se exigen á los que poseen haber ó bienes diferentes.—El impuesto progresivo.—Si el Estado ofrece más garantías y presta mayores servicios á los ricos que á los pobres.—Tendencia á disminuir las grandes fortunas.—Distincion arbitraria entre los bienes necesarios y los supérfluos.—El límite de la progresion.—Si se extiende más allá de un corto número de términos, absorbe la totalidad de la renta.—Si el Estado, por medio del impuesto, puede corregir la mala division de la riqueza.—Si cuanto más pequeña es la renta, más se requiere para satisfacer las primeras necesidades, al paso que la renta libre aumenta la capacidad económica de los individuos..... 217

# CAPÍTULO V.

SUMARIO: El impuesto único.—Razones con que se defiende.—Reseña histórica de las doctrinas.—Sencillez, economía y fácil percepcion de este tributo.—Disminuiria los fraudes y abusos que se cometen en la cobranza, y daria mayor libertad industrial á los ciudadanos.—Base de distribucion del impuesto único.—Contribucion sobre la renta.—Si es el ideal en materia de tributos.—Teoría económica en que se funda.—Argumentos en contra.—Que es arbitraria, que renovaria sin cesar la desigualdad de su repartimiento, y se opondria á la formacion de los capitales; que favorece al capital pasivo, y deja sin gravámen una importante masa de valores mue-



bles.—Impuesto sobre el capital.—Sus excelencias.—Afírmase que se basa sobre la riqueza productiva y apreciable, que tiene fijeza, y cambia poco; que no sujeta la industria con trabas, y abre ancho campo á la actividad del hombre, y obliga á los capitales á buscar empleos reproductivos.—Inconvenientes del impuesto sobre el capital.—Políticos y sociales.—Con él se exime de las cargas fiscales el mayor número.—Dificultad de conocer el valor de los capitales fijos.—En suma, una sola contribucion no basta en un Estado que tiene un presupuesto de gastos considerable..... 235

## CAPÍTULO VI.

SUMARIO: El impuesto múltiple.—Sus causas.—Los impuestos directos é indirectos.—Sus ventajas é inconvenientes.—Los segundos se requieren para impedir la aspereza y resistencias que resultan de exigir los primeros si no fueren moderados, para que alcancen los tributos á los rendimientos del trabajo, y para corregir los errores de la estadística.—Las contribuciones indirectas se aumentan con el progreso de la riqueza pública.—Convienen á los capitales circulantes, á los bienes muebles que se ocultan fácilmente á las investigaciones fiscales.—En nuestro tiempo no pueden rechazarse..... 249

## LIBRO TERCERO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

SUMARIO: Los principales impuestos directos.—La capitacion.—Su historia.—Sus graves defectos.—Su pago, requisito para el ejercicio del derecho de sufragio.—El servicio de las armas.—En qué tres diversas formas puede exigirse.—¿Cuál se prefiere por los economistas?—El impuesto sobre la renta

de la tierra.—Doctrina de los fisiócratas.—Sistema de los economistas ingleses.—El diezmo.—Su exámen crítico.—Diversos modos de distribuir el impuesto sobre la renta.—Proporcional al precio de las tierras ó á la renta neta que producen.—Si debe ser fijo ó variable..... 259

## CAPÍTULO II.

SUMARIO: El impuesto sobre las casas.—Distinciones respecto á los casos en que las últimas forman un capital, en que el número de moradores de una ciudad ó villa se acrecienta ó se aminora.—Si el tributo recae sobre los propietarios ó los inquilinos.—Diferencias entre la propiedad territorial y la urbana.—Si se debe expropiar la segunda.—Contribucion de patentes.—En qué límites puede ser justa.—Dificultades que ofrece su distribucion.—Derecho fijo: derecho proporcional.—Crítica.—Incidencia de este impuesto.—Si lo satisfacen los consumidores.—Reformas que se han introducido en su base y en su repartimiento..... 269

## CAPÍTULO III.

SUMARIO: Contribucion sobre el interés del capital.—Qué comprenden con estas palabras los autores.—Con qué otros impuestos se confunde en parte.—Si grava á los consumidores.—Opuestos pareceres.—Dificultades que ofrece su percepcion.—Efectos que puede producir en la economía nacional.—Impuesto del timbre sobre valores muebles.—Sobre el interés de los títulos de la Deuda.—Impuesto sobre los salarios.—¿El salario es materia imponible?—Si recae sobre los obreros, los capitalistas ó los consumidores.—Opinion del autor.—Males que produciria en caso de que fuese decretado por el poder legislativo..... 281

## CAPÍTULO IV.

SUMARIO: Contribucion sobre la renta.—Reseña histórica.—De qué rentas debe exigirse.—El riesgo de incurrir en el impuesto progresivo.—Medios de recaudar la primera.—Exposicion de los diversos juicios que acerca de la misma se han formulado.—En qué circunstancias y con qué bases aprobamos un tributo sobre la renta.—Algunos autores proponen un medio para evitar fraudes y pesquisas molestas ; el arrendamiento de la casa en que se vive..... 295

## CAPÍTULO V.

SUMARIO: Clasificacion de los tributos indirectos.—¿Cuál es la mejor forma de exigir el impuesto indirecto?—Contribucion general sobre los consumos.—Efectos de un tributo que gravare los artículos de primera necesidad.—Es preciso imponer gabelas á algunos de éstos; es preferible escoger sólo un corto número de artículos.—Impuesto sobre la sal.—La contribucion de las bebidas.—Los impuestos suntuarios.—Reseña histórica.—Son poco productivos.—Sus efectos con relacion á las clases pobres y á las clases ricas.—Su defensa por autores ilustres.—Su censura..... 309

## CAPÍTULO VI.

SUMARIO: Los derechos de aduana.—Por qué juzgan algunos que son superiores á los demás impuestos indirectos.—Sus efectos en lo que concierne al comercio exterior.—El extranjero llega á pagar una parte de nuestros tributos en los derechos de exportacion.—En los de importacion, un pueblo puede apropiarse una parte mayor que la debida á sus esfuerzos en los resultados del trabajo y de los capitales del



mundo.—Exámen de los derechos de aduana bajo el punto de vista fiscal.—Monopolios del Estado.—Su razon de ser.—El tabaco, la lotería, el correo.—Motivos que abonan el primero.—Reprobacion de la segunda.—Si el servicio de correos es de aquellos que el Estado puede desempeñar.—¿Debe exigirse más en el franqueo que los gastos causados?—Impuesto de timbre de la prensa.—Actuaciones judiciales..... 335

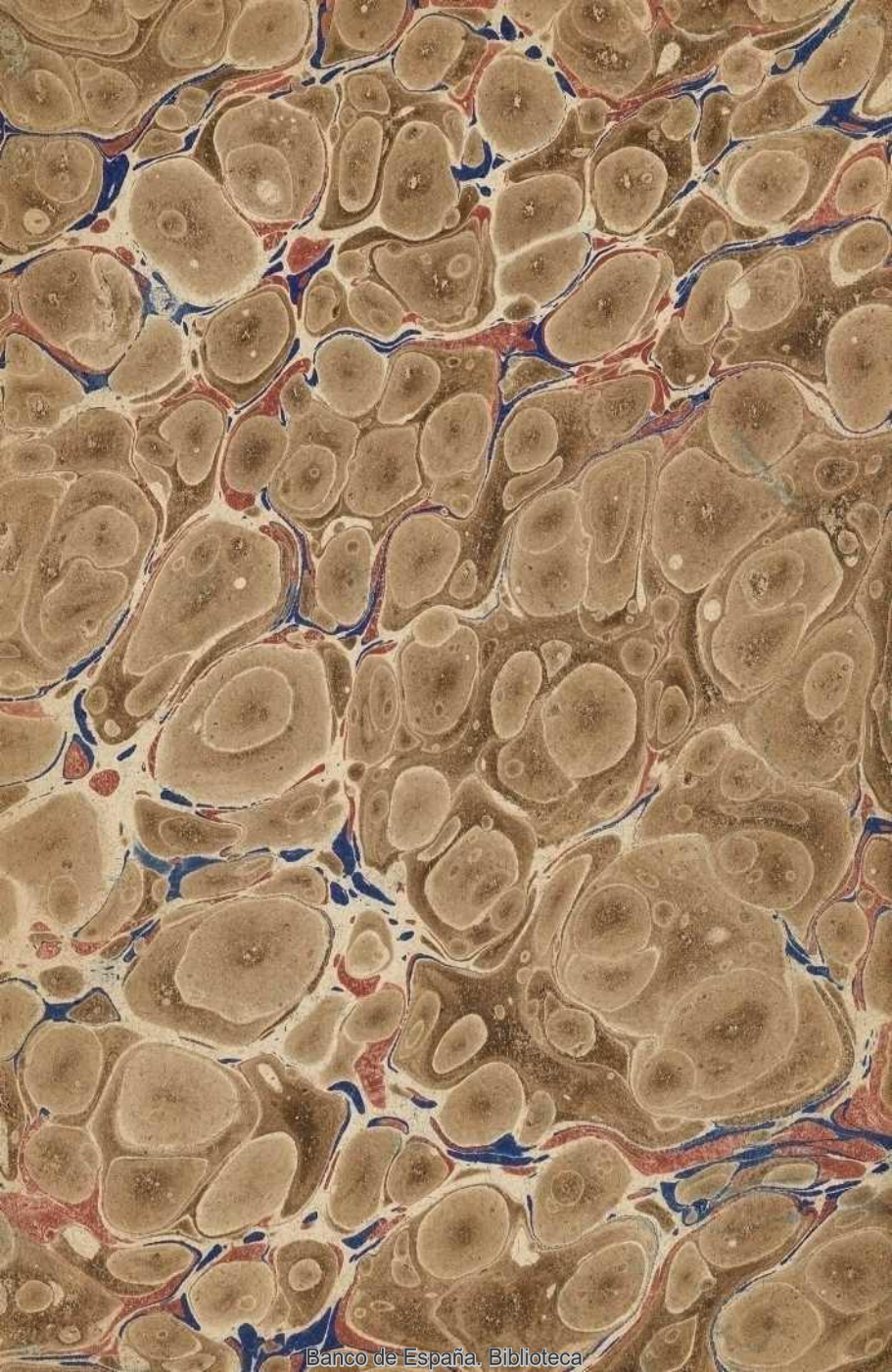
## CAPÍTULO VII.

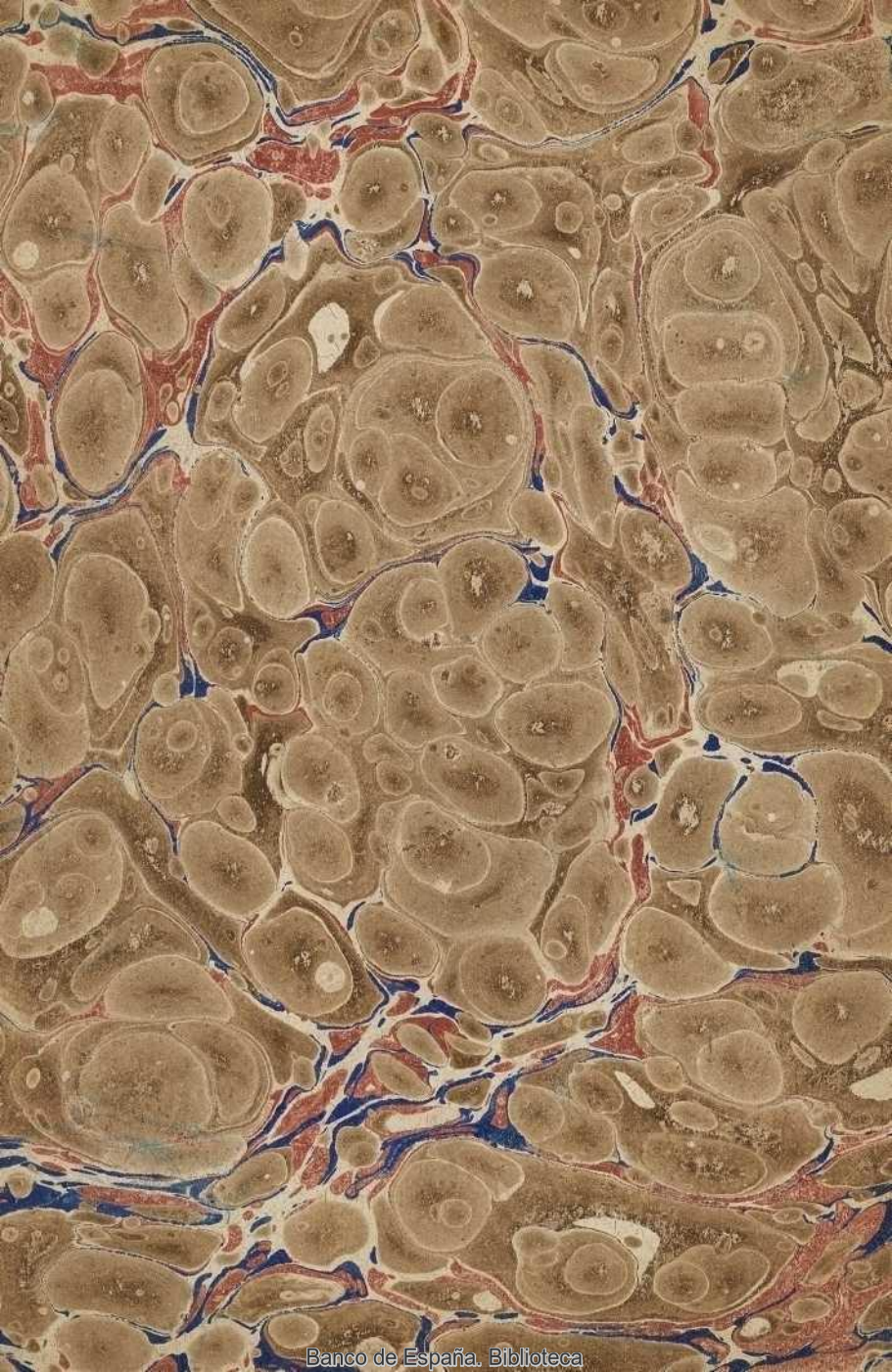
SUMARIO: Administracion de los tributos.—Relacion entre los gastos de la cobranza y el producto total de los impuestos.—Se perciben en especie y en numerario.—Perjuicios del primer método de recaudacion.—La corvea.—El pago en moneda de los gravámenes fiscales produce algunos inconvenientes.—La cobranza á cargo de los arrendadores y de la administracion.—Males que origina el arrendamiento.—Causas en virtud de las cuales no puede ser una regla absoluta preferir el sistema de administracion.—Condiciones que deben reunirse en el organismo de ésta.—Difusion del impuesto.—Consecuencias que el transcurso del tiempo produce en la distribucion general de los gravámenes del fisco..... 361



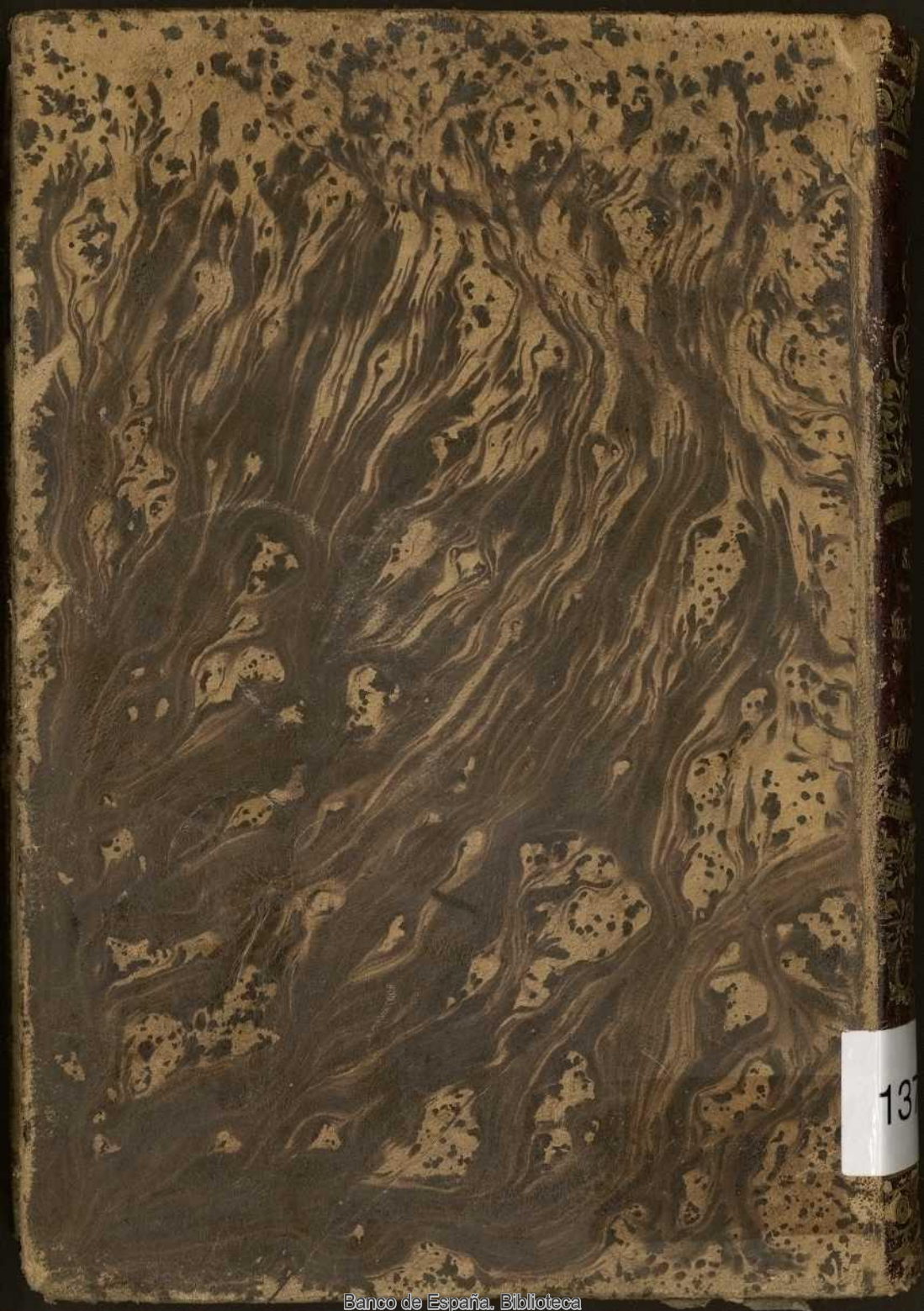












13



SALVA

EL SALARIO

Y EL

IMPUESTO

137603